



EL
PÚLPITO
AMERICANO
IV



CONFERENCIAS
Y
PANEGÍRICOS
—
N. CÁCERES,

BX1756

.C3

P8

v. 4

45232



1080015962

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

San
650

Unica

San

El Púlpito Americano.

Tomos antes publicados:

Iº **Sermones del Santísimo Sacramento y de algunos Misterios de Jesucristo.** Por el R. P. Nicolás Cáceres, S. J. En 8º (XXIV y 680 págs.) En rústica Fr. 7.—; encuad. en media pasta Fr. 8.75.

IIº **Panegíricos de la Santísima Virgen y de algunos Santos.** Por el R. P. Nicolás Cáceres, S. J. En 8º (XII y 628 págs.) En rústica Fr. 6.50; encuad. en media pasta Fr. 8.25.

IIIº **Sermones morales y varios. Nuevos Panegíricos de Santos.** Por el R. P. Nicolás Cáceres, S. J. En 8º (VI y 700 págs.) En rústica Fr. 7.50; encuad. en media pasta Fr. 9.25.

Han merecido la aprobación ó recomendación de los Excmos. é Ilmos. Sres. Arzobispos y Obispos de Bogotá, Buenos Aires, Cartagena, Comayagua, Costa Rica, Friburgo, Guatemala, Lima, Medellín, Montevideo, Nueva Pamplona, Panamá, Popayán, Quito, San Salvador, Santa Marta, Socorro, Tolima, Tunja y Valladolid.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL
PÚLPITO AMERICANO.

COLECCIÓN
DE SERMONES DE LOS PREDICADORES
CONTEMPORÁNEOS MÁS NOTABLES DE LA
AMÉRICA LATINA.

TOMO IV:
CONFERENCIAS Y PANEGÍRICOS.

POR EL
R. P. NICOLÁS CÁCERES, S. J.

CONFERENCIAS
Y
PANEGÍRICOS

POR EL

R. P. NICOLÁS CÁCERES
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

OBRA PUBLICADA CON LICENCIA DE LOS SUPERIORES DE LA ORDEN Y APROBADA
POR EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR ARZOBISPO DE FRIBURGO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA). 1910.
B. HERDER,
LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO.
BERLÍN, ESTRASBURGO, KARLSRUHE, MUNICH, VIENA, LONDRES Y SAN LUIS.

FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA). 1910.
B. HERDER,
LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO.
BERLÍN, ESTRASBURGO, KARLSRUHE, MUNICH, VIENA, LONDRES Y SAN LUIS.

45232

BX 1756

.C3

P8

v 4

Licencia.

Cum opus, cui titulus «El Pulpito Americano», a P. Nicolao Cáceres nostræ Societatis sacerdote compositum aliqui eiusdem Societatis revisores, quibus id commissum fuit, recognoverint et in lucem edi posse probaverint; facultatem concedimus ut typis mandetur, si ita iis, ad quos pertinet, videbitur.

In quorum fidem has litteras manu nostra subscriptas et sigillo Societatis nostræ munitas dedimus.

Carthagine Columbiae, die 24 Februarii anni 1910.

VINCENTIUS LEZA S. J.

Imprimatur.

Friburgi Brisgoviae, die 30 Septembris 1910.

✠ THOMAS, Archiep̄ps.



FONDO ENTERIO
VALVERDE Y CAJAL

Es propiedad. — Que ha hecho el depósito que manda la ley.

Tipografía de B. HERDER en Friburgo de Brisgovia.

ÍNDICE.

CONFERENCIAS CUADRAGESIMALES.

Pág.

Primera Serie.

LA RELIGIÓN PRÁCTICA.

Primera Conferencia. Necesidad de la Religión práctica	1
Segunda Conferencia. La Religión irremplazable	13
Tercera Conferencia. Verdadera y falsa religiosidad	27
Cuarta Conferencia. La Religión y la Sociedad	40
Quinta Conferencia. El Dogma	53
Sexta Conferencia. La Moral	68
Séptima Conferencia. El Culto social	83
Octava Conferencia. El Sacrificio de la Misa	96

Segunda Serie.

SOBRE LA EDUCACIÓN.

Primera Conferencia. Ideas fundamentales sobre educación	112
Segunda Conferencia. El matrimonio, base de la educación	124
Tercera Conferencia. La paternidad, fuente primaria de la educación	137
Cuarta Conferencia. Medios de educación: El principio religioso	151
Quinta Conferencia. La autoridad paterna, medio de educación	165
Sexta Conferencia. La libertad: su concurso en la educación	179
Séptima Conferencia. El sujeto de la educación	193
Octava Conferencia. El magisterio, auxiliar de la educación	206

Tercera Serie.

SOBERANÍA SOCIAL DE JESUCRISTO.

Primera Conferencia. Fundamentos de la soberanía social de Jesucristo	220
Segunda Conferencia. Consecuencia inmediata de la soberanía social de Jesucristo	235
Tercera Conferencia. La Iglesia y el Estado	249
Cuarta Conferencia. Las libertades modernas opuestas a la soberanía de Jesucristo	263

008613

CONFERENCIAS FAMILIARES
SOBRE LAS TRIBULACIONES.

	Pág.
Primera Conferencia. El misterio de la tribulación	277
Segunda Conferencia. Excelencias de la tribulación	292
Tercera Conferencia. Causas y remedios de la tribulación	307

TRIDUO DE SERMONES PARA EL TIEMPO
DEL JUBILEO.

Primer Sermón. Causas de estar muerta la fe	323
Segundo Sermón. El reinado de las tres concupiscencias en el hombre	337
Tercer Sermón. Los vanos juicios del mundo	351

PANEGÍRICOS.

Del purísimo Corazón de María	367
De Nuestra Señora de Lourdes	381
De San José	394
De San Nicolás de Tolentino, Confesor	410
De San Roque, Confesor	423
De San Francisco de Paula, Fundador	437
De San Isidro Labrador	451
Del Beato Juan Eudes, fundador de la Congregación de Jesús y María	465
De Santa Eduvigis, Viuda	483
De Santa Teresa de Jesús, Virgen	497
De la Virgen Santa Gertrudis la Magna	512
De Santa Rosa de Lima, Patrona de América	527
De Santa Catalina Virgen y Mártir, con ocasión de celebrar su primera Misa un neo-sacerdote	542

DISCURSO RELIGIOSO 561

SINOPSIS DE LOS SERMONES.

Conferencias cuadregesimales	575
Conferencias familiares	590
Triduo de sermones para el tiempo del jubileo	592
Panegíricos	595
Discurso religioso	603

CONFERENCIAS CUADRAGESIMALES.

PRIMERA SERIE.

La Religión práctica.

(Predicadas en Cartagena de Colombia, 1901.)

PRIMERA CONFERENCIA.

Necesidad de la Religión práctica.

Dominum Deum tuum adorabis et illi soli
servies.

Math. 4, 10.

I. Comprendo, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, que, al emprender la importante tarea de exponer la divina palabra, principalmente durante el tiempo de la santa Cuaresma, no debo apartar los ojos de los maravillosos cuadros que nos ofrece el sagrado Evangelio, ni mucho menos cerrar los oídos á las saludables enseñanzas que nos da nuestro divino Maestro, y que la Iglesia recoge con ternura de esposa y afán de madre para brindar con ellas á sus hijos el pan celestial de vida y salvación. ¿Qué sería de nosotros si, afiliados á otra escuela, buscáramos en otra parte las doctrinas que necesitamos para alimentar y fortificar nuestro espíritu? Pero ¿á quién iríamos si sólo Él, nuestro adorable Preceptor, posee palabras de vida eterna—*Domine, ad quem ibimus*¹,—si sólo Jesús tiene el don de hacerlas penetrar hasta el fondo de nuestro corazón? Iremos, pues, á Jesús,

¹ Io. 6, 69.

dogma y examinar los deberes que nos impone, todo con el fin de amarlo más y más, adherirnos á él de todo corazón y tomarlo por base de nuestras creencias y guía de nuestras acciones. ¡Bendito sea el día en que del cielo descendió á la tierra aquel torrente de luz que iluminó á tantas almas sumergidas en las sombras de la superstición y del escepticismo! Un rayo de esa luz ha llegado felizmente hasta nosotros al cabo de diecinueve siglos: recojámoslo, guardémoslo con amor para no extraviarnos en el camino de la felicidad, escabroso y oscuro. La luz del dogma nos conducirá al reino de la luz eterna, de aquella que irradia en la frente de los bienaventurados.

SEXTA CONFERENCIA.

La Moral.

Non veni solvere (legem), sed adimplere.
Matth. 5, 17.

1. No hay compañeras más unidas, más inseparables, que la religión y la moral. Díjérase que eran dos hermanas gemelas, ó más bien, madre é hija que no saben estar la una sin la otra. Así lo vemos en la historia de todos los pueblos, y es vano empeño querer arrancar de los brazos de la religión la moral y darle otro origen, como se ha pretendido hacer en nuestros tiempos, queriendo fundar la llamada moral independiente. Y es porque no hay religión, verdadera ó falsa, que no se crea con derecho, con deber de dirigir al hombre en su conducta moral, en nombre y con autoridad de Dios. De allí mismo nace la diferencia entre moral y moral, la que emana de la religión verdadera, pura y santa, y la que se deriva de las falsas religiones, extraviada y corrompida. Es un hecho que las costumbres abominables de los paganos de todos los tiempos y naciones han traído su origen de

los inmundos altares de los ídolos, bajando cual cenagosas corrientes de una fuente envenenada y pútrida. El hombre tiende por instinto natural á imitar lo que adora; el culto se refleja en las costumbres públicas y privadas. Cuando aquél se purificó en el mundo, cuando sobre el altar erigido al verdadero Dios, se ofreció la Hostia pura, santa é inmaculada del Calvario, las costumbres adquirieron tal grado de pureza y santidad que hicieron de la tierra un maravilloso trasunto del cielo. ¡Espectáculo hermoso, sorprendente, que ofreció el cristianismo desde los primeros días de su existencia! La transformación moral de la sociedad fué el efecto inmediato, necesario de la transformación religiosa. Si habéis leído con la debida atención las epístolas de los apóstoles á los fieles de las nuevas iglesias, habréis observado al primer golpe de vista la insistencia con que allí se inculcan los preceptos de la moral cristiana, de tal suerte que parece resaltar menos la enseñanza dogmática que la moral. Y en el Evangelio mismo, ¿no es la moral la que llena la mayor parte de sus páginas? ¿no es doctrina moral la que desarrolló el divino Maestro en sus grandes sermones y parábolas? ¡Tan grande es la importancia de la moral en la religión de Jesucristo! Al prudente joven que le preguntaba lo que debía hacer para alcanzar la vida eterna, respondió Jesús: «*Hoc fac, et vives*—Guarda los mandamientos de la ley, y tendrás la vida.»¹

2. Y es cierto, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, que de poco ó nada nos aprovecharía creer en todos los artículos del dogma revelado, si no ajustáramos nuestra conducta á la verdad de la fe, siendo fe muerta la que no se manifiesta en las obras². Por lo cual el gran Doctor de la Iglesia San Gregorio hacía la siguiente observación: «Si alguno de los fieles dijera para sí: Yo creo,

¹ Luc. 10, 28.

² Jac. 2, 17.

luego seré salvo, bien dice con tal de que pruebe su fe con las buenas obras, porque sólo es fe verdadera aquella que no contradice con la conducta lo que afirma con las palabras.»¹ Y ¿á qué fin nos habría Dios manifestado la verdad si no fuese para hacernos mejores, es decir, más buenos, más virtuosos? ¿Qué es lo que Dios más ama en el hombre sino el corazón? «Del corazón», decía Jesucristo, «brotan las palabras y los pensamientos»²; con el corazón es preciso amar á Dios³; con el corazón se cree para justificarse⁴; todo, bueno y malo, tiene su raíz en el corazón. Luego á éste conviene enderezar al bien, purificar, perfeccionar. Tal es el objeto de la moral que felizmente profesamos los discípulos de Cristo é hijos de la Iglesia católica. Vamos á considerar en primer lugar cuán grande es su excelencia y perfección, para ver en seguida qué lejos están de ella las costumbres del siglo.

I.

3. Tomemos por base de nuestro razonamiento una hermosa y profunda sentencia de un elocuentísimo y sabio Prelado católico⁵. «El amor es el que dicta las leyes morales, y el amor es también el que las ejecuta.» Si esto es así ¿qué leyes tan puras y tan perfectas no dictaría un amor como el de Jesucristo, soberano legislador de la humanidad? Sería menester penetrar en el abismo de bondad y caridad del Corazón de Jesús para vislumbrar la excelencia de los preceptos que forman el código de la moral cristiana. Pero también sería necesario que hubiese en el pobre corazón del hombre un amor proporcionado al de Jesús para que la ejecución correspondiese á la perfección de las leyes. Ellas constituyen la verdadera y perfecta *justicia* de que hablaba el mismo Señor cuando

¹ Homil. 29 in Evangel.² Matth. 15, 18, 19.³ Luc. 10, 17.⁴ Rom. 10, 10.⁵ Mons. Bougaud.

decía á los suyos: «Si vuestra justicia no sobrepujare á la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.»¹ Contienen además la *caridad*, el mandamiento propio, privativo de Jesús: *Hoc est præceptum meum.*² Justicia y caridad: he aquí el resumen de toda la moral evangélica. Desarrollemos esta tesis.

4. La justicia, en el idioma sagrado, suele designar no ya solamente una virtud particular que todo el mundo conoce y ama, sino el conjunto de todas las virtudes, la perfección moral llevada hasta las mayores alturas, hasta la santidad. Cristo Jesús, el Santo de los santos, el tipo de la perfección moral, es el *Iusto* por antonomasia. Con este nombre lo designaba el profeta Isaías mirando en lontananza al Salvador: *Prope est iustus meus, salvator meus*³; así se precia de llamarse el mismo Dios por Jeremías.⁴ San Pedro, reprendiendo á los judíos deícidas, les decía: «Vosotros desconocisteis al Santo, al Justo.»⁵ Y el apóstol San Juan anima á los pecadores á esperar el perdón por la mediación de Jesucristo, el Justo.⁶ Mas no solo Jesucristo ha llevado la corona de santidad que representa este nombre de justo: gracias á Él la han podido ostentar en su frente otros hombres á quienes la misma Sagrada Escritura ha condecorado con dictado tan glorioso. Básteme citar aquí al varón escogido por el mismo Jesús para darle cargo y honores de padre, al patriarca del nuevo Testamento, José, esposo de la Virgen María, llamado *iusto*, por modo excelentísimo⁷, según el común sentir de los escritores ascéticos. ¡Qué virtud tan poderosa la de la moral cristiana que ha podido hacer justos á tantos hombres, nacidos en la degradación de una naturaleza caída! Porque, en efecto, hermanos carísimos, no es uno solo, no son

¹ Matth. 5, 20² Io. 15, 12.³ Is. 51, 5.⁴ Jer. 23, 6.⁵ Act. 3, 14.⁶ 1 Io. 2, 1.⁷ Matth. 1, 19.

pocos, son innumerables los hombres ennoblecidos con el lauro de la santidad; y es porqué Jesucristo llama á todos á la perfección, poniéndoles por modelo al Padre celestial¹. Bien sabían esto los apóstoles cuando exhortaban á los primeros fieles á ser perfectos sin faltar en nada, como escribía Santiago², ó cuando se proponían exhibir al hombre de cualquier estado y condición, revestido de la perfección de Cristo, como decía San Pablo³. «¡Cosa admirable y digna de reflexión!» exclama un filósofo cristiano⁴. «El cristianismo produce la santidad en toda la naturaleza del hombre, en todas las edades y condiciones, y á través de todos los obstáculos. Nunca consulta á la naturaleza, tan dueño es de ella. Todo le sirve para hacer un santo: un niño, un guerrero, un sabio, un pastor, un rey, una doncella, un alma pura, un alma criminal, todo se hace en sus manos capaz de santidad.»

5. Y notad, hermanos míos, un carácter peculiar de la justicia ó santidad cristiana, que prueba ser la única justicia verdadera, la *sinceridad*, que excluye toda ostentación é hipocresía farisaica. Nacida del espíritu de Jesucristo, que fué todo pureza y sencillez, aborrece el fausto de la probidad mundana, se oculta cuanto puede á las miradas de los hombres, no se muestra sino para glorificar á Dios, no busca los honores y efímeros aplausos del vulgo, mal apreciador de los quilates de la virtud, no procede, en suma, como los santos del fariseísmo, hipócritas y henchidos de soberbia⁵. Tampoco se limita nuestra moral á regularizar la conducta exterior del hombre, á dar un colorido de bondad á sus acciones externas, á fin de que aparezca virtuoso, correcto en sus procederes sociales, sino que regula y ordena el interior, penetra hasta el corazón, sondea

¹ Matth. 5, 45

² Iac. 1, 4.

³ Col. 1, 28.

⁴ Aug. Nicolás, Estud. filos. sobre el Cristianismo. t. III, c. 7.

⁵ Matth. 6, 1.

sus llagas para cauterizarlas, purifica y ennoblece los pensamientos y deseos. Así como el corazón es el nido en que se albergan las serpientes de las malas pasiones, así, en manos de la moral cristiana, viene á ser el teatro de las virtudes más heroicas.

6. Pero dejando ya este aspecto general de la justicia, veamos las virtudes particulares que nacen del concepto riguroso de esta virtud cardinal. Ella significa el respeto inviolable á todos los derechos, divinos y humanos, abrazando así casi todo el cuadro de nuestros deberes para con Dios y para con los hombres, y en cierto modo, para con nosotros mismos. ¡Qué cuadro tan magnífico! No hay tanta hermosura en el firmamento tachonado de estrellas, como la hay en el alma del justo adornada de virtudes. No me ocuparé, ni ocuparé vuestra atención en bosquejar este cuadro, que os es bien conocido, y lo habréis mil veces admirado. Para mi objeto, que es demostraros cuán excelente es la moral cristiana, me bastará presentaros algunos rasgos de las virtudes más bellas, más útiles y más características del cristianismo, cada una de las cuales es de mayor valía que todas las piedras preciosas. Mirad por ejemplo la humildad, que es como el cimiento de todo el edificio de la perfección: ¿hay otra más encantadora? Ella atrae las miradas no sólo de los hombres, á quienes subyuga, sino del mismo Dios, como aconteció á la Virgen: *Quia respexit humilitatem ancillae suae*¹. Y, como fruto de esa mirada divina, atrájole la aclamación de todas las generaciones. Sí, nada más justo que aclamar á la humildad porque ella es un triunfo, el mayor de todos; el triunfo sobre el orgullo, la pasión más arraigada en el corazón del hombre; el triunfo sobre el mundo que se alimenta del humo de la vanidad y el fausto; ¿qué más? el triunfo sobre Lucifer, caído en el abismo por un arranque

¹ Luc. 1, 48.

de soberbia. «La humildad, no siendo natural en el hombre», dice Lacordaire, «es un milagro: ella ha herido y quebrantado, como Moisés, la roca del orgullo, ha hecho del hombre un ser dulce, sencillo, obediente, contento con el último lugar. . . . Para destronar el orgullo y practicar la humildad, como la han practicado todos los santos, ha sido menester una fuerza superior á la naturaleza, una fuerza divina, pues no hay más que dos fuerzas, la naturaleza y Dios.»¹ Y esta admirable virtud no la ha sabido producir ninguna otra escuela sino la de Aquel que dijo á sus discípulos: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.»² Ni el paganismo con su famosa filosofía, ni las sectas separadas de la Iglesia católica, ni el moderno racionalismo con sus pretensiones de fundar una moral completa, han podido crear una virtud que exige luces superiores á las de la razón y esfuerzos mayores que los de la voluntad.

7. Pero la humildad no es toda la virtud que enseña nuestra religión: no es sino una parte de la *abnegación* que debe ser total, no sólo de todas las cosas que halagan los apetitos del hombre, sino de sí mismo. Esto es lo más sublime, lo más heroico de la perfección cristiana y ¡cosa notable! á este grado de virtud está llamado todo hombre que sigue á Jesucristo. «El que quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.»³ ¡Tan grande es la eficacia de la gracia, y tanta la abundancia con que se prodiga á toda clase de personas! Todos pueden y deben practicar la abnegación porque no hay virtud, ni moralidad siquiera, sin la represión de los malos instintos de la naturaleza, sin la moderación de las pasiones, y en esto consiste esencialmente negarse á sí mismo. Paradojas parecen á primera vista las doctrinas del Salvador. «Tomad mi yugo sobre vosotros, y encontraréis

¹ Lacordaire, Conf. 21.

² Matth. II, 29.

³ Luc. 9, 23.

el descanso para vuestras almas.»¹ ¿Descanso llevando el yugo en la cerviz y la carga en las espaldas? Sí, carísimos hermanos, por lo que el mismo Jesucristo advierte, porque su yugo es suave y su carga liviana. Y ¿cómo no ha de ser dulce al hombre de razón llevar el yugo del deber, por más que éste exija privaciones y fatigas? No hay satisfacción mayor para el alma no depravada por el vicio, que el cumplimiento del deber sagrado, la tranquilidad de la conciencia recta, la obediencia á los preceptos divinos. Y para el verdadero cristiano, no hay cosa más dulce que seguir á Jesucristo, marchar sobre sus huellas, acompañarle hasta el Calvario. Sí, le acompaña en el camino del sacrificio, en la práctica de las virtudes más arduas para la flaqueza humana. Sirva por toda demostración la hermosa y espinosa virtud de la castidad. Es una rosa entre espinas, bella y fragante, como la reina de las flores, pero rodeada de peligros y combates ya por parte del mundo, ya del demonio, ya, principalmente, de la carne cuyos instintos depravados enfrena y mortifica. El cristianismo ha hecho florecer en el mundo esta virtud que transforma al hombre en ángel de la tierra. Oíd al insigne orador de Nuestra Señora de París, que os lo dirá mejor que yo. «Sólo la doctrina católica, con exclusión de cualquier otra doctrina, produce en el alma el fenómeno completo de la castidad. Y no se crea que la castidad es una virtud mística, propia de los claustros y de los iniciados en la carrera sacerdotal, no, es una virtud moral y social, y necesaria para la vida del género humano. Por falta de ella la vida se debilita en las mismas fuentes, se borra la belleza del semblante, la bondad se destierra del corazón, las familias se agotan y desaparecen, las naciones llegan á perder su fuerza de resistencia y de expansión, el respeto á la jerarquía se extingue con los escándalos, todos los

¹ Matth. 11, 29.

males en definitiva entran por esta puerta de la sensualidad, todas las servidumbres y todas las ruinas han pasado por allí, como por un camino real. Y esta virtud tan necesaria es una virtud reservada por Dios á la acción de la doctrina católica.»¹ Lo mismo que la humildad, ni los estoicos, ni los protestantes, ni los llamados filósofos han podido crearla. Es, pues, un don del cielo, es un fruto exquisito de la moral de Jesucristo, del Hijo de la Virgen.

8. Y ¿qué decir de los deberes para con nuestros semejantes, cuya fórmula es la de la justicia estricta, dar á cada uno lo que es suyo, respetar los derechos de todos, débiles y fuertes, superiores, inferiores, ó iguales? ¿Cuándo se ha visto en el mundo mejor observada la ley santa del respeto, que en los tiempos primitivos del cristianismo, en que todos los fieles no se regían por otra ley que la de Jesucristo? Y aun hoy, ¿dónde se encuentran siquiera algunos rasgos de justicia sino en el seno de las sociedades cristianas? Empezando por el respeto y el amor debidos á los padres y demás miembros de la familia, ¿quiénes son los hijos, los hermanos modelos sino los que ajustan su conducta á las leyes de la moral que les inculcaron en la iglesia y en la escuela católica? ¿Quién mejor que el cristianismo ha intimado á los individuos y á los pueblos las santas leyes del respeto á la vida humana, á la propiedad, al honor, en suma, á la personalidad del ser racional, siquiera sea un niño ó un idiota desgraciado? Y la civilización que garantiza estos bienes por medio de leyes justas, protectoras de todos los derechos, ¿no es acaso una hermosa y natural eflorescencia del espíritu cristiano inoculado en la gran masa de la humanidad? «Nada hay más explícitamente consignado en la historia», dice Augusto Nicolás, «que la poderosa reconstitución del mundo carcomido ya, bajo el soplo del cristianismo.» «Los hombres»,

¹ Lacordaire, Conf. 23.

dice Mr. Villemain, y lo mismo en substancia afirman los más sensatos historiadores y críticos, «no eran capaces de llevar á cabo la regeneración del mundo; sólo el cristianismo pudo efectuarla, como realmente la efectuó.» «El cristianismo», dice el mismo escritor, «hizo practicar á sus discípulos, á título de religión, lo que se introdujo después, á título de civilización, en las leyes, en las instituciones, en las costumbres y hasta en la naturaleza de las sociedades modernas.»¹ Con razón había cantado el profeta David al Salvador del mundo esta hermosa estrofa: «*Orietur in diebus eius iustitia et abundantia pacis*—En sus días nacerá la justicia, y la paz se extenderá por todas partes.»² Y el apóstol San Pablo definiendo el reino de Dios, que es la Iglesia, decía á los fieles: «El reino de Dios no consiste en la satisfacción de los sentidos, en el regalo de la carne, sino en la justicia, en la paz y el gozo en el Espíritu Santo.»³

9. Si tan hermosa es la justicia ¿quién dirá la hermosura de ese genio divino de la caridad? Aquí sí que ostenta toda su grandeza la moral del cristianismo. Porque, no contento el hombre de Cristo con el cumplimiento exacto del deber, extiende su acción benéfica mucho más allá de los límites de lo obligatorio, derramando el bien á manos llenas. ¡Qué precepto tan sublime el de la caridad! al fin, como brote espontáneo del Corazón de Jesucristo. «*Hec est præceptum meum, ut diligatis invicem*»⁴—Amaos mutuamente, éste es mi mandamiento.» Y ¡qué hondamente grabada quedó esta recomendación del Maestro en el corazón de los discípulos! Amaron hasta el sacrificio, hasta el olvido de sí mismos. La historia del cristianismo es la epopeya de la caridad. Abrazar al enemigo, amarlo con el mismo afecto que si fuese amigo, orar por él, hacerle beneficios, ¡qué heroísmo! Desprenderse de lo propio, ceder

¹ Aug. Nicolás, Estud. filos. sobre el Cristianismo, t. III.

² Ps. 71, 7.

³ Rom. 14, 17.

⁴ Io. 15, 12.

de su derecho únicamente por no turbar la paz con el prójimo, cumpliendo á la letra con el consejo de Jesucristo: «Á quien quiere ponerte pleito por la túnica, déjale también la capa»¹, ¡qué manera de proceder tan generosa y nunca vista! Hacer el bien á todo el mundo sin distinguir buenos y malos, propios y extraños, amigos y enemigos, y hacer todo el bien posible sin hartar jamás esta hambre de la felicidad ajena, ¡qué prodigio! Esto raya en lo increíble, y sin embargo, nada hay más cierto ni más real en el seno de la sociedad católica. «La caridad de Jesucristo», como dijo el Apóstol, «no muere, no desmaya jamás»²; al contrario, cada día aparecen nuevos apóstoles, cada día surgen nuevas instituciones benéficas, y por momentos se ven crecer las llamas de la caridad en millares de corazones.

Es lo que admiraba en el santo rey Luis IX de Francia el hombre más enemigo del cristianismo, y que sin embargo y á pesar suyo, le ha tributado este brillante homenaje: «Es verdad que los antiguos conocían la liberalidad y la magnanimidad, pero ¿tuvieron siquiera idea de ese celo por la felicidad de los hombres y por su dicha eterna? ¿Tuvieron nada que se pareciese á aquel ardor con que el santo rey procuraba aliviar las almas de los desgraciados y socorrer todos los infortunios?»³ Basten, carísimos hermanos, estas breves indicaciones sobre los puntos capitales de nuestra moral para dejar sentada esta importante conclusión: No hay otra más perfecta ni más excelente. ¡Cómo contrasta con ella la moral, si así puede llamarse, del siglo irreligioso y emancipado de la suave ley de Jesucristo! Vamos á verlo en la segunda parte.

II.

10. Un siglo ateo, un siglo que ha gritado, como los impíos de que habla el profeta David: «Rompeamos sus cadenas, arrojemos su yugo»⁴, refiriéndose al Señor del

¹ Matth. 5, 40.

² 1 Cor. 13, 8.

³ Voltaire cit. por Aug. Nicolás

⁴ Ps. 2, 3.

cielo y á su Cristo, lo que equivale á decir á voz en cuello: «¡Abajo toda ley! ¡Afuera todo freno! ¡Libertad absoluta para hacer todo cuanto nos agrade!» un siglo que se encuentra en estas disposiciones, no sé, á la verdad, qué clase de moral pueda fundar y profesar. Esas frases frenéticas y subversivas expresan todo lo contrario de la moral que es esencialmente norma y ley de las acciones humanas. Aquello pues, no es más que la inmoralidad erigida en sistema. Pero no puede darse mayor contrasentido. Así es que no pueden menos de verse rechazadas por el sentido común de las gentes tan ridículas aberraciones. Y eso no obstante, hermanos míos, esas doctrinas, aunque tan falsas, disfrazadas con el ropaje científico, filosófico, tal vez hallan cabida en muchos espíritus que siguen, como por instinto, la corriente del siglo. Bueno será, pues, hacer resaltar la sana doctrina que dejamos expuesta, contrastándola con las extravagantes teorías y detestables máximas del siglo ateo y descreído.

11. Empecemos por examinar el punto de partida de la moral sin Dios, de la moral independiente de la idea religiosa. Las escuelas que se glorían de espiritualistas toman por base la razón. Pero ¿qué se quiere significar por este nombre? ¿es la razón particular de cada individuo ó la razón colectiva, ó bien esa entidad abstracta que se llama razón universal? Si es la primera, demasiado frágil es esa base para fundar edificio tan grande é indestructible como debe serlo la moral. En la razón individual no encontraréis sino opiniones particulares, dictámenes, verdaderos ó falsos, pero no de tal naturaleza que puedan ligar necesariamente á todos los hombres de todos los tiempos y lugares. ¿Con qué derecho se me impondría por ley de conciencia el juicio individual de otra razón tan independiente y libre como la mía? Si otro juzga que tal acción es buena, yo puedo juzgar que esa misma acción es mala, y ¿quién dirimirá la controversia? No puede, pues, fundarse

moral ninguna sólida sobre la razón individual. Ni sobre la razón colectiva, porque la suma ó colectividad no altera el valor de los juicios singulares. Y luego porque tal consentimiento universal no es posible obtenerlo en la mayor parte de los casos, y en fin, porque si el consentimiento existe, debe tener por causa la verdad objetiva, la verdad que se impone á la razón de todo el género humano. Aquí, pues, en la verdad de las cosas, es donde debe buscarse el fundamento sólido de la moral, y al buscarlo, nos encontraremos necesariamente con Dios, razón suprema de toda verdad, Verdad absoluta y soberana. «Echada por tierra la noción de Dios, el orden moral se desvanece por sí mismo, no queda en pie ni la distinción fundamental del bien y del mal.»¹ Aquí tenéis, pues, la insuficiencia del llamado racionalismo para fundar un verdadero sistema de moral. Pero ¿qué decir del materialismo, á donde van de ordinario á parar todas las escuelas que se emancipan de la revelación? ¿Cuál es su punto de partida para construir la moral? El placer, la utilidad. «El hombre no obra sino por un solo motivo, su propio interés, llama bien á lo que le es útil, y mal á lo que daña á las cosas y á los goces que posee. El deber, si es que lo observa, no es más que un medio de preservar sus derechos; el amor, caso que lo experimente, no es más que un sentimiento de placer. El egoísmo se halla en el fondo de todos los actos humanos, sea cual fuere la apariencia ó el nombre con que se disface, y esas magníficas expresiones de sacrificio, abnegación é inmolación de sí mismo, no sirven más que para disfrazar nuestras verdaderas inclinaciones bajo una pompa que lisonjea nuestro orgullo.»² Con tales doctrinas, que encierran la abdicación de la dignidad de seres racionales y libres, ¿qué viene á ser de la moral? ¡Ah! ¡carísimos hermanos! si sondeáramos un

¹ Lacordaire, Conf. 50.² Ibid.

poco el fondo de esta doctrina, veríamos hasta dónde llega su degradación. Pues ¿qué entienden por placer los que niegan la espiritualidad del alma? No otro que el de la sensualidad, grosera ó refinada. Circunscrita la ambición del hombre materialista á los bienes de la vida terrestre, material, la virtud para él consistirá en proporcionarse impresiones agradables, en procurarse el bienestar físico, la salud, la vida rodeada de comodidades; el vicio por el contrario, en no saber evitarse impresiones dolorosas, en exponerse al sufrimiento, á la pérdida de la salud y de la vida. ¿Puede imaginarse doctrina más abyecta? ¿no es esto la inmoralidad descarada?

12. En teoría no serán tal vez muchos los que profesan tan sórdidas doctrinas, especialmente si no han renegado de su profesión de cristianos — profesión incompatible con el materialismo —; mas en la práctica ¿no son sin cuento los que las siguen, aun entre aquellos que blasonan del nombre de católicos? Díganlo los vicios de que está plagada la sociedad moderna, mayormente en los teatros y otros centros llamados de diversión, que mejor llamáranse de perversión de las costumbres, donde la disolución, la embriaguez, el juego hacen estragos, máxime entre la incauta juventud; donde la usura, la mala fe, la estafa están, como dicen, á la orden del día, por no hablar de la corrupción que arruina las familias, el matrimonio civil, verdadero concubinato, según la doctrina de la Iglesia, las uniones ilegítimas, el lujo y la molición, el abandono del hogar por ir fuera en busca de pasatiempos corruptores, el descuido de la educación de los hijos y tantos otros males que están á la vista de todos con escándalo de la sociedad. ¿Qué prueba todo esto, carísimos hermanos, sino el fatal influjo de esas doctrinas disolventes que se absorben casi inconscientemente en la lectura diaria de libros, novelas y periódicos, tal vez científicos, totalmente ajenos al espíritu cristiano?

13. Y ¡qué testimonios más elocuentes, al par que aterradores de la inmoralidad predominante en las naciones, no nos dan los desórdenes encaminados directamente á la ruina de la sociedad, la rebelión armada contra la autoridad legítima, la usurpación del poder público por la intriga ó por la fuerza bruta, la anarquía y el vandalismo, dondequiera que la autoridad es impotente para proteger la propiedad y las vidas de indefensos ciudadanos! ¿No ha visto el siglo que acaba de pasar, desórdenes monstruosos en la naciones más cultas de la tierra, ó más adelantadas en progreso material, guerras injustas, usurpación de sus dominios á soberanos legítimos, consumada con vanos pretextos, violación de la propiedad sagrada, incendios de ciudades, depredación en grande escala, estafas enormes, asesinatos por mayor, atentados á la vida de los jefes de los Estados, reyes, emperadores y presidentes, pues nada tolera ya el socialismo á punto de desbordarse y arrasarlo todo? ¡He ahí la moral en acción, importada por las escuelas impías y blasfemadoras! ¡He ahí los frutos venenosos de la moral sin Dios! ¡Qué contraste con la moral evangélica practicada por los verdaderos discípulos de Jesucristo, por los fieles hijos de la Iglesia católica! Y ¿no es ésa una prueba sin réplica de la necesidad de promover y fomentar la enseñanza religiosa?

14. Por nuestra parte, hermanos carísimos, es preciso lanzar del corazón aquellos gérmenes de desorden y de vicios que la moral condena y nosotros no podemos dejar de condenar. «Que nadie os engañe con vanas palabras», os diré como el Apóstol á los efesios, «pues por esto vino la ira de Dios contra los hijos de la incredulidad.»¹ «Guardaos de haceros cómplices de los sofistas. . . Como hijos de la luz que sois, marchad en plena luz, cuyos frutos son la bondad, la justicia y la verdad.»² Pero tened en

¹ Eph. 5, 6.

² Ibid. 5, 7 8.

cuenta que no basta para obrar el bien con perfección valerse de la energía de la propia voluntad, por más resuelta que se muestre á poner freno á las pasiones innobles: es preciso apelar á otra fuerza superior, la de la gracia, sin cuyo auxilio nada podremos en esta obra de nuestro perfeccionamiento moral. Para este fin la Iglesia, depositaria de los tesoros celestiales, nos brinda con las fuentes de la gracia, que son los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, para cuya participación debemos prepararnos oportuna y seriamente, si con sinceridad deseamos la reforma de nuestras costumbres para gloria del Criador y salvación de nuestras almas.

SÉPTIMA CONFERENCIA.

El culto social.

Adorabo ad templum sanctum tuum.

Ps. 5, 5.

1. No abarcaríamos toda la materia que ofrece á nuestra consideración la *religión práctica*, si no tratásemos separadamente del culto, y del culto social, ó tributado á la majestad divina por la humana sociedad. En efecto, el culto, la moral y el dogma forman esa hermosa trinidad, sellada por la religión, que constituye en el fondo un todo indivisible, porque no siendo lo bello otra cosa, según Platón, que el esplendor de lo verdadero, y, según De Maistre, que lo que agrada á la virtud ilustrada, el culto presenta á nuestra vista en todos sus esplendores la verdad del dogma y la bondad de la moral. He aquí por qué los actos del culto son una profesión de fe y un ejercicio de virtud; porque es evidente que quien rinde á Dios homenaje de adoración pública, da testimonio de que cree en ese Dios que adora, y practica la moral en el primero y más urgente de los mandamientos. Por eso mismo la abstención

13. Y ¡qué testimonios más elocuentes, al par que aterradores de la inmoralidad predominante en las naciones, no nos dan los desórdenes encaminados directamente á la ruina de la sociedad, la rebelión armada contra la autoridad legítima, la usurpación del poder público por la intriga ó por la fuerza bruta, la anarquía y el vandalismo, dondequiera que la autoridad es impotente para proteger la propiedad y las vidas de indefensos ciudadanos! ¿No ha visto el siglo que acaba de pasar, desórdenes monstruosos en la naciones más cultas de la tierra, ó más adelantadas en progreso material, guerras injustas, usurpación de sus dominios á soberanos legítimos, consumada con vanos pretextos, violación de la propiedad sagrada, incendios de ciudades, depredación en grande escala, estafas enormes, asesinatos por mayor, atentados á la vida de los jefes de los Estados, reyes, emperadores y presidentes, pues nada tolera ya el socialismo á punto de desbordarse y arrasarlo todo? ¡He ahí la moral en acción, importada por las escuelas impías y blasfemadoras! ¡He ahí los frutos venenosos de la moral sin Dios! ¡Qué contraste con la moral evangélica practicada por los verdaderos discípulos de Jesucristo, por los fieles hijos de la Iglesia católica! Y ¿no es ésa una prueba sin réplica de la necesidad de promover y fomentar la enseñanza religiosa?

14. Por nuestra parte, hermanos carísimos, es preciso lanzar del corazón aquellos gérmenes de desorden y de vicios que la moral condena y nosotros no podemos dejar de condenar. «Que nadie os engañe con vanas palabras», os diré como el Apóstol á los efesios, «pues por esto vino la ira de Dios contra los hijos de la incredulidad.»¹ «Guardaos de haceros cómplices de los sofistas. . . . Como hijos de la luz que sois, marchad en plena luz, cuyos frutos son la bondad, la justicia y la verdad.»² Pero tened en

¹ Eph. 5, 6.

² Ibid. 5, 7 8.

cuenta que no basta para obrar el bien con perfección valerse de la energía de la propia voluntad, por más resuelta que se muestre á poner freno á las pasiones innobles: es preciso apelar á otra fuerza superior, la de la gracia, sin cuyo auxilio nada podremos en esta obra de nuestro perfeccionamiento moral. Para este fin la Iglesia, depositaria de los tesoros celestiales, nos brinda con las fuentes de la gracia, que son los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, para cuya participación debemos prepararnos oportuna y seriamente, si con sinceridad deseamos la reforma de nuestras costumbres para gloria del Criador y salvación de nuestras almas.

SÉPTIMA CONFERENCIA.

El culto social.

Adorabo ad templum sanctum tuum.

Ps. 5, 5.

1. No abarcaríamos toda la materia que ofrece á nuestra consideración la *religión práctica*, si no tratásemos separadamente del culto, y del culto social, ó tributado á la majestad divina por la humana sociedad. En efecto, el culto, la moral y el dogma forman esa hermosa trinidad, sellada por la religión, que constituye en el fondo un todo indivisible, porque no siendo lo bello otra cosa, según Platón, que el esplendor de lo verdadero, y, según De Maistre, que lo que agrada á la virtud ilustrada, el culto presenta á nuestra vista en todos sus esplendores la verdad del dogma y la bondad de la moral. He aquí por qué los actos del culto son una profesión de fe y un ejercicio de virtud; porque es evidente que quien rinde á Dios homenaje de adoración pública, da testimonio de que cree en ese Dios que adora, y practica la moral en el primero y más urgente de los mandamientos. Por eso mismo la abstención

del culto es un funesto síntoma de incredulidad ó profunda indiferencia religiosa, y no puede evadirse de la nota de desorden moral. ¡Qué triste es el aspecto de los pueblos donde no se ve la torre de la iglesia destacándose sobre los techos del caserío! No son los miradores de los palacios, ni las altas chimeneas de las fábricas, los que anuncian al viajero la religiosidad del pueblo que visita por primera vez. Son los campanarios y las cúpulas de los templos, los que avisan que allí habita un pueblo de cristianos, que allí mora Dios en medio de sus hijos. «Dichoso el pueblo», exclamaba el profeta, «que tiene á Dios por Soberano.»¹ ¡Oh! el culto público, hermanos carísimos, es el honor y la felicidad de las naciones, digan lo que quieran los alucinados adoradores del progreso material. Constérnase el ánimo y se pierde en lúgubres presentimientos al mirar en los ensanches de las ciudades modernas cómo se levantan suntuosos edificios, vastos almacenes, mercados espléndidos, teatros y paseos, y no ver al lado de esas construcciones un templo magnífico, una de esas basílicas soberbias que acreditan la grandeza de la fe, el entusiasmo piadoso de las almas, la religiosidad de otras edades.

2. El culto, según el valor etimológico de la palabra², es un género de cultivo espiritual que produce abundante cosecha de bienes para el hombre. Cultiva el corazón para que en él germine la semilla de la virtud y santidad; cultiva, por decirlo así, el corazón del mismo Dios, el gran agricultor³, para que de él broten la misericordia y las gracias. Es pensamiento de San Agustín. Él, pues, resume todas nuestras relaciones con la divinidad y es el gran sello de nuestra alianza y unión con Dios, y, por añadidura, de nuestra unión con nuestros semejantes. ¿Quién no

¹ Ps. 143, 15.

² *Colere*: cultivar.

³ *Pater meus agricola est* (Io. 15, 1).

comprende su importancia? Mas concretándome por hoy al culto social, intento poner de manifiesto, primero, su necesidad y utilidad, y segundo, el modo de practicarlo y los objetos que abraza.

I.

3. Hemos visto en otra conferencia que la sociedad no puede dejar de ser religiosa sin ponerse en contradicción consigo misma, sin negar su condición natural de institución divina, de hechura del Criador. De ese deber que tiene la sociedad civil de profesar y practicar la religión se infiere con evidencia la necesidad del culto público, de que ahora nos proponemos tratar. En efecto, ¿cómo podría cumplir la sociedad con sus deberes religiosos sin el culto público? ¿Puede acaso una entidad esencialmente visible y externa practicar algún acto que no lleve el carácter de la publicidad? El individuo podrá elevar á Dios su corazón y sus manos en el secreto de su hogar y aun en el santuario de su corazón, pero la sociedad, la multitud organizada y constituida ¿podrá hacerlo? ¿hay secreto para el cuerpo social? Todo para él es público, porque no vive, no se mueve sino al aire libre, en las calles, en el foro, en el santuario mismo de las leyes. Luego, sin el culto público, tributado al Criador por la sociedad, como tal, representada por sus elementos esenciales, gobernantes y gobernados, cabeza y miembros, la sociedad no profesaría religión alguna, aparecería como atea, impía. Y esto, por más que así se verifique en algunas y aun en muchas naciones divorciadas de la religión, no dejará nunca de ser un delito ante la razón, una verdadera inmoralidad y un gran escándalo capaz de destruir toda religión en el hombre. Y ¿cuánto no aumentará la gravedad del delito la circunstancia ordinaria de ser cristiana, y aun católica, la masa de la nación? Con razón ésta se siente lastimada, ofendida en la fibra más delicada de su ser, viendo rota

la armonía de la cabeza y los miembros en punto de tan vital importancia como la religión. Donde esto sucede por sistema, donde el Estado marcha separado de la Iglesia, si el país es católico en su inmensa mayoría, no podrá menos de sentirse el descontento público con grave detrimento del gobierno mismo, que pierde en respeto y simpatías por contentar á una minoría sectaria. Esta situación es siempre anómala por más sofismas que se pongan en juego para justificarla. Debe, pues, la sociedad, como tal, es decir, oficialmente, tomar la parte que le corresponde en el culto, asistir á los oficios divinos, contribuir al esplendor de las funciones religiosas, manifestar á la faz del mundo entero que cree en Dios y en su Cristo, que le adora y ama, y espera de su mano la prosperidad social.

4. Este deber fielmente cumplido no implica en manera alguna la ingerencia de un Gobierno en ministerios y funciones que no pertenecen á la magistratura civil, sino al sacerdocio. La unión de la Iglesia y el Estado no significa tuición por parte de éste sobre aquélla, coartando los legítimos fueros de la Esposa de Cristo, ni envuelve confusión de atribuciones y poderes, conservando cada una de las sociedades unidas para el bien común su soberanía y sus naturales derechos. Donde esto no sucede, se comete un abuso reprobado por la religión misma que se afecta venerar y proteger. La Iglesia condenó siempre el regalismo, tanto como la separación ó el ateísmo del Estado. Prescindiendo de tales abusos, contrarios al verdadero espíritu religioso de la sociedad, ¡qué espectáculo tan edificante, tan hermoso no presenta una nación católica, como la nuestra, prosternada ante la majestad del Altísimo bajo las bóvedas de nuestras basílicas, en esas fechas clásicas en que acude á tributar acción de gracias por los beneficios que reconoce y confiesa haber recibido de la Providencia! Allí la multitud agolpada en el sagrado recinto en actitud reverente, rebosando de entusiasmo religioso; allí

las autoridades supremas, el poder ejecutivo, la magistratura y el ejército, acompañados del cuerpo diplomático que representa las grandes potencias extranjeras que simpatizan con la nuestra; allí la sociedad entera haciendo alarde de su religiosidad, al estampido del cañón y al alegre tañido de las campanas, producen como una corriente eléctrica de bienestar público, que templá los espíritus, los reanima, los conforta, disponiéndolos por maravillosa manera al cumplimiento de sus deberes para con Dios y con la patria. Tanto gana en esas ocasiones el patriotismo como la religiosidad. Pero ¿á qué debe atribuirse, hermanos míos, ese otro espectáculo de carácter contrario, de la indiferencia de un pueblo, que, sordo á los clamores de la Iglesia, refractario á todo movimiento religioso, deja vacíos los ámbitos del templo hasta en esos mismos días en que la patria lo invita á retribuir con hacimiento de gracias los favores del Dios de las naciones? ¿no será el funesto fruto del escándalo social, del mal ejemplo dado por las autoridades durante largos años de irreligión oficial?

5. ¡Dichosa la sociedad que, sobreponiéndose á preocupaciones sectarias creadas por el racionalismo, tiene el valor de cumplir con los deberes del culto! No tardará en experimentar la utilidad que le apareja. Porque además de obtener las bendiciones del cielo, si hemos de hablar en cristiano, y el perdón de los pecados de que la misma sociedad es responsable—porque, no lo dudéis, las naciones son responsables ante Dios, que juzga á los pueblos con equidad y dirige á las naciones¹—, el culto sirve también de poderoso vínculo social, uniendo entre sí á los ciudadanos y contribuyendo por este medio á la conservación del orden y la paz. ¿Quién no entiende que la religión liga las almas con más apretado nudo que cualquier otro lazo? ¡Bendita unidad religiosa! ¡cuánta fuerza no

¹ Ps. 66, 5.

has dado á las naciones! Por otra parte esos grandes actos religiosos en que se unen gobierno y pueblo, aun aparte de la predicación, inspiran por sí mismos sentimientos de caridad fraterna, hábitos de respeto y sumisión á la autoridad, así como de resignación en la desgracia y paciencia en las públicas adversidades. Por el contrario, ¿qué mayor fuente de discordia entre los hijos de una misma madre, que la divergencia de ideas y prácticas religiosas, ó, lo que da lo mismo, la criminal omisión de toda práctica de religión por una parte considerable de ciudadanos? En nuestro mismo país, ¿no se toma la asistencia á la iglesia como señal de pertenecer á determinado partido político, y la ausencia del templo como signo de adhesión al partido contrario? Sea ó no lógico este proceder de los respectivos partidarios, el hecho prueba cuánto contribuye la comunidad de prácticas piadosas, ó sea, el culto social, tributado al Criador sin distinción de partidos, á la unión de los espíritus en beneficio de la misma sociedad. ¿Qué hacéis, pues, ¡oh desventurados propagandistas de la incredulidad entre los pueblos! ¿qué hacéis sino atentar contra el bien de la misma sociedad política? ¿creís que la impiedad que nada edifica y todo lo destruye, puede servir de freno á las pasiones disociadoras de la muchedumbre y de vínculo de unión entre los ciudadanos? Insensatez sería imaginarlo, crimen de lesa sociedad, lanzar las masas al escepticismo religioso.

Quede, pues, fuera de duda la necesidad del culto público y social. No parece que fuera preciso añadir más; quiero, sin embargo, presentaros otra reflexión.

6. Sin el culto público, tal como se practica en la Iglesia católica, la religión se amortigua, ¿qué digo? llega á extinguirse en el corazón de los pueblos. Si la razón no lo demostrara fácilmente, una triste experiencia nos lo daría á conocer. ¿Por qué ha decaído tanto el verdadero espíritu religioso en las naciones protestantes, sino porque

han desvirtuado y desnaturalizado el culto? El protestantismo, declamando contra la augusta liturgia del catolicismo, suprimiendo en su mayor parte el culto externo, ¿qué ha logrado sino apagar la fe en el Hombre-Dios, en la divinidad de Jesucristo, cegar las fuentes de la gracia con el desuso de los sacramentos, resfriar la caridad en los corazones? «El protestantismo», escribe Augusto Nicolás¹, «no ha conservado más que la abstracción de Dios: al ver sus templos no se diría que es Dios el que en ellos se adora, ni que se adora en los templos á Dios alguno. Estos templos son edificios confortables, cómodos, pero perfectamente vacíos de todo lo que puede recordar al hombre su dependencia del Criador, de todo lo que sea capaz de nutrir su piedad; son la casa del hombre, no la de Dios.» ¿Puede concebirse el respeto á Dios sin el sentimiento de la debilidad humana? y ¿no es carecer de este sentimiento el creerse capaz de prescindir de todo medio sensible para elevarse hasta Él, arrogándose con un cuerpo de barro las prerrogativas de los espíritus puros? ¿Qué religión puede aprenderse en esa escuela del protestantismo? Y lo mismo puede afirmarse de ese catolicismo de nombre y de meras creencias vagas é incompletas, que tanto se asemeja á las sectas protestantes y que cuenta por desgracia con numerosos partidarios en los pueblos católicos, merced á la ignorancia religiosa de unos y á la activa propaganda de otros librepensadores, máxime en épocas de revolución y trastorno de todas las ideas. Se ha alejado á una gran porción de católicos de las funciones religiosas, se les ha prevenido contra los ministros de la Iglesia, se ha hecho irrisión y mofa de nuestras sagradas ceremonias, se les ha hecho creer que los sacramentos no son más que invenciones de los hombres; en una palabra, se ha llegado á matar el culto público, en otro tiempo tan vivo y floreciente, y ha

¹ Estud. filos. p. 3, c. 18.

resultado lo que vemos, la irreligión y la desmoralización en proporciones alarmantes. Promovamos con todo empeño el culto público, devolvámosle su antiguo esplendor, si no queremos que acabe por extinguirse esa centella de religión que aun queda en nuestro pueblo.

Pero ya es tiempo de que veamos á qué objetos se extiende el culto social y cómo debe manifestarse el espíritu religioso de la sociedad.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

II.

7. Lo primero que nos sale al encuentro al hablar del culto social ó público es el templo. Como la sociedad civil ó lo que la representa, el Gobierno, el Congreso, el Tribunal, necesita de palacios, de edificios grandiosos y capaces de contener la multitud, así la sociedad religiosa, sus ministros, los sacerdotes y el pueblo fiel necesitan de templos donde ofrecer á Dios el sacrificio, elevar la plegaria, dar expansión á sus sentimientos de religiosidad. No es, pues, Dios quien necesita de las fábricas de las manos y del ingenio de los hombres, ya que tiene por morada el cielo y su misma inmensidad. «¿Por ventura no lleno yo el cielo y la tierra?» decía el Señor por Jeremías¹, y Salomón, dedicando el gran templo de Jerusalén, exclamaba: «Si los cielos de los cielos no son bastantes para contenerte, ¡cuánto menos esta casa que yo he edificado!»² El universo es también templo de Dios, según cantó el profeta: «Del Señor es la tierra y toda su extensión, el orbe de las tierras y cuantos habitan en él.»³ Sin embargo, ya que Dios, por un efecto de su bondad infinita y para honrar á su querido pueblo, ha querido que se le edifiquen templos, como se lo intimó á David, diciendo: «Tu hijo edificará un templo á mi nombre»⁴,

¹ Ier. 23, 24.

² 3 Reg. 8, 22

³ Ps. 23, 1.

⁴ 2 Reg. 7, 13.

nada más justo ni tampoco más glorioso para el hombre que construir con los más ricos materiales y con todos los elementos de que es capaz de disponer, una morada, si no digna de la grandeza del huésped, que á lo menos atestigüe la grandeza del amor y del respeto que le debe su criatura. Bien lo comprendió aquel rey que agotó, por decirlo así, los tesoros de su poderosa inteligencia y las riquezas de su reino para levantar á la gloria del Dios de Israel el templo más bello y magnífico que ha sustentado la tierra, el maravilloso templo de Salomón.

8. Es, pues, el templo *la casa de Dios*, la que Él llama suya, *domus mea*, como la llamó Jesucristo, el Hijo de Dios vivo¹. ¡Qué respeto al templo no debe inspirarnos esta idea, y qué horror al sacrilegio y á la profanación! ¡qué afectó á los sagrados tabernáculos! ¿Quién no exclamará como David: *Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum*?² ¿Quién podrá pasar indiferente por delante de sus puertas, que son las puertas de la misericordia? Luego se alejan de Dios los que se alejan del templo, y ya se ve que «los que de Dios se alejan, acércanse al abismo de la perdición.»³ Los que tal hacen parece que huyeran, como el fratricida Caín, de la presencia del Señor. ¿Es temor ó desamor el sentimiento que los aparta del templo? Y ¡son tantos los que viven alejados de sus puertas! Y ¡no se ven las muchedumbres agolpadas debajo de sus bóvedas! Y, lo que es más triste aún, ¡cuántos hay que van al templo, pero desnudos de todo sentimiento religioso! ¡cuántos que lo profanan con su conducta! Es casa de oración, pues no es otro su destino, y como en los tiempos del Salvador, conviértelo en cueva de ladrones, es decir, en lugar de iniquidades⁴. Y ¿no arrojó Jesús, armado de látigo, á los sacrílegos profanadores de su casa?⁵ ¿Cómo

¹ Luc. 19, 46.

² Ps. 83, 2.

³ Ps. 72, 27.

⁴ Marc. 11, 17.

⁵ Io. 2, 15.

no temen la indignación divina los que llevan su audacia hasta cometer en el sagrado recinto escandalosos atentados? Efectos son éstos, sin duda, de la irreligión, y ésta, á su vez, de la crasa ignorancia de su doctrina y del abandono completo de sus prácticas. Mucho podría impedir estos desórdenes, demasiado frecuentes, una esmerada educación religiosa, que hiciera comprender al niño, aparte de otros deberes, el respeto que se debe á las casas de oración. Ni menos influiría en la conducta del pueblo la actitud religiosa de todas las clases sociales. ¡Ojalá pudiéramos decir como una célebre escritora¹: «No se entra nunca en las iglesias católicas sin experimentar una emoción que produce en el alma un bien muy grande, y le da, como por una ablución santa, fuerza y pureza.»

9. Vienen en segundo lugar, como elementos del culto público que debe tributar á Dios la sociedad, las sagradas ceremonias. Nada diré de su necesidad y utilidad, tan evidentes como las del culto externo, que no puede subsistir sin ellas. Bástenos saber que son algunas de inmediata institución divina, otras establecidas por la Iglesia con la autoridad y bajo la inspiración de Dios. No son menos venerables las ceremonias de la nueva Ley que lo eran las del viejo Testamento. Recordad las palabras de Moisés al pueblo de Israel: «Cuando hubiereis entrado en la tierra de promisión, guardaréis estas ceremonias, y daréis la explicación de ellas á vuestros hijos, que os preguntarán el significado de esta religión.»² El mismo gran legislador aseguró que las había aprendido de Dios y que había recibido la orden de enseñarlas al pueblo³. Sobre todo son dignas de toda consideración estas palabras: «¿Qué nación hay tan grande que tenga á sus dioses tan cerca de sí como tenemos nosotros á nuestro Dios, atento á todas nuestras oraciones? ¿qué pueblo hay tan ilustre que

¹ Mad. de Staël.² Ex. 12, 25.³ Deut. 5, 31.

tenga ceremonias y reglas de justicia y leyes perfectas como las que voy á proponeros?»¹ He ahí lo que dignifica y enaltece á una nación, su carácter religioso, la observancia de las leyes y preceptos que ha recibido de Dios, la magnificencia de su culto. Y por cierto no mira Dios con indiferencia la guarda de esas ceremonias, que algunos espíritus ligeros desdeñan, cuando tan seriamente amenaza á su pueblo diciéndole: «Cuidado no te olvides algún día del Señor Dios tuyo, y descuides sus mandamientos y sus juicios y las ceremonias que yo te ordeno en este día.»² Y advertid cómo no separa Dios las ceremonias de los mandamientos, sin duda para darnos á entender que no debemos mirar con menos reverencia lo que toca al ceremonial del culto que lo concerniente á la moral y al dogma. Verdad es que las ceremonias de la ley mosaica han sido abolidas en su mayor parte, pero no creáis, hermanos míos, que haya desaparecido su espíritu y que no hayan sido sustituidas por otras más conformes á la naturaleza del nuevo y eterno Testamento. Á Moisés ha seguido Jesucristo, y es el autor de la nueva era religiosa, quien, por sí ó por sus legados, ha dictado el código de las ceremonias cristianas. Son, por tanto, objeto dignísimo de nuestra veneración y amor, y sólo pueden mirarse con desdén los espíritus irreflexivos ó tocados de incredulidad.

10. Por lo demás, ¿quién no ve, quién no admira la sabiduría y la belleza incomparable de las ceremonias del culto católico? Los ritos son á las verdades religiosas, dice un escritor, lo que los signos son á las ideas. Ellos hablan, pues, á la inteligencia y al corazón con mudo pero sensible lenguaje, inteligible por las personas de más cortos alcances, y que no desdeñan, sin embargo, las inteligencias superiores. Por ellos nos formamos alguna idea de la majestad del santo sacrificio y de los maravillosos efectos de los sacra-

¹ Ibid. 4, 7 y 8.² Ibid. 8, 11.

mentos. Ellos hacen revivir á nuestros ojos los grandes sucesos de la vida de nuestro Redentor. Son como una enseñanza objetiva de la religión. Admirable es el efecto que producen, por confesión de todos, y su encantadora belleza da testimonio sensible de la verdad de nuestros dogmas. Es tal su magia, que arranca lágrimas hasta de los ojos del impío. Oíd la confesión de uno de los más famosos¹: «No he visto jamás esa larga hilera de sacerdotes en hábitos sacerdotales, en la procesión del Corpus, esos jóvenes acólitos vestidos con albas blancas y ceñidos de anchas bandas azules, que van regando flores delante del Santísimo Sacramento, esa multitud que les precede y que les sigue con un silencio religioso, tantos hombres arrodillados é inclinada contra el polvo la frente, ni jamás he oído ese canto grave y patético, entonado por los sacerdotes y seguido afectuosamente por un sinnúmero de voces de hombres, mujeres y niños, sin que se conmuevan mis entrañas y se estremezcan, y se arrasen de lágrimas mis ojos.»

11. Entra, además del templo y de las ceremonias, como elemento esencial del culto público el ministro, consagrado por divina ordenación al servicio del altar. «Los sacerdotes de Dios», decía Moisés á su pueblo, «ofrecerán al Señor el incienso y los panes sagrados y por tanto serán santos y no mancharán su nombre.»² «Todo pontífice», añade San Pablo, «escogido entre los hombres, es constituido vicergerente de éstos en lo que pertenece á Dios, para que ofrezca dones y sacrificios.»³ De donde puede inferirse que participa del culto que se debe á Dios, puesto que tan de cerca y con las manos le toca, en calidad de intermediario y dispensador de los divinos misterios⁴. ¿Qué es, pues, el sacerdocio sino la magistratura de la Iglesia? Sin

¹ Diderot, cit. por *Aug. Nicolás*.

² Levit. 22, 7.

³ Hebr. 5, 1.

⁴ 1 Cor. 4, 1.

él no podría existir el culto público y social, como sin magistrados civiles no podría rodar la máquina de la sociedad. Su institución es de derecho natural y divino, y en cuanto al sacerdocio cristiano, de derecho positivo, supuesto que Cristo nuestro Señor ordenó sacerdotes á sus apóstoles la noche de la Cena y dióles poder de ordenar á otros, para que el sacerdocio continuara funcionando por toda la serie de los siglos, tanto como durase su Iglesia¹. En cuanto á los que poseen la plenitud del sacerdocio, los obispos, es el Espíritu Santo el que los ha puesto para regir y gobernar la Iglesia de Dios². El sacerdocio en toda su plenitud y por derecho propio reside en Aquel de quien se dijo por una voz profética: *Tu es sacerdos in æternum*³, en Cristo, Ungido de Dios como Rey y Sacerdote eterno; pero, según los consejos del Altísimo, de Él se deriva y descende á los demás sacerdotes, pues, como advierte San Pablo, ha sido menester que otros hombres, y en gran número, fuesen elevados al ministerio sacerdotal, así en la nueva como en la antigua Ley⁴.

12. Siendo esto así, carísimos hermanos, ¿qué respeto no merecen estos vicegerentes de Cristo, estos Cristos de la tierra? Ellos forman en la sociedad cristiana una jerarquía respetable y digna de todo el aprecio de los verdaderos fieles, no sólo por los beneficios que, en todo orden, dispensan á la misma sociedad, sino por su carácter sagrado y la dignidad que él les confiere. Por eso se han visto rodeados de veneración afectuosa por magnates ilustres y hasta por los mismos soberanos de la tierra. Las almas santas, iluminadas con luces superiores, tenían á dicha besar las huellas de sus pies. Es nota característica del alma religiosa, el amor y el respeto al sacerdocio, y por ende al clero que

¹ Luc. 22, 19.

² Act. 20, 28.

³ Ps. 109, 4.

⁴ Hebr. 7, 23.

lo ejerce: los sentimientos contrarios, el desprecio, el odio llevado hasta la clerofobia, señales inequívocas de la impiedad. «Los enemigos jurados de la religión», escribe un obispo mártir¹, «trabajan de todos modos para desacreditar y desprestigiar al clero católico, seguros de que, perdido en el pueblo el respeto á los ministros del Señor, será fácil acabar con la religión.» He aquí una verdad confirmada por la experiencia. ¡Oh! ¡y cómo han conseguido en gran parte su perverso intento! Urge, hermanos míos, poner un remedio oportuno y eficaz á la inundación creciente de la irreligión. Y este remedio, ¿en dónde se hallará mejor que en la restauración del culto público, en tantas partes lastimosamente decaído? Esforcémonos todos por conseguirlo, honrando al sacerdocio, acatando las sagradas ceremonias, respetando y frecuentando el templo, concurriendo con nuestras personas y nuestros recursos á dar al culto público toda la grandiosidad posible, especialmente en las grandes solemnidades de la Iglesia católica. Ellas son para las almas piadosas un reflejo de las eternas alegrías de la gloria, que á todos os deseo.

OCTAVA CONFERENCIA.

El Sacrificio de la Misa.

Hoc facite in meam commemorationem.

Luc. 22, 19.

1. Entre los actos instituidos por Dios mismo para que se le tribute culto digno de su majestad, ninguno hallaréis, hermanos míos en Jesucristo, ni más esencial ni más excelente que el santo sacrificio de la Misa. ¿Qué vendría á ser un templo católico donde no se celebrasen nunca nuestros sagrados misterios? Habría que suprimir en él la

¹ Mons. Schumacher, Ob. de Portoviejo, Ecuador.

parte principal, aquella á donde convergen las miradas de la multitud que se congrega dentro de sus muros, donde lucen los más ricos adornos de oro y pedrería, donde se amontonan las luces y las flores para dar un golpe de vista incomparable, el altar, el punto céntrico del templo, de donde se eleva el humo del incienso hasta las alturas de la cúpula para ir á perderse en las del cielo. ¡Ah! ¡qué pobre y desgraciado sería el culto sin la Misa! Tanto como lo es el de las sectas protestantes. La Misa es el encanto de las almas piadosas, para quienes la religión es la vida, y nada les es más amargo, más intolerable que no poder asistir á su celebración todos los días. Pero no sólo del culto privado, sino del culto público y social, es el principal elemento el santo Sacrificio, celebrado con el majestuoso ceremonial de la liturgia católica. ¿Qué festividad religiosa puede celebrarse, ya sea en honor de Jesucristo ó de sus santos, en que la Misa solemne no tenga el primer lugar en el programa? ¿Qué digo, festividad religiosa propiamente tal? Hasta las fiestas cívicas que se quiere santificar por medio del culto, no se solemnizan dignamente sino elevando al cielo la Hostia santa, entre los cánticos del clero y del pueblo, por manos del sacerdote, ora para dar gracias á Dios por la libertad adquirida, ora para implorar las bendiciones celestiales sobre la patria, ó para conjurar los peligros que la amenazan. Nada tiene la religión más augusto que la Misa.

2. Y es porque la Misa es el único sacrificio que actualmente se ofrece á la Divinidad sobre la tierra por los verdaderos adoradores, abolidos ya por divina disposición los sacrificios que en otro tiempo le fueran agradables. Y nada hay que más complazca al Dueño soberano de todas las criaturas que el humo del sacrificio en que se consume la víctima para atestiguar su absoluto y plenísimo dominio. Siempre, desde la antigüedad más remota, le fué

lo ejerce: los sentimientos contrarios, el desprecio, el odio llevado hasta la clerofobia, señales inequívocas de la impiedad. «Los enemigos jurados de la religión», escribe un obispo mártir¹, «trabajan de todos modos para desacreditar y desprestigiar al clero católico, seguros de que, perdido en el pueblo el respeto á los ministros del Señor, será fácil acabar con la religión.» He aquí una verdad confirmada por la experiencia. ¡Oh! ¡y cómo han conseguido en gran parte su perverso intento! Urge, hermanos míos, poner un remedio oportuno y eficaz á la inundación creciente de la irreligión. Y este remedio, ¿en dónde se hallará mejor que en la restauración del culto público, en tantas partes lastimosamente decaído? Esforcémonos todos por conseguirlo, honrando al sacerdocio, acatando las sagradas ceremonias, respetando y frecuentando el templo, concurriendo con nuestras personas y nuestros recursos á dar al culto público toda la grandiosidad posible, especialmente en las grandes solemnidades de la Iglesia católica. Ellas son para las almas piadosas un reflejo de las eternas alegrías de la gloria, que á todos os deseo.

OCTAVA CONFERENCIA.

El Sacrificio de la Misa.

Hoc facite in meam commemorationem.

Luc. 22, 19.

1. Entre los actos instituidos por Dios mismo para que se le tribute culto digno de su majestad, ninguno hallaréis, hermanos míos en Jesucristo, ni más esencial ni más excelente que el santo sacrificio de la Misa. ¿Qué vendría á ser un templo católico donde no se celebrasen nunca nuestros sagrados misterios? Habría que suprimir en él la

¹ Mons. Schumacher, Ob. de Portoviejo, Ecuador.

parte principal, aquella á donde convergen las miradas de la multitud que se congrega dentro de sus muros, donde lucen los más ricos adornos de oro y pedrería, donde se amontonan las luces y las flores para dar un golpe de vista incomparable, el altar, el punto céntrico del templo, de donde se eleva el humo del incienso hasta las alturas de la cúpula para ir á perderse en las del cielo. ¡Ah! ¡qué pobre y desgraciado sería el culto sin la Misa! Tanto como lo es el de las sectas protestantes. La Misa es el encanto de las almas piadosas, para quienes la religión es la vida, y nada les es más amargo, más intolerable que no poder asistir á su celebración todos los días. Pero no sólo del culto privado, sino del culto público y social, es el principal elemento el santo Sacrificio, celebrado con el majestuoso ceremonial de la liturgia católica. ¿Qué festividad religiosa puede celebrarse, ya sea en honor de Jesucristo ó de sus santos, en que la Misa solemne no tenga el primer lugar en el programa? ¿Qué digo, festividad religiosa propiamente tal? Hasta las fiestas cívicas que se quiere santificar por medio del culto, no se solemnizan dignamente sino elevando al cielo la Hostia santa, entre los cánticos del clero y del pueblo, por manos del sacerdote, ora para dar gracias á Dios por la libertad adquirida, ora para implorar las bendiciones celestiales sobre la patria, ó para conjurar los peligros que la amenazan. Nada tiene la religión más augusto que la Misa.

2. Y es porque la Misa es el único sacrificio que actualmente se ofrece á la Divinidad sobre la tierra por los verdaderos adoradores, abolidos ya por divina disposición los sacrificios que en otro tiempo le fueran agradables. Y nada hay que más complazca al Dueño soberano de todas las criaturas que el humo del sacrificio en que se consume la víctima para atestiguar su absoluto y plenísimo dominio. Siempre, desde la antigüedad más remota, le fué

grato á Dios el sacrificio¹, y lejos de dispensar de él á los hombres, les inspiró su idea, que no pudo ser invento humano, y más tarde les dictó minuciosamente las leyes con que debían ofrecerlo. Sacrificios ofrecieron en la Ley natural el inocente Abel y el justo Enoc; más adelante Noé, saliendo del arca, ileso del naufragio universal. Á su tiempo inmolaron víctimas al Señor, en ocasiones solemnes, el bienaventurado Job, los patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob, y el rey de Salem, Melquisedec. Vino la Ley escrita, y empezaron los diarios sacrificios del pueblo escogido por Dios, figuras todos ellos del grande y verdadero sacrificio de la nueva Ley, que ha de inmolarse hasta la consumación de los siglos². Hoy, en los días de gracia que alcanzamos, cúmplase la célebre profecía de Malaquías, que dijo, en nombre de Dios: «En todo lugar se me ofrece sacrificio y se consagra á mi nombre la oblación pura.»³ ¡Por cuán dichosos deben tenerse los pueblos cristianos! Ellos solos poseen el sacrificio, merced al cual mira Dios á los hombres con ojos de misericordia y les otorga sus favores. ¿Qué fuera del mundo sin este sacrificio? ¿existiría acaso? ¿no habría perecido ya entre las ruinas de un cataclismo universal? Razón tenemos para presumirlo.

Y ¿qué debemos pensar de aquellos fieles que, á pesar de los gravísimos preceptos de Dios y de la Iglesia, rehusan asistir al sacrificio de la Misa los días consagrados exclusivamente al culto del Señor? No podemos menos de maravillarnos de una conducta tan irregular é inconsecuente con los dogmas que profesan. Seguramente la falta habitual de asistencia á la Misa en los días festivos marca una baja funesta en el termómetro religioso de un pueblo.

Detengámonos hoy, hermanos carísimos, á considerar, primero la existencia del santo sacrificio de la Misa, y segundo,

¹ Ex. 29, 18.² 1 Cor. 10, 11.³ Mal. 1, 11.

la obligación rigurosa de asistir á él, á lo menos los días festivos. Asístanos el Señor con su gracia para hablar dignamente de asunto tan sublime.

I.

3. No es débil argumento de la excelencia de nuestro sacrificio el haber sido figurado en todos los sacrificios de la Ley mosaica. Tal es el común sentir de la Iglesia y sus doctores. Recordemos los principales sacrificios de la antigua Alianza. Sea el primero el del cordero pascual, esto es, el que mandó Moisés ofrecer á los hijos de Israel á la salida de Egipto, entre los gritos de la multitud egipcia, á fin de salvar sus casas, bañadas con la sangre de la víctima, de la común devastación y ruina, causada por la presencia del ángel exterminador¹. El ángel había dicho en nombre del Señor: «Veré la sangre esparcida en las puertas, y pasaré sin haceros daño alguno.»² Y en efecto, el sacrificio del cordero aplacó la indignación divina y dió incolumidad al pueblo hebreo. Su recuerdo fué el más grato para aquella nación, porque lo fué de su libertad de la servidumbre de Egipto. ¡Con cuánta solemnidad se celebraba durante siete días la gran fiesta de la Pascua! Pero si toda la vida de aquel pueblo era, como sabemos³, figura de la vida sobrenatural del pueblo cristiano, ¿quién duda que el sacrificio del cordero pascual lo fué del sacrificio del verdadero Cordero inmaculado, Cristo Jesús, inmoloado para la redención del género humano, cuando fué celebrada nuestra Pascua, es decir, nuestra salida de la tierra infernal de servidumbre, del Egipto del pecado? Y la Misa ¿qué otra cosa es sino la reiteración substancial del sacrificio del Calvario? De aquí la pompa extraordinaria con que la Iglesia acostumbra solemnizar, por toda una octava, la institución del sacrificio eucarístico junto

¹ Ex. 12, 1 et sqq.² Ibid. 12, 13.³ 1 Cor. 10, 11.

con la del sacramento de nuestros altares, con profusión de cánticos alegres, animando á la lengua cristiana «á cantar el misterio del glorioso cuerpo y de la sangre preciosa que aquel fruto nobilísimo del vientre de la Virgen derramó para rescatar al mundo y hacer de todas las naciones su reino sempiterno» — *Pange, lingua, gloriosi Corporis mysterium*¹. Bien nos declaró el mismo Jesucristo la significación del sacrificio del cordero pascual celebrándolo Él en persona aquella noche, preliminar de la Pasión, momentos antes de instituir el sacrificio del altar. «Con esto», dice Santo Tomás, «ponía fin á las figuras»², sustituyéndolas por la más gloriosa realidad. Y la Iglesia canta con entusiasmo en sus oficios: «Cristo es nuestra Pascua: él es nuestra víctima pascual: él, el ázimo puro de la sinceridad, propio de las almas puras.»³

Y ¿qué representaban aquellos sacrificios diarios, de la mañana y de la tarde, de dos corderillos escogidos⁴, que mandaba Dios ofrecerle en olor de suavidad, como ofrenda duradera por todas las generaciones? No otra cosa sino el sacrificio del mismo Jesucristo en el Calvario y en el altar, por cuya virtud habían de ser salvas las generaciones que precedieron á su venida y las que le siguieron hasta la consumación de los tiempos. Ni era otro el objeto que tenía Dios en mira, cuando mandaba que se le ofreciera una sola vez al año aquel gran sacrificio de la expiación general, á que hace alusión el apóstol San Pablo⁵, con ocasión del cual era permitido al sumo sacerdote penetrar en el lugar santísimo del Tabernáculo⁶. Nuestro Señor, cargado con los pecados del mundo entero, como el macho cabrío, llamado emisario, con las iniquidades de todo el pueblo, fué inmolado fuera de la ciudad de Jerusalén, entre los gritos y las imprecaciones de la muchedumbre.

¹ In offic. Corp. Christi.² In offic. SS. Sacramenti.³ Ibid.⁴ Ex. 29, 38. 39.⁵ Hebr. 13, 12.⁶ Lev. 16, per totum.

De igual manera pudiéramos discurrir acerca de los demás sacrificios, siguiendo la guía de los más sabios maestros de la doctrina católica.

4. ¿Qué es, pues, la santa Misa? preguntan nuestros Catecismos, y responden: «Es el sacrificio del cuerpo y de la sangre de Cristo, ofrecido á Dios en el altar, por ministerio de los sacerdotes, bajo las especies de pan y vino, para continuar y representar el sacrificio de la Cruz.»¹ He aquí, hermanos míos, tres títulos evidentes por los cuales podemos rastrear algo de la soberana excelencia del gran sacrificio que tantas almas ciegas miran con desdén, y nosotros mismos acaso no miramos con toda la veneración y estima que merece.

Fúndase el primero en la materia misma así del sacrificio como del sacramento de la Eucaristía, esto es, el verdadero cuerpo y la propia sangre de Cristo Señor nuestro, ó sea, en la dignidad infinita de la víctima. Es verdad de sentido común y que no necesita demostrarse, que la calidad de la víctima da la medida de la excelencia ó valor del sacrificio. ¿No recordáis las condiciones que Dios mismo exigía en las víctimas que habían de ofrecérsele, debiendo ser rechazadas las que no las reunían, para que el sacrificio fuese aceptable á la Divinidad?² ¿Por qué miró Dios con ojos de misericordia el sacrificio de Abel, el inocente, y no se dignó poner los ojos en el de Caín, el pecador?³ ¿No sería porque, mientras éste ofrecía al Señor toda clase de frutos de la tierra, sin discernimiento, Abel, como dice la Escritura sagrada, escogía lo mejor de su rebaño, las primicias de sus corderos, para inmolárlas á su Dios?⁴ Es indudable que el esmero en la elección de la ofrenda más preciosa para llevarla á los altares, supone en el que la ofrece los sentimientos de fe,

¹ Guillois, Catecismo.² Ex. 12, 5; Deut. 17, 1.³ Gen. 4, 7.⁴ Ibid. 4, 1.

reverencia y amor que dan su principal valor y mérito á aquel acto religioso. Porque ni hoy ni nunca pudieron complacer al Dios de la santidad los sacrificios puramente exteriores, es decir, aquellos que no santificaba el corazón contrito y fervoroso. En este sentido decía el real Profeta: «El sacrificio acepto á Dios es un espíritu mortificado: un corazón contrito y humillado no lo despreciarás, ¡oh Dios!»¹ Con razón se ha visto á los hombres en todos los tiempos y lugares escoger los objetos más valiosos que da la naturaleza y los que el arte fabrica, como el oro y la plata, los mármoles preciosos, las telas más finas y la más deslumbrante pedrería, para presentarlos en místico don á la soberanía del Criador, al tiempo que le ofrecía sus más delicados afectos simbolizados en el humo fragante del incienso. Y no contento con este tributo de reconocimiento de su Majestad, inmolaba también seres vivientes al Autor de la vida y Árbitro soberano de la muerte. Y ¿hay cosa de más precio entre las criaturas visibles que la vida? Y ya que la vida humana no pudiese ser ofrecida en holocausto por ley general, por justísimas razones que á ningún hombre podían ocultarse, la vida de los irracionales, la más preciada posesión del hombre, debía representar al hombre mismo, siendo sacrificada en los altares de Dios. Así es como los sacrificios de la Ley antigua figuraban el sacrificio del hombre. Pero ¿de qué hombre, hermanos míos, sino de aquel que lo fué por excelencia, del Hombre ideal, del nuevo Adán, del padre de la humanidad, Jesucristo, Dios y hombre en una sola persona? Y al llegar á este punto de nuestro razonamiento, hemos descubierto el primordial origen de la excelencia del sacrificio por antonomasia, de la Misa. ¿Qué víctima pudiera concebirse más preciosa ante el acatamiento de Dios que el cuerpo y la sangre del Hombre-Dios? Verdaderamente es infinito

¹ Ps. 50, 19.

el precio de esta víctima, porque es víctima divina, aunque lo sea también humana, elevándose la humanidad á las alturas de la divinidad por un efecto necesario de la unión hipostática de las dos naturalezas. El cuerpo y la sangre que aquí se inmolan de mística manera, pero verdadera y real, forman la Hostia pura, la Hostia santa, la Hostia inmaculada, sobre la cual no puede dejar de poner sus miradas, con rostro propicio y sereno, la soberana Majestad, aceptándola benignamente, mejor que se dignó aceptar las ofrendas de su siervo el justo Abel, el sacrificio del patriarca Abrahán y el del sumo sacerdote Melquisedec¹.

5. Es cosa que sorprende al que atentamente lo medita, el ver la poca impresión que produce en la generalidad de los ánimos de los fieles la majestuosa grandeza del incruento sacrificio. Con el rostro pegado á la tierra solía adorar á Dios el pueblo de Israel², herido por la majestad de su presencia. Ante la faz de un ángel caían por tierra los justos del antiguo Testamento, tanta era la reverencia que les infundía la aparición de un espíritu superior³. ¿Cómo es que nosotros, á quienes no los ojos de la carne, sino la luz de la palabra infalible nos descubre en el altar la presencia real de Jesucristo-Hostia, permanecemos como impasibles, divagada la imaginación en objetos insignificantes, derramados los sentidos, ciega la mente, insensible y helado el corazón? ¿Será que no nos penetramos bastante de la verdad del misterio? ¿será que nuestra fe no tiene la vivacidad que debiera tener acerca de los prodigios estupendos que se verifican en el más humilde altar? ¡Ah! carísimos hermanos, no nos dejemos engañar de vanas apariencias, atengámonos á la realidad. «Allí», dice Santo Tomás⁴, «no vale el testimonio de los ojos, ni del gusto,

¹ Canon Missæ. ² Judith 6, 14. ³ Tob. 12, 22.

⁴ S. Thom., in rythm.

ni del tacto; sólo al oído debemos dar crédito, no al oído del cuerpo sino al del espíritu, á quien se dirigen estas palabras pronunciadas por labios divinos¹: 'Éste es mi cuerpo: ésta es mi sangre.' Lo que allí vemos y palpamos no es pan ni vino, es el cuerpo real y verdadero, aunque no sensible, de Jesús, es su sangre, la misma que fué derramada para la remisión de los pecados del mundo.» «Nada más cierto que esta verdad»², por la cual estamos dispuestos á dar la vida, si necesario fuese. No es mi objeto al presente demostraros lo que, á fuer de católicos, creéis y confesáis, la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía, en virtud de la transustanciación que allí se obra al pronunciar el sacerdote sobre el pan y el vino las palabras de la consagración. Bástame llamar vuestra atención sobre la materia que allí se ofrece á Dios en sacrificio, que no es la vil substancia del pan ni la del vino, especies ó velos bajo los cuales se oculta no sólo el cuerpo y la sangre de Cristo, sino también su alma y su divinidad. El protestante, cuya fe no alcanza á comprender el poder y la bondad de un Dios que ha sacado todas las cosas del fondo de la nada y con mayor razón, si así puede decirse, puede cambiar una substancia en otra, se obstina en no ver en la Eucaristía más que la figura del cuerpo y de la sangre del Señor; nosotros, que tenemos más alta y más justa idea del poder de la palabra de Dios, vemos la realidad, porque ésta es la que denotan en su sentido obvio y literal las palabras de Cristo: «Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre». «Jesucristo», dice el sabio teólogo Nicolás Wiseman, «ha declarado esta doctrina en los términos más sencillos, y yo por tanto la recibo fundándose en la palabra del Señor.»³ Pero sigamos considerando otros títulos de excelencia de este adorable sacrificio.

¹ Marc. 14, 22.² *S. Thom.*, ubi supra.³ *Wiseman*, Plática xv, sobre la Transustanciación.

6. ¿Quién es propiamente el sacerdote que lo ofrece? ¿Es por ventura el hombre revestido, más bien que de los sagrados ornamentos, de la dignidad del sacerdocio en la Iglesia de Dios? ¿es todo el pueblo cristiano que llena la basílica y se incorpora en espíritu con el ministro del altar? Ciertamente que tanto el pueblo como el sacerdote visible tienen derecho á llamar suyo el sacrificio de la Misa, y por eso dice el oferente volviéndose á la multitud: «Orad hermanos, á fin de que el sacrificio mío y vuestro sea aceptable ante Dios Padre omnipotente.»¹ Más aún, es la Iglesia entera la que eleva, por manos de sus ministros, la Hostia santa, en sacrificio de alabanza para honrar dignamente á la Divinidad tres veces santa. Así y todo, el sacerdote principal, y, en este sentido, el propio y verdadero sacerdote que ofrece el sacrificio de la Misa, es el mismo Cristo, el Ungido con la unción del Espíritu Santo, aquel á quien dijo el Eterno Padre: «*Tu es sacerdos in aeternum*—Tú eres el sacerdote de la eternidad.»² Porque, como observa el Apóstol, los demás sacerdotes, mortales como son, no pueden prolongar sus días sobre la tierra, pero Cristo Jesús, el Rey inmortal de los siglos, sobre quien la muerte ha perdido su imperio, posee el sacerdocio sempiterno³. No sin misterio, tuvo por figura y prototipo á Melquisedec, personaje misterioso, cuya genealogía se oculta á nuestros ojos, como para darle una existencia indefinida y eterna, pues, como dice el Apóstol, no tienen principio sus días, ni término su vida⁴; personaje, por otra parte, tan grande que sobrepuja al gran patriarca Abrahán, el cual recibe de aquél la bendición y le paga diezmos como á sacerdote del Altísimo, y deja atrás, por consiguiente, al gran sacerdote Aarón y á todo el sacerdocio levítico. Con razón exclama San Pablo: «Mirad

¹ In Missa.² Ps. 109, 4.³ Hebr. 7, 24.⁴ Hebr. 7, 3.

cuán grande es éste; tal, en efecto, convenía que fuese nuestro Sumo Pontífice, santo, inocente, inmaculado, que nada tuviese de común con los pecadores y estuviese más elevado que los mismos cielos.»¹ «Éste es», concluye el Apóstol de las gentes, «el que se ofreció á sí mismo una vez para siempre, como Hijo de Dios y sacerdote perfecto.»² ¡Cuál no será, pues, hermanos carísimos, la excelencia del sacrificio de la Misa! ¡Oh, si atentamente lo consideráramos, cuán honrados nos sentiríamos de vernos admitidos á un acto tan grandioso! Seguramente no dejaríamos de asistir á él, sin necesidad de que se nos apremiase con la gravedad del precepto.

7. De la doctrina expuesta por el Doctor de las naciones resulta puesta en evidencia una verdad importantísima, la de la identidad substancial del sacrificio del altar y el del Calvario, por donde nos será fácil juzgar de la excelencia del primero. ¿Hubo jamás sobre la tierra acto más solemne y grandioso que el sacrificio de la Cruz? ¿qué hubiéramos sentido, hermanos míos, si con luz sobrenatural, como María, hubiésemos penetrado, al pie del madero donde expiraba Jesús, la significación de aquella muerte? ¿cuál habría sido nuestra admiración, nuestro asombro al ver á un Hombre-Dios hecho víctima de la justicia del cielo por la redención del género humano condenado á morir eternamente? ¡Momento solemne aquel en que el Cordero sin mancha, cargado con todas las iniquidades de la raza de Adán, era abrasado y consumido en las llamas de su caridad para desarmar la diestra del Eterno, pronta á descargar el golpe de muerte sobre la humanidad pecadora! ¡Oh inmolación de valor infinito! ¡oh sacrificio de trascendencia incalculable! ¡oh muerte que destruyó nuestra muerte! ¡oh fuente de eterna vida! ¡oh manantial de gracia y salvación! Dichosos los que pudieron ser testigos del

¹ Hebr. 7, 26.² Ibid. 7, 26. 28.

hecho más grande que vieron los siglos! ¡más dichosos los que supieron comprenderlo! Pero ¿acaso tenemos que envidiarlos nosotros á quienes es dado asistir, si queremos, no una sino mil veces al tremendo sacrificio de la Misa? Abramos los ojos de la fe, y veremos que lo que pasa todos los días, ó, mejor dicho, á cada instante en el altar no es otra cosa en realidad, aunque sea diferente en la forma, que aquello mismo que se verificó en la roca ensangrentada del Calvario. Sí, carísimos hermanos, es el mismo sacrificio el que se ofrece, ó tendríamos que decir que ha desaparecido para siempre de la faz de la tierra el sacrificio, cosa, á la verdad, inaceptable. Pues si el sacrificio subsiste, y subsistirá mientras haya hombres en el planeta, no puede ser otro diferente del que se ofreció en el ara sacrosanta de la Cruz. ¿Cuál otro podéis señalar ni imaginar siquiera? Del pueblo judío fué vaticinado que llegaría á faltarle el sacrificio: *Deficiet hostia et sacrificium*¹; pero cuando esto llegó á suceder, hace casi diecinueve siglos, el pueblo desapareció, dispersándose por todas las naciones. Si el sacrificio llegara á faltar al pueblo cristiano, éste desaparecería también, y la Iglesia no perecerá jamás, porque ningún poder prevalecerá sobre ella². «Tenemos, pues, altar», diré con el Apóstol³, y por consiguiente sacrificio. ¿Cuál es éste? El mismo del Calvario. En efecto, Jesucristo no se contentó con inmolarse una vez: quiso renovar su inmolación mil y mil veces, para que sus frutos de vida eterna se aplicasen, con largueza inagotable, á los hombres de todas las generaciones. Para eso instituyó la misma noche de la Cena el sacerdocio cristiano, siendo sus primeros representantes los apóstoles. Éstos habían de ofrecer, en persona de Cristo, la misma víctima que Él ofrecía, la carne y la sangre del Señor; el altar sería otro Calvario: la Misa, el sacrificio de la Cruz. No importa que aquí no

¹ Dan. 9, 27.² Matth. 16, 18.³ Hebr. 13, 10.

veamos correr la sangre del Cordero ni le veamos caer al golpe del sacrificador. Jesucristo muere aquí místicamente, dividida la carne de la sangre por la espada de la palabra que las pone separadamente, y el sacrificio se consuma en realidad, pero de manera incruenta y misteriosa. Esta diferencia no pasa de ser accidental.

8. Y ¿qué oblación más excelente, hermanos míos, que aquella que sólo puede ofrecerse á la majestad soberana de Dios? Pues tal es la Misa, y conviene advertirlo así, y tenerlo muy presente, para no incurrir en peligrosas equivocaciones. La Misa puede *celebrarse en honor* de algún santo, y, con mayor razón, de la que es reina de todos, la santísima Virgen María; pero no puede *ofrecerse á ellos* propiamente, porque eso sería idolatría, colocándolas en el trono reservado á la Divinidad. La Misa es un acto del culto que se llama de latría, un sacrificio latréutico, y á los santos no es lícito honrarlos sino con el otro culto de dulía, ó de los siervos de Dios. Púedese sin duda alguna invocarlos, puede tributárseles reverencia y alabanza, puede festejarse su memoria y honrarse sus imágenes; mas no puede ofrecérseles el sacrificio de nuestros altares, porque no puede sacrificarse á ninguna criatura, por grande y excelente que sea. Mas, hecha esta advertencia, pasemos á tratar brevemente de la obligación gravísima que tienen los fieles, llegados al uso de la razón, de oír Misa entera los domingos y fiestas de guardar.

II.

9. Es lamentable y funestísimo, carísimos hermanos, el descuido que acerca de este mandamiento de la Iglesia se ha llegado á introducir en no pequeña parte de la sociedad cristiana. Más sensible fuera, sin embargo, que se hubiese debilitado en muchos espíritus la noción ó conciencia del deber de practicar un acto tan importante de la religión como hemos visto ser la santa Misa. Procuremos

conocer á fondo la gravedad de este precepto, que no sólo es de la Iglesia, á la cual debemos filial obediencia, sino de la misma ley de Dios, que no puede violarse sin grave responsabilidad. No lo dudemos, la asistencia al sacrificio, en ciertos días, es de derecho natural, como lo es tributar culto á la Divinidad. El precepto de la Ley antigua: *Memento ut diem Sabbati sanctifices*¹, subsiste inviolable en la Ley nueva, cambiado solamente el sábado por el domingo, por disposición también divina. Ése es el día consagrado á dar culto al Señor: en él debe cesar el trabajo material, y el espíritu y el cuerpo del hombre deben tomar el reposo de que ambos necesitan. No hacerlo así, cualquiera que sea el motivo ó pretexto que se alegue, no siendo de necesidad ó caridad, según la enseñanza de la moral cristiana, es oponerse clara y terminantemente á las órdenes del soberano Legislador. ¿Quién osará hacerlo sin sentirse reo de lesa ordenación divina? Reflexionemos en que ese día, llamado *domingo*, ó *del Señor*, no nos pertenece, pues Él se lo ha reservado para su servicio y gloria. «Seis días tenéis á vuestra disposición», decía el archisinagogo al pueblo, aunque con intención dañada, con verdad sin embargo²; en ellos podéis mirar por vuestros intereses y adelantar vuestros negocios temporales; el séptimo día es propiedad de Dios, dueño absoluto de los tiempos y árbitro de la vida y de la muerte; emplearlo en provecho vuestro es una especie de hurto, es una profanación. Así es, en efecto, hermanos míos, éste es el nombre que merece la infracción del tercer mandamiento del decálogo: profanación del día del Señor. Para los cristianos el domingo tiene una significación particular, que debe hacerlo en gran manera respetable; es el día en que salió triunfante del sepulcro el Salvador, es el día de su resurrección gloriosa y de nuestra libertad espiritual; por

¹ Ex. 20, 8.

² Luc. 13, 14.

eso debemos, según el espíritu de la Iglesia, alegrarnos y regocijarnos santamente en él¹. Pero ¡ah! ¡qué lejos estamos de esos sentimientos de la fe cuando no sólo no asistimos al acto más augusto de la religión, la Misa, sino que nos entregamos á las faenas ordinarias ó, lo que tal vez es más punible, á profanas diversiones, á desórdenes que ofenden á la divina Majestad y afrentan á la sociedad cristiana! No nos lisonjeemos de cumplir con el precepto de la santificación de los días festivos por medio de otros actos religiosos privadamente practicados, porque, aun cuando eso fuera así, que no suele serlo, tales actos no bastarían para satisfacer al deber del culto público que debemos tributar al Señor en determinadas ocasiones y en la forma prescrita por el legislador eclesiástico.

10. La Iglesia, en efecto, ha prescrito á los fieles que santifiquen el día del Señor con la asistencia puntual y piadosa á la celebración del sacrificio de la Misa, siquiera sea privada y sin el aparato de la Misa llamada solemne. Y ¿no os parece, hermanos carísimos, que esta ley de la Iglesia es bastante grave y seria para que la respetemos y obedezcamos puntualmente? La materia misma de la ley está diciendo, si la Iglesia no lo dijera expresamente, que obliga bajo pena de pecado grave, es decir, que su transgresión injustificada nos hace reos de condenación eterna. Aserción exagerada podría parecer ésta, pero sólo á los fieles poco instruídos en la moral cristiana. Bien saben los católicos que la autoridad de la Iglesia no puede desestimarse sin hacer agravio á Aquel en cuyo nombre la ejerce y de quien la recibió, que es el mismo Jesucristo, Redentor y Padre de la humanidad redimida, y, por lo mismo, Juez eterno de vivos y muertos. «Como me envió mi Padre, así os envío yo

¹ *Hæc dies quam fecit Dominus*, etc.

á vosotros. . . »¹ «Id, pues, y enseñad á todas las naciones, enseñadlas á guardar todo lo que os he mandado.»² ¿Cómo, pues, se la desobedece á sangre fría por aquellos mismos que se precian de llamarse hijos suyos, y lo son por el bautismo? ¿no es ésta una chocante consecuencia? Parece preciso no creer en la autoridad divina de la Iglesia para no acatar sus formales preceptos. Por eso decía Jesucristo: «Si alguno no oyere á la Iglesia, sea para ti como gentil y publicano.»³ ¿No podríamos afirmar también, apoyados en el testimonio de la experiencia, que los que no van al templo los días de precepto, no tienen rastro de cristianos? ¿Qué decir y pensar de esos pueblos donde se ha perdido casi totalmente la tradición de oír Misa los domingos? Una situación religiosa tan desconsoladora no puede menos de sugerir las más tristes reflexiones. ¿Qué será allí de la niñez? ¿cómo andará la pobre juventud, la familia, todas las clases sociales? Nada bueno puede prometerse de quien echa al olvido sus principales deberes, los de dar culto á la Divinidad, de quien con tan relajada conducta siembra el escándalo para recoger frutos de muerte y corrupción. No seamos nosotros del número de los apóstatas, y aunque todo el mundo llegase á conculcar los mandamientos de Dios, nosotros permanezcamos fieles á la ley divina, y vendrán sobre nosotros las bendiciones del cielo prometidas á la fidelidad⁴. Así sea.

¹ Io. 20, 21.

² Matth. 28, 19. 20.

³ Ibid. 18, 17.

⁴ Ps. 118, *passim*.

SEGUNDA SERIE.

Sobre la educación.

(Predicadas en Medellín, Colombia, 1893.)

PRIMERA CONFERENCIA.

Ideas fundamentales sobre educación.

Qui suorum... curam non habet, fidem negavit et est infideli deterior.

1 Tim. 5, 8.

1. Á nadie parecerá extraño, carísimos hermanos en nuestro Señor Jesucristo, como impropio del tiempo y del lugar, el tema escogido para desarrollarlo en las presentes conferencias, *la Educación*. Es un tema eminentemente religioso y moral, aun más que social y filosófico, como fácilmente se comprende, y digno, por lo tanto, de ser estudiado á fondo por los fieles, y tratado por los oradores sagrados ante un auditorio puramente religioso y en presencia de la suprema autoridad eclesiástica de la diócesis, aun durante el tiempo de la santa Cuaresma, consagrado á la penitencia y la oración. Pluguiera á Dios que no hubiese tanta necesidad de exponer detenida y claramente la doctrina cristiana sobre la educación, como la hay de cumplir con esta parte de la ley natural y divina, tan importante para el bienestar de la familia y de la sociedad entera. Desgraciadamente entre aquellos mismos á quienes por naturaleza compete el deber de dirigir la educación, no son muchos los que la conocen suficientemente para poder llenar cumplidamente tan delicada misión. Y, lo que es peor todavía, son tal vez más en número los que rehusan con fútiles pretextos consagrar á tan grave asunto su atención. Y ¿no merece la de todos cuantos en algún grado se interesan por el bien común? Dígalo, si no, su importancia de todos reconocida y confesada.

2. Pero es preciso apresurarnos á fijar bien nuestras ideas. La educación de que aquí tratamos, como ministros y dispensadores de la divina palabra¹, es propiamente la moral, esto es, aquella que tiene por blanco la formación del corazón del hombre. De ésta, como de tal trascendencia que traspasa los límites de lo temporal, toca á la religión entender y discurrir, como de materia puesta dentro de su alcance, y á nadie con mejor derecho que á la sola religión, depositaria de las divinas enseñanzas del Salvador, le corresponde legislar sobre este punto. De la instrucción puramente literaria ó científica, como de las demás funciones á que extiende su radio la órbita de la educación, tomada en su más amplio sentido, nada tenemos que decir desde esta cátedra, hablando en nombre y con la autoridad de la Iglesia, sino que no debe exagerársela hasta el extremo de considerarla como la tarea más importante de la labor educacionista, lo cual sería incurrir en grave error, el primero y más funesto en esta materia. No, carísimos hermanos, la cultura del corazón, la formación de la parte moral del niño está por encima del cultivo de todas sus demás facultades, intelectuales y físicas, como quiera que todas en el hombre deben servir á la voluntad bien ordenada.

Tal será la primera de las ideas fundamentales que expondré brevemente en la presente conferencia, pasando en seguida á hablar de su importancia y de los factores natos ú obligados de la educación.

I.

3. Ante todo es preciso formarnos el debido concepto de la educación. Me valdré para tratar este punto de las sabias enseñanzas de la filosofía católica expuesta por notabilísimos escritores. «Es la educación», escribe uno de nuestros

¹ *Prædica verbum*... (2 Tim. 4, 2).

CÁCERES, El Pulpito americano. IV.

contemporáneos¹, «como la palabra misma lo dice (*educere*, elevar, sacar), un desenvolvimiento legítimo de la vida, ó sea de las potencias más nobles de nuestra naturaleza, el cual procede, como en la planta, de dentro afuera, para sacar á luz en su día los gérmenes de verdad y de virtud arrojados en el corazón del niño y del joven por una inteligencia y un corazón ya formados.» Ésta es la educación por excelencia, que ilumina el entendimiento, ennoblece los afectos del corazón, ordena la voluntad, señorea los apetitos, y hace del niño un hombre perfecto. He aquí una idea completa de la verdadera educación. Perfeccionar todas las facultades del hombre-niño, cuanto lo permite su tierna condición, es la obra del sabio educador. Cultivar su inteligencia depositando en ella la semilla de la verdad, enriquecer su memoria, sin recargarla demasiado, con útiles conocimientos, dirigir sus facultades estéticas, vigorizar sus energías físicas, modelar su voluntad con el amor del bien moral, según el tipo de toda la perfección humana, el Hombre-Dios, tal es la labor de la educación considerada en toda su amplitud. Pero si este desarrollo ha de ser como la naturaleza lo exige, armónico y ordenado, preciso es que todo el movimiento nazca del corazón y vuelva á él, que el corazón sea su punto de partida y el término á donde se dirige. Oíd á un ilustre orador sagrado exponiendo esta teoría en el centro de la moderna civilización²: «El punto céntrico desde donde despiden sus rayos la vida humana, es el corazón. El corazón es el centro de la vida, por él aspira y respira, atrae y repele, se condensa y se dilata, se concentra y se despliega; por este centro, en fin, es por donde la vida humana que no ha empezado á abrirse aún, tiende á dilatarse y á hacer, en el sentido más riguroso de esta palabra,

¹ *Ortí y Lara*, Ensayo sobre el Catolicismo.

² *P. Félix*, Confer. de Nuestra Señora de París.

su primera educación. Ved aquí por qué la primera necesidad de nuestra vida es amar.» Y ved aquí, carísimos hermanos, por qué la educación por excelencia es la educación moral, la cual no puede serlo no siendo religiosa y cristiana. La primera necesidad del alma humana es la de amar á Dios, luego la ley suprema de la educación ha de ser desarrollar en el niño esa imperiosa y noble inclinación, formar su corazón para la virtud, enseñarle á combatir el germen de toda maldad, el egoísmo. Educación que desconoce esta ley ó que, conociéndola, no sabe ajustarse á ella, no debe llamarse educación.

II.

4. Pasemos ya á tratar con mayor detenimiento, como de punto fundamental en esta materia, de la suma importancia de la educación en sí misma y en su estudio.

Para apreciarla debidamente basta fijar la atención en el interés que por su causa han desplegado de consuno los dos supremos poderes de la sociedad, la Iglesia y el Estado, no ya de hoy, sino desde los tiempos más remotos. Verdad es que la Iglesia, acusada neciamente de oscurantista y retrógrada y enemiga de las luces, ha llevado en esto, como era natural, la ventaja indiscutible. «No contenta», dice un juicioso polemista¹, «con haber librado á los niños de la antigua tiranía del Estado, que los hacía suyos y los formaba para su servicio, ni con haberlos confiado al amor de los padres, no ya como cosas, sino como personas sagradas, ... ha creado, por decirlo así, el amor sobrenatural de la niñez en almas escogidas por su nobleza, y á este amor ha confiado la educación cristiana de los jóvenes.» En efecto, carísimos hermanos, ¿quién ha propendido en el mundo más que la Iglesia católica por la buena y esmerada educación de la niñez? ¿Quién ha

¹ *Ortí y Lara*, op. cit.

trabajado con más ardor que ella para conseguirla? Ahí están para probarlo la instrucción moral y religiosa dispensada de preferencia á los niños en las escuelas y en los templos, efecto del celo maternal con que la Esposa de Cristo ha procurado siempre y procura hoy mismo salvar á la niñez y á la juventud de los peligros gravísimos que la rodean. Á semejanza del divino Maestro y por amor al amigo de los niños que decía: «Dejad que vengan á mí los niños, y no los impidáis . . . »¹, la Iglesia los atrae con dulzura á sus brazos maternales, los alecciona y fortifica con el pan de la doctrina y la leche de los sacramentos.

5. Pero hay más en la historia de la literatura y de la ciencia, y es un hecho que honra en gran manera á la Iglesia de Cristo, y nos da la medida de la importancia de la educación. Las escuelas más antiguas en el mundo moderno, después de hundidas las letras de griegos y romanos bajo las ruinas de la civilización pagana, fueron abiertas y sostenidas por la Iglesia. ¿Quién ignora que los únicos baluartes del saber humano, en aquellos tiempos de general ignorancia y de barbarie, fueron los claustros de los monasterios? Y no solamente bebían en aquellas fuentes de la ciencia los monjes consagrados á la oración y al estudio, sino que al lado de los viejos solitarios se educaban los tiernos y piadosos niños, alejados del bullicio del mundo, casi desde la infancia, para entregarse de lleno á la práctica de las virtudes y al cultivo de las letras divinas y humanas. Ni eran sólo los que deseaban consagrarse á las sagradas funciones los admitidos en aquellas escuelas monásticas, sino también los demás niños y adolescentes que aspiraban á poseer alguna ilustración en época de tanta oscuridad para la inteligencia como de barbarie para las costumbres. Los seminarios y escuelas clericales edificábanse junto al templo,

¹ Luc. 18, 16.

en las casas mismas de los obispos y de los párrocos, quedando así bajo la inmediata dirección ó inspección de los pastores la educación de la juventud¹. Las escuelas se multiplicaron entonces de un modo prodigioso por decretos de los concilios, y no se crea que en ellas no se enseñara otra cosa más que la religión, pues se extendía la enseñanza á la gramática, la retórica, la geometría, la aritmética y hasta á las lenguas extranjeras, formando un cuadro de asignaturas que á muchos parecerá increíble. Pasemos por alto, como hecho de todos conocido, la fundación de las grandes y célebres Universidades de la Edad Media, donde brillaron los mayores ingenios que ha tenido el cristianismo, y se educaron infinitas generaciones, toda la juventud estudiosa de la Europa católica. París, Oxford, Bolonia, Salamanca . . . ¡qué centros de cultura fundados y sostenidos por la Iglesia!

6. En siglos posteriores, hasta las épocas más recientes, puede asegurarse que la mayor parte de las escuelas y colegios abiertos para la juventud, especialmente de las clases sociales menos acomodadas, lo mismo que los establecimientos de caridad, fueron fundados y dotados con pingües rentas por personas eclesiásticas, comúnmente prelados ú otros altos dignatarios del clero. España y demás países católicos están llenos de estos monumentos del celo de la Iglesia por la educación. Colombia puede señalar como prueba los afamados Colegios del Rosario y San Bartolomé. Hoy mismo, en esos desgraciados países donde la secta anticristiana dominante ha logrado envenenar las fuentes de la enseñanza, aun la primaria, con doctrinas corruptoras, materialistas ó ateas, la Iglesia lastimada en sus más caras afecciones, no pudiendo luchar á brazo partido con la fuerza material, empeña todo su prestigio y sus recursos en levantar cátedra contra cátedra, fundando

¹ *Perujo*, Dicción. de cienc. eclesiást.

escuelas cristianas en frente de las oficiales y laicas. Para eso cuenta con legiones de soldados veteranos, avezados á estas lides, como son las Órdenes religiosas dedicadas exclusiva ó principalmente al magisterio, que, aun cuando vienen de muchos siglos atrás, han tomado en el presente un vuelo extraordinario, poblando el mundo entero de escuelas y colegios, adonde afluyen en masa niños y jóvenes de toda condición y sexo. ¡Ah! no, carísimos hermanos, la Iglesia de Cristo no puede hoy ni nunca mirar con indiferencia la suerte de la querida niñez que, en definitiva, es la suerte de la humanidad. Y en cuanto á los países católicos donde afortunadamente es reconocido y acatado su derecho de dirigir las almas al cielo, y por consiguiente, de sustraerlas al error y al vicio, la autoridad eclesiástica reivindica y ejerce el de vigilar la educación moral y religiosa aun en los establecimientos públicos de enseñanza superior. Podiéramos añadir á las pruebas aducidas los reglamentos dictados oficialmente por la Iglesia para dirigir las escuelas, como también los innumerables y sabios escritos de los Padres y Doctores particulares enderezados al mismo objeto, y finalmente el ejemplo dado por tantos varones ilustres por el nacimiento, el saber y la virtud, que consagraron su vida entera al penoso ministerio de la pedagogía. Aquí se alzarían ante vosotros las grandes y venerables figuras de los Jerónimos, Basilio, José de Calasanz, Juan Bautista de la Salle, Fenelón y tantos otros. Pero bastan los hechos de que hemos hecho mérito para demostrar la importancia que atribuye la Iglesia á la educación.

7. No menor se la concede el Poder público. Prescindiendo de lo acaecido en tiempos anteriores al nuestro, para no extendernos demasiado, las sociedades del día están sedientas de educación. Es nota característica de nuestro siglo. Los gobiernos que aspiran á merecer bien de la sociedad, cifran su gloria en promoverla é impulsarla.

Jamás se ha visto tanto movimiento en el ramo de instrucción pública, jamás se han erogado á favor de ella tan enormes sumas. Por desgracia se confunde muy frecuentemente la educación con la instrucción. Se cree que instruyendo á las masas, resultarán estas educadas, por más que la experiencia va enseñando lo contrario. Fuera de esto es preciso confesar que no todos los agentes de este gigantesco movimiento hacia el saber, proceden con la intención más pura y desinteresada, buscando el verdadero bienestar de los pueblos: hay de por medio bastardos intereses de secta y bandería que convierten en algunas partes la enseñanza en arma de irreligión é impiedad. No se pretende instruir para moralizar, sino al contrario, para corromper. La instrucción esclavizada en muchos países al ministerio público, herida en uno de sus más inviolables derechos, la autoridad paterna, viene siendo el día de hoy una de las más poderosas palancas de la demoralización social. Bien lamentable es esta situación, pero esto mismo está probando la importancia incalculable de la cuestión que nos ocupa, cuestión de vida ó muerte para las sociedades. No está el negocio en enseñar, sino en formar hombres útiles por medio de la escuela. Ésta, de suyo indiferente, según la mano que la dirija, tanto puede dar frutos sabrosos como amargos. En la escuela se beben los errores más funestos, como las más sanas doctrinas. En todo caso su influjo es inmenso para el bien ó para el mal. Por eso notaréis que le han prestado la mayor atención todos los sabios, legisladores y filósofos, desde la más remota antigüedad. Más aún; la importancia de la educación es de sentido común entre todas las gentes sensatas, de tal suerte que no parece debiéramos ocuparnos en patentizarla. Sin embargo, no creo inútil inculcarla una vez más.

8. Digámoslo rotundamente. La educación tiene en sus manos la suerte temporal y eterna del individuo, el

porvenir de la religión y el progreso ó ruina de la sociedad. «Las desastrosas revoluciones que agitan nuestro siglo», dice un conocido escritor¹, «apenas debemos estudiarlas en otro origen para encontrarles explicación.» «Si el nombre santo de Dios», opina el P. Félix², «y el conocimiento y la práctica de su ley no se acaban de borrar por completo de la presente y de la futura generación, se deberá sin duda al oscuro trabajo de esos apóstoles de la niñez. . . .» ¿Á quién no espanta y sobrecoge esta asombrosa trascendencia de la educación? Y en cuanto á los que por deber ineludible están llamados á encargarse de ella, ¿cómo no tiemblan ante la grave responsabilidad que les aparece su misión indeclinable? No hay persona de algún peso á quien no preocupe á la hora presente la cuestión de la educación popular. Mirarla con indiferencia es imposible, porque se han palpado ya, y aun se están palpando las consecuencias de la educación extraviada, antisocial y anticristiana. Todos, pues, debemos ocuparnos en este grave asunto que, de un modo ú otro, á todos atañe, y la necesidad de hacerlo así no es sino el natural corolario de la importancia que encierra la educación, tal y tan grande que la coloca en el número de las grandes cuestiones morales y sociales del día. Basta decir que viene á indentificarse y confundirse con la cuestión cardinal llamada del progreso humano. Oíd algunos conceptos del ilustre abogado del progreso por medio del cristianismo³: «En la raíz misma de las cosas, se descubre la íntima unión que hay entre la educación del hombre y el progreso de la humanidad. . . . Progresar es para el hombre aumentar su valor, y lo que sobre todo da valor al hombre, es la educación del niño. . . . La educación es el hombre mismo, el hombre con todo lo que vale, con su fisonomía, que es la expresión de su valor, y con su signo propio,

¹ Sardá y Salvany.² Op. cit.³ El P. Félix, S. J.

que es el reflejo de su fisonomía. . . . La educación no sólo distingue al hombre de los demás seres de la creación, como el único ser *educado*, sino que todavía distingue más á los hombres entre sí, y considerada en el conjunto de la humanidad, señala en ellos los diferentes grados de la civilización. . . . La civilización verdadera es el progreso, y éste está íntimamente enlazado con la educación. . . . Un hombre civilizado es un hombre bien educado, un bárbaro es un hombre mal educado. Lo mismo puede decirse de los pueblos. Véase por qué la educación ofrece en los pueblos civilizados un interés permanente, y por qué, en este siglo que va en busca del progreso, tiene un interés de actualidad todavía mayor.» Sí, carísimos hermanos, es preciso que la educación no quede rezagada, que se eleve su nivel á la altura de los demás ramos del progreso general á que hoy aspiran todas las naciones. Sin esto la civilización será más aparente que real y verdadera.

Pero si á todos interesa la cuestión de educación, á ninguno más que á los padres de familia, porque ellos son sus primeros y principales factores, como vamos á ver en tercer lugar.

III.

9. Verdad es que entre ellos apenas se encontrará alguno tan indolente y casi dijéramos desnaturalizado, que al ver crecer á sus hijos no se desvele pensando en la necesidad y en los medios de educarlos, aun fuera del santuario del hogar. Y ¡cuántos sacrificios no se imponen con este objeto! y ¡cuánto no se afanan por ver realizados sus dorados ensueños! y ¡cómo se desviven por dejar á sus queridos hijos, como la más rica herencia, una esmerada y completa educación! En se esto no hacen más que cumplir con un deber sagrado, al paso que satisfacen los más puros instintos de su corazón de padres. Á ellos, pues,

van dirigidas de preferencia estas lecciones de la cátedra sagrada. Entendedlo bien, ¡oh padres de familia! vuestro deber acerca de este punto es indeclinable, fundado como está en un derecho, no humano sino divino, no sólo positivo sino natural. Y sin embargo, ¡cuántos padres lo olvidan, ó no lo cumplen sino á medias! Sensible es el descuido práctico de no pocos padres acerca de esta obligación y no lo es menos que prevalezcan en la conciencia de muchos los más peligrosos errores sobre la manera de cumplirla, nacidos principalmente de su ignorancia sobre la materia ó de una culpable irreflexión. Corren por esos mundos teorías absurdas, descabellados sistemas de educación que no pocas veces halucinan con el falso brillo del sofisma á padres demasiado cándidos ó de escaso criterio para discernir lo verdadero de lo falso; y, por otra parte, los enemigos de la Iglesia y de la sociedad que se disfrazan con la careta de amigos del pueblo y portaestandartes del progreso de las luces, no se dan punto de reposo en su obra nefaria de propalar doctrinas seductoras y fundar establecimientos de enseñanza, no para educar, sino para extraviar y corromper á la pobre juventud. ¡Alerta, padres de familia, con los lobos carnívoros revestidos con pieles de ovejas! No aceptéis para vuestros hijos otro plan de educación que el que esté calcado sobre la doctrina católica. En ningún caso podréis traspasar totalmente á otras personas la obligación de educar moralmente á vuestra prole, por más que consintáis en cederles parte de vuestros derechos de padres. Factores son también de la educación, pero nada más que secundarios, el sacerdote y el maestro, mas no debe creerse que éstos, por más hábiles y consagrados que sean á su ministerio, puedan llenar plenamente el lugar que á los autores de la existencia ha señalado la naturaleza, Dios mismo, Autor de toda existencia finita. Podrán entrar á la participación de la carga, dice un sabio

escritor¹, pero nunca á llevarla entera sobre sus hombros, dejando al padre exonerado. Así lo comprendía el gran San Luis, rey de Francia, IX de este nombre, modelo de padres como lo fué de cristianos y monarcas. En medio de los mil cuidados de la administración pública de su vasta monarquía, el rey santo no dejaba pasar un solo día sin reunir en torno suyo á sus hijos, examinar su conducta, informarse de todas sus acciones y hacer que le diesen cuenta de sus adelantos en la escuela. ¡Qué contraste con el proceder de aquellos padres que llegan hasta el abandono de sus deberes primarios, no dándose cuenta de la buena ó mala conducta que llevan sus hijos!

10. Factores son éstos también y necesarios, de su propia educación, como agentes racionales dotados de libre albedrío para labrarse con sus manos su felicidad temporal y eterna. Por sí solos difícilmente podrían lograrlo, pero tampoco tendrían resultado los desvelos y fatigas del mejor de los padres sin la buena voluntad y la cooperación de los hijos. Éstos no son *cosas*, como malamente pensó la sabiduría gentilica, ni son propiedad del padre ó de la república, á manera de esclavos ó bestias que se educan, si así puede decirse, con la fuerza material; son personas tan sagradas como los padres, dotadas de espíritus inmortales en quienes resplandece la imagen y semejanza de Dios, y destinados á reinar eternamente con él; deben, pues, ser educados como tales, con el concurso de su inteligencia y libertad. Conviéneles, por tanto, dedicar desde muy temprano su atención al estudio de la labor bendita de que han de ser obreros ellos mismos, á fin de no frustrar por su parte los esfuerzos de tantos agentes aunados para tan noble objeto. Á ellos también tendremos que dirigirles á su tiempo saludables advertencias y caritativas exhortaciones.

¹ El Cardenal de la Luzerne.

II. Resumiendo, para concluir, ved aquí, carísimos hermanos, trazado en pocas palabras el cuadro de las conferencias morales sobre la educación que nos proponemos desarrollar, contando con los auxilios de lo alto y vuestra indulgente atención. Sentada la base del matrimonio cristiano, aparecerá la paternidad como fuente primordial de la educación. Ésta deberá llevarse á cabo, según las disposiciones de la Sabiduría infinita, ordenadora de todos los efectos, por medio de la autoridad de que ella misma ha investido á la paternidad humana, llamando en su auxilio al sacerdocio doméstico, y mediante el concurso de la libertad. Entonces aparecerá en toda su belleza el fruto sazonado de la educación. Y ya que hemos considerado seriamente su importancia, echando los cimientos de esta obra colosal y magnífica, apliquemos nuestros brazos para levantarla hasta la cúspide, desde donde podremos entonar un himno á la gloria de Dios y á la ventura de la sociedad.

SEGUNDA CONFERENCIA.

El matrimonio, base de la educación.

1. Demos principio, carísimos hermanos en nuestro Señor Jesucristo, sin otro preámbulo que implorar los auxilios divinos, al desenvolvimiento del plan de nuestras conferencias, asentando, como verdad incontestable, la aserción del ilustre Cardenal Donnet: «La educación está en germen, en el matrimonio.» De donde infero que la educación carecería de base si Dios no la hubiese afianzado firmísimamente en el matrimonio cristiano, porque éste, con la admirable perfección que lo adorna, y nada más que él, puede considerarse como base y sólido cimiento de la educación. A él, pues, debe entenderse referido todo cuanto digamos en esta conferencia, como á la única unión

conyugal que merece decorarse con aquel nombre sagrado y honorable¹. Ni el matrimonio pagano, con todas sus leyes, tiránicas muchas de ellas y contrarias á la razón, ni su remedo, el llamado matrimonio civil, engendro del moderno paganismo, constituyen bases sólidas é indestructibles sobre que pueda levantarse el edificio de la formación moral de la familia. Por eso, al presentar la educación por este aspecto, resultará necesariamente vindicada la dignidad y nobleza del verdadero matrimonio, diseñado sobre el tipo del primero que bendijo Dios en el paraíso.

2. La cuestión, pues, en que vamos ocupándonos, se ensancha maravillosamente á nuestra vista, extendiendo sus límites hasta esa grande y sublime institución en que estriban la grandeza y la perpetuidad del género humano. ¿Quién puede desconocer las estrechas relaciones que ligan al matrimonio con la educación? Para reconocerlas bastaría tender una mirada en derredor. ¿Quiénes son por lo común, esos pobrecitos niños, desheredados de las ventajas de que gozan aquellos otros afortunados mortales para quienes guarda sus cuidados exquisitos la mano que se ocupa en pulirlos y hermosearlos? ¿quiénes son esas infortunadas criaturas que no participan sino á medias de los beneficios de la educación? ¡Ah! bien lo sabéis, no suelen ser sino los seres humanos que vinieron al mundo como frutos vedados de uniones ilegítimas y vergonzosas, ó bien aquellos otros dignos de mejor suerte, á quienes la desgracia relegó á la categoría de huérfanos, como si no hubiese habido para ellos padre y madre que les dieran el ser. Poned el matrimonio, y veréis surgir, en cualquiera condición social, alta ó baja, el ángel de la educación. Suprimidlo, y ese ángel tutelar de la niñez no deja ver su faz risueña. Hijos del acaso, entregados de ordinario á la solicitud de una infeliz mujer que, perdido el honor, carece tal vez de apoyo

¹ *Honorabile conubium* (Hebr. 13, 4).

II. Resumiendo, para concluir, ved aquí, carísimos hermanos, trazado en pocas palabras el cuadro de las conferencias morales sobre la educación que nos proponemos desarrollar, contando con los auxilios de lo alto y vuestra indulgente atención. Sentada la base del matrimonio cristiano, aparecerá la paternidad como fuente primordial de la educación. Ésta deberá llevarse á cabo, según las disposiciones de la Sabiduría infinita, ordenadora de todos los efectos, por medio de la autoridad de que ella misma ha investido á la paternidad humana, llamando en su auxilio al sacerdocio doméstico, y mediante el concurso de la libertad. Entonces aparecerá en toda su belleza el fruto sazonado de la educación. Y ya que hemos considerado seriamente su importancia, echando los cimientos de esta obra colosal y magnífica, apliquemos nuestros brazos para levantarla hasta la cúspide, desde donde podremos entonar un himno á la gloria de Dios y á la ventura de la sociedad.

SEGUNDA CONFERENCIA.

El matrimonio, base de la educación.

1. Demos principio, carísimos hermanos en nuestro Señor Jesucristo, sin otro preámbulo que implorar los auxilios divinos, al desenvolvimiento del plan de nuestras conferencias, asentando, como verdad incontestable, la aserción del ilustre Cardenal Donnet: «La educación está en germen, en el matrimonio.» De donde infero que la educación carecería de base si Dios no la hubiese afianzado firmísimamente en el matrimonio cristiano, porque éste, con la admirable perfección que lo adorna, y nada más que él, puede considerarse como base y sólido cimiento de la educación. A él, pues, debe entenderse referido todo cuanto digamos en esta conferencia, como á la única unión

conyugal que merece decorarse con aquel nombre sagrado y honorable¹. Ni el matrimonio pagano, con todas sus leyes, tiránicas muchas de ellas y contrarias á la razón, ni su remedo, el llamado matrimonio civil, engendro del moderno paganismo, constituyen bases sólidas é indestructibles sobre que pueda levantarse el edificio de la formación moral de la familia. Por eso, al presentar la educación por este aspecto, resultará necesariamente vindicada la dignidad y nobleza del verdadero matrimonio, diseñado sobre el tipo del primero que bendijo Dios en el paraíso.

2. La cuestión, pues, en que vamos ocupándonos, se ensancha maravillosamente á nuestra vista, extendiendo sus límites hasta esa grande y sublime institución en que estriban la grandeza y la perpetuidad del género humano. ¿Quién puede desconocer las estrechas relaciones que ligan al matrimonio con la educación? Para reconocerlas bastaría tender una mirada en derredor. ¿Quiénes son por lo común, esos pobrecitos niños, desheredados de las ventajas de que gozan aquellos otros afortunados mortales para quienes guarda sus cuidados exquisitos la mano que se ocupa en pulirlos y hermosearlos? ¿quiénes son esas infortunadas criaturas que no participan sino á medias de los beneficios de la educación? ¡Ah! bien lo sabéis, no suelen ser sino los seres humanos que vinieron al mundo como frutos vedados de uniones ilegítimas y vergonzosas, ó bien aquellos otros dignos de mejor suerte, á quienes la desgracia relegó á la categoría de huérfanos, como si no hubiese habido para ellos padre y madre que les dieran el ser. Poned el matrimonio, y veréis surgir, en cualquiera condición social, alta ó baja, el ángel de la educación. Suprimidlo, y ese ángel tutelar de la niñez no deja ver su faz risueña. Hijos del acaso, entregados de ordinario á la solicitud de una infeliz mujer que, perdido el honor, carece tal vez de apoyo

¹ *Honorabile conubium* (Hebr. 13, 4).

material, ¿qué pueden llegar á ser esos pobres niños, á menos que la caridad ó el ministerio público haga para con ellos las veces de una paternidad irremplazable? ¡Caiga, pues, todo el peso de la reprobación sobre el libertinaje parricida que condena á pobres seres inocentes á perpetua cadena de ignorancia y vicios, consecuencia natural y frecuente de la falta de educación!

El matrimonio cristiano la funda 1.º por su unidad indisoluble, 2.º por su carácter de santidad, 3.º por la acción combinada del padre y de la madre que trabajan á una en la obra maestra de la naturaleza y de la gracia. Veámoslo.

I.

3. La educación es obra lenta de solícitos cuidados que han de prolongarse asiduamente por espacio de muchos años. No es la obra de un día, ni el resultado de una potencia cualquiera que haya de desplegarse con débiles y mezquinos esfuerzos. Díganlo los padres de familia que saben cumplir con este grato pero penosísimo deber. Un hijo solo les ocupa la vida y les absorbe toda la atención: ¿qué será una familia numerosa? ¡Admirable disposición de la divina Providencia! exclamaremos, siguiendo á un sabio expositor de la doctrina católica en el púlpito de Nuestra Señora de París¹. Cuanto más perfecta es la unión de la vida con la vida, tanto más tardío es en desarrollarse su fruto. Entre tanto que el ser que ha debido su existencia á un género de unión imperfecta, como resultado del instinto, adquiere bien pronto el desarrollo orgánico que necesita para independizarse de los seres que le dieron vida, corriendo libre por el campo y procurándose por sí mismo cuanto necesita para su subsistencia, ved al niño, al fruto precioso de la unión efectuada por elección, sumido en completa impotencia, invocando en auxilio de

¹ Monsabré, Conf. de Nuestra Señora de París.

su debilidad, y esto por muchos años, la solicitud y los cuidados de sus progenitores. Sí, por muchos años, pues no se trata solamente del desarrollo físico del organismo humano, sino principalmente del perfeccionamiento intelectual y moral de un ser inteligente y libre. Y ¿dónde se hallarán esos recursos poderosos, necesarios para la educación de la prole, sino en esa institución divina de la unión perfecta de dos vidas fundidas en una sola con lazo perpetuo é indisoluble? «El matrimonio», dice el Doctor Angélico, «se ordena por ley de la naturaleza á la educación de la prole, y esto no por algún tiempo solamente sino por toda la vida de aquélla. . . . Por tanto, siendo la prole un bien común del varón y la mujer, es preciso que la unión de ambos permanezca perpetuamente indivisible, según el dictamen de la ley natural.»¹ Por donde exhorta elocuentemente el citado Padre Monsabré á los padres cristianos diciéndoles: «Cerrad, si os place, los oídos á la ley de Dios, que no por eso lograréis ahogar la voz de la naturaleza que os grita: Permaneced unidos, permaneced unidos, padres y madres, siendo exclusivamente el uno para el otro, para cultivar de consuno en la tierra virgen de vuestro hijo los gérmenes sagrados que hayáis ambos sembrado. Como es indispensable la concurrencia de los dos sexos para producir la vida, así lo es para desarrollarla y conducirla á su perfección.»

4. La unidad del matrimonio, tal como la estableció Jesucristo, diciendo: *Erunt duo in carne una*², tal como la entiende el verdadero cristianismo y la ha definido la Iglesia católica³, á despecho de las modernas teorías disociadoras, fruto del protestantismo, la unidad con su carácter de perpetua duración, que sólo la muerte puede romper, es la que asegura á la educación base firme y energía

¹ Summ. Theol., Suppl. 3.ª Part., q. 67, a. 1.

² Marc. 10, 8.

³ Conc. Trid. Sess. 24.

suficiente. Un solo tronco, formado por la unión libre y perfecta de un varón y una mujer, jurada ante Dios y la sociedad, es lo que constituye el principio legítimo de nuevas existencias, unidas á él con lazos á su vez indestructibles y eternos. «El matrimonio», observa un docto obispo¹, crea vínculos indisolubles entre padres é hijos, ¿cómo, pues, había de ser él mismo un lazo frágil, disoluble? Tanto sería como aseverar que los efectos pueden ser mayores que sus causas.» Así es que rota ó debilitada si quiera la unidad del matrimonio por uniones extrañas ó afecciones bastardas, los lazos entre la familia y su principio no podrían menos de romperse ó aflojarse quedando así minada la base de la educación. Más claro, no puede ésta efectuarse, á lo menos con la perfección debida, donde el extravío de las pasiones debilita y afloja, dado que no llegue á romperlo, el santo lazo conyugal. ¡Qué de trastornos en el seno del hogar, tan funestos para la formación moral de la prole desvalida! Suponed que la ruptura se consuma, aunque sea sólo en lo exterior, el padre y la madre se separan, tal vez se alejan uno de otro para siempre, aun más que con el cuerpo, con el corazón, extinguido el afecto conyugal: ¿cuál será el resultado para la educación? Dolor causa pensarlo, ¿qué será verlo realizado? Demasiado lo vemos en estos tiempos de subversión de todas las ideas, en esos tristes y crueles rompimientos, escándalo de las familias y que conmoverían hondamente á la sociedad, si, por desgracia, no fueran tan frecuentes. ¡Cuánto no deben de amortiguar, en el corazón del niño, las dulces impresiones de la virtud, esos sacudimientos bruscos de la casa paterna! Calculad, pues, lo que sucedería si con la separación de techos se llegara también á desatar el vínculo matrimonial, consumándose el perfecto divorcio, al tenor de las legislaciones anticristianas que van

¹ Mons. Bonomelli, cit. por Monsabré.

implantándose en la sociedad. La ruina de la educación llegaría entonces á ser un hecho inevitable, digan lo que quieran los partidarios de la ley del divorcio.

5. En efecto, carísimos hermanos, por más precauciones legales que se tomen, por más que se quieran dejar á salvo los derechos de la prole á recibir la educación que le corresponde, ¿será posible que esta educación no padezca hondas heridas con la separación total de los padres, con la ruptura del vínculo de esposos, con la fundación de nuevos hogares? El simple sentido común responde á la pregunta, y cierto que ninguno de nosotros escogería para sí la condición de un hijo de padres divorciados. ¿Quién no ve que con tan odioso acontecimiento se han de debilitar los lazos de la sangre que unen á los hijos con sus padres, por más que la naturaleza haga imposible que se rompan del todo; aun más, que por él se han de sembrar en el corazón de los hijos semillas de odio y de desprecio ya contra el padre que injustamente abandonó á la madre, ya contra ésta, si con su mal carácter ó infame conducta provocó el repudio é hizo la desgracia de aquél? ¿Acaso podrán ocultarse á los hijos, por tiernos que sean, los motivos pretextados para la separación legal? Y finalmente, ¿podrán ver con buenos ojos el nuevo enlace del padre ó de la madre, viviendo tal vez en la miseria uno de los autores de su ser, probablemente la madre á quien debieron las caricias de la infancia? Y, conducidos al extraño hogar, ¿podrán tolerar allí los desvíos, cuando no los malos tratamientos de personas con quienes nada tienen de común, sino el consorte infiel? ¡Ah! ¡qué dignos de compasión nos parecen estos hijos de una familia destrozada! ¿Qué de bueno podemos augurar para su educación moral, envenenada, por decirlo así, en su misma raíz? ¡Bendita indisolubilidad del matrimonio que, en cualquiera circunstancia, sirve de cimiento á la educación y á la felicidad de la familia!

Pero no lo es menos ese otro distintivo del matrimonio cristiano, *la santidad*.

II.

6. No puede menos de ser santa aquella unión singular destinada por Dios, su autor, para ser el signo y la figura de otra unión inefable y divina, y la más santa que cabe imaginar, la del Verbo con la naturaleza humana, ó sea, la de Cristo con la Iglesia. «Gran sacramento es éste», dice el apóstol San Pablo, «pero yo hablo con relación á Cristo y á la Iglesia.»¹ En efecto, el matrimonio lleva en sí un carácter de santidad, aun en su origen y primitiva institución, pero mucho más en su restauración por Jesucristo á su primera grandeza y en su elevación á la categoría de sacramento de la nueva Ley. Demasiado conocéis esta doctrina, carísimos hermanos, para que yo me detenga á demostrarla, y al hablaros de la santidad del matrimonio, la considero precisamente como base de la educación de la familia. No creo, sin embargo, superfluo, atendida la condición de los tiempos y la importancia de este punto de moral cristiana, insistir algún tanto en exponer sus fundamentos. La naturaleza misma del lazo conyugal, que forma la esencia del matrimonio, como cosa que viene de Dios directamente, es algo sagrado y divino, como sabiamente enseña Santo Tomás², y, con él, desde lo alto de la cátedra apostólica, el sapientísimo León XIII, por estas palabras: «Hay en el matrimonio algo sagrado y religioso, no adventicio ó añadido sino ingénito, connatural, no recibido de los hombres sino de su naturaleza misma.»³ Y este carácter», continúa diciendo el mismo Papa, «lo reconocieron los pueblos más cultos de la antigüedad y los más aventajados en el conocimiento del derecho: de ello

¹ Eph. 5, 32.

² Summ. Theol. suppl. q. 48 a. 2.

³ Encicl. *Arcanum divina sapientia*.

dan testimonio sus monumentos, instituciones y costumbres, de todos los cuales consta que el matrimonio apareció siempre en concepto de ellos bajo la forma de un acto penetrado de religión y santidad, que no podía celebrarse sino con ceremonias religiosas, con la autoridad de sus pontífices y por el ministerio de sus sacerdotes. Así se imponía sobre los mismos que carecían de la doctrina del cielo, la voz de la naturaleza, el recuerdo de las tradiciones y la conciencia del género humano.»¹

Mayor aún debe de ser la santidad de un acto que tiene entre los cristianos el poder de representar y comunicar la gracia, á fuer de verdadero sacramento instituido por Jesucristo nuestro Señor para la santificación de la vida cristiana. El matrimonio, el nexó conyugal que lo constituye, es para los esposos causa que produce, según la definición del Concilio de Trento, una gracia que perfecciona el amor natural, estrecha la unión, confirma su indivisibilidad y santifica á los cónyuges². ¡Qué principio tan fecundo éste de la santidad del matrimonio, para la educación! ¡Oh! si como debe ser santo, lo fuera en hecho de verdad en la mayor parte de los casos, ¡cuánto no ganaría la familia!

7. En efecto, de un tronco robusto, sano y lleno de vida sobrenatural brotarán como por necesidad vástagos hermosos, exuberantes renuevos de la misma vida. De padres virtuosos fácilmente nacen y se forman buenos hijos, como del buen árbol se cogen ricos y sazonados frutos³. No por eso achacaremos siempre á los padres la perdición de hijos rebeldes y, por decirlo así, refractarios á los mayores esfuerzos del celo paternal y de la ternura materna. «Hay aquí», dice el citado cardenal Donnet, «uno de los misterios más impenetrables del orden moral, pero, cualesquiera que sean las excepciones, reconozcamos como ley general y providencial, que la virtud se comunica como la vida y con

¹ Ibid.

² Sess. 24, *de Matrim.*

³ Matth. 7, 17.

la vida misma.» «Si David homicida», añade el ilustre purpurado, «tuvo que huir de las manos de un hijo parricida, Jacob y el anciano Tobías encontraron en los hijos de su predilección no sólo el báculo de su vejez y la luz de sus ojos, sino la salvación de una raza y el honor de una nación.»

Del jugo de la gracia sacramental que consagra la casta unión de los esposos y santifica el matrimonio, han de brotar las hermosas virtudes domésticas que son el honor de las familias respetables y el lustre de las naciones que pueden gloriarse de poseerlas en gran número. Y esas virtudes han de ser la primera escuela de la vida del niño, en donde prácticamente y con una eficacia que no se encuentra en ninguna otra parte, aprenda él á ser virtuoso. ¡Felices los hijos, cuando el espíritu general de la familia no obedece á otras reglas que á las de la sabiduría cristiana! «Esas consideraciones recíprocas, esa sobriedad en los gustos y en los deseos, el amor á los pobres, la religiosidad nunca desmentida, la amable piedad de la madre y las varoniles virtudes del padre, son un semillero fecundo de dulces y religiosas imágenes é impresiones que no se borran ni aun con la pérdida de los seres queridos á quienes de ellas somos deudores.»¹ Así habla un buen hijo á cuya buena educación concurrieron de modo tan eficaz como dulce las lecciones objetivas de virtudes que le dieron sus virtuosos padres. Dejo á vuestra consideración el reverso del cuadro. ¡Qué impresiones tan funestas para la virtud no dejarán en el corazón de los hijos los desórdenes domésticos, la intemperancia de un padre vicioso, la irreligión, la violencia, la disipación y la vanidad reinante en el hogar!

8. Éste, santificado por la bendición nupcial, no sólo es escuela sino atmósfera benigna, medio ambiente adecuado para el desarrollo de la vida moral de la prole,

¹ Card. Donnet.

destinada á formar parte, algún día, de la familia celestial. «Lo que es el aire para el ave y el agua para el pez», dice un cristiano escritor popular, «eso es el hogar santo para los seres espirituales que el padre y la madre introducen en él. . . . Fuera de esa atmósfera de sanas ideas y costumbres el alma del niño se asfixia y perece miserablemente, como se asfixia el animal lanzado fuera del medio que le corresponde.»¹ Y así como las diferencias de clima y de topografía influyen tan poderosamente, como todos sabemos, en el temperamento físico del hombre, así de la naturaleza del medio y de las condiciones morales en que crece y se desarrolla, suele depender en mucha parte su temperamento moral. Si el hogar es como aquel que describió David cantando la felicidad del hombre temeroso de Dios: *Beati omnes qui timent Dominum*², en donde la familia se alimenta del trabajo de las manos del padre, bendecido por Dios con la abundancia de los bienes, donde la esposa se asemeja á una vid fecunda que se extiende por los costados de la casa, y los hijos, como lozanos pimpollos de oliva, se agrupan alrededor de la mesa paterna, y la bendición del cielo y la alegría de la buena conciencia, y la paz y el bienestar se difunden por todos sus ángulos, como aroma de flores perfumadas, ¿cómo no ha de ensancharse el corazón de los hijos y formarse caracteres amables, expansivos, generosos, henchidos de amor de Dios y del prójimo? Suponed que la fortuna no favorezca la morada del justo, que la desgracia le visite y le aflija con trabajos, enfermedad y pobreza, si en medio de esta situación el padre conserva la fortaleza del verdadero cristiano y la madre da ejemplo de dulzura y paciencia, bendiciendo siempre la mano de la Providencia, como el santo que decía: «Si recibimos los bienes, ¿por qué no hemos de recibir también los males de la mano

¹ Sardá y Salvany. ² Ps. 127, 1.

siempre misericordiosa del Señor?»¹ ¿quién duda que los hijos, educados en estas condiciones de heroicas virtudes cristianas, formados con tales ejemplos, serán más tarde varones esforzados superiores á las tribulaciones de la vida, ó mujeres modelos de abnegación y sacrificio? De un modo ú otro, las virtudes del hogar forman las virtudes sociales.

III.

9. Veamos finalmente cómo cimienta la educación el matrimonio por medio de la acción armónica del padre y de la madre. Á la unidad del vínculo tiene que corresponder la unidad de acción sobre la prole. «Siendo ésta», dice Santo Tomás, «bien común del padre y de la madre, menester es que ambos concurren, cada uno del modo que le corresponde, á dar á aquélla la perfección que reclama.»² En la primera edad del niño la preponderancia del cuidado pertenece á la madre, más tarde se hace indispensable la acción paterna en la educación doméstica. Oíd como discurre un sabio pastor de la Iglesia: «Dejad todo el cuidado de la educación al padre, tendréis por lo común una autoridad demasiado severa, una inteligencia demasiado fría, una fuerza más pesada de lo que conviene. Abandonadla exclusivamente á la madre, y entonces tendréis el amor sin la autoridad, la dulzura y la ternura sin el correctivo de la razón y la fuerza. La naturaleza misma quiere reunidos y fundidos en uno estos dos elementos necesarios para la educación, el amor y la energía: el elemento paterno y el elemento materno son como dos rayos que deben concentrarse en un solo punto, para que reciba de ellos el alma del niño la luz y el calor.»³ ¿Lo véis, carísimos hermanos? Estas dos acciones deben concentrarse en un solo punto, es decir, no deben llevar direcciones opuestas,

¹ Iob 2, 10.

² Summ. Theol. 1. c.

³ Mons. *Bonomelli*, Pastoral.

aunque en sí parezcan tan distintas, ni siquiera deben estorbarse una á otra, porque entonces no se llegaría al apetecido resultado. La cariñosa acción de la madre no debe impedir la acción enérgica del padre cuando ésta sea necesaria, pero sí podrá intervenir prudentemente para templar y moderar sus rigores. De igual manera no debe llevar el padre su condescendencia respecto del niño hasta donde quisiera, en ciertas ocasiones, el mal entendido cariño maternal. ¡Oh, la prudencia! Es la virtud verdaderamente cardinal en las relaciones mutuas de los padres y en el gobierno de los hijos. Pero la prudencia no pugna, ni mucho menos, con la justicia, la fortaleza y la templanza, virtudes todas á cual más necesarias en el negocio de la educación. Ya tendremos ocasión de ocuparnos con esta materia en el curso de nuestras conferencias. Estudiemos separadamente la índole de la acción propia de cada uno de los autores de la vida humana.

10. Importante sobre manera es la acción de la madre en la formación moral del niño, mayormente en los primeros años de la vida. La influencia maternal sobre el carácter y genio especial de cada individuo es cosa atestiguada por la experiencia diaria y por el veredicto de la historia. Defectos y buenas cualidades, virtudes y vicios, todo suele transmitirse no sólo con la leche, sino aun más con la crianza, el roce continuo, la comunicación íntima de madre é hijo. Recordad la gloriosa historia de los Macabeos. Si no conociéramos á la admirable heroína que les dió el ser, si no la viéramos de cuerpo entero en el escenario del martirio de sus hijos, fácilmente la adivinaríamos. ¡Qué piedad de hija de Abrahán! ¡qué magnanimidad de mujer fuerte! ¡qué patriotismo de israelita! ¿Quién no reconoce en el valor de los siete hijos, ni uno menos, el corazón de aquella madre? Cuántas veces les habría dicho desde la infancia lo que les inculcaba en la hora suprema, llena de sabiduría y de varonil firmeza: «Hijos míos, no

soy yo quien os di el espíritu que anima vuestros miembros, ni éstos mismos fui yo quien los organizó: fué el Creador del mundo, el que formó la naturaleza del hombre, quien os dará de nuevo esa vida y ese ser que ahora despreciáis por ser fieles á su ley. ¡Confiad en su misericordia! ¡Tenedla de mí que os llevé en mi seno y os alimenté y puse en el estado en que estáis! ¡Hijos míos, mirad al cielo, al Autor de todas las cosas, y no temáis al tirano carnicero!»¹ ¡Ah! no lo dudéis; del carácter de aquella madre extraordinaria, digna de la admiración de todos los siglos, derivóse como de su fuente el heroísmo incomparable de los Macabeos. Y ¿qué dirémos, del gran Doctor San Agustín, dos veces hijo de Santa Mónica, como le llama la Iglesia? Aquella ternura de corazón que se derrama por sus ojos, arrasados en llanto, ¿no os parece haber sido el fruto natural de la inmensa ternura de su madre? De la virtuosa madre del piadoso Fenelón, émulo de San Francisco de Sales por la suavidad, se asegura que llevaba en su pecho un tesoro inagotable de dulzura. Si queremos observar el reverso del cuadro, no tenemos más que mirar al mayor de los tiranos, á Nerón. El carácter disoluto y sanguinario de ese monstruo nos recuerda la desenvoltura de Agripina y sus odios homicidas. Con razón ha dicho algún observador del corazón humano: «El porvenir de un niño es siempre la obra de su madre.»

II. No menos necesaria, si no tan decisiva, hemos dicho que es la acción paterna en el éxito de la educación. Despréndese esta necesidad de la natural y violenta inclinación al mal que experimenta el hombre, ya desde la infancia y mucho más desde la adolescencia, inclinación que la sola influencia del amor materno no sería bastante á contener. ¿Quién no ha palpado el desastroso efecto del pecado original en esas tendencias de los sentidos contrarias

¹ 2 Mach. 7, 22 et reliq.

á los dictámenes de la razón? Así parece haber excusado el mismo Dios al hombre pecador después de haberlo castigado con las aguas del universal diluvio. «El sentido y el pensamiento del corazón humano están inclinados al mal desde la primera juventud.»¹ Es, pues, el primer paso de la educación moral enseñar al niño, al adolescente á reprimir y moderar esos arranques de la naturaleza viciada en su origen. Y ¿á quién sino al padre de familia le pertenece esa enseñanza? Porque para que las lecciones sean provechosas y eficaces no bastará de ordinario la suave insinuación y el consejo prudente y cariñoso, será necesaria la grave amonestación y hasta la corrección severa en muchos casos, más todavía, la reprimenda y el castigo, funciones que sólo el jefe de la familia, con autoridad superior, puede ejercer. Él es el llamado á imprimir fuertemente en el ánimo del niño las sublimes nociones del *deber*, del deber religioso, doméstico y social, sin cuya base toda educación será ficticia, superficial y de ningún valor. Tal es, carísimos hermanos, la índole de la acción paternal en la obra maestra de los padres, la educación moral de la familia. Tal es el matrimonio, como base de esta obra, por su triple carácter de unidad, santidad y mancomunidad de acción. ¡Pluguiese á Dios que todos los matrimonios brillasen por estos caracteres! La educación estaría asegurada.

TERCERA CONFERENCIA.

La paternidad, fuente primaria de la educación.

I. Dejamos sentada en el matrimonio la base inquebrantable de la educación. Pasemos á estudiar su fuente primordial en la paternidad, que surge naturalmente de la unión perpetua, indisoluble y santa de los que Dios ha

¹ Gen. 8, 21.

soy yo quien os di el espíritu que anima vuestros miembros, ni éstos mismos fui yo quien los organizó: fué el Creador del mundo, el que formó la naturaleza del hombre, quien os dará de nuevo esa vida y ese ser que ahora despreciáis por ser fieles á su ley. ¡Confiad en su misericordia! ¡Tenedla de mí que os llevé en mi seno y os alimenté y puse en el estado en que estáis! ¡Hijos míos, mirad al cielo, al Autor de todas las cosas, y no temáis al tirano carnicero!»¹ ¡Ah! no lo dudéis; del carácter de aquella madre extraordinaria, digna de la admiración de todos los siglos, derivóse como de su fuente el heroísmo incomparable de los Macabeos. Y ¿qué dirémos, del gran Doctor San Agustín, dos veces hijo de Santa Mónica, como le llama la Iglesia? Aquella ternura de corazón que se derrama por sus ojos, arrasados en llanto, ¿no os parece haber sido el fruto natural de la inmensa ternura de su madre? De la virtuosa madre del piadoso Fenelón, émulo de San Francisco de Sales por la suavidad, se asegura que llevaba en su pecho un tesoro inagotable de dulzura. Si queremos observar el reverso del cuadro, no tenemos más que mirar al mayor de los tiranos, á Nerón. El carácter disoluto y sanguinario de ese monstruo nos recuerda la desenvoltura de Agripina y sus odios homicidas. Con razón ha dicho algún observador del corazón humano: «El porvenir de un niño es siempre la obra de su madre.»

II. No menos necesaria, si no tan decisiva, hemos dicho que es la acción paterna en el éxito de la educación. Despréndese esta necesidad de la natural y violenta inclinación al mal que experimenta el hombre, ya desde la infancia y mucho más desde la adolescencia, inclinación que la sola influencia del amor materno no sería bastante á contener. ¿Quién no ha palpado el desastroso efecto del pecado original en esas tendencias de los sentidos contrarias

¹ 2 Mach. 7, 22 et reliq.

á los dictámenes de la razón? Así parece haber excusado el mismo Dios al hombre pecador después de haberlo castigado con las aguas del universal diluvio. «El sentido y el pensamiento del corazón humano están inclinados al mal desde la primera juventud.»¹ Es, pues, el primer paso de la educación moral enseñar al niño, al adolescente á reprimir y moderar esos arranques de la naturaleza viciada en su origen. Y ¿á quién sino al padre de familia le pertenece esa enseñanza? Porque para que las lecciones sean provechosas y eficaces no bastará de ordinario la suave insinuación y el consejo prudente y cariñoso, será necesaria la grave amonestación y hasta la corrección severa en muchos casos, más todavía, la reprimenda y el castigo, funciones que sólo el jefe de la familia, con autoridad superior, puede ejercer. Él es el llamado á imprimir fuertemente en el ánimo del niño las sublimes nociones del *deber*, del deber religioso, doméstico y social, sin cuya base toda educación será ficticia, superficial y de ningún valor. Tal es, carísimos hermanos, la índole de la acción paternal en la obra maestra de los padres, la educación moral de la familia. Tal es el matrimonio, como base de esta obra, por su triple carácter de unidad, santidad y mancomunidad de acción. ¡Pluguiese á Dios que todos los matrimonios brillasen por estos caracteres! La educación estaría asegurada.

TERCERA CONFERENCIA.

La paternidad, fuente primaria de la educación.

I. Dejamos sentada en el matrimonio la base inquebrantable de la educación. Pasemos á estudiar su fuente primordial en la paternidad, que surge naturalmente de la unión perpetua, indisoluble y santa de los que Dios ha

¹ Gen. 8, 21.

constituído fuentes de vida en la especie humana. *Crescite et multiplicamini*.¹ Todo efecto, dice la filosofía de acuerdo con el sentido común, que no ha acabado de recibir la perfección que pide ó de que es susceptible su naturaleza, tórnase instintivamente hacia su causa demandándole el complemento que le falta. ¿Á quién se ha de volver con más derecho? «Tú que me diste la existencia, dámela perfecta, ya que eres principio suficiente de mi ser.» Una obra de arte que no ha recibido la última mano parece que dijera al artista: «Acaba de perfeccionarme: si habías de dejarme imperfecta y como informe, ¿por qué quisiste que existiera?» Dios mismo, como observa el Príncipe de la teología², está como obligado, á lo menos por una especie de equidad ó conveniencia natural, á dar á sus criaturas lo que necesitan para su conservación y perfeccionamiento. «Todas la criaturas esperan de tí, oh Dios, que les des su alimento»³, cantaba el real Profeta. He aquí lo que sucede á la prole con respecto á sus autores. El hombre no viene á la tierra perfecto. De él no se dijo en el principio lo que de los demás seres puramente físicos: «Vió Dios que era bueno»⁴, sin duda porque siendo un ser esencialmente progresivo y perfectible, debía adquirir su perfección por sus propios esfuerzos. Pero no sin el concurso de otras causas. Por más que la educación sea obra de la propia actividad del ser inteligente y libre que trata de adquirir la perfección de que carece por el desenvolvimiento y ejercicio de sus naturales facultades, es una verdad incontestable que, no pudiendo el hombre educarse perfectamente por sí solo, necesita del auxilio de otros agentes puestos fuera de la órbita de su propia actividad. La paternidad debe ser la primera de esas causas, y esto por su misma esencia. Porque allí donde Dios ha

¹ Gen. 1, 22.² Santo Tomás.³ Ps. 103, 27.⁴ Gen. 1 passim.

colocado el manantial de la vida física debe encontrarse la fuente de la vida moral. ¡Qué consideración tan importante para aquellos que, si llevan en su frente la corona de la paternidad, llevan también el peso de ésta sobre sus espaldas! Es, pues, muy justo y necesario que reflexionen alguna vez, no sólo sobre la *dignidad* de este carácter de padres, sino principalmente sobre la *responsabilidad* que les acarrea y los *deberes* que les impone. Tal será el asunto de esta conferencia.

I.

2. ¡Qué grande es la paternidad, según la idea cristiana, única que ha sabido elevar este concepto á su legítima altura! Es nada menos que la participación del más augusto de los atributos divinos hablando del orden natural. Al reconocer y confesar á Dios, lo primero que salta á nuestra vista es su paternidad fecunda é inagotable, de donde fluye la vida que se difunde por cielos y tierra, en un mar de criaturas visibles é invisibles. *Credo in Deum Patrem omnipotentem, factorem cæli et terra*; de allí viene toda paternidad en el cielo y en la tierra, como afirma el Apóstol¹; y de tal manera Dios es padre, que Jesucristo no quería que sus discípulos diesen este nombre á ningún otro, ni aún sobre la tierra, diciendo que no tenían más que un padre, el de los cielos². ¡Hasta tal punto es propio de Dios el atributo de la paternidad que parece incomunicable! Y sin embargo, el mismo Dios asocia al padre á los honores que se tributan á Él mismo, diciendo: «El que teme á Dios honra á sus padres.»³ Es porque el hombre que da á otro la existencia, viene á ser el representante de Aquel de quien emana toda existencia, de Aquel á quien todo hombre llama diariamente *Padre*, pidiéndole el pan de cada día. Y en verdad, carísimos

¹ Ephes. 3, 15.² Matth. 23, 9.³ Eccli. 3, 8.

hermanos, ¿quién puede dar el ser, y el ser espiritual, á la nada, llamándola del abismo del no ser, cual si pudiera oír, para que venga á ocupar su puesto en el teatro de la creación? ¿quién sino Aquel que, siendo la plenitud del ser y de la perfección, es por lo mismo la primera causa de todo lo que tiene alguna realidad? Óigase á la sabia madre de los Macabeos hablando á sus hijos acerca de su misma condición de madre: «No soy yo quien os di, hijos míos, el alma, el espíritu, la vida, ni pude compaginar vuestros miembros: todo lo hizo el Criador del mundo, que formó la naturaleza del hombre y dió origen á todas las cosas.»¹ He aquí lo que tanto enaltece y dignifica la condición moral del padre, ser instrumento inteligente y concausa libre de la virtud creadora, comunicar con Dios en la paternidad. De allí es de donde viene á reflejarse sobre la frente del padre y de la madre algo del resplandor divino de la omnipotencia y de los demás atributos que acompañan á la paternidad de Dios, la bondad, la sabiduría, la providencia. El padre de familia ha de ser bueno, justo y pródigo en su casa, como lo es el Padre celestial en todo el universo. Él debe alimentar á sus hijos, como Dios sustenta á todas sus criaturas, velar por ellos, como Dios vela, sin tregua ni descanso, sobre la suerte de los hombres.

3. Hay más todavía. El hombre á quien Dios ha concedido la bendición de la fecundidad, no tanto debe mirar al hijo como suyo, cuanto como hijo de Dios, y mucho más desde que ha sido regenerado en las aguas del bautismo. No tanto debe gloriarse de ser padre, como de ser ayo y tutor de los hijos de Dios. ¿Os parece poca gloria, pequeña honra para el hombre que ha merecido este cargo del Rey de reyes? Y en verdad, Dios al asociar al hombre á su acción creadora, al hacerlo su lugarteniente en esta nobilísima función, no ha abdicado sus derechos inalienables

¹ 2 Mach. 7, 22.

de Padre universal. Así todo hijo del hombre es también y primero, hijo de Dios. Esto parece daban á entender aquellos santos patriarcas que, hablando de sus hijos, se valían de este lenguaje de religiosidad, imitado después por los padres cristianos: «Éstos son hijos que Dios me dió.»¹ La dichosa madre del gran legislador del pueblo de Israel, cuando llevaba en sus brazos al tierno fruto de sus entrañas salvado de las aguas del Nilo, mirábalo no ya como hijo suyo sino como hijo de la hija de Faraón que se lo había confiado para que lo criara para ella, y se lo devolviera ya crecido². Á todo padre dice Dios: «*Accipe puerum istum, et nutri mihi, ego dabo tibi mercedem*—Toma este niño y créalo para mí, yo te lo pagaré.» Y al salir el infante, ya regenerado, de la pila bautismal, ¿no es Dios el que le confía por segunda vez á los padres cristianos para que lo eduquen no en provecho propio sino para Él, para su gloria? «¡Qué tesoro», dice San Juan Crisóstomo, «tan grande y precioso, se os ha confiado, ¡oh padres! en vuestros mismos hijos! Desde el instante que han sido bautizados, son ya hijos de Dios por la gracia de adopción, miembros del cuerpo místico de Jesucristo, conciudadanos de los santos, herederos de la vida eterna. ¡Con qué respeto debéis tratarlos, como criaturas nuevas que Dios se ha apropiado en Jesucristo, no como cosa profana, pues Dios mismo los ha purificado y consagrado!»³

En resumen: tan grande es la dignidad de la paternidad, que ha venido á ser el tipo de las más altas funciones que pueden desempeñar los hombres sobre la tierra, tales como el sacerdocio, la soberanía. Paternidad es, y muy real y verdadera, aunque de otro género y en un orden mucho más elevado, el ministerio sacerdotal por el que se confiere la gracia, ser divino que nos hace hijos de

¹ Gen. 48, 9. ² Ex. 2, 9.

³ Chrysost. apud Montargón, Dicción. apost.

Dios y herederos del cielo. Paternidad es también, en el orden civil, la soberanía, á lo menos cuando sabe llenar ampliamente sus deberes para con los ciudadanos, mereciendo ser aclamado padre del pueblo el mandatario bienhechor que mira en todos sus subordinados otros tantos hijos por cuyo bienestar se sacrifica, á la manera de un padre. Y ¿qué gloria mayor para un soberano, para un sacerdote que la que encierra este dulce y respetable dictado? Pero al mismo tiempo ¿qué responsabilidad no aparea á quien lo lleva? Pasemos á estudiarla con algún detenimiento, como lo pide su importancia.

II.

4. No suele, mejor dicho, no puede haber elevación social ó natural que no apareje una responsabilidad proporcionada. Es ley formulada por el mismo Salvador: «Á todo aquel á quien mucho se le ha dado, mucho se le exigirá, y á quien recomendaron mucho, se le pedirá más»¹ Siendo pues tan alta la condición del padre de familia, ¿quién será capaz de medir su responsabilidad? Y toda ella puede referirse á la educación, entendida ésta en su más lato sentido. Yo os diré, ¡oh padres! con el profeta Miqueas: «Voy á indicaros lo que Dios exige de vosotros.»² Mas no sólo con Dios, sino también con la sociedad y con los mismos hijos contrae el padre graves responsabilidades.

Dejamos sentado que los hijos son un grande y precioso depósito confiado por Dios á los padres, como habla San Crisóstomo³. ¿Podrá Dios, hermanos carísimos, descuidar este tesoro? ¿podrá dejar de pedir algún día cuenta de él á aquellos á quienes lo confió? Es evidente que no, pues tal conducta sería indigna de su providencia. Y si Dios amenazaba á un profeta con exigirle la sangre del

¹ Luc. 12, 48.² Mich. 6, 8.³ In 1 Tim. hom. 9.

impío á quien no hubiese amonestado de su impiedad para que no muriese en ella¹, ¿cómo y con cuánta severidad no ha de requerir la sangre del hijo que hubiere perecido eternamente por la incuria de sus padres? «Él morirá en su impiedad», decía Dios á Ezequiel, «pero yo exigiré de tus manos su sangre» — *Sanguinem autem ejus de manu tua requiram*. ¡Cuán terribles son estas palabras! ¡Cómo deben hacer estremecerse á aquellos padres que descuidan por completo los deberes que les incumben! ¿Con que no es bastante para un padre, dice un orador sagrado, tener que responder en el tribunal divino de sus propias faltas, sino que ha de llevar también, según la frase de la Escritura, las iniquidades de los suyos, si éstos hubiesen sido malos? Terrible cosa es para los padres no poder dar cuenta de sí sin darla juntamente de sus hijos, no habiendo sido buenos ó criminales, sino en cuanto cumplieron ó descuidaron sus deberes paternos. Porque si Dios les da su autoridad, es para que la empleen en el desempeño de su cargo, y del uso de ella habrán de ser juzgados, lo mismo que de las gracias particulares y propias de su vocación, que Dios les concede para que de ellas se sirvan en la labor que traen entre manos².

5. Pero, si no tan terrible, no es menos grave la responsabilidad de los padres de familia ante la sociedad. Porque el hombre nace en medio de la sociedad, y, hasta cierto punto, para procurar el bien de la misma que le recibe en sus brazos. Por eso la Iglesia, sociedad religiosa de orden sobrenatural, y la patria, sociedad civil establecida por Dios providencialmente para amparar y proteger á una porción de la familia humana, tienen derechos adquiridos sobre todo hombre que viene al mundo como miembro de ambas sociedades, como ciudadanos de la Jerusalén terrena y de la celestial. De ahí que se alegran una y

¹ Ezech. 3, 18.² Apud Montargón, Dicción. apost.

otra, como se regocija la madre, cuando viene un nuevo ser á poblar la tierra *quia natus est homo in mundum*¹, cifrando cada una en el recién nacido las más dulces esperanzas, no sin mezcla de temores é inquietudes. Contemplando el rostro del niño se preguntan, como las gentes de Judea cuando el nacimiento del Bautista: «¿Quién piensas que será este niño?»² Y ¿á quién le toca dar respuesta, á lo menos con alguna probabilidad, á esta pregunta? ¿No es á los padres de familia? ¿no son ellos responsables en gran parte del bien ó mal que, andando el tiempo, hará ese niño, honor ó baldón de la religión y de la patria? ¿No sabéis, ¡oh padres! les diré con un celoso predicador francés, que según la educación que diereis á vuestros hijos, podréis proporcionar á ese cuerpo místico de la sociedad elementos útiles y provechosos ó, por el contrario, causarle hondas heridas? Si hay profanaciones en el templo, vejámenes en el santuario de la justicia, perfidias en la amistad, infidelidades en el matrimonio, mala fe en el comercio, ¿no veis que todo depende de la mala educación dada á los niños en el hogar doméstico? Pues ¿de dónde sino del matrimonio salen, como de su fuente, los sacerdotes, los magistrados, los comerciantes, los hombres que han de servir á otros hombres? Pero si tenéis la dicha de dar á vuestros hijos una buena educación, sabed también que habéis abierto para la sociedad una fuente abundante de bienes inapreciables; pues es la educación la que deposita en los corazones de los hombres la semilla de los más heroicos hechos, ella la que puebla las ciudades de ciudadanos honrados, desinteresados, generosos, los tribunales de magistrados íntegros y de jueces incorruptibles, las casas religiosas de varones perfectos, las casas particulares de personas unidas con los vínculos de la caridad, el cielo, en fin, de santos y bienaventurados³.

¹ Io. 16, 21.² Luc. 1, 66.³ Apud Montargón, op. cit.

6. Añadamos que la responsabilidad de los padres se lleva, aunque parezca extraño, hasta delante del tribunal de los propios hijos. ¿Es decir que los hijos tendrán derecho para juzgar á sus progenitores? Sí, por cierto, reconociéndose deudores de los bienes que poseen, y quejándose también de los males que aquéllos les ocasionaron ó causaron tal vez directamente. Ved aquí lo que acerca de esta materia nos ha enseñado el Espíritu Santo por boca del Sabio. Respecto del hijo bien educado nos dice en los Proverbios: «El buen hijo es la alegría de su padre»¹, y en el Eclesiástico: «El que enseña á su hijo será alabado en él, y de él se gloriará en medio de sus familiares.»² Feliz el padre á quien le cabe tan justa satisfacción. ¡Qué tesoro de gratitud no tiene en el corazón del hijo que ha sabido formar para la virtud! El hijo le bendice, le honra, le idolatra, y, si le sobrevive, trasmite á la posteridad su nombre rodeado de veneración. Pero ¡ay del padre culpable de incuria en la educación de sus hijos! De él dice el Espíritu Santo por Jeremías: *Tu docuisti eos adversum te, et erudisti in caput tuum* — «Los enseñaste en contra tuya, los instruiste para que se volvieran contra tu cabeza.»³ Y por el Eclesiástico: «Quejense los hijos de la impiedad de su padre, porque por él están en el oprobio.»⁴ ¡Qué rubor y qué remordimiento para un padre desleal á sus deberes! Bien sabido es que los malos hábitos adquiridos en la juventud es muy difícil, por no decir imposible, desarraigarlos, son una segunda naturaleza, como dice San Agustín, que no hay fuerza capaz de dominar. ¿Qué sucede, pues, si desde la niñez no se atajan las inclinaciones viciosas por la mano vigorosa de la educación? Lo que afirma el santo Job, que los huesos del pecador estarán repletos de los vicios de su adolescencia, y sus malas

¹ Prov. 10, 1.² Eccli. 30, 2.³ Ier. 13, 21.⁴ Eccli. 41, 10.

costumbres bajarán con él al sepulcro¹. Y ¿á quién sino á sus padres reprocharán estos hijos desgraciados? Y ¿nos atreveremos á acusarlos de injustos? Meditémoslo. . . .

7. Más ¡oh disposición de la Providencia! Por lo mismo que es tan grave y delicada la responsabilidad en orden á la educación, Dios no impone una carga tan pesada sino á quienes, por la naturaleza misma de las cosas, debe de serles menos onerosa, es decir, á los padres. Otro que ellos ¿tendría el amor, el interés, mejor dicho, el desinterés, la abnegación necesaria para sobrellevarla? ¡Ah, al amor, del que se ha dicho, y con verdad, que todo lo conlleva, todo lo vence, todo lo conquista, nada se le hace imposible! . . . Y ¿quién ha sondeado la ternura paternal? ¿qué vale sin embargo una ternura puramente sensible, un amor poco ilustrado, ciego y mal entendido, como suele ser el amor de muchos padres? ¿valdrá algo para la educación? Muy al contrario, fuente de debilidad y de condescendencias perjudiciales, impide la corrección de los defectos á tiempo y deja formarse y crecer los malos hábitos que tal vez arrastrarán á los hijos al abismo de la perdición. El amor verdadero, ilustrado por la luz de la prudencia y las enseñanzas de la fe, busca y procura para el ser amado los bienes verdaderos, sólidos y perdurables. El bien propio del hombre se extiende hasta la eternidad. El padre razonable y cristiano debe tener en mira el bien eterno de sus hijos, debe procurar su salvación antes que todo. No hacerlo así es clara muestra de haber flaqueado, de estar vacilante en la fe. Dícelo con graves palabras el Apóstol: «El que no tiene bastante cuidado de los suyos, ha renegado de la fe y es peor que los mismos infieles.»² ¿Qué juzgar de tantos padres que en todo piensan, menos en la felicidad eterna de sus queridos hijos? ¿qué linaje de amor es éste tan poco discreto? Tienen

¹ Job 20. 11.

² 1 Tim. 5, 8.

también los padres, y sólo ellos, la gran palanca de la autoridad, de que más adelante trataremos detenidamente. En conclusión, los medios que el autor de la naturaleza ha puesto en manos de la paternidad sería inútil buscarlos en otra parte; son, pues, de su exclusiva competencia, mas por lo mismo la responsabilidad de los padres crece delante del dador de todos los bienes y ordenador sapientísimo de todas sus criaturas. Pasemos á tratar de los deberes que la paternidad impone, cuestión la más práctica y de la mayor importancia.

III.

8. Y me limitaré por hoy al deber de dar ejemplo, que considero el más grave, y como la fuente primordial de la educación. Conocido es el axioma: «Largo es el camino de los preceptos, breve y seguro el de los ejemplos» en la enseñanza de las ciencias. Dígase lo mismo de la ciencia de las costumbres. Más hiere lo que entra por los ojos que lo que se percibe por los oídos. Los discursos persuaden, pero los ejemplos arrastran. Por lo que hace al mal ejemplo, su eficacia es poderosísima hasta para amortiguar el remordimiento y acallar la voz de la conciencia, creyéndose autorizado á cometer una falta el que ve que la cometen otros quizás reputados por buenos. Y si esto es verdad en general y con respecto á toda clase de personas, que comúnmente toman la costumbre por regla de conducta, ¿qué será de los niños que, por su natural condición, son casi absolutamente esclavos del ejemplo? En ellos todo lo puede, todo lo hace el instinto de la imitación. Ved cómo suelen aprender el arte del dibujo: copiando los modelos que se les ponen delante de los ojos, fijándose en todas las líneas, sombras y toques del dechado. Y ¿cómo aprenden la literatura sino imitando las piezas de los autores clásicos? Por lo común, ¿qué hace el niño sino lo que ve hacer, y qué dice sino lo que oye decir? Por

esto sin duda el Doctor máximo, San Jerónimo, escribiendo á una señora romana, la exhorta á recatarse escrupulosamente delante de su hija: «Nada vea en ti y en su padre que ella no pueda hacer también.»¹ ¡Qué consejo tan saludable para todos los padres de familia! Desgraciadamente muchos lo echan en olvido. No prestan atención á los niños que de continuo los observan. Opina un Padre de la Iglesia que los hijos son casi por necesidad sucesores de sus padres en las costumbres, como si con la semejanza de la fisonomía se les trasmitieran las inclinaciones, los vicios y las virtudes.

9. Y es así que el ejemplo de los padres tiene una eficacia en el espíritu de los hijos que no posee el ejemplo de los demás hombres. No puede ser de otra manera. Porque ¿á quién ve, á quién oye el niño á todas horas? Á sus padres, principalmente en la primera edad, en que, tierno aún, es ya capaz de educación. ¿Por qué más tarde se conforma é identifica con los amigos, con los camaradas, sino porque vive en roce continuo con ellos? ¡Es tan natural imitar las costumbres de aquellos con quienes vivimos en íntima y franca comunicación! Y sobre todo, ¿qué personas son para el hijo, en quien va desarrollándose la razón, más dignas de estimación y confianza, de mayor autoridad moral y prestigio que los padres? El respeto, el amor, la necesidad misma que de ellos tiene, todo le obliga á seguir sus huellas, á dejarse conducir por el camino que le trazan con su ejemplo. No es capaz todavía de reflexionar y valorar por sí mismo la bondad de las acciones. Por eso el Criador le ha dado por guía natural á los autores de su ser. ¿Oran éstos? el niño dobla las rodillas para balbucir palabras de oración. Y ¡qué bien sienta á los padres enseñar á sus tiernos renuevos á decir: «¡Padre nuestro que estás en los cielos!» ¿Ríen ó lloran los padres? el niño que está con ellos llora ó ríe, muy ajeno de saber

¹ Salviano.

el motivo de su alegría ó la causa de sus lágrimas. El niño, obrando en virtud de esa especie de instinto, ha de hacer como su padre, la niña, como su madre. Si otro obra ó habla de diferente manera, el niño lo ve con malos ojos, se indigna, se retrae. ¡Bendita ley que encadena los hijos á sus padres! ¡cuánto vales para la educación! pero también ¡de cuántos males eres origen si olvidan los padres sus deberes!

10. Incalculables son los males que causa el mal ejemplo en el hogar doméstico. Con razón se ha dicho que el pecado de los padres es un pecado original. Preguntad por qué ese joven, educado en buen colegio y con leche abundante de sana doctrina, es tan libre en su lenguaje, tan disoluto en sus costumbres, tan irrespetuoso en el templo, tan intemperante en la bebida, tan orgulloso y protervo, tan corrompido en fin, por decirlo en expresión vulgar, y se os responderá, ó lo veréis por vuestros propios ojos, que tiene la desgracia de haber visto y estar viendo en su casa los más deplorables ejemplos de todos esos vicios. De su padre mismo ha aprendido esas lecciones prácticas de libertinaje é irreligión. ¡Qué horror causa pensarlo! Y no lo piensa el desventurado padre que arrastra á sus hijos al abismo ¡Oh! ¡si pudieran todos los padres de familia decir lo que San Pablo á sus discípulos: «Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo!»¹ ó lo del mismo Jesucristo: *Discite a me*—«Aprended de mí!»² Pero ¿con qué derecho? ¿son acaso modelos de toda virtud? No me detendré á especificar los actos con que, de un modo más frecuente, aun en las buenas sociedades, se da mal ejemplo á los hijos: conversaciones mundanas é inmorales, desprecios ó mofas de cosas sagradas y prácticas de religión, murmuraciones de los superiores, maledicencia mordaz, ociosidad, desahogos de rabia, intemperancia, orgullo, vida disipada, relaciones ilícitas. . . . Bastará levantar

¹ 1 Cor. 4, 16. ² Matth. 11, 29.

la voz del modo más enérgico contra el escándalo (y lo es del peor género) que con su relajada conducta dan no pocos padres licenciosos á sus pobres y tal vez todavía inocentes hijos. ¿Cómo pueden persuadirse de que de veras los aman cuando así los precipitan en ruina inevitable, eterna? Recuérdense las conminaciones terribles de Jesucristo contra los escandalizadores de los pequeñuelos. *¡Væ illi per quem scandalum venit!*¹ ¿Cuánto mayor fuerza no tendrán estas divinas reconvencciones con respecto á los padres culpables de ese crimen!

11. Pero ya que no sean demasiado frecuentes en la familia cristiana los escándalos directos, no dejan de serlo los indirectos, esto es, los de omisión y negligencia en el cumplimiento de los deberes. Ni es raro que los padres den á sus hijos lecciones orales de virtud que no practican y les enseñen una moral que no es la regla de sus costumbres, creyendo con esto solo dejar cumplida su obligación. Mas ¿de qué sirven las más bellas lecciones desmentidas con las obras? *Dicunt, et non faciunt*²; enseñar y no obrar de acuerdo con la doctrina, era el carácter de los fariseos, vapulado duramente por el Salvador. «Cargan sobre los hombros ajenos pesos insoportables, y ellos no aplican un dedo para moverlos.»³ Así discurrirán los hijos y así pensarán á sus solas, cuando las pasiones les hagan sentir la dificultad de seguir las máximas severas que sus padres les inculcan y no siguen. El ejemplo en contradicción con la doctrina destruye todo el valor de la más sana enseñanza. El padre cuya conducta no está de acuerdo con sus lecciones, se desautoriza infaliblemente en el concepto de los hijos por más respetuosos que sean. Por lo menos se le juzgará débil ó poco sincero. ¿Será, dirán ellos, que esas máximas de virtud son de todo punto impracticables ó buenas solamente para la niñez é inútiles para la edad madura? ¡Ah! ¡cuándo llegaré á ser mayor

¹ Matth. 18, 7.² Ibid. 23, 3.³ Ibid. 23, 4.

de edad para vivir libremente, para divertirme y hacer cuanto me agrada, como lo hace mi padre! Y no se crea que es posible ocultar al niño los deslices de un jefe de familia. Su espíritu de observación corre parejas con el de imitación. Todo lo remeda, pero todo lo observa como guiado por un instinto de curiosidad á que nada se escapa. Y ¡qué caro suele pagar el niño sus descubrimientos imprudentes! ¡qué heridas tan profundas no causan en su corazón, desgarrando su conciencia! Por eso decía la filosofía antigua por boca de un poeta: *Maxima debetur puero reverentia*, y un sabio cristiano dijo: «He pasado mi juventud respetando á los ancianos, pasaré mi vejez respetando á los niños.» Sí, carísimos hermanos, la casa paterna debe ser una escuela de decoro y de respeto, no sólo para los extraños sino para los domésticos.

12. En conclusión diremos que si es gloriosa y venerable la corona de la paternidad, como reflejo de aquella eterna y fecunda paternidad de Dios, también es corona de espinas por los cuidados que impone y la tremenda responsabilidad que aparece ante Dios y la sociedad. Grande es el mérito, inmensa la recompensa del padre que sabe, á fuerza de virtud y abnegación, formar una descendencia honorable y virtuosa; pero también es vituperable en alto grado y digna de execración la conducta del padre criminal que no supo ó no quiso cumplir con sus deberes, legando á sus hijos, en vez de la felicidad, una herencia de ignominia.

CUARTA CONFERENCIA.

Medios de educación: El principio religioso.

1. No hay educación sin moral, ni hay moral sin religión¹. Lo hemos visto desde la primera conferencia, y es una aserción que tiene el valor de un axioma. Tenemos que sentar,

¹ P. Félix, Confer. de Nuestra Señora de París.

CONFERENCIAS FAMILIARES
SOBRE LAS TRIBULACIONES.

	Pág.
Primera Conferencia. El misterio de la tribulación	277
Segunda Conferencia. Excelencias de la tribulación	292
Tercera Conferencia. Causas y remedios de la tribulación	307

TRIDUO DE SERMONES PARA EL TIEMPO
DEL JUBILEO.

Primer Sermón. Causas de estar muerta la fe	323
Segundo Sermón. El reinado de las tres concupiscencias en el hombre	337
Tercer Sermón. Los vanos juicios del mundo	351

PANEGÍRICOS.

Del purísimo Corazón de María	367
De Nuestra Señora de Lourdes	381
De San José	394
De San Nicolás de Tolentino, Confesor	410
De San Roque, Confesor	423
De San Francisco de Paula, Fundador	437
De San Isidro Labrador.	451
Del Beato Juan Eudes, fundador de la Congregación de Jesús y María	465
De Santa Eduvigis, Viuda	483
De Santa Teresa de Jesús, Virgen	497
De la Virgen Santa Gertrudis la Magna	512
De Santa Rosa de Lima, Patrona de América	527
De Santa Catalina Virgen y Mártir, con ocasión de celebrar su primera Misa un neo-sacerdote	542

DISCURSO RELIGIOSO 561

SINOPSIS DE LOS SERMONES.

Conferencias cuadregesimales	575
Conferencias familiares	590
Triduo de sermones para el tiempo del jubileo	592
Panegíricos	595
Discurso religioso	603

CONFERENCIAS CUADRAGESIMALES.

PRIMERA SERIE.

La Religión práctica.

(Predicadas en Cartagena de Colombia, 1901.)

PRIMERA CONFERENCIA.

Necesidad de la Religión práctica.

Dominum Deum tuum adorabis et illi soli
servies.

Math. 4, 10.

I. Comprendo, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, que, al emprender la importante tarea de exponer la divina palabra, principalmente durante el tiempo de la santa Cuaresma, no debo apartar los ojos de los maravillosos cuadros que nos ofrece el sagrado Evangelio, ni mucho menos cerrar los oídos á las saludables enseñanzas que nos da nuestro divino Maestro, y que la Iglesia recoge con ternura de esposa y afán de madre para brindar con ellas á sus hijos el pan celestial de vida y salvación. ¿Qué sería de nosotros si, afiliados á otra escuela, buscáramos en otra parte las doctrinas que necesitamos para alimentar y fortificar nuestro espíritu? Pero ¿á quién iríamos si sólo Él, nuestro adorable Preceptor, posee palabras de vida eterna—*Domine, ad quem ibimus*¹,—si sólo Jesús tiene el don de hacerlas penetrar hasta el fondo de nuestro corazón? Iremos, pues, á Jesús,

¹ Io. 6, 69.

seguiremosle al desierto, le acompañaremos con el espíritu en el monte de la tentación, asistiremos á sus luchas con el tentador sacrilego, contemplaremos sus magníficos triunfos tres veces repetidos, y aprenderemos á triunfar como Él.

2. Fijándonos en la tercera de sus tentaciones, coronada de su último triunfo, le oiremos intimar al enemigo la ley de la adoración del soberano Señor: *Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies*. Y acatando nosotros esa suprema ley de todas las criaturas, aprenderemos á vencer una de las más peligrosas tentaciones que suelen asaltarnos en este siglo de indiferentismo religioso, á saber, la de figurarnos que basta profesar en teoría la religión verdadera, la religión de Cristo y de la Iglesia católica, sin cuidarnos de practicar los actos que esa religión nos prescribe. Funesta aberración, de que son víctimas muchas almas dotadas por otra parte de hermosos y bien arraigados sentimientos religiosos. Sin salir, pues, del Evangelio del día, podremos tratar el importante tema de la religión práctica, que no otra cosa significan las palabras de Nuestro Señor: «Al Señor Dios tuyo adorarás y á Él solo servirás.» Vamos, hermanos carísimos, no ya á emprender la demostración religiosa, ni siquiera á persuadir la necesidad de profesar una religión, la única verdadera y acepta á la divinidad, cosas innecesarias para mi auditorio formado de creyentes, sino únicamente á excitar á los católicos sinceros, pero tal vez descuidados é indiferentes, á la práctica de la santa religión que profesan, al cumplimiento más fiel de los deberes sagrados que ellos mismos reconocen y veneran.

Esta necesidad de practicar los deberes religiosos exígela por una parte la naturaleza misma de la religión, y es condición indispensable, por otra, para obtener las ventajas que sólo la religión práctica puede proporcionar al viajero de la eternidad.

Entremos en materia.

I.

3. ¿Qué es la religión sino un vínculo, una cadena de oro que nos liga con Dios? ¿Puede acaso concebirse de otro modo sin falsearla? La religión, pues, no es otra cosa que una ley, y la ley ¿no es esencialmente, necesariamente práctica? ¿puede concebirse una ley que no obligue á poner ciertos actos y á omitir otros? La ley está hecha para que se cumpla; de otra suerte es, como suele decirse, letra muerta. Si la ley ha de justificar al hombre, ha de ser reducida á la práctica. Dícelo el Apóstol: «No los que oyen la ley, sino los que la cumplen, serán justificados.»¹ Y antes el mismo Legislador supremo, Jesucristo: «Ya que sabéis estas cosas, seréis dichosos si las pusiereis por obra.»²

Que la religión sea ley, dedúcese evidentemente de la consideración de su naturaleza y los actos esenciales que de ella dimanen. Religión, dicen á una filósofos y teólogos, es la virtud, natural ó sobrenatural, que inclina al hombre á dar á Dios el culto que le es debido por su soberana excelencia y majestad. Luego sus naturales actos son el reconocimiento de la divinidad, ya sea por la luz de la razón, ya por la de la revelación, la adoración, el amor, el anonadamiento en su presencia, la sumisión total á su voluntad. ¿Y no son estos mismos actos los que impone al hombre el primer mandamiento del Decálogo, según la respuesta del Salvador: *Hoc est maximum et primum mandatum: diliges Dominum Deum tuum*?³ Y no sólo es el primero y principal precepto de la ley divina amar á Dios, reverenciarle y servirle, sino que, siendo raíz del segundo, que consiste en amar al prójimo como imagen de Dios, y éste, como dice el mismo Jesucristo, *semejante* al primero, casi uno mismo con él, viene á ser aquel doble mandamiento el resumen y compendio de toda la ley, la ley misma en toda su extensión, según la enseñaron los doctores y

¹ Rom. 2, 13.

² Io. 13, 17.

³ Matth. 22, 38.

profetas.¹ Resulta, pues, que á la religión bien entendida puede reducirse todo el conjunto de nuestros deberes morales, supuesto que todos se llenarían perfectamente por quien amase á Dios con todo su corazón y con todas sus fuerzas, empleándolas todas en su servicio, y por respeto á Dios amase también á sus prójimos y semejantes, no sólo acatando sus derechos, sino colmándolos á ellos de toda clase de obsequios y beneficios.

4. Profundizando más en el concepto de la religión no podemos menos de reconocer, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, que ella abraza el hombre entero con todas las facultades que le constituyen, el entendimiento, la voluntad, la sensibilidad misma, el espíritu y hasta la materia en cuanto unida substancialmente al ser espiritual y subordinada á la razón. No os parezca exageración ó pretensión interesada en dilatar los límites de la religión á esferas que no le pertenecen. Sé muy bien que hay una escuela que con vanas sutilezas pretende, muy al revés de la verdad, desalojar la religión de las regiones intelectuales y hasta de los dominios de la voluntad, reduciéndola á los estrechos límites de la sensibilidad interna, en donde se forma lo que ellos apellidan el sentimiento religioso, no sé qué vaga aprensión de la divinidad, que sobrecoge y cautiva al espíritu del hombre, criatura naturalmente religiosa, sin que pueda la razón definirse claramente el concepto de Dios, ni la voluntad sea obligada á tributarle homenajes concretos en forma de culto positivo interior y exterior. Pero tales teorías, hermanos míos, sobre ser infundadas, se apartan evidentemente del común sentir del género humano, que siempre y en todas partes ha comprendido muy de otro modo la religión, aun en medio de sus extravíos religiosos. El hombre de todos los tiempos y países ha visto en la religión el lazo de su unión con la divinidad,

¹ Matth. 22, 40.

que, iniciada en esta vida pasajera, ha de perfeccionarse y consumarse en otra vida perdurable y bienaventurada. Por la religión, escala misteriosa, el alma sube á Dios. Por ella se une ya desde esta vida, cuan estrechamente puede, á Aquel con cuya unión perfecta é inefable habrá de ser eternamente venturosa. Y esta unión santa, en que ya saborea el morador de la tierra delicias y dulzuras celestiales, tiene que efectuarse, para ser completa, por medio de todas las potencias que de ella son capaces, la memoria, la inteligencia, la voluntad racional y afectiva, la sensibilidad elevada por la fuerza del espíritu, como lo experimentaba el profeta que decía: «Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo.»¹ Y así la vida humana se levanta sobre su natural nivel hasta rayar en las alturas de la vida divina, porque es imposible que se una la criatura al Criador sin participar de algún modo de la vida del Ser que es vida esencial y verdadera. Por consiguiente es preciso concluir que la religión abraza toda la existencia del hombre, desde que es capaz de conocer y amar hasta el último aliento, abarcando todas sus accidentes y vicisitudes, por múltiples y variados que sean. Por eso la divina religión de Jesucristo santifica al niño en la cuna, le consagra adolescente en el día de su primera comunión, bendice su unión matrimonial, haciendo del contrato nupcial un sacramento, y le acompaña y fortalece al borde del sepulcro, despidiéndole cariñosamente en los umbrales de la eternidad. Pero si la religión no tuviese un carácter esencialmente práctico, si se contrajese á las más bellas teorías, ¿podría ser acaso lo que es? Suponed que bastase para ser hombre religioso, como muchos presumen y alardean de serlo, poseer vastos y elevados pensamientos acerca de Dios y sus atributos, conocer hasta cierto punto á Jesucristo y su obra maestra, la Iglesia católica, sin necesidad de hacer otra cosa, sin

¹ Ps. 83, 3.

prácticas de piedad, sin uso de sacramentos, sin obras de caridad, ¿abarcaría entonces la religión al hombre entero, su actividad, su vida, los acontecimientos de que está entrelazada su carrera terrestre, en una palabra, todo su ser? No por cierto, y por lo tanto dejaría de ser aquella lo que es por su naturaleza, lazo de unión del hombre con su Dios.

5. Hagamos otra reflexión. Es evidente que el conocimiento de Dios nos lleva al conocimiento de nuestros deberes para con su Majestad. Con la sola luz de la razón, mucho más con la antorcha de la fe sobrenatural, reconocemos en el Ser infinito la *causa primera* de cuanto existe en derredor nuestro, el principio creador y conservador de nuestra propia existencia con todo cuanto encierra. De allí pasamos á reconocerle como nuestro soberano bienhechor, pues advertimos desde luego que de Él hemos recibido y recibimos continuamente todos los bienes que poseemos, como quiera que su mano pródiga y munificentísima sostiene nuestra vida sobre el abismo insondable de la nada y la enriquece y embellece con un cúmulo incalculable de dones. Vemos inmediatamente que Él, y sólo Él, puede llenar el vacío de nuestro corazón sediento siempre de felicidad, constituyendo así nuestro *fin último*, ó sea la suprema aspiración de nuestro ser. Ahora bien, si tales son nuestras esenciales relaciones con la divinidad, ¿cómo no caeríamos en la cuenta del deber que nos obliga á someternos á Dios con absoluta dependencia, de servirle con todas nuestras energías, de alabarle incesantemente, de invocarle en nuestras necesidades, de retornarle en acciones de gracias sus beneficios, y sobre todo de amarle con todas las fuerzas de nuestra alma?

Y si de allí subimos todavía más arriba hasta fijar nuestras débiles pupilas en el foco mismo del Ser divino, ¿por ventura no descubrirá nuestra razón, siquiera entre nieblas misteriosas, los resplandores de los divinos atributos, algunas ráfagas del poder, sabiduría, bondad y belleza de

aquella fuente y manantial de toda perfección real y posible? Y al descubrir todo ese panorama divino ¿no sentiremos la necesidad, el deber moral de admirarle, reverenciarle y adorarle? Sí, carísimos hermanos, la misma razón natural nos grita con acento vibrante, inextinguible: *Deum adora, Deum time*.

6. ¿Qué sucedería, pues, si satisfechos con el conocimiento estéril, nos negásemos á escuchar la voz de la razón, rehusando cumplir nuestros deberes religiosos? Que seríamos inconsecuentes y aun rebeldes. Nos pondríamos en contradicción con nosotros mismos, y nos rebelaríamos contra la autoridad de la conciencia que nos manda en nombre del Ser eterno. De no cumplir nuestros deberes, valdría más no conocerlos. Sí, porque la ignorancia, por más funesta que sea, no nos haría tan culpables como el conocimiento estéril y mal aprovechado. «Conocer el deber moral y no llenarlo», ha dicho algún pensador, «equivale á poseer tesoros y permanecer en la indigencia, por no poder gastarlos, equivale á moverse y no avanzar un paso»; y yo añado, á despreciar la luz del cielo, cerrando voluntariamente los ojos para no ver el camino. La sentencia está dada por estas divinas palabras que dejo á vuestra seria consideración: «El siervo que conoció la voluntad de su señor y no obró conforme á su querer, será azotado rigurosamente.»¹ Y no menos temerosas son estas otras de nuestro Salvador: «Mucho se exigirá de aquel á quien mucho se ha dado.»² Y ¿no os parece que es mucho dar á un hombre, alumbrarle con la luz de la razón, descubrirle los caminos de la salvación con las luces de la fe y por añadidura ilustrar su espíritu con la enseñanza religiosa, proporcionada en el hogar doméstico, en la escuela, en la cátedra sagrada, en el gabinete de lectura? Gran tesoro de luces es ése, por el cual se prepara al hombre así favorecido una

¹ Luc. 12, 47.

² Ibid. 48.

tremenda responsabilidad. Lejos, pues, de gloriarnos neciamente de conocer la religión y la moral cristiana, en tanto que no acabamos de ser cristianos prácticos por la observancia de los mandamientos de Dios y de la Iglesia, debemos sentirnos sobrecogidos de espanto en la presencia de Aquel que nos ha de tomar estrecha cuenta de ese caudal de conocimientos de que no supimos aprovecharnos. ¿De qué nos sirvió la luz de Dios? exclamaremos el día de la cuenta. «La luz se convirtió para nosotros en tinieblas.»¹

He aquí, pues, hermanos míos, claramente demostrada la necesidad de la *religión práctica*, deducida de la índole misma de la religión. Pasemos á otro orden de consideraciones que nos conducirán al mismo resultado.

II.

7. Por lo que acabamos de exponer se comprende que la religión solamente conocida y no practicada, lejos de producir bien alguno, no apareja al hombre sino males terribles, cuales son los remordimientos y la aflicción de espíritu al presente, y los castigos eternos en el porvenir. Aquel espantoso *Nescio vos* — «No os conozco»², fulminado contra las vírgenes fatuas, será el rayo que anonade y confunda á los católicos de nombre, á los pretendidos hombres religiosos que, en medio de sus protestas de catolicismo, ni asistían jamás, ó muy de tarde en tarde, á los actos del culto público, ni se acercaban al sacramento de la penitencia, ni participaban del banquete eucarístico, ni respetaban las leyes eclesiásticas de ayuno y abstinencia, ni cumplían, en una palabra, con precepto alguno de la religión que decían profesar y conocer. ¡Qué desengaño! Y entre tanto que llega aquel tremendo desenlace, ¿qué sentimientos dulces y consoladores experimentan los que no añaden á la fe las prácticas de la religión? Ninguno

¹ Matth. 6, 23.

² Ibid. 28, 12.

pueden experimentar en hecho de verdad, pues la fe misma que aun no está extinguida en ellos, los acusa y condena de infractores de la ley, de traidores á sus sagrados deberes. En vano tratan de ocultárselo á sí mismos: el remordimiento los persigue día y noche, los tortura, no les deja paz ni contento á ninguna hora. Esclavos generalmente del respeto humano, envidian secretamente á los que, más valientes que ellos, no se avergüenzan de dar público testimonio de sus creencias, ya asistiendo devotamente al santo Sacrificio, ya escuchando mezclados con la turba de los fieles la palabra divina, ya recibiendo á menudo la sagrada comunión con edificante compostura. En el fondo de su corazón se reprochan su cobardía y su tibieza, diciéndose á sí mismos lo que una voz misteriosa decía á Agustín: «No podrías tú hacer lo mismo que ves practicar á tus amigos, á tus hermanos, á los que ayer no practicaban tampoco?» Pero ¡ay! ¡cuánta desdicha! á pesar de tan amargas reconvenciones no acaban de salir de un modo de ser que es para ellos segunda naturaleza, porque el largo hábito de no practicar les hace como imposible la conversión á la vida devota. Y así trascurren años y años, y frecuentemente así corre la vida entera hasta que, puestos al borde del sepulcro, procuran reparar el tiempo perdido, no sin probar crueles angustias y amargos de desesperación.

8. Ved por el contrario, hermanos míos, los bienes preciosísimos que la religión nos proporciona. De ella puede decirse lo que de la sabiduría: «Viniéronme todos los bienes con su posesión.»¹ ¡Todos los bienes! es decir, la felicidad que no es otra cosa que *bonorum omnium plena et perfecta possessio*²—la posesión de todos los bienes, la bienaventuranza. Pero ¿es capaz la religión de hacer nuestra felicidad? Sí, cristianos, á lo menos en

¹ Sap. 7, 11.

² Boet.

cuanto ésta puede alcanzarse en la vida presente: que, por lo que hace á la vida futura, ¿quién sino la religión tiene las llaves de las moradas celestiales? Y ¿en qué puede cifrarse la felicidad relativa de esta vida de pasaje sino en la satisfacción de aquellas aspiraciones naturales del corazón y de aquellas otras necesidades del espíritu humano, que sólo su unión con Dios puede saciar? Desarrollemos algo más esta importante verdad.

Para ser feliz sobre la tierra necesita el hombre alimentar su entendimiento con el pan de la verdad, y la voluntad con el dulce néctar del amor. Ya decía Jesucristo: *Non in solo pane vivit homo*¹ — «No vive el hombre de solo pan material, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios»; y hablando de su manjar predilecto decía: *Meus cibus est, ut faciam voluntatem eius qui misit me.*² Necesita además que su conciencia esté tranquila y tenga reglas ciertas que la guíen en las dificultades de la vida; necesita de paz y de reposo y de consuelo en sus quebrantos; necesita aspirar otro ambiente que el de la tierra, aires de bienaventuranzas, atmósfera de cielo.

Pero desengañaos, cristianos: sin la práctica de la religión ninguno de estos bienes podréis alcanzar, ni la tranquilidad, ni el alivio de los males del alma, ni la luz, ni el amor, ni la esperanza. «¿Quién resistió á Dios y tuvo paz?»³ preguntaba el santo Job. Y ¿no es verdad que el cristiano de mera especulación resiste á Dios y á su conciencia? No hallará, pues, el sosiego del alma que promete el buen Jesús á quien toma su yugo sobre sí, á quien de corazón se somete á las prácticas que la religión prescribe. «No hay paz para los impíos»⁴, afirmólo el Señor; y aunque los cristianos de quienes vamos hablando no parezca que deban contarse en el odioso número de los impíos, porque aun creen en Dios y le respetan, y hasta le invocan con

¹ Luc. 4, 4.² Io. 4, 34.³ Job 9, 4.⁴ Is. 48, 22.

algunas ligeras prácticas piadosas, es preciso confesar que prácticamente lo son, por más que lo protesten, pues hacen coro con los falsos cristianos y hasta con los incrédulos é impíos descarados. No es raro entre ellos profesar ideas de tolerancia é indiferencia religiosa, reprobadas por la verdadera religión como favorables á la impiedad y á la herejía. No hallarán por tanto el descanso apetecido.

9. Pues mucho menos encontrarán el tesoro de la felicidad completa, de la hartura del corazón sinceramente cristiano, unido estrechamente con Dios por las prácticas piadosas. Y ¿cómo dudar de la necesidad que siente el hombre de una dicha completa, absoluta é infinita, necesidad comprobada por la experiencia de todos y de cada uno de los hombres? Dadme uno solo, si podéis, que no ambicione, que no suspire por la felicidad. Es lo que sentía y confesaba el apasionado Agustín: *Fecisti nos, Domine, ad te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te.*¹ Y es así verdad, porque lo infinito á que anhela nuestro corazón no es en concreto, en realidad, sino Dios; lo demás es lo indefinido y vago que, real y verdaderamente, es siempre lo finito, insuficiente para satisfacer y hartar el humano corazón. Todo cuanto éste llega á poseer, por más grande y bello que antes le hubiese parecido, pierde al instante sus encantos, se desvanece como fugaz meteoro luminoso, y, lejos de apagar la sed del bien, no hace más que avivar el apetito, el cual no dirá «basta» sino cuando llegue á poseer á Dios en el seno de la eternidad. Aquí, por más grande que sea el gozo que produce la gracia habitual, es un hecho indudable que ni la posesión de Dios por gracia es capaz de satisfacer plenamente el corazón. Sin embargo, ¿qué otra dicha mayor puede concebirse en esta vida? Luego, si no hemos de renunciar á ser felices, no nos queda otro arbitrio razonable

¹ Conf. 1.

que buscar el secreto de la felicidad en abrazarnos con Dios. ¡Oh bienaventurado abrazo de la criatura con su Criador! ¡Oh lazo de unión íntima en que consiste la verdadera religión! Porque, como ya dejamos expuesto, la religión abraza al hombre todo entero, uniéndolo con Dios no sólo con el entendimiento por la fe, sino con la voluntad por el amor y con todas las potencias por la sumisión perfecta de todas á la ley divina.

¿Qué felicidad, según esta doctrina, podrán prometerse los obcecados cristianos que, en medio de sus protestas de religiosidad, viven habitualmente alejados de Dios, reniegan de su amistad, sumidos por lo común en el abismo de la culpa? ¡Oh ceguera mil veces desgraciada!

10. Reconozcamos, diré para concluir, en este modo de apreciar la religión, tan general en nuestros días, aun en los países católicos, una de las más astutas y funestas tentaciones del infernal enemigo de la salvación.

¡Á cuántas almas arrastra á la perdición por este camino que parece derecho, y conduce definitivamente á la muerte! ¹ «El camino del necio», dice el Espíritu Santo, «es derecho á su modo de ver.» ² ¡Ilusión, nada más, hermanos míos muy amados! ¡Ilusión tal vez más temible que la irreligión abierta y descarada! Porque ésta, como tan monstruosa y absurda, alarma fácilmente á toda alma razonable y de rectos sentimientos, ¿qué digo? á toda persona honrada y cuerda; pero aquella religión superficial y de mera apariencia, religión fácil y cómoda, que no impone sacrificios de ninguna clase, ni santidad de costumbres, ni pureza de corazón, ni ejercicios de mortificación y de piedad, ni guarda de las leyes de la Iglesia, aunque en realidad no puede satisfacer á ningún espíritu sincero y desapasionado que busca la verdad religiosa, todavía á muchos que se empeñan en conciliar la luz con las tinieblas, en servir á

¹ Prov. 16, 25.

² Ibid. 12, 15.

dos señores, á Dios y á sus pasiones — y son tantos por desgracia — no deja de halucinar torpemente, haciéndoles creer ó figurarse que contentarán á Dios con actos de simple reconocimiento de su existencia, providencia y bondad, haciendo caso omiso de los demás deberes religiosos, cuyo cumplimiento se les hace poco menos que imposible. Y en este error y ceguera voluntaria, viven y se acercan al término de la vida con presunción temeraria, y si Dios en su misericordia infinita no les socorre con gracias extraordinarias, no merecidas por ellos, así mueren también, porque la muerte, como bien sabéis, es el eco de la vida, y lo que no se ha practicado durante la vida es difícil practicarlo, ó practicarlo bien, á la hora de la muerte. Temed, pues, cristianos, tan peligrosa ilusión y resolveos á abrazar la religión tal cual es por su naturaleza, con sus dogmas, con su culto, con sus sacramentos, con sus leyes sacrosantas, en una palabra, tal como la enseña y practica nuestra madre y maestra, la Iglesia católica, en cuyo seno hemos nacido y en cuyo regazo anhelamos exhalar el último suspiro. Así sea.

SEGUNDA CONFERENCIA.

La Religión irremplazable.

Ego sum ostium: per me si quis intraverit salvabitur.

Jo. 10, 9.

1. La religión práctica de que hemos hablado, no puede ser sino la cristiana. Es claro, hermanos míos, que una vez fundada y establecida por Cristo, Maestro y Redentor del mundo ¹, una religión de orden y carácter sobrenatural, que no puede dejar de ser verdadera y eterna, caducó ya la misma religión natural y cualquiera otra

¹ Jo. 3, 2.

la voz del modo más enérgico contra el escándalo (y lo es del peor género) que con su relajada conducta dan no pocos padres licenciosos á sus pobres y tal vez todavía inocentes hijos. ¿Cómo pueden persuadirse de que de veras los aman cuando así los precipitan en ruina inevitable, eterna? Recuérdense las conminaciones terribles de Jesucristo contra los escandalizadores de los pequeñuelos. *¡Væ illi per quem scandalum venit!*¹ ¿Cuánto mayor fuerza no tendrán estas divinas reconvencciones con respecto á los padres culpables de ese crimen!

11. Pero ya que no sean demasiado frecuentes en la familia cristiana los escándalos directos, no dejan de serlo los indirectos, esto es, los de omisión y negligencia en el cumplimiento de los deberes. Ni es raro que los padres den á sus hijos lecciones orales de virtud que no practican y les enseñen una moral que no es la regla de sus costumbres, creyendo con esto solo dejar cumplida su obligación. Mas ¿de qué sirven las más bellas lecciones desmentidas con las obras? *Dicunt, et non faciunt*²; enseñar y no obrar de acuerdo con la doctrina, era el carácter de los fariseos, vapulado duramente por el Salvador. «Cargan sobre los hombros ajenos pesos insoportables, y ellos no aplican un dedo para moverlos.»³ Así discurrirán los hijos y así pensarán á sus solas, cuando las pasiones les hagan sentir la dificultad de seguir las máximas severas que sus padres les inculcan y no siguen. El ejemplo en contradicción con la doctrina destruye todo el valor de la más sana enseñanza. El padre cuya conducta no está de acuerdo con sus lecciones, se desautoriza infaliblemente en el concepto de los hijos por más respetuosos que sean. Por lo menos se le juzgará débil ó poco sincero. ¿Será, dirán ellos, que esas máximas de virtud son de todo punto impracticables ó buenas solamente para la niñez é inútiles para la edad madura? ¡Ah! ¡cuándo llegaré á ser mayor

¹ Matth. 18, 7.² Ibid. 23, 3.³ Ibid. 23, 4.

de edad para vivir libremente, para divertirme y hacer cuanto me agrada, como lo hace mi padre! Y no se crea que es posible ocultar al niño los deslices de un jefe de familia. Su espíritu de observación corre parejas con el de imitación. Todo lo remeda, pero todo lo observa como guiado por un instinto de curiosidad á que nada se escapa. Y ¡qué caro suele pagar el niño sus descubrimientos imprudentes! ¡qué heridas tan profundas no causan en su corazón, desgarrando su conciencia! Por eso decía la filosofía antigua por boca de un poeta: *Maxima debetur puero reverentia*, y un sabio cristiano dijo: «He pasado mi juventud respetando á los ancianos, pasaré mi vejez respetando á los niños.» Sí, carísimos hermanos, la casa paterna debe ser una escuela de decoro y de respeto, no sólo para los extraños sino para los domésticos.

12. En conclusión diremos que si es gloriosa y venerable la corona de la paternidad, como reflejo de aquella eterna y fecunda paternidad de Dios, también es corona de espinas por los cuidados que impone y la tremenda responsabilidad que aparece ante Dios y la sociedad. Grande es el mérito, inmensa la recompensa del padre que sabe, á fuerza de virtud y abnegación, formar una descendencia honorable y virtuosa; pero también es vituperable en alto grado y digna de execración la conducta del padre criminal que no supo ó no quiso cumplir con sus deberes, legando á sus hijos, en vez de la felicidad, una herencia de ignominia.

CUARTA CONFERENCIA.

Medios de educación: El principio religioso.

1. No hay educación sin moral, ni hay moral sin religión¹. Lo hemos visto desde la primera conferencia, y es una aserción que tiene el valor de un axioma. Tenemos que sentar,

¹ P. Félix, Confer. de Nuestra Señora de París.

pues, el principio religioso como el primero entre los medios ó agentes de la educación, después de haber asentado su base en la paternidad. Pero sería un error peligroso creer que la formación moral y religiosa del hombre, la más importante y necesaria, es de la exclusiva competencia del sacerdote en la iglesia, ó del padre y de la madre en el recinto sagrado del hogar. No, que también en la escuela, adonde concurrirá muy pronto el niño que ha llegado á gozar de los primeros rayos de la razón, es preciso aprender á conocer y amar á Dios, á conocer y practicar los deberes morales á cuyo frente figuran los que impone á todo ser racional la religión. Teoría moderna funestísima es la de la escuela *laica*, por no decir atea, que descarta del programa de enseñanza toda instrucción religiosa, como ajena á su instituto. Con necios sofismas pretenden persuadir á los incautos que la escuela no es más que para enseñar, pero no para educar, como si estas dos cosas pudieran separarse, á lo menos en el niño, como si la moral en que debe criarse al hombre pudiera existir sin la base natural de las ideas religiosas. Largo sería entrar á refutar esas perversas doctrinas secularizadoras de la enseñanza primaria, y no es éste por hoy nuestro propósito. Lo haremos, con el favor divino, á la hora de hablar del magisterio. Por el momento nos bastará observar que no enseñar religión en la escuela primaria equivale á desarraigarla del corazón del niño, á formar ateos en ciernes para sacar más tarde revolucionarios. Es lo que dice con pleno conocimiento de la materia un eminente polemista: «La escuela laica es la escuela preparatoria para el club, la escuela especial dirigida por maestros ateos para sacar discípulos ateos.»¹ Y fuera de esto, ¿no es un verdadero imposible enseñar cualquier ramo del saber humano con absoluta prescindencia de las nociones

¹ *Sardá y Salvany*, *Bibliot. ligera* § 79.

religiosas? ¿En dónde no está el Ser que llena el universo? Y por consiguiente, ¿en qué lugar del mundo científico no se tropieza con su nombre y atributos?

2. Eso no obstante, sería no menos errónea la teoría opuesta, según la cual el campo principal ó único de la enseñanza religiosa habría de ser la escuela. No por cierto; lo es, y por derecho natural, la casa paterna, aun antes que pueda serlo la casa de Dios. En efecto, bien considerada, la casa paterna es un verdadero santuario donde se ejerce cierto género de sacerdocio, y fuera de esto, nadie mejor que los padres puede inculcar y grabar en el espíritu del niño los principios religiosos, y finalmente, no hay edad más adecuada y propia para adquirirlos y aprender á amarlos que la inocente niñez. Ved aquí las tres ideas principales que intento desarrollar en esta conferencia, con lo cual creo quedará puesto fuera de duda que «el principal medio de educación es el principio religioso».

I.

3. No lo dudemos, el carácter de la paternidad es, en propio sentido, y no sólo metafórico, un carácter sacerdotal, y, de consiguiente, la casa, un verdadero santuario, aun sin tener las formas de un templo ú oratorio. Hermosas páginas han escrito sobre este no menos hermoso tema, las plumas de distinguidos escritores católicos, que yo os recomendaría si fuera necesario, especialmente para lectura familiar¹. Inspirándonos en ellas, procuraremos poner de manifiesto la importante verdad que dejamos asentada. Aun la magistratura civil, cuando se ejerce en nombre de Dios, soberano Legislador del universo, por quien reinan los reyes y los legisladores dictan leyes justas², é imponen penas y castigos con autoridad delegada del mismo Dios,

¹ Véase á *Sardá y Salvany*, *Opúsc. de Propaganda*, t. 40.

² *Prov.* 8, 15.

puede con verdad decorarse con el augusto título de sacerdocio. Porque, hablando en general, el sacerdocio es la representación de Dios entre los hombres para conducirlos á la salud eterna, y el padre, lo hemos visto, deriva su dignidad precisamente de esta representación, y su ministerio principal se endereza á la salvación de la familia, aun más que á su bienestar temporal. La paternidad es el ejercicio de una función que puede llamarse sagrada, como participación de la acción divina creadora de los seres y, por modo particular y más excelente, de las almas espirituales é inmortales. De ahí el carácter igualmente sagrado de la unión conyugal que constituye el matrimonio, aun considerado en el orden natural.

Pero los padres, al contraer matrimonio, en el actual orden sobrenatural cristiano, son ministros de un sacramento y de un sacramento grande, por simbolizar la mística unión de Cristo con la Iglesia; ¿quién, pues, se atreverá á rehusarles el título de sacerdotes? Por otra parte, en el desempeño de su elevado cargo, ¿no es Dios á quien sirven principalmente, dirigiendo á su gloria la prole recibida con esta condición, la de que alabe á Dios y le glorifique por todos los siglos?¹ Y dado que los padres sepan desempeñar con acuciosa diligencia su delicada misión de educar á sus hijos, ¿no trabajan, lo mismo que el sacerdote, aunque de manera diferente, en el gran negocio de la salvación de las almas?

4. Verdad es, y no necesitamos demostrarlo á los católicos, que en el actual estado de la humana sociedad, instituido por Cristo el sacerdocio cristiano sobre la base del sacramento del Orden, no pertenece ya á los padres el ejercicio de las augustas funciones sacerdotales, ni, por consiguiente, el nombre y carácter de sacerdotes en el sentido más estricto que hoy tiene esta palabra en la Iglesia

¹ Tob. 8, 9.

de Dios. No son ellos los que ofrecen el sacrificio eucarístico, ni santifican directamente las almas por la administración de los sacramentos de la nueva Ley, ni ejercen universal jurisdicción sobre los fieles para oírlos en juicio y absolverlos de sus culpas; ejercen, sin embargo, dentro del círculo doméstico cierto género de jurisdicción, no puramente civil sino religiosa, comparable á la jurisdicción pastoral; ellos bendicen á sus hijos con derecho peculiar, como representantes del Padre celestial, los elevan á Dios, los ofrecen como una especie de hostias aceptables á los divinos ojos, como en lo antiguo se ofrecían los frutos de la tierra y las primicias de los animales; en fin, oran no sólo con ellos sino por ellos, ejerciendo una función sacerdotal como es la oración que se hace al frente y en nombre de la comunidad. Aun pudiéramos insistir en esta tesis, señalando con ingeniosa piedad, como lo hace el escritor citado, las varias analogías del sacerdocio doméstico con el sacerdocio del altar, que resultan de la comparación del sacramento del Orden con el del matrimonio. Si el primero es un desposorio espiritual del sacerdote con la Iglesia, de donde emana la paternidad, espiritual también, el segundo es un género de ordenación sagrada que confiere á los contrayentes un ministerio de santificación. La institución de entrambos sacramentos es divina; divina es también, aunque en diferente grado, la dignidad que ellos confieren.

5. No ilustrará poco nuestro asunto, ni servirá de poca edificación para los padres de familia que se estiman, la consideración atenta y reflexiva de lo que pasaba en las primeras edades del mundo en los tiempos patriarcales, antes que Dios por ley positiva crease el sacerdocio levítico de Aarón. Entonces el sacerdocio estaba vinculado á la paternidad. Melquisedec, Rey de Salén, era Sacerdote del Altísimo¹; Abrahán ofrecía por sus manos el

¹ Hebr. 7, 1.

sacrificio¹; Job, el santo Patriarca de Idumea, entre los gentiles, hacía otro tanto por sus hijos, mientras que éstos se entregaban á las faenas del campo ó celebraban, con fraternal afecto, banquetes moderados. «Dejando el lecho muy de mañana», dice la Escritura, «ofrecía holocaustos por cada uno de ellos, diciendo para sí: 'No sea que hayan pecado mis hijos....' Y esto hacía todos los días.»² El padre pues, era el sacerdote en toda la extensión de la palabra. Y ¡con qué espíritu desempeñaba sus funciones! ¡Pluguiese al cielo, carísimos hermanos, que ya que no lo son hoy día en el mismo sentido, al menos conservasen los padres cristianos algo de aquel espíritu sacerdotal de los antiguos Patriarcas! ¡que buscasen la gloria de Dios en el cumplimiento de sus funciones paternas, antes que cualquier otro interés mezquino! ¡que no les pesase dirigir ellos mismos á sus hijos hacia Dios por la senda de la educación francamente cristiana, y que hicieran de su casa un santuario donde se diese culto al Dios de Abrahán, por medio de la oración en familia, por la instrucción religiosa y la más severa regularidad de costumbres! Porque, en verdad, á nadie como á ellos atañe el deber de inocular en los hijos esos sentimientos de sólida piedad que son el medio principal de educación, ni hay otro que posea los elementos de autoridad y comodidad de que ellos disponen para conseguirlo. Ni el preceptor, ni aun el mismo sacerdote están en mejores condiciones.

II.

6. En efecto, la autoridad paterna no es sólo jurisdiccional, es también doctrinal. De la primera tendremos que tratar más adelante y con la amplitud correspondiente á su importancia. Ahora nos referimos á la segunda, y decimos que debe el padre aprovecharla en la enseñanza de la

¹ Gen. 22, 13.

² Job 1, 5.

religión. Para el hijo la voz del padre es un oráculo, lo que él dice es la verdad, si en toda materia — pues para el hijo pequeño su padre lo sabe todo —, mucho más en puntos de religión y moral. El natural instinto del niño lo lleva á persuadirse de que ha de aprender de la boca de sus padres, antes que de ninguna otra, las grandes enseñanzas de la vida, las verdades que necesita saber para ser bueno y feliz. Y cierto que en esta persuasión el hijo no anda equivocado. La naturaleza no yerra en sus legítimas tendencias. Los padres deberían estar persuadidos á su vez, mejor que por instinto, por convencimiento racional, de que ellos son por derecho los primeros preceptores de sus hijos. Lástima grande que la mayor parte de ellos no comprendan ni el derecho que les asiste ni la obligación que pesa sobre su conciencia de practicarlos así. Tal vez no descuidan prodigarles útiles lecciones de otro género, consejos y nociones prácticas de las cosas de la vida material y aun máximas saludables de moral y urbanidad; pero ¡qué pocos se encuentran que, como el anciano Tobías, les enseñen por sí mismos á temer y amar á Dios! Y sin embargo, ellos son los encargados de hacerlo, no sólo por ley natural, sino por derecho divino positivo. Dios lo quiere así, y así lo ha declarado terminantemente. Al dar la ley á Moisés en el Sinaí para que la promulgase al pueblo israelita, le ordena expresamente que imponga á los padres de familia el cargo de trasmitirla á sus hijos y nietos. *Docebis ea filios ac nepotes tuos*¹. Y torna á repetir: «Enseñad á vuestros hijos mis palabras para que las mediten, enseñádselas á toda hora, cuando descansareis en casa y cuando fuereis de camino, al acostaros y al levantaros.»² He aquí á los padres constituídos por Dios maestros de sus hijos en materia de religión y moral. Y notad aquellas palabras:

¹ Deut. 4, 9.

² Ibid. 11, 19.

«Para que las mediten». No se limita, pues, la instrucción religiosa que deben dar los padres á hacer que los hijos aprendan de memoria el Decálogo y el Símbolo; es necesario hacerles comprender uno y otro cuanto lo permita el alcance de la edad, ó mejor dicho, es preciso irselo enseñando gradualmente á medida que va desarrollándose su tierna inteligencia, de manera que queden grabadas indeleblemente así en su espíritu como en su corazón las santas verdades, objeto de la fe, y los venerandos preceptos de la ley divina. Para esto bien se ve que necesitan los padres no sólo de un caudal suficiente de doctrina, sino más aún, de un fondo de abnegación y de un espíritu de perseverancia, á la verdad, poco común. Pero sobre todo deberían estar provistos de una grande y profunda religiosidad. ¿Es posible infundir una virtud que no se posee? Pero ¿será posible suponer que un padre cristiano no sea profundamente religioso, ó que rehuse consagrarse enteramente á una labor de que depende en gran parte la felicidad temporal y eterna de su querida prole?

Excusado me parece repetir lo dicho en otra ocasión acerca del ejemplo en general. La autoridad del padre en cuestión religiosa depende principalmente de su sinceridad, reconocida por el niño, de que vea éste con sus propios ojos puesto en práctica lo que se le enseña. ¿Quiere el padre que sus hijos oren, que oigan misa, que practiquen la religión? Pues á practicarla él mismo, y no á escondidas sino á la vista de sus hijos y de todo el mundo, sin respetos humanos. ¡Miserable *qué dirán!* aquí serían más funestos que en ninguna otra parte tus efectos. Siempre causa de omisiones gravísimamente culpables, el respeto humano podría esterilizar completamente las más sanas enseñanzas de un padre de familia que no tiene, como suele decirse, el valor de sus convicciones.

7. Por otra parte, la comodidad ú ocasión favorable para inculcarles las máximas religiosas se la da á los padres

el roce continuo que deben tener con sus hijos. Porque debo suponer que no será sólo la madre la que tenga siempre á la vista á sus pequeñuelos, que en cuanto á los mayores bien veo que, ó están en la escuela y el colegio, ó se ocupan ya en alguna oficina ó taller para ayudar á los padres á sostener la familia y aprender ellos mismos á ganarse la vida honradamente. Supongo, digo, que no quedará la madre completamente abandonada del esposo que gusta más, al parecer, de los pasatiempos del club ó del casino, ó simplemente de la tertulia en casa del amigo, que de las delicias honestas del propio hogar. Debo también creer que el padre, cansado naturalmente de las fatigas del trabajo diario y poco menos que hastiado del tráfigo de los negocios que le alejan de la casa y le roban la mayor parte del tiempo, se complace en los ratos de que puede disponer, durante el día ó la noche, en verse rodeado de esa bellísima corona que forman los hijos alrededor de un padre cariñoso y bueno, y aprovecha esas horas preciosas de la vida de familia, no ya para hacerles clase formal de religión ni largas pláticas que los harían dormir, sino para regar como con suave rocío de instrucción las tiernas plantas de sus hijos. Pero ¡ay! ¡que acaso me engaña mi deseo al hacer tan obvias y naturales suposiciones! ¿Están éstas de acuerdo con las costumbres del día? ¿Qué es lo que impone hoy á los hombres de algún viso ó posición social la llamada civilización, el progreso de la sociedad moderna? ¿no es la fundación de casinos, casas de recreo, salones y teatros? Y donde algo de esto existe — y existe en toda población de mediana importancia — ¿no es una exigencia, no es una necesidad social la asistencia diaria á estos centros llamados de cultura, y en realidad de desmoralización de la familia, y, por natural consecuencia, de la misma sociedad civil? ¿Cómo es posible conciliar la asistencia continua á los sitios de placer, sean éstos tan ino-

centes y decentes como se quiera, con la presencia en el hogar doméstico? El tiempo que debía destinarse á éste, ¿no es el mismo que se consume miserablemente en el club ó en el teatro? Y los hijos, apenas salidos de la adolescencia, ¿no tienen también sus sitios de pasatiempo, sus casas de diversión, lejos de la vista de sus padres? ¿Qué hace entre tanto la madre? ¿qué hacen los niños pequeñuelos? Si aquélla es sólidamente cristiana, no abandona sus deberes, permanece, tal vez en amarga soledad, hasta altas horas de la noche, guardando la casa, cuidando la familia que puede detener á su lado. Si por desgracia participa de las ideas modernas, busca también las distracciones á que cree tener derecho, ó, si esto no le es permitido, se aburre en su aislamiento, se desespera y reniega de su situación, se llama la mujer más desgraciada, y no se encuentra en las mejores condiciones para infundir en el corazón de sus chicuelos aquellos sentimientos de religión de que ella misma carece. Tal es el cuadro lastimoso que presentan á los ojos de cualquier observador innumerables hogares fundados sobre la base de las modernas instituciones y costumbres. ¿Qué lugar queda, pues, para aquellas familiares instrucciones que debiera dar á sus hijos el buen padre de familia? Ninguno ciertamente. Y sin embargo, la ley de Dios en este particular, como en todos, debe prevalecer sobre la ley de la moda y los caprichos de una civilización semi-pagana. Los padres verdaderamente cristianos no dejarán nunca de cumplir con tan sagrados deberes. Á ellos nos dirigimos al proponerles algunas de las preciosas industrias que para conseguir este objeto les sugiere la pluma del virtuoso y amable Fenelón.¹

8. Es preciso aprovecharse diestramente y con dulzura de las ocasiones que se presentan á la vista, es preciso

¹ Fenelón, Trat. de la educación de las niñas, cap. 7.

herir vivamente la imaginación de los niños, á la manera que lo hace la sagrada Escritura, revistiendo de imágenes sensibles las verdades más abstractas. Quizás este método no merezca la aprobación de ciertas escuelas y sistemas pedagógicos que pretenden hacer del niño un hombre, pero sin duda es el más conforme con la naturaleza y el más certero en sus resultados, á lo menos para la primera edad, que es el campo más feraz en que deben arrojarse las semillas de la educación religiosa por la mano de los padres. ¿Queréis infundirles la idea de Dios? Pues hacedles fijar los ojos en el cielo, en la brillante multitud de estrellas y luceros que lo pueblan, hacedles tender una mirada sobre la haz de la tierra, sus altos montes y sus profundos valles, hacedles admirar la riqueza y abundancia de plantas y animales que por todas partes nos rodean, y decidles: ¿No es el mundo más grande y más hermoso que un palacio? Ciertamente, ¿no es verdad? y el palacio ¿se ha fabricado á sí mismo? ¡qué locura! ¿Se habrá hecho, pues, el mundo por casualidad, ó lo habrán fabricado algunos hombres? No, hijos míos, Dios es quien lo ha creado de la nada. Así enseñaba á sus hijos la valerosa madre de los Macabeos¹. ¿Quiere dárselos una idea de la distinción de alma y cuerpo en el hombre? Un espectáculo diario á que los niños mismos no deben sustraerse, la muerte, la conducción de un cadáver al sepulcro, proporciona la ocasión más oportuna para conseguirlo. Hábleseles del principio ó causa de la vida de que ese cuerpo está ya privado. ¿Por qué no vive ese hombre, no habla, no siente, no se mueve? ¿qué le falta? el alma. Pues ¿dónde está esa alma separada de su cuerpo? ¿habrá perecido, se habrá vuelto nada? No, porque si el cuerpo que es de carne corruptible, aunque está separado del alma, no perece, ¿cómo ha de perecer el alma que es espíritu

¹ Mach. 7, 28.

que no se corrompe? Ella, pues, ha pasado á *la otra vida*. . . ¡La otra vida! pensará el niño. Y ¿qué importa que su inteligencia no alcance todavía la profundidad de estas verdades? Más adelante las entenderá de un modo más perfecto. Por ahora basta que se graben en su inteligencia y las guarde allí como un tesoro que le enriquecerá, aunque no sepa lo que vale. Otro ejemplo tomado de la doctrina revelada les podrá hacer comprender tal vez mejor la distinción de alma y cuerpo. Hábleseles de los angelitos del cielo, de esos graciosos niños con alas, que están jugando al pie del trono de nuestro Padre Dios, cantando y gozando siempre de su vista sin cansarse jamás. De esos ángeles puros y hermosos somos hermanos por el alma, mientras que por el cuerpo nos parecemos demasiado á las bestias. Así se les hará concebir también la idea cristiana de la superioridad del alma sobre el cuerpo. Para inspirarles desde luego amor á la virtud y aborrecimiento al vicio, dígameles que la primera es la cosa más bella y que hace al niño más hermoso, mientras que el segundo es lo más feo y más horrible. De esta suerte mirarán con horror todo lo malo, la ira, la mentira, la venganza, y amarán lo bueno que la conciencia misma les dará á conocer, la obediencia, la piedad, el amor á los pobres, el cumplimiento del deber. ¡Cuántos otros ingeniosos recursos no sugeriré á los padres el amor ilustrado por la fe é inflamado por el celo de la salvación de sus hijos! Nimiedades parecerán á algunos los detalles que dejamos apuntados, y creerán que hemos descendido demasiado de la altura de conceptos que pide esta cátedra sagrada desde la cual dirigimos la palabra á un auditorio selecto y respetable. No lo creo así, carísimos hermanos, atendida la importancia imponderable de inocular el sentimiento religioso en el espíritu de los niños, como base y medio eficazísimo de cristiana educación.

III.

9. Ninguna edad más á propósito para adquirir principios religiosos que aquellos felices días de la niñez que se deslizan para el hombre entre juegos y caricias al lado de los autores de su existencia, para no volver jamás. Ningún terreno más adecuado para sembrar la buena simiente del conocimiento y del amor de Dios que aquella tierra virgen del corazón inmaculado del niño. ¡Qué lástima sería no aprovechar tan buenas condiciones para obtener abundante cosecha de virtudes! La impresión de las ideas religiosas no sólo debe acompañar sino preceder al desarrollo de la razón; es preciso aprovechar para el bien el poder maravilloso de las primeras impresiones. Buenas ó malas, útiles ó perniciosas, ellas nos acompañan hasta la edad más avanzada, bajan con nosotros al sepulcro. De ellas nace en gran parte el carácter del hombre, firme ó débil, correcto ó defectuoso. Por eso el santo y prudente Tobías enseñó á su hijo á temer á Dios y aborrecer el pecado *desde la infancia: Ab infantia timere Deum docuit*. . .¹ Y ¿por qué dejar esta instrucción para más tarde? ¿por qué perder un tiempo tan precioso? ¿No se aprende también el error desde la misma cuna? Hablando de los pecadores decía el profeta David: «Extraviáronse desde el nacer, erraron desde el seno de sus madres, hablaron falsedades.»² Y de ellos hace una pintura que estremece. «Conciben en el corazón la iniquidad, y sus manos ejecutan en la tierra toda suerte de injusticias. Se enfurecen á manera de serpientes, como el áspid venenoso, cierran los oídos á la voz de la sabiduría: objeto de la indignación divina, serán quebrantados, reducidos á la nada como el agua que corre, como la cera que derrite el fuego.»³ Ahí tenéis los resultados de una educación

¹ Tob. I, 9.² Ps. 57, 4.³ Ps. 57, per totum.

descuidada desde la primera edad. «Hombres vemos hoy», decía un orador sagrado¹, «y no en corto número, que desde la infancia han sido falsos en sus máximas, falsos en su regla de conducta, falsos en su modo de ver la religión: *Erraverunt ab utero.*» Y estos hijos del error no serán jamás buenos cristianos porque no saldrán jamás de la ignorancia en que se criaron. Y así pasarán también los errores de generación en generación con harto daño de la religión y de la sociedad.

10. No nos dejemos alucinar por aquella falsa y peligrosa doctrina de la filosofía incrédula del siglo XVIII, que, á pesar de haber caído para siempre en el descrédito, pudiera contar todavía con algunos ilusos partidarios. Según ella, la instrucción religiosa debe relegarse á una edad más adelantada, por lo menos á la juventud, á la época en que el hombre, saliendo de las manos de sus maestros, hace su entrada en el mundo, empieza á ser dueño de sus actos. Y ¿en qué argumentos pretende apoyarse esa doctrina seductora? El niño, se dice, se forjaría falsas ideas de Dios y de la religión, la niñez no es capaz de reflexión, y fuera de eso, la instrucción religiosa adquirida prematuramente vendría á ser inútil, ya porque se olvida fácilmente lo mal aprendido, ya porque no tiene la fuerza suficiente para preservar al hombre de la corrupción, como lo muestra la experiencia, y en fin, que el hombre debe formarse sus convicciones religiosas por sí mismo, por medio de su propio estudio, libre de preocupaciones de escuela y de familia difíciles de borrarse, etc. Todo esto, carísimos hermanos, se endereza, como es fácil reconocerlo á través de los velos del sofisma, á extirpar de raíz la religión en el hombre y en la sociedad, porque escrito está por el dedo de Dios que «el hombre, aunque encanecido en la vejez, no se apartará

¹ Apud *Montargón*, op. cit.

del camino que cogió en su adolescencia»¹. Niño que creció sin religión, no llegará sino por milagro, á ser hombre religioso. Pero veamos qué valor tienen ante el tribunal de la lógica y del sentido común los decantados argumentos. Supónese falsamente que las ideas imperfectas sí, pero verdaderas, adquiridas en la niñez, no pueden completarse y perfeccionarse más tarde en la mayor edad, ya sea con la enseñanza superior, ya con el estudio privado. Confúndense además las vanas preocupaciones con las sólidas verdades de la religión natural y revelada, aprendidas en el seno de la familia ó en la escuela, y que, cierto, por más que no produzcan todo el fruto de virtud que fuera de desear, no se borran fácilmente de la memoria, y son un germen de regeneración moral aun en la última vejez. En fin, se da por supuesto que es cosa hacedera formarse verdaderos principios religiosos en una época de la vida como la juventud, cuando las pasiones, no contenidas por el freno religioso, se desbordan con violencia irresistible, oscureciendo la razón que busca en la impiedad y en el escepticismo la justificación de sus locos extravíos. Ahí tenéis, carísimos hermanos, lo que valen los argumentos de la escuela impía y volteriana que combate la instrucción religiosa de los niños. ¡Ojalá que los padres verdaderamente católicos, persuadidos de la gravedad de sus obligaciones, sepan fundar sobre la base del principio religioso la educación moral y cristiana de sus hijos!

QUINTA CONFERENCIA.

La autoridad paterna, medio de educación.

1. Después del principio religioso, sentimiento profundo de la autoridad de Dios grabado en el corazón del niño por la mano del lugarteniente del Padre celestial, viene

¹ Prov. 22, 6.

descuidada desde la primera edad. «Hombres vemos hoy», decía un orador sagrado¹, «y no en corto número, que desde la infancia han sido falsos en sus máximas, falsos en su regla de conducta, falsos en su modo de ver la religión: *Erraverunt ab utero.*» Y estos hijos del error no serán jamás buenos cristianos porque no saldrán jamás de la ignorancia en que se criaron. Y así pasarán también los errores de generación en generación con harto daño de la religión y de la sociedad.

10. No nos dejemos alucinar por aquella falsa y peligrosa doctrina de la filosofía incrédula del siglo XVIII, que, á pesar de haber caído para siempre en el descrédito, pudiera contar todavía con algunos ilusos partidarios. Según ella, la instrucción religiosa debe relegarse á una edad más adelantada, por lo menos á la juventud, á la época en que el hombre, saliendo de las manos de sus maestros, hace su entrada en el mundo, empieza á ser dueño de sus actos. Y ¿en qué argumentos pretende apoyarse esa doctrina seductora? El niño, se dice, se forjaría falsas ideas de Dios y de la religión, la niñez no es capaz de reflexión, y fuera de eso, la instrucción religiosa adquirida prematuramente vendría á ser inútil, ya porque se olvida fácilmente lo mal aprendido, ya porque no tiene la fuerza suficiente para preservar al hombre de la corrupción, como lo muestra la experiencia, y en fin, que el hombre debe formarse sus convicciones religiosas por sí mismo, por medio de su propio estudio, libre de preocupaciones de escuela y de familia difíciles de borrarse, etc. Todo esto, carísimos hermanos, se endereza, como es fácil reconocerlo á través de los velos del sofisma, á extirpar de raíz la religión en el hombre y en la sociedad, porque escrito está por el dedo de Dios que «el hombre, aunque encanecido en la vejez, no se apartará

¹ Apud *Montargón*, op. cit.

del camino que cogió en su adolescencia»¹. Niño que creció sin religión, no llegará sino por milagro, á ser hombre religioso. Pero veamos qué valor tienen ante el tribunal de la lógica y del sentido común los decantados argumentos. Supónese falsamente que las ideas imperfectas sí, pero verdaderas, adquiridas en la niñez, no pueden completarse y perfeccionarse más tarde en la mayor edad, ya sea con la enseñanza superior, ya con el estudio privado. Confúndense además las vanas preocupaciones con las sólidas verdades de la religión natural y revelada, aprendidas en el seno de la familia ó en la escuela, y que, cierto, por más que no produzcan todo el fruto de virtud que fuera de desear, no se borran fácilmente de la memoria, y son un germen de regeneración moral aun en la última vejez. En fin, se da por supuesto que es cosa hacedera formarse verdaderos principios religiosos en una época de la vida como la juventud, cuando las pasiones, no contenidas por el freno religioso, se desbordan con violencia irresistible, oscureciendo la razón que busca en la impiedad y en el escepticismo la justificación de sus locos extravíos. Ahí tenéis, carísimos hermanos, lo que valen los argumentos de la escuela impía y volteriana que combate la instrucción religiosa de los niños. ¡Ojalá que los padres verdaderamente católicos, persuadidos de la gravedad de sus obligaciones, sepan fundar sobre la base del principio religioso la educación moral y cristiana de sus hijos!

QUINTA CONFERENCIA.

La autoridad paterna, medio de educación.

1. Después del principio religioso, sentimiento profundo de la autoridad de Dios grabado en el corazón del niño por la mano del lugarteniente del Padre celestial, viene

¹ Prov. 22, 6.

naturalmente el principio de autoridad, como medio importantísimo de educación, y hasta cierto punto principal, como que sin su concurso puede decirse carecerían de eficacia todos los demás. El mismo sentimiento religioso hemos visto que es obra principalmente de la autoridad doctrinal del padre que enseña al hijo á conocer, amar y respetar á Dios. Evidente es por demás que no hay sociedad, de cualquier género que sea, que pueda subsistir sin orden, ni hay orden posible sin una autoridad que lo mantenga. El hecho debe traducir el derecho, tratándose de una institución real y concreta. Júzguese de la suerte que correría la sociedad doméstica en cuyo seno la autoridad fuese un fantasma. Y del estado de la sociedad doméstica, lo hemos visto, depende el resultado, bueno ó malo, de la educación. Sociedad doméstica bien concertada, donde hay quien mande y quien obedezca, semejante á una tierra de labor que está revelando en su cultivo la mano del labrador activo é inteligente, producirá opimos frutos de buena educación que serán el honor de la familia y la gloria de la sociedad.

2. La cuestión de autoridad en que vamos á ocuparnos, no menos que importante es delicada y aun expuesta á discusiones enfadosas, pero más bien por lo que toca á su origen y extensión, ó sea, en sus relaciones con la sociedad civil, que por lo que hace á ella misma, universalmente reconocida é indiscutible. Esta circunstancia nos permite estudiar serenamente la autoridad en su primitivo teatro, la familia, de donde tal vez podrá brotar alguna luz sobre la cuestión de sus límites con respecto al poder público. Nadie ignora que la autoridad suprema que hubo de surgir para el gobierno de las sociedades en formación, allá en los tiempos que siguieron á la edad de los patriarcas, pasó de la casa paterna á las casas consistoriales, desde luego que los jefes de las grandes tribus vinieron, por el peso mismo de las cosas, á figurar á la cabeza de

los nacientes pueblos. Y los mismos que fueron naturalmente sacerdotes, pudieron ser también supremos magistrados. Pero al fundarse las naciones no dejaron de subsistir con sus naturales prerrogativas y derechos las familias. Quedó, pues, y quedará siempre en pie, y sin mengua ni menoscabo alguno la autoridad paterna, emanación esencial y prerrogativa inalienable de la paternidad. Esto supuesto, y concretándonos á nuestro asunto, pasemos á estudiar, carísimos hermanos, en primer lugar la necesidad de la autoridad paterna para la educación, luego su empleo racional y cristiano, y finalmente sus aplicaciones principales. La materia, como veis, es de inmediata aplicación y, por lo tanto, de suma trascendencia.

I.

3. Empezaremos por definir la autoridad en general. Tomada esta palabra en su mismo origen y según la fuerza de su etimología, *autoridad* es un atributo, un poder que corresponde á todo el que es *autor*. Bien sé que la autoridad, en el sentido propio de la palabra, es algo más restringido y relativo; conviene empero derivar los conceptos de las cosas de sus primitivas fuentes para formarlos razonables y exactos. Autor es todo aquel que da libremente el ser substancial ó formal á alguna cosa. Dios, ser infinito, es el Autor por excelencia, por cuanto no sólo transforma las cosas, como el hombre, sino que saca del seno de su infinitud la substancia misma de todo cuanto existe bajo de Él y por su libre voluntad. *Ipse dixit, et facta sunt*¹. Á Dios, pues, le pertenece todo poder, toda autoridad en el grado más alto y absoluto. Y si hay algún poder, alguna autoridad sobre la tierra, ó en el cielo mismo, debe dimanar de Dios. Tal es la conclusión del apóstol San Pablo: «No hay poder sino de Dios.»² Y el mismo

¹ Ps. 32, 9.² Rom. 13, 1.

Jesucristo nos enseñó esta doctrina respondiendo á Pilatos: «Tú no tendrías poder alguno sobre mí, como juez y magistrado, si no se te hubiese dado de arriba.»¹ De arriba, pues, desciende ese rayo esplendoroso que brilla sobre la frente surcada de arrugas del padre de familia. ¡Cuán venerable es su figura, no sólo á los ojos de sus hijos, sino de todo el que le contempla á la luz de la razón y de la fe! ¿Por qué ha de tener autoridad el juez y no la habría de tener mayor el padre de familia? Aquél la tiene sobre la sociedad porque es su autor en cierto modo, manteniendo la justicia y el derecho, sin los cuales la sociedad perecería: éste la tiene sobre la familia porque le ha dado la existencia, base de todos los demás bienes. Dios que ha hecho al hombre participe de su virtud creadora, otorgándole el don de la paternidad, le da también lo que á ésta corresponde, el poder, la superioridad, el derecho de gobernar á los seres á quienes ha transmitido la naturaleza por un acto libre, personal. ¡Abajo, pues, esa absurda y repugnante doctrina de la igualdad que, introduciendo el anarquismo en el sagrado de la familia, pretende nivelar al padre con el hijo! Nivelamiento rechazado á la vez por la razón, la fe y el sentido común. «Como á señores honra y sirve á sus padres el hijo que teme á Dios», dice el Eclesiástico². ¿Cómo? ¿el hijo no ha de reconocer la superioridad de su padre? ¿por qué? ¿Acaso porque son individuos de una misma especie, padre é hijo? ¡Mezquino sofisma que confunde la igualdad de derecho con la de naturaleza! Iguales son, como hombres, el rico y el pobre, el sabio y el ignorante, el amo y el criado, el soberano y el súbdito. Pero ¡cuántas desigualdades no median entre ellos, que la razón reconoce y el sentido común de todos los pueblos acepta como elementos naturales de la sociedad bien ordenada, y sólo rechaza y trata de echar por

¹ Io. 19, 11.² Eccli. 3, 8.

tierra el desequilibrado socialismo! Sea, pues, el hijo igual al padre, en razón de seres racionales; sea mayor, si se quiere, el hijo que su padre por la inteligencia, el poder ó la riqueza, ó acaso también por la dignidad de que se halla revestido: siempre deberá reconocerse inferior por la natural relación de hijo á padre, relación que ninguna circunstancia de la vida podrá destruir ni oscurecer. José, virrey de Egipto, en el apogeo de su grandeza en la corte de Faraón, descenderá de su carroza para saludar al anciano pastor, á su padre Jacob que viene á visitarle¹. Salomón, el gran rey de Israel, se levantará de su trono para recibir á su madre Betsabé y sentarla á su derecha².

4. Existe, pues, la autoridad paterna, en lo natural, la más sagrada y venerable de la tierra. Veamos ahora sus atribuciones. Correspóndele el poder doméstico, el gobierno de los miembros de la familia de que es jefe por derecho natural, á la manera que compete al poder público la autoridad civil con todas las atribuciones necesarias para gobernar á los miembros de la sociedad. No es esto, sin embargo, atribuir al padre de familia una soberanía absoluta, como lo hacía el paganismo, ni desconocer los derechos eminentes de la sociedad perfecta sobre la imperfecta, la supremacía de la Iglesia y del Estado. El padre tiene el derecho no sólo de enseñar, sino de mandar y de hacerse obedecer. De otra suerte ¿podría haber gobierno en la familia? ¿Por ventura bastará sólo la insinuación, el consejo? Y si Dios no hubiese concedido á los padres el derecho de mandar, ¿habría impuesto á los hijos el precepto de obedecer? Terminantemente lo impone el Apóstol en nombre del supremo Legislador: «Hijos, obedeced á vuestros padres según la ley del Señor»³, y así explica el gran precepto de honrar padre y madre, que lleva anexa la promesa de la longevidad feliz. En un hogar bien

¹ Gen. 46, 29.² 3 Reg. 2, 19.³ Ephes. 6, 1.

ordenado, á la voz del padre que ordena, que dispone lo que debe hacerse, no se deja esperar la ejecución. Desgraciadamente, y por causa de errados dictámenes, si no es por natural debilidad de carácter, abundan hoy en día padres que parece no tienen conciencia de su autoridad, ó que neciamente la abdican, no atreviéndose á mandar, cuando debieran hacerlo, contentos con aconsejar como amigos. Enhorabuena que no se abuse de la autoridad, mandando á todas horas y sin motivo plausible, para no hacerla odiosa y despreciable; pero que tampoco se la arrincone como mueble inútil. No lo es en manera alguna, que por falta de ella se ven en muchos hogares los desórdenes consiguientes al desgobierno y la anarquía doméstica, desórdenes de trascendencia gravísima y por todo extremo lamentables.

5. Debe también el padre corregir y, llegado el caso necesario, á la corrección añadir el castigo más ó menos severo, aunque siempre, como dice el Apóstol, *in disciplina et correptione Domini*¹, templando, á imitación de Dios, el rigor con la bondad. Expresa y detallada es sobre este punto la enseñanza de los Libros sagrados: llenos están de ella los Proverbios. Conocidos son los siguientes pasajes: «El que no castiga á su hijo, lo aborrece; el que de veras lo ama, no lo descuida un instante.»² «El castigo y la corrección infunden sabiduría, mientras que un niño abandonado á su voluntad es la confusión de su madre.»³ «Semejante á un caballo indómito, el hijo descuidado se arrojará en el precipicio.»⁴ De acuerdo con esta doctrina hablan los Padres y Doctores de la Iglesia, á quienes han seguido los oradores sagrados y escritores ascéticos de todos los siglos. Oíd por todos á San Agustín que dice: «Con gran daño suyo experimentará un hijo la demasiada

¹ Ephes. 6, 4.² Prov. 13, 24.³ Ibid. 22, 15.⁴ Eccli. 30, 8.

lenidad de su padre, si por ella siente después la justa severidad de Dios.»¹ He aquí como peroraba un elocuente predicador francés: «¡Padres débiles é inconsiderados que lisonjeáis á vuestros hijos, en vez de corregirlos, y condescendéis con sus imprudentes deseos! Vosotros que veis sus faltas y por temor de disgustarlos cerráis los ojos y no les reprendéis, miráis sus desórdenes y teméis hacerles derramar algunas lágrimas. ¡Ah! temed no sea que algún día por justo juicio de Dios, ellos os hagan llorar amargamente por su altanería y rebelión. ¡Infortunado David! si hubieses castigado á Absalón, no le hubieras visto alzarse en armas contra ti. Por ley de justicia os veréis en la necesidad de sufrir á un hijo ingrato é insolente á quien antes sufristeis con indulgencia criminal.»²

Señalaremos también, carísimos hermanos, no como atribución sino como sello y distintivo de la autoridad paterna, aquel modo de comportarse lleno de dignidad no afectada, grave, pero sencillo y natural, serio, mas no terrorífico, tal que mantenga al hijo á cierta distancia respetuosa del padre. Es aviso saludable que da el Espíritu Santo: «Trata delicadamente á tu hijo, y llegarás á temerle: juega con él, y te entristecerá.»³

6. De lo que dejamos expuesto sobre la naturaleza y prerrogativas de la autoridad paterna, fácil es colegir su necesidad para lograr los elevados fines de la educación. Pruébanla de consuno la razón y experiencia. Dejemos la palabra al eminente Cardenal Donnet, arzobispo de Burdeos: «Deplórase la desaparición de esas antiguas y respetables costumbres, de que apenas se encuentran en derredor algunos preciosos restos. . . . Vese hoy crecer una generación entera sumida en el más incurable materialismo, que se manifiesta en la idolatría del oro y en la indiferencia

¹ In Ps. 50.² Apud Montargón, op. cit.³ Eccli. 30. 9.

por los intereses del alma y de la eternidad. . . De esto es causa sin duda la falta de la ley, pero también lo es la debilidad de la autoridad paterna. Vigilante y poderosa en las costumbres de nuestros abuelos, comunicaba á la educación una tendencia formal, disciplinada y varonil, que templaba vigorosamente las almas y aumentaba su energía. Se creyó desgraciadamente que en este imperio de la autoridad paterna todo era falso y exagerado, y se le ha casi destruído en vez de dulcificarlo.» Comparad los resultados benéficos de la autoridad, indicados por el ilustre escritor, con las funestas consecuencias de su desaparición ó ruina. Moderación, arreglo de costumbres, conducta moral y religiosa, todo eso revela que la autoridad y el respeto han presidido á la obra de la educación: disipación, locuras escandalosas, irreligión descarada, tales son los comprobantes de la debilidad moral, de la incuria de los padres de familia. Traed á la memoria la catástrofe de aquel desventurado Helí, sumo sacerdote de los judíos, ocasionada por los desórdenes de sus hijos Osní y Finées¹. Amábalos como suelen amar á sus hijos muchos padres, siendo, por lo demás, un varón justo, irreprochable, como juez y como sacerdote, no así como padre de familia. La debilidad en el gobierno de sus hijos, no disculpable siquiera por lo avanzado de su edad, le atrajo los más severos castigos del cielo. Es espejo en que debieran mirarse retratados tantos padres débiles, á quienes cupo la desgracia de tener hijos perversos. Helí no faltó enteramente al deber de reprender á los suyos por faltas gravísimas, como eran la profanación de las cosas sagradas y el escándalo que daban á todo el pueblo que acudía á ofrecer sacrificios al Señor; pero la reprobación no fué bastante seria y fué insuficiente para contener el desorden y no alcanzó á justificarle en la presencia de Dios. Contentóse con recon-

¹ 1 Reg. 2, per totum.

venir á los hijos criminales en estos suaves términos: «¿Por qué hacéis esas cosas tan malas que se dicen de vosotros en todo el pueblo? No, hijos míos, no hagáis tal, porque no es buena la fama que yo oigo de vosotros; hacéis pecar el pueblo del Señor.» Helí, dice el gran Doctor de la Iglesia San Jerónimo, debió haber degradado y arrojado del altar á aquellos indignos ministros: *Corripere eos non debuit, sed abicere*, aunque fuesen hijos suyos; eso merecían sus delitos. No tuvo valor para hacerlo, y el castigo del cielo, aunque temporal, fué espantoso: los dos hijos murieron á un tiempo en el campo de batalla. Helí cayó muerto al recibir la terrible noticia de la captura del arca, el sacerdocio se extinguió en su familia. . . ¡Qué escarmiento!

7. La falta de autoridad en los padres no puede dar otro resultado inmediato sino el desprestigio de los mismos y la consiguiente insubordinación y hasta el menosprecio por parte de hijos malnacidos. ¿Qué sucede algunas veces? Que el padre se enfurece y grita, y el hijo se mofa de su padre. No se llega de una vez á estos extremos, pero, dado un natural protervo, y descuidada la autoridad en reprimirlo á tiempo, no se hará esperar demasiado el escándalo de la desobediencia procaz. Hay todavía otros resultados más lejanos, pero de una trascendencia más funesta. El desprestigio de la autoridad doméstica prepara el terreno para el menosprecio de toda autoridad. El hijo díscolo en la casa será después muy fácilmente un revolucionario, un anarquista. Porque, como acertadamente discurre un autor contemporáneo¹, al desprecio consentido de la autoridad suele ir unido el desprecio de la ley de Dios y ese espíritu de independencia absoluta que, en lugar de la ley de subordinación, domina en muchas casas montadas según las ideas modernas. Así pues, los desórdenes callejeros, los

¹ Sardá y Salvany.

motines de la plaza suelen ser incubados en el hogar doméstico, cosa que debería llamar la atención de los mismos jefes de la sociedad. De donde venimos á concluir que en la falta de autoridad de los padres debe buscarse el origen primero, pero real, de esos avances feroces de las masas extraviadas, que, como los ocurridos en muchas capitales de Europa y América, traen justamente alarmados los ánimos de los ciudadanos y de los gobiernos¹. Pero si tan necesario es el principio de autoridad para la educación, no lo es menos el uso discreto, no discrecional, de esa noble prerrogativa concedida á los padres, como toda potestad legítima, no para destrucción sino para edificación².

II.

8. Guardémonos, carísimos hermanos, de confundir la autoridad con la dureza é intolerancia procedente del carácter fuerte, áspero é iracundo de ciertos padres de familia. La autoridad tiene su origen en la paternidad misma, no en el carácter ó índole personal del que la ejerce. Precisamente en el uso de ella debe alejarse todo lo posible el influjo de la pasión y dejar que obre exclusivamente como por derecho propio, la razón. El mal humor, los arrebatos de la ira no producen efectos saludables, sino muy contrarios á la buena educación. Porque en primer lugar, hacen brotar en el corazón del hijo pasiones semejantes, y hasta pueden engendrar el odio amargo y los deseos de venganza contra los autores de la corrección apasionada y violenta. De manera que, bien visto, nada hay más improcedente que el desfogar la pasión so pretexto de represión ó castigo. Por eso repetiremos aquí el consejo del Apóstol: «¡Oh padres! no tengáis el mal gusto

¹ En Bogotá ocurrió una asonada popular en los días 14 y siguientes de Enero de 1893.

² 2 Cor. 10, 8.

de provocar á ira á vuestros hijos, antes bien educadlos en la disciplina y reprendedlos según Dios.»¹ Como Dios no castiga por pasión sino según lo exige su justicia y, más aún, su misericordia, descargando el golpe sobre sus escogidos, ó bien para ayudarles á domar sus malos hábitos, ó para purificarlos y acrisolar sus virtudes; así los castigos de los padres á sus hijos deben proceder del afecto paternal más puro, del deseo ardiente de verlos buenos y virtuosos, y en ningún caso, de aversión, de cólera, de venganza ó precipitación. La corrección dictada por la pasión, dice San Juan Crisóstomo, no es la más apropiada para hacer que el hijo vuelva sobre sus pasos, sino para llenarlo de amargura y de rencor contra sus mismos padres². Tanto más que esos castigos ejecutados bajo el imperio de la cólera serán más de una vez injustos y casi siempre exagerados. Esa conducta no produce aquel hermoso sentimiento moral que se llama respeto, sino aquel otro de baja condición llamado temor servil. Ya lo decía el Apóstol exhortando á los padres á no ser demasiado duros con sus hijos para que éstos no se hagan pusilánimes.³ Hijos hay que tiemblan de la presencia de sus padres. ¿Estarán éstos satisfechos de haber inspirado tales sentimientos? ¿se gloriarán acaso de ser temidos como jueces y quizás como tiranos, más bien que de ser amados y respetados como padres? Y ¿qué buenos resultados puede dar ese temor servil, ese miedo infundido por un padre furibundo, implacable, sino la desconfianza, la reserva, la doblez, la hipocresía? Y estos vicios degradantes no educan, sino antes falsean y pervierten la educación. ¡Padres cristianos! antes que ser temidos de ese modo, debéis querer ser amados y apreciados de vuestros hijos. El respeto verdadero no excluye el cariño ni cierra las puertas á la confianza filial. Tanto puede pecarse en el uso de la autoridad por exceso

¹ Ephes. 6, 4.

² Apud Montargón.

³ Coloss. 3, 21.

como por defecto. Y lo peor de todo sería pecar alternativamente por ambos extremos, pasando de una severidad excesiva á una blandura imprudente, de la negación absoluta á la condescendencia omnimoda, todo por obra del amor, digo mal, del humor y por gracia del capricho. De esta suerte obran algunos padres de familia, queriendo corregir un exceso de rigor con otro exceso de blandura. Tal es el carácter de las almas débiles, irregular, voltario.

9. En el uso de la autoridad, especialmente en orden á la corrección, es necesaria, hermanos carísimos, la más exquisita prudencia. Prudencia ó discreción es la sal de todas las virtudes, la condición para que todas las acciones sean dignas de alabanza. La imprudencia hace perder á toda buena acción su mérito; por lo menos se lo aminora en gran parte y lo desluce. En ningún cargo se necesita tanto de una prudencia consumada como en los de gobierno. Y la autoridad paterna tiene por objeto el gobierno de la casa y los que la componen. ¡Cuántos daños no es capaz de producir la indiscreción de los padres en el ejercicio de su autoridad! Estudiar esta materia en todos sus pormenores sería por el momento tarea impracticable. Debo contentarme, para completar la doctrina que vengo exponiendo, con ofrecer á vuestra consideración unas pocas observaciones obvias y, si se quiere, vulgares, pero no poco importantes en la práctica. La corrección debe ser siempre justa, y el castigo con mayor razón, pues nada subleva tanto y enciende el ánimo del niño, lo mismo en casa que en la escuela, como la injusticia con que se le reprende ó castiga, y nada tampoco confunde y escuece tanto al pobre padre ó al maestro como el reconocer que ha obrado injustamente, siquiera sea por equivocación ó ligereza. Pero no sería justa la corrección si no fuese proporcionada á la naturaleza y carácter de las faltas. Las hay graves y leves, unas que se cometen con malicia, otras que son obra de lo que se llama la ligereza de la edad.

Hay además faltas habituales, verdaderos vicios de mayor ó menor gravedad, conforme á la materia, y simples defectos ó tal vez faltas graves, pero de carácter pasajero. Todas estas circunstancias es menester tener en cuenta para acertar en la reprensión ó en el castigo. Á las veces bastará una advertencia, otras la seria amonestación ó la amenaza; en último caso habrá que echar mano de la penitencia corporal. Pero adviértase con el Cardenal de la Luzerna, que el castigo, cuanto más raro sea, tanto será más eficaz. Sobre todo es preciso atender á la edad y á la índole del niño, pues no todas las edades ni todos los caracteres deben manejarse de idéntica manera. Si con los más pequeños y de condición suave basta una penitencia leve y tal vez una palabra ó una señal, no así con los de genio avieso y duro, sobre todo si con la edad van adquiriendo desenvoltura y arrogancia, gravísimos defectos que la autoridad está obligada á reprimir con mano fuerte. Sin embargo, en ningún caso hay que abrumar á los subordinados bajo el peso de la autoridad. Y siendo esto así, carísimos hermanos, y tan difícil el acierto y la prudencia, ¿dónde aprenderán los padres este arte de gobernar las almas de sus hijos sino en la escuela de toda virtud, en la oración y en el trato sobrenatural con Dios?

Veamos para terminar, algunas aplicaciones del principio de autoridad en la familia.

III.

10. Me limitaré á considerar las dos edades de la vida del hombre en que más de lleno debe ejercerse la autoridad paterna, cuales son la niñez y la juventud. Para gobernar sabiamente, y por este medio educar al niño y al joven, es de la mayor importancia estudiar los defectos á que suele inclinarse y pagar tributo una y otra edad. La pereza, la voluntariedad, la envidia, la ira y la venganza son en los niños los primeros brotes de esa savia emponzoñada

con que viene al mundo la pobre naturaleza del hombre caído. Combatir desde el principio de su aparición esas desordenadas tendencias, ayudar eficazmente al niño, débil de suyo y todavía más debilitado por el virus que trae en las venas del alma, á desarraigar esas inclinaciones que tanto le afean y descomponen, debe ser la labor fecunda de la autoridad paterna dirigida por el celo y la prudencia cristiana. Pero ¡ah! ¡cuánto dista de la teoría la práctica corriente! ¿De cuántos de esos vicios, que no defectos, de los niños no es responsable la debilidad de carácter de los padres? Y si no, decidme vosotros, que conocéis mejor que yo el terreno que pisáis, ¿no son ellos mismos quienes los toleran á sabiendas, y á las veces, por extraña aberración, los fomentan y estimulan? ¿no dan en todo y por todo la razón á los hijos, cegados sin duda por el cariño? ¿no encuentran justo el enojo de los pequeñuelos? ¿no llegan hasta el extremo de aplaudir y celebrar como gracejos, las pequeñas venganzas que toman de quienes los ofenden? Y con todo esto ¿no los hacen ellos mismos tan caprichosos y dominantes que parecen sultanes en miniatura? Hay más, y es que con injustificables preferencias excitan en el corazón de los que se sienten desdenados, la pasión de la envidia y de los celos, que no sólo los mortifica y consume, sino que puede alcanzar un espantoso desarrollo que produzca la desgracia de toda la familia. Es justo, dice San Ambrosio, que obtengan iguales favores los que por naturaleza y condición son iguales¹.

II. En cuanto á los jóvenes hijos de familia, no debe creerse que, por haber pisado ya los umbrales de la libertad, están menos obligados á someterse al yugo suave de la autoridad paterna. Lejos de eso, al atravesar el hombre la edad más peligrosa de la vida, está más necesitado que nunca de la dirección y el gobierno de los representantes

¹ S. *Ambr.*, lib. de Ios. Patr. c. 2.

de Dios sobre la tierra. ¡Pobres adolescentes imberbes que sueñan ya con los encantos ilusorios de la libertad! No saben qué vientos tan borrascosos corren por esos mundos, amenazando hundir la frágil navecilla en el mismo momento de lanzarse confiados á los mares de la vida. No es difícil descubrir las tendencias viciosas de la juventud, y cierto que de grande energía y no menos delicado tacto han menester los padres para contrarrestarlas, á fin de que el hijo no se pierda arrastrado por la corriente del siglo. El siglo, tan tolerante con el mal como intransigente con el bien, es hoy por hoy el mayor enemigo de la virtud del joven. Pero ¿quién es capaz de persuadir á éste de que el mundo es su enemigo? Sólo la voz de la fe, la voz de la conciencia, la voz autorizada de un padre cristiano en sus máximas y costumbres. El materialismo y la incredulidad son los dos horribles monstruos en cuyas garras caerá el joven inexperto, si la piedad y la educación no lo salvan. Aquí, pues, es donde ha de apurar todo su celo y sus cuidados la vigilante autoridad paterna. Salvada la juventud, está salvo el honor de la familia y asegurado el porvenir de la sociedad.

SEXTA CONFERENCIA.

La libertad: su concurso en la educación.

I. Hemos visto, hermanos carísimos, de cuánto peso es el principio de autoridad para la obra magna de la educación. Hoy os invito á considerar cuánto influye en ella otro principio, al parecer antitético, el de la libertad. En las obras de Dios, así en las que se desarrollan en el orden de la naturaleza, como en las que pertenecen al de la gracia, jamás nos cansaremos de admirar la armoniosa economía. Así, concretándonos al orden moral, que participa de entrambos y es la más elevada de las esferas del

con que viene al mundo la pobre naturaleza del hombre caído. Combatir desde el principio de su aparición esas desordenadas tendencias, ayudar eficazmente al niño, débil de suyo y todavía más debilitado por el virus que trae en las venas del alma, á desarraigar esas inclinaciones que tanto le afean y descomponen, debe ser la labor fecunda de la autoridad paterna dirigida por el celo y la prudencia cristiana. Pero ¡ah! ¡cuánto dista de la teoría la práctica corriente! ¿De cuántos de esos vicios, que no defectos, de los niños no es responsable la debilidad de carácter de los padres? Y si no, decidme vosotros, que conocéis mejor que yo el terreno que pisáis, ¿no son ellos mismos quienes los toleran á sabiendas, y á las veces, por extraña aberración, los fomentan y estimulan? ¿no dan en todo y por todo la razón á los hijos, cegados sin duda por el cariño? ¿no encuentran justo el enojo de los pequeñuelos? ¿no llegan hasta el extremo de aplaudir y celebrar como gracejos, las pequeñas venganzas que toman de quienes los ofenden? Y con todo esto ¿no los hacen ellos mismos tan caprichosos y dominantes que parecen sultanes en miniatura? Hay más, y es que con injustificables preferencias excitan en el corazón de los que se sienten desdenados, la pasión de la envidia y de los celos, que no sólo los mortifica y consume, sino que puede alcanzar un espantoso desarrollo que produzca la desgracia de toda la familia. Es justo, dice San Ambrosio, que obtengan iguales favores los que por naturaleza y condición son iguales¹.

II. En cuanto á los jóvenes hijos de familia, no debe creerse que, por haber pisado ya los umbrales de la libertad, están menos obligados á someterse al yugo suave de la autoridad paterna. Lejos de eso, al atravesar el hombre la edad más peligrosa de la vida, está más necesitado que nunca de la dirección y el gobierno de los representantes

¹ S. *Ambr.*, lib. de Ios. Patr. c. 2.

de Dios sobre la tierra. ¡Pobres adolescentes imberbes que sueñan ya con los encantos ilusorios de la libertad! No saben qué vientos tan borrascosos corren por esos mundos, amenazando hundir la frágil navecilla en el mismo momento de lanzarse confiados á los mares de la vida. No es difícil descubrir las tendencias viciosas de la juventud, y cierto que de grande energía y no menos delicado tacto han menester los padres para contrarrestarlas, á fin de que el hijo no se pierda arrastrado por la corriente del siglo. El siglo, tan tolerante con el mal como intransigente con el bien, es hoy por hoy el mayor enemigo de la virtud del joven. Pero ¿quién es capaz de persuadir á éste de que el mundo es su enemigo? Sólo la voz de la fe, la voz de la conciencia, la voz autorizada de un padre cristiano en sus máximas y costumbres. El materialismo y la incredulidad son los dos horribles monstruos en cuyas garras caerá el joven inexperto, si la piedad y la educación no lo salvan. Aquí, pues, es donde ha de apurar todo su celo y sus cuidados la vigilante autoridad paterna. Salvada la juventud, está salvo el honor de la familia y asegurado el porvenir de la sociedad.

SEXTA CONFERENCIA.

La libertad: su concurso en la educación.

I. Hemos visto, hermanos carísimos, de cuánto peso es el principio de autoridad para la obra magna de la educación. Hoy os invito á considerar cuánto influye en ella otro principio, al parecer antitético, el de la libertad. En las obras de Dios, así en las que se desarrollan en el orden de la naturaleza, como en las que pertenecen al de la gracia, jamás nos cansaremos de admirar la armoniosa economía. Así, concretándonos al orden moral, que participa de entrambos y es la más elevada de las esferas del

ser humano, nada hay tan maravilloso como la correlación de estas dos grandes fuerzas, cuyo equilibrio lo mantiene, la autoridad y la libertad. Al parecer estas fuerzas, como dotadas de tendencias contrarias, la una de expansión, la otra de restricción, se resuelven en la destrucción, convergen á la nada; y es precisamente lo opuesto: no hay fuerzas más convergentes á un punto real y positivo, cual es el mantenimiento del orden moral. Dos electricidades de nombre contrario, al reunirse estallan produciendo la luz y el calor, poderosos elementos de vida. Así la autoridad y la libertad, combinadas en la voluntad humana, producen el acto moral, el bien, la perfección. No es, pues, la autoridad como algunos se figuran, forjando de ella un fantasma aterrador, enemiga y destructora de la libertad, ídolo de los humanos corazones. Para convencernos de ello bastaría reflexionar en que Dios, la primera autoridad, la autoridad absoluta, y que, como tal, nos impone una ley eterna, inquebrantable, nos ha dotado al mismo tiempo del precioso don de la libertad, siendo Él mismo libre y libérrimo para crearnos y conservarnos la existencia, y, lo que parece más admirable, respeta Él mismo en nosotros la libertad que nos ha dado, como lo da á entender aquella maravillosa frase de la Escritura, según los intérpretes más respetables: *Cum magna reverentia disponis nos* — «Con gran reverencia nos gobiernas.»¹

2. Tratándose, pues, de una obra eminentemente moral como es la educación, ¿cómo podría faltar este elemento perfeccionador, complementario de la autoridad, la libertad humana? No temáis, sin embargo, que por exagerar su importancia vayamos á falsear, por decirlo así, los cimientos de una obra que descansa esencialmente sobre la base de la autoridad paterna, y más todavía sobre la roca de la autoridad divina, ensanchando demasiado, con ciertas

¹ Sap. 12, 18.

escuelas, los derechos y el alcance de aquélla. No, porque esto sería desvirtuarla. Defenderemos sí la necesidad de su concurso, pero señalaremos también sus naturales fronteras, y, en el terreno de la práctica, indicaremos algunos puntos en que debe restringirse. Hoy que tanto y tan acaloradamente se debaten las cuestiones sobre la libertad, dado que siempre haya tenido importancia esta materia en las escuelas católicas, filosóficas y teológicas, el asunto de la presente conferencia no puede menos de interesar vivamente á todos los que se preocupan por el bien de la sociedad, pero principalmente á los padres de familia.

I.

3. Empecemos por sentar la verdadera noción de la libertad humana según la sana filosofía y la doctrina infalible de la Iglesia. ¿Qué es, pues, la libertad? ¿con qué objeto ha hecho Dios este rico presente á su criatura racional? Preciso es darse cuenta exacta de estas cuestiones para estimar en lo mucho que vale este don precioso y poder medir también su inmensa responsabilidad, según la sentencia evangélica: «Á quien mucho se le ha dado, mucho se le exigirá.»¹ La libertad —entiéndase la libertad moral— no es el derecho que presume tener el hombre de hacer todo cuanto le place, sea bueno ó malo moralmente, conforme ó contrario á la ley, porque tal derecho sería contradictorio y absurdo. Lo malo dejaría de ser tal desde el momento que el hombre tuviese el derecho de hacerlo. La libertad verdadera, legítima, que ennoblece al ser racional y le sublima sobre los irracionales, acercándole á Dios, es la facultad de elegir el bien por propio impulso, ó sea, de hacerlo por propia elección, no por fuerza física exterior ó impulso interno irresistible. Y no es ni ha podido ser otro el objeto con que el soberano Autor de la natu-

¹ Luc. 12, 48.

raleza ha dotado al hombre de esta prerrogativa, que es, por otra parte, consiguiente á la posesión de la razón. Porque, en efecto, razonando se conoce el bien, éste se propone á la voluntad, la solicita porque es su objeto natural, mas no siendo el bien absoluto y supremo, no la atrae con fuerza irresistible; puede, pues, la voluntad rechazarlo, pero lo abraza y lo hace suyo por su propia actividad, dejando otros bienes relativos, que también pudiera abrazar, pero rechaza. He aquí en lo que consiste el libre albedrío, en amar el bien sin coacción ni violencia, siguiendo, eso sí, las luces del propio arbitrio ó juicio, y siendo dueño ó árbitro de sus propias determinaciones. No piensa de este modo la bárbara escuela llamada del *determinismo*, que nos hace esclavos de no sé qué fatalidad ó fuerza invisible situada fuera de nosotros, de la que somos juguetes inconscientes. Así rebajan estas modernas doctrinas la dignidad humana, así le quitan al hombre todo el mérito, si es virtuoso, y lo despojan del demérito, si es vicioso ó criminal. Juzgad del influjo de estas ideas, que se nos venden por lo más elevado de la ciencia, en orden á la educación, lo mismo que en orden á la moralidad.

4. Mas prosigamos nuestro análisis de la libertad. Así considerada, que es como debe considerarse únicamente, la libertad es la aureola de gloria que ciñe la frente del rey de la creación sensible, colocándole á infinita distancia del reino animal contra las bajas pretensiones de ciertos naturalistas descastados. Mientras que el sentido, esto es, la percepción puramente orgánica de los cuerpos y sus cualidades, fascina al bruto, y el apetito ó inclinación sensitiva lo arrastra de un modo fatal, irresistible, haciendo de la bestia un miserable esclavo del placer ó una víctima del dolor físico, la razón, luz superior que conoce el bien honesto ó útil, descubre á la voluntad su noble objeto, convidándola á apoderarse de él para perfeccionarse, no

seduciéndola ni ejerciendo sobre ella ningún linaje de violencia, y ella, con actitud de reina y en uso de su soberanía, lo abraza ó lo rechaza como le place. Tal modo de obrar, carísimos hermanos, en la prosecución del fin, es digno de seres superiores, como los que poseen la inteligencia, entre los cuales, aunque en la última serie, figura el hombre, á pesar de las pasiones ó fuerzas animales y ciegas que procuran degradarle de su elevada posición. Pero esta misma circunstancia que da á la voluntad humana un carácter militante, bien considerada, lejos de apocar, agranda el mérito de la libertad, siempre que la hace triunfar de la fuerza del apetito en favor de la virtud. ¡La virtud! ¡ésta es la verdadera nobleza del hombre, la corona de la libertad! No consiste la virtud precisamente en obrar bien, sino en triunfar del mal, empleando la fuerza moral (*virtus*) para hacer el bien *libremente*. El tierno infante, incapaz de traspasar la ley, obrando bien por necesidad, no puede llamarse virtuoso, ni merece el laurel que corona la virtud. En él sólo pueden ser coronadas las victorias de Cristo, que le atribuye sus merecimientos. Virtuoso hasta el heroísmo es el varón de que habla con entusiasmo el escritor sagrado «que pudo ser transgresor y no lo fué, obrar mal y no lo hizo»¹. Con razón exclama: *¿Quis est hic et laudabimus eum?* — «¿Quién es éste, y lo alabaremos? Este tal ha obrado maravillas.»²

5. Para quien se ha formado el verdadero concepto de la libertad es evidente la necesidad de que se la convoque á tomar parte en la obra de la educación tratándose de formar por medio de ella un ser humano para la virtud. Si la virtud en el hombre no puede concebirse sin el concurso de la libertad, ¿cómo podrá concebirse tampoco sin él la educación? La labor de ésta consiste en ir desarrollando gradualmente en el espíritu y el corazón del niño

¹ Eccli. 31, 10.

² Ibid. 31, 9.

los preciosos gérmenes que allí depositaron la naturaleza y la gracia, para llegar á formar al hombre, al varón perfecto moralmente, según el modelo del hombre nuevo en Jesucristo. Y ¿podría llevarse á cabo la empresa de realizar este bello ideal de perfección, manejando al niño como autómatas? ¿podría impulsársele en determinada dirección como una máquina? No por cierto, y en este sentido no cabe entender la disciplina, que debe ser siempre racional. Dos cosas parecen igualmente necesarias en la educación: valerse de la libertad del niño para manejarlo suavemente, y enseñarle á que se gobierne él mismo y sepa ordenar su vida por el buen uso de su libertad. Para conseguir lo primero hay que hacerle comprender, desde el momento que sea capaz de ello, que suele serlo aun antes de que alboree la razón, el porqué de lo que se le manda que, en definitiva, no puede ser sino el bien del mismo á quien con tanto afán se le procura, el bien no siempre aparente y agradable, sino verdadero, que es el único móvil de la autoridad paterna, ya sea en la disposición de las cosas, ya en la corrección y el castigo necesario de las faltas. Así se logrará que el niño, venciendo sus naturales repugnancias, quiera lo que se le ordena, encuentre placer en guardar el orden y en cumplir con sus deberes, obedezca con amor, no con tortura ni por miedo que apoca y envilece, entrando él mismo, como obrero inteligente y útil, á labrar su propia perfección. ¿No os parece, carísimos hermanos, que éste y no otro es el camino racional que debe seguir la educación? ¡Oh! ¡y cuánto no se facilitaría con este método el trabajo, así del que la da como del que la recibe! Educar de esta manera sería una deliciosa ocupación, más deleitable que la del artista que modela una hermosa estatua de héroe ó pinta en el lienzo un rostro de ángel. Y ya se ve que por este camino se llegaría á obtener el segundo resultado, el de mayor trascendencia, como es que el niño se forme

la verdadera noción del bien obrar, para llevarla de guía de su conducta durante toda su peregrinación por esta tierra de luchas y de triunfos. Larga y penosa campaña se le espera, y es preciso armarle para el combate y prevenirle para la victoria. Adiestrándole á usar bien de su libre albedrío desde los primeros vacilantes pasos de la vida, aprenderá á luchar, á vencerse á sí mismo, hará que triunfe la virtud sobre las flaquezas de la porción inferior de nuestro ser, que sólo halaga para esclavizar. Y oponiéndose á la corriente devastadora del siglo, se declarará partidario, no de una libertad mentida y corruptora, de la libertad de perdición, que decía León XIII, sino de aquella que la Escritura llama «libertad de los hijos de Dios»¹, que es la verdadera libertad cristiana.

6. De esta manera se llegará á alcanzar el *desideratum* de la educación, la formación del *carácter*. Obra es ésta á que deben concurrir juntamente la naturaleza y el arte, la religión y la moral, la escuela y el hogar doméstico; pero no cabe duda de que las bases fundamentales, dado un terreno adecuado, debe ponerlas la primera educación, la que tiene por obrero al padre de familia. Desde la misma infancia debe empezar esta obra maestra, ya que desde entonces puede malearse el carácter del hombre, ó bien, por la impericia ó el descuido, puede hacerse imposible más tarde su formación, debilitadas ó destruidas las primeras energías del espíritu. ¿Quién no ha oído el clamor público de la parte sana de la sociedad, que se lamenta de la falta general de hombres de carácter? ¿quién no conoce los esfuerzos que se están haciendo en este sentido de algún tiempo á esta parte en las escuelas oficiales? Laudables ciertamente son todos los medios que se empleen para remediar esta falta, que es la anemia de la sociedad presente; pero ineficaz será su aplicación si

¹ Rom. 8, 21.

no se acierta con el verdadero método de formar el carácter, que es la dirección sabia y prudente de la libertad. Porque, hermanos carísimos, el carácter no se imprime con la presión como el sello de la moneda, como la inscripción sobre el bronce; el carácter es obra de la razón ilustrada y de la libre voluntad bien dirigida. El carácter no se impone, es lo más personal que puede concebirse, es la espontaneidad del ser moral. De otro modo sería careta postiza, no fisonomía genuina del individuo. Lejos de contribuir á formar lo, la presión lo destruye falseándolo, porque es necesario enderezar, no torcer; pulir, no gastar; edificar, no destruir. El carácter, aunque basado en principios fijos, invariables en sí mismos, varía hasta lo infinito, como los individuos de la especie humana. Y aunque lleva en su concepto la nota de la fortaleza, no por eso se crea que excluye aquella suavidad, tan distinta de la debilidad, que consiste en mover con eficacia, pero sin dureza, ganando á los hombres por el corazón. Éste es el tipo de los más bellos caracteres, como el de aquel celeberrimo maestro de espíritu, el dulcísimo San Francisco de Sales; y su fórmula, recogida cual precioso legado por la benemérita Sociedad Salesiana, obra de otro carácter semejante, Don Juan Bosco, se compendia en las palabras siguientes: «Todo por amor, nada por fuerza.» ¡Gran lección pedagógica que debieran recoger y aplicar todos los padres de familia! Esa sola fórmula vale por un tratado de pedagogía.

II.

7. Conste, pues, que la libertad humana, aun en el niño, es un derecho sagrado que la misma autoridad paterna debe respetar, y un resorte de primera fuerza que debe aprovechar la educación. Mas no se crea, sin embargo, que este derecho se extiende tanto en el niño y aun en el adolescente, como en el hombre ya formado y

en pleno goce de sus facultades intelectuales y morales. Y la razón se encuentra en esa misma diferencia de condiciones individuales. El hombre puede ver por sí solo las razones de las cosas, sin otro riesgo de engañarse que el inherente á la debilidad humana; puede, por lo tanto, moverse libremente y obrar por propio impulso. El niño todavía á media luz, atadas aún las manos y los pies por inexperiencia de la vida, necesita del auxilio de otras luces, del apoyo de otra mano que lo conduzca, que lo aparte del precipicio y lo detenga á veces al borde del abismo. He ahí porque debe coartarse al niño, y aun al joven, en muchos casos, el ejercicio de su libertad. He ahí por qué la Providencia, que vela por la conservación y la felicidad de sus criaturas, ha establecido la patria potestad, y, en defecto de ésta, otros poderes que sepan reemplazarla. No puede abandonarse al niño á merced de su albedrío. Sería una crueldad criminal dejarle la libertad de perecer. . . . ¡Y ésa es, no obstante, la crueldad de ciertos padres! No comprendiendo los verdaderos intereses de sus hijos, ó no calculando la trascendencia de ciertos hábitos prematuros que nada tienen de virtuosos, aunque en los niños los excuse la falta de malicia, permitenles hacer cuanto les dicta el capricho, dejándolos entregados al ciego impulso de natural veleidad. Ellos se figuran que con la edad se corregirán por sí mismos, pero ¡cuánto se engañan! «¿Qué hacéis, ¡oh padres! con disimular sus defectos?» exclama un orador sagrado: «no hacéis más que dar pábulo á un fuego que se enciende, formar corazones que, acostumbrados á vivir bajo el imperio de sus pasiones todavía débiles, las verán fortificarse con la edad hasta llegar á tal punto de malicia que nada pueda contenerles.» Deberían reflexionar seriamente todos los padres y mentores de la niñez en el peligro inminente y seguro á que expone á los niños el exceso de libertad. Cierto que en ninguna otra edad corre el hombre tanto riesgo de perderse. Y se perderá

infaliblemente si la autoridad, que le sirve de salvaguardia, no previene los peligros coartándole prudentemente la libertad de ver, oír y discurrir por dondequiera. La libertad, se ha dicho hablando de la libertad política, es para los pueblos adultos que saben gobernarse. La tierna edad necesita de tutores, no puede emanciparse.

8. Éste es el lugar de llamar la atención de los padres de familia sobre la necesidad, y por consiguiente, el deber de vigilar á sus hijos cuidadosamente. Si todo hombre debe vigilar sobre sí mismo para no caer en tentación, el que lleva sobre su conciencia la responsabilidad de otras almas, ¿cómo no redoblará su vigilancia? Mas ¡ay! ¡qué pocos son los padres vigilantes! ¡qué poco escrupulosos se muestran en este particular! Y sin embargo, la vigilancia de los jefes de familia debe extenderse no sólo á todas las acciones, sino á las inclinaciones que empiezan á manifestarse, á las palabras y, si es posible, á los pensamientos é íntimos deseos. De todo tienen que imponerse los padres para poder dirigir ó corregir, esto es, para educar á su prole. ¡Con qué cuidado no se examina la calidad del terreno en que se va á depositar el grano, la clase de frutos para que es más apropiado, las buenas ó malas condiciones que le rodean á fin de aprovechar las unas y ver de remediar las otras! La vigilancia paterna tiene por objeto alejar del niño todo cuanto pudiera perjudicarlo moralmente, como serían las ocasiones de incurrir en ciertas faltas, de contraer ciertos defectos tal vez irremediables, de adquirir ciertos conocimientos fatales á la inocencia y sólo buenos para corromper el corazón. Nada tan funesto como conocer el mal en una edad en que el hombre no sabe defenderse de sus atractivos, que es lo mismo que conocerlo cuanto basta para amarlo, no cuanto fuera menester para aborrecerlo y preservarse de su venenoso contagio. Por eso es tan lamentable en los niños la pérdida prematura de la inocencia, acompañada de aquella malicia

que, como á nuestros primeros padres, les hace abrir los ojos á ciertos misterios de corrupción, antes que puedan comprender el daño inmenso que acarrea el desorden. Difícil, casi imposible parece conservar el día de hoy la inocencia del corazón de los niños, atendida la libertad escandalosa introducida en las públicas costumbres: algo, no obstante, acaso mucho podría conseguir en este punto una vigilancia más asidua, más severa de parte de los padres, ayudada, eso sí, de la piedad cristiana fomentada con el uso de las prácticas religiosas y la frecuencia de los sacramentos. Pero ¿cuántos son los padres que dan la importancia debida á estos medios de educación?

III.

9. Señalemos ahora, carísimos hermanos, algunas aplicaciones más necesarias de la vigilancia de los padres sobre la conducta de sus hijos. Y sea primera, las compañías que frecuentan. ¿Quién no ve que sería preciso arrancar, aunque fuese haciendo un esfuerzo supremo y exponiendo la vida, á un hijo cogido entre las garras del lobo que se cubriese con piel de oveja para despedazarlo y devorarlo? Y, mirando las cosas por su verdadero aspecto, y juzgando con criterio razonable y cristiano, ¿no es verdad que no hace menos daño al joven inexperto la compañía de una persona licenciosa que se le vende por amigo? Un amigo verdadero es un tesoro de inestimable precio, dice el Espíritu Santo¹; un amigo virtuoso podría ser un auxiliar excelente de la educación, y lo fueron, en efecto, amigos como San Basilio y San Gregorio Nacianceno, y tantos otros que registran las historias eclesiásticas y profanas. Pero ¿son éstos los amigos que suele dar el mundo? ¿son éstos los que suele buscar y hallar la juventud? ¡Ah! bien lo sabéis; la amistad que se regula por las leyes mundanas,

¹ Eccli. 25, 12.

que son las que priman en la sociedad, no es sino ocasión de grandes ruinas, ruinas de la conciencia, del honor, de la fortuna y hasta de la fe. Oíd las sentencias dictadas por el Espíritu Santo: «El amigo de los necios se hará tan necio como ellos.»¹ «El hombre malo adula á su amigo para llevarlo por los caminos de la perdición.»² «La amistad de este mundo es enemiga de Dios, y el que quisiere ser amigo de este siglo, tendrá á Dios por enemigo.»³ Duras parecen estas expresiones, pero son la verdad que nos advierte con cuánta discreción es preciso proceder en materia tan peligrosa como las amistades. Y si para todos lo son, hasta para los hombres maduros, ¿qué será para los jóvenes? ¿qué para los niños? ¿no son los malos amigos los que mutuamente se pervierten y corrompen? ¿Cuáles suelen ser sus conversaciones íntimas? ¿cuáles sus costumbres? Y ¿qué decir de la mayor parte de los círculos sociales que más viva atracción ejercen sobre la juventud ávida de nuevas y fuertes impresiones? ¿qué de los centros de diversión y de placer, qué de las reuniones que forma la ociosidad y domina la licencia? ¿Qué pensar, en fin, de los falsos amigos que sólo saben lisonjear el orgullo ó fomentar otras pasiones más viles? ¡Ay del joven incauto que llegue á caer en sus perversas redes! Jamás será sobrada la vigilancia de los padres sobre este delicado punto de las compañías de sus hijos, del cual depende el éxito ó la ruina de la educación. ¡Qué lástima ver destruído en pocos días, por obra de un falso amigo, el trabajo de muchos años, burladas las esperanzas, frustrados los desvelos y fatigas! ¡Qué lágrimas no cuesta al pobre agricultor la pérdida de su rica sementera talada en una noche por el diente del voraz acridio!

10. Más peligrosas aún que las relaciones con los amigos son las relaciones que suelen trabarse con los libros, buenos

¹ Prov. 13, 20.

² Ibid. 16, 29.

³ Iacob. 4, 4.

ó malos amigos también, según las ideas y sentimientos que inspire su lectura. Aficionados á leer suelen ser los jóvenes, y aun los niños, y no sólo los que frecuentan las escuelas, sino los de cualquier clase y condición, como no sean analfabetos, y aun éstos procuran oír á los que leen. ¡Cuánta ventaja no pudiera sacar la educación de esta natural inclinación de los niños á la lectura! ¡Oh, si todos los padres de familia tuvieran el cuidado de poner buenos y amenos libros en manos de sus hijos! Mas ¿de qué serviría esto mismo si no alejasen de ellos con exquisita vigilancia los libros venenosos que por todas partes circulan, y los papeles ú hojas volantes que se introducen en las casas por las rendijas de las puertas? ¿Consentirán los buenos padres, por una falsa idea de libertad, más bien que por descuido, que lean sus hijos todo cuanto quieran, bueno ó malo, que se imbuya su espíritu de doctrinas erróneas, ya que no sean impías y antisociales, y se corrompa su corazón con infames pasiones atizadas por lecturas inmorales y obscenas? Increíble se hace este modo de pensar y obrar de los nativos obreros de la educación. No me detendré, carísimos hermanos, á exponer los peligros, que nadie puede desconocer, de semejantes lecturas inmorales ó impías, y aun de las que sin serlo descaradamente, y tal vez con apariencia de morales é instructivas, propinan el veneno del vicio en copas de oro, esto es, con la exquisita elegancia del lenguaje, la variedad de los argumentos, el interés de las escenas que pintan y todos los demás artificios de una literatura seductora. Tales son los libros que hacen el encanto de la juventud, y que, según la sensata opinión de un escritor antiguo, son historias que enseñan á pecar: *peccare docentes historiae*. Pero no puedo menos de llamar vuestra atención á otro género de obras más perjudiciales, porque, tratando de asuntos de doctrina religiosa y filosófica, con criterio racionalista y anticatólico, llegan á lo vivo de las creencias,

á lo más delicado del alma cristiana que es la fe, exponiendo á los lectores imprudentes al grave peligro de perderla. Oíd á un sabio obispo escribiendo sobre esta materia: «Tales lecturas no dejan otra cosa que un cúmulo de dudas y errores que debilitan la fuerza moral religiosa. . . . El error tiene un peso enorme que destruye y aniquila la razón. ¡Desgraciado el que voluntariamente se somete á su imperio! El lector inconsciente y temerario de semejantes escritos no es, como presume serlo, un espíritu independiente en sus juicios, es un esclavo encadenado al juicio caprichoso del escritor. No tiene el criterio suficientemente ilustrado para juzgar al autor y aceptarlo ó condenarlo. Léese por lo general sin detenimiento siquiera, nada se examina, ni se quiere buscar la fuente y origen de cosa alguna. En resumen, tales lectores no son más que páginas ambulantes de infimos y miserables escritores, cuyas ideas reflejan á medias.» ¿Pueden tales lecturas contribuir de modo alguno á perfeccionar la educación? ¿no son más bien elementos destructores? ¿qué luz, qué vigor pueden dar al espíritu, qué libertad al corazón?

II. Resumamos, carísimos hermanos, las ideas expuestas. La libertad, don precioso del Criador y sello de la dignidad del hombre, debe entrar como factor importante en la obra de la educación. La autoridad no está en pugna con la libertad ni la destruye. Al contrario, enseña al niño á valerse de ella para labrar su perfección moral, que consiste en dirigirse libremente al bien y, con esta condición, llegar á poseerlo. Es preciso, sin embargo, coartar prudentemente la libertad física del niño para poner á salvo su libertad moral, amenazada por la inexperiencia de la vida. La vigilancia paterna es luz que dirige los primeros pasos del hombre, apartándolo del precipicio, y freno saludable que contiene el ímpetu de su actividad, no moderada todavía por la razón, para que no se lance por sendas extraviadas. He ahí todo.

SÉPTIMA CONFERENCIA.

El sujeto de la educación.

I. Después de bien considerado, hermanos carísimos, el poderoso y casi decisivo influjo que en la educación ejercen los grandes resortes de que Dios ha dotado á la paternidad, al sacerdocio doméstico, la autoridad templada por la prudencia y el amor, ¿qué falta sino contemplar con delicia el cuadro risueño de una familia venturosa donde el fruto de la paciente y sabia labor, ya sazonado y maduro en las virtudes de la prole, forma el encanto y la felicidad de los dueños del hogar? ¡Qué espectáculo efectivamente más encantador que el de una familia cristiana bien organizada! No forman propiamente la belleza de ese cuadro la riqueza acumulada por el trabajo y las comodidades que la acompañan, todo lo cual podría á lo más servirle de lujoso marco, ni la brillante profusión de adornos exteriores, que no igualan en valor á los primores de virtudes domésticas que adornan aquella corona de almas escogidas. La hermosura de una casa modelo, de una casa labrada por la mano de la educación, resplandece en la armonía y el concierto de todas sus partes, en el aura de felicidad indefinible que allí se respira, independiente de la abundancia de bienes materiales, en aquel como reflejo de cielo de que allí se disfruta, mejor dijéramos, en la bendición de Dios que allí se siente, como premio merecido por una conducta basada sobre el temor del Señor, según la sentencia del Profeta: *Ecce sic benedicetur homo qui timet Dominum*¹. Recordad una vez más la pintura sencilla pero viva que traza la divina Escritura de la felicidad de un hogar bien concertado por la educación. En torno de la mesa paterna

¹ Ps. 127, 4.

á lo más delicado del alma cristiana que es la fe, exponiendo á los lectores imprudentes al grave peligro de perderla. Oíd á un sabio obispo escribiendo sobre esta materia: «Tales lecturas no dejan otra cosa que un cúmulo de dudas y errores que debilitan la fuerza moral religiosa. . . . El error tiene un peso enorme que destruye y aniquila la razón. ¡Desgraciado el que voluntariamente se somete á su imperio! El lector inconsciente y temerario de semejantes escritos no es, como presume serlo, un espíritu independiente en sus juicios, es un esclavo encadenado al juicio caprichoso del escritor. No tiene el criterio suficientemente ilustrado para juzgar al autor y aceptarlo ó condenarlo. Léese por lo general sin detenimiento siquiera, nada se examina, ni se quiere buscar la fuente y origen de cosa alguna. En resumen, tales lectores no son más que páginas ambulantes de infimos y miserables escritores, cuyas ideas reflejan á medias.» ¿Pueden tales lecturas contribuir de modo alguno á perfeccionar la educación? ¿no son más bien elementos destructores? ¿qué luz, qué vigor pueden dar al espíritu, qué libertad al corazón?

II. Resumamos, carísimos hermanos, las ideas expuestas. La libertad, don precioso del Criador y sello de la dignidad del hombre, debe entrar como factor importante en la obra de la educación. La autoridad no está en pugna con la libertad ni la destruye. Al contrario, enseña al niño á valerse de ella para labrar su perfección moral, que consiste en dirigirse libremente al bien y, con esta condición, llegar á poseerlo. Es preciso, sin embargo, coartar prudentemente la libertad física del niño para poner á salvo su libertad moral, amenazada por la inexperiencia de la vida. La vigilancia paterna es luz que dirige los primeros pasos del hombre, apartándolo del precipicio, y freno saludable que contiene el ímpetu de su actividad, no moderada todavía por la razón, para que no se lance por sendas extraviadas. He ahí todo.

SÉPTIMA CONFERENCIA.

El sujeto de la educación.

I. Después de bien considerado, hermanos carísimos, el poderoso y casi decisivo influjo que en la educación ejercen los grandes resortes de que Dios ha dotado á la paternidad, al sacerdocio doméstico, la autoridad templada por la prudencia y el amor, ¿qué falta sino contemplar con delicia el cuadro risueño de una familia venturosa donde el fruto de la paciente y sabia labor, ya sazonado y maduro en las virtudes de la prole, forma el encanto y la felicidad de los dueños del hogar? ¡Qué espectáculo efectivamente más encantador que el de una familia cristiana bien organizada! No forman propiamente la belleza de ese cuadro la riqueza acumulada por el trabajo y las comodidades que la acompañan, todo lo cual podría á lo más servirle de lujoso marco, ni la brillante profusión de adornos exteriores, que no igualan en valor á los primores de virtudes domésticas que adornan aquella corona de almas escogidas. La hermosura de una casa modelo, de una casa labrada por la mano de la educación, resplandece en la armonía y el concierto de todas sus partes, en el aura de felicidad indefinible que allí se respira, independiente de la abundancia de bienes materiales, en aquel como reflejo de cielo de que allí se disfruta, mejor dijéramos, en la bendición de Dios que allí se siente, como premio merecido por una conducta basada sobre el temor del Señor, según la sentencia del Profeta: *Ecce sic benedicetur homo qui timet Dominum*¹. Recordad una vez más la pintura sencilla pero viva que traza la divina Escritura de la felicidad de un hogar bien concertado por la educación. En torno de la mesa paterna

¹ Ps. 127, 4.

levántanse los hijos como retoños de oliva que anuncian en su lozanía la bendición del Criador; la esposa, semejante á una vid cargada de racimos, regala abundantemente á su esposo y á sus hijos. Tales se nos figuran aquellas venturosas familias patriarcales, en que, á falta de otros elementos de cultura, de que goza nuestra edad, reinaban la sencillez, la alegría del corazón, la unión íntima y el temor de Dios. Tales se nos ofrecen aun hoy día aquellas no muy numerosas familias en que la consagración y el ejemplo de los padres conservan florecientes las virtudes cristianas, que les legaron, como la más rica herencia, sus antepasados. En cambio, ¡qué triste espectáculo el que ofrecen á los ojos del moralista tantas casas del día, aun de esas, dice un conocido escritor católico¹, que se apellidan, no sabemos por qué, cristianas! ¿Cuántas de esas hallaréis dignas del elevado carácter de iglesias domésticas que les señala la religión, así como á los padres honra con los atributos de un cierto sacerdocio?

2. Volviendo á aquellas otras que con fruición de nuestra alma contemplábamos, justo es hacer notar que no todo el mérito pertenece allí á los padres, porque también han puesto su contingente en esa obra las buenas condiciones de los hijos, más aún, su inteligente y libre actividad. En efecto, como ya lo hemos visto en la primera conferencia, el hijo es un factor no sólo importante en esta obra, sino necesario, de tal suerte que ella no podrá llevarse á cabo sin su cooperación. El hombre no se educa si no sabe aprovechar los esfuerzos del celo paternal. Para este objeto debe poner en juego los dos sentimientos que caracterizan al buen hijo, el amor y la docilidad: debe amar y obedecer. Detengámonos hoy, carísimos hermanos, á reflexionar sobre el influjo de estas dos virtudes filiales en la educación, y de esta suerte

¹ *Sardá y Salvany, Oúpsc.*

completaremos nuestras ideas sobre la materia que venimos estudiando. Esa consideración deberá despertar nuestro celo para promover en los niños el cumplimiento de los deberes religiosos y morales que les impone el Decálogo.

I.

3. Veamos cómo nace y se desarrolla el amor filial: la naturaleza lo hace brotar como por instinto, la religión lo desarrolla y perfecciona. Es un grito de la naturaleza y un grito de la fe. Hubo una filosofía bastarda, la del siglo XVIII, que pretendió aflojar también los lazos de la piedad filial, como había tratado de romper los de la religión, hallando justo que el hijo se deshiciera de los vínculos del amor y de la sumisión de su padre desde el momento en que pudiera pasarlo bien sin los cuidados paternos. ¿Qué otras doctrinas podría profesar el materialismo ateo? Negándole á Dios el amor ¿por qué se lo concedería á los padres? Felizmente para la humanidad, tan escandalosas doctrinas no pudieron aclimatarse en ningún país civilizado y cristiano. Toda alma honrada las ha rechazado cargándolas con la execración que se merecen. El benignísimo Autor de nuestra naturaleza ha dispuesto que los hijos se sintieran unidos á los autores de sus días con lazo tan estrecho y nudo tan apretado, que ninguna fuerza de sofisma pudiera romperlo, y es porque el amor es un sentimiento anterior á todo razonamiento. Este sentimiento no puede ser jamás juguete de los caprichos de una voluntad depravada. Tan profundamente lo ha grabado el Hacedor en el corazón humano que no parece posible se borre de él enteramente aun en el último grado de la depravación, ¿Qué mucho, si las mismas fieras sienten la necesidad de amar á sus padres, y los aman á la manera que pueden hacerlo? ¿Sería el hombre más fiera que las fieras? Con razón dice un moderno escritor, que sólo el trastorno y la degradación del hombre por el pecado

original, pudo hacer necesario que el Señor le impusiera el precepto de amar á su padre y á su madre¹. Y yo añado que sólo ese trastorno profundo y radical obrado en la naturaleza humana por aquel desorden primitivo, puede explicar la monstruosa conducta de los hijos, aun en los pueblos infieles y entre los bárbaros, que sustituyen al amor el odio, al agradecimiento la ingratitud para los que les dieron el ser. Monstruo es el nombre que conviene al hijo que no ama á sus padres, porque monstruo se llama el ser que no se conforma con las leyes de su naturaleza.

4. Viene luego la voz de la razón á fortificar en el corazón del niño, llegado ya al uso de ella, el sentimiento del amor filial que le infundió la naturaleza. Y aquí podría y debería entrar también la acción de la educación, cuya labor abraza el desarrollo de los buenos sentimientos naturales. Fiel á este deber, el anciano Tobías, modelo de padres virtuosos como de varones sufridos, creyéndose cercano á la muerte, habla así á su hijo: «Acuérdate de cuántos y cuán graves peligros corrió por ti tu pobre madre cuando te llevaba en su seno.»² No se necesitaba más que este recuerdo para obligar á un hijo bien nacido á honrar á su madre todos los días de su vida. Pues ¿no sería necesario haber perdido toda sensibilidad, ser de bronce ó mármol, para olvidar las fatigas y penalidades y riesgos de la vida de una madre durante la gestación y en el alumbramiento, y después, todo aquel mar de ternura y de cuidados, día y noche, junto á la cuna del niño? Y ¿cómo echar en olvido tampoco la solicitud y los trabajos de un buen padre? ¿cómo pagar sus días de amargura, sus desvelos y sudores? No retornar amor proporcionado á tanto amor sería verdadera monstruosidad insultante á la naturaleza, sería una provocación á la

¹ Ojea y Márquez, Ley de amor, t. I. ² Tob. 4, 4.

venganza del cielo. ¡Benditas reflexiones las que se hace un buen hijo discurriendo consigo á solas, guiado por la luz de la razón! «¿No son mis padres los autores de mi ser? ¿no es á ellos á quienes debo, después de Dios, cuanto tengo y cuanto soy? ¿No me aman ellos como ningún otro puede amarme en el mundo? ¿no piensan en mí á todas horas, á cada momento? ¿no se desviven, no enferman trabajando por mí? ¿no me procuran toda clase de bienes, sin perdonar sacrificio alguno porque yo sea feliz? ¡Ah! ¡cómo no he de querer mucho á los padres de mi alma! ¡Cómo no los he de querer más que á ninguno, fuera de mi Padre celestial! ¡Qué ingrato, qué malo sería yo si así no los amase!» Hijo que así discurre más ó menos explícitamente, que así piensa y siente, es materia apta y dispuesta para recibir la forma más perfecta que quiera imprimirle el artífice de su educación. ¡Cuánto importa fomentar estos hermosos y nobles sentimientos!

5. Á ello contribuye por modo maravilloso y eficaz sobre manera la religión que le habla por boca de sus ministros y le inculca á todas horas el solemne mandamiento del Decálogo: *Honora patrem et matrem*—«Honra á padre y madre», que así lo manda Dios — *Deus dixit*¹, ratificado no menos solemnemente por el soberano Legislador, Jesucristo. Así es como la religión les enseña á honrar y venerar á aquellos á quienes el corazón le dicta amar. El amor deja de ser entonces un sentimiento puramente natural, pasando á ser una virtud de orden sobrenatural y divino. La piedad cristiana santifica y realza todo sentimiento noble y justo inspirado por la naturaleza. Así tiene que suceder siendo uno mismo el Autor de la naturaleza y de la gracia: ésta concluye y perfecciona lo que aquélla empieza. Observad, carísimos hermanos, cómo

¹ Matth. 15, 3, 4.

consagra la religión el amor filial, elevándolo casi á la altura del amor de Dios. En efecto, al ordenarnos Dios que le demos á Él mismo el nombre de Padre, nos da claramente á entender en qué grado de estima y afecto debemos tener á nuestros padres naturales. Identificándose en el nombre con ellos, parece hacerles partícipes de sus derechos, y quiere asemejar nuestros sentimientos hacia Él, con los que á ellos les debemos. Mándanos amarlos y honrarlos como á Él, de suerte que como Él se digna ser nuestro primer Padre, así los hace á ellos nuestra segunda divinidad. Ya hubo en lo antiguo quien apellidara á los padres *dioses terrenos*¹, *dioses visibles*², y el Catecismo romano los llama «Imágenes del Padre celestial». Y el valiente apologista Tertuliano dijo en su enérgico lenguaje: «Si hay impiedad en deshonrar á Dios, también hay una especie de sacrilegio en deshonrar al padre ó á la madre, porque ellos son las *imágenes* más propias de Dios, sus *delegados* más inmediatos, sus *lugartenientes* más queridos³. Así es sin duda, porque todos los bienes principales se los debemos, después de Dios, á nuestros padres, y, por medio de éstos, se los debemos á Dios. No puede sublimarse más el deber natural y religioso del amor filial. ¡Feliz el niño educado en la escuela de la religión! Pero no menos felices los padres partidarios de esta escuela. No lo son muchos, tal vez la mayor parte de los padres del día, llevados de no sé qué prevenciones infundadas contra lo que ellos llaman exageración de instrucción religiosa, como si en esto no anduviera siempre corta y escasa la enseñanza, temerosos de que el influjo de los sentimientos religiosos les haga menos tiernos y afectuosos á los hijos. ¡Qué ilusión! ¿Dónde se han visto hijos más buenos y amorosos para con sus padres que los hijos empapados en el espíritu de la verdadera piedad?

¹ Filón.² Platón.³ Apud Ojea y Márquez, op. cit.

¡Cuántos ejemplos de esta verdad no podrían aducirse! Pero ¿no lo está mostrando claramente la experiencia diaria? ¿Cuál es el comportamiento ordinario de los niños educados en escuelas indiferentes ó laicas, fuera del suave ambiente de la religión? «¡Oh dolor!» exclama el escritor católico antes citado, «¿qué es lo que continuamente vemos entre nosotros? Apenas si acertamos á distinguir quiénes son los padres y quiénes los hijos. . . Ésta es la educación moderna, ésto es lo que se acostumbra y se enseña, tratar á los padres de igual á igual. Pero eso es poco: encuéntranse en nuestras sociedades hijos tan audaces, altivos y perversos que se sobreponen á los que les dieron el ser, y les mandan y los injurian y los humillan, aun delante de las gentes.» Y aun pudiera recargarse con más subidos colores este afrentoso cuadro.

6. Muy de otro modo se maneja el hijo formado en el temor de Dios. Porque siguiendo las ideas religiosas, como segura guía y faro luminoso del deber, llega el niño á comprender no sólo que debe amar, sino cuál es el carácter y la extensión del amor á sus padres. Verdad importantísima en el curso de la vida y para los altos fines de la educación. Así como el amor del hombre á Dios, antes que afectivo debe ser apreciativo, primero racional que sensible, porque tal es el carácter del verdadero amor digno del hombre y conforme á la naturaleza del objeto amado, así también el amor filial, imitación de aquél, no debe limitarse á solas demostraciones de un cariño afectuoso que tiene demasiado de sensible, y que, si puede bastar á la edad de la infancia en que duerme la razón, no es ciertamente el que conviene á los años del desarrollo racional. Amar al padre, como Dios manda, ¿será sólo abrazarse á sus rodillas, rodear su cuello, estrecharle y dejarse estrechar entre sus brazos, pagarle con besos y caricias los mimos que de él recibe? ¿será este amor de hijo que ya discurre á padre que enseña á discurrir? Bella es

ciertamente la figura de Tobías el joven abrazando y dando tiernos ósculos á su anciano padre y llorando de alegría al regresar á su casa; pero ¿fué eso solamente lo que hizo aquel buen hijo para demostrar su amor al padre ciego? ¿No se apresuró á aplicarle la hiel milagrosa? ¿no le curó él mismo con sus manos? ¿no le devolvió la vista? ¿no se arrodilló junto con él para dar gracias al Dios de bondad?¹ «Si me amáis», dice el Señor, «guardad mis mandamientos.»² Si el hijo ama de veras, comprende muy bien que debe hacer suya la voluntad de su padre aun á costa de vencimiento y privaciones, comprende que debe procurar complacerle y no desagradarle jamás, que debe mirar por la honra de su nombre, disimulando, cuanto le sea posible, las sombras y manchas que pudieran empañarle, contribuyendo él mismo con una conducta decorosa á realzar el brillo del nombre paterno, lejos de envilecerlo y deshonrarlo con acciones degradantes. Tal es el verdadero significado del amor filial entendido lógicamente y cristianamente. Esto es honrar al padre como manda el Eclesiástico: *ex toto corde tuo*—de todo corazón³. En cuanto á la extensión, basta decir que, conforme á la enseñanza divina, abraza las obras, las palabras y hasta el sufrimiento⁴. Sí, hasta el sufrimiento: *Cum omni patientia*; porque, si el padre tiene mucho en que ejercitar la paciencia por parte de los hijos, también éstos, á su vez, pueden y suelen tener no poco que sufrir de parte de aquel, que al cabo y por bueno que sea, es hombre y no carece de defectos. Pero el amor virtuoso y sobrenatural todo lo lleva como leve carga, no ve las imperfecciones sino las buenas cualidades de los que le dieron la existencia, complácese en la aureola de estimación que les rodea, en los bienes de que por ventura disfrutan,

¹ Tob. 11, 11 et sqq.

² Io. 14, 15.

³ Eccli. 7, 29.

⁴ Ibid. 3, 9.

en las virtudes y talentos que les atribuye. Éste es el hijo sabio de quien dicen los sagrados Libros, que alegra á su padre, y á veces le sirve de lección con su cordura¹.

7. Desde que el amor discreto y generoso ha llegado á enseñorearse del corazón del hijo, la educación ha conquistado su más poderoso auxiliar. Grandes son las dificultades que ofrece la formación del corazón del hombre para la virtud; pero el amor, así del hijo como del padre, es capaz de vencerlas todas. El amor hace agradables y fecundas las lecciones paternas, como hace grata al pedagogo la ruda tarea de enseñar. Todo maestro experimentado empieza por ganarse la voluntad de sus discípulos, seguro de que así le escucharán más atentos, se consagrarán más de veras al estudio y coronarán sus esfuerzos con lucido aprovechamiento. Preceptor que no inspira entusiasmo, no sacará buenos discípulos. Hijo que no ama á su padre, no saldrá bien educado. Hay más, y es que el gobierno, elemento principal de la educación, debe ser suave, en lo posible, no rígido y austero; pero esta suavidad depende principalmente del amor del que gobierna y del que es gobernado. El inferior que ama más bien que teme al superior, comprende que éste no busca en sus disposiciones otra cosa que el bien de aquél, y entonces no ve en la autoridad un yugo ni en la obediencia un fardo insoportable. Así miradas las cosas, todo marcha admirablemente y el resultado es seguro. Y ¿podrá el niño de corta edad mirar las cosas de este modo? Sí, por cierto, con tal que desde muy temprano se fomente en su corazón el sentimiento natural y cristiano del amor filial. No menos importante que éste es la docilidad en los niños, disposición que consideramos indispensable en el sujeto de la educación.

¹ Prov. 10, 1; 13, 1.

8. Menester es, carísimos hermanos, que el hombre se *deje enseñar*, si ha de llegar á aprender algo, y esto quiere decir *docilidad*, como si dijéramos ductilidad para ser enseñado. La docilidad exige primero oír, escuchar, y luego seguir y obedecer. El hijo debe por ley natural y por expreso mandamiento de Dios, oír la enseñanza de su padre, atender á su voz y aprender la ciencia de la vida: «Hijos», dicen los Proverbios, «escuchad la disciplina de vuestro padre, y atended para que sepáis ser prudentes.»¹ El precepto de la docilidad está incluido en el de la obediencia, tan inculcado á los hijos en las páginas de uno y otro Testamento. Bueno es tener presentes algunas de esas admirables sentencias, llenas de sabiduría, y que son para nosotros preceptos inviolables. El Eclesiástico dice: «El que teme al Señor servirá como á señores á los que le engendraron.»² Para el hijo temeroso de Dios los padres son amos y él siervo que los oye y obedece ciegamente. «Oíd», dice el mismo, «la sentencia del padre, para que seáis salvos.» El apóstol San Pablo intima repetidas veces este mandamiento: «Obedeced, hijos, á vuestros padres en todas las cosas, que esto es agradable en el Señor.»³ No señala límites á la obediencia—*per omnia*—, porque, en efecto, no debe tener otros que los de la obediencia á otra autoridad suprema á la cual los padres mismos deben obedecer, la de Dios promulgada claramente por la ley y la conciencia. Y para dar fuerza superior al precepto de la obediencia advierte que es de justicia: *Hoc enim justum est*⁴. Nada, en realidad, más justo y razonable, según el sentido común de todos los hombres, y, para nuestro propósito, digo que ninguna virtud más necesaria en el niño, que la obediencia para el efecto de la buena educación.

¹ Prov. 4, 1.² Eccli. 3, 8.³ Col. 3, 20.⁴ Eph. 6, 1.

9. Á la verdad, el niño no tiene otra guía natural que la mano de su padre. Irá por donde ella le lleve, á menos de oponerle una insensata resistencia. ¡Qué grupo más bello que el de un padre que lleva de la mano á su pequeñuelo! Imposible parece que el niño, guiado todavía por el instinto natural, que no por libre impulso, pueda oponerse al movimiento recibido de su padre. Tan contraria á la naturaleza, y por lo mismo tan mal vista es la desobediencia en el niño. Y sin embargo, nada más común que el espectáculo de niños desobedientes á sus padres. Á éstos es á quienes el lenguaje corriente apellida *malcriados*. Y con razón, porque muy mal se cría el niño que va creciendo con ese hábito de insubordinación y voluntariedad que, robustecido por la edad, le hará incapaz de educación. No se concibe educación sin obediencia, y ésta debe empezar desde la misma infancia, puesto que desde la cuna parece que viene apoderándose del corazón del hombre la pasión de hacer triunfar su propia voluntad sobre todas las demás, fatal legado de la desobediencia primitiva. ¿Por qué consentir en los párvulos esos primeros arranques de rebeldía que van formando en ellos unos hábitos tan perniciosos? ¿por qué no reprimirlos con mayor energía de la que se usa comúnmente en nuestros hogares? ¡Ah! por no contristar al niño á quien se adora como un ídolo, por no darle un momento de disgusto que le sería tan útil y aun tan necesario desde el punto de vista de la educación. Pero ¿no se recuerda que se perdió la humanidad entera con todas sus esperanzas de felicidad, por efecto de una desobediencia cometida en la infancia del género humano? Pues estad ciertos, hermanos carísimos, que otras mil veces se habrá de repetir esa lastimosa escena de la perdición del hombre por la desobediencia del niño. ¡Cuántas esperanzas burladas! ¡Cuánta felicidad perdida! y perdida irremediamente. Porque, lo repito, un hijo desobediente y protervo es refractario á la educación. Habría

que rendirlo primero como á una fortaleza enemiga, para abrirse la entrada á su inteligencia y á su corazón ya maleado. Pero, por difícil que sea esta empresa, no la creemos del todo imposible, á lo menos si para realizarla se recurre á los medios de orden sobrenatural que posee la sociedad cristiana. Más prudente sería valerse de estos medios, aparte de las demás industrias del amor y de la autoridad doméstica para prevenir el mal, formando á los niños, desde la más tierna edad, en el hábito de la cristiana obediencia. Para esto nada puede haber tan eficaz como la imagen de Jesús Niño, obediente y sumiso á los que quiso tener por padres en el modesto hogar de Nazaret. ¿Por qué los niños cristianos, discípulos natos de la escuela de Jesucristo, no han de tener siempre á la vista este divino y encantador modelo? ¿Por qué los padres, cristianos también, aunque no siempre lo parezcan, no se lo han de hacer presente á sus hijos, y no han de valerse de la eficacia admirable que encierra? ¡Ah! ¿será tal vez por falta de espíritu francamente religioso?

10. Y ese ejemplar divino de Jesús obediente valdría también, y con no menor eficacia, para los adolescentes y aun para los hijos ya crecidos, pero que no han abandonado la sombra del techo paternal. Porque Jesús permaneció á la obediencia de sus padres hasta la edad de treinta años, hasta dar principio á su tarea de Maestro y Redentor. Y á los jóvenes no les es menos necesaria que á los niños la obediencia, por más que hayan salido de las aulas del colegio para dar principio á su carrera en el mundo, mientras permanezcan al abrigo de la patria potestad. ¡Ah! nunca más que entonces es útil y necesario obedecer á los que ocupan, en calidad de legados, el lugar de Dios. ¿Cuándo se ve el hombre expuesto á mayores peligros de perderse? ¿cuándo ejercen sobre su corazón más poder las seducciones exteriores, ni mayor fiereza tienen los combates interiores que le agitan, que al atravesar

esa edad borrascosa de la vida? Y ¿no será la obediencia el más seguro abrigo y como puerto de salvación en medio de esas furiosas tempestades? ¿No será la autoridad paterna, respetada y obedecida, la que lo pondrá á cubierto de mil riesgos y asechanzas, amparando la debilidad del joven y supliendo su inexperiencia del mundo? Ella terminará la educación comenzada en el hogar y continuada en la escuela para volver á completarse y recibir la última mano de la misma que puso al hombre en el camino de la rectitud. No se crea, pues, que está todo hecho al concluir la primera educación, la de la niñez; después de ella viene la segunda, más importante y quizás más delicada que la primera, coronamiento de toda una obra de largos años y fatigas. Aquí todavía tiene su lugar la obediencia. Óiganlo bien esos adolescentes ilusos que, apenas llegados á los umbrales de la juventud, se creen señores absolutos de sus actos, soñando con sacudir todo yugo doméstico y gozar de una libertad que todavía no les conviene ni les pertenece de derecho. Hasta en una edad mucho más adelantada, cuando ya la ley declara al hombre capaz de gobernarse por sí, *sui iuris*, el hijo bien aconsejado y prudente no sabe apartarse de la dirección de sus padres, sobre todo en los actos más trascendentales de la vida, cual es, por ejemplo, la elección de estado, negocio en que ciertamente no debe intervenir ninguna autoridad humana.

11. En conclusión diremos á los padres de familia que nada les interesa tanto para obtener el resultado á que dirigen sus esfuerzos, la educación, como mantener á toda costa en sus hijos el espíritu de obediencia y docilidad, medio sin el cual fracasarían infaliblemente todos los demás. Para ello no contentos con hacerles comprender las ventajas y la necesidad de esa virtud, les pondrán también á la vista los castigos espantosos de la desobediencia y las magníficas recompensas prometidas por Dios mismo á la

piedad filial. ¡Qué cuadro tan conmovedor y tan capaz de impresionar provechosamente á los niños, el de aquel desventurado príncipe é hijo desnaturalizado de David, el gallardo Absalón, suspendido de una encina por sus largos y hermosos cabellos, pagando con su cabeza, por disposición del cielo, el negro crimen de rebelión contra su padre! Y en cuanto á los premios y recompensas prometidas al buen hijo, ¿qué más puede decirse que lo dicho por San Pablo en tres palabras: «En todo te irá bien» — *Ut bene sit tibi*¹, bien en tus negocios, en tu cuerpo y en tu alma, en tu persona y en la de tus hijos, en el tiempo, en la eternidad? ¿Qué mayor tesoro que la bendición del padre, acompañada de las bendiciones del cielo, con la cual no sólo se otorga á los hijos la longevidad, sino también se asegura larga duración á las familias? Halagados con recompensas tan espléndidas, los hijos serán dóciles, obedientes y amorosos, prestando así su contingente á la obra de su propia felicidad, la educación.

OCTAVA CONFERENCIA.

El magisterio, auxiliar de la educación.

1. Si todos los padres de familia estuviesen en capacidad de proporcionar á sus hijos todos los elementos que exige la labor educativa, seguramente no tendrían necesidad de buscar auxiliares fuera de su casa, y su obra llenaría el ideal de la educación. Pero ¿es esto posible, dadas las circunstancias ordinarias de la vida y, particularmente, las condiciones de la vida moderna? ¿Tienen todos, ó siquiera la mayor parte de ellos, el tiempo disponible y el genio y los talentos y luces necesarias para desempeñar tan alta como ardua y delicada función? Preciso es reconocer que

¹ Eph. 6, 3.

no sólo el tiempo sino la capacidad les falta á muchos padres de familia para dar á sus hijos no sólo la instrucción literaria y científica, sino aun la religiosa y moral. Claro está que la mayor parte de ellos, por mucha ilustración que posean, no han emprendido la carrera de maestros, y, por lo demás, si supieron sembrar en el corazón del niño, durante la primera edad, la buena simiente de los principios morales y religiosos, quizás no serían los más aptos para comunicarle, al apuntar la adolescencia, ideas religiosas de un orden más elevado, como las exige nuestro siglo, y hábitos de moralidad más acendrada. Sea, pues, por efecto de la posición social, sea por ocupaciones que les absorben la vida entera ó por otras causas diferentes, es lo cierto que la mayor parte de los padres que no quieren ver privados á sus hijos del tesoro de una educación completa, se ven forzados—á las veces con gran pena—á privarse ellos mismos del placer de guardarlos en su casa, para confiarlos á manos extrañas, no sin recelo, por más tranquilidad que les inspire la aptitud de los preceptores y el crédito del establecimiento. Nos encontramos, pues, carísimos hermanos, con la necesidad del magisterio profesional, fuente secundaria sí, pero importantísima, no sólo de instrucción sino también de educación pública y privada. Grande es la importancia de esos gimnasios ó planteles donde ejercita y desenvuelve sus fuerzas mentales la porción más selecta y afortunada de la juventud. Por lo mismo debemos dedicarle seriamente nuestra atención. Á propósito de colegios escribe un diligente observador de las costumbres sociales tan mal paradas en nuestros tiempos: «Por suerte ha dispuesto la Providencia se alzasen á cada paso casas de buena y cristiana educación, casas en que padres y madres de orden sobrenatural desempeñan con los hijos el espinoso cargo de educadores, que tan mal comprenden y tan detestablemente practican muchos padres y madres según la naturaleza, casas de educación

piedad filial. ¡Qué cuadro tan conmovedor y tan capaz de impresionar provechosamente á los niños, el de aquel desventurado príncipe é hijo desnaturalizado de David, el gallardo Absalón, suspendido de una encina por sus largos y hermosos cabellos, pagando con su cabeza, por disposición del cielo, el negro crimen de rebelión contra su padre! Y en cuanto á los premios y recompensas prometidas al buen hijo, ¿qué más puede decirse que lo dicho por San Pablo en tres palabras: «En todo te irá bien» — *Ut bene sit tibi*¹, bien en tus negocios, en tu cuerpo y en tu alma, en tu persona y en la de tus hijos, en el tiempo, en la eternidad? ¿Qué mayor tesoro que la bendición del padre, acompañada de las bendiciones del cielo, con la cual no sólo se otorga á los hijos la longevidad, sino también se asegura larga duración á las familias? Halagados con recompensas tan espléndidas, los hijos serán dóciles, obedientes y amorosos, prestando así su contingente á la obra de su propia felicidad, la educación.

OCTAVA CONFERENCIA.

El magisterio, auxiliar de la educación.

1. Si todos los padres de familia estuviesen en capacidad de proporcionar á sus hijos todos los elementos que exige la labor educativa, seguramente no tendrían necesidad de buscar auxiliares fuera de su casa, y su obra llenaría el ideal de la educación. Pero ¿es esto posible, dadas las circunstancias ordinarias de la vida y, particularmente, las condiciones de la vida moderna? ¿Tienen todos, ó siquiera la mayor parte de ellos, el tiempo disponible y el genio y los talentos y luces necesarias para desempeñar tan alta como ardua y delicada función? Preciso es reconocer que

¹ Eph. 6, 3.

no sólo el tiempo sino la capacidad les falta á muchos padres de familia para dar á sus hijos no sólo la instrucción literaria y científica, sino aun la religiosa y moral. Claro está que la mayor parte de ellos, por mucha ilustración que posean, no han emprendido la carrera de maestros, y, por lo demás, si supieron sembrar en el corazón del niño, durante la primera edad, la buena simiente de los principios morales y religiosos, quizás no serían los más aptos para comunicarle, al apuntar la adolescencia, ideas religiosas de un orden más elevado, como las exige nuestro siglo, y hábitos de moralidad más acendrada. Sea, pues, por efecto de la posición social, sea por ocupaciones que les absorben la vida entera ó por otras causas diferentes, es lo cierto que la mayor parte de los padres que no quieren ver privados á sus hijos del tesoro de una educación completa, se ven forzados—á las veces con gran pena—á privarse ellos mismos del placer de guardarlos en su casa, para confiarlos á manos extrañas, no sin recelo, por más tranquilidad que les inspire la aptitud de los preceptores y el crédito del establecimiento. Nos encontramos, pues, carísimos hermanos, con la necesidad del magisterio profesional, fuente secundaria sí, pero importantísima, no sólo de instrucción sino también de educación pública y privada. Grande es la importancia de esos gimnasios ó planteles donde ejercita y desenvuelve sus fuerzas mentales la porción más selecta y afortunada de la juventud. Por lo mismo debemos dedicarle seriamente nuestra atención. Á propósito de colegios escribe un diligente observador de las costumbres sociales tan mal paradas en nuestros tiempos: «Por suerte ha dispuesto la Providencia se alzasen á cada paso casas de buena y cristiana educación, casas en que padres y madres de orden sobrenatural desempeñan con los hijos el espinoso cargo de educadores, que tan mal comprenden y tan detestablemente practican muchos padres y madres según la naturaleza, casas de educación

que es triste deban existir, porque para un niño el mejor colegio debiera ser la propia familia, pero que es utilísimo, es forzoso que existan. . . »¹ Mucho bien, según esto, está llamado á hacer el magisterio, pero también pudiera causar incalculables males al hombre, á la familia y á la sociedad. Grave responsabilidad pesa sobre él, y la historia de los últimos siglos se ha levantado ya para exigirselo. Asunto es éste, como veis, de la más vasta trascendencia.

I.
2. Empecemos por reconocer la *dignidad* del magisterio, y sírvannos de guía para discurrir con acierto, la antigüedad, la razón y la religión.

Tan grande fué el aprecio que del magisterio hicieron los antiguos, griegos y romanos, que no se desdeñaron de ejercerlo por sí mismos, en ciertas circunstancias, los más elevados personajes. Catón el Censor, según refiere Plutarco, aunque tenía en su propia casa al gramático Quilón, diestro y consumado profesor de literatura, quiso tomar á su cargo la enseñanza de su hijo, y es digna de notarse la razón que alegaba para hacerlo: «Por no privar á un senador romano del grande honor de dar educación á su hijo»². El emperador mismo Octavio Augusto, como atestigua el historiador Suetonio, no tuvo sonrojo de enseñar las primeras letras á sus nietos, siguiendo en esto las antiguas costumbres. El gran Cicerón no considera indigno de la respetable ancianidad el empleo de enseñar y educar á los jóvenes, porque ¿cuál otro cargo, dice, puede darse más ilustre?³ Bien conocidos son los sentimientos de Filipo, rey de Macedonia, el cual escribe á Aristóteles manifestándole su satisfacción de poder confiar á tan insigne maestro la educación de aquel hijo que había

¹ *Sardá y Salvany*, Propaganda catól. 4.

² *Plut.*, in Vita Caton. ³ *Cic.*, De senect.

de dominar el mundo, Alejandro Magno. Por desgracia, andando el tiempo, empezaron á figurar en el magisterio los libertos, gentes de condición servil y mercenarios, y la instrucción degeneró en superficial, con lo que vino á caer en el desprecio la noble profesión de pedagogo. La educación, convertida en negocio, se envilece en todas partes. Pero oigamos qué nos dice la razón.

3. Á los ojos de ésta, el magisterio es lo que decía Cicerón, el cargo más ilustre. Porque nada puede ser más digno y respetable en género de ministerio, que aquel que tan de lleno participa así de las prerrogativas como de las funciones de la paternidad. El maestro no debe considerarse como mero sustituto ó lugarteniente del padre en la santa y delicada labor de la formación moral del niño, para lo cual ha de consagrar tal vez años enteros y todas las energías de su ser, siendo por lo tanto muy justo que entre á la parte en los derechos de aquél; debe mirársele como verdadero padre del espíritu, porque engendra en la inteligencia y en el corazón del discípulo la verdad y la virtud. Así lo reconocieron los más ilustrados paganos. Juvenal dice: «Se ha querido que el preceptor esté en lugar del padre.»¹ Y Aristóteles llega á dar la preferencia á los maestros sobre los mismos padres, considerando más elevada la paternidad que trasmite la virtud y la felicidad que aquella que no da más que la existencia². Acaso parecerá á alguno exagerado é inexacto este modo de pensar del gran filósofo; no obstante, todo bien pensado, ¿de qué serviría la existencia sin algún grado siquiera de educación? ¿de qué la vida sumida en el embrutecimiento de la ignorancia y del vicio? Para ser un hombre malo y perverso, y por ende infeliz y réprobo como Judas, ¿no valdría más no haber nacido? Luego no sin razón un

¹ *Qui preceptorem sancti voluere parentis esse loco* (Iuv. Sat. 7).

² *Laert.* lib. 5.

emperador cristiano, Basilio, entre otros consejos, daba éste á su hijo León: «Si debes respetar á los que la naturaleza te dió por padres, mucho más debes hacerlo á los que te infundieron el espíritu de Dios por medio de la sana doctrina.» Aquí se echa de ver que se trata de la educación verdaderamente cristiana que infunde en el alma no una ciencia cualquiera sino la ciencia de Dios, la sabiduría que gobierna toda la vida temporal y enseña á conquistar la eterna, y al mismo tiempo enriquece la humana voluntad no con solas virtudes naturales y cívicas, sino con aquellas otras superiores que germinan al influjo de la gracia del Espíritu Santo. Y claro está que una educación de este género vale infinitamente más que todos los bienes de orden natural, inclusa la existencia. Pues bien, carísimos hermanos, de esta educación tratamos, no de otra de inferior valía, y en este terreno consideramos al maestro. Y ¿por qué no? ¿por ventura no es cristiano él, y cristianos los niños que se educan, cristianos sus padres, y la escuela cristiana también? ¿Por qué, pues, hemos de contentarnos con menos que con la que podríamos llamar *la alta escuela* de educación? ¿por qué se ha de limitar la tarea del preceptor católico á formar de sus alumnos buenos ciudadanos, hombres de bien, pudiendo hacer de ellos buenos cristianos, católicos perfectos? Comprendo que no son éstos los ideales acariciados el día de hoy por la mayoría de los maestros ni de los padres de familia, porque no sigue ya esas corrientes puras y hermosas la gran masa de la sociedad contemporánea; pero nosotros que conservamos íntegras nuestras doctrinas y ciframos en ellas la esperanza de restauración religiosa y moral de la sociedad, ¿no pugnaremos también por realizar el ideal de la educación cristiana?

4. Sigamos empero, hermanos carísimos, escuchando la voz de la razón. Ella nos dice que nada puede haber más sublime que imitar al Criador cuando dijo: *Fiat lux*—

«Hágase la luz»¹, lo cual hace el hombre á su manera alumbrando una inteligencia sumida en la oscuridad de la ignorancia; que nada acerca tanto al hombre á la divinidad como impartir á las almas hambrientas el pan de la verdad y dar leche de vida espiritual á los pequeñuelos. Títulos son éstos de inmensa gloria para el magisterio, que nos obligan á confesar que tiene algo y mucho de divino. En efecto, nada hay más alto, entre las cosas naturales que la sabiduría ó el saber en su más amplia acepción, como quiera que no hay entre las facultades humanas otra más eminente que la razón, por cuya virtud domina el hombre á todas las criaturas inferiores. Bien pudiéramos decir que es al espíritu la sabiduría lo que el sol para los ojos corporales. Y como el sol impera en el universo no sólo por su claridad sino por su hermosura y fecundidad infinita, así reina y campea la sabiduría sobre todos los bienes de la tierra, no sólo corporales sino espirituales, resplandeciendo y fecundando el mundo de las almas. «Tesoro infinito, inagotable es la sabiduría», dice el Espíritu Santo²; «es mejor que cuanto puede darse de rico y preciosísimo»³. Consagrarse, pues, al servicio de esta reina, ¿no será empresa gloriosísima? Y ¿no lo será también dilatar su imperio por el mundo? Y si es noble el ejercicio de aprender, ¿cuánto más lo será el de enseñar? Y ¿quién es el primer maestro, *el que enseña al hombre la ciencia*, antes que cualquier otro pueda hacerlo, sino Dios?⁴ ¿No es de Dios de quien escribe el apóstol Santiago: «Que es la luz y el Padre de las luces, en quien no hay menguas ni sombras, que se complace en derramar la sabiduría sobre todos los que se la piden»?⁵ ¡Qué gloria, pues, no será, dice el Doctor de la Iglesia San Cipriano, hacerse en esto semejante á Dios! ¡Qué felicidad tan grande la de poseer un

¹ Gen. 1, 3.² Sap. 7, 14.³ Prov. 8, 11.⁴ Ps. 93, 10.⁵ Iac. 1, 5. 17.

título por donde pueda el hombre merecer alabanzas divinas! Finalmente es propio de la bondad ser comunicativa de sí, de donde nace que la ciencia verdadera no es avara sino generosa, tanto más cuanto que en vez de disminuirse aumenta y se enriquece, en lo cual descubre otro rasgo de su semejanza con Dios.

5. De lo dicho se deduce cuán acorde está la religión con los dictámenes de la razón y el veredicto de la historia ensalzando la dignidad del magisterio. En el concepto cristiano enseñar es una obra de misericordia, y de las más valiosas y de mayor merecimiento entre las espirituales. Cristo nuestro Señor se dignó apropiarse de tal suerte el título de *Maestro*, que parece haberlo preferido á cualquier otro. En efecto, fuera del de Redentor ¿cuál otro designaba más exactamente su misión divina? «Maestro bueno» le apellidaban los jóvenes acercándose gustosos á su escuela para recibir sus lecciones, base de vida y bienaventuranza eterna¹. Maestro enviado por Dios, llamábanle por doquiera las gentes: *Scimus quia a Deo venisti magister*². Maestro, *Rabbi*, le decían los mismos maestros de la ciencia sagrada en Israel³; y el mismo Jesús concluyó por llamarse «Maestro único» — *Magister vester unus est*, de quien todos, unidos con los vínculos de la fraternidad, debían ser discípulos⁴. Ahí tenéis la primera escuela de la Iglesia, donde Jesucristo es el maestro, y todos los hombres los discípulos. De allí aprendió la Esposa de Cristo ese cariño y estimación tan grande que ha profesado siempre al magisterio. Los apóstoles del cristianismo, ¿qué fueron sino maestros del género humano? Sus cátedras eclipsaron y echaron por tierra las de los más sabios filósofos del Oriente, Grecia y Roma. Y ¿qué sus Padres y Doctores? Los más ingeniosos y profundos pensadores que

¹ Marc. 10, 17.

² Io. 3, 2.

³ Ibid. passim.

⁴ Matth. 23, 8.

hubo sobre la tierra, que á torrentes derramaron sobre ella los tesoros de la sabiduría. Mas no sólo en este sentido general ha brillado siempre el magisterio en la Iglesia, cuyas sedes episcopales fueron y se llamaron *Cátedras*, desde la Romana, ocupada por el Vicario de Jesucristo, hasta la última erigida en medio de pueblos salvajes; también desempeñaron funciones de maestros, en el sentido riguroso de la palabra, en diferentes épocas, algunos de sus grandes hombres, verdaderas lumbreras del saber humano, cuando así lo exigieron las necesidades de la sociedad. Bastará citar por todos á dos grandes y santísimos doctores, honor del cristianismo, San Gregorio Nacianceno y San Jerónimo. El primero abatió, por decirlo así, el vuelo de sabio filósofo y teólogo al modesto ejercicio de verificador, y el segundo, eruditísimo orientalista y hermenéutico incomparable, descendió de las alturas del saber para regentar ¿quién tal pensara? una cátedra de gramática, arrojando por esto las amargas sátiras de sus émulos, que, ciertamente, no eran otros sino los enemigos de la fe católica. Tratándose de salvar la fe juntamente con la ciencia humana en ciertas épocas de verdadera crisis para la humanidad, los varones más esclarecidos de la Iglesia no se desdenaron de ejercer el magisterio, lo mismo en las cátedras más humildes que en las aulas de las universidades. ¡Las universidades de la edad media! ¿No fué allí donde brillaron los astros de primera magnitud de la ciencia eclesiástica? Pero aquí ya tomó parte con la Iglesia la sociedad cristiana.

6. Tenemos, pues, un testimonio más de la importancia y dignidad del profesorado, el de la sociedad, especialmente en la edad moderna. Porque si grandes fueron los esplendores científicos de las edades anteriores, no hay duda que la difusión de los conocimientos para todas las clases sociales, por medio de la escuela oficial y pública, es una de las grandes glorias de los últimos tiempos. Y con la

multiplicación prodigiosa de los centros docentes y la consiguiente creación de escuelas normales de ambos sexos, ha crecido, como era razón, la importancia del magisterio y la estimación de los que se dedican á ejercerlo de oficio. Este movimiento instruccional ha seguido paso á paso el movimiento de la civilización. Por lo cual, si en épocas de general atraso, no se le ha tributado al maestro, especialmente de primeras letras, todo el honor que merecía, siquiera por la abnegación que supone tan ímproba tarea, ya que no fuese por lo benéfico de sus servicios, el día de hoy con más justicia y mayor conocimiento de causa, se considera generalmente la carrera del profesorado como una de las más honrosas y acreedoras de la pública gratitud y estimación, ya que no siempre se la remunere con bastante generosidad. Este aprecio creciente de la ilustración, que se advierte en todos los pueblos cultos y en personas de toda clase y condición, acredita mayor elevación de ideas y tendencias, que es preciso aprovechar para el bien de la sociedad y de la misma religión. Mal gravísimo para la educación acarrearía el vilipendio de la escuela y el consiguiente envilecimiento de la noble profesión del magisterio. Perderían los padres de familia sus mejores auxiliares, y la sociedad se vería privada de la principal fuente de su vitalidad intelectual. La religión tampoco ganaría nada con la ignorancia de las masas. Conviene pues á todos concurrir de mancomún á realzar al maestro, elevándole en la pública estimación y estimulándole de este modo al cumplimiento más exacto de sus sagrados deberes.

II.

7. Grandes son éstos, como se deja entender, y grave el peso de la responsabilidad que lleva en sus hombros el magisterio. He aquí el punto principal á que deben concretar su atención los más interesados en el negocio

de la instrucción y educación, esto es, los padres de familia. Conviéneles estar muy sobre aviso así en la elección de maestros como en la de escuelas y colegios. El saber ó la ignorancia, las virtudes ó los vicios, la religiosidad ó la irreligión de los que ocupan la cátedra no pueden menos de ejercer sobre los que la rodean diariamente una influencia muy ventajosa ó muy funesta. Se comprende; y la mejor prueba de ello nos la suministra la historia, maestra de la verdad, como la llama Cicerón, en todas sus épocas, antigua, moderna y contemporánea. Sin subir más arriba del cristianismo, recordemos la conducta artera y diabólica de Juliano el Apóstata. Este enemigo acérrimo de Jesucristo y su Iglesia no creyó poder emplear mejor ariete contra la religión de sus odios que abrir y proteger escuelas netamente paganas, regentadas por célebres sofistas, á donde, ó no quisiesen concurrir los jóvenes cristianos, quedando sepultados en la ignorancia, ó no pudiesen hacerlo sin perder por necesidad sus creencias y costumbres. ¿Qué hubiese sido de la fe de millares de hombres reducidos á ese terrible dilema en toda la extensión del imperio romano, si Dios no hubiese acortado los días de la persecución burlándose del poder de las tinieblas con la muerte desastrosa del tirano? Aquella forma de persecución contra la verdad y la justicia no tenía el aspecto feroz de las persecuciones neronianas, no atacaba la vida de los cuerpos; era, sin embargo, más temible en sus efectos, porque tendía á sembrar de nuevo la corrupción pagana que era la muerte de las almas. Envenenar las escuelas es herir de muerte la civilización cristiana. Así lo comprendió también la secta impía del siglo XVIII, el filosofismo, padre de la revolución, que logró desarraigar en gran parte los principios y sentimientos religiosos de una nobilísima nación católica, que todavía no ha podido reparar todas sus ruinas. Y ¿cuál fué el medio principal de que se valió la incredulidad personificada en el infame Voltaire para conseguir sus

infernales intentos? Además de levantar cátedras de todos los errores en las producciones de la prensa, desde donde los esparcía en millares de lectores, calculó con satánica astucia envenenar todas las fuentes de la instrucción, y mientras no le fué posible derribar los establecimientos públicos, procuró introducir en el recinto doméstico maestros empapados en las doctrinas de la Enciclopedia. Más adelante cien padres de familia, burlados por su inadvertencia ó su culpable descuido, hubieron de llorar amargamente sobre los desórdenes de sus hijos, la insubordinación, los vicios, la irreligión llevada al frenesí, y todo aquel cúmulo de crímenes de que fué teatro la Francia durante el período horroroso de la gran revolución. El desbordamiento de todas las pasiones fué espantoso, como no se había visto nunca en una nación cristiana: era que la corrupción había minado los cimientos de la sociedad. Pero la causa de tamaños desórdenes se reveló claramente: habíase corrompido la enseñanza pública. Para ese objeto se cerraron violentamente las puertas de respetables institutos religiosos que durante dos siglos habían impartido á la juventud francesa una instrucción tan sólida y brillante como pura y cristiana, y entre tanto abríanse las de la escuela escéptica y materialista, puesta á cargo de profesores incrédulos y libertinos. El escarmiento fué terrible: ¡ojalá hubiese sido bien aprovechado!

8. Los graves trastornos de este siglo, de que nosotros hemos sido ya testigos y tal vez víctimas, están diciendo que no se ha utilizado cuerdamente la lección de la experiencia. No se ha conocido la raíz del mal en algunas partes, en otras no se ha aplicado el remedio con bastante eficacia. En este pobre suelo americano, destrozado por continuas convulsiones políticas, donde no han podido arraigar todavía los hábitos de orden público y respeto á la autoridad civil, ¿no se ha palpado ya bastante la influencia de las doctrinas erróneas profesadas oficialmente

en las universidades nacionales? Cada partido político tiene su escuela: los que quieren con sinceridad el bienestar de la patria se atienen á la enseñanza pura del catolicismo, los que no buscan sino la satisfacción de sus apetitos y ambiciones, erigen tan pronto como pueden hacerlo, cátedras de pestilencia para pervertir las ideas de la sociedad y esclavizarla burlándose de su ignorancia. ¿Qué es lo que pasa el día de hoy en el mundo, carísimos hermanos? ¿Quién ignora las maquinaciones, ya plenamente descubiertas, de la gran secta masónica ó revolucionaria, contra la religión cristiana y la Iglesia que la enseña y defiende sobre la tierra? Y ¿quién no conoce también la consigna de la secta para descatolizar la sociedad, apoderarse de la escuela, suprimir en ella la enseñanza de toda religión, fundar escuelas laicas? Y ¿de qué sofismas no se vale para engañar á los cándidos y hacerles creer que las tales escuelas laicas ó ateas no hacen ningún daño á la niñez? Como si el solo abstenerse de enseñar la religión no fuera irrogar á ésta un grave insulto lanzándola de la escuela como asignatura inútil ó de ningún valor para los intereses del hombre? En vano se pretende que la enseñanza de la religión, del catecismo, no le pertenece al maestro de primeras letras ni al profesor de ciencias, sino al ministro del culto, ó, si se quiere, al padre de familia, porque tal pretensión, como hemos dicho ya en otra conferencia, es tan absurda como perniciosa á la moralidad, base de toda buena educación, puesto que conduce al indiferentismo religioso y abre paso á la impiedad.

9. ¿Qué consecuencias se deducen de todo lo hasta aquí manifestado? Infiérese desde luego la imperiosa necesidad que tiene el magisterio de dar garantías de verdadera competencia para la educación así á los padres de familia como á la sociedad en general, y el deber no menos apremiante que á aquéllos les atañe de exigir las seriamente. No basta, carísimos hermanos, — y en este particular andan

errados muchos padres—que los profesores sean doctos y hábiles para enseñar la ciencia que profesan; es menester que se hallen también revestidos de cualidades morales indiscutibles que tranquilicen la conciencia de sus poderdantes. De otra suerte ¿cómo se atreverían éstos, á no ser faltos de juicio, á depositar en las manos de aquéllos el tesoro más precioso que poseen en el mundo, el alma de sus hijos? Sí, el alma toda entera; que no es únicamente el entendimiento el campo que cultiva el maestro con las lecciones de diversas ciencias; es también el corazón, aunque de un modo indirecto, son las inclinaciones que, insensiblemente y sin advertirlo, se van desarrollando ó transformando bajo el influjo irresistible de la voz, del gesto y todo el modo de ser del profesor. Bastaría el trato diario, el contacto espiritual en que coloca la clase á los discípulos con su catedrático, para transmitir de éste á aquéllos las ideas y los sentimientos. Y ¿qué sucedería si la enseñanza fuera intencionada? Esto induce á concluir que un profesor (y dígase lo mismo de un director de colegio), sin creencias ó siquiera de creencias sospechosas, no podrá formar hombres cristianos, y si, aunque creyente y sano de doctrinas, fuese vicioso y de mala conducta, tendría que empañar cuando menos la pureza de corazón de sus discípulos, de forma semejante á lo que sucede con un mal padre de familia.

10. ¿Cuáles son, en definitiva, las virtudes cristianas que deben adornar el magisterio para que sea digno de su elevada y beneficiosa misión en la sociedad? No dudamos afirmar que deberían ser las mismas que hacen el decoro de la paternidad: amor, vigilancia, justicia, y todo animado del celo cristiano, del espíritu de caridad, y sostenido por la práctica de la piedad y el cumplimiento riguroso de la ley de Dios. Pero ¿dónde, me diréis, encontraremos maestros adornados de tan raras condiciones, especialmente en la enseñanza oficial, entregada por lo común á profesores de

ideas no católicas? ¡Ah! carísimos hermanos, ¡qué situación tan lamentable esa en que se encuentran muchos, por no decir, la mayor parte de los países de Europa y América! Entregados á gobiernos que han roto sus relaciones con la Iglesia, bajo un sistema de legislación atea, ¿qué puede esperarse de un magisterio identificado en ideas con los que dirigen la marcha de la cosa pública? ¿qué pueden prometerse los padres de familia obligados á dejar concurrir á sus hijos á esas escuelas oficiales, verdaderos semilleros de irreligión y corrupción de costumbres? ¿Qué será de la sociedad si Dios no acude á salvarla de este abismo? Ahora sí que cabe exclamar con los consternados discípulos de Cristo: «Sálvanos, Señor, que perecemos.»¹ Pero ¿nada podremos hacer por nuestra parte para conjurar el mal que nos agobia? ¿ningún arbitrio les queda á los pobres padres que quieren salvar á toda costa el alma de sus hijos? Poco ciertamente, muy poco puede hacerse para luchar con una situación tan grave, creada y sostenida con todas las fuerzas del dios Estado; no hay que desalentarse, á pesar de todo, porque aun quedan, aunque hostilizados de mil modos, maestros católicos, colegios católicos y hasta universidades católicas, gracias á la poderosa vitalidad de la sociedad cristiana. Á esas escuelas regentadas por profesores religiosos ó seculares, donde se enseña la religión juntamente con la literatura y las ciencias, donde se vigila la conducta moral de los alumnos, donde se les forma cuidadosamente el corazón por medio de las doctrinas y prácticas de la Iglesia católica, á esas es adonde deben enviar á sus hijos los padres de familia y los que hacen sus veces, y, dado después, para continuar ó coronar su carrera profesional se vean en la absoluta necesidad de frecuentar los claustros universitarios del Estado, aquella primera y sólida educación recibida, junto con las precauciones del

¹ Matth. 8, 25.

caso y la vigilancia paterna y los auxilios de la religión, podrán servir de escudo á los jóvenes contra los ataques de la falsa ciencia y defenderlos de las seducciones del error y del vicio.

¡Oh, si el magisterio estuviese adornado de aquellas virtudes antes enumeradas, realizaría el bello ideal de su misión! Asociado á la paternidad y apoyado por la religión, representaría la triple fuerza del padre de familia, el sacerdote y el maestro, es decir, de la naturaleza, la religión y la sociedad adunadas para impulsar al hombre á su verdadero destino, la felicidad, por medio de la educación.

TERCERA SERIE.

Soberanía social de Jesucristo.

PRIMERA CONFERENCIA.

Fundamentos de la soberanía social de Jesucristo.

Dominum Deum tuum adorabis . . .

Matth. 4, 10.

1. Demasiado claras y terminantes son las enseñanzas de la Iglesia, emitidas por la boca de sus Pastores, para no mirar con el horror que se merece esa peste perniciosísima del liberalismo—*liberalismi pestis perniciosissima*¹. Por mucho tiempo ha podido ocultar ó disimular su veneno esa funesta doctrina, afectando no atacar punto ninguno del dogma ó de la moral cristiana, antes bien propugnando principios justos de derecho natural en bien de la humana sociedad. En los países católicos como el nuestro, en que no le era conveniente ni posible ofender las santas

¹ Pío IX, apud *Sardá*, El Liberalismo.

creencias arraigadas hondamente en el corazón del pueblo, ha tenido que disfrazarse con la máscara de doctrina y sistema de gobierno meramente político, inculcando siempre con sumo ahinco que la religión y sus ministros no tenían nada que ver con la política ó las instituciones del país. Así han conseguido llevar adelante sus trabajos de zapa contra los cimientos mismos de la fe, con profunda pervisión de ideas y costumbres. La Iglesia, por su parte, guiada como siempre por razones de prudencia maternal, había guardado con los secuaces del liberalismo una conducta llena de bondad y miramientos. Sin duda para no darles la menor sombra de pretexto para alejarse de las prácticas de la religión, aunque condenando siempre sin ambages la doctrina, parecía no querer lastimar el amor propio de los doctrinarios. Indudablemente había entre éstos un gran número de ilusos que seguían más bien que las doctrinas, que casi ignoraban por completo, las tradiciones de familia ó de regionalidad, afiliados como por la fatalidad á un partido político que los arrastraba con esperanzas de mejores días para ellos mismos y para la patria. Hoy las cosas han tomado nuevo aspecto. La luz se ha ido haciendo poco á poco en los espíritus, tanto por la que arrojan los hechos públicos, como por las francas declaraciones de los mismos prohombres de la secta liberal. La voz de los doctores de la Iglesia se ha hecho oír también más clara y más explícita señalando á los fieles los errores que deben huir y condenar, y desenmascarando un sistema político-religioso que oculta gravísimos peligros para las almas debajo de promesas lisonjeras y especiosos argumentos. Tiempo es ya de abordar esta delicada materia en la cátedra sagrada, aunque con toda la prudencia y caridad que requiere el celo verdadero de la salvación de las almas de hermanos extraviados. Tal es nuestro propósito, aprovechando la santa avidez de instrucción religiosa con que acuden al templo los fieles

que buscar el secreto de la felicidad en abrazarnos con Dios. ¡Oh bienaventurado abrazo de la criatura con su Criador! ¡Oh lazo de unión íntima en que consiste la verdadera religión! Porque, como ya dejamos expuesto, la religión abraza al hombre todo entero, uniéndolo con Dios no sólo con el entendimiento por la fe, sino con la voluntad por el amor y con todas las potencias por la sumisión perfecta de todas á la ley divina.

¿Qué felicidad, según esta doctrina, podrán prometerse los obcecados cristianos que, en medio de sus protestas de religiosidad, viven habitualmente alejados de Dios, reniegan de su amistad, sumidos por lo común en el abismo de la culpa? ¡Oh ceguera mil veces desgraciada!

10. Reconozcamos, diré para concluir, en este modo de apreciar la religión, tan general en nuestros días, aun en los países católicos, una de las más astutas y funestas tentaciones del infernal enemigo de la salvación.

¡Á cuántas almas arrastra á la perdición por este camino que parece derecho, y conduce definitivamente á la muerte! ¹ «El camino del necio», dice el Espíritu Santo, «es derecho á su modo de ver.» ² ¡Ilusión, nada más, hermanos míos muy amados! ¡Ilusión tal vez más temible que la irreligión abierta y descarada! Porque ésta, como tan monstruosa y absurda, alarma fácilmente á toda alma razonable y de rectos sentimientos, ¿qué digo? á toda persona honrada y cuerda; pero aquella religión superficial y de mera apariencia, religión fácil y cómoda, que no impone sacrificios de ninguna clase, ni santidad de costumbres, ni pureza de corazón, ni ejercicios de mortificación y de piedad, ni guarda de las leyes de la Iglesia, aunque en realidad no puede satisfacer á ningún espíritu sincero y desapasionado que busca la verdad religiosa, todavía á muchos que se empeñan en conciliar la luz con las tinieblas, en servir á

¹ Prov. 16, 25.

² Ibid. 12, 15.

dos señores, á Dios y á sus pasiones — y son tantos por desgracia — no deja de halucinar torpemente, haciéndoles creer ó figurarse que contentarán á Dios con actos de simple reconocimiento de su existencia, providencia y bondad, haciendo caso omiso de los demás deberes religiosos, cuyo cumplimiento se les hace poco menos que imposible. Y en este error y ceguera voluntaria, viven y se acercan al término de la vida con presunción temeraria, y si Dios en su misericordia infinita no les socorre con gracias extraordinarias, no merecidas por ellos, así mueren también, porque la muerte, como bien sabéis, es el eco de la vida, y lo que no se ha practicado durante la vida es difícil practicarlo, ó practicarlo bien, á la hora de la muerte. Temed, pues, cristianos, tan peligrosa ilusión y resolveos á abrazar la religión tal cual es por su naturaleza, con sus dogmas, con su culto, con sus sacramentos, con sus leyes sacrosantas, en una palabra, tal como la enseña y practica nuestra madre y maestra, la Iglesia católica, en cuyo seno hemos nacido y en cuyo regazo anhelamos exhalar el último suspiro. Así sea.

SEGUNDA CONFERENCIA.

La Religión irremplazable.

Ego sum ostium: per me si quis intraverit salvabitur.

Jo. 10, 9.

1. La religión práctica de que hemos hablado, no puede ser sino la cristiana. Es claro, hermanos míos, que una vez fundada y establecida por Cristo, Maestro y Redentor del mundo ¹, una religión de orden y carácter sobrenatural, que no puede dejar de ser verdadera y eterna, caducó ya la misma religión natural y cualquiera otra

¹ Jo. 3, 2.

positiva, aun de origen é institución divina, como la mosaica¹. Es pues necesario el día de hoy profesar y practicar no una religión cualquiera, obra del capricho de algún iluso ó atrevido reformador, sino solamente la religión de Cristo, conservada fielmente, por obra de la Providencia, en el seno de la santa Iglesia católica, apostólica y romana. Cualquiera otro culto, siendo contrario ó por lo menos diverso del que Dios ha sancionado, no puede ser acepto á los ojos de la Divinidad, sino al contrario, tiene que serle ingrato y abominable, como falso y sacrilego.²

Y siendo esto así, amadísimos oyentes, que ninguna otra religión puede reemplazar á la cristiana, ¿cuánto menos podría sustituirla otra cosa cualquiera que no fuese religión, por buena que en sí fuese, otra virtud, otra institución, otro elemento civilizador?

2. Y sin embargo, tal es la pretensión de ciertos espíritus obcecados, aunque en su propio concepto más ilustrados que el resto de los hombres, que presumen poder pasar sin religión ninguna ó con la que ellos apellidan «religión de la humanidad», afirmando que basta para la perfección humana la probidad, la honradez, la filantropía, el civismo, y, como medios para alcanzar esta perfección moral, la educación, la ilustración, el sentimiento de la propia dignidad, el respeto social, etc. ¿No es verdad que estas ideas están hartó generalizadas en nuestros días, entre cierta clase de personas que se creen superiores al vulgo, y esperan ver desaparecer, por obra de las luces del siglo, la vieja religión de nuestros cándidos mayores, la religión de la Edad Media?

Pluguera al cielo, hermanos míos, que la luz de la verdad, que es el mismo Cristo³, iluminara esos espíritus deslumbrados con el brillo de la falsa ciencia, y comprendieran que la religión cristiana es eterna é irremplazable.⁴

¹ Io. 1, 17.

² Prov. 2, 32.

³ Io. 14, 6.

⁴ Hebr. 13, 8.

Para penetrarnos nosotros, aunque fieles á nuestras sagradas creencias, de esa importante verdad, y precavernos de los modernos errores, no tenemos más que considerar la religión en su doble aspecto, á saber, en el orden de la salvación ó de la vida futura, y en el orden de la vida presente. Es lo que vamos á hacer, contando con los auxilios divinos, en la presente conferencia.

I.

3. La religión, la vieja religión de nuestros padres, es necesaria para la salvación eterna; nada puede ni podrá nunca reemplazarla. Es la última palabra pronunciada por Dios sobre este asunto, como expresión de su voluntad omnipotente. «Quien creyere y fuere bautizado será salvo, quien no creyere se condenará.»¹ Nada más terminante ni más claro. No puedo menos de preguntarme, hermanos míos, ¿qué pensarán de la salvación los que pueden concebir tan absurdas ideas como esa de la salvación sin religión? ¿creerán ellos de veras en la inmortalidad del alma? ¿estarán persuadidos de la realidad de una vida ultraterrena, de premios ó castigos? ¿admitirán el dogma de la eternidad feliz ó desgraciada? ¿tendrán ideas fijas sobre la salvación y la condenación? No falta razón para dudar y hasta para sospechar sin temeridad alguna que pretensiones tales como aquéllas no son sino el disfraz de una verdadera, aunque no franca, negación de la vida futura, de un racionalismo materialista que, si no resuelve negativamente la cuestión de la eternidad, la da por enigma irresoluble y, prácticamente, procede como si no existiese para el hombre otra vida más que la presente. Á quien pensase de este modo, habría que exponerle otra clase de verdades para traerle á buen camino, y está claro que no estaría en buena disposición de ánimo para aceptar la

¹ Marc. 16, 16.

doctrina que al presente exponemos. Pero huelga decir que tal modo de pensar es totalmente ajeno á la profesión cristiana; y hoy por hoy me dirijo á un auditorio compuesto exclusivamente de católicos.

En éstos, pues, es inconcebible la idea de que el hombre pueda obtener la salvación eterna por otro camino que el trazado por la religión.

4. En efecto, hermanos míos, ¿á qué otra cosa se ordena directamente la religión sino á la salvación del hombre? Me diréis que su objeto es glorificar al Criador, tributándole el culto que le es debido: enhorabuena, pero esta glorificación de la tierra ¿es acaso otra cosa que preparación y camino para la glorificación del cielo? Cuando elevando á Dios nuestro corazón y nuestras voces, decimosle con afecto de hijos: «Padre celestial, que vuestro nombre sea santificado», añadimos inmediatamente: «Que venga á nosotros vuestro reino, el reino de vuestra gloria». ¹ He aquí cómo el culto nos lleva al cielo, la oración del viajero es un suspiro de la bienaventuranza, la religión se ordena toda á la salvación eterna. No puede ser de otra manera, según toda la doctrina de las sagradas Escrituras. «Tenéis por fruto de vuestra vocación», decía el Apóstol á los primeros fieles, «la santificación de vuestras almas, pero por fin último, la vida eterna.» ² El sacramento de regeneración con que somos purificados del pecado en el bautismo no se confiere sino por la palabra de la vida. *Mundans lavacro aquæ in verbo vite.* ³ La piedad que abraza los sentimientos más delicados de la religión lleva consigo promesas de vida temporal y eterna ⁴; la herencia de los hijos de Dios se refiere de lleno á los bienes eternos ⁵; la corona prometida á los que salen vencedores en la prueba por el amor, es corona de gloria inmarcesible, *corona de*

¹ Matth. 6, 9.

² Rom. 6, 22.

³ Eph. 5, 26.

⁴ 1 Tim. 4, 8.

⁵ Tit. 3, 7.

vita, como la llama el apóstol Santiago ¹; todo, en una palabra, cuanto encierra la religión, fe, esperanza, caridad, oración, sacramentos, ley divina, nos habla de la vida verdadera, único objeto digno de nuestras aspiraciones, único bien á cuyo logro debemos consagrar todas nuestras fuerzas, por cuya adquisición no debemos vacilar en sacrificarlo todo, hasta la misma vida. Es, pues, manifiesta la relación entre la salvación como fin, y la religión como medio: la una no existe sino para la otra. El fin no se conseguirá jamás sino por el único medio necesario.

5. En efecto, la religión no tiene otro fin que el de la Encarnación del Verbo, el de la aparición de Dios en la tierra para conversar con los hombres ² y enseñarles el camino de la bienaventuranza. «Para esto vine al mundo», afirmaba Jesús en el tribunal de Pilatos, «para dar testimonio de la verdad»; y la verdad era Él mismo ³, y la felicidad del hombre en la eternidad tiene por base el conocimiento de Dios Padre y de su Hijo encarnado que se llama Jesucristo ⁴. «No ha venido el Hijo del hombre», decía en otra ocasión, «para juzgar, sino para salvar el mundo» ⁵, y por mundo deben entenderse, como explica San Agustín, los hombres que lo habitan. Vino, pues, compadecido de nuestras miserias, á poner en salvo lo que había perecido: *Salvum facere quod perierat.* ⁶ «¿De qué clemencia te dejaste vencer», exclama la Iglesia arrebatada por la bondad de su Esposo, «que tomases sobre ti nuestros crímenes, y sufrieses inocente la muerte para librarlos de otra muerte?» ⁷ «Redimístenos, Señor, á precio de tu sangre», cantan eternamente los bienaventurados, «é hiciste de nosotros un reino para Dios, y reinaremos sobre la tierra.» ⁸ No es otra cosa la salvación que aquel

¹ I, 12.

² Bar. 3, 38.

³ Io. 14, 6.

⁴ Ibid. 17, 3.

⁵ Ibid. 12, 47.

⁶ Luc. 19, 10.

⁷ In hymn.

⁸ Apoc. 5, 10.

CÁCERES, El Púlpito americano. IV.

reinado eterno de la gloria en que todos, como reyes, ceñiremos corona inmarcesible, engolfados en un piélago de delicias inefables, inaccesibles á la humana inteligencia, superiores á los más vivos anhelos del corazón, tales y tan grandes que quedarán como embriagados de felicidad los dichosos comprensores. Ese reino ha conquistado Jesucristo nuestro Salvador, y lo ha conquistado no sólo para sí, sino para todos los suyos, para cuantos quieran seguirle por esa carrera triunfal de la cruz marcada con sus huellas, es decir, hermanos míos, para todos los verdaderos afiliados á la religión del Crucificado. Ya lo veis: la religión y la redención se identifican en el fin, la salvación del género humano. Luego así como «no hay otro nombre sino el de Jesús, debajo del cielo concedido á los hombres para que puedan salvarse»¹, así tampoco hay otro medio para conseguirlo sino profesar y practicar la religión de Jesucristo. Nada puede reemplazarla.

6. Por eso los heraldos de esta divina religión, al anunciar á Jesucristo á los hombres, lo presentaban á sus ojos con este carácter de Salvador, exhortando á las almas timoratas á la penitencia y al bautismo para alcanzar la remisión de los pecados y salvarse. «Sepa certísimamente la casa de Israel», decía San Pedro, «que Dios ha constituido Señor y Cristo á este Jesús que vosotros habéis crucificado. . . . Haced, pues, penitencia y bautizaos en el nombre de Jesucristo, para que se os perdonen vuestros pecados, y recibiréis el Espíritu Santo. A vosotros se ha hecho esta promesa y también á cuantos quisiere llamar de regiones lejanas el Señor nuestro Dios.»² Así se estableció la religión en el mundo, como medio necesario para la salvación de las almas; así se reconocerá en el día postrero de los tiempos, cuando serán juzgadas todas las naciones por el mismo Jesucristo, como enseñaba á los judíos el

¹ Act. 4, 12.² Ibid. 2, 36 et sqq.

Príncipe de los apóstoles, y quedará restablecido el orden del universo trastornado temporalmente por los desórdenes del mundo prevaricador.¹ Ni ha sido otra la predicación de la Iglesia en el largo transcurso de diecinueve siglos, puesto caso que no tiene otro objeto su institución en el centro de las sociedades, y su vida providencial á través de las persecuciones de los mismos hombres á quienes quiere salvar de la eterna perdición. Desgraciadamente ellos no quieren comprenderlo hoy como siempre, como desde los primeros días de la predicación del Evangelio, verificándose lo que está escrito: «Amaron los hombres las tinieblas más que la luz.»² ¡Triste condición del hombre degradado! No creáis, hermanos míos, que para la religión haya otro asunto de más importancia que la salvación de las almas: para ella, hija del cielo, todos los intereses terrenales son cosa secundaria y de menos valer. Sus intereses son los de la gloria de Dios, los de Jesucristo, cabeza de los predestinados, los del pueblo de adquisición, conquistado por el Salvador del mundo para formar la corte del Padre celestial llenando las vacantes que dejaron los ángeles rebeldes. ¡Al cielo! ¡al cielo! nos grita de continuo la voz de la religión, como la del sacerdote en el altar: *Sursum corda* — ¡Arriba los corazones! y como el Apóstol que clamaba: *Quæ sursum sunt querite, quæ sursum sunt sapite, non quæ super terram.*³ Poco importa que el hombre, cualquiera que sea, abuse alguna vez de la religión, como puede abusar de lo más sagrado, para el logro de otras miras de orden puramente humano, cubriéndose tal vez el rostro con la máscara de la religión para ocultar bastardas ambiciones de honor ó de riquezas; nada de esto podrá desfigurar la verdadera religión de Cristo, nada podrá despojarla de su divina misión de conductora de las almas á la bienaven-

¹ Ibid. 3, 21.² Io. 3, 19.³ Col. 3, 1 2.

caso y la vigilancia paterna y los auxilios de la religión, podrán servir de escudo á los jóvenes contra los ataques de la falsa ciencia y defenderlos de las seducciones del error y del vicio.

¡Oh, si el magisterio estuviese adornado de aquellas virtudes antes enumeradas, realizaría el bello ideal de su misión! Asociado á la paternidad y apoyado por la religión, representaría la triple fuerza del padre de familia, el sacerdote y el maestro, es decir, de la naturaleza, la religión y la sociedad adunadas para impulsar al hombre á su verdadero destino, la felicidad, por medio de la educación.

TERCERA SERIE.

Soberanía social de Jesucristo.

PRIMERA CONFERENCIA.

Fundamentos de la soberanía social de Jesucristo.

Dominum Deum tuum adorabis . . .

Matth. 4, 10.

1. Demasiado claras y terminantes son las enseñanzas de la Iglesia, emitidas por la boca de sus Pastores, para no mirar con el horror que se merece esa peste perniciosísima del liberalismo—*liberalismi pestis perniciosissima*¹. Por mucho tiempo ha podido ocultar ó disimular su veneno esa funesta doctrina, afectando no atacar punto ninguno del dogma ó de la moral cristiana, antes bien propugnando principios justos de derecho natural en bien de la humana sociedad. En los países católicos como el nuestro, en que no le era conveniente ni posible ofender las santas

¹ Pío IX, apud *Sardá*, El Liberalismo.

creencias arraigadas hondamente en el corazón del pueblo, ha tenido que disfrazarse con la máscara de doctrina y sistema de gobierno meramente político, inculcando siempre con sumo ahinco que la religión y sus ministros no tenían nada que ver con la política ó las instituciones del país. Así han conseguido llevar adelante sus trabajos de zapa contra los cimientos mismos de la fe, con profunda perversión de ideas y costumbres. La Iglesia, por su parte, guiada como siempre por razones de prudencia maternal, había guardado con los secuaces del liberalismo una conducta llena de bondad y miramientos. Sin duda para no darles la menor sombra de pretexto para alejarse de las prácticas de la religión, aunque condenando siempre sin ambages la doctrina, parecía no querer lastimar el amor propio de los doctrinarios. Indudablemente había entre éstos un gran número de ilusos que seguían más bien que las doctrinas, que casi ignoraban por completo, las tradiciones de familia ó de regionalidad, afiliados como por la fatalidad á un partido político que los arrastraba con esperanzas de mejores días para ellos mismos y para la patria. Hoy las cosas han tomado nuevo aspecto. La luz se ha ido haciendo poco á poco en los espíritus, tanto por la que arrojan los hechos públicos, como por las francas declaraciones de los mismos prohombres de la secta liberal. La voz de los doctores de la Iglesia se ha hecho oír también más clara y más explícita señalando á los fieles los errores que deben huir y condenar, y desenmascarando un sistema político-religioso que oculta gravísimos peligros para las almas debajo de promesas lisonjeras y especiosos argumentos. Tiempo es ya de abordar esta delicada materia en la cátedra sagrada, aunque con toda la prudencia y caridad que requiere el celo verdadero de la salvación de las almas de hermanos extraviados. Tal es nuestro propósito, aprovechando la santa avidez de instrucción religiosa con que acuden al templo los fieles

en este tiempo de Cuaresma. Démos el Señor su gracia para hacerlo con acierto, siguiendo las huellas luminosas de nuestros sapientísimos Prelados.

2. Son muchos, por no decir la mayor parte de los que se llaman ó se creen adeptos del liberalismo, los que ignoran en qué consiste la malicia radical de esta doctrina, cuya condenación por la Iglesia se les hace tan dura de aceptar. ¿Pues qué? se dicen, ¿es cuestión religiosa un sistema de gobierno favorable á la libertad de los ciudadanos, opuesto á la tiranía y á la servidumbre? ¿en qué ataca esa teoría á los dogmas de la Iglesia? ¿no somos nosotros tan católicos como los que más, tan creyentes, tan religiosos como todos los hijos de Colombia? Así hablan, así discurren, carísimos hermanos, los que no ven más que la corteza de las cosas, como suele ser el vulgo, los que no han tenido ocasión ni medios para imponerse del fondo de una doctrina que tiene sus raíces en las ciencias filosóficas, sociales y políticas falseadas por el racionalismo. ¿Qué sorpresa no causaría á muchos liberales de buena fe si se les demostrase que el liberalismo, que ellos creen tan inocente, trata nada menos que de echar por tierra el reinado social de Jesucristo, estableciendo, como canon primordial, el principio de la separación de la Iglesia y el Estado? Á buen seguro que no sólo quedarían sorprendidos, sino justamente indignados de tan osada como sacrílega pretensión, abominando de doctrina tan contraria á la religión que profesan. Porque es claro que antes que liberales quieren sinceramente ser católicos. Pues bien, no es la Iglesia solamente quien acusa al liberalismo de ese crimen de lesa majestad divina; son los mismos maestros de la escuela los que pública y solemnemente lo han declarado á todos sus partidarios en documento auténtico, haciendo saber á todos que su ideal, en materia de relaciones de la sociedad con la Iglesia, es la separación, no la unión, ó sea, la conocida fórmula: «La Iglesia libre en el Estado

libre». Y esto ¿no equivale á renegar de la soberanía de Jesucristo sobre la sociedad? ¿no es tanto como protestar, aunque en términos más suaves: *Nolumus hunc regnare super nos*¹—«No queremos que Él reine sobre nosotros»? Defendamos, pues, como soldados que somos de Jesucristo, los derechos de su soberanía universal, para deducir de allí lógicamente la necesidad que tiene la sociedad, ó el Estado que la representa, de unirse con la Iglesia, de donde resultará condenada, como se merece, en el tribunal de la doctrina cristiana la falsa é impía doctrina del liberalismo. «Al Señor Dios tuyo adorarás y á Él solo servirás»², es la gran ley intimada al mismo Lucifer, y esa ley obliga al hombre, no sólo como individuo, sino como sociedad. Examinemos hoy los fundamentos de esa soberanía, primero, en la persona de nuestro Señor Jesucristo, y segundo, en la naturaleza misma de la sociedad.

I.

3. Para un verdadero cristiano, para quien cree en nuestro Señor Jesucristo, la cosa no puede ser más clara, ni más evidente la tesis de su soberanía. Siendo Dios verdadero ¿cómo no ha de ser Rey y Rey de todas las criaturas, Rey absoluto sin limitación de ninguna clase, como Dueño y Señor de cuanto existe? ¿cómo ha de ponerse en tela de juicio su derecho, superior á todo derecho, de reinar sobre el hombre y la sociedad de los hombres? Increíble parece, hermanos carísimos, que haya necesidad de demostrar á los católicos la llamada soberanía social de Jesucristo, cuyo fundamento es artículo primordial de sus creencias. Sin embargo, tal es en nuestros días la confusión de las ideas, tal la astucia del sofisma liberal, que se hace necesario esclarecer estos puntos, de suyo tan claros y evidentes. ¿Qué verdades, por evidentes que fuesen, no

¹ Luc. 19, 14.² Matth. 4, 10.

ha impugnado el racionalismo? ¿qué absurdos no ha tratado de sostener y propalar? Y como desgraciadamente los mismos católicos no dejan, á pesar de su sinceridad, de participar de este espíritu que todo lo invade y emponzoña, no es fuera de propósito apoyar nuestras convicciones sobre el reino de Jesucristo y sus prerrogativas, con la autoridad de las sagradas Letras, así del antiguo como del nuevo Testamento. El reino de Jesucristo no es otro que el mesiánico ó propio del Mesías prometido en la antigua Ley y en cien pasajes de los profetas. Son tantos los testimonios de la existencia de este reino que toda la dificultad consiste en escoger los más brillantes. Tal es, á no dudarlo, la magnífica profecía de Daniel contenida en la exposición que hizo del sueño misterioso de Nabucodonosor y en la interpretación del mismo, revelada al Profeta por Dios¹. Allí aparece un reino que ha de poner término á los más famosos imperios de la antigüedad, quebrantándolos como á pies de barro de la colosal estatua con la fuerza incontrastable del poder divino. Allí aparece con sus verdaderos caracteres el reino del Mesías, esto es, con su espiritualidad, universalidad y perpetuidad ó duración hasta el fin de los siglos, que tales son las condiciones del gran reino de Jesucristo sobre la tierra, según Él mismo lo declaró expresamente en el Evangelio. ¿Quién no ve en ese vaticinio los cuatro grandes imperios, babilónico, persa, griego y romano, obras gigantescas del poder de los hombres, engendros del orgullo y enemigos del reino de Dios, destruidos todos por el quinto imperio, levantado por Dios mismo por medios enteramente distintos de los que suele emplear la industria humana, y con fines de orden puramente espiritual y sin nada de terrenal y mundano, para establecer sobre la tierra el reinado de la paz universal y la justicia sobre la base del conocimiento de Dios

¹ Dan. 2, 31—45.

extendido á todos los pueblos y duradero por todos los siglos? ¿Quién no ve claramente trazado en este cuadro el reino de Aquel de quien dijo el ángel: *Et regni ejus non erit finis*²? Así lo reconocieron los mismos judíos, á pesar de haber desfigurado el verdadero carácter del Rey Mesías forjándolo en el molde de los grandes conquistadores y monarcas de la tierra. Así deben reconocerlo los que respetan la autoridad de las profecías contenidas en los Libros sagrados, no pudiendo negar su autenticidad ni tampoco su cumplimiento, que salta á la vista con sólo la existencia de la Iglesia católica. He aquí, pues, á Jesucristo, reinando con un poder y una gloria que eclipsa la de los Daríos, Alejandro y Césares, que en otro tiempo vieron á la humanidad prosternada ante sus tronos. ¡Prostérnese hoy la humanidad entera á los pies del Rey de reyes y Señor de señores!³ Tal es la voluntad del Altísimo, como lo atestiguan David, el inspirado salmista, Isaías y todos los profetas.

4. «En los salmos», dice un distinguido escriturista³, «aparecen descripciones espléndidas de la persona del Mesías y de su imperio, en las cuales se hace resaltar todo el conjunto de las principales propiedades del reino mesiánico.» Véase el contenido del salmo segundo, uno de los que con mayor sublimidad nos pintan la majestuosa figura de nuestro gran Rey: «¿Por qué se han conmovido las naciones, y los pueblos han maquinado vanidades? He aquí á los pueblos, con sus reyes al frente, intentando rebelarse contra Jehová y contra su Ungido y Lugarteniente, cuyo reino es el de Dios mismo. Hagamos pedazos, dicen, las cadenas de ellos y arrojemos de nosotros su yugo. Pero el que habita en los cielos se reirá de ellos, se mofará de su locura y lanzará sobre los conjurados miradas de furor

¹ Luc. 1, 33. ² Apoc. 19, 16.

³ P. Murillo S. J., Jesucristo.

CÁCERES, El Púlpito americano. IV.

que los desconcertarán. El Ungido, constituido Rey por Jehová, para enseñar la ley á las naciones, y elevado á la dignidad de Hijo del mismo Jehová, recibe de Éste poder y dominio sobre los pueblos todos de la tierra, y los gobernará con cetro de hierro, y como vasos de alfarero los quebrantará. Ante esta resolución de Jehová, reyes y pueblos deben someterse de grado para no ser castigados con rigor el día de la ira del Señor. Dichosos entonces los que puedan poner su confianza en Jehová por haber admitido á su Cristo.» ¡Qué grandiosidad de cuadro! No lo tiene igual ninguna literatura humana. ¡Cómo aparece la figura del Ungido, de un hombre elevado á la dignidad de Hijo de Dios, porque Dios mismo le ha engendrado: *Ego hodie genui te*, y por este título, á la dominación universal. Y ¡qué pequeños é insensatos aparecen sus enemigos! ¡Cómo serán reducidos á polvo si se obstinan en desconocerle! ¡Felices los que le reconocieren!

Dejando á un lado, por la brevedad del discurso, otros testimonios no menos brillantes y auténticos de la soberanía universal del Verbo encarnado, como aquel del salmo 71: «Dominará de mar á mar, desde el río hasta los confines de la tierra. Los reyes de Tarsis y de las islas le ofrecerán tributo. . . . Todos los reyes de la tierra le adorarán, todas las naciones le servirán, sus enemigos besarán el polvo de sus pies». . . . ¿cómo prescindir de los vaticinios del profeta mesiánico por excelencia, de Isaías, que en su libro desarrolla plenísimamente los cuadros que los salmos proponen, presentando al Mesías como Rey y Libertador que ha de poner término á la opresión de su pueblo¹. Recuerdese siquiera aquel célebre pasaje del capítulo noveno en que describe el advenimiento del gran Rey: *Puer natus est nobis, et Filius datus est nobis*—«Un Pequeñuelo nos ha nacido, se nos ha dado un Hijo en cuyos hombros

¹ P. Murillo, op. cit.

descansa el principado; su nombre es el Admirable, Consejero, Dios, el Fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de la paz. Su imperio será dilatadísimo, y en él reinará paz profundísima, sentaráse sobre el solio de David y sobre su reino para confirmarlo en juicio y en justicia desde ahora para siempre.» En vano pugnarán los judíos y los racionalistas para torcer en otro sentido la interpretación así de este pasaje como de los otros de los salmos: los argumentos de la incredulidad han sido victoriosamente refutados por la verdadera ciencia católica de los siglos pasados y de nuestros días.

5. Y ¿qué dice, hermanos carísimos, el nuevo Testamento? Oigamos á un distinguido exegeta contemporáneo: «San Mateo, en todo el discurso de su Evangelio, tiene buen cuidado de presentar á Jesús como adornado de la dignidad real. Ya al principio, en la historia de la infancia, le propone como el Rey prometido por Dios, ansiado por el pueblo y aun reconocido como tal por naciones remotas. ¿'Dónde está', preguntan los Magos al entrar en Jerusalén, 'el que es nacido Rey de los judíos'? Y los sabios todos de la Sinagoga responden que ese Rey ha de nacer en Belén, reconociendo así en el Mesías la prerrogativa regia.» Cuando introduce á Jesús en la vida pública, propone al Bautista anunciando la proximidad del reino de los cielos y con idénticas palabras hace comenzar su predicación al Salvador. Jesucristo mismo se llama Rey en muchos pasajes del Evangelio, y á la sociedad por él fundada la llama reino: 'Yo soy efectivamente Rey', dice respondiendo á Pilatos¹. 'Y será predicado este Evangelio del reino por todo el mundo'. . . .² 'Desde los tiempos de Juan Bautista el reino de los cielos sufre violencia, y los que la hacen lo arrebatan',³ es decir desde los tiempos del Bautista comienza el reino de los cielos, á cuya formación

¹ Io. 18, 37.

² Matth. 24, 14.

³ Ibid. 11, 12.

entran en tropel y seguirán entrando innumerables gentes. 'Muchos vendrán de Oriente y Occidente y se sentarán en el reino de los cielos',¹ formando dichosamente parte de él.»² Aquí tenéis, hermanos carísimos, á Jesucristo reconocido por Rey, y Rey de reyes, desde su misma cuna. Los monarcas del Oriente vienen á Belén á rendirle tributo y vasallaje, adorándole como á Dios y ofreciéndole oro como á Rey. ¡Qué testimonio más espléndido! Porque no se crea que sólo veían aquellos potentados en el recién nacido al Rey de los judíos, que entonces no se explicaría su venida misteriosa, veían al Rey de todas las naciones, al Anunciado en el cielo por la estrella que no podía ser otro que el prometido Mesías: *Vidimus stellam ejus, et venimus adorare eum*³. Más tarde parece oscurecerse totalmente el brillo de este gran Rey reducido á la condición de obrero en el taller de Nazaret. Pero esperad el tiempo determinado para manifestarse en toda su grandeza y realidad, esperad el día glorioso de la resurrección, cuando se dejará ver no sólo como Árbitro de los destinos de los hombres, sino como Señor de la muerte, Dueño de la naturaleza y Monarca de cielos y tierra. Pero aun en medio de las sombras del Calvario ved cómo se descubre un rayo de la majestad real de Cristo en el título de la cruz: *Iesus Nazarenus Rex Judæorum*⁴, título de ignorada significación por entonces, de sentido manifiesto algunos días después. ¡Con qué entusiasmo lo reconocen sus discípulos! Aun antes que le vean subir á los cielos y que descienda el Espíritu Santo á iluminarlos plenamente, ya le adoran los apóstoles exclamando: «Señor mío y Dios mío»⁵. He ahí como proclaman su soberanía universal.

Pero ¿y no la ha merecido también en cuanto hombre, conquistando con su muerte la corona de rey? ¿No

¹ Matth. 8, 11.

² P. Murillo, op. cit.

³ Matth. 2, 2.

⁴ Marc. 15, 26.

⁵ Io. 20, 28.

representaba su corona de espinas otra magnífica corona de gloria? Oíd cómo lo entendieron los heraldos del Evangelio del Reino. San Pedro, á raíz de los sucesos maravillosos cumplidos en Jerusalén, alegaba á los judíos el salmo de David en que Dios dice á su Hijo encarnado: «Siéntate á mi diestra, entre tanto que ponga á tus enemigos por escabel de tus pies»¹, afirmando no deber entenderse esta palabra de otro personaje sino de Jesús el Crucificado. Y luego en la asamblea de los fieles, oraba comentando el salmo segundo del Profeta: «¿Por qué se conjuraron las naciones, los reyes y los príncipes contra el Señor y su Ungido? Herodes y Pilatos, judíos y gentiles se convinieron en esta ciudad contra tu santo Hijo, Jesús á quien ungiste.»² Jesús era ciertamente el que Dios había ungido y consagrado por Rey del universo. Y el Apóstol de las gentes ¿no atribuía á la humildad y á la obediencia de Cristo, es decir á los méritos de su pasión y muerte, la exaltación á la mayor altura á que Dios puede elevar á un hombre, dándole el nombre de Jesús? *Propter quod et Deus exaltavit illum, et dedit illi nomen quod est super omne nomen*³. No hay nombre más grande sobre la tierra que el de rey ó soberano, con él se creen los hombres semidioses. Pero ¿qué vale el título de rey comparado con el de Salvador del género humano? Al nombre de Jesús toda rodilla debe doblarse en el cielo, en la tierra y en los infernos. He aquí declarada la regia dignidad de Cristo Jesús. Y ¿habrá criatura tan proterva que rehuse rendirle adoración? ¿Qué es el hombre, vil gusanillo de la tierra, ante la corte lucidísima de los ángeles? ¿ó será más orgulloso que Lucifer y las falanges infernales? ¿Queréis saber hasta qué altura ha encumbrado la omnipotencia de Dios á su Hijo hecho hombre? Pues escuchad otra vez á San Pablo que lo dice por estas magníficas

¹ Act. 2, 34.

² Ibid. 3, 26. 27.

³ Phil. 2, 8. 9.

palabras: «Púsole á su diestra en el cielo, sobre todo principado y potestad y virtud y dominación, y sobre todo nombre de poder de cualquier modo que se llame, no sólo en el tiempo sino en la eternidad, y todas las cosas sujetólas debajo de sus pies.»¹ ¿No es éste, hermanos carísimos, el señorío universal propio de Dios? Ved ahora cómo describe San Juan en el libro del Apocalipsis los homenajes y aclamaciones de todas las criaturas al que lleva escrito en su cuerpo el título de Rey de reyes y Señor de señores: «Vi», dice, «en medio del trono de la Divinidad y de los cuatro misteriosos animales y de los veinticuatro ancianos, al Cordero como muerto, rodeado de los más sublimes espíritus de Dios... Y después que abrió aquel libro que nadie más que él podía abrir, toda aquella corte provista de cítaras y copas de oro llenas del incienso de las oraciones de los santos, postróse delante del Cordero y entonó un cantar nuevo... y millares de ángeles lo repitieron á grandes voces... y después no quedó una sola criatura de cuantas habitan el cielo y la tierra y las profundidades del mar que no cantara este himno sublime, incomparable: Al que está sentado en el trono y al Cordero sean dadas bendiciones y honra y gloria y potestad por siglos de siglos; y todos aplaudieron diciendo: Así sea.»²

Pues si tan grande es la extensión de los dominios de Jesucristo Redentor, ¿quién le disputará un palmo de la tierra? ¿quién limitará su jurisdicción? ¿quién dirá que su soberanía no se extiende á la humana sociedad, á lo menos como tal? Y ¿por qué no? Precisamente es ÉL á quien Dios ha constituido cabeza de toda la Iglesia³, esto es, de toda la sociedad regenerada por ÉL.

No se objete que el mismo Jesucristo dijo en ocasión solemne: «Mi reino no es de este mundo»⁴, ni tiene fuerza

¹ Eph. 1, 21.

² Apoc. 5, 6 et sqq.

³ Eph. 1, 22.

⁴ Io. 18, 36.

material que lo sustente y defienda á su Rey de las manos de sus enemigos», excluyendo claramente el aparato de gobierno de las monarquías seculares. Estas palabras, hermanos carísimos, no limitan en manera alguna la soberanía de nuestro gran Rey, por el contrario la dilatan explicando su verdadera índole espiritual y divina: el reino de Cristo no tiene en el mundo su origen sino en el cielo; no estriba en la voluntad y el derecho de los hombres, sino en la voluntad de Dios y en el derecho de la Redención; no tiene por objeto el gobierno temporal de los hombres para procurarles los bienes de este mundo, sino el gobierno espiritual de las almas para darles la bienaventuranza eterna, y, como su fin es espiritual, los medios de que hace uso son espirituales también. Su reino, por lo mismo, no es de un país ni de una época solamente, sino de todos los siglos y de todos los países, del cielo y de la tierra, del tiempo y de la eternidad: «Su reino no conoce fronteras ni tendrá fin.»¹ Mas ¿quiere decir esto que la sociedad humana no está sujeta al imperio espiritual de Cristo? Entonces ¿no lo estará tampoco á la soberanía de Dios? Decir que la sociedad, por ser tal, no debe reconocer á Dios por Rey y Soberano, sería manifiesta blasfemia, sería declaración de ateísmo y negación de la Providencia. Pues otro tanto decid de la negación de la soberanía social de Jesucristo Dios. Esta verdad aparecerá más clara, considerando, en la segunda parte de este discurso, cómo la naturaleza misma de la sociedad ofrece fundamento sólido á la soberanía real de Jesucristo.

II.

6. Recordemos las verdades fundamentales de la filosofía moral y del sentido común acerca del origen y naturaleza de la sociedad civil. León XIII será quien nos las enseña en

¹ Luc. 1, 33.

su inmortal encíclica: «El hombre nació para vivir en sociedad, pues no pudiendo en la soledad, *en el aislamiento*, proporcionarse lo necesario para la vida corporal, ni tampoco lo conducente á la perfección de su ingenio y de su alma, ha sido providencia de Dios que haya nacido dispuesto al trato y sociedad con sus semejantes, ya doméstica, ya civil, única capaz de proporcionarle lo necesario para la perfección de la vida. Mas como toda sociedad, para poder subsistir, ha menester de una autoridad que la rija civilmente, Dios ha querido que esta autoridad reflejase en cierta manera la imagen de la potestad y providencia divinas sobre el linaje humano, teniendo siempre los jefes del Estado la mira puesta totalmente en Dios, supremo Gobernador del universo, y proponiéndoselo como ejemplar y ley en el administrar la república.»¹ He aquí, pues, á la sociedad civil existiendo por un efecto de la soberana disposición de Dios que hubiera podido formar al hombre de otro modo y en diferentes condiciones. He aquí, por tanto, una sociedad que lleva en su mismo abolengo el título de su dependencia de la voluntad de Aquel á quien deben todas las criaturas el ser y la manera de existir. No debe, pues, la sociedad humana, llámese nación, reino ó república, estado soberano é independiente de cualquier otra potencia ó autoridad en la tierra, creerse absolutamente autónoma, señora y dueña de sí misma, pues esto sería una ilusión, y un acto de rebelión también contra la soberanía del Criador. La sociedad que tal autonomía se arrogara, tendría la loca pretensión de erigirse en primer principio y fin último de sí misma, lo que la pondría en una situación ridícula, semejante á la de aquel insensato monarca que decía, soñando al parecer: «Yo soy Dios, yo me hice á mí mismo.»² Y si la sociedad por su origen depende de Dios, ¿qué diremos de la autoridad,

¹ Encicl. *Immortale Dei*.

² Iudith 6, 2.

elemento social indispensable? Perfectamente conocida es la doctrina católica, en un todo conforme con la de la sana razón, acerca del origen de la autoridad civil. Por lo mismo que nace de la naturaleza misma de la sociedad, que sin ella es imposible, es preciso reconocer que viene de Dios, autor de la naturaleza. *Non est potestas nisi a Deo*¹, es la gran sentencia del Apóstol. Pues entonces ¿dónde está la autonomía del poder social con relación al Poder supremo y absoluto? He aquí los fundamentos en que descansa la obligación natural, indiscutible que tiene la sociedad civil de tributar á Dios culto externo, social ó en nombre de la sociedad con sus dos elementos constitutivos, cabeza y miembros, autoridad y multitud. Si así no lo hace, se declara, á lo menos prácticamente, atea. ¡Qué idea tan monstruosa, la del Estado sin Dios! El ateísmo ¿será menos horrible en la sociedad que en el individuo? Al contrario, cuanto mayores son las proporciones que toma, mayor es el escándalo con que se presenta. Ahora bien, la sociedad que profesa religión ó culto social, por el mismo hecho reconoce la soberanía de Dios y se manifiesta dispuesta á someterse á sus leyes.

7. Pero eso no es bastante todavía. Es preciso que reconozca el imperio del Hombre-Dios, la soberanía de Cristo sobre ella misma como sobre todas las criaturas. Para cumplir este deber ¿qué se necesita, hermanos carísimos? Evidentemente, es preciso primero reconocer al mismo Jesucristo, su existencia, su divinidad, su misión en el mundo. No exigimos, pues, un imposible, no reclamamos la proclamación del reinado de Jesucristo allí donde todavía no es conocido ó solamente por una pequeña porción de la sociedad, como sucede, por desgracia, en las dos terceras partes de la tierra. En cuanto á esos países infieles no pedimos otra cosa sino la libertad de predicar el Evangelio,

¹ Rom. 13, 1.

para dar á conocer al Salvador, y la consiguiente libertad de aceptar su doctrina y practicarla. Y fundamos nuestro derecho á esas libertades en la soberana autoridad de Aquel que ha dicho á los hombres: «Predicad el Evangelio á todas las criaturas. . . Como me envió mi Padre, así yo os envió: dádoseme ha todo poder en el cielo y en la tierra.»¹ Pero en cuanto á las sociedades cristianas, y mucho más á las católicas, que conocen perfectamente al Salvador, como que á Él deben su civilización y los bienes todos que tan alto los elevan sobre los demás pueblos de la tierra, ¿cómo no hemos de reclamar, á nombre del mismo Jesucristo, el reconocimiento oficial de su soberanía? ¿No es una flagrante inconsecuencia reconocer á Jesucristo por Dios verdadero y negarle el derecho de reinar sobre la sociedad, confesar que á Él le debe, como libertador del universo, cuanto tiene de grande la sociedad moderna, sus instituciones y costumbres tan superiores á las de la sociedad pagana, y querer al mismo tiempo desterrarlo de esta sociedad protestando: *Nolumus hunc regnare super nos*²? Porque á eso se reduce, hermanos carísimos, la doctrina que rechaza la soberanía social de Jesucristo, á lanzarle de la sociedad, arrojando á la Iglesia, su representante, renegando de las luces sobrenaturales, emancipándose completamente de ella, desconociéndola y negándole los derechos de que la invistió su divino Fundador, procediendo, en una palabra, en el gobierno de los hombres, como proceden los pueblos que no conocen á Jesucristo, como si el Salvador no hubiese venido al mundo. Es, para decirlo en breve, la negación de Jesucristo por la sociedad, ó mejor dicho, la apostasía social. ¿Es esto admisible por la conciencia católica? ¿puede conciliarse esta odiosa y repugnante doctrina con la profesión del catolicismo? Juzgado vosotros mismos, y concluid que es preciso detestar

¹ Marc. 16, 15; Io. 20, 21; Matth. 18, 28.

² Luc. 19, 14.

una escuela que tales monstruosidades enseña y sostiene como canon primordial de su programa. Ateneos, hermanos carísimos, á las enseñanzas de la Iglesia, y no fluctuaréis jamás como nubes ligeras á todo viento de doctrina. La causa de la Iglesia es la causa de Jesucristo nuestro Señor.

SEGUNDA CONFERENCIA.

Consecuencia inmediata de la soberanía social de Jesucristo.

Ipsium audite.

Matth. 17, 5.

1. Hemos visto, carísimos hermanos, la necesidad que tiene la sociedad de reconocer y acatar la soberanía de Cristo Redentor. Pero ¿en qué consiste esa soberanía? ¿Viene acaso Jesucristo á ocupar los tronos de la tierra echando abajo dinastías y fundando la soñada monarquía universal? Esto parece que temieran las nacionalidades modernas cuando tanto se alarman de que se predique y defienda el derecho de Jesucristo á reinar en la sociedad. No temáis que sean atacados vuestros derechos, debemos decirles con franqueza. «¿Por qué temes, cruel Herodes», dice la Iglesia católica en su himno de la Epifanía¹, «por qué te asusta la venida del Dios que viene á reinar? Sí, á reinar viene, pues ha nacido Rey, no sólo de los judíos sino de todos los hombres, dueño como es de las estrellas del cielo, pero no viene á arrebatarse coronas y cetros de tierra quien dispone de reinos celestiales y viene á dar á todos los que quieran el derecho de reinar eternamente.» ¡Oh! ¡cuánto se engaña la sociedad moderna mostrándose recelosa de la soberanía espiritual de Jesucristo! ¡Cuánto se engañó el pueblo judío carnal imaginando que el Mesías de quien se prometía la libertad y la gloria, había de ser

¹ Eccl. in offic. Epiphani. Domini.

para dar á conocer al Salvador, y la consiguiente libertad de aceptar su doctrina y practicarla. Y fundamos nuestro derecho á esas libertades en la soberana autoridad de Aquel que ha dicho á los hombres: «Predicad el Evangelio á todas las criaturas. . . Como me envió mi Padre, así yo os envió: dádoseme ha todo poder en el cielo y en la tierra.»¹ Pero en cuanto á las sociedades cristianas, y mucho más á las católicas, que conocen perfectamente al Salvador, como que á Él deben su civilización y los bienes todos que tan alto los elevan sobre los demás pueblos de la tierra, ¿cómo no hemos de reclamar, á nombre del mismo Jesucristo, el reconocimiento oficial de su soberanía? ¿No es una flagrante inconsecuencia reconocer á Jesucristo por Dios verdadero y negarle el derecho de reinar sobre la sociedad, confesar que á Él le debe, como libertador del universo, cuanto tiene de grande la sociedad moderna, sus instituciones y costumbres tan superiores á las de la sociedad pagana, y querer al mismo tiempo desterrarlo de esta sociedad protestando: *Nolumus hunc regnare super nos*?² Porque á eso se reduce, hermanos carísimos, la doctrina que rechaza la soberanía social de Jesucristo, á lanzarle de la sociedad, arrojando á la Iglesia, su representante, renegando de las luces sobrenaturales, emancipándose completamente de ella, desconociéndola y negándole los derechos de que la invistió su divino Fundador, procediendo, en una palabra, en el gobierno de los hombres, como proceden los pueblos que no conocen á Jesucristo, como si el Salvador no hubiese venido al mundo. Es, para decirlo en breve, la negación de Jesucristo por la sociedad, ó mejor dicho, la apostasía social. ¿Es esto admisible por la conciencia católica? ¿puede conciliarse esta odiosa y repugnante doctrina con la profesión del catolicismo? Juzgado vosotros mismos, y concluid que es preciso detestar

¹ Marc. 16, 15; Io. 20, 21; Matth. 18, 28.

² Luc. 19, 14.

una escuela que tales monstruosidades enseña y sostiene como canon primordial de su programa. Ateneos, hermanos carísimos, á las enseñanzas de la Iglesia, y no fluctuaréis jamás como nubes ligeras á todo viento de doctrina. La causa de la Iglesia es la causa de Jesucristo nuestro Señor.

SEGUNDA CONFERENCIA.

Consecuencia inmediata de la soberanía social de Jesucristo.

Ipsium audite.

Matth. 17, 5.

1. Hemos visto, carísimos hermanos, la necesidad que tiene la sociedad de reconocer y acatar la soberanía de Cristo Redentor. Pero ¿en qué consiste esa soberanía? ¿Viene acaso Jesucristo á ocupar los tronos de la tierra echando abajo dinastías y fundando la soñada monarquía universal? Esto parece que temieran las nacionalidades modernas cuando tanto se alarman de que se predique y defienda el derecho de Jesucristo á reinar en la sociedad. No temáis que sean atacados vuestros derechos, debemos decirles con franqueza. «¿Por qué temes, cruel Herodes», dice la Iglesia católica en su himno de la Epifanía¹, «por qué te asusta la venida del Dios que viene á reinar? Sí, á reinar viene, pues ha nacido Rey, no sólo de los judíos sino de todos los hombres, dueño como es de las estrellas del cielo, pero no viene á arrebatarse coronas y cetros de tierra quien dispone de reinos celestiales y viene á dar á todos los que quieran el derecho de reinar eternamente.» ¡Oh! ¡cuánto se engaña la sociedad moderna mostrándose recelosa de la soberanía espiritual de Jesucristo! ¡Cuánto se engañó el pueblo judío carnal imaginando que el Mesías de quien se prometía la libertad y la gloria, había de ser

¹ Eccl. in offic. Epiphani. Domini.

un gran conquistador, á lo Darío ó Alejandro! Los mismos apóstoles se equivocaban cuando pedían á Jesús los primeros asientos de su reino, suponiendo que había de tener una corte como la de los Césares romanos, donde ellos figurasen como los más altos dignatarios. El reino que vino á establecer Cristo en la tierra no es reino temporal sino espiritual y eterno. No vino á reinar sobre la materia sino sobre las almas inmortales. Vino á reinar no como reinan los hombres, que entonces bastaba que fuese hombre, sino como Dios con nosotros, como verdadero *Emmanuel*. Por eso su reino se llama «el Reino de Dios»: *Appropinquavit in vos regnum Dei*¹. Ya aseguró Jesucristo á los poderes terrenos el goce de sus prerrogativas cuando intimó á los súbditos el deber de pagar tributo al César, sin perjuicio de dar á Dios lo que es de Dios². Y el Apóstol de las gentes, cuya misión era extender el imperio de Jesucristo hasta los últimos confines de la tierra, no cesaba de inculcar á los fieles la obediencia á las autoridades, junto con el deber de pagar tributos y alcabalas al Estado³.

2. ¿En qué se cifra, pues, la soberanía social de Jesucristo que tanto se combate por el liberalismo, como si fuera una amenaza de muerte para la sociedad? Pues nada más que en prestarle el homenaje de la fe y de la sumisión que como á Verdad y Bien sumo le corresponden de parte de todo ser inteligente y libre: «Yo soy el camino, la verdad y la vida.»⁴ «Yo soy la vid, vosotros sois los sarmientos . . . nada podéis hacer, ni vivir siquiera, si no permanecéis en mí.»⁵ «Éste es mi hijo muy amado», dijo el Padre Eterno, «á Él debéis oír.»⁶ En una palabra, la sociedad debe creer en Jesucristo, debe someterse á su ley, debe ser cristiana; tal es la inmediata consecuencia de la

¹ Marc. 1, 15.² Luc. 20, 25.³ Rom. 13, 7.⁴ Io. 14, 6.⁵ Ibid. 15, 4.⁶ Matth. 17, 5.

soberanía social de Jesucristo. El Estado, se dice por la escuela liberal, es libre en materia de religión. «La sociedad civil», escribe un prelado católico exponiendo la falsa doctrina, «debe constituirse y gobernarse sin tener en cuenta para nada á la Iglesia, la política nada tiene que ver con la religión . . . el Estado debe mostrarse indiferente, autorizar todos los cultos y religiones, concediéndoles iguales derechos, ó tolerando las demás si por ventura la utilidad pública reclamase que el Estado aceptase alguna religión.»¹ Éstos son los funestos errores que combatimos en la presente conferencia. Desde luego los rechaza el sentimiento católico de nuestra sociedad.

I.

3. En primer lugar afirmamos que la sociedad civil debe creer en Jesucristo. *Creditis in Deum*, decía el mismo Señor, *et in me credite*—«Si creéis en Dios, también debéis creer en mí.»² La consecuencia no puede ser más legítima. El que cree en Dios cree en lo que Dios mismo ha revelado; ahora bien, Dios ha dado á conocer al mundo á su Verbo encarnado, lo ha enviado con todo el aparato que convenía al que venía á redimir al hombre, á renovar la faz del universo con signos portentosos que lo diesen á conocer de un modo indubitable, evidente á quien no cerrase maliciosamente los ojos; luego es ineludible la obligación de creer en Jesucristo, Hijo de Dios. «El que cree en mí», decía Jesús, «no tanto cree en mí, como en Aquel que me envió.»³ De manera que la sociedad que rehusa creer en Jesucristo, en realidad deja de creer en Dios, como ya lo hemos observado en nuestra conferencia anterior. Y ¿qué razón podría alegar la sociedad para no creer en Jesucristo y aceptar su

¹ El Ob. de Cartag. apud Ojea y Márquez.² Io. 14, 1.³ Io. 12, 44.

doctrina, como debe hacerlo todo hombre á quien llega la palabra de Dios, la voz del Evangelio que ha resonado ya por todos los ángulos de la tierra?¹ ¿Dirá acaso que por ser *sociedad* no tiene tal obligación de derecho natural? Pero el Salvador del mundo ¿no envió á sus apóstoles á predicar á todas las naciones — *Docete omnes gentes*?² ¿Por ventura dijo: Enseñad á sólo los individuos? ¿no era la voluntad de Dios que creyesen los hombres en masa, que todos los pueblos entrasen á formar parte de su Iglesia que, cual árbol gigantesco, habíalos de cobijar á todos debajo de sus ramas? ¿No estaba profetizado que las naciones caminarían en su luz, y que todas verían al Justo?³ Y el real Profeta ¿no invitaba también á alabar á Dios á todos los pueblos y naciones?⁴ Bien lo comprendió el apóstol San Pablo cuando llamaba á los pueblos gentiles al conocimiento de Jesucristo recordando el vaticinio de Isaías: «La raíz de Jesé se levantará para gobernar á las naciones, en él esperarán los pueblos gentiles.»⁵ ¿Quién no ve que aquí no se habla de individuos sino de sociedades, del género humano todo entero? Es, pues, cierto y evidente, á la luz de la revelación, que la humanidad entera debe creer en Jesucristo, así como toda ella ha sido por Él redimida y le reconoce por maestro universal. Pero estando la humanidad organizada en forma de sociedad, ésta debe creer en aquel que dijo: «Yo soy la luz del mundo.»⁶

4. Enhorabuena, dirán los partidarios de la escuela liberal, que todos los hombres profesen la fe de Cristo, si así lo tienen á bien, de allí empero no se deduce que deba ser cristiano el *Estado*, esto es, la sociedad *como tal*, oficialmente. Pero mirando bien las cosas á la luz de la misma razón, ¿por qué separar elementos que Dios ha

¹ Rom. 10, 18.² Matth. 28, 19.³ Is. 62, 2.⁴ Ps. 116, 1.⁵ Rom. 15, 12.⁶ Io. 8, 12.

unido en un solo cuerpo, como son autoridad y multitud, cabeza y miembros, pueblos y gobiernos? Suponed que todos los ciudadanos de un país lleguen á reconocer á Jesucristo y formen un pueblo de cristianos, ¿por qué razón no ha de ser cristiano también el jefe de ese pueblo? Suponed más, que lo sea como persona privada, ¿por qué no ha de serlo como pública? Cuando el gran emperador Constantino renunció al culto pagano y se hizo discípulo de Cristo, ¿no hizo pública su nueva profesión de fe, no se postró delante de Jesucristo, como cabeza del imperio romano? ¿no modificó la constitución del imperio á tenor de la ley del Evangelio? ¿Perdió por eso algo de su autonomía ó de su dignidad imperial? Y ¿no hicieron lo mismo los emperadores cristianos que le sucedieron? Y más tarde, hasta la gran revolución anticristiana, ¿no guardaron la misma conducta los reyes católicos y cristianísimos de Europa que más alto rayaron en la historia del mundo? Jamás les ocurrió á esos jefes cristianos de naciones católicas que no debían profesar su religión como soberanos sino sólo como individuos particulares. ¿Por qué? porque consideraban, con harta razón, que no debían separar la cabeza de los miembros. Si éstos eran cristianos, ¿por qué no había de serlo aquélla? Tanto más si se considera al gobierno como representante natural de la nación. Mirad lo que pasa en la familia. Si ésta es cristiana, como debe serlo por la ley general de creer en Cristo, impuesta por Dios á todos los hombres, lo serán el padre, la madre, los hijos y cuantos formen parte de la sociedad doméstica. Pero ¿lo serán únicamente como particulares, como si no estuviesen ligados por ningún vínculo de consanguinidad, ó bien, como miembros de una corporación cuya cabeza es el padre de familia, el cual presidirá á toda ella en el ejercicio de su religión? Así es como debe suceder, y nadie pretenderá que la condición de tales miembros de la sociedad doméstica es incompatible

con el carácter de cristiano. Dígase lo mismo de la sociedad civil. Ni el ciudadano, ni el magistrado, como tales, pueden alegar incompatibilidad alguna con la profesión de la fe de Cristo. Todavía se pretenderá decir que no hay paridad perfecta entre la familia y la sociedad civil, por ser ésta perfecta, é imperfecta aquélla. Pero, concedida esta desigualdad, negamos que sea motivo para que la nación no deba ser cristiana como debe serlo la familia. Ésta debe ser el modelo de aquélla, no siendo la nación sino una gran familia; luego el jefe de la sociedad civil debe ir á la cabeza de su pueblo, como el padre á la cabeza de sus hijos, en la profesión de la verdadera fe y del culto religioso establecido por Jesucristo. Á lo que obliga con especial razón el haber sido elevada una y otra sociedad, hasta cierto punto, á un orden sobrenatural, la familia por el sacramento del matrimonio, y la sociedad civil por los auxilios que recibe de la Iglesia para la consecución de su fin.

5. Profundizando más en la materia, vemos que la sociedad civil no puede menos de reconocer el hecho en que se basa la fe, esto es, la revelación cristiana, porque ni puede negarlo, ni siquiera prescindir de él como de cosa que no le interesa para nada. Lo primero es imposible, siendo un hecho tan claro como la luz del día que se entra por los ojos. La sociedad se compone de seres racionales, y éstos conocen necesariamente lo que se les hace presente, como la revelación de Jesucristo predicada en plazas públicas por testigos oculares, y autorizada con señales portentosas de la intervención divina. ¿Podrá la sociedad cerrar los ojos para no ver lo que están viendo todos los miembros que la forman? No es menos imposible para la sociedad civil dejar de ver lo que pasa dentro de ella misma, á saber, la profesión religiosa de sus miembros, máxime donde éstos son cristianos puros, hecho tan público y brillante como la existencia del cristianismo en

el mundo, como la vida exuberante de la Iglesia católica en el seno de las sociedades. Pero quizás podrá prescindir de la consideración de un hecho que en ningún sentido le interesa, de donde resultará su actitud indiferente para con la religión de sus subordinados. ¿Que no interesa á la sociedad la religión de sus miembros? ¿Puede darse afirmación más temeraria? ¿Tan poco vale y significa la verdad en materia religiosa y moral, que nada le importe á la sociedad el que se profese ó se niegue? ¿No hay aquí encerrada una profesión de escepticismo? «Cuando el imperio y el sacerdocio viven en buena armonía», dice León XIII «el mundo está bien gobernado y la Iglesia florece y fructifica; cuando están en discordia, no sólo no crece lo pequeño, sino que las mismas cosas grandes decaen miserablemente y perecen.»¹ Mirad, carísimos hermanos, cuánto le importa al Estado marchar de acuerdo con la Iglesia, ó lo que es igual, profesar la religión católica, para gobernar bien el mundo. Verdad es que el fin propio del Estado es la protección del derecho y la cultura para el bienestar temporal de los ciudadanos; pero esto, lejos de autorizar la impiedad y la falta de religión en el Estado, le obliga á reconocer á Dios como principio y fuente del derecho absoluto. No podrá, ciertamente, el Estado crear la religión ni intervenir en ella, puesto que no le compete el gobierno de las cosas espirituales, pero debe reconocerla, una vez que existe, establecida por Dios en la tierra, y debe respetarla, como reconoce y respeta la familia en cuyos asuntos interiores no puede inmiscuirse tampoco. Ahora bien, la religión verdadera, la única que tiene pruebas, se personifica en la Iglesia católica; luego el Estado no debe mirar á la Iglesia como á otra cualquiera confesión ó secta religiosa, debe apoyarla y protegerla como propia.

¹ Encicl. *Immortale Dei*.

CÁCERES, El Púlpito americano. IV.

Así lo enseña el gran Pontífice antes citado, por las siguientes palabras: «Las sociedades políticas no pueden obrar en conciencia como si Dios no existiese, ni volver la espalda á la religión como si les fuese extraña, ni mirarla con esquividad ni desdén, como inútil y embarazosa, ni, en fin, otorgar indiferentemente carta de vecindad á los diferentes cultos, antes por el contrario, tiene el Estado político obligación de admitir enteramente, y abiertamente profesar aquella ley y prácticas del culto divino que el mismo Dios ha demostrado que quiere, esto es, el culto de la religión católica, única verdadera, que Jesucristo en persona instituyó, confiándola á su Iglesia para que la mantuviese y dilatase en todo el universo.»¹

6. Así queda resuelta la gran dificultad que suele objetarse á la doctrina católica que vamos sustentando; así se pulveriza el famoso argumento del liberalismo en favor de la indiferencia ó ateísmo del Estado. El Estado, dicen, no es juez competente en cuestión religiosa; luego no debe profesar ninguna religión. Á esto replicaremos: No lo es ciertamente, como autoridad infalible, pero debe reconocer á quien lo es, á saber, á la Iglesia católica, dotada por Dios de magisterio infalible en materias de religión y moral. Tampoco es juez natural el Estado en cuestiones de ciencias, literatura y artes, pero respeta en casos dados, v. g., cuando ha de legislar sobre esos puntos ú otros relacionados con ellos, á los que se consideran como autoridades científicas ó literarias. Lo mismo podría decirse en materia de moral. El Estado no es juez para decidir casos de conciencia, cuestiones de derecho y otras semejantes. ¿Se deducirá de ahí que debe hacer caso omiso de la moral? ¿El Estado dejará de profesar en sus actos los principios de moralidad reconocidos por los maestros y doctores jurisconsultos y moralistas? Para

¹ Encicl. *Immortal: Dei.*

profesar, pues, la religión verdadera no se necesita que sea juez infalible, basta que sea racional, como lo son los hombres que forman la sociedad y la gobiernan. La sociedad, como dejamos expuesto, no puede dejar de conocer la existencia y la naturaleza de la religión de Jesucristo, y por tanto se encuentra en el deber de profesarla.

7. ¿Qué sucede, hermanos carísimos, cuando la sociedad no cree en Jesucristo, arrastrada por los principios de la secta liberal, y se obstina en profesar el indiferentismo en materia de religión, gloriándose de su neutralidad? ¿Qué sucede? lo que la experiencia nos ha demostrado ya bastante, especialmente en los países donde antes florecía la verdad católica. La religión verdadera decae miserablemente: en su lugar reina la irreligión, la impiedad absoluta, el ateísmo práctico, el desprecio de Dios, la apostasía general. Por no querer reconocer el orden sobrenatural establecido por Dios en el mundo, ha llegado el hombre hasta la negación del orden natural, ó sea, del primer deber moral, que es el reconocimiento y la adoración de Dios, Creador y Ordenador del universo. De la mayor altura ha caído en la más profunda sima. No es una exageración sino una deplorable realidad. El hecho de la general apostasía está atestiguado por todos, católicos y no católicos. El jurisconsulto protestante Stahl dice: «Todo reconocimiento de un mandamiento divino, toda exhortación á cumplir la voluntad del Dios vivo, han desaparecido de los tiempos presentes. La única regla de conducta son los intereses materiales del hombre.» Es decir que ha descendido la sociedad hasta el último abismo de la degradación, el estúpido é inmundo materialismo. En esto han venido á parar sus vanas pretensiones de independencia de Dios y de la Iglesia de Cristo, su reinado de la razón independiente y absolutamente libre de todo yugo. Soñó con ser Dios y se descubrió la bestia. «¡Ah!», exclama un autor contemporáneo, «si pudiera darse una

causa bastante capaz para concluir con el género humano en el orden político, social y religioso, y convertir á los hombres en fieras ó abortos del averno, tengo para mí que en vano se buscaría otra más á propósito que el liberalismo, que, como hemos visto, comienza por suprimir el orden sobrenatural en las sociedades, arroja á Jesucristo y su divina legislación del orden social, derroca por completo las creencias religiosas sin las cuales no puede subsistir la sociedad misma, y termina por hacer del hombre un ser degradado y corrompido, á pretexto de regenerarlo...¹ Y ¿habrá todavía quien se deje alucinar por tan funestas doctrinas? ¿habrá quien siga creyendo que por ellas se dignifica el hombre y prospera la sociedad? Pero ésta no sólo debe creer en Jesucristo, sino también obedecerle y acatar su ley, que todo eso significa la voz del Padre que resonó en el Tabor: *Ipsium audite*².

II.

8. Esta aserción no es más que un corolario de las verdades anteriormente sentadas. Porque claro es que por el mismo hecho de profesar la religión de Cristo, la sociedad se obliga á cumplir con los preceptos y gobernarse por las leyes de Cristo. Él es no sólo maestro único³, universal, doctor de la justicia⁴, sino soberano legislador y consumidor de la ley⁵. Su soberanía exige la obediencia de todas las criaturas racionales. Por lo mismo que su reino es espiritual, Cristo quiere reinar sobre las voluntades de los hombres, quiere el tributo del amor. «Si me amáis, guardad mis mandamientos»⁶, dijo con inefable ternura. Y ¿cómo no amar al Redentor? ¿cómo pues, sacudir el dulce yugo de su ley? «Tomad mi yugo sobre vosotros»,

¹ Ojea y Márquez, Reino de Jesucristo. ² Matth. 17, 5.

³ Ibid. 23, 8. ⁴ Joel 2, 23. ⁵ Matth. 5, 17.

⁶ Io. 14, 15.

nos dice, «porque mi yugo es suave y mi carga ligera.»¹ Es cierto que antes había dicho: «No he venido á aflojar la ley sino á completarla»², y en efecto la perfeccionó de admirable manera, cabalmente haciéndola llevadera con su gracia. Con razón, pues, y usando del derecho que le confería la misión recibida de su eterno Padre, enviaba á los apóstoles á recorrer el mundo entero y predicar á todas las naciones el Evangelio del reino, enseñando á los hombres á guardar todas las prescripciones y mandamientos que á ellos les había dado³. No cabe, pues, la menor duda de la obligación racional de obedecer á Jesucristo, desde el momento en que se le reconocen su carácter divino y su divina misión. Y este deber, carísimos hermanos, así compete al hombre en sociedad, como al hombre considerado aisladamente. ¿Por qué se había de eximir la sociedad de la obligación de obedecer á Jesucristo, Rey de reyes y Señor de las naciones? Éste es el gran crimen de la sociedad moderna regulada por las doctrinas del liberalismo, la rebelión contra Jesucristo legislador, aun aquella que pretende disfrazarse con el carácter de abstención, de prescindencia, de separación. Llámese como se quiera, ¿no es esto querer independizarse del dominio de Cristo, arrojarlo fuera del santuario de las leyes, desconocerlo enteramente? Que tal sea efectivamente el propósito de la secta político-liberal, dícelo por estas palabras León XIII: «Algo más moderados que los naturalistas, son los liberales que dicen que, en efecto, se han de regir según las leyes divinas la vida y costumbres de los particulares, pero no las del Estado, porque en las cosas públicas es permitido apartarse de los preceptos de Dios, y no tenerlo en cuenta al establecer las leyes. De donde nace aquella perniciosa consecuencia, que es necesario separar la Iglesia del

¹ Matth. 11, 29.

² Ibid. 5, 17.

³ Matth. 28, 20.

Estado. Absurdo que no es difícil conocer, por ser cosa absurdísima que el ciudadano respete á la Iglesia y el Estado la desprecie.»¹ Cosa en extremo absurda, notadlo bien, hermanos míos, es pretender que sea lícito despreciar por una parte lo que por otra se manda respetar. ¿No es esto el imposible que dijo Jesucristo, de servir á un tiempo á dos señores?² ¿Quién no ve aquí la pugna de estos dos irreconciliables enemigos, el catolicismo y el liberalismo, tan irreconciliables como la luz y las tinieblas? «El catolicismo dice: Las sociedades, lo mismo que los individuos, deben someterse entera y absolutamente á la verdad divina revelada, tanto en abstracto como en concreto, tanto en teoría como en práctica. El dogma liberal, en cualquiera de sus gradaciones, dice: Las sociedades, en cuanto tales, no deben estar sometidas á la verdad divina revelada, ó al menos hoy no conviene que lo estén prácticamente. El catolicismo afirma, el liberalismo niega. ¿Es posible poner avenencia de ningún género? No. El catolicismo y el liberalismo son dos cosas enteramente opuestas y en un todo incompatibles.»³

9. Y ¿quién más obligada que la sociedad civil á obedecer á Jesucristo y conformarse con los preceptos evangélicos? La doctrina enseñada por el divino Maestro ha venido, aunque indirectamente, á reformar la humana sociedad, sentándola sobre bases totalmente distintas de las en que reposaba antiguamente. ¿Qué sería de esta sociedad moderna si perdiese de vista las máximas del Evangelio, apartándose sistemáticamente de la Iglesia? Los principios cristianos de moralidad, justicia, autoridad y tantos otros de orden práctico, han modificado tan notablemente la vida social como se echa de ver por el cotejo de las antiguas con las modernas sociedades, de las naciones

¹ Encicl. *Libertas*. ² Matth. 6, 24. ³ *Ojea y Márquez*, Op. cit.

cristianas con las paganas. Y de tal suerte se han encarnado en las costumbres, que de ellos no podría prescindir la sociedad sin retrogradar muchos siglos, mejor dijéramos, sin suicidarse locamente. Á la disolución social pretende arrastrar la sociedad el horrible monstruo del socialismo; y éste ¿qué otra cosa es sino la rebelión total de la sociedad contra Dios y su Cristo? ¿Queréis ver todavía más claramente la necesidad de someterse á las divinas enseñanzas? Pues haced esta sencilla reflexión. La sociedad debe asentar su conducta en la moral, verdad que nadie se atrevería á discutir sin ruborizarse. Pues bien, ¿qué moral es esa á que debe atenerse la sociedad? ¿es acaso esa moral vaga, elástica y destituida de fundamentos sólidos que llaman independiente ó filosófica? Mas ¿quién no sabe que ésa está completamente desacreditada? Hablando en puridad, no hay otra moral buena y verdadera sino la que enseña Jesucristo y, en su nombre, la Iglesia, la moral cristiana. «Por su observancia», dice la Honorable Comisión del Senado de Colombia, «ha venido á formarse el Estado cristiano, título el más preciado que puede darse á los Estados modernos.» «Estado cristiano», prosigue diciendo, «es aquel cuyas instituciones, legislación y costumbres están informadas de la doctrina de verdad y pureza predicada por Jesucristo, doctrina que más civiliza á los pueblos, mientras los individuos más la practican. Hoy, enseñados por esa doctrina, tendríamos por loco ó bandido al General en Jefe que se condujese con el enemigo como lo hacían los mejores generales de la antigüedad», etc. He aquí indicados algunos de los grandes beneficios que la sociedad moderna debe á Jesucristo; pero ¿podrían obtenerse sino á condición de prestar obediencia á la ley del mismo Salvador?

10. Apartemos ya la vista del error que venimos combatiendo, y hablemos, para concluir, de otro género de negación ó desconocimiento práctico de la soberanía de

Jesucristo en que incurren por desgracia muchos sinceros católicos, aun de los que abominan los errores del liberalismo. ¿Cabe, hermanos carísimos, mayor inconsecuencia que reconocer como verdad de fe la obligación de obedecer á Jesucristo y á su Iglesia, y eso no obstante vivir como si tal cosa no se creyera? «¿No es esto», dice nuestro amadísimo Prelado, «una tristísima y deplorable manifestación de la pérdida del verdadero sentido moral? Es, en efecto, un verdadero contrasentido.»¹ «La fe sin obras es muerta»², y muertas están las almas que carecen de la gracia. «Dios», dice la Escritura, «no es Dios de muertos sino de los que viven.»³ Entonces, ¿cómo le tienen por suyo los pecadores? ¿Dónde están, pues, los verdaderos cristianos, los servidores del Dios vivo? ¡Cuán pocos van quedando por desdicha nuestra! ¡á cuántos que se llaman católicos subyuga y domina el respeto humano! ¡á cuántos arrastra la concupiscencia! De allí las infracciones á diario de la santa ley de Dios. Y de allí también, pasando más adelante en el desorden, la degradación de los caracteres. ¡Cuántos hay que, más que por malicia, por falta de carácter, quebrantan los venerandos preceptos de la Iglesia relativos al ayuno y la abstinencia! ¡cuántos que se avergüenzan de mostrarse respetuosos á la autoridad eclesiástica en este y otros puntos! ¿Á qué término tan funesto no puede conducir esta conducta á nuestra cristiana sociedad? El menosprecio de la autoridad divina, por temor á los juicios de los hombres del siglo, ¿no podría arrastrarnos hasta el envilecimiento de toda autoridad doméstica y civil? Y ¿no es ese espíritu de independencia de toda autoridad lo que constituye el fondo de la herejía de nuestra época, el liberalismo? Si, pues, como verdaderos católicos anatematizamos lo que la Iglesia condena, acatemos

¹ El Ilmo Sr. Arzob. de Bogotá, Pastoral.

² Iac. 2, 17. ³ Matth. 22, 32.

prácticamente los mandamientos de Dios, consecuentes con nuestras creencias, á fin de que el error no halle cabida en nuestros entendimientos, ni el pecado habite en nuestros corazones.

TERCERA CONFERENCIA.

La Iglesia y el Estado.

Quæ autem sunt, a Deo ordinata sunt.

Rom. 13, 1.

I. Parécenos, hermanos carísimos, haber dejado en evidencia el deber que tiene la humana sociedad de profesar la religión cristiana, sometiéndose á la soberana autoridad de Aquel á quien no dudamos haber Dios prometido darle el imperio universal: *Dabo tibi gentes hereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terræ*¹. La historia nos demuestra, que, en efecto, así lo comprendieron en la serie de los siglos las naciones de aquende el Calvario, pues no sólo el poderoso imperio romano se inclinó un día, en medio de su gloriosa carrera, ante la majestad de Jesucristo Salvador, bautizándose en la persona del gran Constantino, sino que después de caído el colosal imperio, por ley providencial que eleva y abate las naciones, las nuevas sociedades que surgieron sobre las ruinas de Roma, acaudilladas por los jefes bárbaros, doblaron también la cerviz antes indómita, para recibir de manos de la Iglesia con el agua del bautismo, la ley de Jesucristo. ¡Magnífico espectáculo el que presentó la sociedad cristiana floreciendo en todos los órdenes de la civilización! ¿Cuándo fué más grande y más feliz que cuando se sometió á la soberanía del Rey inmortal de los siglos? Entonces fué también cuando la Iglesia de Dios, reconocidos y acatados sus derechos por el poder civil, alcanzó

¹ Ps. 2, 8.

Jesucristo en que incurren por desgracia muchos sinceros católicos, aun de los que abominan los errores del liberalismo. ¿Cabe, hermanos carísimos, mayor inconsecuencia que reconocer como verdad de fe la obligación de obedecer á Jesucristo y á su Iglesia, y eso no obstante vivir como si tal cosa no se creyera? «¿No es esto», dice nuestro amadísimo Prelado, «una tristísima y deplorable manifestación de la pérdida del verdadero sentido moral? Es, en efecto, un verdadero contrasentido.»¹ «La fe sin obras es muerta»², y muertas están las almas que carecen de la gracia. «Dios», dice la Escritura, «no es Dios de muertos sino de los que viven.»³ Entonces, ¿cómo le tienen por suyo los pecadores? ¿Dónde están, pues, los verdaderos cristianos, los servidores del Dios vivo? ¡Cuán pocos van quedando por desdicha nuestra! ¡á cuántos que se llaman católicos subyuga y domina el respeto humano! ¡á cuántos arrastra la concupiscencia! De allí las infracciones á diario de la santa ley de Dios. Y de allí también, pasando más adelante en el desorden, la degradación de los caracteres. ¡Cuántos hay que, más que por malicia, por falta de carácter, quebrantan los venerandos preceptos de la Iglesia relativos al ayuno y la abstinencia! ¡cuántos que se avergüenzan de mostrarse respetuosos á la autoridad eclesiástica en este y otros puntos! ¿Á qué término tan funesto no puede conducir esta conducta á nuestra cristiana sociedad? El menosprecio de la autoridad divina, por temor á los juicios de los hombres del siglo, ¿no podría arrastrarnos hasta el envilecimiento de toda autoridad doméstica y civil? Y ¿no es ese espíritu de independencia de toda autoridad lo que constituye el fondo de la herejía de nuestra época, el liberalismo? Si, pues, como verdaderos católicos anatematizamos lo que la Iglesia condena, acatemos

¹ El Ilmo Sr. Arzob. de Bogotá, Pastoral.

² Iac. 2, 17. ³ Matth. 22, 32.

prácticamente los mandamientos de Dios, consecuentes con nuestras creencias, á fin de que el error no halle cabida en nuestros entendimientos, ni el pecado habite en nuestros corazones.

TERCERA CONFERENCIA.

La Iglesia y el Estado.

Quæ autem sunt, a Deo ordinata sunt.

Rom. 13, 1.

I. Parécenos, hermanos carísimos, haber dejado en evidencia el deber que tiene la humana sociedad de profesar la religión cristiana, sometiéndose á la soberana autoridad de Aquel á quien no dudamos haber Dios prometido darle el imperio universal: *Dabo tibi gentes hereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terræ*¹. La historia nos demuestra, que, en efecto, así lo comprendieron en la serie de los siglos las naciones de aquende el Calvario, pues no sólo el poderoso imperio romano se inclinó un día, en medio de su gloriosa carrera, ante la majestad de Jesucristo Salvador, bautizándose en la persona del gran Constantino, sino que después de caído el colosal imperio, por ley providencial que eleva y abate las naciones, las nuevas sociedades que surgieron sobre las ruinas de Roma, acaudilladas por los jefes bárbaros, doblaron también la cerviz antes indómita, para recibir de manos de la Iglesia con el agua del bautismo, la ley de Jesucristo. ¡Magnífico espectáculo el que presentó la sociedad cristiana floreciendo en todos los órdenes de la civilización! ¿Cuándo fué más grande y más feliz que cuando se sometió á la soberanía del Rey inmortal de los siglos? Entonces fué también cuando la Iglesia de Dios, reconocidos y acatados sus derechos por el poder civil, alcanzó

¹ Ps. 2, 8.

sus días de mayor gloria y prosperidad. Vióse realizado, aunque imperfectamente, aquel ideal del Estado cristiano, que es, como dice un célebre escritor¹, «la gran organización de la autoridad y de la libertad en el mundo, la sociedad civil y política en su estado normal, que sabe por qué existe, adónde debe dirigirse, por qué camino ha de marchar, qué debe hacer para labrar la felicidad de todos los miembros que la componen». El gran edificio social se ha desplomado, y es difícil prever cuándo volverá á levantarse. Entre tanto es preciso exponer la verdadera doctrina sobre las relaciones de la Iglesia y el Estado, para que los fieles no sean seducidos por teorías demoleadoras presentadas con brillantes apariencias. El Estado debe reconocer la existencia de la Iglesia, depositaria de la verdad religiosa enseñada por Cristo, y por consiguiente las prerrogativas de que goza por voluntad expresa de su fundador. Debe además vivir á su lado, rozarse con ella, entenderse amigablemente, si surge alguna duda ó cuestión de carácter mixto, mantener, en una palabra, la armonía, conforme á la sentencia del Apóstol: «Las cosas que existen, las sociedades establecidas por Dios, deben guardar la ordenación que El mismo les ha impuesto.»² Así trabajarán de consuno, cada una en su esfera, para la felicidad temporal y eterna de los hombres.

2. Para convencernos de la verdad de esta doctrina bastará formarnos el genuino concepto de cada una de esas dos sociedades supremas, la religiosa y la política, de donde resultará puesta en claro la ley de armonía que debe gobernarlas. Debemos dar por supuesto que Dios, principio y fuente de toda autoridad, como de todo ser, ha establecido las tres sociedades en que vive y se perfecciona el ser racional, la familia, el Estado y la Iglesia. Esta última la ha fundado personalmente por medio de

¹ Mr. Segur, La Libertad.

² Rom. 13, 1.

su Hijo Jesucristo. Prescindiendo de la familia, que no es una sociedad propiamente autónoma, la Iglesia y el Estado son por hoy el objeto de nuestra consideración. Empezaremos por exponer las nociones concernientes á la sociedad civil.

I.

3. ¿Cuál es, hermanos carísimos, la naturaleza de lo que llamamos *Estado*, cuál su origen, su fin y sus medios? He aquí lo primero que debemos estudiar á la luz de la sana filosofía y de las enseñanzas emanadas de la Cátedra Apostólica. «El Estado», escribe un Prelado católico, «es obra de la naturaleza ó condición del hombre, es como un producto de la humanidad, que, según el plan de Dios, debe crecer y perfeccionarse en el trascurso de los tiempos.»¹ Es, pues, obra de Dios, Criador de la naturaleza y de toda perfección en sus criaturas. No hay duda que la sociedad civil no ha nacido perfecta, como tampoco el hombre, sino que laboriosa y lentamente ha ido perfeccionándose, pasando desde el estado de tribu sencilla y desprovista de comunidades hasta el de grande y opulenta nación, exuberante de riquezas, poderío y todas las magnificencias de las sociedades modernas. Es, pues, capaz de progreso y perfeccionamiento, y esto puede explicarnos las diferentes formas en que se ha encarnado en el mundo la idea del Estado. Mas no se crea que en este mismo desarrollo de las formaciones políticas ha entrado como factor principal el cálculo ó la arbitrariedad de los hombres: la historia nos revela con señales evidentes que esas evoluciones han obedecido, más bien que á la voluntad humana, á eso que llamamos la fuerza de las cosas, que, en último análisis, viene á ser las disposiciones de la Providencia. Lo mismo, pero con mayor claridad, nos enseñan las sagradas páginas. El hombre no tiene mucho de que gloriarse por la

¹ Mons. Thiel, Ob. de Costa Rica.

perfección á que ha llegado, en varias épocas y países, en la ciencia de gobernar á los hombres. El grado de prosperidad á que llegó el pueblo de Israel en el reinado de Salomón, obra fué de la sabiduría que por modo maravilloso comunicó Dios á este grande y poderoso monarca. De aquí se infiere cuál ha sido ó podido ser el origen concreto de las sociedades civiles, reinos ó naciones. Y conviene advertir que las mismas leyes que han intervenido en la formación del Estado, lo conservan y garantizan su indestructible duración. El Estado no dejará de existir nunca, en una ú otra forma, á pesar de los insensatos esfuerzos del socialismo y del anarquismo. Dios vela sobre su obra. Dios dirige, en medio de las borrascas que levantan las pasiones, la nave del Estado. Pero, por lo mismo que es una formación natural, viva y orgánica, y no un mecanismo artificial construido exclusivamente por la mano del hombre, no un edificio fabricado con sangre y hierro, dice el Obispo antes citado, el Estado es una parte integrante del gran orden moral, del mundo ético, institución divina en su raíz, lo cual quiere decir que el Estado está esencialmente sometido á las leyes morales, la primera de las cuales, hablando en concreto, es la que formulaba el apóstol San Pablo en estas palabras: *Omnia in gloriam Dei facite*—«Todo debe servir á la gloria de Dios.»¹ He ahí la ley que olvidan lastimosamente los Estados ateos. Creen que todo debe referirse exclusivamente al hombre, al progreso, como dicen, de la humanidad.

4. No, carísimos hermanos; aunque es cierto que el fin de la sociedad constituida no es directamente otro que el bien del individuo y de la comunidad, en el orden temporal, esto es, la salud pública, la prosperidad material, que abraza los diversos ramos del comercio, la agricultura, la industria, la ciencia y el arte; todo ello debe tener por base

¹ Col. 3, 17.

principalmente el derecho, ó sea, la justicia. «La justicia», dice el Libro sagrado, «eleva las naciones, mientras que el vicio hace desgraciados á los pueblos.»¹ Según el lenguaje de la ciencia moderna, el fin del Estado es la *cultura*, palabra que encierra el derecho y la policía. Pero nótese bien que este fin, aunque supremo en su género, no lo es absolutamente, pues, como todo lo temporal y transitorio en el hombre, está sujeto al único fin supremo y último, la felicidad eterna del ser racional para gloria del Criador. Es un error trascendental de los políticos racionalistas, á los cuales siguen más ó menos de cerca los partidarios del Credo liberal, creer que el Estado es fin de sí mismo. Según esa falsa doctrina, «el Estado representa y es el poder más alto, la autoridad suprema, el derecho absoluto. No hay potestad en el cielo ni en la tierra superior ni igual á la del Estado; el Estado es la norma suprema y el último criterio de la moralidad; no hay más derechos que los que él quiere otorgar, ni más obligaciones que los que él impone; cualquiera otra sociedad, sin exceptuar la Iglesia, debe recibir del Estado las condiciones de su existencia y las leyes de su conservación y desenvolvimiento.» Así resumen la doctrina liberal, en este punto, los Venerables Prelados de la Iglesia del Ecuador². Tal concepto del Estado, carísimos hermanos, es monstruoso, inaceptable, ridículo. Eso sería la proclamación del dios Estado, la blasfemia, la demencia. De ahí resultarían los horribles abusos del poder civil que se han visto en muchas partes, en repúblicas y monarquías, bautizados con el nombre de *cesarismo*, por cuanto los Césares paganos dieron de ellos el más escandaloso ejemplo. «El cesarismo, ó sea, la exageración de la autoridad civil», dice Monseñor Segur, «es el aniquilamiento de todas las fuerzas vivas de una nación, la esclavización y la ruina de

¹ Prov. 14, 34.

² Past. colect. de los Ob. del Ecuador.

todo lo que no depende de él personalmente, de la Iglesia sobre todo; su argumento supremo no es la justicia, sino la fuerza; así el alma de un gobierno cesariano, despótico, es el ejército. . . . Su fórmula es esta blasfemia anticristiana, antinacional: «El Estado soy yo.»¹ De donde se sigue, según enseña el sumo Pontífice León XIII, que la sociedad civil no debe excluir el bien supremo del hombre, aunque directamente no lo procure; así es que, lejos de crear obstáculos, debe proporcionar oportunamente, cuanto esté de su parte, toda comodidad á los ciudadanos para que logren el bien sumo que naturalmente desean. Luego debe también procurarles la observancia de la religión verdadera.

5. Añadamos una palabra más sobre los medios de que dispone el Estado para la consecución de su fin propio y natural. Éstos son las prerrogativas que emanan de la soberanía ó autoridad suprema para procurar el bien de la comunidad, conocidos con los nombres de poderes legislativo, administrativo y judicial. En efecto ¿quién disputará al Estado el derecho de constituirse con perfecta independencia de cualquier poder extraño, en la forma de gobierno que mejor le convenga, de echar las bases de su legislación y de formar los códigos de leyes que requiere todo cuerpo social bien organizado, de emitir finalmente las leyes que las necesidades de la sociedad vayan exigiendo según las circunstancias? Todo esto está perfectamente de acuerdo con la verdadera ciencia sociológica, y la religión de Jesucristo no tiene más que bendiciones y votos de felicidad para las asambleas legislativas que toman como norte la moral social, procurando por medio de sabias leyes el bienestar de las naciones. Aun más, la Iglesia invoca al Espíritu de sabiduría para que irradie luces celestiales sobre la mente de los legisladores, y considera como sagrado el lugar donde las leyes se elaboran. Igual derecho asiste á la

¹ La Libertad, 21.

sociedad para administrar los intereses comunes y defender el derecho individual fallando en última instancia sobre asuntos de justicia. El Estado que sigue en sus actos la norma de la justicia no degenerará en tiranía ó despotismo, pero tampoco abdicará, por condescender con las malas tendencias de la multitud, aquella soberanía que la naturaleza y el buen sentido le conceden. Para alcanzar este objeto, acercándose, cuanto es posible, al ideal del Estado cristiano, le ayudará sobre manera su unión con la suprema autoridad religiosa que es la Iglesia.

II.

6. De ésta vamos á investigar también la naturaleza, el fin y los medios, para formarnos de ella el debido concepto. Oigamos al maestro de la verdad, el sumo Pontífice León XIII, que en pocas palabras reúne lo más substancial de esta doctrina. La Iglesia es aquella institución social á quien el Hijo de Dios encarnado transmitió la misión divina que Él mismo había recibido de su Padre, la de salvar eternamente las almas de los hombres. Él había dicho: «Como me envió mi Padre, así yo también os envío á vosotros.»¹ Y en otra ocasión, explicando el porqué de su venida á la tierra se había expresado así: «Yo he venido para que los hombres tengan vida y la tengan con mayor abundancia.»² Por eso la Iglesia instituida por Cristo para la salvación de todos los redimidos, no conoce límites en el espacio ni en el tiempo, siendo propia y verdaderamente católica ó universal. «Predicad», dijo á sus apóstoles Jesucristo, «el Evangelio á toda criatura racional.»³ La Iglesia, como formada de hombres, no de espíritus puros, es visible, y su organización es á la manera de toda sociedad humana, en que entran hombres de toda clase y condición: la Iglesia abraza en su seno no sólo á los justos sino á los

¹ Io. 20, 21.

² Io. 10, 10.

³ Marc. 16, 15.

pecadores, como estén iniciados por el sacramento del bautismo y no hayan renegado públicamente de su fe en Jesucristo. El reino de los cielos, la Iglesia del tiempo, decía el Salvador, es semejante á una red arrojada al mar, que recoge dentro de sus mallas todo linaje de peces, buenos y malos, éstos para ser echados fuera, aquéllos para llenar el número de los elegidos¹. Más aunque visible por su elemento humano, la Iglesia es espiritual por su objeto, los bienes del espíritu; temporal y eterna, por cuanto estos bienes se dan al hombre en el tiempo para que negocie con ellos los de la eternidad; pero ante todo sobrenatural, como fundada y edificada sobre todas las alturas adonde alcanza la naturaleza, y divina, no como quiera, sino por derecho positivo, porque fué la mano del Altísimo quien labró esos cimientos y quien la elevó sobre todas las obras de la creación: *Et ipse fundavit eam Altissimus*².

7. He aquí, pues, hermanos carísimos, á la Iglesia de Cristo, sociedad perfecta y completa, como que posee en sí misma todos los elementos necesarios para su vida, integridad y desarrollo mediante su actividad propia é inagotable, y todo por voluntad expresa y graciosa de su Fundador. Así lo han enseñado repetidas veces los maestros de la religión, los sumos Pontífices, de los que bastará citar á León XIII y á Pío IX. He aquí la proposición del *Syllabus* condenada por este último Pontífice: «La Iglesia no es verdadera y perfecta sociedad enteramente libre, ni goza de sus propios y constantes derechos á ella conferidos por su divino Fundador, sino que pertenece á la potestad civil definir cuáles son los derechos de la Iglesia y dentro de qué límites puede ejercer esos mismos derechos.»³ Tal es la doctrina reprobada por el supremo magisterio; ¿qué católico se atreverá á profesarla? ¿qué poder, por grande que sea, tendrá el valor de disputar á la Iglesia

¹ Matth. 13, 47.

² Ps. 86, 5.

³ *Syllab.* prop. 19.

sus derechos? ¿No valdría eso tanto como disputarle á Dios el poder de conferirlos á quien le plazca? Y ¿no es Dios la fuente misma de todo derecho en ambos órdenes, natural y sobrenatural? Luego mal podría someterse á ninguna otra autoridad sobre la tierra, la soberanía espiritual de la Iglesia. Y este gran abuso, sin embargo, se ha llegado á cometer alguna vez entre nosotros, lo mismo que en otros países de América y Europa. ¡Qué lamentable aberración de ideas, introducida y fomentada por esa escuela del liberalismo que todavía trae fascinados á millares de espíritus, generosos tal vez, pero irreflexivos! La Iglesia es superior á cualquier otra sociedad, aun á la sociedad civil, así por la alteza de su fin, la gloria de Dios en la salvación eterna de las almas, como por la suprema importancia del mismo, la verdadera felicidad del hombre, y consiguientemente, por la universalidad de su objeto y de su esfera de acción. Ella existe de derecho en todo el globo porque su misión abraza á todos los hombres y naciones. Nadie puede estorbarle el paso ni cerrarle las puertas de sus dominios, porque, como la luz, debe penetrar en todas partes para llevar á todos la verdad y la vida. Su jurisdicción es inmensa, porque comprende todos los asuntos de la religión, todas las cosas sagradas, esto es, pertenecientes á Dios y al orden espiritual. Sagradas son las personas de los ministros del culto, sagrados los sacramentos, los bienes eclesiásticos, los edificios religiosos, la misma enseñanza de la religión y la moral. ¡Ah! ¡y en cuántos de estos objetos sagrados ha osado poner la mano sacrílega el poder civil, el Estado liberal!

8. Finalmente, los medios de que dispone la Iglesia para conseguir su fin son primeramente el magisterio ó poder de enseñar la verdad, y luego el ministerio propiamente dicho de salvación, ó sea, el poder de santificar las almas por la dispensación de la gracia. Ambos poderes se fundan en la autoridad de Jesucristo, que se los transmitió á su

Iglesia: «Enseñad á todas las naciones.»¹ «Quien á vosotros oye, me oye á mí.»² He ahí el encargo hecho á la Iglesia de guardar la doctrina revelada y enseñarla fielmente á las humanas generaciones hasta la consumación de los siglos, que para eso promete Cristo estar con los suyos hasta que el tiempo se concluya. «El hombre», escribía el Apóstol, «debe mirarnos como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios.»³ «Yo os he engendrado en Cristo Jesús por la predicación del Evangelio.»⁴ Así es que la Iglesia por medio de los sacramentos, con los cuales se comunica la gracia, da y perfecciona la vida sobrenatural á la humanidad regenerada. Ambos poderes, los más grandes y asombrosos que Dios ha podido comunicar á los hombres, son plena y exclusivamente propios de la Iglesia. ¡Ay de quien osara tocarlos ó coartarlos! Y sin embargo ¡qué de veces, no sólo entre gentiles sino entre católicos, se ha querido amordazar é impedir su acción á la Iglesia de Dios! Para garantía de esos supremos poderes tiene la Iglesia la soberanía espiritual que como á sociedad perfecta le compete, y, por consiguiente, el triple poder, legislativo, administrativo y judicial en su esfera, así para mover á los hombres y encaminarlos á su fin sobrenatural, como para moverse á sí misma libre y ordenadamente. De allí proviene ese admirable derecho canónico, esa jurisprudencia eclesiástica, esa liturgia sagrada, monumentos de sobrehumana sabiduría en el gobierno de las almas. Posee, pues, el plenísimo derecho de vivir y obrar con entera libertad para cumplir la divina misión que ha recibido. ¡Oh! y ¡cuán celoso es Dios de la libertad de su Esposa! Y ¡cuánta sangre ha costado á los ministros de la Iglesia la defensa de esa libertad contra los ataques de poderes seculares que querían estranglarla! Señalaremos

¹ Matth. 28, 19.² Luc. 10, 16.³ I Cor. 4, 1.⁴ Ibid. 15.

finalmente entre las maravillas de la Iglesia aquella admirable organización jerárquica, con la cual ningún otro organismo social es comparable ni en perfección ni en duración. Reúne con la más inquebrantable inmutabilidad de principios, la más elástica flexibilidad en todo lo accidental y accesorio, que le permite acomodarse, sin mengua de su dignidad, á todas las vicisitudes de tiempos y lugares.

Expuestas así sumariamente la índole y condiciones de entrambas sociedades, civil y eclesiástica, podremos ya pasar á confrontarlas para deducir por consecuencia la verdad de nuestra tesis.

III.

9. Y en primer lugar, ¿puede haber conflictos entre la Iglesia y el Estado? ¿Puede haberlos, pregunto yo, como alguien ha pretendido demostrarlo, entre la ciencia y la fe? ¡Conflictos imaginarios, pretendidos conflictos, nada más, hermanos carísimos! ¿Cómo ha de existir oposición real entre dos obras de un Dios infinitamente sabio? Muévase cada poder dentro de su propia órbita, y no habrá ni podrá haber choques ni colisiones. Escuchad al sapientísimo León XIII: «Contiéndense ambas á dos sociedades distintamente dentro de términos definidos por la naturaleza de cada cual y por su causa próxima; de ahí resulta una *doble* esfera de acción.» La Iglesia, como atestigua la historia, ha reconocido siempre al Estado como soberano en lo temporal, y lo ha enseñado así á los fieles; ha acatado y acata hoy mismo al poder público rodeándolo de prestigio ante los pueblos con su doctrina y ejemplo. Acusar á la Iglesia de hostilizar al Estado, de usurpar sus derechos, sería calumniarla inicuaemente, sería hacer lo de Pilatos con Cristo, por más que Jesús había dicho: «Dad al César lo que es del César.»¹ Otra cosa muy diferente es protestar

¹ Matth. 22, 21.

contra los abusos y desafueros de gobiernos despóticos, como los ha habido en todas partes, que por todos los medios posibles han tratado de perseguir y aniquilar á la Iglesia de Cristo, ya en las personas sagradas de sus ministros, ya en sus bienes, ya finalmente en el libre ejercicio de su ministerio. No ha sido, pues, la Iglesia, sino el Estado no cristiano, quien ha promovido esos reclamos, que no pueden llamarse conflictos, pues no han nacido del uso legítimo, sino del abuso de la autoridad por una de las partes. El Estado, debiendo ser cristiano, como lo hemos demostrado, debe reconocer á la Iglesia sus derechos de sociedad perfecta en su género, y no tratarla como á una de tantas sociedades imperfectas que viven y se desarrollan dentro del Estado mismo. La Iglesia, si bien se considera, no está dentro del Estado, como parte integrante, y en este sentido tampoco el Estado está dentro de la Iglesia; el uno está fuera de la otra. Sin embargo, estos dos poderes, aunque soberanos cada uno en su esfera, no puede decirse que sean iguales; muy lejos de eso, dice un notable escritor, «el Estado no es igual á la Iglesia, del mismo modo que la razón no es igual á la fe, la naturaleza no lo es á la gracia, ni el hombre lo es á Jesucristo.»¹

10. Síguese de aquí, hermanos carísimos, que las dos potestades deben vivir en perfecta armonía, según el plan divino y la misma naturaleza de las cosas. En efecto, como discurre un filósofo cristiano², no deben discordar aquellas sociedades que tienen por sujeto á una misma persona, al hombre, y que con la unión aprovechan mutuamente. Cuánta ventaja resulta al Estado de su alianza con la Iglesia, dícelo León XIII por estas palabras: «Son tantos los bienes que la sociedad civil recibe de la Iglesia, que ni más en número ni mejores en calidad le resultarían si el primero y principal objeto de la Iglesia fuese asegurar

¹ Mons. Segur, La Libertad.

² Vallet, Filosofía.

la prosperidad de la vida presente.» En virtud de esta armonía, continúa diciendo el Pontífice, se logra aquella *constitución cristiana* del Estado en la cual la humana sociedad alcanza necesariamente el sumo grado de perfección, porque en ella «lo divino y lo humano se ordenan convenientemente, los derechos individuales se respetan inviolablemente, quedando á cubierto bajo la égida de las leyes divinas, naturales y humanas, y finalmente el cumplimiento de los deberes se halla sancionado con oportuna eficacia. Consiguiente á la pública, reinará la felicidad en la sociedad doméstica, regulados por la justicia los derechos y los deberes de los cónyuges, una vez que se respete por la ley civil la santidad del matrimonio uno é indisoluble. Y volviendo á la esfera política, en el Estado unido con la Iglesia, las leyes se enderezan al bien común, como dictadas por la razón desapasionada, la autoridad del Gobierno reviste á los ojos de los gobernados un carácter sagrado, y la sumisión de los ciudadanos se dignifica y enaltece apoyada en la sumisión del hombre á Dios.»

11. Esta armonía, como veis, envuelve necesariamente cierto género de subordinación del Estado á la Iglesia, lo cual no debe alarmar al espíritu más celoso de las prerrogativas de la soberanía civil. No por cierto, porque, como muy bien escribe Monseñor Segur, esta subordinación de lo temporal á lo espiritual, no es una abdicación del Estado en provecho de la Iglesia; pensarlo sería un grosero error. El Estado cristiano no abdica su autoridad y su libertad de obrar, como tampoco las abdica la familia obedeciendo á su pastor que le enseña y aconseja. Siguiendo esta conducta se impiden los extravíos en la familia, se garantizan los derechos de sus miembros, se ilustran y determinan todos los deberes, se evita el mal, se practica la virtud, se hace reinar á Jesucristo en la familia: he aquí todo. ¿Qué hay aquí de abdicación de la autoridad paterna? Esto mismo pasa en el Estado cuando el poder que le

rige se somete á Jesucristo, sometiéndose á la Iglesia. En cambio, digámoslo así, de su subordinación á la autoridad sobrenatural de la Iglesia, los individuos y las familias se someten voluntariamente á la autoridad del Estado. «Fuera de este orden no hay más que el caos, rebeliones y revoluciones. Fuera de esta subordinación de poderes no existe libertad verdadera.»¹ ¿Dónde, pues, reinan la libertad verdadera y la justicia social sino en el Estado cristiano, esto es, en el que vive en armonía con la Iglesia? ¿No es éste el ideal de una sociedad civil perfecta? Las virtudes cristianas que con esta armonía se fomentan, cuales son la caridad, la equidad, la obediencia, ¡cuánto no ayudan y contribuyen á la felicidad social! La doctrina de Cristo forma, como escribía San Agustín², soldados, magistrados, recaudadores del fisco, padres de familia, sirvientes, etc., los mejores en su clase. Resulta, pues, lo que escribió Ivón de Chartres á Pascual II: «Cuando el imperio y el sacerdocio viven en buena armonía, el mundo está bien gobernado y la Iglesia florece y fructifica.»

¿No os parece, hermanos carísimos, suficientemente esclarecida nuestra tesis? Desconfiad, pues, de esas doctrinas que la combaten, desconfiad de la escuela religioso-política que pretende establecer entre nosotros la funesta teoría de la separación de la Iglesia y del Estado.

¡A qué colmo de desgracias no ha conducido esta doctrina á la mayor parte de las naciones modernas! ¡Qué estragos no ha causado ya á la nuestra! Escarmentemos.

¹ Mons. *Segur*, op. cit.

² Ep. ad Marcellin.

CUARTA CONFERENCIA.

Las libertades modernas opuestas á la soberanía de Jesucristo.

Subintroierunt quidam homines... impii, Dei nostri gratiam transferentes in luxuriam, et solum Dominatorem et Dominum nostrum Iesum Christum negantes.

Iud. 4.

I. ¿Cuál es esa licencia en que dice el apóstol San Judas que trocaron ciertos hombres impíos la gracia de nuestro Señor Jesucristo, renegando del solo Señor y único Dominador? Seguramente es la libertad del hombre tomada en absoluto, sin freno ni respeto á poder alguno superior que la modere, como verdadera soberanía colocada en frente de la soberanía de Jesucristo. Sólo de Dios y de su Verbo puede predicarse la libertad absoluta, porque no hay dominio sobre la voluntad omnipotente. Pero en tratándose de libertad de criatura debe sentarse por base la siguiente observación del sumo Pontífice León XIII: «Es imprescindible que el hombre todo se mantenga verdadera y perfectamente sometido al dominio de Dios; por tanto no puede concebirse la libertad humana sino sumisa á Dios y á su voluntad.» «La libertad verdadera», dice el piadoso Monseñor Segur, «es la facultad que posee un ser dotado de razón de realizar su fin último, de hacer aquello á que está obligado, de cumplir su misión sobre la tierra, ó más claro todavía, de cumplir plenamente y en todo la santísima voluntad de Dios.» De manera, hermanos carísimos, que entender de otro modo la libertad, no queriendo sujetarse á este orden esencial, es rebelarse contra la suprema autoridad de Dios, lo cual no es en manera alguna atributo del ser libre, sino detestable abuso de una libertad ó facultad de obrar puramente física. Y este abuso, que ha querido la falsa ciencia erigir en derecho, es, según la enseñanza de León XIII, la quinta esencia del liberalismo.

rige se somete á Jesucristo, sometiéndose á la Iglesia. En cambio, digámoslo así, de su subordinación á la autoridad sobrenatural de la Iglesia, los individuos y las familias se someten voluntariamente á la autoridad del Estado. «Fuera de este orden no hay más que el caos, rebeliones y revoluciones. Fuera de esta subordinación de poderes no existe libertad verdadera.»¹ ¿Dónde, pues, reinan la libertad verdadera y la justicia social sino en el Estado cristiano, esto es, en el que vive en armonía con la Iglesia? ¿No es éste el ideal de una sociedad civil perfecta? Las virtudes cristianas que con esta armonía se fomentan, cuales son la caridad, la equidad, la obediencia, ¡cuánto no ayudan y contribuyen á la felicidad social! La doctrina de Cristo forma, como escribía San Agustín², soldados, magistrados, recaudadores del fisco, padres de familia, sirvientes, etc., los mejores en su clase. Resulta, pues, lo que escribió Ivón de Chartres á Pascual II: «Cuando el imperio y el sacerdocio viven en buena armonía, el mundo está bien gobernado y la Iglesia florece y fructifica.»

¿No os parece, hermanos carísimos, suficientemente esclarecida nuestra tesis? Desconfiad, pues, de esas doctrinas que la combaten, desconfiad de la escuela religioso-política que pretende establecer entre nosotros la funesta teoría de la separación de la Iglesia y del Estado.

¡A qué colmo de desgracias no ha conducido esta doctrina á la mayor parte de las naciones modernas! ¡Qué estragos no ha causado ya á la nuestra! Escarmentemos.

¹ Mons. *Segur*, op. cit.

² Ep. ad Marcellin.

CUARTA CONFERENCIA.

Las libertades modernas opuestas á la soberanía de Jesucristo.

Subintroierunt quidam homines... impii, Dei nostri gratiam transferentes in luxuriam, et solum Dominatorem et Dominum nostrum Iesum Christum negantes.

Iud. 4.

I. ¿Cuál es esa licencia en que dice el apóstol San Judas que trocaron ciertos hombres impíos la gracia de nuestro Señor Jesucristo, renegando del solo Señor y único Dominador? Seguramente es la libertad del hombre tomada en absoluto, sin freno ni respeto á poder alguno superior que la modere, como verdadera soberanía colocada en frente de la soberanía de Jesucristo. Sólo de Dios y de su Verbo puede predicarse la libertad absoluta, porque no hay dominio sobre la voluntad omnipotente. Pero en tratándose de libertad de criatura debe sentarse por base la siguiente observación del sumo Pontífice León XIII: «Es imprescindible que el hombre todo se mantenga verdadera y perfectamente sometido al dominio de Dios; por tanto no puede concebirse la libertad humana sino sumisa á Dios y á su voluntad.» «La libertad verdadera», dice el piadoso Monseñor Segur, «es la facultad que posee un ser dotado de razón de realizar su fin último, de hacer aquello á que está obligado, de cumplir su misión sobre la tierra, ó más claro todavía, de cumplir plenamente y en todo la santísima voluntad de Dios.» De manera, hermanos carísimos, que entender de otro modo la libertad, no queriendo sujetarse á este orden esencial, es rebelarse contra la suprema autoridad de Dios, lo cual no es en manera alguna atributo del ser libre, sino detestable abuso de una libertad ó facultad de obrar puramente física. Y este abuso, que ha querido la falsa ciencia erigir en derecho, es, según la enseñanza de León XIII, la quinta esencia del liberalismo.

Ved si este sistema no lleva en sus mismas entrañas un veneno mortífero, infernal. Lleva además la fea nota de falsario, pues va vendiendo á los incautos la falsa libertad por verdadera, haciéndoles creer que es un derecho natural lo que no es más que un abuso, y que es un sentimiento noble y una aspiración generosa lo que no es más que un espíritu de soberbia y rebelión contra Jesucristo y su soberanía. De este abuso ó licencia nacen esas falsas libertades alegadas hoy como derechos del hombre y de la sociedad, como conquistas de la civilización moderna y pasos agigantados en la senda del progreso, y que la Iglesia ha condenado constantemente desde que se proclamaron en el mundo, y León XIII ha llamado en sus doctas encíclicas «libertades de perdición». Tales son la libertad de cultos, la de pensar, hablar y publicar por la prensa todo género de escritos, las de enseñanza y de conciencia. Tomaremos en consideración las principales para ver qué debemos pensar de ellas, no sólo según el juicio de la Iglesia, sino también según los dictámenes de la recta razón.

I.

2. Empecemos por la llamada libertad de cultos. Es la doctrina que afirma que «todo hombre tiene derecho para profesar exteriormente el culto ó la religión que sea de su agrado, y que, en consecuencia, el Estado puede proteger todos esos cultos, verdaderos ó falsos, con tal que no ofendan la moral universal ni perturben el orden público». ¿Qué juzgar de esta doctrina? Que es evidentemente falsa en su mismo fundamento, ó sea, en la facultad que atribuye á todo hombre de elegir cualquiera religión, verdadera ó falsa, siendo así que debe moralmente elegir la única verdadera, pues sería una insensatez, á la vez que un desorden, seguir el error y la mentira en una materia de tanta importancia como la religión. Esta doctrina es por lo mismo injuriosa á Dios, á quien supone indiferente

para todos los cultos, aunque opuestos y contradictorios, ó falto de providencia para dar á conocer al hombre la verdadera religión que Él mismo ha revelado. Es finalmente, como ha dicho el Papa Pío IX, dañosa á la sociedad, porque propende á propagar en ella el indiferentismo religioso¹. ¿Quién no ve, carísimos hermanos, que la pretendida libertad de que tratamos tiende á pervertir al hombre y á la sociedad induciéndole á abandonar una obligación tan grave y tan sagrada como la de tributar á Dios no un culto cualquiera, sino el culto debido, esto es, verdadero? ¿Qué virtud moral puede haber en el hombre sin la religión que, como dice León XIII, *es la primera y reguladora de todas las virtudes*?² El pretexto para apoyar esta falsa libertad, si es que hay alguno que merezca tomarse en consideración, no es otro más que la supuesta imposibilidad de discernir la verdadera religión de las falsas, dado que todas son tenidas por verdaderas por los que las profesan de buena fe. El protestante cree que es verdadera la secta luterana en que nació y que aprendió de sus padres; hasta el mahometano y el chino pretenden estar en la verdad religiosa por más absurdos que sean para nosotros los cultos de Mahoma y de Confucio. Que profesen, pues, todos, dice el católico liberal, la religión que á cada uno le parezca verdadera, así como yo profeso la mía, que tengo por tal porque en ella he nacido y en ella he sido educado, y es la que profesa la nación que llamo patria. De manera que, según este modo de discurrir, no hay religión ninguna *objetivamente* verdadera, sino que todas *son creídas* tales por sus prosélitos, sin que nadie pueda saber con plena certidumbre cuál es en definitiva la verdadera y cuáles son las falsas. Y ¿no es esto, hermanos míos, un pleno y perfecto *escepticismo* religioso? Y quien lo profesa, ¿piensa todavía ser católico?

¹ *Syllab.* prop. 79.² Encicl. *Libertas*.

¿Qué fe es esa que no le asegura al creyente la verdad de lo que cree, que le deja vacilante y perplejo en medio de la variedad de creencias que advierte en derredor? ¿Es así como debe creer el católico dispuesto á dar la vida por defender la verdad de su credo? Calculad por aquí qué clase de catolicismo profesan los partidarios de la libertad de cultos. El católico sabe muy bien, porque Dios se lo ha enseñado, que su religión es la única verdadera, y que todas las otras mal llamadas religiones, aun las que se dicen cristianas, son falsas, y de consiguiente inaceptables. Oíd al oráculo infalible: «Con respecto á la religión el decir que entre distintas y aun contrarias formas de culto, lo mismo da una que otra, es venir á confesar que no se quiere aprobar ni practicar ninguna, lo cual, si difiere del ateísmo en el nombre, en realidad es la misma cosa, supuesto que quien cree en la existencia de Dios, si es consecuente y no quiere caer en un absurdo, ha de confesar necesariamente que las formas del culto divino que se practican, y en las cuales hay tan grande diferencia y tanta semejanza y contrariedad, aun en cosas de suma importancia, no pueden ser todas igualmente aceptables á Dios.»¹ Por otra parte, el tal escepticismo ó duda razonable sobre la verdadera religión, no existe ni puede existir, porque repugna, como dicen, *a priori* que Dios, en su providencia, no hubiese dado al hombre medios aptos para conocer la verdad en materia de tanta importancia, y de la cual indudablemente puede seguirse su salvación ó su eterna desventura. Pero ¿y no ha dado Dios al hombre la razón como criterio seguro para discernir la verdad así en este punto como en otro cualquiera? Y á la religión misma ¿no la ha provisto de notas ó señales inequívocas por las cuales pueda ser reconocida y distinguida de los cultos inventados por los hombres? ¿No hay una ciencia

¹ Encicl. *Immortale Dei*.

crítica que sirve de preámbulo para la fe? Luego la libertad de cultos sólo puede ser del agrado de los incrédulos ó de los malos católicos.

3. Siendo, pues, falso el principio, debe serlo también la consecuencia, esto es, el derecho del Estado para proteger igualmente la profesión pública de todos los cultos. Por el contrario, debiendo él también profesar la religión verdadera, la católica, debe declararlo así, defenderla y protegerla para el bien de la comunidad, excluyendo de su protección las falsas religiones. ¿Por qué conceder iguales derechos y prerrogativas al error que á la verdad? ¿Es este proceder conforme á la justicia? Esta conducta del Estado moderno tiene por base el error de que cada ciudadano es libre para seguir la religión de su capricho, error que dejamos combatido. No existiendo tal derecho, el Estado no comete ninguna injusticia negando su protección á los cultos falsos, disidentes ó paganos. ¿Sabéis lo que pensaba el santo Pontífice Pío VII acerca de esta libertad? Oíd su augusta palabra, enteramente de acuerdo con la de sus santísimos sucesores: «Debajo de esta igual protección de todos los cultos se esconde y disfraza la persecución más peligrosa y más astuta que sea posible imaginar de la Iglesia de Jesucristo, y, desgraciadamente, la mejor combinada para destruirla, si posible fuera que la fuerza y las artimañas del infierno llegasen á prevalecer contra ella.»¹ ¿Cómo, pues, no alarmarse la conciencia católica con la propaganda de una libertad tan perniciosa, que favoreciendo la irreligión y el ateísmo, trata de destruir y aniquilar la única verdadera religión de Jesucristo? El menor mal que esa libertad legalmente reconocida podría ocasionar sería destruir la unidad religiosa de una nación católica, sancionando el libre ejercicio de todos los cultos; y ¿os parece, hermanos carísimos, pequeña

¹ Encicl. de 22 de Mayo 1808.

pérdida esa de la unidad de creencias para un pueblo? ¡Ah! ¿no sabéis que la unidad religiosa es de inmensa utilidad para la sociedad, así como la libertad de cultos es, según León XIII, dañósísima á la libertad verdadera, tanto de los que gobiernan como de los gobernados?¹ Cosa muy distinta de la libertad aunque nada apetecible en sí misma, es lo que se llama *tolerancia* de cultos. Aquélla los autoriza, les da derecho de existir, ésta solamente los permite, los *tolera* como mal necesario que no puede remediar. «La Iglesia», dice León XIII, «sin conceder el menor derecho sino sólo á lo verdadero y honesto, no rehusa ni reprueba que la autoridad pública soporte algunas cosas ajenas de verdad y justicia, con el objeto de evitar un mal mayor, ó de adquirir ó conservar mayores bienes.» En esto la Iglesia sigue ó imita el gobierno providentísimo de Dios, que, pudiendo impedir totalmente el mal, ha preferido, como enseña San Agustín, que haya males en el mundo. La autoridad no puede en ningún caso, y así lo ha declarado la Sede Apostólica, aprobar positivamente el mal ni quererlo en sí mismo, así como Dios no quiere que se obre el mal por sus criaturas, pero permite que haya males, lo cual, dice Santo Tomás, es bueno. Este proceder pertenece á la prudencia política, la cual ha de ceñirse estrictamente á los límites que exige el público bienestar, de tal manera que si la tolerancia del mal trae á la sociedad mayores males que los que se trata de evitar con ella, entonces ya no es lícita, porque ya no tiene razón de bien. Pero el liberalismo, en lo tocante á tolerancia dista mucho de la prudencia y equidad de la Iglesia. Concede á todos, menos á la misma Iglesia, libertad ilimitada hasta igualar la falsedad con la verdad, la santidad con la impostura; y á la Iglesia, porque protesta, como es de su deber, acúsala de intolerante y enemiga

¹ Encicl. *Libertas*.

de la libertad. Pasemos á examinar las libertades de pensamiento y de palabra á la luz de las enseñanzas de la razón y de la fe.

II.

4. En tan delicadas materias, aunque la razón habla con sobrada evidencia, parécenos más conveniente en esta cátedra, donde no pretendemos ser más que órganos de la doctrina católica, ceder la palabra al gran maestro que ha ilustrado al mundo moderno desde las alturas del Vaticano. Su voz autorizada y sabia vale más que todos nuestros razonamientos. Esta libertad absoluta, esto es, sin freno ni moderación alguna, lejos de ser un bien para la sociedad, dice León XIII, es fuente y origen de muchos males. Porque, hablando en general, siendo la libertad una facultad que perfecciona al hombre, debe versar sobre lo verdadero y lo bueno, y la verdad y la bondad de las cosas no cambian según el capricho, sino que son inmutables como la naturaleza. Por donde, si la inteligencia asiente á opiniones falsas y la voluntad abraza el mal, ambas facultades decaen y se pervierten. . . . Ahora bien, la libertad sobredicha de pensar y hablar cuanto se quiera, es poderoso medio para apartar las inteligencias de la verdad y las almas de la virtud, propalando toda clase de errores y excitando al vicio con la libre propaganda de doctrinas inmorales. . . . Concedida á quien quiera, continúa diciendo el Padre Santo, libertad ilimitada de hablar y escribir, no quedará nada sagrado é inviolable, no se perdonará ni aun á aquellos grandes dictámenes ó principios de la naturaleza, tan llenos de verdad, que deben mirarse como patrimonio común y nobilísimo del género humano. Las tinieblas irán ocultando poco á poco la verdad, y, como acaece con frecuencia, fácilmente predominarán los errores más perniciosos y extravagantes. Con lo cual gana tanto la licencia como pierde la libertad verdadera; ésta

es tanto mayor y más segura cuanto mayor sea la represión del libertinaje. Añadamos la observación oportuna de nuestro prudentísimo Prelado: «La experiencia de nuestra misma patria hace incontestables los conceptos sobredichos.»¹ Por donde claramente aparece demostrada, carísimos hermanos, la incompatibilidad del liberalismo colombiano—como de todo liberalismo—con la doctrina de la Iglesia católica.

5. Apoyemos esta saludable doctrina con un razonamiento sencillo y al alcance de todas las inteligencias. El fundamento de tales libertades otorgadas por el Estado, no puede ser más falso ni más absurdo, como que no es otro que la libertad ó el derecho que el hombre pretende tener á pensar lo que quiera, sea verdad ó mentira, acerca de cualquier asunto. La razón sostiene que, no siendo el humano entendimiento la medida ó regla de las cosas—que esto es atributo del entendimiento divino—debe ajustarse á ellas, y de ellas, ó de su realidad evidente, depende el pensamiento. No existe libertad donde está trazado por ley inflexible el camino que debe seguirse. Al entendimiento le traza el camino la naturaleza inmutable ó la realidad inexorable de las cosas. ¿Puede acaso pensar el hombre que goza de sana razón que el círculo es un triángulo, ó que no tiene todos los puntos de la circunferencia equidistantes del centro? ¿Puede pensar que el hombre es igual á la bestia? ¿ó que no existe Dios? ¿ó que el bien y el mal moral no se distinguen esencialmente? Y lo que se dice de estas verdades de sentido común, dígase de otras innumerables de evidencia más ó menos inmediata. Aun respecto de las verdades no evidentes, es falso el principio de que puede pensarse ú opinarse lo que se quiere, pues no es la voluntad en ningún caso la reguladora del pensamiento; debe pensarse lo que más se acerca á la verdad, ó no emitirse juicio alguno si la verdad se

¹ Mons. *Herrera y R.*, Arzob. de Bogotá, Pastoral.

oculta enteramente. La filosofía enseña que el entendimiento está subordinado á la voluntad únicamente en cuanto al ejercicio, pudiendo aplicarse á tal ó cual objeto según la libre determinación de la reina de nuestras potencias. Pero ni aun en este caso puede llamarse libre el pensamiento, puesto que queda siempre sometido á la ley moral que no le permite ocuparse en cualquier género de objetos: los hay de tal naturaleza, que no puede lícitamente fijar sobre ellos su mirada. ¿Á qué queda, pues, reducida la famosa libertad de pensar?

6. Luego tampoco tiene el hombre, como ser moral, la libertad absoluta de expresar sus pensamientos de palabra ó por escrito, ó de divulgarlos por la prensa. ¿Con qué derecho divulgaría los falsos conceptos que forjase su loco cerebro? La facultad de hablar no se ha concedido al ser racional sino para servir á la verdad y á la virtud, no para encarnar en la palabra errores y sentimientos pecaminosos. ¿Se quiere por ventura proclamar por buena y laudable la libertad del engaño y del escándalo? Ésta la rechazan abiertamente las gentes sensatas y honorables.

Por aquí puede también juzgarse del valor de la libertad *ilimitada* de enseñanza. «Es contrario á la razón—habla León XIII—pretender que sea lícito dar al hombre (al niño principalmente) toda clase de enseñanzas ó doctrinas, aun en el supuesto de que el que oye sea capaz de discernir el bien del mal, lo verdadero de lo falso.» Y ¿os parece que pueden hacer esto los hombres en su gran mayoría? «La mayor parte de los ciudadanos», dice el mencionado Papa, «no es capaz de precaverse contra los artificios y astucias de la dialéctica (ó sofística), y menos cuando ésta halaga las pasiones.» Por consiguiente, siendo tan inminente y casi cierto el riesgo de ser engañado que corre el vulgo ignorante que forma la masa de la sociedad, no puede el Estado, ó poder público, sin lesión de los derechos de la comunidad, otorgar esa licencia (más bien que libertad), tanto

más cuanto que la autoridad y el prestigio de los maestros vale mucho para alucinar á los incautos é inermes discípulos que apenas pueden juzgar por sí mismos de la verdad de lo que se les enseña. Á este propósito podría repetirse la observación de nuestro Prelado sobre lo experimentado aquí mismo con ocasión de la libertad de enseñar en ciertos colegios doctrinas heterodoxas y revolucionarias, con daño incalculable para las almas de tantos niños y jóvenes como han bebido en esas fuentes el veneno de la incredulidad y de la corrupción. Y el resultado ha trascendido, como sabéis muy bien, á la sociedad entera, comprometiendo en ocasiones la tranquilidad de la República.

7. Por lo que hace á la tan decantada libertad de la prensa, reprobada, en su carácter de absoluta, por los sumos Pontífices Pío IX y León XIII, bastará oír á Gregorio XVI que gravísimamente la condena por las siguientes palabras: «Hablamos de aquella pésima y nunca bien aborrecida y execrada libertad de dar á luz toda clase de libros, que, con tanto daño de la sociedad, algunos se atreven á reclamar. . . . Nos asfixia esa atmósfera de errores que por todas partes se difunden en una multitud de libros, libelos y escritos, si pequeños en dimensiones, grandes en malicia, por los cuales lloramos la maldición fulminada sobre la tierra. . . .» Refuta el Pontífice la especiosa razón que suele darse de que el mal causado por la libertad de la prensa tiene su remedio y contraveneno en la misma libertad, por cuanto se publican también libremente buenos libros. «Es un gran crimen», dice, «improbado por todo derecho, consumir un mal cierto, y gravísimo con la esperanza (ó presunción) de sacar de allí algún bien. ¿Hay, por ventura, quien crea bueno difundir libremente los venenos, venderlos sin precauciones, porque haya algún remedio que en ocasiones pueda librar de la muerte á los envenenados?» La razón, hermanos carísimos,

habla por boca del Padre Santo. ¿Á qué atribuir la mayor parte de los inmensos males que hoy afligen á la sociedad sino al desborde de la prensa libre? ¿Cómo es que la buena prensa, con tantas publicaciones como se han hecho para contrarrestar el influjo de la mala, no ha podido evitar los estragos causados por ésta? Se comprende perfectamente que es más fácil hacer el mal que remediarlo. ¿Qué dicta, pues, la prudencia, el buen sentido? Prevenir el mal, reprimiendo ó suprimiendo la causa que lo produce, si es posible. Y ¿por qué no ha de serlo? Basta legislar sobre la prensa, hacerla responsable y castigar los delitos de imprenta. Pero en ningún caso puede reconocer el poder público, como ningún hombre sensato, el derecho de escribir y publicar toda clase de escritos sin sujeción á leyes divinas ni humanas, lo cual equivaldría al derecho de blasfemar, de calumniar, de corromper, de seducir, de promover la sedición y demoler la sociedad. ¿Quién podría imaginar que tales y tan monstruosos derechos se concedieran hoy en cartas y constituciones políticas? ¡Así anda hoy la sociedad! exclama con razón un estadista católico¹. Mas dejando ya este punto, pasemos á juzgar la llamada libertad de conciencia, término equivoco que es preciso definir.

III.

8. En lenguaje liberal ó librepensador, libertad de conciencia vale tanto como libertad religiosa, esto es, libertad de profesar la religión que á cada uno mejor le parezca, ó de no tener ninguna; libertad protegida, se entiende, por el poder público que garantiza á todos los ciudadanos el libre ejercicio de su culto. No hablamos aquí, carísimos hermanos, de lo que en estas cuestiones sobre libertades modernas se ha llamado *la hipótesis*, esto es, lo que la

¹ *Sardá y Salvany*, Revista popular.
CÁCERES, El Púlpito americano. IV.

necesidad ha obligado á aceptar en determinadas circunstancias de la sociedad, aun contra el derecho, y sólo como mal menor. Hablamos de la *tesis* en sí misma, de lo que las tales libertades son en sí, consideradas á la luz de la razón católica y del sentido común. Hecha esta advertencia necesaria, y prescindiendo de la hipótesis, decimos que la libertad de conciencia tal como queda definida, es tan absurda como el sistema racionalista en que tiene su apoyo y fundamento. En efecto, dicha libertad, lo mismo que la de pensar, supone la autonomía de la razón humana, ó sea la independencia de la razón de cualquier otra autoridad, en lo que consiste el racionalismo. Ciertamente que el Estado ú otra autoridad humana no puede imponer á ningún hombre la religión, aun la verdadera, porque no es eso de su competencia, ni puede el Estado subordinar á sí los actos internos; pero hay otra ley, emanada de la autoridad divina, que sí puede exigir la sumisión de la inteligencia y de la voluntad al dogma y al culto revelado y prescrito, so pena de perdición eterna, por la voluntad de Dios. Y la Iglesia es el órgano de esta ley divina y ha recibido la misión de intimarla á todos los hombres. No tiene, pues, el hombre, en estas ventajosas condiciones en que le ha colocado la Providencia, el derecho de forjarse una religión á su antojo, ó de no profesar ningún culto, porque este derecho sería contrario á los derechos de Dios y de su Iglesia. La libertad *física* que Dios ha dejado al hombre para que abrace la verdad con mérito propio, no debe confundirse con la libertad *moral* de que ahora tratamos y que en realidad no existe. El Estado puede concederla, con derecho ó sin él, pero esa libertad civil no es tampoco la moral ó que autorice ante Dios y la conciencia recta. He aquí por qué se encuentra condenada en el *Syllabus* de Pío IX la proposición que dice: «Todo hombre es libre para abrazar y profesar la religión que, guiado por la luz de la razón, juzgue

verdadera.»¹ Parecerá á alguno cosa extraña que se impruebe al hombre seguir la luz de la razón, pero es porque, en materia religiosa, no basta la razón, es preciso guiarse principalmente por las luces de la revelación, y de ésta se prescinde en la proposición condenada.

9. Hay otra libertad de conciencia, buena y verdadera, que consiste en poder, en medio de la sociedad civil, seguir sin obstáculo el dictamen de la conciencia ilustrada por la fe, ó lo que tanto vale, en poder cumplir, sin que nadie se lo estorbe, los mandamientos de Dios, de acuerdo con las prescripciones de la propia conciencia. Esta hermosa facultad es lo que en lenguaje de la Escritura se llama la santa libertad de los hijos de Dios², es la libertad de que nos dotó Cristo nuestro Redentor³, la que reivindicaron los apóstoles, los mártires y los apologistas del cristianismo. Esta libertad que tan gloriosamente protege la dignidad de la persona humana, haciéndola superior á todas las violencias y opresiones del despotismo, es la que la Iglesia ha reclamado en todo tiempo y no cesará de reclamar. Pero ¿quién no ve que esta misma libertad, tan provechosa para el hombre, no es sino un testimonio auténtico de la soberanía absoluta de Dios y de la sumisión de la criatura racional á su Criador en cumplimiento del primero de todos los deberes? ¿Qué diferencia entre esta libertad y aquella que el liberalismo se atreve á llamar libertad de conciencia! He aquí como se expresa un sabio y piadoso escritor: «La libertad de conciencia en el sentido liberal es la libertad de servir al demonio: la otra, es la de servir á Dios como Él quiere y la Iglesia nos enseña. Dentro de esta vasta esfera de verdad y de buen orden ejercemos nuestra libertad en materia de religión; fuera de ella no sería ya libertad, degeneraría en licencia. Con tal que no salgamos de esta esfera, tenemos derecho á

¹ *Syllab.* prop. 15.² Rom. 8, 21.³ Gal. 4, 31.

una plena y entera libertad. . . . Nosotros debemos ser libres en el servicio de Dios, y la autoridad, ya religiosa, ya doméstica, que nos gobierna, no debe jamás comprimir, ni menos cortar el vuelo de nuestra conciencia.»¹

10. Aquí tenéis, hermanos carísimos, lo que valen las famosas libertades proclamadas todavía como las grandes conquistas de la moderna civilización, como elementos esenciales del engrandecimiento de las naciones. Donde estas libertades no están reconocidas y sancionadas por el Estado, se dice que reina la tiranía, el oscurantismo, el gobierno inquisitorial del tiempo de la colonia: donde el Estado las ha proclamado abiertamente, se vocifera que allí se ha entrado por la senda del progreso, que por ese camino se irá á grandes pasos al engrandecimiento, á la felicidad. Y ¿qué dice á todo esto la experiencia? Óigasela, ya que no se quiera escuchar á la Iglesia, maestra infalible y madre cariñosa de los pueblos que ella misma ha amamantado y educado. La experiencia, ó mejor dicho, la evidencia de los ojos nos está mostrando el resultado de esas falsas libertades en el embrutecimiento de las almas por la irreligión, el libertinaje y el espíritu de revolución que las agita. Allí se ve el poder público y la sociedad entera amenazados de continuo por la hidra, cada día más furiosa, del socialismo, apenas contenido por la fuerza material. Se ha quitado todo freno moral á las masas, y la ola revolucionaria sube y se encrespa hora por hora. . . . ¡Plegue á Dios salvarnos en su misericordia! *Miserere nostri, Domine, miserere nostri!*

¹ Mons. Segur, op. cit.

CONFERENCIAS FAMILIARES SOBRE LAS TRIBULACIONES.

PRIMERA CONFERENCIA.

El misterio de la tribulación.

Quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te.

Tob. 12, 13.

Oportebat Christum pati . . .

Luc. 24, 46.

1. Pocas cosas habrá, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, de que se haga mención tan frecuente en los sagrados Libros como la *tribulación*, pocas palabras que tantas veces allí se repitan como ésta. ¡Cuántas veces no ocurre hablar de tribulaciones en la historia del pueblo de Dios! ¡cuántas en los libros proféticos! David repite en la mayor parte de sus salmos sus lamentos, oraciones y palabras de consuelo en las mil tribulaciones de que se vió cercado en su azarosa vida. Habla del *día* y del *tiempo* de la tribulación como para darnos á entender que las hay pasajeras y efímeras, aunque frecuentes, y largas y porfiadas que forman época en la vida del hombre y en la historia de los pueblos. Con la tribulación va unida por lo regular la angustia: *Tribulatio et angustia invenerunt me*¹, el dolor: «Hallé la tribulación y el dolor»², las tinieblas, el hambre, la ira, la indignación, la pobreza, la blasfemia . . . circunstancias que la hacen en extremo temible y espantosa, aunque, por otra parte, se ve que en los justos puede ir

¹ Ps. 118, 143.

² Ibid. 114, 3.

una plena y entera libertad. . . . Nosotros debemos ser libres en el servicio de Dios, y la autoridad, ya religiosa, ya doméstica, que nos gobierna, no debe jamás comprimir, ni menos cortar el vuelo de nuestra conciencia.»¹

10. Aquí tenéis, hermanos carísimos, lo que valen las famosas libertades proclamadas todavía como las grandes conquistas de la moderna civilización, como elementos esenciales del engrandecimiento de las naciones. Donde estas libertades no están reconocidas y sancionadas por el Estado, se dice que reina la tiranía, el oscurantismo, el gobierno inquisitorial del tiempo de la colonia: donde el Estado las ha proclamado abiertamente, se vocifera que allí se ha entrado por la senda del progreso, que por ese camino se irá á grandes pasos al engrandecimiento, á la felicidad. Y ¿qué dice á todo esto la experiencia? Óigasela, ya que no se quiera escuchar á la Iglesia, maestra infalible y madre cariñosa de los pueblos que ella misma ha amamantado y educado. La experiencia, ó mejor dicho, la evidencia de los ojos nos está mostrando el resultado de esas falsas libertades en el embrutecimiento de las almas por la irreligión, el libertinaje y el espíritu de revolución que las agita. Allí se ve el poder público y la sociedad entera amenazados de continuo por la hidra, cada día más furiosa, del socialismo, apenas contenido por la fuerza material. Se ha quitado todo freno moral á las masas, y la ola revolucionaria sube y se encrespa hora por hora. . . . ¡Plegue á Dios salvarnos en su misericordia! *Miserere nostri, Domine, miserere nostri!*

¹ Mons. Segur, op. cit.

CONFERENCIAS FAMILIARES SOBRE LAS TRIBULACIONES.

PRIMERA CONFERENCIA.

El misterio de la tribulación.

Quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te.

Tob. 12, 13.

Oportebat Christum pati . . .

Luc. 24, 46.

1. Pocas cosas habrá, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, de que se haga mención tan frecuente en los sagrados Libros como la *tribulación*, pocas palabras que tantas veces allí se repitan como ésta. ¡Cuántas veces no ocurre hablar de tribulaciones en la historia del pueblo de Dios! ¡cuántas en los libros proféticos! David repite en la mayor parte de sus salmos sus lamentos, oraciones y palabras de consuelo en las mil tribulaciones de que se vió cercado en su azarosa vida. Habla del *día* y del *tiempo* de la tribulación como para darnos á entender que las hay pasajeras y efímeras, aunque frecuentes, y largas y porfiadas que forman época en la vida del hombre y en la historia de los pueblos. Con la tribulación va unida por lo regular la angustia: *Tribulatio et angustia invenerunt me*¹, el dolor: «Hallé la tribulación y el dolor»², las tinieblas, el hambre, la ira, la indignación, la pobreza, la blasfemia . . . circunstancias que la hacen en extremo temible y espantosa, aunque, por otra parte, se ve que en los justos puede ir

¹ Ps. 118, 143.

² Ibid. 114, 3.

acompañada no sólo de resignación, sino de gozo sobreabundante, como le aconteció al Apóstol¹, y es materia de merecimientos y ejercicio de virtudes². Gran cosa es, sin duda, la tribulación y objeto digno de las reflexiones del cristiano y del ministro de la palabra en la cátedra sagrada.

2. En efecto, ¿cómo no reflexionar sobre lo que tanto nos preocupa? y ¿cómo no ha de ocupar nuestro pensamiento lo que tan acerbamente nos aflige? Aflige á buenos y malos, porque, si por un lado oímos á un Antíoco, sacrilego perseguidor y tirano, exclamar en el lecho de agonía: «¡En qué abismo de tribulación he venido á dar!»³ oímos por otro al gran Apóstol de las gentes confesar que «no ha tenido descanso alguno su cuerpo fatigado, antes ha padecido toda clase de tribulaciones»⁴, bien compensadas en verdad con los consuelos que le proporcionaba el fervor de los nuevos cristianos. La tribulación es, según esto, patrimonio universal de la familia humana, ó más bien, pena y castigo impuesto á toda la descendencia culpable de Adán el pecador. No hay duda sino que en ella se encierran grandes misterios que no nos es prohibido tratar de conocer á fin de saber arreglar nuestra conducta en medio de esa atmósfera de tribulación en que estamos condenados á vivir. Apliquémonos, pues, amados fieles, á hacer algunas provechosas consideraciones, bajo el amparo y la protección de nuestra Madre amantísima, la Virgen María, sobre el tema cristiano y religioso de la tribulación, procurando, con la luz del cielo, descifrar sus misterios, reconocer su valor y excelencias, averiguar sus causas y buscar los remedios oportunos y eficaces que lleven el alivio á nuestros lacerados corazones. *Deus noster refugium et virtus, adiutor in tribulationibus*¹—Dios en

¹ 2 Cor. 7, 4.² Rom. 12, 12; Apoc. 7, 14.³ 1 Mach. 6, 11.⁴ 2 Cor. 7, 5.

todo caso es y será nuestro refugio y fortaleza y auxilio en las tribulaciones, y después de Dios, María, consoladora de afligidos y amparo de arrepentidos pecadores. En la presente conferencia trataremos de descifrar el misterio de la tribulación, después de trazar á grandes rasgos el espantoso cuadro de las tribulaciones de la vida humana.

I.

3. ¿Á qué trazar, me diréis, el cuadro sombrío y desgarrador de las humanas tribulaciones? ¿No valdría más, para sentir menos agudo su aguijón, apartar de él nuestras miradas? ¿No valdría más no pensar siquiera en que estamos sufriendo? Por otra parte, ¿no llevamos continuamente detrás de nosotros esta sombra pavorosa del dolor que nos sigue á todas partes? «Mi dolor», decía el real Profeta, «está siempre en mi presencia.»² Y Jeremías preguntaba: «¿Por qué se ha vuelto perpetuo mi dolor?»³ El Apóstol confesaba que «se veía abrumado de tristeza y era su dolor continuo»⁴. Y ¿quién de nosotros, hermanos carísimos, no está dispuesto á hacer el recuento, tal vez abultado, de los padecimientos de que se cree víctima? ¿quién no tiene á la vista los sufrimientos generales de la sociedad? Conviene, sin embargo, presentarlos todos como en un vasto panorama, ya para mirarlos de frente, y mostrar que no nos amilana ni acobarda su calidad ni su muchedumbre, ya también para que, viendo más al ojo su gravedad y su número, alcemos al cielo con más fervor nuestras plegarias, como alzaba el Profeta su clamor de lo profundo de la tribulación en que yacía⁵.

Y ¿por dónde empezaremos á delinear este cuadro? Distinguiremos primero las tribulaciones generales y las

¹ Ps. 45, 1.² Ibid. 27, 18.³ Jer. 15, 18.⁴ Rom. 9, 2.⁵ Ps. 129, 1.

particulares. Y dando principio por éstas, no porque sean mayores, sino porque de más cerca nos afectan y parece que más nos afligen y atormentan, figuran en primer lugar las que hieren directamente el corazón y nacen de lo pasado, del estado presente y de lo porvenir. Como la angustiada Susana, podemos decir todos los infelices mortales: *Angustiae sunt mihi undique* — «Las angustias me rodean por todos lados.»¹ Si miro á lo pasado, la conciencia de mis culpas me hiere con el remordimiento; ó si la penitencia me consuela y tranquiliza algún tanto, sobreviene la cruel espina de la duda sobre si seré al presente digno del amor ó del odio de un Dios santo y justiciero. Ninguna tribulación, entre cuantas puede padecer el alma humana, dice San Agustín, es mayor que la conciencia de los delitos cometidos². Y si miro á lo presente, ¿por ventura estoy ó puedo estar satisfecho de mí mismo? ¿No me rodean dolores de infierno, como al Profeta³, tentaciones violentas ó sugestiones diabólicas que me arrastran al abismo de la condenación? y mis propias pasiones ¿no me dan continua y ruda guerra? ¿Qué tortura no experimenta el alma colocada entre estas dos fuerzas de atracción tan poderosas, la una hacia Dios y la otra hacia las criaturas! El mismo San Pablo se lamentaba de esta guerra⁴. Y de allí surgen aquellos espesos nubarrones de la duda para un cierto é incierto porvenir. ¿Qué será de mí en definitiva? ¿Cuál será mi suerte para siempre? ¿Cuántas penas amarguísimas suelen sufrir las almas timoratas á quienes preocupa el cuidado de su eternidad! Y aun aquellas que no extienden sus miras más allá de la vida presente ¿cuánto no suelen afanarse y afligirse por el porvenir siempre lleno de tinieblas! ¿Cuántos no se ven tentados á lanzarse en el abismo de la desesperación! ¿Cuáles serán, hermanos míos, las

¹ Dan. 13, 22.² Apud *Segneri*, Serm. 27.³ Ps. 17, 6.⁴ Rom. 7, 24.

angustias que preceden al suicidio? ¡Oh! ¡qué mar de tribulaciones en que al fin naufraga el desdichado pecador! Añadid las pesadumbres causadas por la persecución de enemigos gratuitos, por la envidia y la calumnia, la deslealtad y la perfidia, el odio y la venganza y todas las pasiones humanas que, como fieras rabiosas desgarran los corazones de los hombres, y tendréis un bosquejo más completo de las tribulaciones que aquejan á la pobre humanidad.

4. Pero ¿y los trabajos que afectan directamente al cuerpo, pasando de allí á conturbar el espíritu? ¿son acaso menores en número y calidad? Si no hubiera otros más que las enfermedades y la muerte ¿no sería ya sobrado? Pues añadid la pobreza con su cortejo de privaciones y padecimientos consiguientes, la miseria en todas sus horripilantes formas y manifestaciones. Tended la vista por todas las enfermedades y miserias de que están llenos los hospitales de todo el mundo, ¡qué incalculable multitud y variedad de males! No hay parte del cuerpo que no esté afligida por alguno ó muchos de ellos á la vez. ¡Cabeza, oídos, ojos, sentidos, miembros todos del miserable cuerpo humano, presa sois de acerbísimos y agudísimos dolores! Con razón se escuchan por todas partes ayes y gemidos, y á cada paso se levantan gritos que parten el corazón. Y los desvelos y el cansancio y el quebrantamiento de huesos, y el calor y el frío de las fiebres, y el temblor de las convulsiones, y el crujir de dientes de los moribundos, y las agonías y congojas de la última hora . . . ¡qué acervo tan espantoso de dolores y tribulaciones! Y si, como los buenos socios de las Conferencias de San Vicente de Paúl, visitaseis las humildes moradas de los pobres, las chozas y cabañas donde se alberga la miseria, ¿qué no veríais allí que os haría tal vez derramar lágrimas de compasión? Hogares sin fuego, enfermos sin recursos, niños sin alimento ni vestido, corazones lacerados por la penuria y tal vez más

por el vicio y la desesperación. Verdaderamente es preciso verlo con los propios ojos y tocarlo con las manos para conocer la extensión y profundidad de este abismo de penalidades abierto en nuestro siglo por el horrible monstruo que se ha llamado «pauperismo». Leed siquiera las estadísticas de la miseria y veréis cuántos son los pobres seres destinados á sufrir. Y eso por más que multiplique el Estado sus subsidios y la caridad cristiana sus inagotables socorros. Pero ¿acaso padecen solamente los que no tienen comodidades para la vida? ¿no hay también tribulaciones, y muy grandes, para los ricos y afortunados del mundo? Las hay seguramente, hermanos carísimos, y quizás más dolorosas por ser los sujetos más sensibles y menos avezados al dolor. En vano buscaréis algún sujeto tan dichoso que la tribulación no le visite algunas veces, lastimándole el cuerpo ó el espíritu.

5. Y si alguno hubiese sobre la haz de la tierra que nada tuviese que sufrir en su persona, no podría menos de participar de los golpes de las calamidades públicas ó tribulaciones generales de la familia y de la sociedad. ¿Quién hay que no tenga padres, hermanos, deudos, ó siquiera amigos? Y el que de todo esto careciera, hallándose solo y desamparado en el mundo, ya sería bastante desgraciado. Pues ¿en qué familia no hay algún miembro adolorido? Y si algún miembro padece, claro está que ha de sentirlo todo el cuerpo. ¿Qué tribulación mayor para un padre ó madre de familia que la enfermedad grave de alguno de los hijos? Y si la muerte lo arrebatara ¡qué dolor tan vivo y penetrante! Es como si les arrancasen á ellos mismos un pedazo del corazón. Y si el padre ó la madre son los que padecen, agonizan ó mueren, ¿quién dirá la acerbidad del quebranto de los hijos? Imposible medir la pena del esposo ó de la esposa, causada por el sufrimiento de uno de los dos consortes; y, á proporción, y según el grado de amor y aprecio mutuo, el pesar de los her-

manos y demás miembros de una familia atribulada donde reina la ley del verdadero amor cristiano. Ello es que, á medida de la satisfacción y del contento que se disfruta en la felicidad común, así es la tribulación que siembra en la familia la presencia del dolor cuando se ceba en alguno de los que la componen. Y la amistad ¿no brinda también placeres y pesares? Mirad á los tres amigos del virtuoso y atribulado Job. Apenas llega á su conocimiento la desgracia de su amigo, pónense en camino para ir á visitarle y llevarle algún consuelo¹. Llegan, alzan los ojos á cierta distancia del enfermo tendido en un muladar, no le conocen, pero ciertos de la verdad del caso, prorrumpen en alaridos de dolor, rasgan sus vestidos y cubren de polvo sus cabezas, anegados en llanto. Así permanecen sentados con él sobre la tierra, por espacio de siete días y siete noches, sin poder articular palabra, y todo ¿por qué? *Videbant enim dolorem esse vehementem*:—¡Ah! porque el dolor era muy grande. Grandes eran los sufrimientos del Patriarca; no menos grande, el pesar de sus amigos. Tales son las tribulaciones de la familia.

6. Y, á proporción, son todavía mayores las de la sociedad. ¿Quién es capaz de describir el horror de una de esas calamidades públicas que azotan de tiempo en tiempo, por altos consejos de Dios, las ciudades y las naciones enteras? Figuraos, si no lo habéis visto con vuestros propios ojos, la desolación de un país diezmado por la peste, los campos devastados por la guerra, los edificios convertidos en escombros por la violencia del terremoto, las cenizas amontonadas por las llamas del incendio y tantos otros espectáculos semejantes, capaces de helar la sangre en las venas de los que los contemplan. Entonces sí que puede decir cada uno: *Dolores inferni circumdederunt me, preoccupaverunt me laquei mortis!*² La muerte asoma por

¹ Job 2, 11 et seqq.

² Ps. 17, 6.

todos lados su descarnado rostro, tiende sus lazos por doquiera, no hay paso seguro, no se sabe adónde huir ni qué camino coger. Reina por todas partes el pánico, los corazones todos están cubiertos de luto, los semblantes pálidos, las mejillas bañadas en lágrimas. ¡Qué cuadro el de Jerusalén desierta y subyugada por sus enemigos, pintado por el inspirado cantor de sus ruinas! ¡Qué consternación no infunde en el ánimo la sola narración de las grandes calamidades, aun á muchos millares de leguas de distancia del suceso! Y ¿qué tribulaciones más sensibles para el corazón cristiano que las que afligen á la Iglesia, y principalmente, á su cabeza visible, el Padre común de los fieles? Ante esas grandes y sacrílegas persecuciones, despojos y violencias de que suele ser víctima la santa Esposa de Jesucristo, todas las demás tribulaciones parecen pequeñas, porque hieren solamente intereses humanos, mientras con aquéllas se lastiman y destrozan intereses de Dios. ¡Ah! y sin embargo, parece que va haciéndose insensible nuestro corazón á esas desgracias, quizás á fuerza de haberse hecho tan frecuentes por la malicia de los tiempos. De todos modos, no desfalleciendo nuestra fe, no dejará de afligirnos hondamente la situación calamitosa de la Iglesia, nuestra querida Madre. Tampoco nos hallarán insensibles las calamidades que agobian á nuestra infortunada patria. Ellas oprimen nuestro corazón; y estos piadosos cultos, tributados á la que es consuelo de afligidos, son una fervorosa plegaria para mover á piedad las entrañas del Padre de las misericordias, á fin de que trueque en días de felicidad estas horas de amargura. Para ello queremos también estudiar, á la luz de la doctrina católica, el gran misterio de la tribulación.

II.

7. Que algún misterio se oculte en la tribulación, hermanos carísimos, no parece que pueda ponerse en duda,

á lo menos en una multitud de casos en que la razón humana no sabe darse cuenta del porqué de los padecimientos de la vida. El Eclesiastés nos dice que acontece una cosa vanísima sobre la tierra, y es que hay justos á quienes les sobrevienen males como si ellos hubiesen obrado como los impíos, y hay impíos que viven tan seguros y felices como si tuviesen obras de justos¹. Pero al mismo tiempo nos advierte el escritor sagrado que el hombre no puede hallar la razón de todas las obras de Dios que se efectúan debajo del sol, y por más que diga el sabio que la conoce, jamás podrá descubrirla². ¿Cómo, pues, intentar nosotros encontrar la explicación de las humanas tribulaciones? Pretensión intolerable sería ciertamente, si no nos guiara la luz misma de los divinos oráculos, la enseñanza de la Iglesia y la doctrina de los sabios. Ésta nos dice en primer lugar que la tribulación es un mal necesario, y luego, que es un bien apetecible. Fijémonos por hoy en la primera aserción. Y ¿de dónde ha de provenir esa necesidad? Pues primeramente del orden natural de las cosas, y en segundo lugar de la economía ó disposición divina en el orden sobrenatural. Reconocida su necesidad, ya nos será la tribulación más llevadera.

8. La existencia de la tribulación en el mundo, y por consiguiente su origen, está estrechamente ligada con la existencia y el origen del mal, grande y profundo problema de la filosofía y de la religión. Sin pretender ocuparme en dar su solución, me bastará hacerlos ver que el mal, en el orden físico, depende de la naturaleza misma de las cosas finitas, según están ordenadas por el soberano Creador, libre y contingentemente, sí, pero de un modo regular, constante y uniforme. Por lo que hace al mal moral, único verdaderamente digno de llamarse así, por ser un desorden de la criatura racional, también depende de la natural

¹ Eccl. 8, 14.

² Ibid. 8, 17.

condición del hombre libre, aunque sujeto á la ley moral. Entremos en algunas consideraciones acerca de esta verdad. Los que llamamos males físicos, ó que provienen de los agentes naturales, no lo son en absoluto sino sólo relativamente; lo que es mal para un ser, es bien para otro, v. g. la destrucción de una vida para el sostenimiento de otra vida superior, la muerte de los animales para la vida del hombre. Aun respecto de un mismo ser, lo que es mal en un sentido ó bajo un aspecto, puede ser bien en otro sentido, como lo que amarga el paladar puede servir para quitar un dolor ó dar la salud al cuerpo. Y esto ¿de qué depende? De que cada una de las criaturas obra y produce su efecto conforme á su naturaleza y actividad ó virtud que le es connatural. Y en este sentido todos los fenómenos naturales son buenos. Bueno es que el fuego quemé y el sol abraza y el agua corra é inunde los campos y arrolle en su impetuosa corriente cuanto se le ponga delante, porque obrando así, cumple cada uno de estos agentes con la ley que le impuso el Criador y Ordenador del universo. Bueno es que el animal, y por consiguiente el hombre también, expuesto como está, en medio de la creación, á la acción de mil elementos deletéreos, sufra el efecto de sus golpes y caiga finalmente vencido por ellos, perdiendo la vida corporal bajo el hacha de la muerte. ¿Por qué no ha de morir lo que es mortal? ¿por qué no se han de cumplir en él las leyes de la naturaleza? ¿Habrá Dios de suspenderlas ó cambiarlas? No por cierto, á no ser en un caso particular en que Él quisiera hacerse presente por una intervención preternatural. Luego el que llamamos mal físico es necesario con necesidad no absoluta, pero relativa ó fundada en la estabilidad del orden físico. Á propósito dice el ingenioso Doctor San Agustín: *Non est magnus qui magnum putat lapides cadere aut mortales mori* — «No da muestras de gran entendimiento el que cree una maravilla que caigan las piedras ó que mueran los

mortales.» Lo grande y maravilloso, ó sea milagroso, sería que sucediera todo lo contrario. Pero esos accidentes naturales son para nosotros, en ciertas circunstancias, causa de pérdida de bienes y de dolores y padecimientos crueles que nos atribulan. ¿Y qué pensar entonces? ¿que son males? Séanlo enhorabuena, si así queremos llamarlos ó por tales los estimamos, juzgando más que con la razón, con el sentimiento y la pasión; pero, en todo caso, son males necesarios como dejamos expuesto, y, aunque Dios pudiera impedirlos, no quiere ó no ha querido hacerlo por razones de altísima sabiduría, y nosotros debemos conformar nuestra voluntad con la de nuestro Señor y Soberano. Entonces es cuando nos cumple exclamar con el mismo Hijo de Dios: *Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te* — «Bien está, oh Padre celestial, porque así plugo á tu voluntad.»¹ Y con el santo Profeta de Idumea: *Dominus dedit, Dominus abstulit* — «El Señor me dió, el Señor me quitó; sea su nombre bendito.»² De Dios viene todo cuanto hacen las causas segundas que obran por ciego impulso. Él es quien las mueve, Él es quien las sostiene y concurre con ellas para que produzcan sus efectos. Sin su voluntad no se mueve la hoja de un árbol. Todo, pues, cuanto en el orden físico nos contraría y mortifica, todo viene de la mano del Criador, y dada su voluntad, es para nosotros una tribulación necesaria.

9. Y en el orden moral ¿cómo se explican, hermanos carísimos, nuestras tribulaciones? Prescindiendo por ahora de la intervención especial de la justicia ó de la providencia divina en las males y trabajos, públicos ó particulares, que nos afligen, intervención de que adelante hablaremos, basta tener en cuenta nuestra condición natural de agentes libres para comprender el porqué de la mayor parte de las penalidades de la vida. Nosotros mismos somos nuestros

¹ Matth. 11, 26.² Iob 1, 31.

atormentadores. ¡Ah! si no abusásemos, como tan frecuentemente lo hacemos, de nuestro libre albedrío, no padeceríamos la mitad de los males que sufrimos y hacemos sufrir á nuestros semejantes. Aquí pudiéramos aplicar la palabra sagrada: ¿De dónde provienen las guerras y discordias tan funestas para los individuos y las naciones enteras? ¿Por ventura no traen su origen de las concupiscencias de los mismos hombres, de la ambición, de la codicia, de la envidia, del odio y de todas las malas pasiones que fermentan en el corazón humano? Pues si eso decimos de la guerra, ¿no podríamos discurrir de un modo análogo respecto de la enfermedad, de la pobreza, de la deshonra y de todas las naturales consecuencias de nuestros desórdenes, que son otros tantos golpes que descarga sobre nosotros el azote de la tribulación? Y después de todo, ¿no son en cierto modo necesarias todas esas que llamamos desgracias y calamidades? ¿Acaso no es necesario, dada la humana libertad y la defectibilidad al hombre inherente, que haya abusos y desórdenes? Pues ¿no dice Jesucristo: *Necesse est ut veniant scandala* — «Preciso es que haya escándalos en el mundo»¹? Y en el mismo reino de Dios, que es la Iglesia del tiempo, como explica San Gregorio, ¿no ha de haber escándalos é iniquidades que los ángeles habrán de recoger el último día cuando la consumación de los siglos?² Luego tiene que haber tribulaciones en el mundo, como tiene que haber pecadores y pecados que las causen. En una palabra, carísimos hermanos, las tribulaciones, como los abrojos y las espinas, son el fruto natural de este valle de lágrimas, según la sentencia lanzada por Dios en el paraíso contra el hombre prevaricador: *Spinis et tribulis germinabit tibi* — «La tierra germinará para ti espinas y abrojos.»³ Habitamos una tierra maldita, no ya el paraíso de delicias de donde fuimos arrojados para siempre. La

¹ Matth. 18, 7.² Ibid. 13, 41.³ Gen. 3, 18.

tribulación es, pues, la ley de nuestra vida. El pecado es el constante agujón de la muerte¹ y de los males que la preceden y acompañan.

10. Pero subamos algo más arriba para descubrir más claramente el misterio ó secreto de nuestras tribulaciones. Recordemos que vivimos en un orden sobrenatural, adonde nos ha elevado la bondad de nuestro Dios por el sacramento de la redención. En este orden hemos de buscar y encontrar la última explicación de los misterios de nuestra vida, pues, aunque el orden sobrenatural no destruya la naturaleza sobre que descansa, la modifica, sobre todo en la esfera moral, que es la esfera de la vida humana. ¿Cuál es, pues, la razón definitiva y suprema de esta necesidad de vivir en medio de la tribulación? ¡Ah! ¡cristianos que me escucháis, cristianos atribulados y afligidos! la razón es la soberana disposición de Dios, que ha hecho de la tribulación el medio, la condición, el instrumento de la salvación eterna. *Quoniam per multas tribulationes oportet nos introire in regnum Dei*². Así lo enseñaba el Apóstol de las gentes á los perseguidos discípulos de la primitiva Iglesia. El mismo Dueño y Señor de la gloria ¿no tuvo necesidad de padecer para entrar en ella?³ ¿Quién ignora la economía divina de la redención? ¿Ésta no había de efectuarse por medio de la cruz? «Cristo Jesús», dice el Apóstol, «para santificar por medio de su sangre al pueblo, padeció fuera de la puerta de la ciudad.»⁴ Y San Pedro nos hace ver que así como el Redentor padeció para salvarnos, así nosotros debemos padecer siguiendo su ejemplo: *Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum*⁵. Por eso decía el mismo Señor por boca de su Profeta: *In flagella paratus sum* — «Preparado estoy para los azotes»⁶; y nosotros, á su imitación, debemos inclinar reverentes nuestras

¹ I Cor. 15, 56.² Act. 14, 21.³ Luc. 24, 26.⁴ Hebr. 13, 12.⁵ I Petr. 2, 21.⁶ Ps. 37, 18.

espaldas para recibir, los golpes de los azotes que Dios quiera descargar sobre ellas, ora sea de enfermedades, ora de ignominias, ora de cualquier otro género de amargas. Éste fué siempre el camino que anduvieron los discípulos de Cristo, y aunque alguno de ellos fuese arrebatado al tercer cielo, no por eso dejó de sufrir adversidades. Por el contrario, cuanto más cerca estuvo de Jesús, tanto mayor fué la parte que le cupo en el cáliz de la pasión. «Yo le mostraré», dijo Jesús hablando de Pablo, «cuánto tendrá que padecer por mi nombre.»¹ «Toda la vida de Cristo», dice la Imitación, «fué cruz y martirio, y ¿quieres tú para ti descanso y gozo? Yerras, yerras, si buscas otra cosa que padecer tribulaciones, porque toda esta vida mortal está llena de miserias y señalada por todas partes con cruces.»² Lo que hemos visto, carísimos hermanos: miserias en el orden natural y cruces en el sobrenatural; en todas partes, tribulaciones y dolores. Que ésta sea la condición para alcanzar la gloria de la bienaventuranza, dícelo San Pablo: *Si compatimur, ut et conglorificemur* — «Si hemos de ser glorificados con Él, hemos de padecer también con Él.»³ Ésta es finalmente nuestra vocación, según aquellas palabras de San Pedro: *In hoc vocati estis* — «Á esto habéis sido llamados, esto es, á padecer como Cristo.»⁴ «La vocación á padecer puede considerarse como consecuencia de la vocación á gozar en el reino de los cielos, ó sea, de la vocación á seguir á Jesucristo, á ser cristiano.»⁵ Ya el Apóstol había dicho resueltamente: «Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, padecerán persecución.»⁶ Y él mismo ¡á qué género de tribulación no se vió expuesto! Oíd cómo escribe á sus queridos fieles de Corinto: «No queremos que ignoréis, hermanos, la tribulación que hemos padecido en Asia, porque sobre manera ha pesado sobre

¹ Act. 9, 18.² *De Imit.* lib. 2, c. 12.³ Rom. 8, 17.⁴ 1 Petr. 2, 21.⁵ *Aug.* in Ps. 55.⁶ 2 Tim. 3, 12.

nosotros, sobrepujando nuestras fuerzas tanto que hasta nos fastidiaba vivir»¹; y más adelante enumera las muchas clases de padecimientos sufridos en mar y tierra, las cárceles, las heridas, la muerte, á cuyas puertas se ha hallado en muchas ocasiones, los peligros de que se ha visto rodeado en las ciudades y en los campos, ya de parte de los propios, ya de los extraños, de los enemigos y de los falsos hermanos, y luego las fatigas, las vigias, el hambre y la sed, los ayunos, el frío y la desnudez, fuera de otros trabajos exteriores, como el ministerio diario y la solicitud por todas las iglesias y la compasión de los males ajenos². ¡Qué cúmulo de tribulaciones! Así demostraba ser apóstol y verdadero seguidor de Cristo. ¡Admirable providencia del Señor, hacer de un mal necesario un instrumento de santificación y como el camino triunfal de la eterna bienaventuranza! ¡Cuánto no debemos á la bondad divina por esta maravillosa disposición! He aquí cómo el Autor de la naturaleza y de la gracia eleva los agentes naturales á la categoría de instrumentos de orden sobrenatural. Pues bien, hermanos carísimos, así como los males físicos, los trastornos atmosféricos, las tempestades y temporales suelen ser precursores de bienes, así las aflicciones de la vida nos presagian abundancia de gracias en esta peregrinación terrestre y superabundancia de bienes eternos en la patria celestial. Aquí Dios mismo enjugará las lágrimas de los ojos de sus escogidos, de los que formarán su pueblo, y no habrá más muerte, ni lamentos, ni ayes, ni dolores de ninguna especie, porque todo eso habrá pasado para dar lugar á un nuevo orden de cosas, el reino de Dios en la eternidad³, que á todos os deseo.

¹ 2 Cor. 1, 8.² *Ibid.* 11, 23 et seqq.³ Apoc. 21, 45.

turanza. Las llaves del cielo, sólo ella las posee: nada por tanto, es capaz de reemplazarla en el orden de la salvación. Y ¿podrá por ventura sustituirla alguna cosa en el orden de la vida presente? Es lo que vamos á estudiar en la segunda parte.

II.

7. Tres cosas, entre otras menos importantes, podrían reemplazar á la religión en el espíritu humano, en sentir de algunos que de hecho presumen suplirla con ellas ventajosamente, conviene á saber: *la probidad, la dignidad, la ilustración*. Una persona que posea estas tres condiciones ¿qué necesidad tiene de la religión, á lo menos de la positiva y revelada, prescindiendo de la cuestión espionosa de la vida futura? Siendo ésta para muchos sabios del día un problema de imposible solución, la cuestión religiosa debe circunscribirse á los términos de la vida presente, y para hacer ésta feliz, en cuanto cabe, bástale al hombre ser honrado, culto, virtuoso, benéfico y, si se quiere, lleno de propia dignidad y que sepa respetarse y hacerse respetar. ¿No es así, hermanos míos, como piensan y se expresan los que pudiéramos llamar *prudentes del siglo*¹, ese sinnúmero de gentes vilipendiadoras de la religión? Veamos cuán mal discurren y cuán lejos andan de la verdad.

Empecemos por discutir la llamada probidad. ¿Podrá ella, siquiera sea verdadera, suplir la falta de la religión? No por cierto, porque religión y probidad son cosas diferentes, y ninguna cosa puede reemplazarse por otra de distinto género. Cada una ocupa su lugar. Sea cualquiera la honradez, la virtud, la suma de prendas morales que un hombre posea por naturaleza ó por hábito, y por muchos encomios que estas cualidades le merezcan, en último análisis todo eso no es la religión, no tiene á Dios por objeto

¹ 1 Cor. 3, 18.

formal y directo; y es cosa manifiesta, cuán grave falta es en el ser moral no tributar á Dios el homenaje por tantos títulos debido, no cumplir con el grande y supremo *deber*, el religioso¹. Por eso sin duda es tan penosa la impresión que nos produce la vista y aun el trato de una persona de esta clase. Lo menos que podemos hacer es compadecerla. ¡Qué lástima, solemos exclamar, que persona tan cumplida, tan cabal, tan generosa, no sea todo lo que debe ser, no tenga creencias y sentimientos religiosos! ¿Cómo es posible sea impío un sujeto tan honrado, tan buen amigo, tan correcto ciudadano, tan estricto padre de familia? Para nosotros todo esto es un enigma, que sólo nos explicamos como una inconcebible inconsecuencia.

8. Conviene insistir, amados fieles, en este punto de la probidad, cuyo prestigio lleva tras sí á tantas almas, alejándolas de la religión. Examinando más detenidamente el caso, hallaremos en primer lugar que algunos de los hombres honrados que parecen impíos no lo son en realidad, ó á lo menos, no lo son tanto como lo parecen ó quieren parecerlo, pagando así, aunque ocultamente, tributo á la religión que desprecian en público. ¡Cuántos de ellos ocultan nada más los sentimientos que guardan en el secreto de su corazón! ¡Cuántos hay que conservan ciertas prácticas religiosas que aprendieron en la infancia y que, gracias al cariño de una esposa ó á la promesa hecha á una madre, toda su ciencia atea no ha podido hacerles abandonar! De donde tal vez pudiera deducirse que esa misma bondad que los adorna, no es sino fruto de aquellos gérmenes religiosos que sembró en sus corazones una cristiana educación, aunque ellos mismos no se den cuenta de este fenómeno moral. Y ¡cuánto no pueden en muchas almas débiles la fuerza del respeto humano, el medio ambiente de incredulidad en que viven, la soberbia, las

¹ Matth. 22, 38.

preocupaciones de la falsa ciencia! Y sobre todas esas causas de irreligión, el largo olvido de los deberes religiosos, el abandono de la oración, la falta de costumbre de recibir los sacramentos y la consiguiente ignorancia casi completa de la doctrina cristiana dan origen á muchas impiedades de apariencia, debajo de las cuales subsiste un fondo de religión que, en circunstancias favorables, sabrá manifestarse y dar en tierra con todo aquel aparato de incredulidad que se creía indestructible. ¡Á cuántos de estos impíos superficiales ó de moda no hemos visto por dicha nuestra volver sobre sus pasos en los últimos días de su vida, abjurar sus errores, morir en los brazos de esa religión que habían aborrecido ó despreciado!

9. Por otra parte, no todos los que se dicen honrados y alardean de una probidad á toda prueba, lo son en realidad ó tanto como lo parecen. Hay mucha y muy honda diferencia entre ser y parecer virtuoso. Para salvar las apariencias de honradez basta no faltar, delante de testigos, á la palabra dada, ser cumplido con aquellos con quienes se llevan buenas relaciones ó en ocasión determinada, halagüena al amor propio, al interés . . . llenar en lo de fuera los deberes de familia y posición, obedecer en fin las leyes del buen tono. Para *ser* honrado se necesita todo eso y mucho más, porque la probidad verdadera abraza á todo el hombre, el exterior y el interior, la vida de familia y sociedad, y también la vida privada y que no tiene más testigos que Dios que todo lo mira, y la conciencia que todo lo atestigua. La honradez á carta cabal, ¡y cuán rara es! exige la veracidad y la fidelidad á la palabra hasta en el caso de que la verdad le fuera á uno perjudicial, y la mentira le fuese no sólo favorable y útil, sino fácil de paliarse á los demás. Más todavía, la honradez de buena ley cumple con el deber por el deber, no por la utilidad que de cumplirlo se deriva, ni por la calidad de las personas con quienes nos ligue, próximas

ó extrañas. La verdadera probidad comprende también los deberes concernientes á nosotros mismos, tales como la pureza de corazón y de sentidos, la rectitud de intención en todas nuestras obras, la represión de nuestros desordenados apetitos. Se extiende, en fin, á la observancia de los deberes para con Dios á quien no vemos con los ojos de la carne y cuya acción no sentimos de ordinario de una manera que nos impresione. Dadme, pues, una persona que posea la honradez en toda la extensión de la palabra, y me daréis en ella una persona religiosa. Pero en este caso no es la honradez la que reemplaza á la religión, sino al contrario, la que la hace practicar. No es ésta la honradez de los impíos: luego no es la verdadera.

10. Pero ¿existe, hermanos míos, la verdadera honradez separada de la religión? Esto sería menester para que pudiese reemplazar aquélla á ésta, y, ¡cuán difícil es hallarla! No negaré que pueda darse, pero sólo como caso excepcional, merced á una bondad de carácter especial, educación esmerada, temperamento feliz, pasiones ningunas ó sumamente moderadas y otras circunstancias que en pocos casos se reúnen; pero, aparte de que esta clase de bondad, ó virtud, si así queréis llamarla, no pasa de lo humano y rara vez ó nunca se eleva á la región del heroísmo, á donde llega con frecuencia la virtud que tiene por base la religión, esto no puede ser lo regular, lo normal, como fácilmente advertiréis. Desengañémonos: la virtud en nuestra condición actual, que no puede negarse es de naturaleza viciada, decaída, exige esfuerzos no comunes, á veces heroicos, sobrehumanos, como el mismo nombre de virtud lo indica: *Virtus a vi vel a viro*, la virtud es esencialmente varonil, y, como el reino de los cielos de que hablaba Jesucristo, *vim patitur et violenti rapiunt illud*¹,

¹ Matth. 11, 12.

exige fuerzas y sólo los esforzados la conquistan. La razón de esta dificultad se comprende perfectamente. Todo hombre está sujeto á la presión de pasiones más ó menos violentas que lo inducen y arrastran al desorden moral; pues como brotes del apetito sensitivo son naturalmente opuestas en sus tendencias á los dictámenes de la recta razón. Esto supuesto, puede asegurarse, de acuerdo con la experiencia de todos los días, que sin auxilios sobrenaturales y divinos no es dado al débil mortal resistir siempre y en todas las ocasiones de la vida al embate de sus desatentadas pasiones, como no lo es á la débil navecilla resistir al oleaje de mar embravecido con furiosos vendavales. ¡Qué borrascas tan deshechas no levantan las pasiones en el pobre corazón humano! Ora el amor, ora el odio, ya la ambición, ya la envidia, ya la ira, ya la desesperación, toda esa legión de vehementes afectos que agitan nuestro ser, ¡qué horrendas tempestades no suscitan donde casi infaliblemente naufraga la virtud puramente natural! ¡Ah! sin la fe de la vista de Dios, presente á toda hora y en todo lugar, sin la viva aprensión de los juicios divinos y de los castigos y recompensas de la otra vida, sin el amor del bien infinito y de la belleza soberana, el orgullo, la sensualidad, la codicia y otras pasiones semejantes acabarán infaliblemente por triunfar de todas las resistencias de la más firme voluntad y darán en tierra con todo el edificio de la probidad natural. Porque si la religión con toda la eficacia de su influjo no basta en ciertos casos de tentaciones gravísimas para refrenar el apetito, ¿qué otra fuerza de orden inferior podrá bastar? Ya veis, pues, amados fieles, que no es la honradez la que puede llenar el vacío de la religión.

11. ¿Podrá llenarlo tal vez la *ilustración*? Examinémoslo aunque sea brevemente. Si se tratara de una ilustración completa, no sólo científica sino moral y religiosa, yo sería el primero en reconocer su valor, y no diría precisamente

que podía reemplazar la religión, sino que la favorecería, ilustrando la inteligencia con el conocimiento de la verdad religiosa. Pero, en el lenguaje de la escuela que combatimos, ¿qué significa esa sonora palabra ilustración, que tanto halaga los oídos? ¿Significa acaso un conocimiento vasto y profundo de las ciencias? No, porque esto es imposible para la gran masa de los hombres; la ciencia, verdaderamente digna de este nombre, es patrimonio de *los pocos sabios que en el mundo han sido*, como decía el sabio maestro Fray Luis de León. No puede adquirirse por la generalidad, por más que se multiplique la instrucción, sino una ilustración superficial, algunos conocimientos variados, enciclopédicos, de literatura, historia, matemáticas, ciencias naturales — esto es hoy lo principal — higiene y cosas semejantes, y no veo por qué ni de qué suerte pueda suplirse la falta de religión con esta ilustración popular, por más que se la extienda á todas las clases sociales. Sin religión la sociedad ilustrada será una sociedad de ateos. Y el ateo no puede cumplir con sus deberes morales ni aun sociales. Me objetaréis sin duda, que la ilustración del pueblo debe ser moral, aunque no sea religiosa. Pero ¿qué moral verdadera puede prescindir de Dios, supremo legislador del universo? Sin entrar de lleno en una cuestión que no puede tratarse á la ligera, basta reconocer lo que está á la vista, á saber, que la moral independiente ó atea no va al fondo de las cosas, se paga de las formas exteriores más que de la bondad intrínseca de las acciones humanas, trabaja por disfrazar y aun cohonestar las pasiones, mas no por combatir las y domarlas, teniendo por base el racionalismo, que da la autonomía á la libre voluntad, ó el materialismo que hace consistir la felicidad y, por consiguiente, la virtud en el goce de los sentidos. Veis aquí una moral que no funda el deber ni la virtud, sino que tolera el vicio, si no es que lo autoriza; hácelo menos grosero y deforme, pero más refinado y perverso. ¡Cuántas pruebas tomadas

de todas las épocas y de todos los países podrían aducirse para comprobar lo poco que vale la ilustración para hacer virtuosos á los hombres! Pero ¿qué pruebas más irrefragables que los hechos que han escandalizado al mundo en nuestros mismos días, los regicidios, las bombas, las estafas por mayor, la corrupción general de costumbres en las naciones más adelantadas?

12. No cansaré más vuestra atención, hermanos míos. Diré solamente una palabra sobre el valor de ese sentimiento que se llama *dignidad*, decoro, respeto de sí mismo, y que, bien comprendido, suele ser un poderoso auxiliar del bien obrar, pero no llegará jamás á sustituir en el espíritu humano al sentimiento religioso. El aprecio de sí mismo llevado á la exageración no es otra cosa que el orgullo, y de éste nace el egoísmo, elemento mortífero para la virtud. Por lo demás el sentimiento de la propia dignidad, separado de la religión, no pasa de ser un fantasma que no engendra virtudes verdaderas ni acciones laudables, sino vanidad y, á las veces, ridícula ostentación de virtud. No nos forjemos ilusiones. La religión es elemento de felicidad natural en el hombre, y lo que arranca de la naturaleza no puede reemplazarse con nada artificial. La religión es institución evidentemente divina; la mano de Dios que la fundó sobre la roca del Calvario, la sostiene sin esfuerzo alguno, como sostiene la armonía de los mundos: *Verbo Domini caeli firmati sunt, et spiritu oris eius omnis virtus eorum*¹— «Su palabra da consistencia á los cielos y el soplo de su boca les infunde toda la fuerza que poseen.» Vanos son los pensamientos del hombre contra la obra del Criador. Dios disipa, como ligeros vapores, los planes de los príncipes y de los pueblos, en tanto que los consejos de su misericordia sobre la pobre humanidad perduran para siempre. *Consilium autem Domini in æternum manet.*²

¹ Ps. 32, 6.² Ibid. 11.

«Bienaventurada la nación que reconoce á Dios por Señor, el pueblo á quien Él escogió por heredero de los bienes eternos.»¹ Nosotros somos ese pueblo, no derrochemos nuestra herencia.

TERCERA CONFERENCIA.

Verdadera y falsa religiosidad.

Qui adorant eum, in spiritu et veritate oportet adorare.

Io. 4, 24.

1. ¿Habéis meditado seriamente, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, sobre la importancia de la verdad en todas las esferas de la vida humana, en la ciencia, en la moral, en el arte? En la primera, la verdad es absolutamente necesaria, so pena de convertirse en una ciencia vana, ridícula y absurda, en ciencia de la nada: por eso las meras hipótesis, por bien fundadas que se las suponga, no constituyen la ciencia propiamente dicha. En el arte la verdad que se necesita para sus creaciones no es ciertamente tan rigurosa, no es la realidad sino el ideal, mas no por eso deja de ser lo que es en el orden de la posibilidad, en una esfera más elevada que la de la naturaleza real, en el mundo ideal donde resplandece la belleza. Y ¿qué diremos del orden moral en que se desarrolla la libre actividad del ser humano? Aquí no basta la verdad relativa, porque no se trata de lo bello, de lo estético, sino de lo bueno, de lo virtuoso y perfecto, y esto tiene que ser estrictamente verdadero. Virtud falsa no es virtud, bondad sólo aparente es más bien disfrazada malicia, perfección no verdadera es manifiesta imperfección. La adoración de Dios, si no es verdadera, es una burla á la divinidad; la alabanza, sólo de labios afuera, tiene visos

¹ Ibid. 12.

SEGUNDA CONFERENCIA.

Excelencias de la tribulación.

Beatus vir qui suffert tentationem, quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vite. Jac. 1, 12.

1. La consideración de las muchas tribulaciones á que está sujeta nuestra vida, no puede menos de hacernos comprender la sabiduría y la bondad con que Dios gobierna á su criatura racional. Hemos visto, carísimos hermanos en nuestro Señor Jesucristo, que la tribulación considerada como efecto de las causas que actúan en el orden de la naturaleza, ya sean inanimadas, ya libres, es un mal que podemos llamar necesario, á lo menos en la actual economía de la Providencia. Y eso no obstante, ¿quién que bien lo considere, no advertirá y reconocerá que la tribulación es un bien, un bien libremente apetecible para el hombre? Y si no ¿qué significarían las palabras del apóstol Santiago: «Bienaventurado el varón que sufre tentaciones ó trabajos»¹? palabras que no son más que el eco de aquellas otras de Nuestro Señor: *Beati qui lugent: Beati qui persecutionem patiuntur* — «Dichosos los que lloran: Bienaventurados los que padecen persecución.»² Lo que constituye una bienaventuranza, aun en esta vida, porque no se trata aquí de la bienaventuranza del cielo, ¿no ha de ser objeto de nuestras afecciones y deseos? Y con todo y saber nosotros que es así, ¿cuán difícilmente nos resignamos á soportar el peso de las adversidades! Imposible nos parece llegar á complacernos en ellas, ¡cuánto más á quererlas y desearlas! Sin embargo, hermanos míos, si considerásemos atentamente la bondad de Dios que en ellas resplandece, y luego las ventajas excelentísimas que nos proporcionan, tal vez pudiéramos llegar con la gracia divina, á

¹ Jac. 1, 12.

² Matth. 5, 5. 10.

despojarnos del vano temor que nos infunden y á mirarlas, como las miraban los santos, esto es, como prendas de la predilección del Señor y condición de felicidad para nosotros. Y no pueden emanar de otra fuente que de aquella bondad que se complace en prodigarnos beneficios y procurarnos bienes sin cuento, y el mayor de todos que es el de acercarnos á sí. «Te he amado, dice Dios, con amor perpetuo y te atraje á mí compadecido de tu desventura.»¹ «No se complace Dios», decía Sara, esposa de Tobías, «en nuestra perdición, porque después de la tempestad da la tranquilidad, y después de la abundancia de las lágrimas infunde la alegría.»² «Viniendo de Dios, la pena», dice San Agustín, «es una gracia.»³

Estudiemos, pues, la tribulación el día de hoy, á la luz de las palabras del apóstol Santiago, y veremos que es una prueba gloriosa y glorificadora: *Cum probatus fuerit, accipiet coronam vite*, y por lo mismo, es una bienaventuranza sobre la tierra. *Beatus vir qui suffert tentationem*. Dénos el Señor su luz para comprender verdad tan provechosa.

I.

2. La prueba, hermanos carísimos, no puede negarse que es un bien, á lo menos relativo, porque es la ocasión del mérito, y éste la razón del premio y de la recompensa. ¿Podría satisfacer á una alma generosa una corona no merecida? y ¿podría merecerse sin prueba? *Tolle martyrurum certamina*, dice San Ambrosio, *tulisti coronas: tolle cruciatus, tulisti beatitudines* — «Quita á los mártires sus combates, y les quitas tus coronas: quitalos los tormentos, y les quitas la bienaventuranza.»⁴ Dígalo el soldado, dígalo el buen ciudadano, dígalo el amigo, dígalo

¹ Jer. 31, 3.

² Tob. 3, 22.

³ In Ps. 55.

⁴ In Luc. c. 4.

cualquiera que ame la verdadera gloria. El soldado se desespera porque le lleven al campo de batalla, ansioso de recoger los laureles de la victoria que florecen con la sangre de los buenos; el ciudadano que ama de veras á su patria, se complace en tener ocasión de mostrarlo con el sacrificio de su persona y de sus intereses; el amigo, aunque lamenta por una parte las desgracias de su amigo, encuentra una buena compensación de su dolor en la ocasión que se le ofrece de manifestar la sinceridad de su afecto; y el siervo de Dios aprovecha la hora de la prueba con que Dios le visita para demostrarle que le sirve, no con la mira de alcanzar mercedes sino por Él mismo, por lo que Él merece ser servido. Ahora bien, no hay prueba para el hombre más terrible, pero ni más gloriosa que la tribulación, porque es una prueba decisiva, es la piedra de toque de la sólida y acrisolada virtud. Virtud no ensayada en esta prueba no llega á ser virtud heroica ni eminente, por lo mismo que no es virtud á toda prueba. Llenas están las sagradas páginas de esta verdad. «Así como el oro se prueba con el fuego», dicen los Proverbios, «así prueba el Señor los corazones.»¹ «El horno prueba los vasos del alfarero: así prueba la tribulación á los hombres justos.»² El profeta David, hablando con Dios, decíale: «Probaste mi corazón y me visitaste en la noche: con fuego me examinaste y no se halló iniquidad en mí.»³ Hay una clase de tentaciones que no pueden proceder de Dios, según aquello de Santiago: «Dios no tienta á ninguno»⁴, porque Dios no puede inducir á nadie á que obre mal. Pero hay otras tentaciones que bien pueden atribuirse á Dios, como en efecto se le atribuyen en la sagrada Escritura, porque no son sino pruebas de la fidelidad y obediencia de los justos. Así

¹ Prov. 17, 3. ² Eccli. 27, 6. ³ Ps. 16, 3.

⁴ Iac. 1, 13.

tentó Dios á Abrahán, como recordaba Judit, la heroína de Betulia, y le probó por medio de muchas tribulaciones, para afirmarle en su amistad¹. Así acostumbra el mismo Dios tentar á los suyos para tener el placer de hallarlos dignos de su amor². Y los santos, dice el apóstol San Pablo, fueron tentados de mil modos, esto es, por medio de todo género de tribulaciones, y así dieron el más brillante testimonio de su fe en las promesas divinas³.

3. Las dos grandes virtudes que son como la forma de todas, según que se consideren con relación á Dios ó al hombre mismo, como son la fidelidad y la fortaleza, no llegan á resplandecer en toda su belleza sino cuando las prueba la tribulación. Acabamos de recordar la fidelidad del gran Patriarca, hecho padre de todos los creyentes por haber salido victorioso de sí mismo en la más dura prueba á que se ha visto expuesto un padre, la que le impuso el Señor mandándole sacrificarle á un hijo, y á un hijo en quien debían cumplirse las promesas del cielo. ¿Qué gloria no adquirió aquel hombre, más grande, según San Ambrosio, que cuanto imaginaron los sabios paganos, con aquel sublime vencimiento de sí mismo, con aquella inmolación, no del hijo, sino de su propio corazón, en aras de la fidelidad á su Dios? «Por mí mismo he jurado», díjole Dios⁴, «porque hiciste este acto de obediencia, que te bendeciré y haré tu descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo y como las arenas del mar. En tu raza serán bendecidas todas las naciones de la tierra, porque obedeciste á mi voz.» ¿Qué no debió, pues, Abrahán á la prueba de la tribulación? Y ¿qué diremos de la fidelidad de los verdaderos *fieles*, de los creyentes de todos los siglos, que antes quisieron pasar por la afrenta y el martirio, por la humillación y la pobreza, por las cárceles

¹ Judith 8, 22.

² Sap. 3, 5.

³ Hebr. 11, 32.

⁴ Gen. 22, 16 et seqq.

y los destierros, que faltar á la fe jurada en su bautismo y renunciar á sus creencias y á su amor á Jesucristo? ¡Cómo resplandeció en esos héroes la fidelidad y la fortaleza juntamente! Por eso, lejos de huir de la prueba, se ofrecieron á ella muchas veces con espontaneidad increíble, ó la aceptaron con valor inaudito cuando Dios se la puso en su camino, yendo, como los apóstoles, llenos de alegría y radiantes de gozo al suplicio, más que si fueran á un espléndido banquete: *Ibant gaudentes*. . . .¹ Pero ¿acaso es menos admirable la fortaleza de otros mártires, no del hierro y el fuego, sino de las tentaciones del demonio y de las sugerencias del mundo y de la carne, que con suave pero terrible violencia los incitan y arrastran á faltar al deber, ofendiendo á Dios y manchando el honor y la conciencia? ¡Qué combates no tienen que librar en el campo del corazón! ¡Qué heroísmo el de la mujer virtuosa que sabe conservar inmaculada su honra, aun en medio de las privaciones á que la condena la miseria, prefiriendo tal vez perecer de hambre á caer en la infamia del pecado! Cuanto más dura es la prueba, más gloriosa es la corona de la virtud atribulada. ¿Pero será capaz de afrontarla la débil condición humana? No lo sería ciertamente si no la fortaleciera el auxilio de aquel Dios fidelísimo que, como asegura el Apóstol, «no dejará que el hombre sea tentado más de lo que puede resistir, sino que dará junto con la tentación la fuerza necesaria para poder vencerla.»²

4. Aquí tenemos, pues, la lucha, y una lucha tan campal y encarnizada que obliga á Dios á venir en socorro del pobre combatiente. Mas por eso mismo es glorioso este combate en que, por decirlo así, toma parte el mismo Dios. ¿Qué digo? Él es el principal combatiente. «El Señor se ha presentado como un hombre de guerra»,

¹ Act. 5, 41.² 1 Cor. 10, 13.

cantaba Moisés, «su nombre es el Omnipotente.»¹ «Tu diestra, Señor, fué la que hirió al enemigo.»² «Nuestro Dios», decía David, «es nuestro refugio y nuestra fortaleza. Él es quien nos ayuda en las tribulaciones que nos acosan por todas partes.»³ Y ya lo tiene prometido el mismo Dios diciendo: «Con él estoy en la tribulación: yo lo libraré de ella y lo glorificaré.»⁴ Tiene, pues, el hombre atribulado á todo un Dios por auxiliar en el combate, cuenta con la seguridad de la victoria, si no la impide su propia cobardía, y espera como el Apóstol, una corona de justicia, como recompensa de su constancia en la pugna por el bien, de su fidelidad guardada hasta el último aliento.⁵ Y ¿qué más necesita para tenerse por bienaventurado? *Beatus vir qui suffert tentationem*.⁶ Y es, hermanos carísimos, que la causa del atribulado es la causa de Dios, porque es la causa del bien, de la virtud, sostenida y defendida contra las agresiones del mal y del pecado. Con razón puede decir á Dios con el Profeta: «Levántate, Señor, y vuelve por tu propia causa, acuérdate de los improperios que contra ti lanza el insensato todo el día.»⁷ Lo que de las tentaciones propiamente tales suele decirse, y con mucha verdad, que son ataques á la gloria de Dios, eso mismo debe extenderse á la tribulación en general, ya que, por nuestra flaca condición, todas las tribulaciones se convierten en otras tantas tentaciones para nosotros. Todas ellas nos inducen á apartarnos de Dios, — debiendo ser precisamente todo lo contrario —, excitándonos á la impaciencia y á la rebelión contra las soberanas disposiciones de la Providencia. De ellas, como de ocasiones propicias, se vale arteramente el demonio para sugerirnos pensamientos injuriosos á la sabiduría divina y

¹ Ex. 15, 3.² Ibid. 15, 6.³ Ps. 45, 2.⁴ Ibid. 90, 15.⁵ 2 Tim. 4, 8.⁶ Iac. 1, 12.⁷ Ps. 73, 22.

sentimientos contrarios á la bondad del Criador, ofuscándonos la mente con lúgubres fantasmas que nos lleven, si posible fuere, hasta el abismo de la desesperación. ¡Oh! ¡para cuántas almas débiles la tribulación es un grave peligro de la fe, de la confianza y del amor á nuestro Dios! ¡Á cuántas, si no las precipita en la incredulidad, las resfria por lo menos, las hace vacilar y tal vez apartarse de las prácticas de la piedad cristiana! Á algunos desgraciados la vehemencia del dolor que no saben combatir, los conduce hasta el extremo de prorrumpir en horribles blasfemias que alegran al infierno y provocan las venganzas del cielo. Á todo esto se añade la estulticia del mundo, ó sea, de los pecadores que, ciegos y guías de otros ciegos¹, conjúranse con el demonio, se mofan del atribulado, ya sea éste pecador ó justo, y le provocan con expresiones de falsa compasión á insultar al Juez que le castiga. Así los amigos de Job, su mujer misma que llega á decirle: «¿Todavía persistes en tu simplicidad? Maldice á Dios y muérete.»² ¡Qué puñalada para el piadoso corazón del varón santo! ¡Qué grande aparece precisamente entonces respondiendo con inalterable mansedumbre á su desatentada esposa: «Si los bienes los recibimos de la mano de Dios, ¿por qué no hemos de recibir también los males?»³ He ahí al hombre triunfador de las más violentas tentaciones. He ahí al hombre modelo de todos los siglos. Por aquí podremos ya entender, carísimos hermanos, cómo la tribulación sufrida con espíritu cristiano, hace al hombre verdaderamente bienaventurado, no sólo en la eternidad sino también en la vida presente. Es lo que vamos á ver en la segunda parte de esta conferencia.

II.

5. Escuchemos ante todo la voz de la filosofía que habla por boca de un gentil, pero uno de los mayores sabios

¹ Matth. 15, 14.² Job 2, 9.³ Ibid. 2, 10.

que conoció la antigüedad. Es Séneca, de cuyos libros extraeremos las siguientes notabilísimas sentencias¹: «No me parece que haya hombre más desdichado que el que nunca tuvo alguna adversidad. Porque este tal no tuvo ocasión de hacer prueba de sí, y aunque todas las cosas le sucedieron como pudo desear, todavía digo que los dioses juzgaron mal de él, pues le tuvieron por indigno de vencer alguna vez la fortuna.» «Yo juzgo que eres miserable», dice en otra parte, hablando con el que no ha sido atribulado, y ¿sabéis por qué? Muy extraña parece la razón, pero es digna de verdadero filósofo: «Porque nunca fuiste infeliz. ¿Has pasado tu vida sin contrariedad? Ninguno sabrá lo que puedes, ni tú tampoco. Porque para conocerse el hombre es necesario que se pruebe, y que la experiencia le enseñe á cada uno lo que puede. Considera que no es propio del magnánimo mostrarse fuerte en la prosperidad. Porque tampoco el buen piloto muestra su arte cuando la mar está sosegada y es próspero el viento. Menester es que haya dificultad para que el ánimo haga prueba de sí. Lo más subido y perfecto del hombre es saber sufrir con alegría los trabajos y adversidades, y todo lo que sucediere llevarlo como si por su voluntad propia le sucediese. Porque obligado estaba el hombre á quererlo así, si supiera que ésta era la divina voluntad.» Admirable pensamiento, hermanos míos, y que no parece haber cabido en la cabeza de un gentil. ¿Cómo no ha de pensar lo mismo un hombre iluminado con las luces de la fe? Continúa escuchando al profundo pensador: «Necesariamente», dice, «habéis de conceder que el varón justo es piadoso y temeroso de Dios, y siendo tal, cualquiera cosa que le sucediere la llevará con alegría sabiendo que le vino por divina voluntad, de la cual proceden todas las cosas.» Y ¿no lo sabemos nosotros, los cristianos, mejor

¹ Apud Rivadeneyra, Trat. de la Tribulación, p. 1. c. 18.

que saberlo pudieron los sabios con la sola luz de la razón? Confusión nuestra es haber de aprender esta sublime filosofía de los labios de quien no conoció la divina teología del cristianismo. Pero todavía debemos aprovecharnos de las enseñanzas contenidas en las máximas siguientes: «Gran cosa es no estragarse con el uso de las riquezas: grande es aquel que en las riquezas es pobre, pero más seguro el que no las tiene. Nunca tuvo poco el que está contento con lo que tiene, y nunca tuvo mucho el que desea más. No está la culpa en la pobreza sino en el pobre, porque ella es ligera, alegre y segura. Eres pobre, no porque lo seas, sino porque te tienes por tal.» Un pensamiento análogo expresaba el gran Crisóstomo cuando decía: «Bien digno eres de lástima, no porque eres pobre, sino porque, siéndolo te tienes por desgraciado.»¹ Ciertamente que el hombre no debiera lamentar la pobreza material, habiendo dicho Jesucristo: «Bienaventurados los pobres de espíritu», esto es, los que aman y abrazan la pobreza como Él la amó y abrazó por nosotros. «¿Qué cosa es entre todas las cosas humanas la más saludable y principal?» pregunta aquel gravísimo filósofo, y responde: «No admitir en el ánimo malos consejos, levantar las manos puras al cielo, no desear bien alguno que otro haya de perder, desear lo que se puede desear sin que otro lo contradiga, que es una mente santa; y todas las demás cosas que los mortales tanto estiman, mirarlas como cosas que como se vienen así se van.»

6. Admiración causa, hermanos míos, ver cómo juzgaban aquellos sabios del paganismo acerca de la felicidad verdadera del hombre en este mundo. Vergüenza y confusión debe ser para nosotros reconocer cuán errados vamos en el concepto de la felicidad, á pesar de la doctrina del Evangelio que tan claramente nos ha pintado

¹ Serm. 2, Ep. ad *Philipp.*

la bienaventuranza. Pero ¿cuántos hay entre los mismos cristianos que, como decía el Apóstol, no obedecen al Evangelio?¹ ¡Desgraciados, porque no sólo no hallarán la felicidad que van buscando en las vanidades de la tierra, sino que se reservan para el tremendo castigo que Dios descargará en el día de su gloria, sobre los que no quisieron conocer á Dios ni obedecer al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo!² ¡Oh! si siguiéramos el seguro criterio de la doctrina de las bienaventuranzas, veríamos que la única felicidad positiva acá en el mundo es vivir de acuerdo con las normas de la virtud cristiana, purificar el alma de toda mancha de pecados, refrenar con severa mortificación las pasiones que nos extravían, guardar escrupulosamente los divinos mandamientos, despreciar los bienes perecederos de la tierra y trabajar por adquirir los eternos; en una palabra, amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo por amor del mismo Dios. Pues bien, esta felicidad nos la proporciona por maravillosa manera la tribulación, por lo mismo que es, como hemos visto, escuela excelentísima de todas las virtudes. Si la tribulación nos hace virtuosos, ¿cómo no ha de poder hacernos felices? Y aunque lo dicho hasta aquí bastaría para demostrarlo, tomemos el asunto por otro aspecto y acabaremos de entender esta verdad. Entre los muchos y saludables efectos que la tribulación produce en las almas que saben sobrellevarla, tres son las principales: purificarlas, alumbrarlas y elevarlas á la más encumbrada perfección. Veámoslo con algún detenimiento.

7. Purificar el alma es lo primero que se necesita para ser virtuoso, lo mismo que para ser feliz. «Bienaventurados», dice el divino Maestro, los «limpios de corazón.»³ Y ¿cómo puede haber virtud verdadera donde mora de asiento el pecado, estando la voluntad aherrojada y cautiva del mal?

¹ Rom. 10, 16.

² 2 Thess. 1, 8.

³ Matth. 5, 8.

Y ¿cómo ha de ser feliz el que gime en tan odioso cautiverio, aunque tal vez, embriagado con el placer, no sienta todo el peso de sus cadenas? Sumido el hombre en el abismo del pecado por el abuso que suele hacer de la prosperidad, arrastrado de desorden en desorden por sus furiosos apetitos, olvidado completamente de Dios, su único bien, por tener puesto su corazón en los falsos bienes de las criaturas, ¿cómo despertará de su letargo, cómo sacudirá el peso de sus culpas, cómo volverá sobre sus pasos, se convertirá, se salvará? Difícilmente podrá conseguirlo, hermanos carísimos, mientras no sienta sobre su cabeza el golpe duro de la tribulación. «¿Cómo abrieron los ojos para ver y detestar sus culpas un San Pablo, un Manasés y el hijo pródigo del Evangelio? Ciego estaba Saulo cuando se le apareció Jesucristo y lo derribó en el camino de Damasco, y entonces conoció los errores en que vivía. Recurrió á Dios el rey Manasés hallándose preso en Babilonia, y conoció sus pecados é hizo penitencia de ellos. Cuando el hijo pródigo se vió reducido á la indigencia y afligido del hambre, dijo: 'Iré y me echaré á los pies de mi padre.' Fué, pues, en la tribulación. Mientras vivieron en la prosperidad, solamente pensaban en el mundo y en los vicios.» Así discurre San Alfonso María de Ligorio¹. Y es porque la tribulación nos separa y desapega de las cosas de la tierra. Dios, dice San Agustín, mezcla con las terrenas felicidades tales amarguras, que nos obligan á buscar otra felicidad cuya dulzura no nos engañe². Fuera de eso, los que viven en la prosperidad suelen dejarse arrastrar de la soberbia, de la vanagloria, del deseo inmoderado de adquirir riquezas, honores y placeres, mientras que la tribulación nos humilla y nos hace cobrar hastío de los bienes y pasatiempos

¹ Serm. Dom. 2. Adv.

² Serm. 29 de Verb. Domini.

mundanos, impidiendo el Señor por este medio que seamos condenados con el mundo: *A Domino corripimur, ut non cum hoc mundo damnemur*¹. Finalmente, observa el mismo santo Doctor, las tribulaciones nos hacen acordarnos de Dios, á quien habíamos olvidado en la prosperidad, y nos fuerzan á recurrir á su misericordia, viendo que solamente Él es quien puede socorrernos y salvarnos de ellas. Por eso decía David hablando de los hebreos: «Cuando Dios los castigaba con la muerte, lo buscaban y se volvían á Él»²; y el benignísimo Señor convida á los atribulados á llegarse á Él, ofreciéndoles consuelo y alivio: «Venid á mí todos los que padecéis trabajos, que yo os aliviaré.»³ Así es como purifica el alma el fuego de la tribulación.

8. «Pongamos un ejemplo», escribe el piadoso autor del Tratado de la Tribulación⁴. «Tomemos un mozo noble, rico, lozano, en la flor de su edad y en la locura de su juventud, el cual sigue sus apetitos sin rienda, y de noche y de día no piensa ni trata de otra cosa sino de holgarse en fiestas, en juegos, en pasatiempos y amores lascivos, olvidado de sí y de Dios, y de que la muerte le puede saltar á lo mejor. Si á este mozo de repente le da un dolor de costado ú otra enfermedad que en pocos días le marchita y consume, y le hace entender que dentro de pocas horas le puede acabar y dar con él en el infierno, si no está del todo loco, cierto es que volverá en sí, y hablando consigo mismo se dirá: ¿Qué es esto en que me veo? ¿dónde estoy? ¿qué he hecho? ¿soy yo fulano? ¡Ay dolor á que me han traído mis pecados! Y considerando la muchedumbre y la gravedad y fealdad de ellos, se espanta de sí y gime, y con lágrimas y sollozos se vuelve á Dios y le suplica que le

¹ I Cor. 11, 32.

² Ps. 77, 34.

³ Matth. 11, 28.

⁴ Rivadeneyra, Trat. de la Trib. p. 1. c. 7.

perdone, y propone de enmendar su vida, si Dios le alargare los plazos de ella.» Ahí tenéis á un hombre convertido por la virtud de la tribulación.

9. Mas no basta lanzar de sí el veneno del pecado y purificar el corazón para ser justo y feliz. Porque también ha puesto Jesucristo la bienaventuranza en la humildad y pobreza de espíritu, en la mansedumbre, en la paciencia, en la paz del alma y en la misericordia. Para practicar todas estas virtudes, en que se cifra la felicidad de la vida presente, ayuda poderosa y eficazmente la lumbre que irradia en torno la tribulación, la cual, si para los malos es tinieblas, es luz para los buenos. ¡Oh! y ¡cómo alumbra y esclarece al alma la tribulación! Así lo dice el Espíritu Santo por Isaías: «Sólo la vejación da entendimiento al oído»¹, esto es, sólo la aflicción y la pena hace que entienda el hombre lo que muchas veces había oído y no entendido. Con la hiel de un pez, figura de la tribulación, más amarga que la hiel, alumbró Dios á Tobías, y con aquella luz del cielo que recibió, vió las cosas que antes no veía y también se vió á sí mismo. Así vemos, con la luz de los trabajos y penalidades de la vida, el poco valor y tomo de estas cosas inferiores á nosotros, la salud, la hermosura del cuerpo, la nobleza y honras del mundo, las riquezas y pompas vanas, que, cuando las poseemos y gozamos sin contrariedad ni pesadumbre, nos parecen de tanta estimación y precio, que en ellas ponemos todos los afectos de nuestro corazón. Por eso Dios nuestro Señor, dice un escritor ascético, cuando nos ve hinchados con estos bienes, y que nos parece que son dichosos los que los poseen, y que no puede perderse la hacienda, ni la honra, ni debilitarse la salud, ni marchitarse la belleza, y que nunca se ha de secar ni acabar esta florecita de nuestra miserable vida, entonces á des-

¹ Is. 28, 19.

hora nos quita estos bienes para que entendamos que no lo son verdaderos, pues no pueden hacer bueno al que los posee, ni darle verdadero contento y felicidad¹. De aquí nace la pobreza de espíritu, la paciencia, la compasión para con nuestros prójimos pacientes, y, como consecuencia de estas preciosas virtudes, un riquísimo caudal de méritos ante Dios, que nos preparan una recompensa de que, como dice el Apóstol, no son condignos todos los sufrimientos de esta vida temporal². Pero además nos alumbra la tribulación para que nos conozcamos á nosotros mismos, conocimiento que es de tanta importancia en la vida espiritual, como lo prueba aquella famosa sentencia de la antigüedad: «Conócete á ti mismo». El hombre en la prosperidad se ciega y no se conoce hasta que la tribulación le hace abrir los ojos y conocer lo que es. Por eso dijo Jeremías: «Yo soy varón que conozco mi pobreza, cuando Vos, Señor, levantáis la vara de vuestra indignación.»³ Y conociendo cuán poco valemos y podemos, nos confundimos y humillamos y acudimos por favor á quien puede socorrernos, diciendo con el Profeta: «Bueno ha sido para mí que me hayáis humillado, para que aprenda yo vuestra ley que es la que sola justifica y causa toda virtud y santidad.»⁴

10. Más todavía hace la tribulación, porque nos perfecciona y santifica, elevándonos á lo más alto de la caridad que es la conformidad con la voluntad del Señor, lo mismo en lo arduo y penoso que en lo fácil y deleitable. San Gregorio dice que así como crece la llama, si el viento la agita, así se perfecciona el alma agitada por la tribulación. Según San Francisco de Sales, la ciencia de los santos es sufrir constantemente por Jesucristo para llegar presto á ser bienaventurados⁵. ¿Á qué mayor

¹ Rivadeneyra, op. cit.

² Rom. 8, 18.

³ Thren. 3, 1.

⁴ Ps. 118, 71.

⁵ Apud Ligorio, op. cit.

perfección puede aspirar el hombre que á la semejanza con Cristo crucificado y lleno de dolores? Pues á esta semejanza no se llega sino por el camino de la tribulación. «Bebe con gusto», dice la Imitación de Cristo, «el cáliz del Señor, si quieres ser su amigo y tener parte con Él. Dispónte á sufrir tribulaciones, y repútalas por las mayores consolaciones. Cuando llegares á tal grado que la tribulación te sea dulce y sabrosa por amor de Cristo, entonces cree que te va bien, porque hallaste el paraíso en la tierra.»¹ Y así es en efecto, hermanos carísimos, que la caridad de Dios y el amor á Jesucristo hacen gustar á los santos una bienaventuranza anticipada. Ellos presienten ya, en medio de sus padecimientos, las delicias del paraíso. «Llave del cielo», llama San Crisóstomo á la cruz de Cristo. Y San Cipriano exclamaba: «¿Qué es todo esto, todo cuanto hay que padecer, para los siervos de Dios á quienes el paraíso está convidando con sus goces eternos?» «Una sola gota de la consolación divina», dice el autor del Tratado de la Tribulación, «tiene fuerzas para templar y endulzar la amargura de un mar océano de aflicciones, como vemos en los santos mártires. Y por esto dice el Apóstol que se gloriaba en sus tribulaciones.² ¡Oh! ¡cuántas consolaciones suele Dios conceder á los que sufren por su amor! Las mismas persecuciones se nos convierten en flores, y las espinas en rosas, y el consuelo y recreo divino que en ellas nos regala, vale más que todos los bienes de la tierra que podemos dejar.» Así es como la tribulación nos perfecciona, según estas palabras del Apóstol: «La tribulación obra en nosotros paciencia, la paciencia, probación, la probación, esperanza, y la esperanza no confunde ni engaña á nadie, porque la caridad de Dios se difunde en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido comunicado.»³

¹ *Imit.* l. 2, c. 12.² 2 Cor. 12, 9.³ Rom. 5, 5.

II. Aquí tenéis, hermanos míos, cómo las tribulaciones bien llevadas nos hacen felices aun en esta vida, cumpliéndose la promesa de Jesucristo: «Bienaventurados los que lloran»¹, porque ellos serán consolados, no sólo en la patria, sino aun en el destierro, donde Dios tiene para los suyos tesoros de felicidad que el mundo no conoce. ¡Dichoso quien sabe merecerlos!

TERCERA CONFERENCIA.

Causas y remedios de la tribulación.

Si erit malum in civitate, quod Dominus non fuerit.

Amos 3, 6.

1. Por muy excelente que sea la tribulación sobrellevada con espíritu cristiano, y por muchas y grandes que sean las ventajas que, como hemos visto, nos proporciona, no sólo haciéndonos adquirir tesoros de merecimientos para la vida futura, sino también concurriendo á nuestra felicidad en la vida presente, no por eso, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, se nos veda por ningún mandamiento el procurar alivio y remedio en nuestras tribulaciones, ni menos el acudir á Dios en demanda de socorro y ayuda para salir airosos de ellas. El Profeta clamaba en mil ocasiones: *Deus, in adiutorium meum intende: Domine, ad adjuvandum me festina* — «¡Oh Dios! atiende á mi favor; ¡oh Señor! date prisa á venir en mi ayuda.»² Y tenía por regla de conducta clamar al Señor cuando se veía atribulado, seguro de ser escuchado favorablemente.³ Para librarnos, pues, de las tribulaciones, ó siquiera atenuar sus rigores y acortar su duración, ó, cuando nada de esto sea posible, adquirir fortaleza y bríos para

¹ Matth. 5, 5.² Ps. 69, 2.³ *Ibid.* 119, 1.

perfección puede aspirar el hombre que á la semejanza con Cristo crucificado y lleno de dolores? Pues á esta semejanza no se llega sino por el camino de la tribulación. «Bebe con gusto», dice la Imitación de Cristo, «el cáliz del Señor, si quieres ser su amigo y tener parte con Él. Dispónte á sufrir tribulaciones, y repútalas por las mayores consolaciones. Cuando llegares á tal grado que la tribulación te sea dulce y sabrosa por amor de Cristo, entonces cree que te va bien, porque hallaste el paraíso en la tierra.»¹ Y así es en efecto, hermanos carísimos, que la caridad de Dios y el amor á Jesucristo hacen gustar á los santos una bienaventuranza anticipada. Ellos presienten ya, en medio de sus padecimientos, las delicias del paraíso. «Llave del cielo», llama San Crisóstomo á la cruz de Cristo. Y San Cipriano exclamaba: «¿Qué es todo esto, todo cuanto hay que padecer, para los siervos de Dios á quienes el paraíso está convidando con sus goces eternos?» «Una sola gota de la consolación divina», dice el autor del Tratado de la Tribulación, «tiene fuerzas para templar y endulzar la amargura de un mar océano de aflicciones, como vemos en los santos mártires. Y por esto dice el Apóstol que se gloriaba en sus tribulaciones.² ¡Oh! ¡cuántas consolaciones suele Dios conceder á los que sufren por su amor! Las mismas persecuciones se nos convierten en flores, y las espinas en rosas, y el consuelo y recreo divino que en ellas nos regala, vale más que todos los bienes de la tierra que podemos dejar.» Así es como la tribulación nos perfecciona, según estas palabras del Apóstol: «La tribulación obra en nosotros paciencia, la paciencia, probación, la probación, esperanza, y la esperanza no confunde ni engaña á nadie, porque la caridad de Dios se difunde en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido comunicado.»³

¹ *Imit.* l. 2, c. 12.² 2 Cor. 12, 9.³ Rom. 5, 5.

II. Aquí tenéis, hermanos míos, cómo las tribulaciones bien llevadas nos hacen felices aun en esta vida, cumpliéndose la promesa de Jesucristo: «Bienaventurados los que lloran»¹, porque ellos serán consolados, no sólo en la patria, sino aun en el destierro, donde Dios tiene para los suyos tesoros de felicidad que el mundo no conoce. ¡Dichoso quien sabe merecerlos!

TERCERA CONFERENCIA.

Causas y remedios de la tribulación.

Si erit malum in civitate, quod Dominus non fuerit.

Amos 3, 6.

1. Por muy excelente que sea la tribulación sobrellevada con espíritu cristiano, y por muchas y grandes que sean las ventajas que, como hemos visto, nos proporciona, no sólo haciéndonos adquirir tesoros de merecimientos para la vida futura, sino también concurriendo á nuestra felicidad en la vida presente, no por eso, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, se nos veda por ningún mandamiento el procurar alivio y remedio en nuestras tribulaciones, ni menos el acudir á Dios en demanda de socorro y ayuda para salir airosos de ellas. El Profeta clamaba en mil ocasiones: *Deus, in adiutorium meum intende: Domine, ad adjuvandum me festina* — «¡Oh Dios! atiende á mi favor; ¡oh Señor! date prisa á venir en mi ayuda.»² Y tenía por regla de conducta clamar al Señor cuando se veía atribulado, seguro de ser escuchado favorablemente.³ Para librarnos, pues, de las tribulaciones, ó siquiera atenuar sus rigores y acortar su duración, ó, cuando nada de esto sea posible, adquirir fortaleza y bríos para

¹ Matth. 5, 5.² Ps. 69, 2.³ *Ibid.* 119, 1.

resistir á su ímpetu y soportar sus golpes con resignación y constancia, importa sobre manera, hermanos míos, averiguar sus causas y estudiar al mismo tiempo sus remedios, ya que nuestra misma naturaleza de seres racionales nos inclina á buscar siempre las razones inmediatas y aun las supremas de las cosas.

2. Por lo que dejamos expuesto al tratar del misterio ó secreto de la tribulación, se comprende que las causas próximas de donde ésta procede son las mismas criaturas ó causas segundas, ya animadas ya inanimadas, las cuales con el ejercicio de su propia y natural actividad unas veces nos deleitan y fomentan nuestros deseos, otras nos afligen y contrarian gravemente. El hombre, agente libre, figura en primer término entre las causas, con frecuencia culpables, de los males que padecemos. ¿Qué digo? Cada uno de nosotros suele ser verdugo de sí mismo, y causa de no pequeña parte de las que le amargan la vida. Ya decía el santo Job: *Factus sum mihi metipsi gravis*—«Me he hecho pesado para mí mismo.»¹ Y el Profeta: «Mis iniquidades, á manera de enorme carga, gravitaron sobre mí.»² Y el Eclesiástico dice que «el corazón malo será agobiado de dolores»³. Á pesar de ser así verdad, como quiera que Dios es la causa primera y principal de todos cuantos efectos se producen por medio de las criaturas, hasta Dios debemos elevarnos si queremos descubrir la causa primaria de las tribulaciones. «¿Por ventura hay algún mal en la ciudad», decía Amós, «que el Señor no lo haya hecho?»⁴ «Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza vienen de Dios», afirma el Sabio⁵. Sin embargo, como Dios no puede ser autor ni causa del pecado, y muchos de los males que pesan sobre nosotros son efectos de nuestros mismos desórdenes, ya directa, ya indirectamente,

¹ Job 7, 20.² Ps. 37, 5.³ Eccli. 3, 29.⁴ Am. 3, 6.⁵ Eccli. 11, 14.

debemos concluir que son dos las causas de la tribulación, Dios y el hombre pecador. Dios, del mal de pena, el pecador, del mal de culpa; y dos también los remedios principales, la oración, para alcanzar de Dios los bienes, la penitencia, para extirpar el pecado y aplacar la divina justicia. He aquí la materia de esta conferencia.

I.

3. Que Dios sea la causa primera y principalísima de todas nuestras tribulaciones, dícelo á cada página el Libro de los libros, la sagrada Escritura. Es, pues, una verdad incontestable. Veamos algunos de los pasajes que lo confirman. Si Abrahán fué atribulado con la orden que recibió de sacrificar á su amado hijo y por su propia mano descargar el golpe fatal y tender el cuerpo sobre la pira del sacrificio; si vióse torturado tan cruelmente su corazón de padre, y tuvo que reprimir los sollozos que brotaban de su pecho para no ver llorar al inocente Isaac: ¿quién fué sino Dios el que le sujetó á tan dura prueba? *Tentavit Deus Abraham*¹. Y á Job, el varón atribulado por antonomasia, ¿no fué Dios quién, por medio de Satanás, lo despojó de sus bienes y lo redujo al estado de extrema miseria y abatimiento en que se vió? Dios dijo al demonio: «En tus manos está cuanto posee, en tus manos está él mismo, sólo te prohibo que atentes á su vida.»² ¿Habría podido Satanás hacer mal alguno al varón santo, si Dios no lo permitiera? Luego el Señor fué también el autor y causa primera de las tribulaciones de Job. Bien lo reconoció él mismo atribuyendo á Dios igualmente los males y los bienes³. Y finalmente, para no multiplicar los ejemplos, el gran Tobías cantando las grandezas del Altísimo, después de las vicisitudes de su admirable vida, decía: «Tú, Señor, azotas y salvas, llevas al hombre hasta

¹ Gen. 22, 1.² Job 1, 12.³ Ibid. 2, 60.

el abismo y de allí le vuelves, y no hay quien escape de tu mano. . . . El Señor nos ha castigado por nuestras iniquidades, y Él nos salvará por su misericordia.»¹ El mismo Dios, hablando por su profeta Jeremías, decía al pueblo de Israel: «En vano he descargado el golpe sobre vuestros hijos»², y por Oseas les amenazaba también con cercarles de espinas su camino³. Él mismo dice que cerrará el cielo para que no caiga la lluvia, y mandará á la langosta que devore la tierra, y enviará la peste á su pueblo⁴. Y á Salomón, acabado el templo, le dijo que «si seguía las pisadas de David, su padre, y guardaba todos sus mandamientos, pondría los ojos sobre él y establecería y perpetuaría en él y en sus sucesores el reino, y si no, que los destruiría y asolaría, y los haría fábula y risa del mundo.»⁵ Y así en otros lugares de las divinas Letras se ve claro que Dios es el autor de los males con que aflige á los hombres.

4. Esta misma verdad persuádela fácilmente la razón natural. ¿Quién no comprende que Dios, así como es Creador y causa primera de todos los seres, así también debe serlo de toda la virtud y actividad de estos mismos que por esto se llaman causas *segundas*, ó sea, causas que obran bajo la suprema acción de Dios, *causa de todas las causas*, y, por consiguiente, causa superior de todos los efectos que producen los agentes naturales, sean ó no dotados de razón? ¿Quién no sabe que Dios, no sólo conserva las criaturas en el ser que les dió en la creación, para que no se tornen á la nada, sino que tiene que concurrir con ellas para que hagan sus actos y produzcan los efectos que tienen virtud de producir? Y de tal manera han menester las causas secundarias del concurso y asistencia actual de Dios, que sin ella nada podrían hacer, ni el hombre podría

¹ Tob. 13, 2. 5.

² Jer. 2, 30.

³ Os. 11, 6.

⁴ 2 Paral. 7, 13.

⁵ 3 Reg. 9, 7.

dar un paso, ni el ojo ver, ni el entendimiento discurrir, ni la voluntad querer. Obra, pues, Dios, como causa principal en todas las operaciones de las criaturas, y éstas no pueden considerarse sino como instrumentos, necesarios ó libres, de la suprema actividad divina. «Dios es», dice el apóstol San Pablo, *qui operatur omnia in omnibus* — «el que lo hace todo en todos.»¹ De tal suerte están las causas segundas ordenadas y trabadas entre sí, y tal proporción y subordinación tienen con la primera causa, que ninguna de ellas puede moverse para nada, ni obrar sino en virtud de la primera, la cual mueve á las demás y les da eficacia para obrar, y obra en ellas y con ellas, con tan maravillosa eficacia y perfección que todos los efectos de las segundas causas son más propios de la primera que no suyos². Síguese, pues, que Dios es la causa primera y principal de todas nuestras tribulaciones, aunque éstas nos vengan de la acción natural de las criaturas. Dios se sirve de todas ellas, aun de las más viles y despreciables, cuando le place, para castigarnos ó probarnos. ¿Qué digo? de los mismos pecados y malicia de los hombres suele Dios servirse para ejercitar la paciencia de los justos, como advierte San Agustín sin que por eso pueda atribuirse á Dios nada de la maldad de los pecadores. Dios, como infinitamente santo, y la santidad misma, reprueba y aborrece la maldad, permite, sin embargo, los pecados de los hombres, respetando el libre albedrío de que los ha dotado, y del que ellos abusan, y válese de ellos como de azotes para castigar ó probar á otros hombres. Por lo demás, Dios no permitiría males en el mundo, dice San Agustín, si no fuese para sacar de ellos otros bienes mayores que los mismos males que permite³. ¿Qué consuelo mayor puede haber en las tribulaciones, que saber que nos vienen de la mano de

¹ 1 Cor. 12, 6.

² Rivadeneyra, Trat. de la Trib. c. 3.

³ Enchir. c. 2.

Dios? ¿Qué desgracia puede haber, dice un orador sagrado, que no deba ser aceptada de buen grado viniendo de tal mano?¹ Ea, hermanos carísimos, cuando sintáis el golpe de la tribulación, alzad los ojos al cielo y mirad quién os hiere. ¿No es Dios? *Dominus est*, decía Job². Tranquilizaos, pues, que de tal mano, si bien lo advertís, cualquier mal es favor. Pena es, dice San Agustín, pero es gracia al mismo tiempo³.

5. Ya que hemos visto cuál es la causa primera de todas las tribulaciones, tratemos de averiguar su remedio. Y ¿cuál puede ser más eficaz que acudir á Dios con la oración para que deje de afligirnos si le place y nos conviene? Ciertos estamos de que no nos atribula sino por nuestro bien, y en primer lugar, para atraernos á sí, cuando la prosperidad de la tierra nos tenía alejados de su lado. *Dabo timorem meum in corde eorum*, dice Dios por Jeremías, *ut non recedant a me* — «Infundiré en su corazón mi temor para que no se aparten de mí.»⁴ Luego quiere que acudamos á Él acosados por el temor de perecer, víctimas de su justicia; quiere que, como los apóstoles, cuando vieron encrespase las olas del mar y la barquilla á punto de zozobrar, clamemos á Él diciéndole: *Domine, salva nos, perimus* — «Sálvanos, Señor, que perecemos.»⁵ Nada más explícitamente declarado por Dios mismo que la necesidad de orar en la tribulación. «Clamará á mí», dice por David, «y yo lo escucharé: con él estoy en la tribulación, yo lo libraré y lo glorificaré.»⁶ Y á Salomón le aseguraba que si el pueblo arrepentido de sus culpas, le rogase é implorase su bondad, le oiría desde el cielo, le perdonaría sus pecados y sanaría sus plagas⁷. Por eso el Profeta oraba incesantemente en medio de sus tribulaciones: «Mira, Señor, que soy

¹ Segneri, Serm.² Job 3, 6.³ In Ps. 118.⁴ Jer. 23, 4.⁵ Matth. 8, 25.⁶ Ps. 90, 15.⁷ 2 Paral. 7, 14.

atribulado, óyeme sin tardar.»¹ Y por eso mismo el pueblo cristiano clama siempre á Dios en sus aflicciones y calamidades, sea cualquiera el origen inmediato de donde procedan, y Dios, como salvó á los apóstoles, salva siempre á su pueblo escogido, á su Iglesia, imperando á los vientos y al embravecido mar². Sólo el impío ó el extraviado filósofo desdeña la oración, teniéndola por inútil, ó bien considerándola indigna de la majestad inmutable de un Dios que, ó no se cuida del gobierno del mundo, ó lo gobierna con leyes inflexibles³. Nada más absurdo que tales doctrinas de la moderna filosofía deísta ó fatalista. La oración no se opone á la inmutabilidad de los decretos divinos, ni hace caer á Dios en las variaciones del tiempo. Para explicar la eficacia real y positiva de la oración no es preciso suponer que Dios cambie sus disposiciones; basta tener en cuenta la causalidad moral de aquélla, ó sea, su influjo en determinados efectos, previsto por Dios desde la eternidad al escoger libremente el actual orden de cosas que llamamos la naturaleza. Las leyes que Dios ha dado á los agentes físicos no sufren derogación ni suspensión alguna por efecto de la oración, aunque nada tendría de absurdo ni imposible que el soberano Legislador las suspendiese en sus efectos, alterando así, si convenía á su gloria, el orden natural, como sucede en el milagro propiamente dicho. Pero en el curso regular de las cosas, la oración puede y suele ser escuchada sin que sucedan milagros, porque para librarnos de la tribulación ó concedernos cualquiera otra gracia que le pedimos, basta la acción ordinaria de su providencia. Los milagros no pueden pedirse sin especial inspiración divina, so pena de incurrir en el pecado que se llama tentación de Dios. Que Dios gobierna el mundo es una verdad, no sólo de fe sino de simple buen sentido. Ahora bien, el hombre con su libre

¹ Ps. 68, 18.² Matth. 8, 26.³ Julio Simón.

actividad puede dirigir en determinado sentido la acción de los agentes naturales é impedir sus operaciones cuando así conviene á sus intereses, y ¿no podría todo esto y mucho más la soberana voluntad del Criador?

6. No dudemos, pues, hermanos carísimos, acudir á la oración, como al grande y acaso único remedio en nuestras tribulaciones. El piadoso rey Josafat no hallaba otro cuando decía dirigiéndose al Señor: «No sabiendo qué hacernos, no nos queda otro recurso que levantar los ojos hacia ti.»¹ Es cierto que el efecto de la oración depende siempre de la libre voluntad de Dios que, según sus altísimos consejos, la acepta ó no, á lo menos en el sentido en que la dirigimos. Mas por otra parte ¿no nos ha prometido Dios formalmente concedernos lo que le pidiéremos en nombre de Jesucristo?² ¿No nos ha dicho para animarnos á pedir: «Pedid y recibiréis, tocad y se os aliviará ó abrirá»³? Queda, pues, siempre á salvo la bondad divina. ¿Es acaso menos benigno y misericordioso el Señor cuando no accede á nuestros ruegos, dejando á la tribulación que nos aflija? No por cierto. «Conviene», dice San Alfonso de Liguorio, «fijar los ojos en Dios y no apartarlos de Él y seguir suplicándole hasta que tenga compasión de nosotros. ... Cuando las gracias que deseamos obtener son espirituales y pueden contribuir al bien de nuestras almas, debemos estar seguros de que Dios nos oirá siempre que le supliquemos con tesón y no perdamos la confianza.» Y San Bernardo, citado por el mismo Santo, dice que cuando pedimos á Dios gracias temporales, ó nos dará lo que pedimos ú otra cosa mejor: *Aut dabit quod petimus, aut utilius*⁴. ¿Qué dudamos, pues? ¿por qué vacilamos en acudir al Padre de las misericordias? ¿por qué no damos voces como Ezequías en su lecho de muerte, diciendo: *Domine, vim patior, responde*

¹ 2 Paral. 20, 12.² Io. 16, 23.³ Matth. 7, 7.⁴ Apud Liguorio, op. cit.

pro me—«Señor, vuelve por mí, que padezco violencia.»¹ ¿No recordáis cómo escuchó el Señor la plegaria de este rey, cuando con lágrimas le suplicaba que alargase los días de su vida? Y dijo Dios al profeta Isaías: «Ve y di á Ezequías: He oído tu oración y he visto tus lágrimas, he aquí que yo te daré quince años más de vida.»² ¿Quién no se animará á pedir viendo tanta largueza de Dios en conceder? Por lo demás, hermanos carísimos, es preciso tener en cuenta una importante verdad, es preciso reconocer que debe subordinarse el orden temporal al orden espiritual y eterno. Las tribulaciones de la vida presente permitidas por Dios, son acontecimientos ordenados á la salvación del hombre, según se infiere de la idea de la Providencia. Quien quiere el fin debe querer también los medios conducentes á él: quien quiere la salud eterna, debe abrazar las tribulaciones siempre que éstas sean camino de adquirirla, según los planes inescrutables de Dios sobre cada uno de los hombres. El mismo Dios nos enseña por boca del Apóstol que á quien ama le castiga, y azota al que recibe por hijo³. Á la oración humilde y confiada debe pues ir unida la conformidad.

Pasemos á investigar la causa inmediata de la tribulación.

II.

7. Si el hombre hubiese permanecido en el estado de la inocencia original, el mal físico y sensible no habría afligido á la pobre humanidad, no por natural condición del cuerpo humano, sino por generosa y gratuita dispensación del Criador. Porque habiendo hecho Dios, también gratuitamente, inmortal al hombre primitivo, mediante el fruto del árbol de la vida, habríale hecho por natural consecuencia, impasible, inaccesible al dolor, precursor de la muerte. Pero ¡ay! sobrevino el desorden, el pecado de

¹ Is. 38, 14.² Ibid. 38, 5.³ Hebr. 12, 6.

nuestros primeros padres, y trastornó los planes bondadosos del Señor. Entonces la naturaleza recobró sus terribles derechos de afligir al hombre con toda suerte de dolores hasta dar con él, extinguida la vida material, en el sepulcro. Entonces fué cuando la muerte y todas las penalidades naturales adquirieron el carácter de pena y castigo para el hombre, conforme á estas palabras del sagrado Libro: «El fuego, el granizo, el hambre y la muerte, todas estas cosas fueron creadas para la venganza.»¹ «Espinas y abrojos germinará la tierra para ti»², dijo Dios al hombre pecador. Y en el libro de la Sabiduría se dice: «Dios no hizo la muerte ni se alegra en la perdición de los vivos, porque Él crió é hizo todas las cosas; mas los impíos con sus propias manos y con sus palabras se la buscaron.»³ He aquí, pues, carísimos hermanos, la causa original, y como el manantial fecundo de todas nuestras penas y tribulaciones. Enséñalo el apóstol San Pablo, escribiendo á los romanos: «Por el pecado entró la muerte en el mundo, y se extendió y abrazó á todos los hombres.»⁴ No podía ser de otra manera, puesto que la culpa es verdadera causa de la pena, y no sólo de la pena eterna, sino también de la temporal. Supuesto el pecado, dice un escritor ascético, fué necesario que hubiese justicia, y que con el orden de la pena se ordenase y reparase el desorden de la culpa. Así lo reconoció el buen ladrón cuando dijo á su mal compañero: «Nosotros estamos aquí recibiendo el castigo merecido por nuestros malos hechos.»⁵ Pero, ¿cómo no han de venir sobre nosotros torrentes de males y castigos, si al pecado original, raíz y fuente de todos los otros pecados, añadimos los hombres otros infinitos actuales en el discurso de nuestra vida? Con razón puede decir todo hombre, aun el que haya guardado la inocencia: *Peccavi*

¹ Eccli. 39, 35.² Gen. 3, 18.³ Sap. 1, 13.⁴ Rom. 5, 12.⁵ Luc. 23, 41.

*et vere deliqui*¹—«Pequé y verdaderamente delinquí, y no he sido castigado como lo merecía.» Dios calla y tolera, pero de vez en cuando deja oír el trueno amenazador de su justicia ofendida. El pecador impenitente, hecho enemigo gratuito de Dios, conculcador protervo de las leyes divinas, ¿cómo no teme exponerse al rigor de la venganza del cielo? ¿no sabe que el dueño y señor de las criaturas se sirve de ellas mismas para ejecutar sus tremendos castigos? El día del juicio final dará la gran batalla contra sus enemigos, los pecadores de todos los siglos, y para combatirlos y aniquilarlos armará, dice la Escritura, á todas las criaturas, y peleará con Él todo el orbe contra los insensatos². Aquél será el día de la grande y extrema tribulación³. Las tribulaciones presentes no son sino ligeras escaramuzas, y como ensayos de aquella batalla campal, en que los enemigos de Dios no quedarán destruidos sólo para poder ser atormentados por toda la eternidad.

8. Por otro punto de vista podemos considerar la tribulación como efecto del pecado, no ya como castigo sino como amarga pero necesaria medicina. «Entienda el hombre», dice San Agustín, «que Dios es médico, y que la tribulación es medicina para sanarle, y no pena para condenarle.»⁴ Por eso al amenazar el Señor con el castigo á los pecadores no omite hablar de su misericordia para con los que guardan sus mandamientos. Es porque Dios es padre misericordioso en sus mismos castigos temporales. De donde infiere San Agustín que quien no es del número de los atribulados, no es tampoco del número de los hijos. Ya hemos visto cómo dispone la tribulación para la penitencia, inclinando el corazón del hombre al arrepentimiento y detestación de los pecados. Es, pues, un medio eficacísimo para que el pecador vuelva sobre sus pasos, se detenga

¹ Iob 33, 27.² Sap. 5, 18. 21.³ Matth. 24, 26.⁴ In Ps. 21.

en la carrera de su perdición y se salve. ¡Oh preciosa y bendita medicina que solamente amarga para dar salud y vida eterna! Y aunque fuese cauterio que quema y abrasa, si tal remedio fuese necesario, debería el hombre cuerdo rogar á Dios que se lo aplicase, como lo hacía el mismo santo Doctor diciendo: *Hic ure, hic seca, hic non parcas, ut in aeternum parcas*—«Señor, quema aquí, corta aquí, no perdones en este mundo, con tal que me perdones en el otro que es eterno.»¹ ¡Ah! cristianos: nos lamentamos tanto de las adversidades que padecemos, y no advertimos que son el reclamo misericordioso de un Padre que nos llama á penitencia, ya que andamos tan desviados y entretenidos en nuestros desórdenes. *Peccati penam sentimus, et peccandi pertinaciam non amittimus*—«Duélenos la pena de nuestros pecados, mas ni por esto dejamos la mala costumbre de pecar.»² Esto debiéramos hacer inmediatamente, si de veras quisiéramos que Dios alzase de nosotros la vara de la tribulación.

9. Provócanle todos nuestros pecados en general, pero no puede dudarse que hay algunos que por su especial malicia y gravedad atraen sobre nuestras cabezas los rayos de la divina justicia. Tal es el primero de los pecados capitales, la soberbia, esa soberbia de que habla el Profeta, de los que aborrecen á Dios, que va siempre subiendo como las hinchadas olas del mar entumecido y orgulloso³. En mil pasajes de la sagrada Escritura consta cuánto aborrece Dios á los soberbios y también cómo los confunde y anonada. «Tu arrogancia y la soberbia de tu corazón te engañó», decía Dios por Jeremías al pueblo de Idumea. «Tú que habitas en los huecos de las rocas, tratas de ganar las alturas del collado. Cuando alzares como el águila tu nido, de allí te derribaré», dice el Señor⁴. Y ¿con qué castigos tan terribles no amenaza Dios á su pueblo escogido

¹ S. August.² Idem.³ Ps. 73, 23.⁴ Jer. 49, 16.

por haberse dejado dominar de la soberbia? «Yo haré que se pudra la soberbia de Judá y la soberbia de Jerusalén que es mucha, yo arrojaré de mí como vil harapo á este pueblo perverso que no quiere oír mis palabras y anda entregado á la pravedad de su corazón... Oíd atentamente, no queráis ensalzaros, porque el Señor ha hablado. Dad gloria al Señor Dios vuestro antes que vengan las tinieblas... Humillaos porque cayó de vuestra cabeza la corona de vuestra gloria¹. ¿Lo veis? las mayores tribulaciones que pueden sobrevenir á una nación entera, la devastación más completa y la maldición divina son el efecto indefectible de la soberbia. Nada parece que provoca más la indignación del Todopoderoso. «Al soberbio», dicen los Proverbios, «sigue la humillación, así como al humilde le espera la gloria². La humildísima Virgen de Nazaret cantó en su cántico, como hazaña de Dios: «Desbarató á los soberbios dispersando los vanos pensamientos de su corazón.»³ Dios, pues, que tiene empeño en resistir los soberbios⁴, ¿de qué manera los abatirá más eficazmente que abrumándolos bajo el peso de la tribulación? Entonces, postrado en una cama por larga y penosa enfermedad, ó devorando una atroz calumnia, ó reducido á la indignidad, ó hecho el ludibrio de las gentes, ¿qué hará el orgulloso que antes se creía tan grande que despreciaba al mismo Dios, pensando poder pasar sin Él, como si se bastara á sí mismo; qué hará sino confundirse y humillarse reconociendo su vileza y pequeñez, la impotencia de sus fuerzas, la nada á que se encuentra reducido, y restituir de esta manera al Señor la gloria que le había usurpado? Humillémonos, por tanto, hermanos míos, como nos amonesta San Pedro, á fin de que nos ensalce la poderosa mano de Dios en el día de la tribulación⁵.

10. Pero no es sólo la soberbia la que atrae sobre nosotros el castigo de las tribulaciones, eslo también ese otro

¹ Jer. 13 per tot.² Prov. 29, 23.³ Luc. 1, 51.⁴ I Petr. 5, 5.⁵ Ibid. 5, 6.

vicio que tan directamente se opone á la santidad de Dios y á la dignidad del hombre en cuya frente brilla la imagen de la Divinidad. Hablo del vicio de la sensualidad, foco, por su naturaleza misma, de corrupción y de miserias. Todo exceso, todo abuso del placer, y mucho más del deleite sensual, trae consigo su pena y castigo en la necesaria reacción de debilidad, fatiga y agotamiento de energías que produce. ¿Qué extraño, pues, que la lujuria siembre por todas partes gérmenes de muerte corporal y espiritual, y sea un verdadero incendio abrasador del individuo, de la familia y de la sociedad entera? ¿Qué extraño que sea fuente cenagosa de tribulaciones? Omíto enumerar las mil penalidades á que da origen este infame vicio, por ser de todos demasiado conocidas, pero no puedo menos de llamar vuestra atención sobre lo que ofende á la Majestad divina y, por consiguiente, provoca su justicia á castigarlo. No tenemos que hacer más que evocar las horribles escenas del diluvio universal y del incendio de Pentápolis. ¿Cuál fué la causa de aquel espantoso cataclismo en que pereció todo el género humano en masa, no sobreviviendo más que ocho individuos para que la humanidad no se extinguiera? Bien claro nos lo dice la sagrada Escritura: *Omnis caro corruperat viam suam* — «Toda carne había corrompido su camino»¹, expresión figurada que nos deja comprender los excesos de inmoralidad á que se había entregado la degradada descendencia de Adán. Y si volvemos los ojos para mirar con espanto las llamas devoradoras de la inmunda Sodoma, ¿qué nos dicen sino que el grito de aquellas desvergüenzas y torpezas sin nombre reclamaba del cielo la más pronta y ejemplar venganza que vieron los siglos?² ¡Ah! carísimos oyentes ¿cómo no temblamos viendo que, á pesar de tan terribles escarmentos, la sensualidad lo invade todo y la ola de la inmoralidad amenaza convertir la sociedad

¹ Gen. 6, 12.² Ibid. 18, 20.

en reflejo de la antigua Sodoma? ¿Cómo no ha de venir sobre esa nube de pecadores otra nube de calamidades?

11. Y ¿qué desastres no prepara también la irreligión, cada día más franca y descarada? ¿No se advierten ya bastante, en el seno mismo de los países católicos, los avances de la impiedad que se burla de la fe de los creyentes? ¿No se jactan ya los pretendidos sabios, de hacer profesión de materialismo ateo? ¿Qué será de nosotros si la irreligión, tolerada y aun favorecida por las modernas libertades, llega á apoderarse de las masas, después de haber gangrenado las altas capas sociales? Que Dios se hará sentir por medio del azote de la tribulación, á fin de que le reconozcan y confiesen, á su pesar, el indiferente, el materialista y el ateo. El olvido de Dios, el abandono de su culto, la habitual infracción de los preceptos que se refieren á la religión van preparando la general apostasía de los pueblos, la cual infaliblemente atraerá sobre las naciones modernas los mismos castigos y ruinas que cayeron sobre los famosos imperios de la antigüedad. Ya lo están anunciando las catástrofes sociales de nuestros días.

12. ¿Cuál será, pues, el remedio de la mayor parte de nuestros tribulaciones cuya causa es el pecado? Salta á la vista que no puede ser otro sino la destrucción del pecado mismo, pues á la supresión de la causa tiene que seguirse la cesación del efecto, según el conocido axioma: *Sublata causa, tollitur effectus*. Y ¿cuál es el antídoto de la culpa sino la penitencia? He aquí, pues, hermanos carísimos, el verdadero puerto de salvación en el gran naufragio de las tribulaciones públicas y privadas: la pronta y sincera penitencia. ¿Recordáis lo que decía Jesucristo aludiendo á los dieciocho muertos sobre quienes se desplomó la torre de Siloé? «¿Pensáis», decía, «que esos desgraciados eran los únicos culpados entre todos los habitantes de Jerusalén? No por cierto: lo que yo digo es que, si no hicieris penitencia, todos pereceréis del mismo

modo.»¹ Pereceremos pues, no lo dudéis, víctimas de la justicia de Dios, si no la desarmamos al instante con la humilde confesión de nuestras culpas y la reforma de nuestras desordenadas costumbres. Así lo entendía y practicaba con buen éxito aquel antiguo pueblo de Israel, que en el colmo de sus angustias, acosado por la muerte, volvíase á Dios arrepentido y lloroso. *Cum occideret eos, quærebant Eum, et revertebantur*². Así lo entendieron también los hermanos del virtuoso José, cuando en su tribulación reconocieron el justo castigo de su crueldad para con su inocente hermano. «Con razón padecemos», decían, «porque pecamos contra nuestro hermano.»³ Digamos, pues, también nosotros: Señor, razón tenéis de castigarnos, pues os tenemos ofendido á Vos que sois nuestro Dios y nuestro Padre. Justo sois, y justos son también vuestros castigos. Nosotros aceptamos con espíritu de penitencia la tribulación que nos enviáis; concedednos fuerzas suficientes para sobrellevarla con resignación⁴. Si así lo hiciéremos, hermanos carísimos, aquel Dios que es todo bondad y misericordia, y que no nos castiga sino para corregirnos y librarnos de la pena eterna, se apiadará pronto de nosotros y no sólo nos perdonará nuestras culpas, sino que alzará de nosotros su pesada mano y nos librará de la aflicción que padecemos. Y si tardare en socorrernos, acudamos á la poderosa mediación de la que es Madre de pecadores y Consoladora de afligidos. Sus ruegos vencerán todas las resistencias, y no se hará mucho de esperar el auxilio apetecido. Bien veo que así lo suele hacer el católico pueblo que me escucha, y yo no puedo menos de felicitarlo por su ilimitada confianza en María, y de augurarle, como fruto de su piedad acendrada, días de prosperidad y bonanza en el tiempo, y cumplida bienaventuranza en el cielo. Así sea.

¹ Luc. 13, 5. ² Ps. 77, 34. ³ Gen. 42, 21. ⁴ S. Alf. de Ligorio, op. cit.

TRIDUO DE SERMONES PARA EL TIEMPO DEL JUBILEO.

(Predicados en Cartagena de Colombia, 1901.)

PRIMER SERMÓN.

Causas de estar muerta la fe.

Fides sine operibus mortua est.

Iac. 2, 26.

I. Es un hecho, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, que la fe está muerta, ó por lo menos aletargada y adormecida en gran número de cristianos, por no decir en la gran mayoría, aun de los católicos ó hijos de la verdadera Iglesia de Jesucristo. Es una triste verdad que no necesita de pruebas, pues salta á la vista con la terrible evidencia de los hechos pavorosos. Parece que hubiéramos llegado á los tiempos de la segunda venida del Mesías, de los cuales se dijo: «Cuando venga á juzgar el Hijo del Hombre, ¿pensáis que hallará fe en la tierra?»¹ Si la fe, que no va acompañada de buenas obras, es, según la doctrina del apóstol Santiago, una fe muerta, incapaz de producir la salvación², decidme ¿qué deberemos juzgar de la fe de esos cristianos que no sólo no practican obras de piedad, de misericordia y de justicia, sino que arrastran una vida de desorden, que no es otra cosa que una larga y pesada cadena de obras de tinieblas³, de aquellas obras del demonio que el Hijo de Dios vino á destruir?⁴ ¿Es

¹ Luc. 18, 8. ² Iac. 2, 14. ³ Rom. 13, 12. ⁴ 1 Io. 3, 8.

modo.»¹ Pereceremos pues, no lo dudéis, víctimas de la justicia de Dios, si no la desarmamos al instante con la humilde confesión de nuestras culpas y la reforma de nuestras desordenadas costumbres. Así lo entendía y practicaba con buen éxito aquel antiguo pueblo de Israel, que en el colmo de sus angustias, acosado por la muerte, volvíase á Dios arrepentido y lloroso. *Cum occideret eos, quærebant Eum, et revertabantur*². Así lo entendieron también los hermanos del virtuoso José, cuando en su tribulación reconocieron el justo castigo de su crueldad para con su inocente hermano. «Con razón padecemos», decían, «porque pecamos contra nuestro hermano.»³ Digamos, pues, también nosotros: Señor, razón tenéis de castigarnos, pues os tenemos ofendido á Vos que sois nuestro Dios y nuestro Padre. Justo sois, y justos son también vuestros castigos. Nosotros aceptamos con espíritu de penitencia la tribulación que nos enviáis; concedednos fuerzas suficientes para sobrellevarla con resignación⁴. Si así lo hiciéremos, hermanos carísimos, aquel Dios que es todo bondad y misericordia, y que no nos castiga sino para corregirnos y librarnos de la pena eterna, se apiadará pronto de nosotros y no sólo nos perdonará nuestras culpas, sino que alzaré de nosotros su pesada mano y nos librará de la aflicción que padecemos. Y si tardare en socorrernos, acudamos á la poderosa mediación de la que es Madre de pecadores y Consoladora de afligidos. Sus ruegos vencerán todas las resistencias, y no se hará mucho de esperar el auxilio apetecido. Bien veo que así lo suele hacer el católico pueblo que me escucha, y yo no puedo menos de felicitarlo por su ilimitada confianza en María, y de augurarle, como fruto de su piedad acendrada, días de prosperidad y bonanza en el tiempo, y cumplida bienaventuranza en el cielo. Así sea.

¹ Luc. 13, 5. ² Ps. 77, 34. ³ Gen. 42, 21. ⁴ S. Alf. de Ligorio, op. cit.

TRIDUO DE SERMONES PARA EL TIEMPO DEL JUBILEO.

(Predicados en Cartagena de Colombia, 1901.)

PRIMER SERMÓN.

Causas de estar muerta la fe.

Fides sine operibus mortua est.

Iac. 2, 26.

1. Es un hecho, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, que la fe está muerta, ó por lo menos aletargada y adormecida en gran número de cristianos, por no decir en la gran mayoría, aun de los católicos ó hijos de la verdadera Iglesia de Jesucristo. Es una triste verdad que no necesita de pruebas, pues salta á la vista con la terrible evidencia de los hechos pavorosos. Parece que hubiéramos llegado á los tiempos de la segunda venida del Mesías, de los cuales se dijo: «Cuando venga á juzgar el Hijo del Hombre, ¿pensáis que hallará fe en la tierra?»¹ Si la fe, que no va acompañada de buenas obras, es, según la doctrina del apóstol Santiago, una fe muerta, incapaz de producir la salvación², decidme ¿qué deberemos juzgar de la fe de esos cristianos que no sólo no practican obras de piedad, de misericordia y de justicia, sino que arrastran una vida de desorden, que no es otra cosa que una larga y pesada cadena de obras de tinieblas³, de aquellas obras del demonio que el Hijo de Dios vino á destruir?⁴ ¿Es

¹ Luc. 18, 8. ² Iac. 2, 14. ³ Rom. 13, 12. ⁴ 1 Io. 3, 8.

ésa la fe viva, la fe de que vive el justo?¹ ¿Cómo, pues, no da señales de esa vitalidad divina, de esa fuerza capaz de trasladar montañas?² ¡Ah! cristianos; confesemos que nuestra fe está muerta ó herida de enfermedad mortal; y, aprovechándonos de las gracias extraordinarias que Dios, por medio de la santa Iglesia, se digna concedernos en este tiempo de universal Jubileo, procuremos reavivar esa fe, que es el principio fecundo de la santificación y sin la cual es imposible agradar á Dios y salvarnos³.

2. Y ¿no podríamos, para conseguir ese objeto, dedicar estos preciosos momentos á investigar las causas de esa general decadencia de la fe? ¿No sería el descubrimiento de esas causas un medio eficaz de reanimar su espíritu entre nosotros? Por lo menos es el primer paso que deberíamos dar en este camino de conversión y vuelta á Dios, ya que para acercarse á Él, dice el Apóstol, lo primero ha de ser creer en su existencia y en sus atributos⁴. Pero ¿hay muchos entre estos católicos de fe amortiguada que quieran tomarse este pequeño trabajo? ¡Ah! que ni siquiera se dan cuenta del triste estado de infidelidad en que se encuentran, ni hacen caso alguno de las voces de la Iglesia que trata de sacarlos de tan peligroso letargo! ¡Para cuántos de estos infelices pecadores serán inútiles todas las gracias de este santo Jubileo! ¡Cuántos, siguiendo esas sendas extraviadas, acabarán por pasar á la eternidad de penas sin haber despertado de su funesto sueño! Procurad vosotros, amados fieles, dignos de este nombre, aumentar esa virtud divina de la fe no sólo con fervientes oraciones (que deben multiplicarse en estos santos días), sino con la piadosa consideración de las causas por las cuales la fe se debilita y acaba, que pueden reducirse á dos principales, á saber, la ignorancia religiosa y la corrupción del corazón.

¹ Rom. 1, 17.

² 1 Cor. 13, 2.

³ Hebr. 11, 6.

⁴ Ibid.

Penetrándoos bien de la realidad de estas causas, no sólo las combatiréis enérgicamente en vosotros mismos, sino que cooperaréis con no menor empeño á su destrucción en la sociedad en que vivís, con lo cual haréis una importante obra de caridad que os atraerá las indulgencias del Padre de las misericordias.

I.

3. La ignorancia religiosa, hermanos carísimos, es una de las mayores plagas de la sociedad en los tiempos que alcanzamos. Hoy se saben muchas cosas que no supieron nuestros sencillos antepasados; pero se ignora generalmente el Catecismo, se ignora precisamente lo que á ningún cristiano le es lícito ignorar. Y ¿cómo no ha de estar amortiguada, si no muerta, la fe en gran número de los que se dicen creyentes? La fe, sobrenatural y gratuitamente infundida en el alma por el soplo vivificante del Espíritu Santo, no es ciertamente el fruto de la ciencia religiosa, ó sea, el resultado del estudio serio y profundo de la religión. Si así fuera, no sólo perdería su carácter de sobrenatural sino que dejaría de ser un acto libre y meritorio, no siendo más que la conclusión forzosa de premisas ciertas y evidentes. Creería el hombre á su propia razón que le demostraría la verdad de los dogmas ó, por lo menos, la evidencia de su credibilidad; pero no creería propiamente á la palabra infalible de Dios, no prestaría asenso libre á la autoridad divina. Para ejecutar este acto se necesita el auxilio sobrenatural de la gracia que ilumina el entendimiento y mueve juntamente la voluntad inclinándola á creer. No es dueño el hombre ni capaz por sí solo de hacer un acto de fe católica y menos aún de poseer el hábito ó la virtud de la fe. Es ésta un don de Dios, y ¡cuán precioso! que el hombre no puede siquiera merecer en rigor. Hay corazones endurecidos que no creen, por más que la razón ilustrada por la ciencia les haga ver casi

con evidencia la necesidad y la conveniencia de la fe. ¿No veían claramente los judíos los argumentos de la divinidad de Jesucristo, según aquellas palabras del mismo Salvador: «Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, éstas dan testimonio de quién soy»¹? y ¿creían por ventura? ¿Cuál era, pues, la causa de su incredulidad? El mismo Jesús se lo dijo claramente: «Pero vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas.»² Palabras misteriosas que nos dan á conocer que se necesitan ciertas disposiciones de parte de la voluntad para creer. El mismo Jesucristo increpaba á los discípulos incrédulos su *tardanza* ó *dureza de corazón* que les hacía incurrir en la necedad de no creer á tantos vaticinios como habían hecho acerca de Cristo los profetas³. Y, en fin, el Apóstol nos enseña que «con el corazón se cree para ser justificado, y con la boca se confiesa la fe para la salvación»⁴.

4. De lo dicho no se sigue que no sea necesario cierto grado de conocimiento, no sólo para conservar y perfeccionar la fe, sino aun para adquirirla. En efecto, Jesucristo envió á sus apóstoles diciéndoles: *Docete* — «Enseñad...; el que creyere y fuere bautizado será salvo.»⁵ Luego antes de creer y recibir el bautismo es preciso oír y aprender del que enseña. De otra suerte ¿sobre qué objeto recaería la fe? ¿quién puede creer sin saber antes lo que ha de creer? ¿Bastará por ventura creer de un modo general y vago en todo lo que Dios ha revelado y la Iglesia propone á nuestra creencia? No por cierto; es preciso creer explícitamente, según la doctrina de los moralistas, ciertos dogmas ó verdades reveladas, tales como la existencia de Dios, su atributo de remunerador de los buenos y castigador de los malos, los misterios de la Trinidad y de la Encarnación, todo esto con aquella necesidad que los teólogos

¹ Io. 10, 25.² Ibid. 10, 26.³ Luc. 21, 25.⁴ Rom. 10, 10.⁵ Matth. 28, 29.

llaman *de medio*, ó so pena de condenación eterna; y fuera de las verdades apuntadas, todavía es necesario creer y saber, con necesidad ó en fuerza del precepto, bajo pena de pecado mortal, el Símbolo de los Apóstoles, los mandamientos del Decálogo y de la Iglesia, la Oración dominical y los sacramentos más necesarios, como son el Bautismo, la Penitencia y la Eucaristía¹. ¿Qué os parece, hermanos míos, de la amplitud de conocimientos religiosos que exige la fe cristiana? Y quien no los posee ¿cómo puede llamarse creyente? Su fe, por lo menos, no será íntegra cuanto al objeto material: será gravemente imperfecta, insuficiente para la salvación. Y si este conocimiento es necesario para recibir la fe y el sacramento del Bautismo, cuando se trata de un adulto, ¿creéis que no lo será también para conservar y ejercitar la misma fe y llevar vida cristiana y perfecta? Obligados estamos, como sabéis, á actuarnos en la fe que profesamos en nuestro Bautismo; y, sea cualquiera el número de actos que estemos rigurosamente obligados á practicar, durante la vida, es lo cierto que debemos frecuentarlos ya para dar culto á la Divinidad, ya para la propia santificación, cuyo principio, y como piedra angular, es la fe. ¿No la exigía Jesucristo siempre que había de conceder algún favor á aquel que se lo demandaba? «Si puedes creer», decíale, «todo es posible para el creyente.»² Debemos, pues, repetir á cada instante, si queremos alcanzar gracias y aun milagros: «Creo, Señor»³; «Sí, Señor, yo he creído que tú eres Cristo, Hijo de Dios.»⁴ Pero decidme, hermanos carísimos, ¿podríamos hacer estos actos tan importantes de la vida cristiana, llevar vida de fe y de oración, sin tener un conocimiento á fondo de esos mismos misterios que hacemos profesión de creer? Salta, pues, á la vista la necesidad de una sólida y no superficial

¹ Card. Vives, Comp. Theol. Mor. c. 5. de Fide.² Marc. 9, 22.³ Ibid. 9, 27.⁴ Io. 11, 27.

instrucción religiosa que abrace juntamente el dogma y la moral, lo que hemos de creer solamente y lo que debemos creer y poner por obra, además de los sacramentos que estamos obligados á recibir para revestirnos de la gracia que nos lava y santifica. Faltando esta instrucción moral y religiosa, ¿cómo no ha de estar muerta ó por lo menos amortiguada la fe en los corazones?

5. En efecto, ¿cuáles son los resultados naturales de esa ignorancia que vamos lamentando? Oscuridad en el entendimiento, frialdad en el corazón, esterilidad de la misma fe que se profesa, ruina de la religión y de las buenas costumbres. ¡Horribles estragos de la ignorancia, que tal vez no hemos considerado nunca detenidamente! Por más que se sepan de memoria los rudimentos de la doctrina cristiana, las oraciones comunes, el Símbolo, el Decálogo, los sacramentos, etc.—y ¡pluguiera á Dios que todos los fieles los supieran!—si esas verdades allí contenidas no se entienden suficientemente, y, si mediante alguna clara explicación, no se conoce su sentido; si no se forma una idea suficiente de Dios, de Jesucristo, de la Iglesia; si no se llega á comprender el valor de cada uno de los divinos mandamientos, lo que exige su observancia y en qué manera se quebrantan; si no se sabe cómo han de recibirse los sacramentos, especialmente los de la Penitencia y Eucaristía; si, en fin, no se conoce el significado de los ritos y ceremonias de la sagrada liturgia; ¿qué habrá en el entendimiento del cristiano de nombre y de bautismo, sino una densa y profunda oscuridad, un vacío y una confusión que haga mezclar verdades con errores groseros acerca de los atributos de Dios, y hasta le lleve á prácticas supersticiosas y ridículas creencias? De aquí nace el hastío que sienten estas almas ignorantes por la oración y demás ejercicios religiosos, el alejamiento del templo y de las funciones eclesiásticas, el abandono total de los sacramentos de Confesión y Comunión, el desprecio de los preceptos

de la Iglesia y, por abreviar, el último grado de indolencia religiosa. ¿Cómo han de amar estos hombres una religión que no conocen? ¿Cómo han de asistir con gusto á un acto como el sacrificio de la Misa, cuyo valor no comprenden? ¿Están penetrados siquiera de la realidad de la presencia de Jesucristo en el Sacramento del altar? ¿Cómo, pues, atraerles á que le visiten y adoren en el templo? ¿Se han hecho cargo del valor del alma, del precio inestimable de la gracia de Dios, de la importancia de la salvación? Nada menos. Ignorando, pues, todas estas cosas, ¿qué maravilla, cristianos oyentes, que no sólo no aprecien la religión, sino que la escarnezan y blasfemen?¹ Y si algún germen de fe conservan en el fondo del alma, ¿no es una fe muerta, estéril para producir buenas obras, ocasión de ruina antes que causa de salvación? ¡Oh efectos deplorables de la ignorancia religiosa! Y ¿cómo no desplegamos mayor celo por lanzarla de la sociedad, empezando por arrojarla de nosotros mismos? ¿Estamos acaso muy satisfechos de la instrucción que en esta materia poseemos?

6. La verdad, si hemos de confesarla llanamente, es que hay tinieblas esparcidas sobre toda la tierra, como en la hora de la crucifixión del Salvador². ¿No es la ignorancia, en el sentido que dejamos expuesto, la condición del mayor número de los católicos? Rubor da el confesarlo, pero mayor mal sería el ocultarlo por mal entendido amor propio. Preciso es poner el dedo en la llaga, si hemos de curar la sociedad enferma de indiferentismo religioso. No hablemos de esas masas, totalmente sumidas en la más crasa ignorancia hasta de los rudimentos de la doctrina cristiana que contiene el Catecismo de los niños; ¿cómo han de saber lo que nunca aprendieron en la casa, ni en la escuela, ni en el templo? ¿lo que no pudieron aprender por sí mismos,

¹ Iac. 2, 10. ² Matth. 27, 45.

siendo en su mayor parte analfabetos? Padres de familia ignorantes y entregados en cuerpo y alma al trabajo para proporcionar á sus hijos un pedazo de pan y un mal vestido, ya que no sean esclavos del vicio y de la ociosidad, ¿cómo han de enseñar á su prole lo que ellos mismos ignoran? ¿Acaso podrá esperarse algo de las pobres madres? ¡Infelices! tan ignorantes como los hombres, muchas de ellas viven en completo alejamiento de las prácticas religiosas y, por consiguiente, en el mayor abandono de sus deberes. Si algo saben y lo enseñan á sus hijos, si algún sentimiento de piedad abrigan en medio de su desventura, ¿qué es eso para lo que el niño necesita saber en punto de religión? Le enseñarán —y no serán muchas las que lo hagan— á rezar las oraciones del cristiano; pero ¿basta rezar de memoria algunas oraciones vocales para saber lo que la religión exige? Si á lo menos esos padres y madres tuviesen el cuidado de colocar á sus hijos en la escuela católica donde la religión ocupa el puesto que le corresponde entre los ramos de enseñanza; si, en defecto de escuela diaria, los enviasen á la escuela dominical ó al catecismo parroquial, donde virtuosos catequistas y celosos pastores de almas los adoctrinasen como saben hacerlo con tanto amor y solicitud paternal; ¡ah! entonces podríamos esperar días mejores para la religión y la moralidad, apoyadas en la base de la instrucción religiosa con que se irían levantando las nuevas generaciones. Pero ¿tenemos, hermanos carísimos, sobrados motivos para fomentar tan dulces esperanzas? ¿No sabéis que sólo á fuerza de constancia y sacrificios se consigue sostener esas escuelas y esas catequesis? ¿No veis cuán corto, relativamente, suele ser el número de niños que concurren á ellas, á pesar de los premios con que se les estimula? ¿Cuándo, pues, pensamos que se disipará la ignorancia general? ¿Cuándo reflorecerá la fe cristiana?

7. Pues no es la ignorancia popular lo más triste y doloroso que hay en el asunto: es la ignorancia religiosa de las

mismas personas instruidas y educadas esmeradamente en colegios y universidades. Hablando francamente, ¿se da ó se recibe en la mayor parte de estos establecimientos la instrucción religiosa que fuera de desear? ¿enseñase allí la religión con el mismo esmero y diligencia con que suelen enseñarse las otras disciplinas? ¿No se la mira acaso con cierto desdén y mal disimulada antipatía? Y ¿de cuántos institutos, aun primarios, no la ha desterrado la moderna legislación anticristiana? ¿Qué extraño, pues, que personas ilustradas en las ciencias y en la literatura se encuentren casi al nivel del ignorante vulgo en materia religiosa? Y ¿éstos tendrán fe? ¿tendrán una fe viva, ó amortiguada y estéril? ¿Cómo andará, pues, la sociedad, cuando á la ignorancia del pueblo hay que sumar la ignorancia de las clases elevadas? «¡Ah! cuánto tenemos que lamentar en el punto», exclama un docto escritor¹. «¡Parece increíble el estado de abandono á que hemos llegado, aun en personas por otra parte ilustradas! Y lo más triste del caso es que muchos no sabiendo, ni queriéndose instruir, repiten las impiedades y aun las blasfemias que diariamente leen en ciertos periódicos descreídos, y tienen como prurito de disputar sobre religión, ¡cual si fuesen Jerónimos ó Agustinos!» ¿Qué sucederá, pues, si á la ignorancia de la religión se añade la falsa ciencia, esto es, el conocimiento de los falsos dogmas ó argumentos con que se ataca el día de hoy la verdad religiosa en multitud de libejos envenenadores de las almas? Si con tales lecturas, severamente prohibidas por la Iglesia, no se llega, por una especie de milagro, hasta la pérdida completa de la fe, naturalmente ésta se amortiguará, quedando apenas un fondo vago de creencias religiosas, que equivale á no tener la fe católica, genuina y verdadera. Y este peligro no es sólo de las malas lecturas; lo es también de las conver-

¹ *Ojea y Márquez*, El Reinado de Jesucristo, P. 3^a.

saciones con librepensadores, del trato y roce con los sectarios y propagandistas de la impiedad que no faltan en ninguna parte y que tanto daño causan, mayormente en el pueblo, con sus discursos impregnados de odio á la religión y sus ministros.

Paréceme, amados oyentes, que con sólo la ignorancia religiosa, de que tantos cristianos adolecen, se explicaría suficientemente la decadencia de la fe que lamentamos. Pero os he indicado otra causa no menos eficaz para producir este efecto, y es la corrupción del corazón. Veamos cuán derechamente conduce al hombre al abismo de la incredulidad.

II.

8. La experiencia podría servirnos de argumento, mediante una sencilla reflexión. Si por desgracia —harto común en nuestros días— hemos tropezado con uno ó más incrédulos ó descreídos, ¿no nos ha dado en rostro la libertad de sus costumbres? Raro es el fenómeno de un hombre sin fe, despreocupado, como hoy se dice, cuya vida no esté manchada con toda clase de desórdenes y vicios. No faltará quien los oculte bajo la máscara de cierta honradez ó bondad natural; difícil es, no obstante, que no se dejen traslucir al exterior las deformidades del corazón. Ya decía el profeta David: «Dijo el insensato en su interior: No hay Dios. Corrompidos están, se han hecho abominables en sus deseos: no hay uno solo que obre bien. Sepulcro abierto es su garganta; con sus lenguas fraguaban engaños; veneno de áspides esconden sus labios.»¹ La razón es fácil de comprender. Desconociendo á Dios, destruyéndolo en su negación, ¿qué ley moral podrá imponerles preceptos de virtud? ¿qué freno reprimirá sus desbordadas pasiones? Mas no sólo la incredulidad es causa de la corrupción del

¹ Ps. 13, 1 et seqq.

corazón, sino que, á la inversa, también de la corrupción nace la incredulidad. Son causas y efectos recíprocamente. ¿Quién no ha observado á jóvenes virtuosos llenos de fe, piedad y devoción, irse resfriando poco á poco hasta parar en descreídos, como tantos otros de su edad y condición, y esto á medida que se iban relajando sus costumbres con el trato contagioso de gentes de vida libre y disipada? «No permanecerá mi espíritu en el hombre carnal»¹, ha dicho Dios; y la fe, soplo del Espíritu Santo, no puede florecer en un alma corrompida. Es un hecho que una vida licenciosa lleva al hombre hasta el endurecimiento y la impenitencia final; pero ¿sería posible llegar á este extremo si no se hubiese oscurecido y apagado el último rayo de fe? ¿Cree el desgraciado suicida que por sus mismas manos, más cruel que las fieras, como dice San Agustín, corta el hilo de su existencia? ¿Cree el que, al borde del sepulcro, rechaza los auxilios caritativos de la Iglesia, y muere impenitente? Esa frialdad horrible, esa estúpida impavidez con que se ve á ciertos pecadores escandalosos aguardar la hora suprema y bajar al sepulcro, efecto es de una incredulidad consumada, radical, á que los ha conducido una vida de libertinaje sin freno. Y aunque en muchas almas no arranque de raíz la fe, ¿quién duda que la vida relajada ha de reducir aquélla á un estado de inacción y sopor muy semejante á la muerte? ¿Cómo ha de vivir la fe, planta divina, sin el riego de los sacramentos, sin el calor de las obras de piedad? y éstas ¿cómo han de practicarse cuando el corazón está encenagado en el vicio y contento con su apartamiento de Dios? Por eso dijo San Pablo: «Rechazando la buena conciencia naufragaron en la fe.»²

9. Ahondando más en la naturaleza de las cosas, se ve claramente la oposición diametral que hay entre la fe y la corrupción del corazón. Aquélla es luz, ésta es tinieblas.

¹ Gen. 6, 3.

² I Tim. 1, 19.

«Entonces erais tinieblas vosotros», decía el Apóstol á los paganos convertidos al cristianismo; mas ahora sois luz en el Señor.»¹ «¿Qué conciliación puede darse entre la luz y las tinieblas?»² La corrupción es muerte, la fe es vida resplandeciente, sobrenatural: ¿cómo puede hallarse la vida en el seno de la muerte? La fe rechaza con violencia todos los desórdenes de la sensualidad: *Abiciamus opera tenebrarum*...³, clamaba el Apóstol; luego el que tiene siquiera una centella de fe, lleva dentro de sí un continuo y severo censor de sus desórdenes, que el pecador tratará de acallar matando la fe en su corazón. Por otra parte el vicio, la voluptuosidad y la codicia, concentrando toda la actividad del hombre en las cosas materiales que halagan los sentidos, desvía totalmente la atención de las cosas sobrenaturales y divinas. ¿Cómo ha de pensar en Dios ni en el alma, el espíritu embrutecido, materializado por las pasiones carnales, mayormente por la embriaguez y la lujuria? Por consiguiente, ¿cómo ha de creer el que no sabe más que sentir? Ya lo dijo el Espíritu Santo: «El hombre animal no percibe las cosas que son del espíritu de Dios.»⁴ Y ¡bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios!⁵ Lo verán aquí por la fe, en el cielo por la visión beatífica.

10. De la corrupción del corazón nace aquella aversión más ó menos marcada que se advierte en los pecadores hacia las cosas y personas eclesiásticas, por cuanto éstas les ponen delante lo que á ellos les da en rostro, lo que quisieran poder olvidar eternamente, los objetos de la fe. ¡Á qué estado tan miserable llegan estos pobres esclavos del pecado, que vuelven la espalda al mismo Dios! El gran rey Salomón, el sabio por antonomasia, ¿no cayó en el abismo de la idolatría, no apartó su corazón de Dios

¹ Ephes. 5, 8.² 2 Cor. 6, 14.³ Rom. 13, 12.⁴ 1 Cor. 2, 14.⁵ Matth. 5, 28.

por haberse dejado corromper por los placeres?¹ De allí resulta el alejarse de todos los caminos de la salvación, el no valerse de ninguno de aquellos medios que pudieran hacerles reavivar la fe, supuesto que no la hayan perdido enteramente, como ellos aseguran llamándose católicos á boca llena. Esos medios serían la oración, la palabra de Dios, el trato con personas piadosas, la fuga de ocasiones y malos consejeros, etc. Ciertamente, sin oración no es posible alcanzar la gracia de creer ó de recobrar la fe perdida. «Tus oraciones y tus limosnas», dijo el ángel á Cornelio el Centurión, «subieron á la presencia de Dios»²; éstos fueron los medios que le valieron la fe. Los apóstoles, comprendiendo que la tenían imperfecta, pedían al Señor que se la aumentara³; y aquel pobre padre de familia del Evangelio exclamaba: «Sí, creo, Señor; pero ayuda mi incredulidad»⁴, suple la fe que me falta para alcanzar lo que pido. Y ¿qué oración más aceptable ante el Dios de las misericordias que la prescrita por el Vicario de Jesucristo para ganar las gracias de este santo Jubileo? Y si la palabra de Dios es necesaria para creer, como instrumento adaptado expresamente para este fin, según aquello del Apóstol: *Fides ex auditu*—«La fe proviene del oído»⁵; ¿qué medios más eficaces que estos santos Ejercicios para despertar la fe adormecida y casi muerta, no sólo en los individuos, sino en los pueblos enteros? Aquí, en la congregación de los fieles más fervorosos, aquí adonde no se dignan concurrir los impíos y desdeñosos librepensadores, encontraría el pecador deseoso de reanimar su fe, la compañía que necesita, lejos de esos centros de perdición donde no se recogen sino frutos de corrupción é incredulidad. Pero ¿creéis, hermanos carísimos, que sabrán aprovecharse de estos medios aquellos que se obstinan en permanecer

¹ 3 Reg. 11, 3.² Act. 10, 4.³ Luc. 17, 5.⁴ Marc. 9, 23.⁵ Rom. 10, 17.

esclavos de sus viles pasiones, aquellos que rehusan positivamente arrepentirse de sus culpas, porque están bien hallados con las cadenas que arrastran? ¡Ah! ¡cuán dignos son de lástima esos hijos ingratos de la Iglesia que desoyen y desprecian la voz de su madre que los llama á penitencia, abriéndoles, en nombre de Dios, las puertas del perdón! Sepan, pues, los que tal hacen que de nada les servirá esa fe muerta y desnuda de buenas obras, de que neciamente se jactan. «¿De qué le aprovechará, hermanos míos», os diré con el apóstol Santiago, «á alguno, que diga que tiene fe, pero que carezca de obras? ¿Por ventura la fe *sola* podrá salvarle?»¹ Será excluido del festín de las bodas celestiales como las vírgenes fatuas, las cuales á pesar de tener fe en el Esposo, por faltarles el óleo de la caridad, fueron desconocidas por Cristo, quedando fuera del banquete, abrumadas con aquella voz de trueno: *Nescio vos* — «No os conozco.»²

II. Más aún, diré para concluir. Esa poca y estéril fe de que se glorían muchos pecadores, fincando en ella toda la esperanza de su salvación, les será también arrancada por justo castigo del Señor, de suerte que no crean más que los ciegos paganos, ni tengan más motivos de esperar que los que nunca creyeron. Así nos lo da á entender el mismo Salvador cuando amenaza á los judíos que no oyeron la palabra, con despojarlos del reino de Dios, esto es, de la fe y la religión: *Auferetur a vobis regnum Dei*³, «No digamos», dice un orador sagrado, «que esta amenaza es sólo para el pueblo hebreo; también es para nosotros. . . . Escarmentemos con el ejemplo de otros pueblos, antes creyentes y hoy envueltos en las tinieblas de la idolatría. . . . Temblemos, pues, no sea que por nuestra poca correspondencia á la gracia, se ausente la verdad de este suelo privilegiado. . . .»⁴ No acontecerá tal desgracia, carísimos

¹ Iac. 2, 14.² Matth. 25, 12.³ Ibid. 21, 43.⁴ Martínez y Sáez, Sermones t. 1.

oyentes, si, aprovechándonos del presente Jubileo, tratamos seriamente de instruirnos en la religión que profesamos y de purificar nuestras almas con las aguas saludables de la penitencia. Es gracia que á todos os deseo.

SEGUNDO SERMÓN.

El reinado de las tres concupiscencias en el hombre.

Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vite. 1 Io. 2, 16.

I. ¿De dónde nace, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, esa corrupción del corazón que, según hemos visto, es la causa principal del amortiguamiento y aun de la extinción de la fe en los hombres y en las sociedades? No siendo esa corrupción otra cosa que el desorden de nuestros afectos, el envenenamiento del corazón, el falso amor del bien aparente con desprecio del Bien sumo y verdadero, ese estado morboso del alma proviene del imperio que sobre ella adquieren las pasiones dominantes que el Apóstol de la caridad ha designado con los nombres de concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida. Ellas forman todo lo que hay y se agita en el mundo; y el hombre, forzado á vivir en medio del torbellino de las cosas mundanales, difícilmente se sustrae á la seducción que sobre él ejercen los bienes sensibles que ora halagan sus sentidos, ora deslumbran sus ojos, ora levantan humaredas de orgullo en su corazón. ¡Pobre condición humana! Degradado en su naturaleza, no tiene ya el hombre la energía necesaria para reprimir sus instintos bestiales; y seducido por el falso brillo de las riquezas, embriagado por la dulzura del placer, arrebatado por el aura de la vanidad, viene á ser esclavo y víctima de esas terribles concupiscencias que

esclavos de sus viles pasiones, aquellos que rehusan positivamente arrepentirse de sus culpas, porque están bien hallados con las cadenas que arrastran? ¡Ah! ¡cuán dignos son de lástima esos hijos ingratos de la Iglesia que desoyen y desprecian la voz de su madre que los llama á penitencia, abriéndoles, en nombre de Dios, las puertas del perdón! Sepan, pues, los que tal hacen que de nada les servirá esa fe muerta y desnuda de buenas obras, de que neciamente se jactan. «¿De qué le aprovechará, hermanos míos», os diré con el apóstol Santiago, «á alguno, que diga que tiene fe, pero que carezca de obras? ¿Por ventura la fe *sola* podrá salvarle?»¹ Será excluido del festín de las bodas celestiales como las vírgenes fatuas, las cuales á pesar de tener fe en el Esposo, por faltarles el óleo de la caridad, fueron desconocidas por Cristo, quedando fuera del banquete, abrumadas con aquella voz de trueno: *Nescio vos* — «No os conozco.»²

II. Más aún, diré para concluir. Esa poca y estéril fe de que se glorían muchos pecadores, fincando en ella toda la esperanza de su salvación, les será también arrancada por justo castigo del Señor, de suerte que no crean más que los ciegos paganos, ni tengan más motivos de esperar que los que nunca creyeron. Así nos lo da á entender el mismo Salvador cuando amenaza á los judíos que no oyeron la palabra, con despojarlos del reino de Dios, esto es, de la fe y la religión: *Auferetur a vobis regnum Dei*³, «No digamos», dice un orador sagrado, «que esta amenaza es sólo para el pueblo hebreo; también es para nosotros. . . . Escarmentemos con el ejemplo de otros pueblos, antes creyentes y hoy envueltos en las tinieblas de la idolatría. . . . Temblemos, pues, no sea que por nuestra poca correspondencia á la gracia, se ausente la verdad de este suelo privilegiado. . . .»⁴ No acontecerá tal desgracia, carísimos

¹ Iac. 2, 14.² Matth. 25, 12.³ Ibid. 21, 43.⁴ Martínez y Sáez, Sermones t. 1.

oyentes, si, aprovechándonos del presente Jubileo, tratamos seriamente de instruirnos en la religión que profesamos y de purificar nuestras almas con las aguas saludables de la penitencia. Es gracia que á todos os deseo.

SEGUNDO SERMÓN.

El reinado de las tres concupiscencias en el hombre.

Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vite. 1 Io. 2, 16.

I. ¿De dónde nace, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, esa corrupción del corazón que, según hemos visto, es la causa principal del amortiguamiento y aun de la extinción de la fe en los hombres y en las sociedades? No siendo esa corrupción otra cosa que el desorden de nuestros afectos, el envenenamiento del corazón, el falso amor del bien aparente con desprecio del Bien sumo y verdadero, ese estado morboso del alma proviene del imperio que sobre ella adquieren las pasiones dominantes que el Apóstol de la caridad ha designado con los nombres de concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida. Ellas forman todo lo que hay y se agita en el mundo; y el hombre, forzado á vivir en medio del torbellino de las cosas mundanales, difícilmente se sustrae á la seducción que sobre él ejercen los bienes sensibles que ora halagan sus sentidos, ora deslumbran sus ojos, ora levantan humaredas de orgullo en su corazón. ¡Pobre condición humana! Degradado en su naturaleza, no tiene ya el hombre la energía necesaria para reprimir sus instintos bestiales; y seducido por el falso brillo de las riquezas, embriagado por la dulzura del placer, arrebatado por el aura de la vanidad, viene á ser esclavo y víctima de esas terribles concupiscencias que

desorganizan y corrompen su corazón, haciendo fermentar en él la podredumbre de todos los vicios. ¿Qué debería hacer el hombre si tuviera siempre despierta y viva la conciencia de su natural dignidad? Evidentemente, debería regir y gobernar con el cetro de la razón esas inclinaciones naturales pero bastardas, debería reprimirlas vigorosamente cuando se desordenan extremando su violencia, debería, en fin, enderezarlas y hacerlas servir al bien racional y honesto para el cual fué destinado, como fin inmediato y subordinado al fin último de su creación. Esto debería hacer, y su corazón permanecería incorrupto, y su espíritu, iluminado con superiores destellos de la luz divina, gozaría de la vista de Dios en esta vida por medio de la fe, y en la otra por la visión clara y bienaventurada. Esto hacen los santos del cristianismo, por manera maravillosa, sobreponiéndose á las debilidades de la carne y del espíritu, elevándose á una condición de grandeza moral y sobrenatural que es el asombro y la admiración de todas las almas nobles y cristianas. Esto mismo se esfuerzan por hacer cuantos aspiran á llevar con honra el nombre y carácter de hijos de la Iglesia de Cristo, venciendo y reprimiendo con mano fuerte sus pasiones, reduciendo á servidumbre esta carne de pecado, como lo hacía el Apóstol que decía: «Castigo mi cuerpo y lo reduzco á esclavitud, no sea que, habiendo predicado á otros la salvación, venga yo á ser reprobado.»¹ He ahí lo que todos debemos practicar, carísimos hermanos; y para alentarnos á tan gloriosa empresa, conveniente será que concibamos el horror que se merecen esas tres concupiscencias malditas que hacen la ruina, el baldón de la pobre humanidad subyugada por ellas casi totalmente el día de hoy como en los tiempos del Profeta que decía: *Omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt*². ¡Ojalá pudiéramos

¹ 1 Cor. 9, 27.² Ps. 13, 3.

pintarlas con los más vivos colores para ponerlas á la vergüenza pública! Ensayémoslo, ayudados por la divina gracia, que no falta á quien la implora.

I.

2. «No permanecerá mi espíritu en el hombre», dijo Dios, «porque es carne.»¹ En efecto, hermanos carísimos, no podemos negar que esta carne miserable y corruptible de que estamos revestidos, no es una simple envoltura de nuestro espíritu sino un elemento esencial y sustancial de nuestro ser, es el hombre, según la fuerza del sagrado Texto. El virtuoso joven Tobías, antes de celebrar su matrimonio, orando en compañía de su casta esposa, decía al Señor, después de entonarle un himno de bendición con el cielo y la tierra, los mares y los ríos y todas las criaturas: «Tú hiciste al hombre del limo de la tierra y le diste á Eva por ayuda.»² Formado, pues, de tierra, dotado de sentidos para percibir los objetos exteriores, y recibir las impresiones de los cuerpos que le rodean, natural es que el hombre experimente movimientos que le inclinen á la tierra en busca de satisfacciones materiales. «El que es de la tierra», decía el Precursor de Cristo, «es terreno y habla de la tierra.»³ El hombre apetece, pues, naturalmente los placeres del sentido; y, si no los prefiriera á los bienes superiores del espíritu, no quebrantaría el orden establecido por el soberano Criador del universo. Todo estaría entonces perfectamente armonizado, porque la armonía es la ley de las obras de Dios. Entonces la concupiscencia, moderada por la razón, no mancharía nunca con sus goces el corazón del hombre. Ni habría tampoco lucha intestina entre la carne y el espíritu. Pero no sucede así desde que el primer desorden, que fué el primer triunfo de la concupiscencia, cometido en el paraíso

¹ Gen. 6, 3.² Iob 8, 8.³ Io 3, 31.

terrenal, manchó y trastornó nuestra naturaleza. Hoy existe dentro de nosotros mismos una lucha encarnizada que hace el tormento de las almas rectas, y que obligaba al Apóstol á lanzar este grito: «¡Infeliz de mí! ¿quién me libertará de este cuerpo mortal?»¹ y da la razón de lamentarse: «Porque siento otra ley en mis miembros que combate la ley de mi mente y me cautiva bajo la ley del pecado.»² Y el apóstol Santiago preguntaba á los nuevos cristianos: «¿De dónde nacen las guerras y lides que hay en vosotros? ¿por ventura no es de vuestras concupiscencias que pelean en vuestros miembros?»³ Sí, «porque la carne apetece y desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, porque estos dos elementos se oponen mutuamente»⁴, como advertía el Apóstol á los fieles de Galacia exhortándoles á caminar en espíritu y no dejarse arrastrar de los deseos de la carne. He aquí, amados fieles, la situación en que nos hallamos colocados: situación de combate y de combate á viva fuerza, de combate á toda hora y de todos los momentos. ¡Situación penosa y erizada de peligros!

3. Y ¡pluguiera á Dios que así lo entendiéramos siquiera! ¡Entonces alguna vez seríamos sin duda vencidos; pero estaríamos siempre con las armas en la mano, y saldríamos muchas veces vencedores! Mas no lo entienden así la mayor parte de los hombres: están ciegos y no quieren ver lo que dentro de sí pasa. No sienten la lucha porque se han entregado en cuerpo y alma al enemigo: se han hecho enteramente carnales, como los hombres que provocaron el diluvio. «Toda carne había corrompido su camino.»⁵ «Se han equiparado á los jumentos sin sentido y hecho semejantes á ellos», que decía el profeta David.⁶ ¡Qué vergüenza! ó mejor diré: ¡qué desvergüenza! ¡qué

¹ Rom. 7, 24.² Ibid. 7, 23.³ Iac. 4, 1.⁴ Gal. 5, 17.⁵ Gen. 6, 12.⁶ Ps. 48, 13.

baldón para la condición humana! ¡qué injuria al Criador, que había querido hacer del hombre una criatura poco menor que los ángeles!¹ ¡Qué horror, después que el mismo Verbo de Dios se hizo carne para hacer al hombre hijo de Dios!² Rectificaré, pues, mis expresiones: nuestra actual situación no es de lucha sino de derrota. El mundo con la concupiscencia ha triunfado del género humano: pocas son las almas generosas que sostienen aún la bandera de la templanza y honestidad de costumbres. *Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est.* . . .³ El imperio de la concupiscencia es general: parece que dilata sus conquistas á la par de lo que llaman moderna civilización. Y es natural que así suceda, ya que por tal civilización se entiende principalmente el progreso material, es decir, el aumento indefinido de placeres y goces sensuales y la abundancia y facilidad de medios para proporcionárselos. Y las doctrinas que se llaman filosóficas, las que dan el tono á la sociedad científica, civilizada, son las doctrinas del más crudo materialismo, exhumación del epicureísmo pagano, canonizadoras del goce material. ¿Qué tiene de extraño que con tales ideas corrientes y con tales prácticas universalmente aceptadas, la concupiscencia de la carne se haya desbordado como torrente de cieno que va manchando todas las edades y condiciones? Las circunstancias de la sociedad actual no pueden ser más favorables para el desarrollo de esa fatal inclinación del hombre á los placeres: la libertad dominante en todas las esferas, en la social y en la doméstica, el descuido de la educación de los niños, las libertades permitidas á éstos y á los jóvenes, las costumbres públicas con sus diarios espectáculos donde se exhiben las más repugnantes escenas, por confesión de testigos oculares, la licencia no cohibida por las leyes, la literatura y el arte pornográficos,

¹ Ps. 8, 6.² Io. 1, 14.³ 1 Io. 2, 19.

los escándalos á la luz del día . . . ¿qué más combustible pudiera amontonarse para levantar un incendio de concupiscencia que todo lo devore con sus llamas infernales?

4. Veamos ahora, hermanos carísimos, de cuánta podredumbre de vicios y maldades es fuente impura y cenagosa la concupiscencia de la carne. Ya lo dice claramente el apóstol San Pablo instruyendo á los cristianos de su tiempo: por cierto la enumeración que hace es horripilante por el número y fealdad de las que llama *opera carnis*—obras de la carne: «Fornicación, inmundicia, impudor, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, riñas, envidias, iras, disensiones, homicidios, embriagueces, comilonas y otras cosas semejantes, las cuales, como os tengo dicho y vuelvo á deciros, los que las cometen no alcanzarán el reino de Dios.»¹ ¿Lo veis? Todos esos feos vicios conocidos con el nombre colectivo de *inmoralidad*, esos pecados nefandos que el decoro de la cátedra sagrada nos prohíbe nombrar, esos desórdenes monstruosos que escandalizan al público menos escrupuloso, no son sino productos ó frutos venenosos de la vil concupiscencia de la carne. ¡Y hay cristianos que no miran esta pasión con todo el horror que debiera inspirar á un ser racional! *Nihil vilius quam vinci a carne*—«No hay cosa más vil y degradante», decía San Jerónimo, «que ser vencido de la carne.»² «Diga enhorabuena el deshonesto», dice San Alfonso de Ligorio, «que este vicio merece disimulo. Yo pregunto: ¿es disimulable que un hombre dotado de alma racional, enriquecida por Dios con tantas gracias, se haga semejante á las bestias? ¿No se hace por él indigno de la redención y de la misericordia de Dios? ¿Será cosa de poco momento», añade el santo Doctor, «olvidarse el hombre de Dios y desterrarle de su alma por dar al cuerpo un goce de que se avergüenza luego el mismo pecador?

¹ Gal. 5, 19 et seqq.

² Apud *Ligorio*, Sermones.

Y Santo Tomás advierte que es principalmente por la lujuria por lo que el hombre se aparta de Dios.»¹ Seríamos interminables si quisiéramos haceros ver toda la malicia del vicio abominable de la impureza. Pero no es ése precisamente nuestro intento en la presente conferencia: no pretendemos más que esbozar el cuadro espantoso del reinado de las tres concupiscencias en el mundo para detestar á éste y combatir aquéllas con todo el ardor que nos inspira la dignidad del hombre y del cristiano por ellas ultrajada.

5. Sí, debemos añadir á los pecados emanados de la concupiscencia de la carne otros mil desórdenes que se dan la mano con la inmoralidad, como son el derroche de la fortuna, el juego, la ociosidad y la vagancia, y luego la desobediencia en los hijos, el abandono de sus deberes en los padres de familia, el olvido de Dios y de la salvación, el hastío de las prácticas religiosas, el vivir habitualmente alejados de los sacramentos ó recibirlos indigna y sacrílegamente por las continuas reincidencias en el pecado que es tan difícil detestar de veras, y finalmente la desesperación que conduce á no pocos al suicidio, y la impenitencia final que trae consigo una muerte desastrada y pésima en el acatamiento del Señor. Y á quien no hiciera bastante impresión este cúmulo de males de carácter moral, le señalaríamos otra multitud de daños y miserias en el orden temporal, como la pérdida de la salud y aun de la vida, y tantas otras pérdidas no menos deplorables, de la paz del alma, de la tranquilidad del hogar, de los bienes temporales, de la vergüenza y del honor. «¡Ah!» dice un orador sagrado, «¡cuántos infelices han bajado prematuramente al sepulcro, llevando á su lóbrega mansión la librea del crimen y los caracteres infames de su ídolo! ¡En cuántos se cumple la sentencia terrible del Espíritu Santo, que conmina con la podre á los mismos huesos de

¹ *Ibid.* Sermones abreviados, Serm. 45.

los que cometen excesos dignos de confusión! ¡Jonatases infelices, que por haber gustado un poco de miel son condenados á una muerte mucho más cruel y acerba que la que iba á sufrir aquel desventurado hijo por una desobediencia involuntaria! ¡Miseros cautivos que, desterrados en la Babilonia del mundo, en vez de sentarse junto á la corriente de su río, se precipitan en él, como dice admirablemente San Agustín, se sumergen y dejan llevar del torrente de la vanidad y los placeres, aunque al fin perezcan miserablemente.»¹ Decidme, cristianos oyentes, ¿qué más se necesita para aborrecer esta mortífera concupiscencia de la carne, y luchar resueltamente contra ella hasta sacudir su afrentoso yugo y ponerla debajo de los pies? Dirijamos ahora nuestras miradas á la concupiscencia de los ojos.

II.

6. No menos devoradora que la de la carne, la concupiscencia de los bienes terrenos se ha enseñoreado de los corazones de los hombres. ¿Quién es el hombre superior que ha mirado con ojos desdeñosos las riquezas? ¿á quién no ha deslumbrado siquiera momentáneamente el brillo del oro y de la rica pedrería? ¿quién no se ha extasiado delante de las magnificencias del lujo en las regias moradas donde habita la opulencia? Ya decía el Eclesiástico, lleno de admiración ante tan raro espectáculo: «¿Quién es el que no ha corrido en pos del oro y no ha puesto su esperanza en las riquezas? ¿Quién es este hombre extraordinario? Mostradlo para que lo ensalcemos, pues ha hecho milagros en su vida. . . . Tendrá por recompensa la gloria eterna. Sus bienes están asegurados en el Señor y toda la Iglesia de los santos será pregonera de sus limosnas.»² Tan difícil cosa es resistir á las seducciones de los objetos que brillan á nuestra vista con resplandor

¹ *Martínez y Sáez*, Serm. t. 1.

² Eccli. 31, 9 et seqq.

extraordinario y halagan el corazón con promesas de felicidad. Error universal y tan antiguo como el mundo ha sido creer que la felicidad consistía en la posesión de las riquezas. «Dichoso llamaron al que las posee», observaba el profeta David; pero debieran haber dicho: «Dichoso el pueblo cuyo Señor es Dios.»¹ ¡Qué difícilmente comprende el hombre la vanidad de los bienes terrenos! Por más que el Sabio haya lanzado aquella exclamación que todavía resuena en nuestros oídos y cuyo eco no apagará el ruido de todos los siglos: *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas!*² la humanidad en masa seguirá corriendo desalada en busca de fortuna, sedienta de bienes temporales, sin que pueda saciarse jamás por mucho que atesore. «No hay límite en el negocio de adquirir.»³ Y lejos de calmarse esta sed, cada día parece que aumenta, á medida que crecen las comodidades. Ni bastan las divinas enseñanzas del cristianismo para refrenar este apetito que se ha hecho más desenfrenado que nunca en nuestro siglo. Hasta ha llegado á erigirse en doctrina la aserción de que la dicha del hombre consiste en poseer muchas riquezas á fin de proporcionarse todo género de goces. Es la consecuencia necesaria del positivismo materialista y ateo. Adoptadas estas horribles doctrinas por una gran parte de la sociedad del siglo, ¿qué ha sucedido? Lo que ha debido suceder. Lo que pinta un orador sagrado en los siguientes elocuentes términos: «Los grandes han pedido más tesoros de los que sus pingües patrimonios les producían, para poder satisfacer las exigencias de un siglo vano. Los traficantes no han encontrado suficiente oro en un comercio lícito, natural y religioso, como Dios lo estableciera en las naciones desde el principio, y han echado mano de la usura, como el medio más apto para alcanzar cuanto deseaban. Los proletarios han suspirado por el oro,

¹ Ps. 143, 15.

² Eccli. 1, 2.

³ Bar. 3, 18.

y, no teniendo capacidad para ganarlo, se han alistado bajo las banderas de falsas escuelas en que se les dijo que no había en el mundo derecho de propiedad, que la tierra era de todos, con otros mil y mil errores que han trastornado el mundo social, y convertido las más populosas ciudades en madrigueras de tigres y leopardos que mutuamente se devoran.»¹

7. He aquí, hermanos carísimos, cómo se verifica puntualmente la sentencia del apóstol San Pablo: *Radix omnium malorum est cupiditas*². Creeríase exageración decir que la codicia es «la raíz de todos los males»; pero ya se comprende que es madre fecunda de muchos y gravísimos pecados, tales como la avaricia ó idolatría del dinero, el fraude ó cualquier injusticia para conseguirlo, la mentira y el perjurio para ocultar hurtos ó lucros indebidos, la dureza de corazón con los pobres, de donde procede la extinción de las obras de misericordia, y, por no alargar demasiado esta enumeración, el homicidio ó el infame asesinato con las circunstancias más agravantes, como se ha visto muchas veces, por arrebatar un puñado de oro, ¿qué digo? una miserable fortuna á personas indefensas en la soledad del campo ó en las tinieblas de la media noche. Pues ¿y las traiciones cometidas por instigación de la codicia, siguiendo al traidor Judas que vendió y entregó á su divino Maestro por la vil suma de treinta dineros? Y ¿no os parece que puede llamarse reo de homicidio á quien, teniendo medios de evitarlo, deja perecer de hambre, inanición y miseria á más de un desgraciado, como sucede hoy mismo entre cristianos, y hasta en la católica tierra colombiana? ¿No es esto llegar hasta un extremo de insensibilidad que raya en la barbarie? Pues tales son los efectos de la insaciable concupiscencia de los ojos. Y ¿qué mayor crueldad, á la par que

¹ Martínez y Sáez, Serm. t. 1.

² 1 Tim. 6, 10.

insensatez, que dejarse morir ellos mismos, los avaros, los esclavos del dinero, los adoradores de mamón, por no gastar ni mermar siquiera su oro escondido y guardado en las entrañas de la tierra? Pero todavía pudieran señalarse otros crímenes mayores, como resultados de esa mala raíz de todas las iniquidades. Dejo á un lado el sacrilegio y la profanación de las cosas y lugares sagrados, perpetrados por bandidos miserables con harta frecuencia y hondísimo pesar de las almas piadosas; y sólo haré mención de otros delitos concernientes al orden social, como la traición á la patria, la deserción de los sanos principios sacrificados al sórdido interés, las revueltas civiles promovidas y fraguadas con pretextos de miras políticas y en realidad por apetito de posiciones y riquezas, con todo aquel horrible séquito de rapiñas, extorsiones, saqueos, depredaciones y hasta incendios. ¿Hay monstruo más horrendo, hermanos míos, que la maldecida concupiscencia de los ojos?

8. ¿Cómo, pues, no ha de corromper el corazón del hombre este apetito, si la razón, iluminada por la fe, no lo modera y refrena? Pero ¿en qué viene á parar la fe del codicioso? Ya lo dice el Apóstol en el pasaje antes citado: «Los esclavos de la codicia naufragaron en la fe y se sujetaron á muchos dolores.» Y es porque, como había dicho antes, «los que quieren hacerse ricos caen en tentación y en los lazos del demonio, y son juguete de mil deseos inútiles y perjudiciales que acaban por hundir á los hombres en la perdición eterna.»¹ El que tiene su corazón puesto en la tierra, ¿cómo ha de tener esa fe que hace suspirar por el cielo? Es evidente que el hombre de mundo y de negocios se quedará á lo más con un fantasma de fe, reducida á vagos sentimientos religiosos, estériles para la salvación. ¡Qué difícil es, decía el mismo Jesucristo, que el rico entre en el reino de los cielos!²

¹ Tim. 6, 9—10.

² Matth. 19, 23.

Y ¿qué diremos de los dolores en que, según el Apóstol, vive envuelto y enredado el codicioso? ¡Ah! son tan numerosos como agudos y penetrantes, al fin como espinas que punzan lastimosamente el corazón¹. ¿Qué remedio, hermanos míos, pudiera curarnos de tan grave y pestilencial dolencia? Pues acaso ningún otro mejor que escuchar la palabra de Dios que nos da la voz de alerta: «¡Hijos de los hombres! ¿hasta cuándo tendréis el corazón apegado á la tierra? ¿Por qué amáis la vanidad y andáis tras la mentira?»² Mentira son los bienes que tanto nos seducen y sacan de sentido, que por eso Jesucristo llama *engañosas* á las riquezas, como observa San Gregorio: *Fallaces divitias appellat*. Y lo son en efecto, dice el santo Doctor, porque ni pueden permanecer siempre con nosotros, ni son capaces de llenar el vacío de nuestro pobre corazón³. ¡Oh! si pudiéramos el oído atento á las inútiles reflexiones de los condenados que están exclamando en medio de su desesperación: «¿De qué no saprovechó la soberbia y la jactancia de nuestras riquezas? ¡Todas aquellas cosas se desvanecieron como la sombra!» *Transierunt tamquam umbra*⁴. ¿Qué imagen tan expresiva? ¿Qué son los falsos bienes de la tierra sino sombras sin realidad ninguna? ¿Cómo, pues, han de colmar el vacío de un corazón creado para la felicidad? Desengañémonos de una vez, hermanos carísimos, y abracemos en un mismo aborrecimiento las concupiscencias de la carne y de los ojos. Ni menos hemos de aborrecer y detestar la soberbia de la vida, tercera fuente de corrupción y de infidelidad, como vamos á ver en postrer lugar.

III.

9. Tan funesta para la fe y las costumbres como las otras dos, esta concupiscencia de honores y excelencia

¹ Luc. 8, 7. 14.² Ps. 4, 3.³ Hom. 15 in Luc.⁴ Sap. 5, 8. 9.

no merece menos detestación y horror por parte de quien atentamente la considera y pondera sus estragos. El Espíritu Santo la estigmatiza con estas palabras proferidas por boca del Eclesiástico: *Initium omnis peccati est superbia*—«La soberbia es principio de todo pecado»¹; y añade: «El que se deja enseñorear por ella se verá lleno de maldiciones y arrastrado al abismo.» Como veis, se ha dicho de la soberbia lo mismo que de la codicia, que es fuente de toda maldad y perdición para el hombre. Pero ¿lo serán en el mismo grado y por igual manera? No, carísimos hermanos; porque la soberbia excede y sobrepasa en malicia á todas las demás concupiscencias y pasiones que nos desvían del amor de los bienes verdaderos. Fué el primer pecado que irguió la frente osada contra Dios en la rebelión de Lucifer; fué el primero que provocó la ira terrible del Omnipotente y excavó los abismos del infierno, creado para castigar su malicia². No puede ser más grande, habiendo sido el pecado de Satanás, el mayor de todos los pecadores. Por manera que el hombre que, emulando á Lucifer, se hace reo de soberbia, contrae una malicia semejante á la del príncipe de los demonios. ¿Puede darse aberración más detestable? Por eso dice la Escritura que la soberbia es tan aborrecida de Dios como de los hombres; es la más execrable iniquidad de las naciones³. Porque, como dice el escritor sagrado, el primer paso del hombre soberbio es apostatar de Dios, apartar su corazón de Aquel que lo crió, y tal fué el pecado de los pueblos gentiles. La soberbia hundi6 todas las famosas monarquías de la antigüedad, porque el Monarca del cielo destruyó los tronos de los orgullosos é hizo sentar en ellos á los humildes⁴. Es lo mismo que cantó con voz meliflua la Madre de Dios cuando entonaba el

¹ Eccli. 10, 15.² Matth. 25, 41.³ Eccli. 10, 7.⁴ Ibid. 10, 17.

sublime cántico de su humildad: «Depuso de su trono á los poderosos, y ensalzó á los humildes.»¹ ¿Qué mayor malicia que menospreciar á Dios, arrojarle de su trono, usurpando la gloria que á Él únicamente pertenece como único Autor y Dueño de todos los bienes? Pues ésa es la malicia que entraña la soberbia que, según el conocido pensamiento de San Agustín, llega hasta el desprecio de Dios: *Amor sui usque ad contemptum Dei*.

10. Semejante al gran dragón del Apocalipsis², la soberbia encarnada en el mismo Lucifer, tiene siete cabezas y multitud de cuernos, esto es, los siete pecados capitales y sus innumerables ramificaciones. De ella nacen, en efecto, el desprecio del prójimo; la ambición de honores y puestos elevados; la vanidad ó deseo inmoderado de aplausos y alabanzas; la vanagloria por las buenas cualidades que se poseen y los felices resultados que se obtienen, atribuidos á la propia industria y suficiencia, no á Dios; la ostentación de los bienes que se tienen, mayormente del talento, del poder y las riquezas; la presunción y temeridad; la hipocresía; la desobediencia y dureza de juicio; la rebelión contra la autoridad; la ira y tantos otros desórdenes, que fuera interminable su enumeración. Ahora bien, hermanos carísimos, ¿no está inundado el mundo de este ceno corruptor de la soberbia? ¿Qué otra cosa es, en su quintaesencia, el espíritu de la sociedad moderna sino orgullo y rebeldía? ¿Cuál es el grito de la revolución anticristiana sino el mismo de Luzbel: *Non serviam*³? ¿Qué se ha hecho de la humildad cristiana? Entre tanto el orgullo es el peor enemigo de la fe. «¿Cómo podéis creer», decía Jesucristo á los fariseos, «vosotros que os glorificáis mutuamente y no buscáis la gloria que sólo viene de Dios?»⁴ Por eso invade el mundo el día de hoy la co-

¹ Luc. 1, 52.² Apoc. 12, 3.³ Jer. 2, 20.⁴ Io. 5, 44.

rrupción pagana, como justo castigo de la soberbia entronizada en todos los espíritus. ¿Quién no ve que se está verificando lo que, según escribe San Pablo, aconteció á los sabios del paganismo, que por no haber glorificado á Dios, á pesar de haberle conocido, los entregó al réprobo sentido, á los deseos desordenados de su corazón y á toda suerte de vergonzosos pecados?¹ Detestemos, hermanos míos, la arrogancia y el orgullo. Detestemos todas las concupiscencias que nos arrastran á la corrupción. Pero no queramos tampoco lo imposible: amar al mundo y permanecer limpios de corazón. Acordémonos de que el mundo pasa como una figura de teatro, y pasan con él todas las concupiscencias. Sólo el que hace la voluntad de Dios permanece eternamente².

TERCER SERMÓN.

Los vanos juicios del mundo.

Et mundus totus in maligno positus est.

¹ Io. 5, 19.

1. ¡Ojalá pudiéramos decir con verdad, hermanos carísimos, aprovechando las gracias de este santo Jubileo, lo que decía, refiriéndose al triunfo de su pasión y muerte, nuestro divino Salvador: «Ahora es el juicio del mundo: ahora será arrojado fuera el príncipe de este mundo»³! ¡Ojalá que, iluminados por la luz de Dios, supiésemos juzgar al mundo y, en consecuencia, arrojásemos de nuestro corazón al demonio, lanzando de nosotros el pecado! Pero ¡ah! que desgraciadamente acontece á muchos, á los más de los pecadores, los mundanos, lo que á los judíos á quienes se dirigía Jesucristo, que carecen de luz:

¹ Rom. 1, 21 et sqq.² 1 Io. 2, 17.³ Io. 12, 31.

sublime cántico de su humildad: «Depuso de su trono á los poderosos, y ensalzó á los humildes.»¹ ¿Qué mayor malicia que menospreciar á Dios, arrojarle de su trono, usurpando la gloria que á Él únicamente pertenece como único Autor y Dueño de todos los bienes? Pues ésa es la malicia que entraña la soberbia que, según el conocido pensamiento de San Agustín, llega hasta el desprecio de Dios: *Amor sui usque ad contemptum Dei*.

10. Semejante al gran dragón del Apocalipsis², la soberbia encarnada en el mismo Lucifer, tiene siete cabezas y multitud de cuernos, esto es, los siete pecados capitales y sus innumerables ramificaciones. De ella nacen, en efecto, el desprecio del prójimo; la ambición de honores y puestos elevados; la vanidad ó deseo inmoderado de aplausos y alabanzas; la vanagloria por las buenas cualidades que se poseen y los felices resultados que se obtienen, atribuidos á la propia industria y suficiencia, no á Dios; la ostentación de los bienes que se tienen, mayormente del talento, del poder y las riquezas; la presunción y temeridad; la hipocresía; la desobediencia y dureza de juicio; la rebelión contra la autoridad; la ira y tantos otros desórdenes, que fuera interminable su enumeración. Ahora bien, hermanos carísimos, ¿no está inundado el mundo de este ceno corruptor de la soberbia? ¿Qué otra cosa es, en su quintaesencia, el espíritu de la sociedad moderna sino orgullo y rebeldía? ¿Cuál es el grito de la revolución anticristiana sino el mismo de Luzbel: *Non serviam*³? ¿Qué se ha hecho de la humildad cristiana? Entre tanto el orgullo es el peor enemigo de la fe. «¿Cómo podéis creer», decía Jesucristo á los fariseos, «vosotros que os glorificáis mutuamente y no buscáis la gloria que sólo viene de Dios?»⁴ Por eso invade el mundo el día de hoy la co-

¹ Luc. 1, 52.² Apoc. 12, 3.³ Jer. 2, 20.⁴ Io. 5, 44.

rrupción pagana, como justo castigo de la soberbia entronizada en todos los espíritus. ¿Quién no ve que se está verificando lo que, según escribe San Pablo, aconteció á los sabios del paganismo, que por no haber glorificado á Dios, á pesar de haberle conocido, los entregó al réprobo sentido, á los deseos desordenados de su corazón y á toda suerte de vergonzosos pecados?¹ Detestemos, hermanos míos, la arrogancia y el orgullo. Detestemos todas las concupiscencias que nos arrastran á la corrupción. Pero no queramos tampoco lo imposible: amar al mundo y permanecer limpios de corazón. Acordémonos de que el mundo pasa como una figura de teatro, y pasan con él todas las concupiscencias. Sólo el que hace la voluntad de Dios permanece eternamente².

TERCER SERMÓN.

Los vanos juicios del mundo.

Et mundus totus in maligno positus est.

¹ Io. 5, 19.

1. ¡Ojalá pudiéramos decir con verdad, hermanos carísimos, aprovechando las gracias de este santo Jubileo, lo que decía, refiriéndose al triunfo de su pasión y muerte, nuestro divino Salvador: «Ahora es el juicio del mundo: ahora será arrojado fuera el príncipe de este mundo»³! ¡Ojalá que, iluminados por la luz de Dios, supiésemos juzgar al mundo y, en consecuencia, arrojásemos de nuestro corazón al demonio, lanzando de nosotros el pecado! Pero ¡ah! que desgraciadamente acontece á muchos, á los más de los pecadores, los mundanos, lo que á los judíos á quienes se dirigía Jesucristo, que carecen de luz:

¹ Rom. 1, 21 et sqq.² 1 Io. 2, 17.³ Io. 12, 31.

«Todavía hay poca luz en vosotros.»¹ Y estas tinieblas provenían, como observa el Evangelista, de un terrible castigo de Dios, predicho por Isaías, la ceguera de la mente, el endurecimiento del corazón, castigo justamente merecido por la soberbia con la cual amaron más la gloria humana que la gloria de Dios². Á pesar de todo clamaba el Salvador: «Caminad mientras tenéis luz, no sea que os cojan las tinieblas; porque el que en tinieblas anda no sabe dónde va.»³ ¿Aprovecharemos también nosotros, hermanos míos, estas amorosas exhortaciones repetidas por la boca de la Iglesia? ¿Marcharemos por la senda del cielo que se nos presenta al descubierto, ó por la tortuosa senda del pecado que nos conduce al reino de las tinieblas sempiternas? El mayor obstáculo para salvarnos es la decadencia de nuestra fe casi extinguida: para reavivarla es preciso remover las causas que la tienen tan amortiguada, la ignorancia voluntaria y la corrupción del corazón. Urge combatir y vencer las tres mortíferas concupiscencias que nos apegan al mundo tanto cuanto de Dios nos alejan; y para eso hay que aborrecer al mundo mismo, enemigo de Dios y de nuestra felicidad. Difícil es, sin embargo, aborrecer lo que hemos amado durante toda nuestra vida, lo que siempre se nos ha representado como verdadero bien y fuente de bienes y placeres. ¿Qué hacer para allanar esta dificultad? Pues arrancar esa careta de amigo al verdadero enemigo de nuestra salvación, conocer al mundo tal cual es. Y para esto, pesar en la balanza de la recta razón, ilustrada por la fe, los vanos juicios que aquél forma en su necia y carnal sabiduría. Esto es lo que vamos á hacer en este discurso, que servirá de complemento al anterior. En efecto, carísimos hermanos, las concupiscencias, triunfantes en la mayor parte de los hombres, dando la ley, por decirlo así, á la sociedad, forman ese espíritu

¹ Io. 12, 35.² Ibid. 12, 43.³ Ibid. 12, 35.

maligno y perverso que llamamos propiamente «el mundo», ese enemigo capital de nuestras almas. Ese espíritu se traduce y manifiesta en juicios ó dictámenes más ó menos explícitos, que son las máximas corrientes entre la gran masa de los pecadores, de los que viven entregados á todas las concupiscencias del sentido. Es evidente que esos juicios son diametralmente contrarios á las máximas de Jesucristo y á las enseñanzas de la Iglesia, con lo cual dicho se está que son vanos, falsos y perversos. ¡Cuántos hombres, eso no obstante, los tienen por regla de conducta! ¿Será tal vez porque no los han visto en toda su deformidad? Reduzcámoslos, pues, á tres clases ó materias, según que favorecen ó disculpan ora la *sensualidad*, ora la *codicia*, ora finalmente la *soberbia* de la vida. Yo no dudo que su sola exhibición bastará para desacreditarlos y cubrirlos de oprobio, como máximas inmorales de que todo hombre, no sólo cristiano, sino razonable y honesto debería avergonzarse. Yo las propondré á vuestra consideración sin disfraz ni paliativo.

I.

2. Y empezando por el primer dictamen favorable á la sensualidad ó, mejor dicho, á la escuela del sensualismo dominante, helo aquí en toda su desnudez: «El fin de la vida es gozar.» No parece sino que se ha levantado de nuevo en el seno de la sociedad la cátedra del antiguo Epicuro. Nuevos Epicuros, seguidos de una turba de mal aconsejados discípulos, entre los que figura la mayor parte de la incauta juventud, van pregonando descaradamente y sin ambages la máxima de que el hombre en esta vida — la única según ellos — está sólo para gozar. Así hablan las escuelas que se dicen filosóficas y profesan las doctrinas del materialismo, más ó menos crudo ó disfrazado con los nombres de sensualismo y positivismo. Y ¡cuántos que no se atreven á declararse sensualistas profesan en su interior esta misma

doctrina del goce! ¡Cuántos, en fin, si no de palabra, dicenlo con su conducta, con sus obras, á pesar de formar en las filas de la Iglesia católica! Según ellos al placer hay que referirlo todo, como al único objeto de la vida. ¿Para qué sirve, dicen los mundanos, la vida sin placeres? Vivir en el dolor ¿no es peor que no vivir? ¡Dichosos los que gozan! ¡Desgraciados los que sufren! Si la pobreza nos obliga á trabajar, que sea lo menos posible, y sólo para poder gozar. Facilitar los medios de gozar indefinidamente, eso se llama progreso: alejar lo más posible las fronteras del dolor, eso es la civilización. Y ¿de qué placer y de qué dolor habla el mundo, hermanos míos? ¿Acaso de los goces del espíritu, del dulce placer de la virtud ó del dolor moral? No, por cierto, sino del dolor físico, lo mismo que del goce sensual y material. Placer y dolor, muy semejantes si no iguales á los de los brutos, esto es todo para el mundo. Esa es la fórmula de sus vicios y virtudes, ésa es la suma de la felicidad ó infelicidad del hombre.

3. No faltará quien crea que exagero, que calumnio, que interpreto mal las doctrinas sensualistas de nuestra época, las cuales no tienen tendencias tan groseras y demoralizadoras, que me dejo alucinar por un celo intolerante, por preocupaciones de escuela, etc. Más valiera que así fuese, por honor del género humano, pero desgraciadamente no es así. Bien lo saben los que por sus circunstancias han podido ponerse al corriente de las horribles doctrinas del materialismo. No es extraño que los que no las conocen se figuren que es imposible que tan monstruosas teorías hallen cabida en ningún cerebro humano, á menos de estar desequilibrado. ¿Queréis ver la prueba de la verdad de mis asertos? ¿queréis convenceros de que esas doctrinas son corrientes y tienen aplicación práctica en la sociedad? Pues mirad el espantoso número, cada día creciente, de suicidios, aun entre los niños de uno y otro

sexo, que se cometen en las grandes ciudades, en los que se llaman centros de la civilización, en Europa y Estados Unidos. La estadística los registra á diario con asombro de las personas honradas. Preguntad ahora á quien pueda responderos: ¿por qué se lanzan á la muerte esos desventurados que apenas han entrado en la primavera de la vida? Las circunstancias particulares de esos tristes dramas podrán variar al infinito, pero la última razón de todos es una: porque no encuentran en la vida ningún goce, pues todo se les ha convertido en acibar, y ellos no creen que exista otra vida mejor ni peor que la presente más allá de la tumba. . . . Y ¿dónde han aprendido esas desoladoras doctrinas? Pues en públicas cátedras de positivismo, en libros escritos por autores materialistas, en el teatro, en las conversaciones, en los círculos ó centros donde priva ese modo de pensar, donde se emiten esos dictámenes, como la expresión de la verdad científica, como lo único cierto y positivo que hasta aquí hayan averiguado los sabios. Lo demás que se enseña en las escuelas católicas, en los libros ascéticos, es ilusión, pura ilusión, halagüeña, si se quiere, pero no comprobada por la razón positivista. ¡El cielo! ¡la vida futura! ¡el infierno! ¡la eternidad! ¡Delirios de nuestros abuelos, fábulas inventadas por la codicia de los sacerdotes, dogmas derrocados ya por la ciencia del siglo XIX! ¡Nuestros filósofos imberbes saben más que todos los Doctores de la Iglesia, más que el mismo Maestro universal de todos los siglos!

4. No pretendo por eso decir que todos los que pertenecen á la escuela del mundo profesan de boca esas bárbaras doctrinas y menos aún por convicción. Sé muy bien que hay gentes de vida mundana que no juzgan como los materialistas en cuestiones de fin ó destino del hombre, Dios, la eternidad, el vicio y la virtud, como quiera que muchos de los que el mundo arrastra en el torbellino de sus devaneos, son cristianos y católicos, bien que abandonados;

y otros, aunque no creyentes, profesan á lo menos ideas espiritualistas, creen en la justicia eterna, en el orden moral y en la inmortalidad. Pero no por eso dejo de afirmar que el dictamen prácticamente seguido en el mundo acerca de la felicidad del hombre, es el mismo arriba formulado: «La vida es para el goce material.» Y si no, preguntad al niño, no educado en la piedad cristiana, con qué sueña para el porvenir, y os dirá que con tener mucha plata, con jugar, pasear y divertirse. Y el joven de la escuela sin Dios ¿á qué aspira? ¿por qué anhela? Penetrad en su corazón, y veréis levantarse allí uno tras otro mil fantasmas de felicidad, que todos se reducen á riquezas, honores, diversiones, sociedad, amor con todos sus encantos y placeres. Y el trabajador, y el comerciante, y el hombre de carrera profesional, todos esos que viven sin acordarse de Dios ni de la eternidad, ¿en qué cifran el ideal de su dicha? ¿cuál es el objeto de sus afanes? ¡Ah! todos deliran con el goce, con la abundancia de bienes materiales, con el lujo, con la vida regalada, ú holgada cuando menos. ¿Quién piensa en el deber, en el bien honesto y útil, en el servicio de Dios y de sus semejantes? Quizás no falten quienes adornen su lenguaje con estas hermosas palabras; pero ¿cuántos son los que guardan estas nobles ideas en su corazón? Si alguno piensa y se expresa de otro modo que como habla el vulgo de los hombres, ése con seguridad no pertenece al mundo, ése es del número de los pocos escogidos, de los iluminados por Cristo. «Son muchos», decía llorando el apóstol San Pablo, «aun de los cristianos, los enemigos de la cruz de Cristo, cuyo dios es el vientre, cuya gloria será la confusión de aquellos que no gustan más que de las cosas terrenas.»¹ Tal es el mundo de nuestros tiempos, tales son sus gustos, tales sus juicios sobre el destino de la vida.

¹ Phil. 3, 18. 19.

5. Y ¿cuáles pensáis que han de ser las consecuencias de esos juicios tan errados? Lo son, hermanos carísimos, de la más horrible trascendencia, son tales que apenas me atrevo á manifestároslas por temor de herir vuestros oídos. Pero ¿acaso os he de revelar cosas que vosotros no hayáis tenido que saber, mal de vuestro grado? ¿No se habla de estas cosas sin reparo ni disimulo hasta delante de los niños? Dice el mundano procaz que el pecado de la carne es un desliz, nada más, un pasatiempo. Y hasta se pretende justificarlo con las exigencias de la humana naturaleza, sin tener en cuenta que esta naturaleza está viciada y corrompida¹. Llégase hasta destruir la noción cristiana y verdadera de *pecado*. Por tal no debe tenerse una infracción cualquiera de la ley de Dios ó de la Iglesia, aun en materia grave; pecado es solamente un crimen que viola atrocemente el derecho ajeno, como el robo, el asesinato, la calumnia y otros semejantes: lo demás no merece llamarse ni debe reputarse pecado, ni tenerse por materia de acusación en el sacramento de la penitencia. Relaciones inmorales, acciones reprobadas por la ley cristiana, no constituyen pecado ni tienen grave malicia para la conciencia mundana; son cosas naturales, tolerables, principalmente en la juventud, sobre todo entre personas libres. Aun el libre amor ¿por qué ha de estar prohibido? ¿por qué ese yugo del matrimonio uno, indisoluble? ¿puede acaso el hombre resistir al ímpetu de sus pasiones? Luego el divorcio en cuanto al vínculo, es de derecho natural, sancionado por la ley civil. Oponerse á él sería condenar á la infelicidad á muchos desgraciados consortes que erraron al contraer el primer matrimonio. En fin, el sexto mandamiento del Decálogo es de imposible observancia, y no hay desorden, á lo menos grave, en quebrantarlo. El hombre no puede vivir en continencia. Dios dijo á los primeros hombres: *Crescite et*

¹ Gen. 8, 21.

*multiplicamini*¹. Y por este estilo, otros desatinos semejantes; tales son los corolarios de la teoría del goce, como fin de la vida. ¿Qué os parece de tales opiniones prácticamente seguidas en el mundo? ¿Adónde iría á parar la sociedad humana si la Iglesia con su predicación continua no tratase de oponer una fuerte valla á la inmoralidad? ¿Qué censura tan severa no merecen esos perversos dictámenes que se propalan hoy impunemente en todas partes? Con razón exclamaba el Salvador: «¡Ay del mundo por los escándalos!» — *Vae mundo a scandalis*². Y pasemos adelante.

II.

6. Consecuencia natural del falso juicio sobre la felicidad del hombre en esta vida, es el segundo dictamen del mundo, favorable á la concupiscencia de los ojos. Para gozar de los placeres es preciso tener dinero en abundancia, porque el placer se vende caro; el pobre no puede gozar, su suerte le condena á duras privaciones. Por consiguiente es preciso hacer fortuna. No hay que buscar más que el oro: el oro es todo en este mundo. El becerro de oro recibe hoy la adoración universal: no hay quien no doble la rodilla delante de ese ídolo tan querido. ¡Ah! ¡quién fuera rico! ¡quién tuviera bastante oro para gastar en abundancia! Ése es el grito que se escapa de millones de almas sedientas de bienes temporales. Amar las riquezas es lo que el mundo les enseña, es lo que prácticamente aprenden desde la infancia en la vida moderna. Si se estudia, si se trabaja, si se vive, es con el único fin de adquirir dinero y adquirirlo sin tasa. Hay verdadera fiebre de enriquecerse. La codicia de los hijos del siglo nunca dice: ¡Basta! Siempre más y más. Puesto que en la riqueza consiste la felicidad, es claro que cuanto más rico, más feliz. ¡Bienaventurados los ricos! ¡desventurados los pobres!

¹ Gen. 1, 22.² Matth. 18, 7.

Con el dinero no sólo se disfruta de todo lo que hay de más apetecible en el mundo, sino que se adquiere la estimación y el aprecio de la sociedad. Y ¡de qué sociedad! De la que se llama culta, elevada, aristocrática. El que nació plebeyo se hace noble en llegando á ser capitalista: el ignorante es tenido por sabio si ha sabido adquirir una brillante fortuna. El rico se convierte en magnate, en árbitro de millares de voluntades que se mueven á su antojo. Manda, y es obedecido, porque, como decía el otro poeta: el dinero es el más poderoso caballero. Sin él nada valen el talento, la sabiduría, la virtud. ¡Qué de bajezas no se ocultan bajo el manto de la opulencia! Al rico todo le es permitido, todo le es lícito, porque nadie se atreve á encararse con él, ni siquiera para defender el derecho atropellado ó el honor mancillado, porque sábase muy bien que de parte de aquél ha de estar siempre la justicia en esta vida, reservándose para la otra el fallo de la justicia inexorable. Si el rico muere, porque sólo la muerte no respeta los millones, la adulación se encarga de hacerle el panegírico, y la prensa enluta sus columnas para manifestar el duelo que le causa la desaparición de un personaje tan importante en la esfera social, aunque nada acredite la importancia verdadera del ídolo caído. Valiendo, pues, tanto la riqueza, ¿qué extraño es que se la adore en el mundo?

7. Y ¿cuáles han de ser las consecuencias de este modo de juzgar de la inmensa mayoría de los hombres? Pues fácilmente se comprenden: que es preciso enriquecerse á cualquier precio, aunque sea á precio de la virtud y la honradez, con tal de que ésta se salve en apariencia. Urge ser rico á todo trance, sacrificándolo todo, hasta la vida y la conciencia. En los negocios no hay que mirar á la justicia sino á la utilidad. Sacar la mayor ventaja posible, de qualquier modo que sea, con tal que se guarden las formas de la legalidad, no sea que la marcha del negocio se entorpezca, eso es todo lo que hay que ver y procurar,

aunque sea menester estrangular al prójimo ó arruinar á cien familias. ¿Qué digo? aunque fuese menester vender la patria. ¿No se han visto en la escena del mundo tantos Judas? ¿Se nos tachará de exagerados, cuando se tienen á la vista tantos procesos seguidos ante los tribunales de justicia ó de la opinión pública por causa de negocios fraudulentos, de especulaciones en grande escala, de estafas colosales? ¿No se recuerdan los grandes y pequeños *panamismos*? Y ¿qué decir de la usura que devora tantas víctimas? ¿qué de las fortunas mal adquiridas? ¿qué de las falsificaciones de moneda y del comercio de artículos adulterados? Consecuencia necesaria de estas máximas mundanas sobre el valor de la riqueza con relación á la felicidad, tienen que ser los crímenes, más ó menos ruidosos, que á diario se registran en revistas y periódicos, latrocinios, hurtos, asaltos á la propiedad, asesinatos y suicidios. ¿Qué moralidad puede subsistir con semejantes máximas? ¿ni qué seguridad individual ó social? ¿Qué derecho puede considerarse inviolable si prevalecen tan extraviados dictámenes? De allí nace el profundo malestar que experimenta hoy día la sociedad desquiciada en sus fundamentos, que son los sanos principios morales; de allí la desconfianza mutua hasta para emprender negocios económicos que serían de utilidad pública y privada si estuviesen cimentados en la buena fe de los contratantes; de allí, en fin, la falta de donaciones cuantiosas como las que la generosidad de nuestros mayores solía hacer en beneficio de las clases pobres, para fundarles asilos, casas de beneficencia, manicomios y hospitales. ¿Por qué son tan raras en nuestros días esas hermosas fundaciones? La razón es muy sencilla: porque los grandes millonarios no quieren desprenderse de una parte, aun mínima de sus caudales, lo que para ellos sería deshacerse de un elemento de felicidad, porque en su tesoro está su corazón¹;

¹ Matth. 6, 21.

y cuando la muerte llega á despojarlos de toda su fortuna, obligándolos á dejarla en testamento, no se atreven tampoco á privar de un átomo de felicidad á sus herederos naturales, y se la transmiten íntegra sin tener cuenta ninguna con los pobres, ni siquiera con su pobre alma. Les parece que sería atentar contra la felicidad de sus hijos disminuirles un tanto los millones que les dejan en herencia para que sigan ostentando y derrochando en grande, como lo hizo su padre afortunado. No saben que «el corazón duro lo pasará mal en el último día»¹. Para ellos no existe la obligación natural de la limosna. Para ellos no es parte de la felicidad recibir las bendiciones del pobre socorrido.

8. No sería necesario, para condenar ese falso juicio del mundo, ponerlo en paralelo ó en contraste con las máximas de Jesucristo, nuestro divino Maestro, bastando exhibirlo tal cual es para que se conozca y deteste su monstruosidad. Sin embargo, como el espíritu mundano se insinúa tan arteramente en el corazón del hombre, disfrazándose de prudente, justo y razonable, hasta en sus más locas apreciaciones, bueno es, carísimos hermanos, recordar y traer á la consideración la doctrina de Cristo acerca de la riqueza y sus peligros. Asalta á nuestra mente aquella terrible imprecación lanzada contra los ricos que ponen su felicidad en sus tesoros: *Vae vobis divitibus, quia habetis consolationem vestram!* — «¡Ay de vosotros los ricos, porque ponéis vuestra satisfacción en las riquezas! ¡Ay de vosotros los que estáis hartos y reís ahora, porque algún día tendréis hambre, gemiréis y lloraréis!»² ¿De qué sirve, pues, una felicidad tan pasajera que luego ha de tornarse en llanto y miseria? Y ¿no enseñó expresamente el Salvador que no estaba la vida, el ser dichoso, en tener abundancia de los bienes temporales, y que, por lo tanto, debía el hombre guardarse de toda avaricia?³ Y para demostrarlo con un

¹ Eccli. 3, 27.

² Luc. 6, 24, 25.

³ Ibid. 12, 15.

ejemplo aterrador les pintó á sus discípulos aquella semejanza ó parábola del rico propietario que, viendo con delicia la exorbitante cosecha de los frutos de sus campos, hablaba consigo mismo de esta suerte: «¡Alma mía! muchos bienes tienes guardados para muchos años: descansa, come, bebe, regálate. Y díjole Dios en aquel mismo instante: ¡Necio! esta noche se te pedirá la vida: y los bienes que preparaste, ¿de quién serán? Ésta es la suerte», concluía el Salvador, «del hombre que atesora para sí y no es rico para con Dios.»¹ ¿De qué le sirven, pues, sus vastas posesiones? De donde deduce Jesucristo que no sólo no debe anhelarse por la riqueza, pero ni siquiera debe emplearse demasiada solicitud por buscar el alimento y el vestido necesarios para sustentar la vida, dejando el cuidado de proveer á nuestras necesidades á Aquel «que alimenta á las aves del cielo y viste á los lirios del campo»². Y ¿qué diremos, hermanos carísimos, de aquella espantosa sentencia pronunciada por la Verdad eterna á propósito del rico que se entristeció al oír á Jesús que le aconsejaba desasirse de todos los bienes si quería tener un tesoro en el cielo? «¡Qué difícilmente» dijo, «entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! Más fácil es que entre un camello por el ojo de una aguja que el rico en el reino de Dios.»³ Á cuya voz espantados los que oían, dijeron: «Entonces ¿quién puede salvarse?» Y Jesús, afirmando tácitamente que eso era imposible, añadió: «Lo que es imposible para el hombre, es posible para Dios.»⁴ Y ¿os parece posible ser feliz en medio del peligro de condenación eterna? ¿Qué clase de felicidad es dormir al borde de un abismo? ¿Á qué debemos, pues, atenernos? ¿á las máximas de Cristo ó á los vanos dictámenes del mundo? Y siguiendo éstos y contradiciendo aquéllos ¿podremos apellidarnos cristianos? Juzgado y resuelto.

¹ Luc. 12, 21.² Ibid. 12, 22 et seqq.³ Ibid. 18, 24. 25.⁴ Ibid. 18, 27.

III.

9. Tan falsos como los que dejamos expuestos, son los juicios del mundo acerca de los honores y vanidades de la vida humana. ¡Qué lejos está el mundo de confesar como aquel gran rey desengañado: «¡Vanidad de vanidades, y todo vanidad y aficción de espíritu!»¹ Por el contrario, nada cree de más valía que los altos puestos, las que llaman grandezas de la tierra, el renombre, el aplauso universal. Nada cree que debe estimarse ni ambicionarse tanto como la gloria, ni hay cosa por la que deba el hombre trabajar ni desvirarse tanto como por conseguir estas palmas y laureles y llegar á ser grande en la opinión de la sociedad. Ésta es la suma felicidad de la vida que pocos, muy pocos alcanzan, porque son muy pocos efectivamente los dichosos, pero á que todos tienen el derecho de aspirar. Está el mundo locamente apasionado por la gloria, diríase mejor, por la vanagloria, porque no es otra cosa ese fantasma que el mundo persigue con afanes inauditos. De la gloria verdadera, de la que descansa sobre el cimiento de la virtud, del mérito ante Dios y la conciencia, poco ó nada se cuida, porque ni es capaz de apreciarla, ni halaga su concupiscencia. ¡Cuántas veces habréis oído decir, si es que vosotros mismos no lo habéis dicho, á lo menos en vuestro corazón: «Es preciso tener aspiraciones . . ., figurar en la sociedad, sobresalir, sobreponerse á los demás en la escuela, en el taller, en el comercio, en todas partes, aplastar al émulo, humillar al competidor. . . . No hay que dejarse pisotear de nadie, y menos de los que están arriba; es preciso hacerse respetar de todos, porque todos somos iguales, todos valemos lo mismo. . . .» Y estos sentimientos se tienen por nobles, por legítimos, y en ellos se cifra la generosidad y alteza de carácter, confundiendo con el

¹ Eccle. 1, 2.

orgullo la verdadera dignidad humana, la nobleza verdadera que consiste en la virtud. ¡Cuántos de esos seres que se expresan con esa arrogancia y altivez, no son en el fondo sino pobres y menguados pecadores, que si se les conociese, atraerían sobre sí el desprecio general! Y no obstante, yerguen la cabeza y reclaman las consideraciones y respetos á que sólo tienen derecho las personas virtuosas. ¿Puede darse mayor vanidad? Con razón decía el inspirado Profeta: «Yo dije en el arrobamiento de mi espíritu: Todo hombre es mentiroso»¹, porque, en efecto, el mundo es todo él una mentira, una sombra engañosa y pasajera, como dijo el Apóstol: *Præterit figura huius mundi*².

IO. ¿Qué diremos de otros juicios no menos corrientes, ni menos errados, como nacidos de la misma venenosa raíz, la soberbia de la vida? Tales son, entre otros, los caprichos y exigencias de la moda respecto al bien parecer en sociedad, las leyes convencionales de la etiqueta, las llamadas *conveniencias* sociales, las imposiciones del buen tono. ¡Qué tiranía de una parte! ¡cuánta esclavitud y necesidad de la otra! Pues y el abominable *respeto humano* espantajo mortal de tantas almas cobardes, ¿qué es sino un tributo injustamente pagado á la soberbia? ¿qué, sino la sujeción, no humilde sino baja, á ciertos juicios vanísimos y absurdos que se forja el mundo, indiferente é impío, acerca de la piedad cristiana, de la virtud y religión? ¿Qué son esos juicios sino burlas que hacen los mundanos de aquello que todo hombre razonable y cuerdo debiera respetar? Y sin embargo, esos juicios despreciables á los ojos de la razón y de la fe, se tienen como oráculos que intimidan á millares de personas, esclavas voluntarias del famoso *¿qué dirán?* Aquí diremos con el Sabio: *Et hoc vanitas est* — «¡También esto es vanidad!» y algo más todavía: *Et magnum malum* — «Y un mal grande»³; y añade:

¹ Ps. 115, 11.² I Cor. 7, 31.³ Eccles. 2, 21.

Et præsumptio spiritus — «Y presunción de espíritu.»¹ En una palabra: *Cuncta subiacent vanitati* — «Todo en el mundo está sometido á la vanidad.»² Pero llegará la hora del juicio, hermanos carísimos, y entonces empezará á brillar la verdad con sus nativos fulgores, y se desvanecerán estos juicios del mundo, quedando en pie para servir de norma de verdad eterna, los dictámenes de la razón cristiana, esto es, las máximas de Jesucristo, Juez de vivos y muertos³, de justos y pecadores. Á ese juicio debemos atenernos, porque de él solo dependerá nuestro eterno porvenir, la dicha verdadera que consiste en la salvación. Sigamos el consejo del Profeta: «Si de veras queréis andar por el camino de lo justo, juzgad rectamente, hijos de los hombres»⁴; juzgad, no como juzga el mundo vano, enemigo de Jesucristo y contrario á su espíritu, sino como juzga el que es la verdad misma y os ha de juzgar. El evangelista San Juan, al terminar su narración de los hechos de Jesucristo, asegura á los fieles que es verdad cuanto ha escrito en su Evangelio: *Et verum est testimonium eius*⁵. Así la Iglesia, al enseñarnos lo que juzga Jesucristo acerca de los placeres, las riquezas y los honores del mundo, nos garantiza la verdad de sus divinas enseñanzas. El mundo yerra, la Iglesia de Cristo es infalible.

¹ Eccles. 6, 9.² *Ibid.* 3, 19.³ Act. 10, 42.⁴ Ps. 57, 2.⁵ Io. 21, 24.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRAL DE BIBLIOTECAS

de todas las épocas y de todos los países podrían aducirse para comprobar lo poco que vale la ilustración para hacer virtuosos á los hombres! Pero ¿qué pruebas más irrefragables que los hechos que han escandalizado al mundo en nuestros mismos días, los regicidios, las bombas, las estafas por mayor, la corrupción general de costumbres en las naciones más adelantadas?

12. No cansaré más vuestra atención, hermanos míos. Diré solamente una palabra sobre el valor de ese sentimiento que se llama *dignidad*, decoro, respeto de sí mismo, y que, bien comprendido, suele ser un poderoso auxiliar del bien obrar, pero no llegará jamás á sustituir en el espíritu humano al sentimiento religioso. El aprecio de sí mismo llevado á la exageración no es otra cosa que el orgullo, y de éste nace el egoísmo, elemento mortífero para la virtud. Por lo demás el sentimiento de la propia dignidad, separado de la religión, no pasa de ser un fantasma que no engendra virtudes verdaderas ni acciones laudables, sino vanidad y, á las veces, ridícula ostentación de virtud. No nos forjemos ilusiones. La religión es elemento de felicidad natural en el hombre, y lo que arranca de la naturaleza no puede reemplazarse con nada artificial. La religión es institución evidentemente divina; la mano de Dios que la fundó sobre la roca del Calvario, la sostiene sin esfuerzo alguno, como sostiene la armonía de los mundos: *Verbo Domini caeli firmati sunt, et spiritu oris eius omnis virtus eorum*¹— «Su palabra da consistencia á los cielos y el soplo de su boca les infunde toda la fuerza que poseen.» Vanos son los pensamientos del hombre contra la obra del Criador. Dios disipa, como ligeros vapores, los planes de los príncipes y de los pueblos, en tanto que los consejos de su misericordia sobre la pobre humanidad perduran para siempre. *Consilium autem Domini in æternum manet.*²

¹ Ps. 32, 6.² Ibid. 11.

«Bienaventurada la nación que reconoce á Dios por Señor, el pueblo á quien Él escogió por heredero de los bienes eternos.»¹ Nosotros somos ese pueblo, no derrochemos nuestra herencia.

TERCERA CONFERENCIA.

Verdadera y falsa religiosidad.

Qui adorant eum, in spiritu et veritate oportet adorare.

Io. 4, 24.

1. ¿Habéis meditado seriamente, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, sobre la importancia de la verdad en todas las esferas de la vida humana, en la ciencia, en la moral, en el arte? En la primera, la verdad es absolutamente necesaria, so pena de convertirse en una ciencia vana, ridícula y absurda, en ciencia de la nada: por eso las meras hipótesis, por bien fundadas que se las suponga, no constituyen la ciencia propiamente dicha. En el arte la verdad que se necesita para sus creaciones no es ciertamente tan rigurosa, no es la realidad sino el ideal, mas no por eso deja de ser lo que es en el orden de la posibilidad, en una esfera más elevada que la de la naturaleza real, en el mundo ideal donde resplandece la belleza. Y ¿qué diremos del orden moral en que se desarrolla la libre actividad del ser humano? Aquí no basta la verdad relativa, porque no se trata de lo bello, de lo estético, sino de lo bueno, de lo virtuoso y perfecto, y esto tiene que ser estrictamente verdadero. Virtud falsa no es virtud, bondad sólo aparente es más bien disfrazada malicia, perfección no verdadera es manifiesta imperfección. La adoración de Dios, si no es verdadera, es una burla á la divinidad; la alabanza, sólo de labios afuera, tiene visos

¹ Ibid. 12.

de blasfemia. La virtud podrá serlo en varios grados, grande ó pequeña, vulgar ó peregrina y heroica, pero siempre tiene que ser verdadera. He aquí por qué declara el divino Maestro que «los que adoran á Dios es menester que lo adoren en espíritu y en verdad»¹.

2. Notad bien, amados fieles, el enlace de estos dos elementos de la adoración, espíritu y verdad. En las acciones propiamente humanas la verdad está en el espíritu que la anima y vivifica; porque siendo el hombre un ser específicamente racional ó espiritual, la acción meramente material no es humana, porque no la ejecuta el espíritu, no la anima la razón: fáltale, pues, la verdad. Así la religiosidad sin espíritu es falsa religiosidad. Como Dios es espíritu puro, quiere que el hombre le adore en espíritu, esto es, á manera de ser racional que sabe y entiende lo que adora, no á ciegas y sólo con ceremonias exteriores. Desde luego comprenderéis la importancia de este tema en la materia de que vamos tratando. Porque no basta ser en algún modo religioso, es preciso serlo en realidad de verdad. Por eso vamos á señalar en esta conferencia los caracteres de la falsa religiosidad para que nos preservemos de ella, y, para dar plena luz á nuestro asunto, bosquejaremos en seguida las facciones del hombre verdaderamente religioso.

I.

3. ¡Miserable engaño el que padecen ciertos hombres que se tienen por modelos muy cumplidos de religiosidad! Ellos no advierten que no puede ser verdadera una religiosidad que mutila los deberes religiosos y falsea y desnaturaliza el concepto mismo de la religión. Y lo primero se verifica en dos maneras, ora reduciéndolos á la esfera de lo interior y suprimiendo, como innecesarios, los actos externos

¹ Io. 4, 24.

del culto, ora, por el contrario, pagándose exclusivamente de los actos exteriores de la religión y preocupándose muy poco ó nada con el espíritu que debe animarlos. Ambos extremos son viciosos y por tanto reprensibles.

¿Por ventura estaría en la verdad el que dijese para sí: «Me basta rogar á Dios con el corazón sin desplegar los labios; no es preciso tomar tal ó cual actitud para hacer oración, preferir este ó el otro lugar, emplear tales ó cuales ceremonias», etc., interpretando á su manera las palabras de Jesucristo á la Samaritana: «Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad»¹? No por cierto, hermanos míos, porque esto equivaldría á desconocer la necesidad del culto externo exigido por la naturaleza misma del hombre, y por la de la religión que abraza al hombre entero, sancionado por la autoridad de todo el género humano y por el mismo Dios que en el antiguo Testamento dictó con exquisita prolijidad los ritos sagrados y mandó observarlos hasta en sus menores detalles bajo las penas más severas. Y ¿qué pensar del majestuoso culto externo de la Iglesia católica, establecido por el mismo Jesucristo, y ampliado, con su autoridad, por los sagrados apóstoles, los concilios y los soberanos jefes de la Iglesia? ¿No sería atrevimiento intolerable menospreciar instituciones tan venerables, contradiciendo la enseñanza de los doctores del cristianismo y hasta de los mismos filósofos antiguos y modernos? ¿Qué digo? ¿poniéndose en abierta contradicción con el sentido común y la razón natural? Y ¿quién no advierte el peligro de perder totalmente el espíritu religioso siguiendo, no sea más que en la práctica, esa falsa doctrina de que basta adorar á Dios en el santuario del corazón?

4. Pero tampoco posee la verdadera religiosidad el que, contento con un sinnúmero de prácticas religiosas exteriores,

¹ Io. 4, 23

oraciones vocales y rezos prolongados, no cuida principalmente de informar estos actos con espíritu de fe, devoción y piedad, sin el cual la religión viene á dar en el escollo del formalismo, de la rutina, que no la deja producir verdaderos bienes á los que la profesan. Aquí tenéis el verdadero sentido de las palabras de Jesucristo: «Conviene adorar al Padre en espíritu y en verdad.» Prácticas puramente exteriores sin espíritu religioso son cuerpo sin alma, son árboles de espeso follaje que no producen fruto¹. Tal era sin duda el vicio de los fariseos, tan diligentes en multiplicar los actos exteriores de religión, tan escrupulosos en la guarda de las ceremonias y observancias legales, y á quienes Cristo reprendía severamente, llamándolos hipócritas², porque desdeñaban lo esencial de la religión, los actos internos. *Haec oportuit facere et illa non omittere*³, deciales también, enseñándonos la necesidad de juntar á los actos exteriores el espíritu que debe vivificarlos. ¿De qué sirve, en efecto, recitar con los labios una serie de oraciones vocales, como suelen hacerlo no pocos, sin atención ni piedad, con el ánimo divagado en pensamientos importunos y el corazón muerto de frío? ¿Dónde está allí el verdadero respeto religioso, la reverencia y el amor que nacen de la fe viva en la majestad del Dios con quien se está hablando familiarmente? ¿Podrá ser aceptable á Dios ese acto, como lo era el sacrificio de alabanza que le ofrecía el real Profeta?⁴ Y ya que hemos nombrado el sacrificio, ¿será religiosidad verdadera el asistir al sacrificio incruento de nuestros altares, al santo y augusto sacrificio de la Misa con el cuerpo solamente, por mero cumplimiento del precepto eclesiástico, por costumbre ó compromiso, sin que el espíritu se eleve á Dios ni el corazón tome parte en los misterios que allí se

¹ Iudæ 12.² Matth. 23, passim.³ Luc. 11, 42.⁴ Ps. 49, 14.

celebran? No, carísimos hermanos, no es esto virtud verdadera de religión sino falsedad é hipocresía. Y ¿qué juzgar, por fin, de aquella falsa devoción de algunos pueblos católicos que creen ó se imaginan honrar á Dios, á la Santísima Virgen ó á sus santos Patronos con festejos del todo profanos, con espectáculos, con juegos y diversiones públicas y hasta con abusos sin nombre, ni más ni menos que los gentiles en las fiestas de sus ídolos?

5. Paso á señalar otra mutilación más grave que las anteriores, cual es la del dogma y de la moral cristiana, debidas á la ignorancia y á la temeridad de ciertas almas falsamente religiosas. Sí, cristianos, hay quienes, llamándose y aun creyéndose acendradamente religiosos, no aceptan el dogma en su totalidad, rechazando aquellos artículos que no les parecen razonables, v. gr. la eternidad de las penas del infierno, la infalibilidad del Papa, la resurrección de la carne en el último día de los tiempos. He atribuído esta conducta á la ignorancia más bien que á la malicia, porque no se concibe que personas instruídas en la religión se atrevan á hacer diferencia entre dogma y dogma, como si la autoridad de la palabra de Dios no fuera la misma para todos. Y ¿qué ha de ser sino ignorancia lo que les hace parecer inaceptables ciertas verdades del Símbolo como la infalibilidad pontificia, no sólo definida por un concilio ecuménico, sino demostrada por los más eminentes sabios del catolicismo? Mas ya se sabe que la ignorancia es atrevida y presume de saber más que las grandes lumbreras de la ciencia. Otro tanto sucede con la moral: tómase de ella lo que agrada, lo que parece bello y generoso á todas luces, lo que la razón no puede menos de aceptar con entusiasmo, v. gr. la caridad, la dulzura, la justicia, pero hácese caso omiso, si es que no se desecha abiertamente, de lo que mortifica la sensualidad ú ofende el amor propio, la humildad, el perdón de las injurias, el desasimiento de los bienes terrenos y sobre todo, la morti-

ficación de la carne y de las pasiones, verdadero escándalo para el hombre carnal y mundano. El espíritu de sacrificio, la doctrina de la cruz que predicaba el Apóstol¹, es objeto de horror para los falsos cristianos, que llegan, en su insipiente, hasta avergonzarse de que tales doctrinas se encuentren en el Evangelio y bien quisieran borrarlas del sagrado libro ó, á lo menos, que nunca se sacaran á relucir en la predicación de la Iglesia. Es lo que acontecía en los primeros tiempos: «El hombre animal no alcanza á comprender la sublimidad de esta ciencia del Espíritu de Dios.»²

6. Pero la falsa religiosidad, no contenta con mutilar la religión de la manera que hemos visto, la desnaturaliza enteramente, como reconoceréis en lo que paso á exponer y vosotros habréis observado muchas veces. Tómase la religión como asunto de sensibilidad, no de razón y voluntad elevadas al orden sobrenatural por virtud de la gracia. Búscase en ella el aspecto poético, estético, sensible. . . . Extasiase el alma con la belleza de las escenas bíblicas, con las figuras y paisajes evangélicos, con la fase dramática de nuestras augustas ceremonias. Todo lo que hiera la imaginación la fascina. Para darse á la oración necesita la mística penumbra del templo de estructura ojival, los acentos de una música melodiosa y patética, la deslumbrante iluminación del altar, la admirable perfección de la estatua de Cristo ó de la Virgen. . . . ¿Qué emociones busca, pues, en los actos religiosos? ¿son de carácter sobrenatural ó puramente naturales esos sentimientos que le conmueven y hasta le exaltan? ¿es ésa la verdadera religiosidad? No lo creáis, hermanos míos, ésa es la religión falsificada. Y la prueba salta á la vista. Porque ¿cuáles son los frutos de esa clase de religiosidad? ¿dónde están las virtudes sólidas y verdaderamente cristianas que

¹ 1 Cor. 1, 18.

² Ibid. 2, 14.

se desarrollan al calor de esos sentimientos? ¿acaso la abnegación, la paciencia, la pureza de costumbres? Nada menos que eso se deja ver en las almas pagadas de la piedad sentimental, en quienes suele estar muy vivo el amor propio, el propio juicio, la ira, la envidia y otras pasiones semejantes. Luego tal religiosidad debe calificarse de falsa. Ser religioso de ese modo cuesta poco. Verdad es que la religión produce las más dulces emociones, pero impone también dolorosos sacrificios. Su práctica, lejos de hacer almas muelles, nos fortalece para cumplir los austeros preceptos del Evangelio y de la Iglesia, nos hace sólidamente virtuosos y así nos lleva por la estrecha senda que conduce al cielo, mansión de gloria reservada á los que se vencen varonilmente.¹

Podríamos todavía señalar como carácter de la falsa religiosidad las inconsecuencias en que cae á cada paso. Mas ¿quién no las advierte fácilmente? Continuemos más bien el discurso, presentando en la segunda parte los hermosos rasgos que distinguen al hombre verdaderamente religioso.

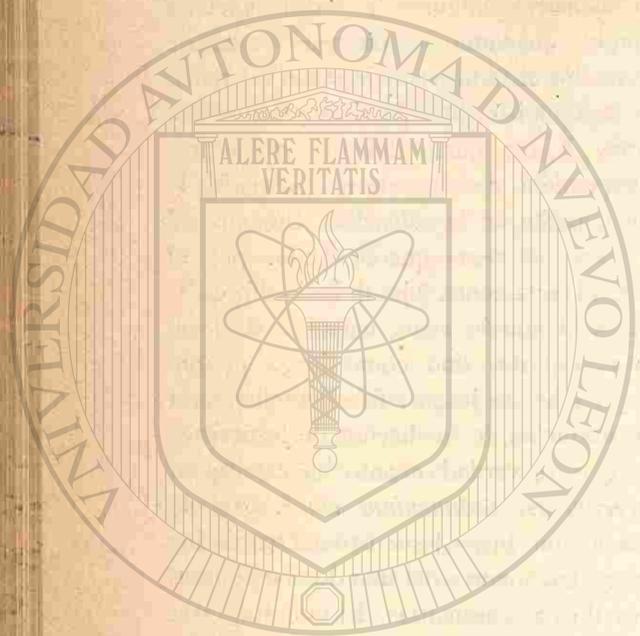
II.

7. Desde luego llama mi atención y me cautiva poderosamente aquella consecuencia rigurosamente lógica del hombre de verdadera religiosidad. Él no admite contradicción alguna entre sus palabras y sus ideas, entre sus acciones y los principios que profesa. ¡Qué principios tan luminosos y tan fijos! No pueden menos de serlo, fundados como están en las luces de la fe divina, ilustrada además con los razonamientos de la ciencia cristiana, de la fe que no vacila jamás porque descansa en la autoridad incommovible de la palabra divina. Por eso dice con la seguridad que decía el Apóstol: *Scio cui credidi, et certus sum*—«Yo sé bien á quien creo, y estoy cierto.»² ¡Cuánto

¹ Apoc. 3, 21.

² 2 Tim. 1, 12.

CÁRRERES, El Pulpito americano. IV.



PANEGÍRICOS.

Del purísimo Corazón de María.

(Predicado en la iglesia de Belén, Habana 1909.)

Et misericordia eius a progenie in progenies.
Luc. 1, 50.

1. Una gracia particular atribuida por una persona piadosa á la intercesión del immaculado Corazón de María, nos congrega en este templo, amados hermanos en nuestro Señor Jesucristo, para tributar con modesto aparato, pero con piedad sincera, acciones de gracias y alabanzas al Dios de las misericordias y al Corazón de su Madre misericordiosa. Atribuir un favor del cielo, un bien que no pudieran otorgarnos la ciencia ni el poder humano, á la intercesión de María para con Dios, á la bondad de ese Corazón que tantas mercedes ha dispensado á los hombres desde el principio de los siglos hasta nuestros días, en que parece haber querido hacer alarde de su real munificencia, no es ciertamente una vana credulidad, una ilusión piadosa, ni mucho menos un acto de fanatismo, como alguno pudiera figurarse; es pura y simplemente la expresión de la gratitud cristiana, apoyada en la convicción, perfectamente razonable, de haber obtenido una merced extraordinaria de manos de María. ¡Sea, pues, tributado honor y gloria al Dador de todo bien y á la Dispensadora universal de las gracias del Señor!

Y pues la ocasión convida á dilatar el espíritu y regalar el corazón devoto con la contemplación de este Corazón

purísimo, obra maestra del soberano Artífice, mirémoslo de hito en hito, con ojo humilde, pero fijo, extasiado en la belleza inefable de ese prodigio de la Omnipotencia que atrae las miradas de los ángeles y cautiva el corazón del mismo Dios. Sí, y al mirarlo, palpitemos el nuestro de amor y confianza en el Corazón de María, y cante nuestra lengua sus loores, repitiendo que es el corazón más bello y más perfecto de cuantos modeló el Criador, porque es el corazón más semejante al de Jesús. Para afirmarlo nos autoriza la Iglesia en su liturgia: *Cor Mariæ Cordi Filii tui simillimum*. Miradlos uno en frente del otro: del Corazón del Hijo parten los rayos que van á reflejarse en el Corazón de la Madre; aquéllos son de claridad infinita, y toda ella parece difundirse sobre el materno Corazón como sobre un espejo brillantísimo. ¡Qué luces! ¡Qué fulgores tan divinos! Esos rayos son la santidad, la pureza, la caridad y la misericordia, que tales son las virtudes que en grado excelentísimo adornan y deifican el adorable Corazón del Hombre-Dios. ¿Quién, pues, será capaz de comprender y mucho menos de explicar la pureza, caridad y misericordia del Corazón de María? Entendimiento de serafín y lengua de ángel serían necesarios para ello. Hagamos, sin embargo, lo que alcance nuestra pequeñez, confiando principalmente en los auxilios de lo Alto, que la misma soberana Virgen, cuya gloria procuramos, nos ayudará á alcanzar, si con devoción la invocamos, saludándola con el *Ave María*.

2. He indicado, hermanos míos, tres rasgos principales de la semejanza del Corazón de María con el de Jesús, ó sea, tres virtudes que brillan como ráfagas esplendorosas en ambos corazones. No penséis por eso que pretenda abarcarlas todas en este panegírico que se haría interminable, por muy someramente que tratara de cada una de ellas. Me concretaré, pues, á la *misericordia*, ya que, por este aspecto, ha querido mostrarnos María la grandeza de

su caridad, compadeciéndose de los pobres pecadores; y consideraré primero los motivos, y después los caracteres de la misericordia del Corazón de María.

I.

3. Puro, inmaculado y santísimo es el Corazón de la Madre de Dios, al fin como espejo en que fielmente se retrata la pureza y santidad infinita del Corazón de Jesús; pero este Corazón tan puro ha querido revelarse al mundo en nuestros tiempos, como foco de misericordia para con los miserables esclavos del pecado. Conocéis la historia de esta devoción y de la Archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias, que la ha difundido por toda la tierra; recordáis aquel grito de la fe, repetido tres veces por todo el pueblo que concurría á la instalación de la Hermandad en una parroquia de París, aquella invocación de las letanías lauretanas: *Refugium peccatorum, ora pro nobis*, y sabéis también los prodigios de conversiones súbitas, de curaciones de enfermos, de todo género de gracias en fin, obradas de entonces acá por la intercesión del misericordiosísimo Corazón de la Virgen santísima. No cabe duda, hermanos míos muy amados, que la misericordia es el aspecto, por donde quiere María que miremos y admiremos el día de hoy su Corazón; y ¿acaso no es éste el lado más brillante y más hermoso por donde puede presentárenos? y ¿no es también el más interesante para nosotros? Pobres pecadores, ¿qué puede halagarnos y esforzarnos tanto como la misericordia? *Misericordiæ Domini, quia non sumus consumpti; quia non defecerunt miserationes eius* — «Gracias á las misericordias del Señor que no se han agotado, no hemos perecido envueltos en el rigor de su justicia.»¹ Cantemos, pues, como esperamos hacerlo eternamente, las misericordias del Señor², ensalzando la miseri-

¹ Thren. 3, 22.² Ps. 88, 2.

cordia del Corazón de la criatura por quien Dios ha decretado favorecernos y salvarnos. Pero ¿cuáles son los motivos que impulsan al piadoso Corazón de la Virgen á compadecerse de nosotros? ¡Ah! ¿dónde encontraremos esos motivos sino en ella misma, en esa bondad que le es conatural, como imagen de Dios y como madre de los hombres? Por otra parte, ¿cómo no mover á compasión á un Corazón tan bueno, el exceso mismo de nuestras miserias? ¿Á qué buscar otros móviles de esa misericordia que admiramos?

4. Contemplemos, pues, llenos de amor y confianza la bondad del Corazón de María. Ella refleja, mejor que ninguna criatura, las perfecciones del Criador, por donde dice San Pedro Crisólogo¹: «El que contempla á María, sin sentirse enajenado, arrobado, desconoce á Dios que ha hecho de ella su imagen más completa.» Y en Dios ¿qué alcanzan á ver nuestros ojos, que mejor nos le dé á conocer, sino la bondad, pero una bondad que no tiene límites, una bondad indeficiente que ha producido fuera de sí todo cuanto hay bueno, hermoso y perfecto? ¡Ah! sí, *bonus est Deus*, nos dicen á cada página las sagradas Escrituras²; «¡Qué bueno es el Dios de Israel!»³ exclama el Profeta; «Tú solo eres bueno», decía la heroica Judit⁴. Y el mismo Jesucristo, para enseñarnos cuán grande es la bondad de Dios, llegó á decir: «Nadie es bueno, sino solo Dios.»⁵ Y es lo que la razón misma dice: Dios no sólo es bueno, sino la misma bondad, porque es el Ser por esencia, por quien no sólo existen las cosas todas, sino que son, en alguna manera, aun antes de existir en sí mismas, son posibles, se conciben, son objeto del pensamiento divino y aun del humano entendimiento, y objeto también del amor de aquel Ser omnipotente y bueno, que

¹ Serm. 104.² Thren. 3, 25.³ Ps. 72, 1.⁴ Judith 11, 6.⁵ Marc. 10, 18.

las llama á la existencia y les traza el derrotero de la felicidad. ¡Oh, bondad infinita de Dios! ¡Oh fuente de todos los bienes y de todo lo bueno! ¡Oh piélago insondable de amor! ¿Quién podrá comprenderte y amarte como lo mereces? Así que Dios es bueno con todo género de bondad: bueno porque es perfectísimo en sí mismo, y bueno para nosotros, para todas las criaturas, porque las colma de bienes con suma liberalidad. «El tesoro de su bondad es inagotable» — *Bonitatis eius infinitus est thesaurus*, canta la Iglesia, y el Apóstol encarecía á los romanos «las riquezas de la bondad de Dios, de su paciencia y longanimidad»¹. Buena es la tierra que nos alimenta con sus frutos, el mar que nos provee de elementos de vida, el cielo que nos cobija bajo su bóveda estrellada... bueno es el hombre que nos ayuda á llevar la carga de la vida terrestre, la sociedad que nos ampara, la Iglesia que nos salva. Pero ¿de quién proceden todos estos bienes, así de naturaleza como de gracia, sino del Dador de todo bien², del que es la bondad misma? Y ¿qué pensar de los bienes que nos guarda para más allá de esta vida de ensayo y de combate? ¡Oh magnificencias de la bienaventuranza preparada por Dios para los que le aman! «Ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni en el corazón del hombre pudo haber tanta grandeza.»³ Por manera, hermanos míos, que, si en el orden natural se ostenta á Dios tan bueno, mayores son, hablando á nuestro modo, las riquezas de su bondad en el orden de la santificación y de la gloria. ¡Tal es el corazón de Dios que llega á darse á sí mismo á sus criaturas! *Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret*⁴. Dióse á sí mismo, dándonos á su Unigénito, consubstancial y uno en naturaleza con el Padre. Pero ¿adónde iríamos si siguiésemos la huella de luz de las divinas

¹ Rom. 2, 4.² Iac. 1, 17.³ 1 Cor. 2, 9.⁴ Io. 3, 16.

comunicaciones? Detengámonos á contemplar la imagen de Dios más perfecta y acabada entre las puras criaturas, el immaculado y santísimo Corazón de María, y por él podremos formar alguna idea más cabal de la bondad del Criador.

5. Que María sea la criatura más perfecta, la Reina de la naturaleza, es una verdad incontestable en la Iglesia católica. Abundan los testimonios de los santos Padres y Doctores que así lo proclaman. No puede pensar de otro modo el sentido común del pueblo cristiano. Si, pues, la bondad originaria y personal se identifica con la perfección, ¿quién dudará que María es la criatura más buena? Pero si consideramos este atributo con relación á nosotros, como fuente de bienes y favores, no puede dudarse tampoco que la bondad de esta criatura supere á toda otra bondad que no sea la divina. En efecto ¿quién nos ha dispensado mayores beneficios y mercedes que aquella que nos dió al Redentor? Si otra dádiva no nos hubiese hecho más que ésta, ¿no sería bastante para aclamarla buena y munifica sobre todas las criaturas? De Dios dice el Apóstol: «El que entregó á su propio Hijo á la muerte por nosotros ¿cómo no había de darnos con Él todos los bienes?»¹ Y ¿no podemos razonar del mismo y semejante modo hablando de María? Pues ¿no nos dió también ella á su Hijo muy querido? ¿Qué significa el *Fiat* de su aceptación de la maternidad divina? ¿No fué su libre consentimiento el que decidió la venida del Verbo á encarnarse y padecer por la salvación del género humano? Sí, cristianos, somos deudores á esta criatura asociada á los designios del Altísimo, del bien incomparable de la Encarnación. Y luego ¿no le ofreció en el templo con el carácter de una madre que consagra su hijo al servicio del Señor, al sacrificio, si Dios quiere hacer de él una víctima? ¡Ah! y en el ara del

¹ Rom. 8, 32.

Calvario ¿no consumó María la oblación, dando por última vez su consentimiento para que fuese inmolado en la cruz. Debémosle, pues, con toda verdad el don perfecto, el mayor de los bienes, á Cristo nuestro bien¹.

Y ¡con cuánto amor nos le ha dado! Con todo el amor de su Corazón amantísimo de los hombres, por cuya salvación mejor que el Apóstol se habría inmolado ella misma. Hizo más que si sacrificase su propia vida, porque para una madre como María, cuyo Hijo le era más querido mil veces que su vida, sacrificar á Jesús era más que sacrificarse á sí misma. Y este amor que nos profesa, dice un célebre orador², vive siempre en ella, sin que sea ni menos fecundo ni menos eficaz que al tiempo de prestar su consentimiento al augusto misterio de la Encarnación. Hoy, pues, como siempre, María nos colma de favores porque nos obtiene todas las gracias que emanan de la redención, como dispensadora de todas, según la sentencia común de los Doctores. Su Corazón es el arca de los divinos tesoros que ella guarda allí para nosotros; y como Dios le hizo tan grandes mercedes, como lo cantó ella misma: *Fecit mihi magna qui potens est*³, así ella quiere hacémoslas también magníficas, dignas de su grandeza, tanto más que comprende que para la felicidad de los hombres ha sido á tanta altura sublimada. ¡Oh, y cómo se complace ese Corazón generoso en hacer cuanto bien puede á los hombres! Ésa es la dicha de las almas grandes, ése es el carácter de la verdadera nobleza: hacer el bien, hacerlo en grande escala. Y ¿qué corazón más noble que aquel que refleja tan al vivo las perfecciones de Dios?

6. Pero María no es sólo la imagen más acabada de la Divinidad, sino que también es Madre nuestra, y por este título, una nueva fuente de bondad: *Mater, fons amoris*,

¹ S. Bernard. apud Ventura de Ráulica.

² Bossuet, Serm. de la Anunciación.

³ Luc. 1, 49.

que dice la Iglesia¹. Que tal fuese en el orden sobrenatural de la redención parecía exigirlo esa misma semejanza de María con Dios, que hemos contemplado con admiración hasta aquí. ¿Acaso Dios no es Padre, no sólo por naturaleza, según la cual engendra un Hijo *ab æterno*, de su misma substancia, sino también, por adopción, en virtud de la cual nos ha engendrado en el tiempo, de las entrañas de su caridad?² Luego también María, en quien Dios ha querido imprimir el sello de su semejanza, debe compartir con Dios esas dos especies de paternidad, una de naturaleza, y otra de adopción. No hay duda, dice un teólogo eminente, que el Padre Eterno quiso asociar á María á todo aquello que conducía al cumplimiento de la obra inefable de la redención. Tuvo, pues, que elevarla hasta sí y hacerla participante de la fecundidad de su amor lo mismo que de la fecundidad de su ser; es decir, asociarla á su paternidad de adopción respecto de los hombres, como la había asociado á su paternidad de naturaleza respecto del Verbo divino.³ He aquí, pues, á Jesucristo, verdadero Hijo de Dios y de María, porque, engendrado de la substancia de Dios en la eternidad, fuélo también de la substancia de María en el tiempo; y he aquí á los hombres, también verdaderos hijos adoptivos de Dios y de María, porque el amor de Dios y el de María los hicieron renacer á nueva vida⁴. Confírmalo, con autoridad indiscutible, el gran Doctor San Agustín: «María», dice, «es verdadera madre, según el espíritu, de los miembros de Jesucristo que somos nosotros, pues que con su caridad cooperó al nacimiento de los fieles en la Iglesia. Según la carne es verdadera madre de la Cabeza de quien somos miembros.»⁵ ¡Qué amor, según esto, el de María para con los hombres! ¡Amor tan grande

¹ In Seq. *Stabat Mater*. ² Iac. 1, 18.

³ *Ventura de Ráulica*, La Madre de Dios.

⁴ *Ibid.*

⁵ *S. Aug.* (De sancta virginit.).

que nos dió nueva vida, la vida de la gracia, la vida de los hijos de Dios! Amor semejante únicamente al de Dios que por amor nos adoptó por hijos. Por eso dice San Bernardo: «La caridad de Dios no puede ser mayor; la caridad de María no cede más que á la de Dios.»¹ Por consiguiente ¿quién será capaz de medir la magnitud de su bondad? Decir que es madre y madre verdadera, aunque en otro orden muy distinto de la naturaleza, pero no menos real, es decirlo todo, es dejar espaciarse el corazón en un campo de bondad y de ternura que no tiene límites, porque ¿quién puede ponérselos al amor de una madre? ¡Qué dulzura experimenta el desgraciado hijo de Eva al contemplar el Corazón de la segunda Eva, Madre de los vivientes en Cristo y en la Iglesia! Con razón se saborea el cristiano apostrofando á María: «Vida, dulzura y esperanza nuestra.» Bien puede apropiarse María aquellas tiernas palabras de Dios por Isaías: «¿Será posible que una madre olvide á su hijo pequeñito y que no sienta la más viva compasión por el fruto de sus entrañas? Pues aunque ella llegara á olvidarse, yo nunca me olvidaré de ti.»² ¡Ah! carísimos hermanos en Cristo y en María; nuestra Madre celestial no es una madre semejante á las que nos dieron el ser de hombres, es una madre incomparable, y, como dice un devoto escritor, es la Madre de las madres, así como es la Virgen de las vírgenes. Pues ¿por qué no acudiríamos á ella, por qué no nos acogemos á su Corazón en nuestros peligros, en nuestras angustias, en las grandes aflicciones de la vida, como se acoge el hijo, por desamorado que sea, al amparo maternal? «Á todos está abierto», asegura San Bernardo, «el regazo de su misericordia — *Om-nibus aperit sinum misericordie sue.*»³

7. ¡Ah! ¡la misericordia! Ésta es la forma en que más resplandece la bondad del Corazón de María, porque es

¹ *S. Bern.* apud Ventura.

² Is. 49, 15.

³ *S. Bern.* apud Ligorio.

muy grande la miseria en que yacen sus hijos. Por eso, la salutación más grata á sus oídos es la que arranca del fondo de nuestra miseria, cuando le decimos con la Iglesia: *Salve Regina, Mater misericordiæ*. He aquí, carísimos hermanos, el segundo móvil de la misericordia de María, la grandeza de nuestras miserias que tan vivamente contrasta con la grandeza de sus perfecciones. Y prescindiendo de tantas otras desventuras como cercan nuestra vida, según lo observó Job: «El hombre, el hijo de mujer, no sólo vive poco tiempo, sino que está repleto de infinitas miserias»¹; ¿qué mayor miseria que vivir de asiento en el pecado? Pues si de la bondad nace espontáneamente la misericordia, ese sentimiento de las miserias ajenas que inclina el corazón á remediarlas, ¿cómo no se moverá el bondadoso Corazón de nuestra Madre á compasión y lástima del pobre pecador! ¿Quién más miserable y desgraciado?² Y precisamente, por serlo tanto, mueve más á piedad á quien mejor que ninguna otra criatura comprende lo horroroso de la situación que se ha creado el ciego pecador. ¡Oh! ¡si él llegara á comprenderlo, á sospecharlo siquiera! Pero ahí está el colmo de la desventura, en ser tan miserable y no compadecerse de sí mismo. *Quid miserius misero non miserante seipsum?*³ Tal es el pecador sensual, embriagado en sus deleites, alucinado con los pasatiempos del mundo hasta el extremo de imaginarse en ciertas situaciones el hombre más dichoso de la tierra, convertida para él en paraíso. Tal es el pecador soberbio y orgulloso, enloquecido con su efímera grandeza, que sueña con haber encontrado la felicidad soberana en la opulencia, en el fausto, en las adoraciones de los hombres. Tal es, principalmente, el pecador impío tan frecuente en nuestros días, que despreciando la ley divina, negando á Dios mismo, se cree dueño absoluto de sus actos, irresponsable, feliz

¹ Job 14, 1.² Apoc. 3, 17.³ S. August.

en su independenciam de todo yugo, satisfecho con la posesión de una libertad sin freno. Y ¡hay tantos pecadores más ó menos semejantes á estos tipos! ¡y hay pueblos enteros, á quienes pudiera dirigirse aquel anatema del profeta Isaías: *Vae genti peccatrici!*— «¡Ay de la nación pecadora! ¡Ay del pueblo cargado de iniquidades, raza perversa, hijos del crimen! Abandonaron al Señor, blasfemaron del Santo de Israel.»¹ Sí, cristianos oyentes, es grande la miseria de los pecadores, por cuanto, debilitada y casi extinguida la luz de la fe en innumerables almas, no se pesa ya la gravedad de la culpa y de ahí que no se experimente el justo pesar de haberla cometido: Es el caso de exclamar con Jeremías: «Desolada enteramente está la tierra, porque no hay uno solo que recapacite en su corazón.»² ¡Ah! digámosle á María: «Muestra ahora que eres Madre! Ahora que perecemos ahogados por la ola de nuestras miserias, salva á tus hijos desgraciados, ruega por nosotros pecadores.» Y ella nos oirá, no lo dudemos. Su Corazón se nos ha revelado nuevamente con mil prodigios de misericordia. Confíemos, porque, como dice un piadoso escritor: «Cualquiera que sea la ingratitude de la cual nos reconozcamos culpables contra el Hijo, ¡oh! jamás debemos desesperar de la clemencia de la Madre; antes bien, uniendo con la confianza el arrepentimiento, echémonos sin temor en sus brazos, seguros de que no quedaremos desamparados.»³

II.

8. Á ello nos animan los caracteres ó cualidades de la misericordia del Corazón de María. Desde luego la concebimos *grande*, como aquella con que pedía á Dios el real Profeta que se compadeciera de él: *Secundum magnam misericordiam tuam*⁴, sin duda porque necesitaba

¹ Is. 1, 4.² Jer. 12, 11.³ Abb. *Barthe*, Letan. de la S^{ma} Virgen.⁴ Ps. 50, 1.

de una misericordia proporcionada á la grandeza de la miseria á que le redujeran sus pecados. Pues ¿cómo no ha de ser grande, inmensa la misericordia de Aquella que está destinada á remediar tantas miserias de tantos desventurados hijos pródigos? Pero aparte de esto, la misericordia del Corazón de María se recomienda por un carácter de universalidad que sólo puede hallarse en la que es Madre de la misericordia. De la misericordia de Dios cantó la misma Virgen en su cántico de acción de gracias, que pasaría de generación en generación al través de los siglos: *Et misericordia eius a progenie in progenies*¹. ¿Por qué no decir otro tanto de la misericordia de Aquella en cuyas manos ha puesto Dios la salvación de todos los pecadores? Por eso, dirigiéndose á María el melifluo San Bernardo, le recuerda que no se ha oído decir jamás, en ningún siglo de la Iglesia, que ninguno de cuantos se acogieron á su amparo é imploraron su favor, hubiese sido desatendido y abandonado á su desgracia². Por eso el lenguaje común de los Padres de la Iglesia nos autoriza á creer que jamás ha faltado al pecador suplicante la clemencia de María; y la historia está allí para atestiguarlo con mil hechos cuya autenticidad no puede discutirse sin nota de temeridad ó escepticismo. Como del sol cantó el Salmista que no hay ser á quien no llegue su calor³, así de María, sol de las almas, *electa ut sol*⁴, debe afirmarse que no hay hombre á quien no alcance el calor vivificante de su misericordia. Ella es clemente, dice San Bernardo, para los necesitados, piadosa para los que le piden, dulce para los que la aman⁵. «¡Oh clemente! ¡Oh piadosa! ¡Oh dulce Virgen María!» Es la plegaria más dulce de los desterrados hijos de Eva, que van arrastrando su desgracia por este valle de lágrimas.

¹ Luc. 1, 50.² *Memorare.*³ Ps. 18, 7.⁴ Cant. 6, 9.⁵ *S. Bern.* apud Ventura.

9. Esa clemencia del Corazón de María es además activa, solícita, eficaz, como nacida de una caridad ardiente, inagotable. ¡Oh! ¡cómo trabaja María por la salvación de los pecadores! ¡Obra por todo extremo difícil, imposible á los esfuerzos humanos, la conversión del pecador! Dígalo la admirable madre de Agustín, la piadosa Mónica, que tantas lágrimas vertió, que tantos ruegos elevó al Señor durante largos años, y tantas peregrinaciones por mar y tierra emprendió para lograr la conversión de su hijo. Y es porque para convertir á un pecador, mayormente endurecido en el desorden, alejado de Dios por mucho tiempo, encenagado en el vicio, es menester un milagro de la gracia que ilumine primero y disipe las tinieblas de que está lleno el corazón, aun más que el entendimiento, y luego que nueva y quebrante ese mismo corazón de bronce, que le derrita en lágrimas de compunción, que le trueque enteramente en otro del que ha sido; y después de todo este trabajo en el pecador, es preciso mover también el corazón de un Dios santo y justiciero, hasta arrancarle, por decirlo así, la sentencia de perdón. Mas por difícil que esta obra sea, nada para Dios es imposible¹, nada es dificultoso para el Corazón de la Madre de Dios. Ella dispone, como sabéis muy bien, de la omnipotencia del ruego, y si ella se interesa por salvar á un pecador, no habrá quien se lo impida. Ella trabaja con los pecadores, aun los que parecen más indignos de sus gracias, llamándolos á penitencia, por modos á veces evidentemente sobrenaturales. ¿No recordáis la prodigiosa historia de la conversión del judío Alfonso María de Ratisbona? ¿No habéis oído hablar de otra conversión aun más reciente, la del ex-granmaestre de la masonería italiana, Solutor Aventor Zola, obtenida por medio de la aparición de María? Y por lo que hace á desarmar la justa cólera de Dios y detener el rayo de su

¹ Luc. 18, 27.

justicia, ¿no veis cómo se empeña en rogar á su divino Hijo, como tantas veces lo ha dado á conocer á sus siervos en maravillosas visiones? De rodillas delante del trono del Altísimo se ha visto á María implorando misericordia y perdón para su pueblo. ¡Oh cuadro conmovedor! ¡Cómo no ablandas nuestros corazones! ¿Cómo podemos desconocer la misericordia de ese Corazón clementísimo? ¿Cómo no poner en él nuestra esperanza?

10. Hay, finalmente, otro carácter en la misericordia del Corazón de María que debe interesarnos grandemente, porque nos afecta más de cerca y nos da la medida de nuestra devoción. Hablo de la virtud comunicativa ó atractiva que tiene esa misericordia en las almas devotas del purísimo Corazón. Esas almas son las que anhelan reformar su corazón por el modelo del de María, el cual está vaciado en el molde perfectísimo del Corazón de Jesús. María dice á los que la aman: «Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo»¹; y ellos que conocen cuánta es la ternura del Corazón de su Madre, siéntense henchidos de misericordia para con sus prójimos; y al ejercitarla se sienten felices, porque están seguros de alcanzar la misericordia de Jesús y de María. «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.»² Tal es el fruto más precioso de la devoción al immaculado Corazón de María; no sólo obtener gracias y favores espirituales y temporales para nosotros mismos, sino encender nuestros corazones en fuego de caridad y compasión á los pobres pecadores. Éstos son los predilectos de María, pues que donde abunda la miseria, campea más de lleno la misericordia. Mas como todos, pecadores como somos, abundamos en toda suerte de lástimas, quebrantos y penalidades³, confiemos en que hemos de ser todos objeto de predilección para el

¹ 1 Cor. 4, 15.

² Matth. 5, 7.

³ *Omne cor marens et omne caput languidum* (Is. 1, 5).

misericordioso Corazón de María. Volvamos á ella nuestras lánguidas miradas; elevemos hasta su trono los gemidos de nuestro desgarrado corazón, y ella tornará hacia nosotros «aquellos sus ojos llenos de misericordia»¹. Así sea.

De Nuestra Señora de Lourdes.

(Predicado en la Habana en la capilla del Externado, el 11 de febrero de 1909.)

Diffusa est gratia in Conceptione eius, et speciosa apparuit inter filias hominum.

Eccl. in offic. Immac. Concept.

I. ¡Albricias, carísimos hermanos en nuestro Señor Jesucristo! Una nueva fiesta en honor de la Santísima Virgen se celebra el día de hoy en toda la Iglesia católica. Y ¡qué fiesta tan simpática para todos los corazones piadosos, la de Nuestra Señora de Lourdes! No es nueva, ciertamente, para un sinnúmero de almas familiarizadas ya con esta dulce advocación, y aun para muchísimas iglesias particulares, no sólo de la Francia y de la América española, sino del mundo entero que ya la celebraban, y no con poco aparato de solemnidad. Mas de hoy en adelante no serán sólo algunas porciones del rebaño de Cristo, será la Iglesia universal la que tributará solemnes cultos con rito doble mayor á la Inmaculada Virgen, aparecida en la dichosa gruta de Massabielle hace 50 años cumplidos. Es, pues, llegado el momento de apostrofar á María Inmaculada con aquellas palabras con que saludaban á la vencedora Judit los príncipes de Israel: «Bendita seas del Señor Dios Excelso sobre todas las mujeres de la tierra, porque hoy ha engrandecido de tal manera tu nombre, que no acabarán nunca de alabarte las lenguas de los hombres.»² ¡Qué júbilo para todos los hijos de

¹ *Illos tuos misericordes oculos ad nos converte* (Salve Regina).

² *Judith* 13, 24, 25.

justicia, ¿no veis cómo se empeña en rogar á su divino Hijo, como tantas veces lo ha dado á conocer á sus siervos en maravillosas visiones? De rodillas delante del trono del Altísimo se ha visto á María implorando misericordia y perdón para su pueblo. ¡Oh cuadro conmovedor! ¡Cómo no ablandas nuestros corazones! ¿Cómo podemos desconocer la misericordia de ese Corazón clementísimo? ¿Cómo no poner en él nuestra esperanza?

10. Hay, finalmente, otro carácter en la misericordia del Corazón de María que debe interesarnos grandemente, porque nos afecta más de cerca y nos da la medida de nuestra devoción. Hablo de la virtud comunicativa ó atractiva que tiene esa misericordia en las almas devotas del purísimo Corazón. Esas almas son las que anhelan reformar su corazón por el modelo del de María, el cual está vaciado en el molde perfectísimo del Corazón de Jesús. María dice á los que la aman: «Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo»¹; y ellos que conocen cuánta es la ternura del Corazón de su Madre, siéntense henchidos de misericordia para con sus prójimos; y al ejercitarla se sienten felices, porque están seguros de alcanzar la misericordia de Jesús y de María. «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.»² Tal es el fruto más precioso de la devoción al immaculado Corazón de María; no sólo obtener gracias y favores espirituales y temporales para nosotros mismos, sino encender nuestros corazones en fuego de caridad y compasión á los pobres pecadores. Éstos son los predilectos de María, pues que donde abunda la miseria, campea más de lleno la misericordia. Mas como todos, pecadores como somos, abundamos en toda suerte de lástimas, quebrantos y penalidades³, confiemos en que hemos de ser todos objeto de predilección para el

¹ 1 Cor. 4, 15.

² Matth. 5, 7.

³ *Omne cor marens et omne caput languidum* (Is. 1, 5).

misericordioso Corazón de María. Volvamos á ella nuestras lánguidas miradas; elevemos hasta su trono los gemidos de nuestro desgarrado corazón, y ella tornará hacia nosotros «aquellos sus ojos llenos de misericordia»¹. Así sea.

De Nuestra Señora de Lourdes.

(Predicado en la Habana en la capilla del Externado, el 11 de febrero de 1909.)

Diffusa est gratia in Conceptione eius, et speciosa apparuit inter filias hominum.

Eccl. in offic. Immac. Concept.

I. ¡Albricias, carísimos hermanos en nuestro Señor Jesucristo! Una nueva fiesta en honor de la Santísima Virgen se celebra el día de hoy en toda la Iglesia católica. Y ¡qué fiesta tan simpática para todos los corazones piadosos, la de Nuestra Señora de Lourdes! No es nueva, ciertamente, para un sinnúmero de almas familiarizadas ya con esta dulce advocación, y aun para muchísimas iglesias particulares, no sólo de la Francia y de la América española, sino del mundo entero que ya la celebraban, y no con poco aparato de solemnidad. Mas de hoy en adelante no serán sólo algunas porciones del rebaño de Cristo, será la Iglesia universal la que tributará solemnes cultos con rito doble mayor á la Inmaculada Virgen, aparecida en la dichosa gruta de Massabielle hace 50 años cumplidos. Es, pues, llegado el momento de apostrofar á María Inmaculada con aquellas palabras con que saludaban á la vencedora Judit los príncipes de Israel: «Bendita seas del Señor Dios Excelso sobre todas las mujeres de la tierra, porque hoy ha engrandecido de tal manera tu nombre, que no acabarán nunca de alabarte las lenguas de los hombres.»² ¡Qué júbilo para todos los hijos de

¹ *Illos tuos misericordes oculos ad nos converte* (Salve Regina).

² *Judith* 13, 24, 25.

María! Pero ¡cuánto mayor para las jóvenes y señoras cristianas que con especial derecho llevan el hermoso título de Hijas de María Inmaculada! Y ¿qué, si á estos motivos se agregan otros de carácter local, como el recuerdo de la fundación de la Asociación de Hijas de María en el Colegio de «Nuestra Señora de Regla», á cargo de las queridas Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús en la ciudad de la Habana? ¡Albricias, pues, diré de nuevo á las que tan de lleno les cabe la santa alegría de esta hermosa fiesta de familia! ¡Pueda mi débil voz, encargada de honrar el día de hoy á Nuestra Señora de Lourdes en este devoto santuario, contribuir á aumentar vuestra piedad y la gloria de la Virgen de vuestra juventud!

2. Por fortuna para nosotros los hijos de la fe, la institución de esta festividad con carácter universal nos traza el camino que debemos seguir al ensayar el elogio de la Inmaculada Concepción de Lourdes. No se trata ya de comprobar un hecho de orden sobrenatural sólo discutible para la crítica racionalista, una vez apoyado, si no en la definición, á lo menos en la disposición litúrgica de la Cátedra Apostólica. *Roma locuta est, causa finita est*¹—Ha hablado Roma, y esto basta para cerciorarnos de la realidad de la aparición de María á la humilde pastorcita de Lourdes. Por otra parte, la misma Señora vista en la roca de Massabielle ha hablado, ha descubierto su nombre á la vidente, diciéndole: «Yo soy la Inmaculada Concepción»; tenemos, pues, cuanto necesitamos para formar el más apropiado y perfecto panegírico, si la cortedad de nuestros alcances y la pobreza de nuestra elocución, no nos lo impiden. Para suplir nuestra insuficiencia, nos acogemos humildemente á las luces del Espíritu Santo, que confiamos obtener por la intercesión de su

¹ Aphor. can.

castísima Esposa, á quien saludaremos con el ángel: *Ave María*.

3. ¿Quién es, pues, Nuestra Señora de Lourdes? Es la Inmaculada Concepción. ¡Qué revelación tan gloriosa y llena de sentido! ¿Es, pues, aquella Concepción sin mancha que se efectuó realmente en el seno de la bienaventurada Santa Ana, quince años antes de la venida de Cristo? No, carísimos oyentes: no pueden significar eso las palabras de la mística visión á Bernardita. ¿Qué es, en suma, lo que significa esa definición misteriosa? Diré lo que alcanzo á descifrar. Es la Inmaculada Concepción *aparecida, reflejada* en las rocas de los Pirineos, para la salvación del mundo á la mitad del siglo XIX. Es lo que canta la Iglesia: *Diffusa est gratia*, etc.—«La gracia derramada á torrentes en la Concepción real de María apareció ahora en la Virgen de Lourdes, hermosa sobre todas las hijas de los hombres.»¹ Y siguiendo la huella de luz que traza la Iglesia en la colecta de la fiesta, digo que, así como la Concepción *real* de la Virgen fué la magnífica preparación de la Encarnación del Verbo y fruto anticipado de la redención², así también la Concepción *reflejada* de la misma Virgen fué la preparación de una como nueva encarnación de Jesucristo en el mundo; y los frutos de esa aparición han sido resultados manifiestos de una como nueva redención de los hombres en la hora que alcanzamos.

Tal es el asunto y la división de este discurso.

I.

4. Iba á cumplirse la plenitud de los tiempos, iban á colmarse los anhelos del género humano, iba á amanecer el día más esplendente del mundo: iba á encarnarse el

¹ Eccl. in offic. Immac. Concept.

² *Per Immaculatam Virginis Conceptionem dignum Filio tuo habitaculum preparasti... ex morte eiusdem Filii tui prævisa eam ab omni labe præservasti...* (Eccl. in Missa).

Hijo de Dios en el seno de una Virgen, de la mujer por excelencia.

«Cuando llegó la plenitud del tiempo», dice el Apóstol, «envió Dios á su Hijo formado de una mujer.»¹ Este hermoso día debía tener su aurora rutilante. «Mi Concepción», dijo la Virgen á Santa Brígida, «fué la aurora del día de la salvación.»² Era preciso formar primero á la mujer extraordinaria, á la mujer modelo, á la mujer única destinada á ser la Madre del Hijo de Dios humanado. Dios había anunciado por la voz de su Profeta que enviaría á su ángel para que allanara el camino que había de recorrer el Redentor: promesa cumplida en el Bautista Precursor de Cristo, como anotaron los evangelistas³. Pero también había dicho: *Ecce virgo concipiet*⁴, y antes, en el paraíso terrenal, fulminando á la serpiente, causa de nuestra perdición, había prometido al género humano decaído la aparición de la mujer que aplastaría la cabeza del infernal dragón: *Ipsa conteret caput tuum*⁵.

Iba Dios á realizar estas promesas: iba á crear á la mujer perfecta, á la Virgen Madre, á la obra maestra de la creación antes de Cristo. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se interesaban en la formación de esta criatura que había de concurrir con su misma substancia á la formación del Hombre-Dios, que había de imprimir su semejanza en la sacrosanta Humanidad. ¿Cuál sería, pues, el resultado de este trabajo divino? ¡Ah! ¿quién es capaz de describirlo? «Cuando se intenta decir lo que es María, lo que fué su Concepción, todas las lenguas balbucean, todas las inteligencias se oscurecen», dice San Ambrosio⁶. Digamos en una sola palabra todo cuanto hay que decir: Fué colmada de gracia: *Diffusa est gratia in Conceptione eius*; pero de una gracia inmensa, derramada á torrentes

¹ Galat. 4, 4.² Apud Marcell. Bouix.³ Matth. 3, 3.⁴ Is. 7, 14.⁵ Gen. 3, 15.⁶ Ap. auct. cit.

sobre su alma y todas sus potencias, gracia que se transfundió hasta su cuerpo y santificó todos sus sentidos. Era el tabernáculo destinado por Dios para habitación de su Hijo durante nueve meses, y Dios mismo se encargó de prepararlo santificándolo: *Sanctificavit tabernaculum suum Altissimus*¹; porque, ¿qué género de ornamentación conviene á la casa de Dios, según observa el real Profeta, sino la santidad?² Dios no podía morar ni por un solo momento en casa donde hubiese habitado la culpa más ligera. «¿Qué sociedad es posible entre la luz y las tinieblas?»³ Sale, pues, María de las manos del Criador más pura que la luz, más hermosa que Eva en el esplendor pasajero de su belleza original, más bella que los mismos espíritus celestiales, en quienes se refleja de un modo maravilloso la hermosura del Criador. La belleza sobrenatural de la gracia sobrepuja y realza con destellos divinos la perfección y hermosura del ser natural de María, la más hermosa y perfecta de todas las criaturas. Entonces fué cuando Dios mismo, embelesado por tan singular belleza, la celebró exclamando: *Quam pulchra es, amica mea, quam pulchra es*⁴. Y los ángeles, que sin duda contemplaron atónitos la obra de la Omnipotencia, debieron saludarla con las frases que más tarde empleó Gabriel: *Ave, gratia plena, benedicta tu in mulieribus*— «¡Salve, llena de gracia: bendita tú entre las mujeres!»⁵ —5. ¿Cuál fué, pues, carísimos oyentes, la razón final de la Inmaculada Concepción de María? No otra ciertamente que la Encarnación del Verbo que había de verificarse, conforme al plan divino, en Ella y por Ella: *Misit Deus Filium suum factum ex muliere*⁶. Ella, María Inmaculada ha podido decir, como nos lo enseña la liturgia, lo que decía la Sabiduría eterna: «Yo hice que amaneciese en el

¹ Ps. 45, 5.² Ibid. 92, 5.³ 2 Cor. 6, 14.⁴ Cant. 4, 1.⁵ Luc. 1, 28.⁶ Galat. 4, 4.

cielo la luz indeficiente»¹; como si dijera: Yo hice aparecer en el cielo de la Iglesia el luminar del mundo, Jesucristo, Sol de justicia y santidad, que había de dar vida al cadáver del género humano putrefacto por la culpa. Tal es la gloria incomparable de la Concepción Inmaculada. ¿Por qué, pues, no pudiéramos decir, siguiendo una ley de analogía—la cual no falta en las obras de Dios—que si el Verbo eterno hubiese de encarnarse otra vez en el mundo, en el sentido que es posible su re-encarnación, debería hacerlo con el concurso de María, y que ésta debería renovar en cierto modo su Inmaculada Concepción? Atrevido podrá parecer á primera vista el pensamiento; pero considerando que no es ajeno del lenguaje de los sagrados Libros ni de los santos Padres llamar nueva encarnación á una nueva y espléndida manifestación de Jesucristo en el mundo, y oyendo, por otra parte, á la Virgen aparecida en Lourdes decir: «Yo soy la Inmaculada Concepción», pareceme que el expresado pensamiento se transforma en una verdad sencilla, incontestable. En efecto, los hechos nos demuestran la realidad de esa nueva encarnación verificada en nuestros días. Bien pudiéramos apropiarnos las consoladoras palabras del Apóstol: *Apparuit benignitas et humanitas Salvatoris nostri Dei*².

Se ha dejado ver una vez más, en el siglo XIX, la benignidad y la humanidad de Dios Salvador nuestro, y no ciertamente por nuestras buenas obras, sino sólo por su infinita misericordia que ha querido salvarnos. Porque, como decía el mismo Apóstol hablando á los nuevos cristianos: «¿Qué éramos nosotros en esa época sino unos insensatos, incrédulos, extraviados, entregados á los caprichos del placer, obradores del mal, envidiosos, aborrecibles y aborrecedores unos de otros?»³ ¿Cuál era el cuadro que nos ofrecían los últimos años del siglo XVIII y los

¹ Eccli. 24, 6.² Tit. 3, 4.³ Ibid. 3, 3.

primeros del siglo XIX? ¿Se vió alguna vez en los días del cristianismo, una mayor confusión de ideas y una corrupción de costumbres más escandalosa? ¿Qué ideas tan absurdas, qué errores tan radicales no bullían en los cerebros de los hombres de la gran revolución! El materialismo y el sensualismo lo habían invadido todo, como sabéis; el vicio se había entronizado; la pretendida razón había ocupado el lugar de la fe cristiana, ó mejor dicho, de Dios, y ¡en qué forma tan desvergonzada! El frenesí se había apoderado de las muchedumbres, y siguieron los horrores de la persecución religiosa á sangre y fuego. Tras ellos y con los albores del nuevo siglo, vino el escepticismo general, la negación de Jesucristo y de su Iglesia, la fiebre del progreso material, del goce y de la libertad sin freno. ¡Dios mío! ¡á qué excesos no habíamos llegado hacia mediados de la última centuria! Dijérase que se había eclipsado el Sol del Verbo encarnado, por más que sus rayos brillasen en el cenit de la Cátedra Romana. Era que las densas nieblas del error y del pecado lo habían ocultado á la vista de los hombres. Con la revolución del 48 en Italia, la expulsión y más tarde la prisión del sumo Pontífice pareció consumada la vuelta del mundo al paganismo. Las naciones, á lo menos oficialmente, habían apostatado, habían dejado de ser cristianas. Como en los tiempos que precedieron á la venida del Salvador del mundo: *Omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt*, que decía el Profeta — «Todos se volvieron atrás, se condenaron á la inutilidad.»¹ ¿Iba, pues, á perecer el mundo anegado en un nuevo diluvio de impiedad y desmoralización? No, porque Dios había prometido no volver á destruir toda carne con las aguas del diluvio². Aparecerá el arca de la Alianza, *Fœderis arca*, María Inmaculada, en el seno de las nubes tempestuosas, en el

¹ Rom. 3, 12.² Gen. 9, 2.

centro de la civilización pagana del siglo XIX, recordando á Dios su promesa de salvar á la humana sociedad. Vendrá una nueva encarnación, y vendrá, como siempre, por María.

6. ¡Albricias, carísimos hermanos! ¡Albricias á la Francia y al mundo! «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!»¹ Jesucristo va á encarnar de nuevo en millones de almas, va á re-encarnar en la sociedad, que si por de pronto no se regenera oficialmente, se regenerará en breve, se cristianizará á su tiempo, como se cristianizó el mundo antiguo. Una nueva era religiosa empieza: los acontecimientos lo denuncian claramente. La fe reconquista los espíritus: Jesucristo es de nuevo conocido, amado y adorado. ¡No veis cómo, á partir de la definición dogmática y de la aparición de la Concepción Inmaculada en Lourdes, la religión recobra el dominio de las almas que parecía haber perdido para siempre? Lo sobrenatural rechazado abiertamente por los librepensadores, se impone, se le toca con las manos, y hasta sus más encarnizados enemigos se ven reducidos al silencio y al ridículo; la fe revive vigorosa en esas masas de hombres que envían todas las naciones de Europa y América á Lourdes, y por su medio se aviva en el corazón de la sociedad moderna. Cristo se ve allí paseando en medio de la multitud como en los tiempos de su peregrinación por Judea y Galilea, *benefaciendo et sanando omnes*², curando instantáneamente todo género de enfermedades, convirtiendo pecadores, santificando almas justas, derramando á manos llenas tesoros de misericordia que Él solo posee, y haciendo prodigios que ningún otro puede hacer. ¿Cómo negar que el Señor Dios nuestro está en medio de Israel, según la antigua profecía? ¡Oh! y con cuánta verdad podemos decir con el Evangelista: *Vidimus gloriam eius, gloriam quasi Unigeniti a Patre!*³

¹ Luc. 13, 35.

² Act. 10, 38.

³ Io. 1, 14.

Entre tanto, ¿qué es del protestantismo? ¿qué del racionalismo ateo? ¿qué de las victorias morales de la revolución? El protestantismo agoniza, se disuelve, como todas las sectas que le precedieron: no vive sino una vida artificial y ficticia. El racionalismo ha llegado á minar los cimientos de la verdad natural; se ha abismado en el escepticismo abriendo de par en par las puertas al torpe materialismo; esto agota los espíritus; esto no puede satisfacer el hambre de luz y de felicidad que aqueja á toda inteligencia no extraviada y á todo corazón no pervertido. Por consiguiente, la causa de la escuela revolucionaria está perdida; sus victorias son puramente materiales; son el triunfo de la fuerza bruta; son la tiranía y el despotismo, lo mismo que en los primeros siglos de la Iglesia. El Evangelio triunfará mañana como ayer. La nueva encarnación de Jesucristo es un hecho incontestable. Á ella debía preceder la aparición de María, radiante de hermosura en su Inmaculada Concepción de Lourdes. ¿Queréis saber cuán hermosa aparece? Preguntádselo á la cándida Bernardita. No: mirad solamente á esta humilde pastorcita arrodillada delante de la abertura de la roca; miradla arrobada en éxtasis, transfigurada; es un ángel ella misma; ¡qué será la Señora cuya vista la extasia! ¡Oh! la hermosura de la Virgen Inmaculada de Lourdes es una hermosura superior á todas las terrenas hermosuras; es, más que angelical, divina: *Speciosa apparuit inter filias hominum*. Y esta gracia se difunde por todo su ser; sus ojos que miran dulcemente al cielo al pronunciar aquellas sacramentales palabras: «Yo soy la Inmaculada Concepción», sus labios, que vierten ríos de miel al conversar familiarmente con la dichosa confidenta de sus secretos; su traje, que toma de la nieve la blancura y el azul del firmamento; sus pies, que adornan rosas de oro; toda ella, que es un encanto, un mar de delicias: *Deliciis affluens*, un trasunto de la Divinidad. Y no creáis que es

una belleza desdeñosa y arrogante, propuesta sólo á nuestra admiración; ¡oh! no: que es la bondad misma; la belleza que atrae y arrebat; que consuela y fortalece el espíritu, que purifica las almas que la miran, siquiera sea en su sagrada efigie, que la contemplan con los ojos del espíritu.

II.

7. ¿Por qué esa gracia tan atrayente, de María Inmaculada? Porque ella viene anunciando al mundo moderno la venida de Aquel que dijo: *Ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum*¹, del que venía á cautivar los corazones con el atractivo de la redención. La gracia de María, en el primer instante de su existencia, fué fruto precioso de la muerte de Cristo Redentor, fué una gracia de preservación de toda mancha de pecado, concedida en previsión de los méritos infinitos del que había de morir en la cruz por salvar á María antes que á ningún otro de los escogidos. Como Dios amó á esta criatura, primogénita suya, más que á todas las criaturas juntas, incluso los mismos ángeles, por ella vino al mundo, por ella se inmoló en la cruz, por ella redimió al género humano, condenado á muerte eterna. Pero á María quiso redimirla de un modo singular y extraordinario, no ya sacándola del abismo de la culpa, sino impidiendo que cayera en él, porque, como ella misma dijo: *Apprehendit manum meam et servavit me*—«Me tomó de la mano, y me guardó.»² Á todos los demás, fuera de ella, fué preciso extraerlos del bátrito profundo á donde los precipitó miserablemente la primordial prevaricación.

¡Dichosos los que lavaron sus almas en la sangre del Cordero!³ ¡Desgraciados los que de la redención no se aprovechan! Al cabo de diecinueve siglos de consumada la redención en el Calvario, imposible parece que haya

¹ Io. 12, 32.² Is. 42, 6.³ Apoc. 7, 14.

hombres tan ciegos que, en medio de la luz del cristianismo, vivan sepultados en tinieblas de muerte y en sombras de pecado, cual si para ellos no hubiera muerto Jesucristo ó no se les hubiese anunciado la nueva de la salvación. ¡Y que haya también naciones, antes cristianas, que vayan recayendo en el paganismo, desconociendo la necesidad de la redención de Jesucristo! Tales son, hermanos carísimos, las sociedades modernas hondamente minadas por el racionalismo naturalista, según el cual el hombre de hoy es el hombre primitivo, el hombre perfecto, íntegro en su naturaleza, no el hombre caído, que decimos los cristianos, siguiendo las doctrinas de la revelación y de la tradición universal. Es claro y manifiesto que, no habiendo caída ni pecado original, la redención está de sobra; si aquella es un mito, ésta no es más que una quimera. Entre tanto, vemos y palpamos que la ola del pecado sube y sube más día por día; que la iniquidad se extiende y amenaza hundir el mundo moral sin que la vana ciencia de los modernos filósofos baste á contener sus avances; y mientras nos lisonjean llamándonos perfectos, nos vemos encenagados en un mar de corrupción. Pero las naciones, lo mismo que los individuos, ya van desengañándose, aleccionadas con la experiencia de los ojos. ¡Atrás los maestros del error! ¡Atrás los conductores ciegos de la sociedad! El mundo clama por la redención: *Veni, Domine, et noli tardare: relaxa facinora plebi tue*¹. Y la redención vendrá para nuestro siglo, digo mejor, ya lucen para nosotros los días de la antigua redención. Frutos de ésta son las maravillas de Lourdes. En aquel día dijo el Señor: «Habrà una fuente de gracia abierta para la casa de David.»² Y la fuente milagrosa de Lourdes donde tantos enfermos encuentran la salud del cuerpo ¿no es una figura expresiva de esa otra fuente donde hallan

¹ Eccl. in offic. Advent.² Zach. 13, 1.

salud y vida las almas pecadoras? La Inmaculada Concepción, objeto de las miradas del mundo entero, está predicando del modo más elocuente la realidad del dogma fundamental de la redención: la caída del género humano por el pecado de Adán, *in quo omnes peccaverunt*¹; está, pues, anunciando al Redentor; y su palabra de Madre es una exhortación vehemente á la penitencia y á la oración por los pobres pecadores. La redención no se obrará jamás sin la condición que ponía el mismo Redentor, y que, en su nombre, imponían los apóstoles: la penitencia². Que el mundo se convierta, y será redimido. Pero ¿se ha convertido en efecto? ¿ha llegado ya la redención?

8. Esto creemos tener derecho de afirmar, después de medio siglo de cumplidos los sucesos que hoy piadosamente recordamos. ¡Cincuenta años de culto perpetuo á la Inmaculada Virgen de Lourdes! ¡Cincuenta años de peregrinaciones, en que figuran los fieles por muchos millares! ¿No representan sinnúmero de conversiones? Desde el momento mismo en que salieron de los labios de María estas palabras: «Penitencia, rogar por los pecadores», la gracia pareció apoderarse de todos los corazones de los habitantes de la ciudad bendita y los frutos de salvación se manifestaron en asombrosas proporciones. Jamás la voz del misionero había obtenido resultados tan edificantes como el grito salido de las rocas de Massabielle. Y estos resultados no tardaron en extenderse por el mundo entero. Ha llegado, pues, la redención. La Inmaculada Concepción será aclamada una vez más Corredentora del mundo. Y para más glorificarla, y, por ella, glorificar al Redentor, deteneos por algunos momentos á contemplar la que podemos llamar «obra de María Inmaculada», los frutos abundantes y exquisitos de la nueva redención. Semejantes á los que vieron los primeros siglos de la

¹ Rom. 5, 12.

² Act. 16, 3.

Iglesia, como fueron la santidad de costumbres en los fieles, el celo abrasador de los apóstoles, el heroísmo de los mártires, las obras todas de caridad emprendidas por la Iglesia católica; lo son también actualmente las virtudes que se han visto reflorar en todas partes, á contar de la fecha de la aparición, no menos que las piadosas instituciones á que ella ha dado origen ó contribuido á vigorizar. ¿Quién no advierte los progresos realizados por la Iglesia en la segunda mitad del siglo XIX? Mirad en la cumbre del pontificado á esas figuras colosales de Pío IX, el Pontífice de la Inmaculada, León XIII, el Pontífice del Rosario, y Pío X, el de la Restauración de la sociedad en Cristo, y admirad en cada uno de ellos, con los destellos de la Virgen que los iluminan, las grandezas de la redención que los elevan sobre todos los poderes humanos. Mirad al episcopado de la Iglesia universal, reunido en el Concilio Vaticano, decretando, á despecho de la ciencia presuntuosa del siglo y á pesar de la opresora libertad de los gobiernos, la infalibilidad del Vicario de Cristo y la supremacía de la fe sobre la razón; y vedlo también en la basílica de Lourdes, á la cabeza del pueblo católico, desfilando en magníficas procesiones, pregonando las glorias de María en el púlpito, coronando su sagrada imagen. Tended la vista por todo el universo y admirad la prodigiosa propaganda del Evangelio en las regiones más remotas del África, Asia y Oceanía, no menos que la difusión de la doctrina religiosa y moral en los pueblos cristianos, ya para moralizar á las masas extraviadas, ya para encaminar á las nuevas generaciones por la senda de la cristiana educación. Y detengamos aquí nuestras miradas. ¿Qué no debe la educación á la Virgen de la Gruta! Díganlo este Colegio de Nuestra Señora de Regla, y su Congregación de las Hijas de María Inmaculada. ¿Sería yo capaz de enumerar siquiera ligeramente los frutos de honor y de virtud por ella producidos en cinco décadas

que cuenta de existencia? Pero ¿qué necesidad de poner de relieve lo que está á la vista de toda esta gran ciudad, de todo el país y brilla en todas partes con magníficos colores, «como el arco refulgente entre nimbos de gloria»?¹ ¡Oh! razón tenéis, Venerables Madres Directoras, y piadosas alumnas de este Colegio, para festejar este día de tan grato aniversario como el de la fundación de este fragante y precioso vergel de María Inmaculada. ¡Son tan bellas las flores de piedad y de pureza que aquí brotan al calor de la devoción á la Virgen y bajo el cultivo de sus abnegadas jardineras! ¡Tan opimos y abundantes los frutos que produce fuera de este sagrado recinto, en el seno de las familias y de la sociedad! Yo no sabría en resumen deciros otra cosa que lo del Eclesiástico: «Mira el arco y bendice al que lo hizo.»² Mirad á María y no os canséis de bendecirla. Mirad más alto, al Criador de María, y dadle honor y gloria en el tiempo y en la eternidad. Así sea.

De San José.

(Predicado en la iglesia de Belén, Habana 1909.)

San José, modelo de todos los estados de la vida cristiana.

Joseph, fili David, noli timere accipere Mariam coniugem tuam. Matth. 1, 20.

1. La gloria fundamental de los santos, aquella que es el germen de su gloria en el cielo, consiste, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, en haber poseído tal copia y excelencia de virtudes, cual se requiere para arribar á las más altas cumbres de la santidad. El que, á fuerza de heroísmo sobrenatural, ha llegado á tan excelsa

¹ Eccl. 50, 8.

² Ibid. 43, 12.

cúspide, dominando desde allí todas las humanas vicisitudes, bien puede ser aclamado y tenido por modelo en todos los estados de la vida cristiana. Bien puede decirse á la humanidad de todos los tiempos y naciones: *Inspice, et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est*—«Obra según el dechado que tienes á la vista en ese monte de la santidad.»¹ Después de Jesús y María ¿á quién puede proponerse por modelo de toda virtud y perfección con mayor derecho que al Varón justo, cuya festividad celebra el día de hoy la Iglesia católica, cuyo solo nombre regocija al pueblo cristiano, al gran Patriarca y Señor nuestro San José? Dos son los principales estados de la vida cristiana, enseñados por Jesucristo y practicados en la Iglesia: el de los preceptos y el de los consejos evangélicos; en otros términos: el del matrimonio y el de la santa virginidad. En uno y otro se puede alcanzar la perfección más elevada, aunque ambos no son iguales en dignidad ni en mérito². El glorioso San José es modelo perfectísimo de entrambos estados, y con la circunstancia excepcional de serlo no sucesiva sino simultáneamente. He aquí su gloria peculiar. Por singular privilegio José es padre y virgen, en cierto modo como María, virgen-madre, porque tal debía ser el digno esposo de tal esposa, y tales uno y otra, los padres dignos del Verbo encarnado. En los planes divinos quedó decretado que el Hijo de Dios fuese concebido en naturaleza humana, de una virgen; pero, como observa San Jerónimo, no de una virgen simplemente, sino desposada y con un varón en quien la gloria de la virginidad pusiese á cubierto la honra del hijo y de la madre³. La virginidad, separada, por ley general, del matrimonio, con el cual parece incompatible, aunque no lo es en realidad, según lo prueba San Agustín⁴, era

¹ Ex. 25, 40.

² 1 Cor. 7, 34.

³ Lib. 1 Comment. in cap. 1 Matth.

⁴ Lib. 23 contra Faust.

que cuenta de existencia? Pero ¿qué necesidad de poner de relieve lo que está á la vista de toda esta gran ciudad, de todo el país y brilla en todas partes con magníficos colores, «como el arco refulgente entre nimbos de gloria»?¹ ¡Oh! razón tenéis, Venerables Madres Directoras, y piadosas alumnas de este Colegio, para festejar este día de tan grato aniversario como el de la fundación de este fragante y precioso vergel de María Inmaculada. ¡Son tan bellas las flores de piedad y de pureza que aquí brotan al calor de la devoción á la Virgen y bajo el cultivo de sus abnegadas jardineras! ¡Tan opimos y abundantes los frutos que produce fuera de este sagrado recinto, en el seno de las familias y de la sociedad! Yo no sabría en resumen deciros otra cosa que lo del Eclesiástico: «Mira el arco y bendice al que lo hizo.»² Mirad á María y no os canséis de bendecirla. Mirad más alto, al Criador de María, y dadle honor y gloria en el tiempo y en la eternidad. Así sea.

De San José.

(Predicado en la iglesia de Belén, Habana 1909.)

San José, modelo de todos los estados de la vida cristiana.

Joseph, fili David, noli timere accipere Mariam coniugem tuam. Matth. 1, 20.

1. La gloria fundamental de los santos, aquella que es el germen de su gloria en el cielo, consiste, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, en haber poseído tal copia y excelencia de virtudes, cual se requiere para arribar á las más altas cumbres de la santidad. El que, á fuerza de heroísmo sobrenatural, ha llegado á tan excelsa

¹ Eccl. 50, 8.

² Ibid. 43, 12.

cúspide, dominando desde allí todas las humanas vicisitudes, bien puede ser aclamado y tenido por modelo en todos los estados de la vida cristiana. Bien puede decirse á la humanidad de todos los tiempos y naciones: *Inspice, et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est*—«Obra según el dechado que tienes á la vista en ese monte de la santidad.»¹ Después de Jesús y María ¿á quién puede proponerse por modelo de toda virtud y perfección con mayor derecho que al Varón justo, cuya festividad celebra el día de hoy la Iglesia católica, cuyo solo nombre regocija al pueblo cristiano, al gran Patriarca y Señor nuestro San José? Dos son los principales estados de la vida cristiana, enseñados por Jesucristo y practicados en la Iglesia: el de los preceptos y el de los consejos evangélicos; en otros términos: el del matrimonio y el de la santa virginidad. En uno y otro se puede alcanzar la perfección más elevada, aunque ambos no son iguales en dignidad ni en mérito². El glorioso San José es modelo perfectísimo de entrambos estados, y con la circunstancia excepcional de serlo no sucesiva sino simultáneamente. He aquí su gloria peculiar. Por singular privilegio José es padre y virgen, en cierto modo como María, virgen-madre, porque tal debía ser el digno esposo de tal esposa, y tales uno y otra, los padres dignos del Verbo encarnado. En los planes divinos quedó decretado que el Hijo de Dios fuese concebido en naturaleza humana, de una virgen; pero, como observa San Jerónimo, no de una virgen simplemente, sino desposada y con un varón en quien la gloria de la virginidad pusiese á cubierto la honra del hijo y de la madre³. La virginidad, separada, por ley general, del matrimonio, con el cual parece incompatible, aunque no lo es en realidad, según lo prueba San Agustín⁴, era

¹ Ex. 25, 40.

² 1 Cor. 7, 34.

³ Lib. 1 Comment. in cap. 1 Matth.

⁴ Lib. 23 contra Faust.

precisamente la condición requerida para aquel desposorio, único en su género como en su objeto destinado á velar el augusto misterio de la Encarnación. Por eso no es fácil ni parece conveniente separar estos dos aspectos de la gloria de José, porque es esposo-virgen, y no habría sido esposo de otro modo. Bueno es, no obstante, que cada uno de esos estados de la Iglesia, enriquecidos con gracias propias, contemple en San José su modelo respectivo, y todos admiremos en el castísimo esposo de María las glorias del matrimonio y de la virginidad.

Y aquí tenéis todo el asunto de este panegírico, para cuyo desarrollo, á gloria de Dios y edificación de vuestras almas, imploraremos las luces del Espíritu Santo por intercesión de María. *Ave María.*

I.

2. En el matrimonio, según la institución divina, el varón resplandece por la triple aureola de una *paternidad* sagrada, de una *autoridad* augusta, de una *santidad* sobrenatural. Todos estos esplendores celestiales se reúnen, por modo extraordinario, en la persona de José, haciendo de él un padre el más perfecto, el jefe de familia más respetable y el varón más justo, es decir, el modelo más acabado del cristiano en ese estado ordinario de la perfección. En la virginidad, como estado ó fruto de libre elección por miras sobrenaturales, aparecen más brillantes destellos de gloria que en el matrimonio, por ser fuente de una santidad más elevada. *Unión con Dios* más estrecha por la concentración en Él de todos los afectos, *dominio* más absoluto de *sí mismo* por la victoria de todas las concupiscencias, mayor *agilidad* para obrar el bien en lo exterior; tales son los tesoros de la santa virginidad, no del celibato egoísta ni de la continencia forzada; y tales son, católicos oyentes, las nuevas irradiaciones que, en un cielo más hermoso, derrama sobre el mundo cristiano la adorable

figura del Patriarca del nuevo Testamento. Contemplémoslas, una á una, y no podrá menos de acrecentarse nuestra devoción.

3. ¡Cuán alta idea de la paternidad nos ha dado el mismo Dios, mandando honrar al padre y á la madre! *Honora patrem*¹, y llegando hasta fulminar el rayo de la maldición contra el hijo que no cumple con este deber². ¡Pero cuánto sube de punto el concepto de la paternidad cuando vemos á Dios mismo reclamando del hombre el honor que le corresponde como Padre! «Sí, pues, yo soy Padre, dice Dios, ¿dónde está mi honor?»³ No parece que haya otro nombre que mejor convenga á Dios, y que más le plazca á Él mismo que el de Padre, como que, señalando á David, figura de Cristo, dice: «Él me invocará, diciendo, tú eres mi Padre... y yo haré de él mi primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra.»⁴ ¿Cuál será la excelencia de ese nombre de padre, cuando el Hijo unigénito de Dios no quiere que se atribuya á ningún otro que á su Padre celestial? «No llaméis padre vuestro á ninguno sobre la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el que está en los cielos.»⁵ «De Él, pues, emana toda paternidad en los cielos y en la tierra», como escribe San Pablo⁶; y por consiguiente, nada hay tan sagrado ni tan venerable como el carácter de la paternidad. ¡Ojalá que el hombre, honrado con este carácter, lo llevase siempre dignamente! ¡Ojalá que todos los hijos supiesen respetarlo! Pues si tan noble y excelente es la paternidad humana, decidme, amados fieles: ¿Qué deberemos juzgar de una paternidad más que humana, de una paternidad tan extraordinaria como la de San José? Ni me objetéis, desde luego, que la de San José no es más que una paternidad estimativa: *Ut putabatur filius Ioseph*⁷, no natural; porque, aun así, su grandeza

¹ Ex. 20, 12.² Deut. 27, 16.³ Malach. 1, 6.⁴ Ps. 88, 27.⁵ Matth. 23, 4.⁶ Eph. 3, 5.⁷ Luc. 3, 23.

sobrepuja la de cualquier otra paternidad que haya habido sobre la tierra. En efecto: si no era padre por naturaleza, no por eso dejaba de ser padre verdadero. ¿Quién le había dado este título respecto de Jesús? ¿No había sido Dios mismo, el Padre Eterno? Cántalo la Iglesia con estas palabras: *Te Sator rerum . . . voluit Verbi te patrem dici*— «El Criador del universo quiso que tú, ¡oh José! fueras llamado padre del Verbo.»¹ Y Dios ¿da, por ventura, nombres vanos y títulos vacíos? Pero ¿y no le llamó padre el mismo Cristo?² ¿No aprobó, al menos con su aquiescencia, el que así fuese llamado por María en el Templo, cuando decía la Madre al divino Niño: «Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Tu padre y yo, llenos de dolor, te andábamos buscando.»³ ¿No le llaman también padre de Jesús los santos evangelistas?⁴ Después de tan autorizados testimonios, no podemos dudar de la verdad de la paternidad de José, por más que sepamos muy bien que Jesús no tenía ni podía tener padre terreno; que por eso llamaba siempre Padre suyo á Dios.⁵

4. Y la causa de ser José verdadero padre de Jesús, aunque no por derecho de generación, es, hermanos carísimos, porque, como discurre San Agustín, el hombre que adópta á otro por hijo bien puede llamarse padre del hijo adoptivo, y aun pudiera decirse sin ningún absurdo que le ha engendrado, no en carne, sino en caridad, como se dice que Dios nos engendró con su palabra, al sacarnos de la nada y al hacernos hijos suyos por la gracia de adopción.⁶ Y ¿qué? ¿solamente la generación constituye la paternidad? ¿Y no es parte de ésta, y muy principal, el oficio de conservar y proteger la existencia recibida y el de perfeccionarla y educarla? Que así como Dios es

¹ Hymn. Laud. in fest. Patrocin.

² Orig. Hom. 17 in Luc.

³ Luc. 2, 48.

⁴ Ibid. 2, 33.

⁵ Io. 5, 18.

⁶ De consensu Evang. 1. 2.

Padre de sus criaturas, no sólo cuando las saca de la nada, sino cuando las sustenta en el ser y las gobierna y endereza á su fin último; así el hombre, con respecto á su hijo, no sólo es padre cuando le comunica la existencia, sino también cuando la sostiene y lleva á perfección con su solicitud y cuidados infinitos. Que infinitos son los cuidados de un padre y una madre en el decurso de la vida de sus hijos. ¡Oh! ¿Quién supiera apreciarlos y agradecerlos debidamente! ¿Quién? Ninguno como Jesús para apreciar y agradecer las ternuras del amor paternal de su padre estimativo. ¡El amor! he aquí el tesoro con que dotó Dios el corazón de los padres. Pero ¡qué amor tan singular, tan característico, tan divino! ¿Qué otro afecto, digno de este nombre, podría compararse con el amor paternal? Padre, no ya en el sentido vulgar de la palabra, sino en otro sentido moral infinitamente más elevado, debe llamarse el hombre que consagra todo su ser, sus energías, su existencia al bienestar de otro hombre, en cuya felicidad cifra la suya propia. Y tal fué José para con Jesús. No vivió más que para Él. No era, en realidad, más que un siervo respecto del Hijo de Dios, del Príncipe heredero del Reino de los cielos; pero su amor, fuente de abnegación fidelísima, le elevó á la esfera y condición de padre. Así lo fuera el otro José, hijo de Jacob, con respecto al rey de Egipto: *Fecit me quasi patrem Pharaonis*, que decía el mismo¹. ¡Paternidad del Hijo de Dios! ¡Paternidad agradecida por Dios mismo! ¿Puede imaginarse otra más grande y excelente? Con razón exclama la Iglesia, dando el parabién á José: *Oh felicem virum beatum Ioseph!*² ¡Oh mil veces dichoso San José, á quien fué concedido lo que á ningún otro mortal, fuera de María: acariciar, guardar y servir con sus propias manos á Dios hecho hombre, hacer con Él veces de padre. ¿Quién puede

¹ Gen. 45, 8.

² Eccl. in Orat. ad S. Ios. in Brev.

concebir la suavidad de este nombre, pronunciado por los labios de Jesús? ¿Qué ángel ó qué santo, dice San Basilio¹, mereció jamás la honra de ser llamado padre del Hijo de Dios? Con llamarle así, concluye San Alfonso de Ligorio, honró Dios á José sobre todos los patriarcas y profetas, apóstoles y pontífices: éstos llevan el nombre de siervos; sólo José obtiene el dulcísimo y gloriosísimo de padre.

5. Á la prerrogativa de la paternidad va anexa necesariamente, según la sabia economía de la Providencia, la más augusta autoridad. «Todo poder viene de Dios omnipotente»²; verdad es, y, por lo tanto, toda autoridad legítima es un objeto sagrado, inviolable para el hombre de razón y de fe. Pero entre todas las autoridades, ¿cuál otra tan respetable y amable al mismo tiempo como la de los padres para el corazón del buen hijo? Por ella el padre tiene el derecho de mandar y gobernar, como jefe, la familia formada de todos los seres que viven cobijados á la sombra de la paternidad; y, á su vez, éstos tienen el dulce deber de obedecer y dejarse gobernar, fiados en la prudencia del carácter paternal. Corona más brillante que la de los reyes, es la corona de la autoridad paterna. Y ésta ciñe también las sienas venerables de nuestro gran Patriarca San José. Púsole Dios al frente de la familia más grande y más excelsa que habitó jamás la tierra: *Constituit eum dominum domus sue*³. En esta santa casa José manda y el Hijo de Dios obedece: *Et erat subditus illis*— «El niño Jesús les estaba sujeto.»⁴ ¡Prodigio de humildad por parte de Cristo! ¡portento de grandeza por parte de José! «¿Qué grandeza mayor», exclama el devoto Gersón, que la de mandar á Aquel que lleva escrito el lema: Rey de reyes y Señor de los que mandan?»⁵ Como á jefe de la sagrada Familia, el ángel de Dios se dirige á José para

¹ Apud Ligorio, Serm. de San José.

² Rom. 13, 1.

³ Ps. 104, 21.

⁴ Luc. 2, 51.

⁵ Deut. 10, 17.

intimarle la orden de partida á Egipto con el hijo y la madre, para salvar al niño de las manos del cruel y sanguinario Herodes. Y José, conocida la voluntad del Padre Eterno, á quien representaba cerca de Jesús, da la orden de marcha y la preside. José, cargado con los pobres instrumentos de su trabajo, conduce á Jesús y María á la tierra del destierro; allí los sostiene con el sudor de su frente, y de allí los vuelve á conducir él mismo á la patria, siempre dirigido por los consejos del cielo¹. Al ver al tierno infante llevado por aquellos desiertos en brazos de José, ocurre el pensamiento de San Agustín: *Senex puerum portabat, puer autem senem regebat*². ¿No es el niño el que gobierna interiormente al santo anciano? ¿Cómo, pues, éste es el que conduce al niño? Así lo ha ordenado la sabiduría incomprensible del Altísimo, queriendo ensalzar sobre manera al más humilde de sus siervos. No siempre es el padre de familia personalmente mejor que sus hijos; siempre, empero, le corresponde el poder de gobernarlos mientras están bajo la patria potestad y á ellos les toca siempre obedecer. Y hoy mismo, cristianos oyentes, ¿no se complace todavía en obedecerle, en cierto modo, aunque sentado en el trono de su gloria? ¡Maravillosa autoridad de José sobre el Hijo de Dios, que se prolonga, si así podemos decirlo, hasta la eternidad! El pensamiento es de un gran devoto del Patriarca, del docto y piadosísimo San Bernardino de Sena, que dice: «Aquel Señor que acá en la tierra mostró á José reverencia, como de hijo á su padre, nada ciertamente de cuanto le pida le negará en el cielo.»³ «No hay duda», añade San Alfonso de Ligorio, «que las súplicas del Santo serán atendidas por Jesucristo como órdenes: cuando un padre ruega al hijo, sus ruegos son mandatos.»⁴

¹ Matth. 2, 13 et sqq.

² Apud Breviar. in fest. Purif. B. M. V.

³ Serm. Sanct. Ioseph.

⁴ Sermones.

6. Carácter del matrimonio cristiano es la santidad, como que todo sacramento es santo en sí mismo y santificador. Eslo, de un modo particular, éste que el Apóstol llama grande¹ en Cristo y en la Iglesia; esto es, por su alta representación de la mística unión y desposorio de la humana naturaleza con el Verbo. Santo es el estado de los que viven unidos con la bendición de Dios para formar el tronco de nuevas generaciones, que continúen la obra de Dios sobre la tierra, y lleven adelante los planes de su misericordia sobre los miembros de la familia humana. «Hijos somos de santos», decía el joven Tobías á su esposa, «y no debemos unirnos como los gentiles que no conocen á Dios.»² Siendo la gloria del Criador el fin del matrimonio, los cónyuges no deben perder de vista este objeto nobilísimo, ya antes de contraer el estado, ya después de contraído, ejercitándose en las virtudes cristianas que son el decoro y la ventura de la vida conyugal. Y ¡qué modelo más perfecto de santidad pudieran proponerse los esposos que el Esposo de María, la bendita entre todas las mujeres!³ ¡Ah! ¡bendito y bienaventurado entre todos los hombres el que tuvo la dicha y el honor incomparable de merecer la mano de la Reina de todas las criaturas! Sí, de merecerla, hermanos carísimos, y ésta es la gloria más legítima de San José, haber sido hallado en los consejos divinos digno de recibir á María por esposa propia. Él seguramente no sospechaba siquiera que fuese merecedor de gracia tan insigne, cuando reunido en el templo de Jerusalén con los demás descendientes de David, aspirantes á la mano de María, aguardaba se declarase con la señal del cielo cuál era el escogido para esposo de la virgen de Judea⁴. Y aun después de agraciado con la florescencia de su vara, y celebrado ya el contrato legal en presencia de los sacerdotes

¹ Eph. 5, 32.² Tob. 9, 5.³ Luc. 1, 28.⁴ S. Hieron., Lib. de Ort. Virg. ap. Rivadeneyra.

y teniendo ya la dicha de poseer á María, al descubrir en ella las señales de la misteriosa operación del Espíritu Santo, José no se considera digno de habitar bajo un mismo techo con la escogida para Madre del prometido Libertador de Israel. «José», dice la narración evangélica, «viendo lo que pasaba y siendo un varón justo, quiso romper ocultamente aquel lazo de su desposorio», porque, según piensan graves Padres de la Iglesia, su humildad le ocultaba sus virtudes. Mas he aquí que Dios, único apreciador de los méritos del justo, le dice por la boca de un ángel: «José, hijo de David, no temas recibir á María por esposa tuya; porque lo que en ella ha nacido es obra del Espíritu Santo.»¹ Palabras llenas de misterio, las cuales interpreta así el Doctor de la Iglesia San Fulgencio: «José, María es vuestra legítima esposa, y el Espíritu Santo que os ha hecho don de ella, es quien ha obrado en ella el misterio que os llena de santo temor. Pero este Espíritu de amor no quiere romper el casto matrimonio que Él mismo ha formado. . . . Dios haciendo á María su Madre, no quiere que cese de ser vuestra esposa; al contrario, Él la confía á vuestra piedad á fin de que protejáis su honor, y sustentéis á su divino Hijo.» He aquí, pues, á José escogido expresamente y destinado por Dios para ser esposo de María. Después de oídas las palabras del ángel, ¿quién puede dudarlo? Según esto, ¿á qué altura tan incalculable no debió de llegar la santidad del gran Patriarca? Insignes oradores, siguiendo á los Padres de la Iglesia, han fundado en esta base de su matrimonio con la Reina de los santos, la santidad de José, considerándola superior á la de todos los demás santos de Dios². Y con sobra de razón, carísimos hermanos; pues, ¿cómo suponer que los vasallos de una Reina fuesen mejores ó de mayor dignidad que el esposo? ¿Sería esto un honor para la señora? Y habiendo

¹ Matth. 1, 20.² Segneri, Panegír. de San José.

sido Dios mismo quien dió esposo á María, su Madre, ¿habríaselo dado inferior en mérito, es decir en santidad, á otro hombre cualquiera? Esto como veis repugna al buen sentido, no menos que á la razón que discurre sobre los datos ciertos de la revelación. No iremos pues más adelante en este punto de la santidad de José, bastando saber que el título de *Iusto* que le da el Evangelio¹ es de un valor antonomástico, que, en sentir de San Jerónimo, designa á un hombre que posee en grado perfecto todas las virtudes. *Iosephum vocari iustum attendite, propter omnium virtutum perfectam possessionem*².

Ahí tenéis, pues, á San José como modelo de los fieles en el estado ordinario de la vida cristiana, en el estado en que todos pueden santificarse por medio de la guarda de los santos mandamientos. Veamos ahora el modelo de las almas escogidas por Dios para subir á un grado de perfección más alto en la Iglesia por medio de la sumisión voluntaria á los consejos del Evangelio, ya sea dentro del estado religioso, ya en el seno de la familia y de la sociedad.

II.

7. Hemos hecho notar que la virginidad, como estado, era una condición necesaria para el matrimonio de San José con la Virgen María, con aquella que debía ser Virgen por elección y por voto para ser Madre del Verbo encarnado. *Ne timeas María, deciale Gabriel; Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi; ideoque, et quod nascetur ex te Sanctum vocabitur Filius Dei*³. María se muestra temerosa ante la celestial embajada; aun se atreve á objetar al mensajero de Dios su condición invariable de Virgen consagrada al divino Esposo, y no se tranquiliza su espíritu hasta entender el modo sobrenatural con que había de efectuarse el misterio de la

¹ Matth. 1, 19.

² Apud Segneri, l. c.

³ Luc. 1, 30. 35.

Encarnación por un milagro de la virtud omnipotente del Altísimo. Tampoco da su consentimiento al matrimonio providencialmente dispuesto para el mismo objeto, antes de haberse cerciorado de la conservación perpetua de su pureza virginal. De donde con razón podemos deducir la virginidad perpetua de José. En efecto, si tal no fuera, ¿como habría podido aceptarlo por esposo y compañero de toda su vida, aquella que había de permanecer intacta Virgen hasta el último aliento? Por otra parte, ¿podía Dios asociar á esta Virgen sin mancha, más pura que los ángeles, á un hombre en quien no resplandeciese la aureola de la pureza virginal? Y no bastaba que la inocencia hubiese embellecido los años de su juventud hasta el momento en que iba á enlazar su suerte con la de María; era preciso que José por especial inspiración de lo alto hubiese consagrado á Dios con voto y promesa inviolable toda su persona, su corazón y sus sentidos, á la manera que lo hiciera la Virgen. Sin esta circunstancia, José no hubiera sido digno de María. Por eso el sentir de la Iglesia universal asegura al castísimo Patriarca esta gloria singular que lo enaltece sobre todos los santos del antiguo Testamento. Por eso San José, según el dicho de un célebre intérprete de la sagrada Escritura, fué más bien ángel que hombre¹. Y añade un piadoso y sabio autor: «La virginidad de José es una maravilla incomprensible... la pureza de José se eleva sobre la de los mismos ángeles. He aquí la prueba. En presencia del ángel Gabriel que le apareció en figura humana, la Reina de las vírgenes se turba, ha dicho San Ambrosio; mientras que no se turba á la vista ni con las palabras de su santo Esposo, ni teme vivir y conversar con él. Dícelo también San Francisco de Sales: José sobrepujó en pureza á los ángeles de la más alta jerarquía, viviendo veinte ó treinta años ante los ojos de la Madre

¹ Cornelio a Lapide, Comm. in c. 1 Matth.

de Dios. Esos ojos, dice Gersón, destilaban una especie de rocío virginal que purificaba más y más los corazones sobre que caía: y como este rocío, *virgineus ros ex oculis*, caía diariamente sobre aquella azucena de José abierta para recibir sus influencias, de aquí que también cada día se aumentaba con nuevos brillos la pureza de su corazón.»¹ ¡Gloria, pues, á José, al digno esposo de la Virgen! ¡Gloria á la flor de la virginidad, inseparablemente unida á la *Rosa mística* é incorruptible! ¡Gloria también á las almas escogidas para ser esposas del Cordero inmaculado, y, que prendadas del amor de este divino Esposo, pueden decir, como la encantadora virgen Santa Inés: «Con aquel estoy desposada á quien sirven los ángeles, cuya hermosura admiran el sol y la luna: á Él solo le guardo fe; á Él me entrego de todo corazón»²! ¡Qué gloria puede compararse con la de estas almas nobles y generosas, despreciadoras de todas las delicias de la tierra, y cuyo corazón está tan alto como el cielo! En este admirable estado de la vida cristiana es donde se practican las virtudes más heroicas, como las que supo practicar el purísimo José viviendo al lado de María.

8. No llegaríamos á formarnos el concepto adecuado de la santidad del Patriarca, si no lo contempláramos como ejemplar de las almas consagradas á la perfección. Lo fué ciertamente, en primer lugar, por su altísima unión con Dios. He aquí la ventaja de que gozan las almas consagradas totalmente al divino servicio: *Mulier innupta et virgo cogitat que Domini sunt*³; no tener que pensar sino en Dios y en la manera de agradarle. Tal era la única solicitud y el anhelo de José: complacer á su Dios en unión íntima con María, cuyo corazón ardía constantemente en las llamas del divino amor. La unión de José con su

¹ *Patrignani*, Devoción á San José.

² Eccles. in off.

³ 1 Cor. 7, 34.

Dios era la del siervo fiel, atento á todas horas, día y noche, á cumplir la voluntad de su señor; la del padre amantísimo que se desvela por la felicidad del hijo que Dios mismo le ha confiado; la del custodio del tesoro más precioso, que tiene puesto en él su pensamiento y su corazón. ¡Qué vida tan santa y dignamente empleada! Era una vida celestial y divina, asociada á las más nobles y preciosas existencias, las de Jesús y María. Como Jesús, podía él también decir: «Yo hago siempre lo que agrada al Padre celestial»¹; como María, podía repetir á cada instante: «¡He aquí el esclavo del Señor! Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador.»² ¡Qué contemplación la del Patriarca! ¡Qué mirada de águila en el Sol resplandeciente de la esencia divina! ¡Qué ardores seráficos en el afecto! ¡Qué sublimes arrobamientos de amor! ¿Creéis, hermanos carísimos, que hubiera podido aventajarle ningún otro santo aun de los más fervorosos contemplativos? No lo han creído así los santos y escritores ascéticos. Santa Teresa dice que fué un gran maestro de oración. San Bernardino de Sena, que fué altísimo en la contemplación. San Atanasio: ¿Qué otra cosa podía hacer San José sino meditar las cosas celestiales? Y un escritor piadoso: Su alma se consumía de amor; su sueño era más bien un éxtasis que un descanso corporal. Vengan todos los contemplativos, todos los solitarios, todos los anacoretas á aprender de Vos, ¡oh glorioso Patriarca! el arte de llevar sobre la tierra una vida toda celestial, toda de contemplación, de silencio, de amor y unión con Dios³.

9. Mas ¿de dónde procedía esa admirable agilidad del espíritu de José para volar á las esferas de la Divinidad y tener allí su morada y allí descansar como los bienaventurados? ¡Ah! carísimos oyentes: esto sólo pueden hacerlo en esta vida las almas perfectamente desasidas del amor de las

¹ Io. 8, 29.

² Luc. 1, 38. 46.

³ *Patrignani*, op. cit.

criaturas y del amor de sí mismas, las almas enteramente purificadas por el fuego de la mortificación, como lo estaba la del bendito San José, de quien dice Santa Brígida: «De tal suerte estaba muerto al mundo y á la carne que no deseaba sino las cosas celestiales.» ¡Condición feliz y nobilísima del estado virginal, espiritualizar al hombre, hacerle poco menos que ángel por la victoria perfecta de la sensualidad! Reflejo del estado de inocencia primitiva en que fueron criados nuestros primeros padres, la virginidad ó extingue totalmente el fómite del pecado, como puede creerse haber sucedido en San José, ó por lo menos lo disminuye y debilita, al paso que da al espíritu una fuerza superior para domarlo. Entonces es cuando puede el hombre decir con verdad que su corazón y su carne se alegraron en Dios vivo¹. Para estas almas felices la tierra se convierte en un remedo y trasunto del cielo, aunque carezca de todo género de comodidades y atractivos. ¡Qué gozoso estaba José trabajando penosamente en su pobre taller de Nazaret! ¡Cuán alegre vivía en la pobreza!² Despreciador de todos los bienes terrenos, su único deleite consistía en servir á Jesús, en cumplir en todo la voluntad de Dios. ¡Dichosos los que saben imitarle!

10. Ellos podrán también seguirle en la práctica de las buenas obras, para cuyo ejercicio nadie está en mejores condiciones que los que profesan el estado de la castidad perfecta. José fué modelo acabado de lo que se llama vida activa por los asiduos cuidados con que atendía al bienestar de la sagrada Familia, ya con el rudo trabajo de su profesión en Nazaret y en Egipto, ya con sus afanes y desvelos durante sus viajes y peregrinaciones. ¿Quién no contempla con asombro y con ternura los cuidados desplegados por José para proveer al Niño-Dios y á su carísima Esposa de todo lo necesario, especialmente en aquellas penosas

¹ Ps. 83, 3.

² S. Bonavent.

correrías de Belén á Egipto y de Egipto á la tierra de Israel? ¡Cuántas veces yendo por aquellos caminos, conoció que Jesús y María tenían necesidad de alimento y, careciendo él mismo de pan para socorrerlos, ibase por aquellos bosques á buscar algunas frutas silvestres con que sustentarlos! ¡Cuántas otras corría á los montes para buscar entre aquellos peñascos algún manantial con que refrigerar la sed que consumía á los santos peregrinos!¹ ¡Oh agilidad para el bien, desplegada por las almas caritativas que se consagran al servicio de los prójimos! ¡Cuán propia es de las almas que de veras aman á Jesús! Ellas no ven en su semejante sino la imagen viva de aquel á quien aman, imagen tanto más perfecta cuanto más desfigurada por el dolor. Ellas son la gloria de la Iglesia de Cristo y el consuelo de la desgraciada humanidad. Hoy, como nunca, se siente y se palpa en todas partes la necesidad de una poderosa acción social, ya que, como nunca, se han multiplicado las dolencias materiales y morales de la sociedad. Y en esta acción que se ejerce de mil modos, deben tomar parte no sólo las personas consagradas con votos religiosos á servir á Dios y al prójimo, sino los fieles de toda condición y estado. Á las personas que moran en el siglo y palpan más de cerca las miserias del mundo, les corresponde también una parte no pequeña en esta gran labor de caridad. Para desempeñarla debidamente, no basta tener modelo, es preciso contar con gracias y auxilios celestiales. ¿Quién mejor que José podrá alcanzarlas para todos sus devotos, para cuantos aspiren á seguir más ó menos de cerca sus hermosas huellas? Imploramos, pues, su poderosa intercesión para nosotros, para todos los que trabajan en el apostolado de la caridad, para la sociedad entera, á fin de que, como canta la Iglesia, se nos conceda por su valimiento lo que no pueden obtener nuestros méritos. ¡Así sea!

¹ Segneri, Serm. de S. José.

De San Nicolás de Tolentino, Confesor.

(Predicado en Cartago de Costa Rica 1877.)

Confiteor tibi, Pater, . . . quia abscondisti
hæc a sapientibus et prudentibus, et revelasti ea
parvulis. Matth. 11, 25.

I. No vengo, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, á presentaros la brillante figura de uno de esos hombres que el mundo y aun la historia apellida grandes, de un sabio de primer orden, de un conquistador audaz, de un político eminente. Vengo sí á ensalzar las virtudes de un humilde monje, de un santo ermitaño de la insigne orden religiosa de San Agustín, á quien la Iglesia ha elevado al sublime honor de los altares y á quien la devoción del pueblo cristiano aclama Padre y Protector, y venera como á extraordinario taumaturgo. Vuestra gratitud, oh hijos de la piadosa ciudad de Cartago, acredita bastante el valimiento del glorioso San Nicolás de Tolentino cerca del trono de Dios para alcanzar mercedes y gracias en favor de sus devotos; valimiento que pesa más sin duda, en el tribunal de la recta razón, que todas las falsas grandezas y glorias deslumbradoras del siglo. Nicolás, el humilde, el penitente religioso, ni brilló á los ojos de los hombres y en las grandes academias con la aureola de la ciencia humana; pero supo adquirir en la escuela de Jesucristo aquella otra eminente ciencia de los santos en que consiste la verdadera filosofía cristiana, la sabiduría por excelencia. Porque hay dos clases de ciencia, hermanos míos, que conviene distinguir para escoger la verdadera y sólida, ya que todos anhelamos conocer las verdades necesarias para ser felices: la ciencia humana, la que el Apóstol llama *de este siglo*, y la ciencia de Dios, ó como la apellida el mismo Doctor de las naciones, la supereminente *ciencia de Cristo*¹. Aquélla es ambicionada

¹ Eph. 3, 19.

por los que anhelan figurar en el mundo, ésta por los que, desdeñando lo caduco y perecedero, no buscan más que los bienes eternos. La primera hincha y desvanece al que la posee; la segunda edifica y construye para la propia y la ajena felicidad. La sabiduría mundana viene á ser insignificante y de ningún valor si se la compara con la ciencia divina, ya sea por relación á su objeto, ya por razón del modo como se infunde una y otra en el entendimiento del hombre. Sin detenerme en hacer este cotejo, yo intento demostraros, para gloria de vuestro santo Patrono y para edificación de vuestras almas, que San Nicolás de Tolentino poseyó en alto grado la grande y verdadera ciencia, la filosofía del cielo, verificándose en él lo que decía nuestro Señor Jesucristo, cuando glorificaba á su Padre, esto es, que reveló Dios á los humildes lo que escondió á los ojos de los sabios y prudentes del siglo¹.

2. Porque, bien visto, hermanos míos, ¿cuál es el objeto verdaderamente importante del saber humano, sino Dios y el hombre, ó, como decía el otro sabio: «Conocerse á sí mismo, después de conocer á Dios»? ¡Ah! y ¡cuán pocos entre los que el mundo tiene por sabios, conocen de veras al Criador y se conocen á sí mismos! Á lo menos de un modo claro y práctico, apenas hay quien llegue á poseer este conocimiento fuera de la escuela de la religión. Pues ved aquí la gran ciencia de San Nicolás: desde la infancia supo conocer á Dios y al mundo; á éste para sustraerse á sus pérfidos engaños, á Dios para amarle de todo corazón y labrar de este modo su felicidad, haciendo de esta vida mortal un paraíso anticipado. Y esta doble ciencia, la más elevada y necesaria, podemos adquirirla todos con la imitación y la protección de vuestro amado Patrono. Apresurémonos á implorar las luces del Espíritu Santo por la intercesión de María. *Ave María*.

¹ Matth. 11, 25.

I.

3. Allá en los últimos años del famoso siglo XIII, del siglo de las grandes órdenes monásticas, un célebre predicador salido del desierto, revestido con el hábito de los Ermitaños de San Agustín, anunciaba á los pueblos de Italia la palabra de verdad eterna, convidando á todos los hombres al menosprecio del mundo. ¡Magnífico tema de la predicación evangélica que á tantos pecadores ha convertido y santificado! Un joven eclesiástico que atento escuchaba al predicador, sintióse extraordinariamente conmovido, abrasado en deseos de renunciar al mundo para no buscar más que las cosas del cielo. ¿Quién era este joven, amados oyentes? Ya lo habréis adivinado: no era otro que el que más adelante había de ser San Nicolás, llamado de Tolentino, aunque nacido en San Ángelo de Piceno. Hijo de bendición, obtenido milagrosamente por la oración de sus virtuosos padres ante el sepulcro de San Nicolás de Bari, llevaba el nombre del Santo bajo cuya tutela había nacido, y por cierto no lo llevaba solamente sino que lo honraba con una conducta irreprochable y llena de virtudes. Su devoción desde tierno niño era tan grande que se dice haber visto con los ojos corporales á Cristo nuestro Señor, á tiempo que oraba en la iglesia: favor extraordinario, pero no inverosímil tratándose de una alma predestinada para tan altos destinos como Nicolás. Conocedor éste del secreto de su nacimiento, habíase propuesto glorificar á su Criador siguiendo fidelísimamente las huellas de aquel santo Obispo cuyo nombre llevaba agradecido; quiso, pues, imitarle en la virtud en que aquel se distinguiera desde la infancia, esto es, en la abstinencia, pero en una abstinencia prodigiosa. Apenas rayaba nuestro Santo en los siete años, es decir, apenas se entreabría su alma pura á los primeros rayos de la discreción, cuando ya practicaba el riguroso ayuno tres días á la

semana, reduciendo toda su alimentación á un poco de pan y agua, costumbre que no abandonó jamás en el curso de su vida. Y aquí empezamos á admirar la sabiduría divina que le guiaba por los senderos de la rectitud¹. ¿Quién no dijera que aquel rigor con que trataba su cuerpo el inocente niño era efecto de imprudente y mal aconsejado fervor, con que dañaba su salud y perjudicaba su desarrollo físico, y aun podía comprometer su delicada existencia? Así hablaría, como suele, la prudencia humana, la prudencia de la carne, de que dice el Apóstol que es muerte; no así la prudencia del espíritu que es vida y paz², la cual iluminaba maravillosamente á nuestro Santo, mostrándole los caminos por donde Dios le iba elevando á una extraordinaria perfección. Era un niño en la edad, y era un anciano por la sabiduría de sus pensamientos y la pureza de su vida. *Caní autem sunt sensus hominis*, que dice el Espíritu Santo³. Adelantado en años había también crecido en la sabiduría, á semejanza de Jesús: *Proficiebat sapientia et etate*⁴, y con los ejercicios de la devoción, la fuga de las malas compañías de otros niños, el trato con personas religiosas y demás buenas obras en que se ocupaba al mismo tiempo que se aplicaba al estudio de las letras, aquel lirio purísimo de su inocencia virginal estaba tan lozano y fragante como en el momento en que lo recibió de mano de Jesucristo, al salir regenerado de la pila bautismal.

4. Pero no es esto solo. La vista de los peligros del mundo que empieza ya á entrever, á pesar de su candor, le hace estremecer, y piensa en armarse principalmente con la fuga. ¡Consejo prudentísimo que todos deberíamos seguir en el grado y la manera posible á nuestra condición! El estado eclesiástico le pondrá á salvo de los más

¹ Sap. 10, 10.² Rom. 8, 6.³ Sap. 4, 8.⁴ Luc. 2, 52.

ciertos peligros de la vida del alma y le dispondrá también á la imitación perfecta de aquel Prelado eximio que ha tomado por modelo, cuya vida en el episcopado fué toda un trasunto de la vida apostólica. Nicolás entra en la milicia clerical y es ya canónigo de San Salvador á pesar de su juventud; todos ven en su persona el modelo de su estado; más que un virtuoso eclesiástico, es un varón santo, respetable por la madurez de sus costumbres ejemplares. Todos le admiran complacidos y bendicen á Dios glorificado en su fiel siervo; todos parece que participan de la felicidad de que seguramente disfruta más que nadie el que es objeto de la benevolencia universal; todos están satisfechos y contentos, menos Nicolás. . . . Y ¿por qué no lo ha de estar? Porque á pesar de la santidad de su estado, Nicolás no se cree plenamente seguro de los lazos del mundo. Pero ¿qué? ¿no ha huído de él bastante lejos acogiéndose á la soledad del santuario? Sí, pero el mundo va tras él, y parece pretender, si no arrancarle de los sagrados tabernáculos, colocarse á su lado, tomar siquiera alguna parte de los afectos de su corazón y, poco á poco, á fuerza de arteras y sutiles asechanzas desbaratar los brillantes planes de santidad que la Providencia ha formado sobre aquel nuevo vaso de elección. Al mismo tiempo la palabra de Cristo que le dice: «Vé y vende todo lo que tienes y dáselo á los pobres, y ven y sígueme»¹, resonando día y noche en su corazón, no le da punto de reposo, prueba evidente de que Dios le llama á otro retiro más perfecto, á huir todavía más lejos. . . . y ¿quién le detiene para no seguir la voz de Cristo? ¿Quién? ¡ay! el mundo, astuto y pérfido enemigo. Sí, le detiene, no con cadenas de culpa ciertamente, pues el corazón de Nicolás se vió siempre libre de los lazos de la carne y del pecado, ni siquiera con el atractivo de las

¹ Luc. 18, 22.

comodidades y regalos permitidos á la vida humana, los cuales jamás ha conocido el varón penitentísimo; pero sí ¿quién lo creyera? con las doradas cadenas de la posición que ya posee y de los honores que para más tarde le prepara su propio mérito, aun dentro de la Iglesia; honores que hoy por hoy su corazón no cautivan, antes los mira tan sólo como una carga inseparable del ministerio de salvación á que se ha consagrado, pero que, no obstante, insensible y traidoramente, como el halagüeño soplo de un aura emponzoñada, podrán envenenar las puras fuentes de su vida, haciéndole inconsciente discípulo del mundo en vez de verdadero imitador de Cristo. ¡Ah! ¡carísimos hermanos! ¡cuán sutil, cuán engañoso es el espíritu del mundo! Apenas la virtud más acendrada y más austera logra sustraerse á su funesto influjo. ¿Qué será de la virtud vulgar y que no cuenta con luces especiales para conocerlo? ¡Oh! y ¡qué poco lo conocen los que el siglo llama sabios y prudentes!

5. Nicolás no fué víctima de sus engaños. En medio de sus vacilaciones la voz del austero agustino hirió su corazón como la voz del Señor estremeciendo el desierto: *Vox Domini concutientis desertum*¹, y una luz extraordinaria, súbita como la claridad del relámpago, ilumina los horizontes de su existencia y le descubre toda la vanidad que oculta el mundo bajo las más lisonjeras apariencias. Corre en busca de la soledad á ocultarse entre los muros del claustro de Tolentino, como en el fondo de un sepulcro, para salir de allí resplandeciente á nueva vida, revestido de la vida de Cristo. Nicolás ha triunfado completamente del mundo, abandonándole para siempre. ¿Quién le ha arrancado á las más ciertas esperanzas de un brillante porvenir? ¡Ah! el amor de Jesucristo, la revelación del misterio de la cruz. *Abscondisti haec a sapientibus,*

¹ Ps. 28. 9.

*et revelasti ea parvulis*¹. ¡Qué hermoso, qué sublime es este conocimiento del mundo, el cual como por intuición sobrenatural, por una especie de penetración se adelanta á la experiencia y no aguarda las sabias pero amargas lecciones del propio desengaño! ¡Qué gloria, aborrecerle sin haber gustado el néctar venenoso de sus embriagadoras delicias! Tal es la suerte venturosa de nuestro joven héroe, iluminado con las luces de una superior sabiduría. Desde allí, desde el retiro de su solitario yermo, viviendo entre los ángeles y gustando de las inefables delicias de una conversación celestial, delicias que fueron el ensueño de los antiguos filósofos y que sólo el cristianismo ha podido realizar en el seno de los monasterios, Nicolás contempla el mundo y sus vicisitudes, como se contempla desde elevada torre, atónita la mente, el borrascoso océano que levanta su oleaje tumultuoso como provocando al cielo, mientras arroja á la playa las espumas de sus confusiones²; y al contemplar este cuadro grandioso y terrible, bendice al Señor y compadece á sus hermanos que fluctúan y zozobran. . . . ¡Qué contraste ofreció entonces la vida mundana con la que llevaba Nicolás en el retiro! Él que siempre había sido espejo de virtudes cristianas, lo fué ahora de las virtudes propias del estado religioso, humildad, pobreza, silencio y obediencia, llegando á ser espejo de aquellos santos cenobitas y ornamento de toda su sagrada religión. El mundo ofrecía en aquella época un espectáculo poco más ó menos semejante al que hoy ofrece, al que ofrecerá en todo tiempo, porque *necesse est ut veniant scandala*³, y el escándalo es la corrupción de costumbres, la herejía é irreligión, la pública infracción y desprecio de las leyes de Dios y de su Iglesia. Para poner un dique á esa corriente de iniquidades se fundaron en aquel mismo siglo las célebres órdenes

¹ Matth. 11, 25.² Iud. 13.³ Matth. 18, 7.

mendicantes de Santo Domingo, San Agustín y San Francisco de Asís. Los apóstoles salidos de estas escuelas de santidad, como de nuevos cenáculos, se lanzaron á combatir el vicio, el error y la ignorancia, logrando conseguir numerosos y brillantes triunfos que regocijaron el corazón de la Iglesia, mientras otros de estos héroes del Evangelio hacían llover del cielo torrentes de gracias por medio de la contemplación y de la penitencia. Á esta falange, no menos apostólica y gloriosa, perteneció nuestro esclarecido Patrono, el ilustre Eremita, San Nicolás de Tolentino.

6. La vista de aquel monstruo de siete cabezas que se llama el mundo, inspira á nuestro Santo horror y enojo, enojo bien justificado, como justa es la ira de Dios que condena al necio mundo á expiar con lágrimas de sangre sus locas explosiones de risa. *Vae vobis qui ridetis nunc, quia lugebitis*¹. Mas al inquirir la raíz de tantas abominaciones, y descubrir que no es otra sino la feroz concupiscencia, pues escrito está: *Radix omnium malorum est cupiditas*², convierte contra esta hidra sus odios y venganzas, y advirtiendo que la tiene muy cerca, que la lleva consigo, persíguela con encarnizamiento dentro de sí mismo, diciendo con el Apóstol que, aunque no ha experimentado sus estragos, porque no le ha robado la inocencia, quiere sin embargo destruir, hasta donde posible sea, el cuerpo de pecado y reducirlo á eterna servidumbre, para agotar y matar, siquiera en su persona, los gérmenes de la mundana corrupción³. Por eso le veréis, hermanos carísimos, convertirse en verdugo de su carne, digo mal, de la concupiscencia que habita en nuestros miembros⁴, y con un aparato imponente de martirios, con cadenas de hierro, sangrientas disciplinas, ásperos cilicios, interminables

¹ Luc. 6, 25.² I Tim. 6, 10.³ I Cor. 9, 27.⁴ Iac. 4, 1.

abstinencias y privación de todas las comodidades de la vida, derrocar el ídolo de la sensualidad que el mundo adora, mostrando al hombre que el secreto de la verdadera sabiduría consiste en sujetar la carne á la razón, los sentidos al espíritu y éste á la soberana voluntad de Dios. Mas con solo esto no le parecía haber obtenido una victoria completa, y así emprende una nueva campaña contra el mundo, que será coronada de otra nueva y más espléndida victoria, la campaña contra el orgullo y la soberbia, habiendo ya quedado vencida la codicia de riquezas desde el punto en que lo dejó todo por seguir al desnudo Jesús. Mal enemigo es el orgullo, porque antes de revestir la forma satánica de idolatría de sí propio, aparece disfrazado muchas veces con el manto de una justa y moderada ambición, del aprecio de la estima y aplausos de la sociedad y del afán de procurarse reputación y nombradía y andar en las bocas de los hombres, para realizar grandes obras á gloria del Criador. Y ¿quién es el varón tan discreto y sabio que no cae alguna vez bajo la suave tiranía de la ambición mundana? ¿qué estado, qué dignidad ó qué virtud está exenta del amor de la gloria? Por más alto que protestemos contra la vanidad del renombre, ¿qué corazón hay tan levantado á que no lleguen los vapores de la vanidad? Crece la dificultad de esta lucha en la misma proporción en que parece debía disminuir, esto es, en la proporción de la virtud y el mérito. . . . La vida de San Nicolás, dicen los historiadores, era como de un hombre perfectísimo y venido del cielo: ¿qué prestigio no tendría en todos los moradores de aquella comarca, y más siendo testigos de sus estupendos milagros? De aquí ¿qué peligro para su humildad! Pero allí estaba también la vigilancia del siervo fiel que no se alza jamás con los dones recibidos; allí, la santa sencillez del corazón apostólico que exclama con sinceridad: «Toda nuestra suficiencia viene

de Dios»¹; allí, en fin, el ejercicio de la caridad fraterna con que se abate hasta los pies de sus hermanos.

7. El mundo tiene un aliado terrible, por lo poderoso y astuto, en el demonio á quien el Salvador llamó, «príncipe de este mundo»², y á quien, por más que con su pasión lo haya arrojado fuera el divino Triunfador, tienen que resistir y combatir día y noche, haciendo supremos esfuerzos para vencerle, los mayores siervos de Dios. Esta lucha formidable pocos la experimentaron en el grado que el valeroso campeón de Cristo, San Nicolás; pero tampoco hubo muchos que consiguieran como él tan multiplicadas y gloriosas victorias. ¡Qué osadía la de Satanás! Permitiéndolo el Señor para mayor prueba y corona de su siervo, una noche que éste oraba, como solía, delante de un altar, el demonio apagó la lámpara, arrojóla al suelo y la hizo pedazos, y poniéndose sobre el techo de la iglesia, comenzó á destejarle y hacer tanto ruido que parecía que se venía al suelo toda la fábrica. No contento con esto, tomó varias y horribles figuras de fieras para espantarle; mas como el Santo no se moviese de su oración, le dió tantos y tan grandes golpes, que por muchos días le quedaron en el cuerpo las señales de las heridas. Otra vez, entrando Nicolás á hacer oración delante de un crucifijo, el demonio le derribó y le maltrató de manera que le dejó por muerto; pero él, esforzado por el Señor, se levantó é hizo su oración y dió gracias porque así le probaba y le daba victoria sobre su infernal enemigo³. Estrellábanse, pues, todas las furias infernales contra la roca firmísima de la constancia con que Nicolás perseveraba en su dulce trato y regalada conversación con Dios. Y así, con superior sabiduría, vencía nuestro héroe, no solamente al mundo y sus concupiscencias, sino también al tirano del mundo y sus legiones. Pero ¿de dónde derivaba á su

¹ 2 Cor. 3, 5.² Io. 12, 31.³ *Rivadeneyra*, Flos Sanct.

entendimiento esa luz sino de aquella otra luz soberana del conocimiento de Dios que inundaba su espíritu? «Gloriarse enhorabuena el que quiera gloriarse», dice Dios por su Profeta, «en saber y conocerme á mí»¹; porque «en conocer á Dios», como dice el Sabio, «está la suma perfección de la justicia.»² Ésta fué la gran ciencia de San Nicolás, como vamos á ver y admirar en la segunda parte.

II.

8. Es de advertir, amadísimos oyentes, que estudiando á Jesucristo en el misterio de la cruz fué cómo penetró nuestro Santo los más altos arcanos del conocimiento de Dios. Y así tenía que ser, y será siempre, según la admirable disposición del mismo Dios. Porque siendo así que en Cristo Jesús están escondidos, como enseña el Apóstol, todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia del Padre³, como sea Él mismo esa sabiduría eterna descubierta y manifestada á los hombres; claro está que conocer á Jesucristo es tanto como conocer á Dios; y cuanto más se profundice en el misterio de la redención, tanto más avanzará la mente humana en los misterios de la Divinidad. Pero no basta adquirir un conocimiento puramente especulativo aunque sobrenatural; es preciso conocer á Cristo prácticamente y para esto es menester acompañarle y seguirle muy de cerca, como le siguieron los apóstoles, como le han seguido todos los santos, y en particular nuestro glorioso Patrono. Del seguimiento nace la imitación, y el mejor método para alcanzar la supereminente ciencia de Jesucristo es imitarle, tomando su cruz y subiendo con Él hasta el Calvario. Por este seguro camino llegó San Nicolás á abismarse en la contemplación de Dios como en un piélago de luz y de felicidad. Le habéis visto desde niño orando con extremado recogimiento

¹ Jer. 9, 24.² Sap. 15, 3.³ Col. 2, 3.

miento y devoción en la iglesia; y más adelante en las solitarias, moradas del claustro y debajo de las bóvedas del templo, en altas horas de la noche, absorto en la contemplación ante la imagen del Crucificado, con tal ahinco y enajenamiento de todas sus potencias que las más violentas embestidas del demonio no eran parte para distraerle y arrancarle de aquel sitio y retrete delicioso.

9. Pero el conocimiento de Dios no se estrecha en los límites del tiempo que el alma está entregada exclusivamente á la oración. Conocer á Jesucristo Dios es tanto como sentir á todas horas su amorosa presencia en lo íntimo del alma, es inflamarse en sus castísimos amores, es despreciarlo todo por poseerlo á Él solo, es seguirle á todas partes como la enamorada Esposa de los Cantares, preguntando á todas las criaturas que le salen al paso: «¿En dónde está el Amado de mi alma? Yo os conjuro, si encontrareis á mi Amado, á que le aviséis que desfallezco de amor»¹; y, no hallándole en la tierra en la forma que el alma le desea, suspirar por el día de la libertad, como suspiraba el Apóstol², no mirando la vida temporal sino bajo el aspecto triste y melancólico de un destierro que se va prolongando demasiado³. Por eso Nicolás exclamaba día y noche, especialmente los últimos años de su vida: *Cupio dissolvi et esse cum Christo*—«Anhele ser desatado y estar con Cristo.»⁴ Para aliviar las penas de su destierro y corresponder á sus amorosas ansias y suspiros, el Dios de las misericordias le regaló con favores y mercedes verdaderamente extraordinarios. Llegábase la feliz hora de su tránsito á la mansión de los bienaventurados, y para que gustase anticipadamente algo de las dulzuras celestiales, seis meses antes de su muerte, cada noche, á la hora de maitines, le dieron música los

¹ Cant. 5, 8.² Rom. 7, 24.³ Ps. 119, 5.⁴ Phil. 1, 23.

ángeles. ¡Cuáles serían entonces los trasportes de aquella alma endiosada! ¡Cuáles las delicias de su corazón muerto á todo lo terreno y sólo vivo para Dios! Mas ¿quién podrá alcanzar las dulzuras inefables de aquel tránsito felicísimo y suavísima partida de este mundo? Habló de ella á sus hermanos como de un día de fiesta para la cual los convidaba: rodeado de aquellos ángeles de la tierra recibió por la vez postrera á su amado Jesús con abundancia de lágrimas de amor y contento, pues como refiere su biógrafo, su espíritu se regocijaba sobremanera por el deseo que tenía de salir de la cárcel de este cuerpo y ver á Dios cara á cara. Admirábanse los circunstantes de verle en aquel trance, para otros tan amargo, tan contento y alegre, y él les explicó la causa diciéndoles: «Porque mi Señor Jesucristo, acompañado de su dulce Madre y de nuestro Padre San Agustín, me convida á la partida y me dice que me alegre y entre en el gozo de mi Dios.» Oía en efecto el siervo fiel y prudente las palabras de enhorabuena con que Cristo acoge á los suyos en aquella hora solemne de la recompensa: *Euge, serve bone et fidelis! Intra in gaudium Domini tui*¹. Y así fué como Nicolás, levantados los ojos y las manos hacia la cruz que tenía delante de sí, y exclamando como el Salvador: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*², entregó su alma purísima en las manos de su Dios con una paz y tranquilidad maravillosas. Voló á ver claramente al que, apenas vislumbrado en la oscuridad de la tierra, llenó de luz su mente y arrebató su corazón.

10. Ahí tenéis el modelo del verdadero sabio, del que, con la luz de lo alto, penetra hasta dentro de las profundidades de la Divinidad. Porque Nicolás no sólo columbró las cosas celestiales y divinas, sino que fué favorecido con la visión de los acontecimientos venideros por el don

¹ Matth. 25, 21.

² Luc. 23, 26.

de profecía, y con el ojo certero del médico que, sin necesidad de específicos y medicinas, arroja la enfermedad del cuerpo humano y le devuelve con una palabra ó con un signo la perdida salud, restituyó la vista á los ciegos y aun llegó á lanzar de esos mismos cuerpos á los demonios que los atormentaban. ¡Sabiduría celestial á cuyos resultados no alcanza todo el ingenio y el saber del hombre! Por eso el pueblo cristiano venera y ama á nuestro Santo como á uno de los amigos más favorecidos de Dios: por eso se regocija el pueblo de Cartago de tenerle por Patrono de uno de sus barrios principales y se esmera en tributarle grandes y solemnes cultos. Pero no basta, amados fieles, que le profeséis la más tierna devoción y le invoquéis en vuestras necesidades: es preciso también que, á su imitación, procuréis adquirir aquella sabiduría del cielo que consiste en conocer al mundo para aborrecerle y á Dios para amarle de todo corazón. Haciéndolo así llegaréis á ser dichosos en el tiempo y en la eternidad. Así sea.

De San Roque, Confesor.

(Predicado en Bogotá, 1900.)

Gloriabor in infirmitatibus meis. . . .

² Cor. 12, 9.

1. La festividad que hoy celebramos, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, en honor de uno de los santos más populares en el mundo cristiano, y particularmente en la católica Colombia, como es el bienaventurado Confesor de Cristo, San Roque, abogado contra la peste, nos ofrece la más brillante prueba de la verdad de la promesa de Cristo nuestro Señor cuando dijo: «Á quien se dedicare á mi servicio, mi Padre lo colmará de honra y gloria.»¹

¹ Io. 12, 26.

ángeles. ¡Cuáles serían entonces los trasportes de aquella alma endiosada! ¡Cuáles las delicias de su corazón muerto á todo lo terreno y sólo vivo para Dios! Mas ¿quién podrá alcanzar las dulzuras inefables de aquel tránsito felicísimo y suavísima partida de este mundo? Habló de ella á sus hermanos como de un día de fiesta para la cual los convidaba: rodeado de aquellos ángeles de la tierra recibió por la vez postrera á su amado Jesús con abundancia de lágrimas de amor y contento, pues como refiere su biógrafo, su espíritu se regocijaba sobremanera por el deseo que tenía de salir de la cárcel de este cuerpo y ver á Dios cara á cara. Admirábanse los circunstantes de verle en aquel trance, para otros tan amargo, tan contento y alegre, y él les explicó la causa diciéndoles: «Porque mi Señor Jesucristo, acompañado de su dulce Madre y de nuestro Padre San Agustín, me convida á la partida y me dice que me alegre y entre en el gozo de mi Dios.» Oía en efecto el siervo fiel y prudente las palabras de enhorabuena con que Cristo acoge á los suyos en aquella hora solemne de la recompensa: *Euge, serve bone et fidelis! Intra in gaudium Domini tui*¹. Y así fué como Nicolás, levantados los ojos y las manos hacia la cruz que tenía delante de sí, y exclamando como el Salvador: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*², entregó su alma purísima en las manos de su Dios con una paz y tranquilidad maravillosas. Voló á ver claramente al que, apenas vislumbrado en la oscuridad de la tierra, llenó de luz su mente y arrebató su corazón.

10. Ahí tenéis el modelo del verdadero sabio, del que, con la luz de lo alto, penetra hasta dentro de las profundidades de la Divinidad. Porque Nicolás no sólo columbró las cosas celestiales y divinas, sino que fué favorecido con la visión de los acontecimientos venideros por el don

¹ Matth. 25, 21.

² Luc. 23, 26.

de profecía, y con el ojo certero del médico que, sin necesidad de específicos y medicinas, arroja la enfermedad del cuerpo humano y le devuelve con una palabra ó con un signo la perdida salud, restituyó la vista á los ciegos y aun llegó á lanzar de esos mismos cuerpos á los demonios que los atormentaban. ¡Sabiduría celestial á cuyos resultados no alcanza todo el ingenio y el saber del hombre! Por eso el pueblo cristiano venera y ama á nuestro Santo como á uno de los amigos más favorecidos de Dios: por eso se regocija el pueblo de Cartago de tenerle por Patrono de uno de sus barrios principales y se esmera en tributarle grandes y solemnes cultos. Pero no basta, amados fieles, que le profeséis la más tierna devoción y le invoquéis en vuestras necesidades: es preciso también que, á su imitación, procuréis adquirir aquella sabiduría del cielo que consiste en conocer al mundo para aborrecerle y á Dios para amarle de todo corazón. Haciéndolo así llegaréis á ser dichosos en el tiempo y en la eternidad. Así sea.

De San Roque, Confesor.

(Predicado en Bogotá, 1900.)

Gloriabor in infirmitatibus meis. . . .

² Cor. 12, 9.

1. La festividad que hoy celebramos, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, en honor de uno de los santos más populares en el mundo cristiano, y particularmente en la católica Colombia, como es el bienaventurado Confesor de Cristo, San Roque, abogado contra la peste, nos ofrece la más brillante prueba de la verdad de la promesa de Cristo nuestro Señor cuando dijo: «Á quien se dedicare á mi servicio, mi Padre lo colmará de honra y gloria.»¹

¹ Io. 12, 26.

Trasladémonos en espíritu á la famosa ciudad de Constanza y veamos lo que allí pasa á principios del siglo XV de la era cristiana, es decir, poco menos de una centuria después de la muerte del héroe de nuestros cultos. Un gran concilio ó asamblea de la Iglesia universal, representada por centenares de obispos bajo la inmediata presidencia del sumo Pontífice Juan XXIII, se ha reunido dentro de sus muros para tratar de asuntos gravísimos pertenecientes á la fe, á la disciplina y á la tranquilidad de la misma Iglesia, agitada largo tiempo hacía por el más ruidoso y lamentable cisma. Terminadas felizmente las sesiones, y devuelta la paz á la Iglesia de Cristo con la elección unánime del sumo Pontífice Martino V, reconocido por todas las naciones católicas como único verdadero y legítimo Papa, he aquí que el pánico se apodera repentinamente así de los Padres del concilio como de todos los habitantes de la ciudad. ¿Qué ha sucedido? Que se ha presentado la peste á las puertas de Constanza y la amenaza con todos los horrores de que viene siempre acompañada. Desolación y muerte de lo más florido de la cristiandad es todo lo que aparece en inminente perspectiva. ¿Qué valen en presencia del terrible flagelo, cuyos estragos ha experimentado toda Europa en el siglo precedente, los recursos de la ciencia y del poder imperial y pontificio? ¡Ah! no queda más recurso eficaz y positivo que el del cielo, la invocación de la piedad divina por la mediación de los amigos privilegiados de Dios. Entonces fué cuando se oyó resonar por todos los ámbitos de la ciudad el nombre de un varón hasta entonces no elevado á la categoría de los santos, pero ya aclamado por innumerables pueblos y ciudades como Patrono dado por Dios contra la peste: era el nombre de San Roque. El concilio aclamó también; su imagen es llevada en pública y solemne procesión, y la epidemia huye de aquellos contornos, y la calma se restablece en todos los ánimos atribulados.

¡Qué gloria la de nuestro Santo, canonizado por la voz del cielo, antes que por decreto de los hombres!

2. Y ved aquí, carísimos hermanos, la antigüedad del culto de San Roque y la grandeza de su gloria aquilataada con el trascurso de seis siglos. ¡Gloria impercedera y magnífica, que irá siempre en aumento en la Iglesia de Dios, como recompensa decretada al esclarecido servidor de Cristo! ¡Y cuán diferente por cierto de la gloria del mundo! Pero ¿en qué está cimentada esta gloria? Es lo que intento haceros ver en el presente panegírico. El mismo Santo nos lo revela diciendo con San Pablo: *Gloriabor in infirmitatibus meis* — «Mi gloria descansa en lo que parece más frágil y despreciable, en mis enfermedades y en las enfermedades de mis prójimos.»¹ Sí, porque en ellas sirvió perfectamente á Cristo, imitando su paciencia heroica y su caridad inagotable. Veremos, pues, primeramente los monumentos erigidos á la gloria universal del portentoso abogado contra la peste, y justificaremos después esa gloria contemplando sus admirables virtudes. Esto haremos después de saludar á la Santísima Virgen. *Ave María.*

I.

3. Dijo el Salvador al llegar el tiempo de su sagrada pasión: *Venit hora ut clarificetur Filius hominis* — «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre.»² Y por igual manera decretó Dios que la hora de la glorificación de San Roque fuese aquella misma en que, terminada su peregrinación por la tierra, abriáanse para recibirlo las puertas de la gloria celestial. ¡Admirable es Dios en sus santos! Pero fué de una manera especial en este su escogido siervo. Acabando de expirar en un inundo calabozo, y reconocido por quién era y aclamado

¹ 2 Cor. 12, 9.² Io. 12, 23.

como santo, por toda la ciudad de Montpellier, su patria, entre mil afectos y demostraciones de dolor, de admiración y gozo, es colocado el sagrado cuerpo sobre un rico lecho, debajo de un dosel magnífico, quedando allí expuesto á la pública veneración. Grandes y pequeños, ricos y pobres, todos querían tener el consuelo de besarle los pies y regarlos con piadosas lágrimas. El gobernador de la ciudad, instrumento inconsciente de los padecimientos de su inocente sobrino, sólo encuentra algún consuelo en su dolor haciéndole suntuosos funerales. El santo cadáver es conducido triunfalmente por toda la ciudad, acompañado del clero, la nobleza y el pueblo, y se le da sepultura en la iglesia principal, pero sólo provisionalmente, pues muy pronto son trasladados sus restos á otra magnífica iglesia construída expresamente por su mismo tío para servirle de sepulcro¹. ¡He aquí, pues, el primer monumento erigido á la gloria de San Roque! ¿Quién dirá la devoción universal de todos los pueblos católicos, despertada y propagada inmediatamente después de la muerte del Santo? Desde el mismo día de su entierro comenzaron los fieles á visitar sus sagradas reliquias. Y Dios comenzó también á manifestar con milagros la gloria y valimiento de su siervo. Pero estos favores no se localizaron en Montpellier. Por todas partes donde se le invocaba, especialmente en ocasión de epidemias contagiosas, hacíase sentir con milagros la eficacia de su intercesión.

4. Por eso la devoción á San Roque salvó pronto las fronteras de su patria. Italia y España, por no hacer mención de otros países, rivalizaron con Francia en la devoción al glorioso taumaturgo. Innumerables ciudades le tomaron por Patrono y hasta hicieron voto de guardar como festivo el día de su glorioso tránsito. Todos se disputan sus reliquias. Arles se gloria de poseer una parte

¹ *Croisset*, Año cristiano.

considerable de estos preciosos despojos. Del arzobispo de esta ciudad solicita alguna insigne reliquia del Santo la reina de Francia, María Leszczyńska, viuda de Luis XV, cuando le hizo construir en Versalles una magnífica capilla. En toda Francia se erigen altares y templos en su honor. Y ¿qué diré de Italia, teatro principal de las gloriosas hazañas de San Roque? Muchas ciudades y hasta la capital del mundo cristiano, le veneran como Patrono. Venecia se distingue entre todas, y en atención á lo extraordinario de su culto obtiene la porción principal de sus restos venerables. ¡Con qué pompa y entusiasmo fué recibido este tesoro allá por los años de 1485! En cuanto á la católica España, bastará decir que, si San Roque fué francés de nación, por adopción fué español, correspondiendo el Santo con admirable largueza al amor y piedad de los pueblos españoles que durante seis siglos le vienen invocando. Qué parte haya cabido en esta devoción á la América civilizada por España, atestiguanlo con elocuencia las imágenes del Santo diseminadas por la vasta extensión del nuevo continente, los altares donde se le da culto, las fiestas que se le dedican por doquiera y hasta el nombre que llevan algunas poblaciones. Colombia figura entre los países más devotos de San Roque. Bogotá lo celebra con rito doble mayor. Desde la capital de la República hasta la costa del Atlántico oiréis por todas partes invocar el nombre del santo abogado contra la peste, y en casas y templos escucharéis devotas preces rezadas delante de su imagen, tan querida como las de los santos de mayor veneración. Y no creáis que nos vayan en zaga en el culto de este ilustre Confesor de Cristo otras naciones del antiguo mundo, aunque contaminadas por el protestantismo, enemigo del culto de los santos. Entre ellas pudiéramos citar á Flandes, Alemania, Polonia, Inglaterra y otras más.

5. Pero á esta gloria póstuma había precedido otra no pequeña que, cual nimbo de celestial claridad, rodeó la

noble figura de San Roque durante toda su peregrinación sobre la tierra. De él puede afirmarse lo que la voz del Padre aseguró de Jesucristo: *Et clarificavi, et iterum clarificabo* — «Lo glorifiqué en vida y más lo glorificaré después.»¹ ¡Qué honores no le acompañaron y siguieron, por más que procurase sustraerse á ellos el humilde servidor é imitador de Cristo! ¡Qué admiración no despertaba entre las multitudes el verle curar repentinamente con sólo la señal de la cruz á centenares de apestados en Acquapendente, Cesena, Plasencia, Roma y en cuantas ciudades se presentaba como ángel de Dios y mensajero de salud! La peste, dicen las historias, parecía que iba huyendo de San Roque; disipábase con sólo su presencia. Á la admiración y al asombro seguían naturalmente las aclamaciones de los pueblos, y aun corrió la voz de que no era hombre, sino ángel en figura de peregrino. ¡Qué peligro para quien no fuese verdaderamente santo! Pero la santidad de Roque no podía ocultarse á los ojos de los varones prudentes y perfectos y de los superiores á quienes tocaba dirigirle. El Cardenal Britónico, uno de los prelados más virtuosos de su tiempo, y el Vicario de Cristo Benedicto XI, conocieron y admiraron en el trato íntimo del siervo de Dios el gran fondo de virtud que atesoraba aquella alma pura y generosa, encendida en la caridad, á quien Dios otorgaba el poder de obrar tantas maravillas. El Sumo Pontífice llegó á decirle con ternura: «Tú, hijo mío, no necesitas de nuestra absolución: nosotros sí que necesitamos de tus oraciones.» Y era que veía el cuerpo del Santo rodeado todo de un maravilloso resplandor. ¡Qué gloria la de haber sido, por decirlo así, canonizado en vida! Y ¿es por ventura menos gloriosa la historia de la misma enfermedad con que quiso Dios acrisolar y poner de manifiesto en el teatro de su Iglesia la heroica santidad del

¹ Io. 12, 28.

taumaturgo? Recordad, hermanos carísimos, las maravillosas circunstancias de aquella etapa de la vida de nuestro héroe, y veréis descornado á vuestra vista un cuadro de prodigios estupendos. Acogido á una choza miserable á la entrada de un bosque cerca de Plasencia, para no inficionar á sus moradores con su dolencia contagiosa, ve brotar cerca de la misma cabaña una fuente de agua pura y cristalina destinada por la Providencia para que con ella refrigerase su sed y lavase sus llagas; y á ese prodigio sucede otro, el de su completa curación sin auxilio humano ni virtud de medicamentos naturales. ¿Qué más? Un mastín, guiado por la mano del Omnipotente, trae de un castillo á trescientos pasos de distancia el pan que furtivamente ha sustraído de la mesa de su amo, para alimentar al piadoso y desamparado peregrino. Atónito ante semejante maravilla, que recordaba la de Elías, milagrosamente sustentado por un cuervo, el castellano Gotardo se convierte en discípulo del mendigo pobre y apestado, y después de renunciar al mundo y á sus posesiones y familia, el noble caballero queda transformado en otro hombre, en un santo que consagra el resto de sus días á los ejercicios de la vida solitaria. ¿Qué os parece de esta conversión, no menos milagrosa que la curación de enfermedades mortales y que la misma resurrección de los muertos? Así glorifica el Señor á nuestro Santo aun en esta vida de pruebas y merecimientos, que no de gloria y recompensas.

Y esto baste, carísimos hermanos, para bendecir al Señor por la gloria de que ha revestido al bienaventurado San Roque, demostrando así claramente cuánto se complace en verle honrado y glorificado por los hombres. Apresurémonos á contemplar el fundamento de esa misma gloria que, como dejamos insinuado, es el mismo que decía el Apóstol: sus enfermedades, no sólo las que él mismo padece con heroica paciencia, sino las de sus hermanos,

que él puede llamar suyas por haberse abrazado con ellas, exclamando con el apóstol San Pablo: *Quis infirmatur et ego non infirmor?*¹ Es la materia más importante de nuestro discurso que, trataremos con alguna mayor extensión en la segunda parte.

II.

6. ¡Cosa al parecer contradictoria, gloriarse en las enfermedades! ¿Son por ventura las flaquezas de la vida humana títulos legítimos de gloria? ¿No lo son más bien de confusión? Sin embargo el gran Doctor de las naciones lo afirma con notable insistencia, ora escribiendo á los romanos, ora á los corintios: «Nos gloriamos en las tribulaciones.»² «En cuanto á mí, no me gloriaré en otra cosa sino en las enfermedades.»³ ¿En qué consiste, hermanos míos, el secreto de esta gloria? Oigamos al mismo inspirado Apóstol, que nos lo declara en las siguientes palabras: *Ut inhabitet in me virtus Christi*—«Gloríome», dice, «en mis propias miserias, á fin de que resplandezca en ellas la virtud de Cristo.»⁴ «Porque», añade, «cuando estoy débil y enfermo, entonces me siento lleno de poder y fortaleza»—*Cum infirmor tunc potens sum*. «Porque la virtud se perfecciona en la enfermedad.» ¡Admirable sentencia, llena de sabiduría cristiana! En medio de la flaqueza del hombre resplandece maravillosamente la gracia de Dios que lo fortalece haciéndolo superior á sí mismo, ya para acometer grandes empresas, ya para sufrir y sobrellevar grandes trabajos. Que no menos fuerte es el varón sufrido que el valiente y esforzado⁵. Aquí tenéis, pues, el fundamento solidísimo de la gloria del ilustre Confesor de Cristo y modelo de paciencia, San Roque. Miradle en aquella triste y miserable choza del bosque de Plasencia, víctima de

¹ 2 Cor. 2, 29.² Rom. 5, 3.³ 2 Cor. 12, 5.⁴ Ibid. 12, 9.⁵ Prov. 16, 32.

la epidemia general de que él ha curado á tantos otros. Miradle, cual otro Job, abrasado en ardentísima fiebre, acosado de dolores tan agudos que, aunque tranquilo en el interior de su alma, no podía menos de prorrumper en lastimeros ayes y penetrantes gritos. ¡El más horrible desamparo le rodea! ¡No hay un solo enfermero que le asista! ¡Qué ingratitud la de los hombres! El que ha curado á tantos enfermos con sus propias manos sin temor de contagiarse y sin asco de las llagas, ¡se ve solo, abandonado de todos, arrojado fuera de la ciudad, sin que haya un alma caritativa que se atreva á ofrecerle algún alivio! Aquí no puede menos de adivinarse una secreta y misteriosa disposición del cielo. Quiso Dios, como en otro tiempo lo hizo con su siervo Job, probar hasta dónde llegaba la virtud de este otro siervo suyo no menos fiel y esforzado en el dolor. El paralelo no puede ser más claro y manifiesto. Si Roque no fué probado con la pérdida de todos los bienes de fortuna, como el Patriarca de Idumea, fué por una razón altamente honrosa para nuestro héroe: porque todos esos bienes los había dejado él libremente por seguir á Cristo pobre. Había renunciado además al rico patrimonio que por derecho hereditario le pertenecía, á las comodidades y delicias de la casa paterna y hasta á los aires siempre dulces de la patria. No tenía una esposa que añadiera la irrisión á la crueldad, como la mujer de Job; pero era porque, siguiendo el consejo de Cristo, había dejado mujer é hijos, privándose del matrimonio y sus honores y placeres. Fruto milagroso de las oraciones de sus ancianos padres, mostró desde su mismo nacimiento, por una señal de la cruz que apareció como grabada en su cuerpo, que estaba destinado á seguir á Jesucristo por el áspero camino de la cruz y de la mortificación perfecta, camino por donde subieron los grandes santos á la cumbre de la perfección. De allí nació su resolución de abandonarlo todo, muertos sus padres, por ganar el reino de los

cielos prometido á los pobres de espíritu. Dijo, pues, adiós al mundo y emprendió la peregrinación á Roma. Pero ¡oh! ¡cuánto tuvo que ejercitar desde aquel momento su paciencia en un largo viaje emprendido y proseguido hasta el fin en traje de pobre peregrino, caminando á pie, no obstante la delicadeza de su edad y complexión, mendigando el pan de puerta en puerta! Así fortalecía su espíritu para los grandes trabajos que más adelante hasta la muerte había de arrostrar.

7. En efecto, hermanos carísimos, quedábanle á nuestro héroe tribulaciones más grandes todavía que las sufridas hasta entonces. Una voz del cielo se lo anunció claramente al regresar de Plasencia, habiendo ya recobrado la salud. «Roque, ya estás sano», decíale la voz; «vuélvete á tu país, donde darás nuevas pruebas de tu paciencia.» Está visto: Dios destinaba á nuestro Santo á ser modelo extraordinario de paciencia, y para ello era preciso que se multiplicasen y agravasen hasta un grado excesivo sus padecimientos. Y aquí no puede menos de asáltarme el recuerdo de aquellos grandes ejemplares de paciencia de los tiempos antiguos, el santo Job y el anciano Tobías; pero veo que las tribulaciones de entrambos fueron pasajeras, aunque gravísimas, y los últimos días de su vida gozaron aquellos Patriarcas de tanta felicidad y ventura como los hombres más felices de la tierra, acariciados por los miembros de una buena y numerosa familia, en el seno de la paz y la abundancia. No así nuestro incomparable Roque, cuyos últimos años, como sabéis, fueron los más crueles y espantosos que en lo humano pueden haber á un hombre perseguido por la adversidad. ¿Quién no conoce la historia de la corta vida del Santo, repartida en sólo dos períodos, sin contar su primera juventud, el de peregrino en Italia y el de prisionero en Francia, su desconocida patria? Puesto en camino de regreso á su país nativo, para obedecer á las órdenes del cielo, peregrinando en la misma forma que

lo había hecho de ida á la ciudad santa, subieron de punto sus penalidades, y, extenuado y desfigurado enteramente, no le reconocieron ya los que pocos años antes habíanle visto partir y eran sus propios conciudadanos y súbditos de sus dominios señoriales. Como á Jesús al entrar en el mundo, *sui eum non receperunt*—«los suyos no le recibieron»¹. No fué esto todo. Tenido por espía, en tiempos como aquéllos, tan revueltos y agitados por guerras y facciones, fué conducido á la presencia del Gobernador de Montpellier, que era su mismo tío, y éste, por una inconcebible ceguedad, tampoco le reconoció, quizás por falta de atención y precipitación en el despacho. Pero ¡qué caro costó al falso espía este supuesto delito, digo mejor, esta injustificable calumnia! Como si fuera convicto de traición á su patria, el inocente Roque, después de crueles tratamientos, es condenado nada menos que á sufrir cárcel perpetua en inmundos y oscuros calabozos. Y la sentencia se ejecuta sin compasión ni tardanza. He aquí, pues, al varón justo, cuyo solo aspecto debiera haberlo puesto á cubierto de toda sospecha de delito, aun más, debiera haberle conciliado la veneración y el respeto de todos cuantos le rodeaban, sepultado como malhechor infame, en una lóbrega prisión, sin género alguno de comodidad ó alivio, en total aislamiento de la sociedad, al tiempo mismo de pisar el suelo de su cara patria y de volver á sus propios dominios; y esto ¡oh Dios! no por algunos días, ni por algunos años, sino por todo lo que le durase la vida. No me detendré en la injusticia de tan inicua sentencia, aun tratándose de un espía verdadero, ya que bien conocida es de todos la barbarie de aquellos remotos tiempos. Pero ¿cómo no pararme á contemplar la mansedumbre, la dulzura, la serenidad de semblante y de espíritu con que permaneció el verdadero discípulo de Jesucristo, durante cinco años enteros en aquella

¹ Io. I, 11.

horrible situación? ¿Qué digo serenidad? alegría inefable experimentaba Roque al verse así tratado y ultrajado por amor de su Dios, muerto por él en un patíbulo afrentoso; y como si fuera poco lo que padecía, el deseo de padecer más y más por Jesucristo aguzaba su ingenio para inventar contra sí nuevas torturas.

8. ¡Qué gloria la de los santos, tan diversa de la de los héroes del mundo! Entre los horrores de aquel calabozo, Roque puede afirmar como San Pablo: *Cum infirmor, tunc potens sum*— «Ahora que estoy tan abatido, me siento fuerte y poderoso.»¹ Porque, como decía el mismo Apóstol: *Virtus in infirmitate perficitur*— «En la debilidad se perfecciona la virtud.»² Ó, como dice otra voz inspirada: *Patientia opus perfectum habet*— «La paciencia contiene la obra perfecta.»³ En efecto, nunca se mostró más grande y esforzada la virtud de nuestro Santo que en medio de esta gravísima tribulación. ¡Oh! ¡cuántas lecciones de valor cristiano dictó á los venideros desde aquella cárcel convertida en escuela de heroísmo! Y luego ¡qué consuelos tan divinos los que Dios y la Virgen santísima vertieron en el corazón del fiel siervo é hijo amante de María! No hubo una sola persona que volviese por su causa, que abogase por su libertad, que siquiera le procurase algún alivio. Pero ¿qué importaba esto á Roque si venían á consolarle Jesús y María, el Rey y la Reina de los cielos? Con ellos tenía toda su conversación aquel hombre endiosado que vivía más en el cielo entre los ángeles, que en la tierra entre cadenas. ¿No lo mostraba bastante aquella maravillosa claridad, que asombrado veía el carcelero iluminar toda la estancia en donde no tenía entrada el sol? ¡Ah! decía el buen hombre que custodiaba la cárcel: «Este preso no es como los demás: este preso es de distinta especie que los otros.» Y el sacerdote que le oye en confesión sale

¹ 2 Cor. 12, 10.² Ibid. 12, 9.³ Iac. 1, 4.

exclamando: «¡Tenemos un tesoro escondido á los ojos de los hombres!» El pueblo conmovido á estas voces rodea la cárcel gritando: «Aquí hay un Santo.» Es preciso ver lo que allí pasa. Ha llegado, hermanos carísimos, la hora del triunfo para el mártir voluntario. Dios no quiere prolongar más tiempo su martirio, satisfecho con la prueba de cinco años de crueles sufrimientos. Pero antes de contemplar aquel glorioso desenlace de una vida tan llena de trabajos como de portentos, volvamos atrás á reflexionar sobre otro título que le mereció tan alta gloria, el de la caridad con que hizo suyas las enfermedades de sus prójimos.

9. ¿Quién no ve en la imagen de San Roque la personificación de la caridad para con los más desvalidos, como son los acometidos de peste en esas épocas luctuosas en que la muerte se pasea, guadaña en mano, como reina, por los pueblos y ciudades? ¡Con qué caracteres tan terribles se presenta la epidemia en esos desgraciados sitios que escoge para teatro de sus furiosos estragos! ¡Qué pánico difunde en torno de sí ostentándose invencible y superior á todo esfuerzo humano! Y por otra parte, inexorable á todo género de consideraciones, no hay edad, ni condición, ni méritos que puedan ablandarla, ni súplicas ni lágrimas que la muevan á perdonar víctima alguna. De allí es que al aproximarse á las moradas de los hombres el espectro aterrador de la peste, el miedo se apodera de todas las almas, cual si vieran acercarse un poderoso ejército enemigo cuya pujanza nada fuera capaz de contrastar. Y ¿qué, cuando el contagio ha invadido ya las ciudades, y las víctimas van cayendo por docenas y luego á centenares, sin que haya más remedio que resignarse á morir y alzar al cielo súplicas y clamores en demanda de perdón y misericordia? Entonces se ven escenas que horrorizan: casas atestadas de enfermos y moribundos, sin que haya sanos que puedan prestarles asistencia ni auxilio; cadáveres amontonados sin que se halle quien quiera darles sepultura por

miedo del contagio; gentes que huyen de las poblaciones infestadas buscando su salvación en otras partes aunque lleven consigo la miseria; en fin, el luto de los huérfanos y el temor de perecer de los que sobreviven á la espantosa catástrofe. Tal era la situación en que se encontraban muchas ciudades de la bella Italia cuando llegaba el peregrino de Montpellier á Acquapendente, en Toscana, con ánimo de seguir para Roma y allí besar los pies del Padre común de los fieles. ¿Qué hacer á vista de aquel espectáculo de desolación y ruina? Movidó de un ardiente deseo de asistir á los apestados y dispuesto á sacrificar su vida en el ejercicio de la caridad, corre á ofrecer sus servicios al administrador del hospital. En vano se le rehusa, por un sentimiento de lástima que inspira su misma juventud y se cree consejo de prudencia. Insiste el santo joven alegando el deber de todos los cristianos de servirse mutuamente en sus necesidades. Vencido el administrador y sorprendido de modo de proceder tan poco común en esos casos, le entrega el cuidado de los enfermos. Roque se consagra á asistirlos y curarlos. Era de ver, y más aún de admirar, la diligencia con que se ocupaba en el humilde y penoso ministerio, cual si para él hubiera nacido, hallando, ciertamente, sus delicias en servir á Jesucristo en sus vivas imágenes, los pobres apestados. Y estos actos de caridad tan heroicos se repiten en Cesena y en Roma y en otras muchas ciudades de Lombardía, pasando el Santo muchos años, los más floridos de su vida, en el ejercicio de esta heroica caridad. Aquí tenéis, pues, bien cimentada su gloria.

10. Así merece el Santo el privilegio singular de ser constituido por Dios mismo de una manera formal é indubitable, Patrono y Tutelar de la familia contra el terrible flagelo de la peste. Así lo declara en el punto de su muerte aquella inscripción que la mano del hombre no pudo formar, y que decía: «Los que tocados de la peste invocaren á mi siervo Roque, serán libres por su intercesión, de esta cruel

enfermedad.» El Santo acababa de entregar el alma á su Criador, cuando apareció esta promesa del cielo que, creída por todos los pueblos católicos, ha sido la base de la confianza universal con que es invocado el glorioso San Roque como celestial abogado en esos casos de general consternación. Y la confianza de los fieles no ha sido vana, según claramente lo acredita una feliz experiencia de largos siglos. ¡Cuántas veces no ha sido testigo esta misma ciudad de la eficacia de la invocación del Santo! Proseguid, pues, carísimos hermanos, promoviendo con el mayor empeño, el culto y la devoción de este glorioso Confesor de Cristo á quien Dios se ha complacido en colmar de gloria como á pocos de sus preclaros siervos, y á quien hoy mismo tiene recomendada la salubridad pública de su pueblo, para que, mejor que cualquier otro agente de salud, cuyos servicios son tan dignos de nuestra estimación, aleje de nosotros los miasmas contagiosos, nos dé salud perfecta de alma y cuerpo, y nos alcance la gracia de volvernos de veras al Señor para merecer algún día la gloria de la eterna bienaventuranza. Así sea.

De San Francisco de Paula, Fundador.

(Predicado en Bogotá, 1900.)

Qui se humiliat, exaltabitur.

Lue. 14, 2.

1. Entre los grandes siervos de Dios, elevados por la Iglesia al sublime honor de los altares, que han alcanzado y tienen hoy mismo lo que pudiéramos llamar popularidad en el pueblo cristiano, no cabe duda que debe contarse al insigne taumaturgo á quien hoy tributamos nuestros solemnes cultos, el bienaventurado San Francisco de Paula. Por todas partes se le aclama como uno de los más poderosos medianeros delante del trono del Altísimo;

miedo del contagio; gentes que huyen de las poblaciones infestadas buscando su salvación en otras partes aunque lleven consigo la miseria; en fin, el luto de los huérfanos y el temor de perecer de los que sobreviven á la espantosa catástrofe. Tal era la situación en que se encontraban muchas ciudades de la bella Italia cuando llegaba el peregrino de Montpellier á Acquapendente, en Toscana, con ánimo de seguir para Roma y allí besar los pies del Padre común de los fieles. ¿Qué hacer á vista de aquel espectáculo de desolación y ruina? Movidó de un ardiente deseo de asistir á los apestados y dispuesto á sacrificar su vida en el ejercicio de la caridad, corre á ofrecer sus servicios al administrador del hospital. En vano se le rehusa, por un sentimiento de lástima que inspira su misma juventud y se cree consejo de prudencia. Insiste el santo joven alegando el deber de todos los cristianos de servirse mutuamente en sus necesidades. Vencido el administrador y sorprendido de modo de proceder tan poco común en esos casos, le entrega el cuidado de los enfermos. Roque se consagra á asistirlos y curarlos. Era de ver, y más aún de admirar, la diligencia con que se ocupaba en el humilde y penoso ministerio, cual si para él hubiera nacido, hallando, ciertamente, sus delicias en servir á Jesucristo en sus vivas imágenes, los pobres apestados. Y estos actos de caridad tan heroicos se repiten en Cesena y en Roma y en otras muchas ciudades de Lombardía, pasando el Santo muchos años, los más floridos de su vida, en el ejercicio de esta heroica caridad. Aquí tenéis, pues, bien cimentada su gloria.

10. Así merece el Santo el privilegio singular de ser constituido por Dios mismo de una manera formal é indubitable, Patrono y Tutelar de la familia contra el terrible flagelo de la peste. Así lo declara en el punto de su muerte aquella inscripción que la mano del hombre no pudo formar, y que decía: «Los que tocados de la peste invocaren á mi siervo Roque, serán libres por su intercesión, de esta cruel

enfermedad.» El Santo acababa de entregar el alma á su Criador, cuando apareció esta promesa del cielo que, creída por todos los pueblos católicos, ha sido la base de la confianza universal con que es invocado el glorioso San Roque como celestial abogado en esos casos de general consternación. Y la confianza de los fieles no ha sido vana, según claramente lo acredita una feliz experiencia de largos siglos. ¡Cuántas veces no ha sido testigo esta misma ciudad de la eficacia de la invocación del Santo! Proseguid, pues, carísimos hermanos, promoviendo con el mayor empeño, el culto y la devoción de este glorioso Confesor de Cristo á quien Dios se ha complacido en colmar de gloria como á pocos de sus preclaros siervos, y á quien hoy mismo tiene recomendada la salubridad pública de su pueblo, para que, mejor que cualquier otro agente de salud, cuyos servicios son tan dignos de nuestra estimación, aleje de nosotros los miasmas contagiosos, nos dé salud perfecta de alma y cuerpo, y nos alcance la gracia de volvernos de veras al Señor para merecer algún día la gloria de la eterna bienaventuranza. Así sea.

De San Francisco de Paula, Fundador.

(Predicado en Bogotá, 1900.)

Qui se humiliat, exaltabitur.

Lue. 14, 2.

1. Entre los grandes siervos de Dios, elevados por la Iglesia al sublime honor de los altares, que han alcanzado y tienen hoy mismo lo que pudiéramos llamar popularidad en el pueblo cristiano, no cabe duda que debe contarse al insigne taumaturgo á quien hoy tributamos nuestros solemnes cultos, el bienaventurado San Francisco de Paula. Por todas partes se le aclama como uno de los más poderosos medianeros delante del trono del Altísimo;

por trece viernes consecutivos se le invoca, con la segura confianza de obtener la gracia que se le pide, por grande y extraordinaria que sea; sus imágenes, tan venerables como llenas de dulzura, se ven colocadas en gran número de templos de toda la América latina; y el santo ermitaño de Calabria es objeto del amor y la veneración de todas las naciones católicas, hoy, después de cinco siglos de existencia, como lo fué de Italia, España y Francia durante su larga peregrinación por la tierra. ¿Á qué debe atribuirse, carísimos hermanos en nuestro Señor Jesucristo, esta devoción tan grande y general entre los fieles á San Francisco de Paula? ¿Será acaso por haber fundado una de las sagradas milicias ú órdenes religiosas más antiguas y distinguidas en la Iglesia católica? Pero ahí están otros esclarecidos fundadores no tan conocidos ni tan generalmente venerados en la cristiandad, á pesar de los servicios prestados por sus hijos. ¿Será tal vez por la fama de los milagros con que llenó de admiración á sus contemporáneos y ahora continúa favoreciendo á sus devotos clientes? No hay duda que el don de los milagros otorgado por Dios á ciertos siervos suyos en grado extraordinario, les ha conciliado una suma veneración en vida y una gloria póstuma que otros grandes santos, á pesar de eximias virtudes y méritos, no llegaron á alcanzar. Y entre estos ilustres taumaturgos ú obradores de milagros hay que colocar al fundador de los Mínimos, al lado de los Gregorios, Antonios de Padua y Vicentes Ferrer. Permitidme, sin embargo, amadísimos oyentes, que vea yo en la extraordinaria devoción popular profesada al ermitaño de Paula, el cumplimiento de la divina promesa ó sentencia evangélica formulada en las palabras de mi texto: *Qui se humiliat, exaltabitur*—«El que se humilla será enalzado.»¹

¹ Luc. 14, 2.

2. En efecto, si la vida de los santos no es otra cosa que un traslado ó copia más ó menos acabada y perfecta de la de Jesucristo, cabeza y modelo de todos los predestinados, la ley que en Él se ha visto cumplida de un modo tan brillante, como lo declara el Apóstol por aquellas palabras: «Humillóse nuestro Señor Jesucristo hecho obediente hasta la muerte; y por esto Dios lo ensalzó dándole un nombre que está sobre todo nombre»¹; debe asimismo cumplirse en sus más ilustres miembros, en los santos, tanto más ensalzados cuanto más humildes. Esto no implica en manera alguna comparaciones entre los grados de virtud de los héroes de la santidad cristiana, que sólo Dios conoce y premia con largueza y equidad. Pero juzgando por lo que aparece al exterior y según el criterio de la misma Iglesia, la humildad de Francisco de Paula fué tan grande y excelente que por ella, como por ninguna otra, se caracteriza su fisonomía moral, según lo da á entender la colecta de la Misa del Santo que dice: «¡Oh Dios, que, siendo la alteza de los humildes, sublimaste al bienaventurado Francisco á la gloria de los santos, concédenos la gracia de conseguir los premios prometidos á los humildes.» He aquí, hermanos carísimos, confirmado claramente mi pensamiento é indicado todo el asunto de mi panegírico: la humildad de San Francisco de Paula, declarada en la primera parte; la gloria con que Dios lo ensalza, en la segunda. Imploramos las luces del Espíritu Santo por intercesión de María. *Ave Maria.*

I.

3. ¡Qué contraste tan chocante nos ofrecen el hijo del siglo y el hijo de Dios, el hombre del mundo y el verdadero cristiano! Todo debiera concurrir á hacernos profundamente humildes. Dentro y fuera de nosotros ¿qué

¹ Phil. 2, 8.

vemos sino mil argumentos de nuestra pequeñez, mil pruebas de nuestra miseria y nada? ¡Ah! la sierpe infernal de la soberbia debió de haber mordido muy hondo en la cabeza de nuestro linaje, pues tan adentro ha penetrado el virus del orgullo en nuestro ser. ¡Tan llenos estamos de nosotros mismos! ¡Tan satisfechos de nuestras acciones! ¡Tan neciamente pagados de nuestros ruines y vanos pensamientos! El hombre de la escuela del mundo se cree grande, fuerte y poderoso, presume de muy rico y muy sabio por más que todas las voces de la naturaleza y de la propia conciencia le gritan de continuo: *Nescis quia tu es miser, et miserabilis, et pauper, et cæcus, et nudus*— «No sabes que eres desdichado y miserable, pobre, ciego y desnudo», como le fué dicho por la voz del Hijo de Dios al obispo de Laodicea¹. Pero al hombre vano nada le desengaña, nada es capaz de arrancarle la venda de los ojos, para que vea claramente sus miserias. Sus pequeños triunfos sobre la naturaleza, que él estima grandes, estupendos, le ciegan cada día más y le desvanecen hasta el punto de soñar, como el primer soberbio, con un dominio absoluto sobre la creación, con un señorío independiente hasta del mismo Criador, llegando á prorrumpir en esta blasfemia: *Quis noster dominus est?*— «¿Quién es nuestro señor?»² Aquí la locura del orgullo raya, como veis, en lo ridículo. Dejemos al insensato hijo de Adán y contemplemos ya al humilde hijo de Dios. Todo en el justo es humildad, porque la justicia está fundada en la verdad: verdad en el concepto de sí propio, verdad en el conocimiento de Dios. «¿Qué tienes que no lo hayas recibido?»³ se dice continuamente el varón justo, al mirar los tesoros de gracias, infinitamente más preciosos que los bienes terrenales, que la mano de Dios ha depositado en su alma. Y cuanto más se empeña la bondad divina en

¹ Apoc. 3, 17.² Ps. 11, 5.³ 1 Cor. 4, 7.

ensalzar al justo, colmándole de dones sin cuento, tanto más él se abate y deprime, descendiendo hasta el abismo de su propia nada, y cantando allá en las intimidades de su alma el himno de gloria de Dios: *Soli Deo honor et gloria!*¹

4. Y si no, mirad á ese tipo de humildad, á San Francisco de Paula. ¡Cuán pequeño á los ojos del mundo y cuán grande á los de Dios! Es un vaso de elección, como San Pablo; pero no os detengáis en buscar esplendores mundanos en derredor de su cuna. Noble prosapia, ascendencia ilustre, bienes de fortuna . . . todo eso, grande desde cierto punto de vista, es relativamente poca cosa al lado de otros bienes de mayor cuantía. Hablo de los bienes de orden sobrenatural y principalmente de los que forman el rico patrimonio de nuestro Francisco. La virtud acendrada de sus padres, la circunstancia de ser fruto maravilloso de la oración elevada al Señor por la mediación del gran Patriarca de Asís, el seráfico Francisco, y sobre todo el haber recibido de Dios un carácter naturalmente dispuesto para la virtud, pudiendo decir como el Sabio: *Sortitus sum animam bonam*²: he aquí los tesoros con que viene al mundo, he aquí los preciosos gérmenes depositados por la mano del Criador en la tierra virgen de aquel niño destinado á grandes empresas de la gloria de Dios. ¡Qué frutos tan abundantes de virtudes no deben producir en día no lejano! En efecto, carísimos hermanos, lo que eran flores aromosas del hogar paterno se convierten pronto en frutos primerizos, pero sazonados por un estío prematuro, la gracia extraordinaria del Espíritu Santo, en el convento y en la soledad. ¡Qué dulzura, qué obediencia, qué candor el de aquel niño privilegiado! Es el encanto de sus virtuosos padres que cifran en él la esperanza de su porvenir. Mas aquel niño no es

¹ Act. 9, 15.² Sap. 8, 19.

del mundo. El Espíritu de Dios que interiormente le aconseja, le hace comprender muy pronto, llegado apenas al pleno desarrollo de la razón, que la atmósfera del siglo está inficionada de corrupción y de soberbia. Porque al cabo ¿qué viene á ser la triple concupiscencia de que se sustenta el espíritu del mundo, sino la soberbia más ó menos disfrazada? En medio de esa atmósfera, el humilde Francisco respira con dificultad, se asfixia. Las dotes singulares que le adornan, produciendo una nube de alabanzas en derredor de su persona, le exponen al peligro de pecaminosas complacencias. Alarmada su humildad huye á buscar el asilo del sagrado claustro al lado de los humildes hijos del Serafín de Asís. Aquí campea, sobre todas, su virtud favorita, la humildad. ¿Qué extraño, se dirá, si era todavía un niño? Precisamente eso es lo que más sorprende ¡tanta prudencia, tanta moderación en un niño! Es una joya que están orgullosos de poseer aquellos religiosísimos varones, tan hábiles para discernir las verdaderas piedras preciosas de las falsas. Francisco será pronto una piedra del santuario. Todos le aman, más aún, le veneran y le admiran. Todos tienen que aprender de aquel niño extraordinario á quien el Espíritu Santo ha servido de maestro. Pero Francisco no lo sospecha siquiera. Como abeja diligente se ocupa sin cesar en recoger la miel de las virtudes de cada una de aquellas fragantes flores del jardín de la orden seráfica para formar con su extracto el panal riquísimo de su propia santidad. No obstante, aquella primera escuela no era más que el ensayo de una vida más perfecta. El cielo no le quería discípulo sino maestro. Por eso le arrancó del claustro para llevarle, como á Jesucristo, al desierto. Sigámosle con la más atenta consideración.

5. La humildad de Francisco no se cree segura entre los honores religiosos que en el recinto mismo del claustro le atraen los dones con que el cielo lo favorece. Serále

preciso ir á ocultarse con sus rigores y su contemplación altísima allá donde no tenga más testigos que los mudos peñascos, las olas del mar y las estrellas del cielo. Un antro excavado en la escarpada roca le servirá de habitación. El mundo, que le perdió de vista, le había olvidado ya. Los buenos compañeros del convento, ignorantes de su paradero, no le darán más muestras de aprecio. La humildad de Francisco, alimentada con el olvido total de las criaturas y el desprecio del mundo, se siente satisfecha. Ahora vive sólo para Dios: *Soli Deo!* Nada de honor, nada de gloria para sí. Aquí permanecerá por espacio de seis años, y su vida será más angélica que humana. ¿Quién moderará su penitencia? ¿quién pondrá límites á su contemplación? Su alimento se reduce á un poco de pan y agua que toma una vez al día á la puesta del sol: por regalo extraordinario algunas raíces y legumbres; de la carne ha prometido abstenerse por toda la vida. Cubierto de áspero vestido de grosero paño, tiene por lecho el duro suelo: á todo esto añade maceraciones rigurosas cada día. ¿Qué pretende el Santo al adoptar un tenor de vida tan austero? Guiábale sin duda el afán de sujetar la rebeldía de la carne al dominio del espíritu, lo que obtuvo á maravilla, pues brilló toda su larga vida por una castidad sin mancha; pero quiso también oponer en su persona y en la de sus numerosos imitadores un dique á la general relajación de costumbres de que también aquel siglo adolecía. Y entonces, hermanos carísimos, la disciplina eclesiástica exigía de los fieles mucho mayor austeridad que en nuestros tiempos: los ayunos ordinarios eran mucho más frecuentes y rigurosos, las abstinencias más rígidas; y todavía parecía á nuestro Santo que había degenerado la sociedad cristiana del primitivo espíritu de mortificación. ¿Qué diría de la molice general de las costumbres de nuestro siglo? Y ¿nos admiraremos de que prevalezca en todas las manifestaciones de la vida

importa para la felicidad de la vida humana poseer principios fijos! Ellos son la antorcha que guía nuestros pasos en medio de las tinieblas que por todas partes nos rodean. *Lucerna corporis tui est oculus tuus*, decía el Salvador; «Si tu vista es clara, todo tu cuerpo estará iluminado, si aquélla está obscurecida, todo tu cuerpo se verá rodeado de tinieblas.»¹ Los dictámenes prácticos que da la religión, bien conocida y estudiada, son el derrotero seguro del hombre religioso, que no le dejarán tropezar en el camino de la vida, por más erizado que se halle de dificultades. Y que las hay, y á veces muy graves y espantosas, bien lo sabéis, carísimos hermanos. ¡Cuántas miserables caídas se ven todos los días por falta de principios, especialmente de principios religiosos! Éstos son claros, sencillos, terminantes, pero no basta conocerlos, es preciso seguirlos fielmente y no traicionarlos jamás por debilidad ó cobardía. Así lo sabe hacer el hombre verdaderamente religioso. Sus palabras y sus proceder, siempre en armonía con las máximas que profesa, no tienen nada que desdiga de la santidad de la moral cristiana, nada que motive justa crítica ó maligna censura de parte de los que observan atentamente sus acciones. ¡Qué gloria para la religión poder exhibir á la faz del mundo corrompido esos cumplidos modelos de religiosidad! Para esto se necesita lo que se llama carácter, y es la religión la que lo forma, mejor que ninguna otra escuela. Sí, porque nadie tiene como ella tan poderosos elementos de firmeza en el bien obrar, como son los auxilios sobrenaturales. No hay virtud que pueda sostenerse por todo el curso de la vida sin la gracia del Señor. Así se explica esa admirable constancia de los santos en la práctica de las buenas obras. El hombre religioso no hace distinción, en orden á practicar la virtud, entre tiempos y tiempos, lugares y coyunturas

¹ Matth. 6, 22.

diferentes, pues, igual á sí mismo en todas partes, lleva siempre en el fondo del alma una luz que no le engaña, un testigo que no miente, un juez que no transige, á Dios mismo presente á su espíritu, siempre temido y siempre amado, su fortaleza y su refugio¹.

8. ¿Sabéis quién es el hombre verdaderamente religioso? Pues es aquel verdadero filósofo cristiano que, con áurea elocuencia, como sabe hacerlo, pinta el gran Doctor de la Iglesia, San Gregorio Nacianceno en los siguientes rasgos varoniles que me permitiréis apropiarme para vuestra edificación: «Él brilla en las aflicciones y considera las molestias de la vida como la cosecha de la virtud, y es honrado por las cosas adversas, portándose de manera que ni se envanece con las prosperidades, ni sucumbe por las adversidades, sino que permanece siempre el mismo y semejante á sí en todas las cosas, y de esta manera se le encuentra tan acendrado como el oro en el crisol. . . . ¿Es del orden patricio? Opondrá la probidad de costumbres al esplendor del linaje, y la pondrá á la vista de todos, para que se la pueda contemplar. Si ha tenido un origen obscuro y desconocido, en vez de cualquier otra nobleza alegará la espiritual, por la cual se modela cada uno; todas las demás noblezas serán por él menospreciadas como cosas viles y de ningún valor. . . . ¿Está en edad floreciente? Luchará con valor contra los movimientos viciosos del alma y aprovechará el vigor de su edad juvenil para no condescender con los afectos á que está expuesta esta edad, dará pruebas de prudencia senil en un cuerpo vigoroso, y recibirá mayor placer de esta victoria que los que ganan una corona en los juegos olímpicos. . . . ¿Ha entrado ya en la senectud? Pues, no envejecerá en su ánimo, y esperará la muerte como el tiempo marcado de su segurísima libertad, y emigrará lleno de contento á aquel estado que se sigue á esta vida.

¹ Ps. 17, 3.

¿Tiene bella figura? Pues hará porque la belleza del alma corresponda á la del cuerpo. . . . ¿Goza de buena salud? Hará uso de la salud de su cuerpo para todo lo mejor . . . , debilitará y extenuará la crasitud del cuerpo, discurrirá sobre las cosas terrenas y celestiales, y meditará con toda atención sobre la muerte. . . . ¿Tiene abundantes riquezas? Hará por desentriquecerse, hará partícipe al pobre de sus bienes, como si fuera administrador de cosas ajenas, para que aquél sea ayudado con el beneficio, y él sea reunido á Dios, sin tener otra cosa fuera de la cruz y su cuerpo. ¿Se ve oprimido por la necesidad? Tendrá á Dios por su riqueza, se reirá de los ricos, como quienes son pobres porque tienen necesidad de muchas cosas, y beben para ser acometidos por una sed más devoradora. . . . ¿Será atacado de improperios? Vencerá, no devolviendo injurias. ¿Será afligido por las persecuciones? Las soportará. . . . ¿Será objeto de maldiciones? Exhortará y rogará. ¿Será calumniado? Orará. ¿Se verá lleno de oprobios? Cristo se honrará con su compañía en la aflicción. . . . Nada hay más fuerte ni más invencible que la filosofía cristiana. Todo cederá antes que ceda el filósofo.»¹ Dígase lo mismo del varón verdaderamente religioso. «Celestial en la tierra», concluiré con el mismo Padre, «impasible en medio de las pasiones, tolera fácilmente ser vencido en todo menos en la grandeza de alma». Cuadro magnífico, como véis, del carácter cristiano, trazado por la mano maestra del Obispo de Nacianzo.

9. Al escucharlo podrá pensar alguno que esta grandeza de ánimo es la de los grandes santos, la que forma el heroísmo de los mártires, confesores y vírgenes del cristianismo, no la de los cristianos vulgares, quienes sin tanta magnanimidad pueden ser verdaderamente religiosos. No lo negaré de una manera absoluta, pero también sostengo

¹ Disc. de S. Greg. Nacianc. (Homilías de los santos Padres, t. IV.)

que todo ese heroísmo que admiramos en los santos, aun en nuestros días (pues no faltan por fortuna), es efecto y como natural desarrollo de la religiosidad perfecta, y que también en cierto grado se encuentra entre los simples fieles que saben comprender y practicar la religión. ¡Ojalá me fuera lícito aducir algunas pruebas de este aserto para honra de la sociedad en que vivimos y emulación de los menos animosos! Y nadie debe dudar de que así sea, pues hay una diferencia profunda entre el hombre religioso de veras y el que solamente lo es en apariencia. Aquél traza su vida sobre un plan en nada parecido al plan de vida adoptado por el hombre de mundo que se dice religioso. Estos dos hombres parten de principios totalmente distintos, marchan por diversos rumbos, persiguen fines opuestos. El uno fija su destino en la tierra, el otro en el cielo; el uno toma por punto de partida los intereses terrenales, por móvil, las pasiones; el otro, la virtud, el bien, teniendo por norma la razón ilustrada por la fe; aquél lo endereza todo á la felicidad temporal, éste á la salvación del alma. Éste, el verdadero filósofo cristiano, es el hombre de la eternidad que afirma con San Pablo: *Non habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus.*¹ Despreciador de lo temporal, está pronto á sacrificar lo perecedero á lo inmortal y eterno. Busca el modelo de su conducta, no en los muchos que corren alegres á la perdición por el ancho camino de los vicios², sino en los pocos que se esfuerzan por entrar en la estrecha senda que lleva á la vida³.

10. Guiado por tales principios, su conducta para con Dios, á quien directamente honra la virtud de la religiosidad, no puede ser más justa y razonable. Como Cornelio, el Centurión de Cesarea⁴, teme á Dios y enseña este santo temor á su familia, distribuye entre los pobres abundantes

¹ Hebr. 13, 14.

² Matth. 7, 13.

³ Luc. 13, 24.

⁴ Act. 10, 2.

limosnas y no cesa de rogar á Dios que le dé á conocer su voluntad para cumplirla. Como él, merece ser escuchado del cielo y visitado oportunamente é instruído en los caminos de la salvación. El temor de Dios, hermanos míos, así como es el principio de la sabiduría, así es, como dice el Eclesiástico, la verdadera religiosidad¹. ¿No es este temor santo el primer sentimiento que engendra la religión? Pero no basta, es preciso que á él vaya unida la oración, y primero la oración de alabanza, según la exhortación de los tres niños de Babilonia. «Benedicid al Señor Dios de los dioses, varones religiosos, alabadlo y confesadlo porque su misericordia se dilata por todos los siglos.»² Y no contento con tributar al Criador sus alabanzas en el santuario del hogar, cuando las voces de toda la naturaleza anuncian el despertar del día, y cuando el manto de las tinieblas ha cubierto ya toda la tierra, mezcla sus bendiciones con las de todo el pueblo fiel, y eleva sus preces en actitud humilde en la casa de la oración, en los templos del Señor, como lo manda el Profeta: «Benedicid á Dios en las iglesias ó congregaciones de los fieles.»³ ¿Qué más? Muy lejos de sentir mal, y mucho más de murmurar de la Providencia en la disposición de los acontecimientos, ve en las penalidades de la humana vida no tanto la acción del hombre y de los agentes naturales, como la mano invisible de la justicia ó de la misericordia divina para con la criatura racional, y, víctima de la desgracia, como el virtuoso Job, adora la vara que le hiere y se esfuerza por merecer la gracia en medio de la prueba.

11. Donde el temor de Dios mora de asiento, como en la casa del hombre religioso, habita el bien, el orden, la moralidad, porque, como dicen los Proverbios: «El temor de Dios aborrece el mal: la sabiduría, cuyo principio es aquél, detesta la arrogancia, la soberbia, la doblez en el

¹ Eclli. 1, 17.² Dan. 3, 90.³ Ps. 67, 27.

hablar y todo camino de maldad.»¹ Por abreviar este ya largo discurso, me limitaré á recordaros la gravísima sentencia del apóstol Santiago concebida en estos términos: «Si alguien se precia de ser religioso y no refrena su lengua, antes bien seduce su corazón, la religión suya es vana.»² Ahí lo tenéis, hermanos míos carísimos; es carácter de la verdadera religiosidad el poner freno á la lengua y no dejar seducir el corazón por las malas pasiones. Cuando así os lo enseñamos, nos basamos en la autoridad de la palabra santa que no yerra ni exagera. Esa misma voz inspirada añade: «La religión pura y sin mácula ante Dios nuestro Padre es ésta: visitar á los huérfanos y á las viudas en sus tribulaciones, y preservarse de la corrupción de este siglo.»³ Pureza de costumbres en medio de la general depravación del siglo y obras de misericordia, han sido y serán siempre la piedra de toque para discernir la verdadera de la falsa religiosidad. Así es que no la tiene quien, encerrado en vergonzoso egoísmo, pretende ser bueno para sí solamente, y no extiende cuanto puede el círculo de su actividad benéfica. El hombre que se guía por los sentimientos altísimos de la religión, como no se ama á sí mismo sólo por instinto de naturaleza, así tampoco ama á sus semejantes por mera simpatía, sino como hijos de un mismo Padre, hermanos en Jesucristo y destinados á vivir como él eternamente en la patria de la bienaventuranza. ¡Lazos de consanguinidad sobrenatural que producen la verdadera caridad cristiana, sobrenatural también, divina y eficaz!

12. Tal es, carísimos hermanos, la religiosidad de buena ley, bien distinta de la falsa y de meras apariencias. Aquella es la sola que responde á los fines de nuestro Señor Jesucristo, que trajo á la tierra la luz de la verdad para iluminar á todo hombre que viene á este mundo de tinieblas⁴.

¹ Prov. 8, 13.² Jac. 1, 26.³ Ibid. 1, 27.⁴ Jo. 1, 9.

La otra, mezquina en su concepto y menguada en sus obras, no da más resultado que engañarse á sí mismo miserablemente, como se engañaba el apóstol San Pedro creyendo que en la visión del Tabor consistía la bienaventuranza final y exclamaba satisfecho: *Bonum est nos hic esse.*¹ «No sabía lo que decía», observa el evangelista, deslumbrado y absorto por aquel mar de luz y de belleza de la sagrada humanidad. Oigamos dócilmente á Aquel á quien el Padre nos manda escuchar y creer, y no nos equivocaremos en punto de tamaña trascendencia como es *la religiosidad.*

CUARTA CONFERENCIA.

La Religión y la Sociedad.

Omnes autem vos fratres estis. . . . Unus est Pater vester qui in caelis est.
Matth. 23, 8 9.

1. Imposible parece, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, que haya hombres que blasfemen de la religión, y más en el seno de las sociedades cristianas, de estas sociedades que todo se lo deben á ella, civilización, leyes y costumbres. ¿Á qué causas puede atribuirse este hecho inconcebible y sin embargo demasiado real? Sea la primera la ignorancia, pudiéndose aplicar á este propósito lo que afirma el apóstol San Judas: *Hi quidem quod ignorant, blasphemant* — «Estos desgraciados blasfeman de lo que no conocen.»² ¿Cómo han de conocer lo que se obstinan en no ver ni saber? Odian por mera preocupación lo que, si conocieran, no podrían menos de amar y respetar. No así aquellos que, felizmente, llegan algún día á deponer su ignorancia junto con sus odios sectarios. La religión, por muy amable que sea para quien

¹ Marc. 9, 4.

² Iudæ 10.

la práctica, es un freno y un yugo para las pasiones criminales, y esta clase de hombres que la insultan son, como advierte el mismo apóstol, de aquellos que «manchan su carne en tanto que desprecian toda autoridad y blasfeman de la majestad»¹. Nada extraño, pues, que miren de reojo y lancen injurias contra la religión. ¡Oh, si arrojada la venda de sus ojos reflexionaran alguna vez sobre lo que es y lo que vale ese tesoro del cielo!

Pero no es todo ignorancia, también entra por mucho la perversidad, la mala fe. Hay muchos que confunden, obcecados voluntariamente, la falsa religiosidad con la buena y verdadera, y abusando de la confusión, se deshacen en injurias, burlas é improperios contra la religión misma, cuando debieran lanzarlos contra la religiosidad falsificada y contrahecha. Fórjanse un fantasma de religión para convertirlo en blanco de sus tiros, y, desgraciadamente, engañan á muchos ignorantes é ilusos, mientras escandalizan y contristan á las almas buenas. «Dejadlos», decía el Salvador, «ciegos son, y guías de otros ciegos.»² ¿Podremos impedir que haya escándalos en el mundo?³ No, ciertamente. Apliquémonos más bien á robustecer nuestro espíritu con la sana doctrina, y bendigamos al que nos hizo ver la luz⁴.

2. Hemos visto la necesidad de ese elemento divino en la vida individual, sin cuyo concurso el hombre sería un ser desgraciado, pues estaría divorciado de Dios, rota la cadena de amor que une con su Criador á la criatura. Dando un paso más, discurriremos hoy, hermanos míos, sobre la necesidad de la religión en la vida social, ya doméstica, ya civil, apoyándonos en la naturaleza misma de la sociedad y fijando luego la mirada sobre la familia y la sociedad sin religión. Tales son los dos puntos que abrazará la presente conferencia. Plegue al Señor asistirnos con sus luces.

¹ Ibid. 8.

² Matth. 15, 14.

³ Lúe. 17, 1.

⁴ 1 Petr. 2, 9.

moderna la soberbia? ¿Pueden acaso conciliarse la humildad de espíritu y la concupiscencia de la carne? Mas he aquí que la fama de la santidad de Francisco se dilata por todos aquellos contornos y su humildad vuelve á ser puesta á prueba con los aplausos de las gentes. ¡Oh! No temáis, que de la prueba saldrá más aquilatado, como el oro finísimo sale más acendrado del crisol.

6. Dios nuestro Señor, por caminos que Él se sabe, conduce á la gruta del solitario tropas de discípulos decididos á ponerse bajo su dirección para aprender el camino del cielo. Todos le reconocen y aclaman por maestro de perfección cristiana, y aun no cuenta veintiún años. ¡Tanto ha aprovechado en la escuela de la humildad! Es imposible resistir á la voluntad del Señor. Por mucho que le duela abandonar aquella dulce soledad donde ha gustado delicias celestiales, la caridad de Cristo, como al Apóstol, le urge, le apremia para que salga de ella y vuelva á su patria donde le espera un ministerio de salvación para bien de innumerables almas y para lustre y ornamento de la Iglesia. Su corazón fortalecido con la íntima comunicación con Dios, como su cuerpo con el ejercicio de la penitencia, es ya insensible al atractivo de las humanas vanidades. Vengan en buena hora millares de aprendices de santidad, y entre ellos matronas distinguidas, jóvenes de la primera condición, grandes del mundo y hasta Pastores de la santa Iglesia; ábranse escuelas de perfección por todas partes á fin de calmar aquel entusiasmo extraordinario suscitado por el nombre y el ejemplo del portentoso ermitaño de Calabria. Nada será capaz de perturbar la serenidad de su alma profundamente humilde, y por lo mismo grande y de temple superior, que ha sabido comprender el ningún valor de lo que el mundo llama grandeza, fama, reputación, aplausos. . . . Él sabe que no es más que un débil instrumento en las manos de Dios, quien se sirve de él cómo y cuándo

quiere para llevar adelante sus designios de misericordia. ¡Él es nada, Dios es todo! Así se dispone Francisco de Paula para llegar á ser el patriarca y fundador de una nueva y numerosa familia de religiosos, que, por su grande humildad, quiso el Santo que se llamasen *Mínimos*, ó los menores de todos, y que, difundida primero en Italia, dilatose después por Francia, España y los demás reinos de la cristiandad. Sus mismos principios fueron marcados con el sello de la humildad: á pequeños comienzos debían corresponder, como suele, prodigiosos resultados. Empieza Francisco por echar los cimientos de una modesta capilla, llevando él mismo sobre sus hombros los materiales de la obra; pero acompañado espontáneamente de las masas de gentes que concurrían á ayudarle, Dios no está contento con la pequeñez del edificio, y mándale por medio de San Francisco de Asís, que lo derribe y empiece á labrar otra iglesia grande y espaciosa, confiado en el favor del cielo. Hácelo así el obediente varón, y con manifiestos milagros la obra se lleva á cabo en breve tiempo. Aquella fué la cuna gloriosa de la nueva orden de los Mínimos.

7. Y si á sus hijos llamaba *Mínimos* ¿cómo se llamaría á sí mismo aquel que se tenía por el menor de todos, según el consejo de Jesucristo? «El que es mayor entre vosotros, hágase como el menor.»¹ ¡Ah! diría Francisco con toda la sinceridad de su alma: «Esta gracia se me ha hecho á mí que soy entre todos el mínimo.»² Por eso se abatía á los oficios más humildes y bajos de la casa, sirviendo á la mesa á sus hermanos, lavándoles las ropas, barriendo la iglesia, desempeñando los empleos más penosos. Su tenor de vida, si no más austero, era el mismo que había emprendido desde sus primeros años. ¡Cosa

¹ Matth. 20, 26; 23, 11. Marc. 10, 43. 44; 9, 34.

² Eph. 3, 8.

admirable! ¿Cómo pudo perseverar en tanta aspereza y rigor hasta la avanzada edad de noventa y un años en que rindió su alma al Señor? ¿Fué esto un milagro, ó bien una prueba manifiesta de lo que puede la abstinencia, acompañada de la pureza de costumbres, para prolongar, aun naturalmente, la vida del hombre? Pero ¿es acaso este ejemplo único en las historias eclesiásticas? y ¿no es la confirmación de las muchas alabanzas del ayuno debidas á la elocuente pluma del gran Basilio y otros santos Doctores de la Iglesia? ¡Ah! ¡cuánto tenemos que aprender, carísimos hermanos, en la vida de los grandes siervos del Señor! ¡Cuán opuesta fué su conducta á las máximas corrientes en el mundo! Y ¡cuán agradable fué al Señor esa manera de proceder que á nosotros nos parece tan extraña, tan ajena á la prudencia de la carne! ¿Queréis palpar la prueba de lo acepto que fué á Dios su gran siervo, el humilde San Francisco de Paula? Pues seguid considerando los mil modos con que lo ensalzó y glorificó entre los hombres, según su promesa inflexible: *Qui se humiliat, exaltabitur*, con cuya consideración se pondrá más de relieve la excelencia de su virtud característica, la humildad. Esto veremos en la segunda parte.

II.

8. Sí, pasad á contemplar á uno de los mayores taumaturgos de la Iglesia de Cristo, al profeta del siglo XV, al consejero de los reyes, al favorito de los Papas. ¡Qué títulos, al parecer hiperbólicos, pero en la verdad tan exactos! Los hechos auténticos de la vida de San Francisco de Paula los justifican plenamente. Hay más. Su peregrinación por la tierra puede llamarse una brillante carrera de triunfos y ovaciones populares. De sus muchos y raros milagros está llena la bula de su canonización expedida por el sumo Pontífice León X, doce años, nada más, después de la muerte del Santo. Y fué así, dicen sus

biógrafos, que le ennobleció Nuestro Señor, y le hizo esclarecido y glorioso con los muchos y grandes milagros que obró por su intercesión, de tal manera y con tanta abundancia que parecía que le había hecho señor de todas las criaturas. En efecto, todas ellas le obedecían, el fuego, el aire, el mar, la tierra, la enfermedad y la muerte, los animales, los hombres y los mismos demonios estaban sujetos á la voluntad de este santo y humilde varón¹. Viósele pasar en medio de las llamas de un horno encendido sin que le causasen lesión alguna, y aun trayendo brasas en las manos, quedaban éstas ilesas, como si manejasen frescas y delicadas rosas. Contuvo en el aire masas enormes que se desgajaban de las rocas; y si me preguntáis con qué fuerzas, os diré que con la fuerza divina de su palabra; y con la misma aquietó á la tierra que, bamboleándose, amenazaba convertir las altas torres en un montón de ruinas. Pero ¡cuál no fué la admiración y el espanto de los marineros que le vieron atravesar el mar desde Calabria hasta Sicilia en la barca de su hábito tendido sobre las ondas, con tanta seguridad y confianza como si navegase en una poderosa embarcación! Que las enfermedades cedían instantáneamente á su mandato, pruébanlo aquellas tropas de enfermos de toda clase de dolencias que acudían á buscar en Francisco el remedio de todos sus males. Y no salía burlada su esperanza, pues vez hubo que como en la ciudad de Bormeo quedaron sanos cuantos enfermos se agolparon á su tránsito. Entre éstos había ciegos á quienes dió vista y mudos á quienes devolvió el uso de la lengua. La misma muerte experimentó el poder irresistible de Francisco, viéndose obligada á devolver sus víctimas nada menos que en seis distintas ocasiones. Pero ¿qué, si hasta los demonios tuvieron que abandonar, á la voz del Santo, á los desventurados de

¹ Rivadeneyra, Flos Sanct.

quienes habían tomado posesión? ¿Qué mucho que los pueblos le aclamasen por hombre extraordinario, y las muchedumbres le siguiesen como mansas ovejas á su pastor? Compréndese el imperio que debió de ejercer sobre los hombres quien lo tuvo tan absoluto sobre los mismos elementos.

9. Ya no me admira que concurren personas de toda condición, confundidas en un mismo sentimiento, á levantar numerosos y magníficos monasterios de la nueva orden de los Mínimos así en Francia como en Italia, y que los mismos obispos se apresuren á ofrecer al santo Fundador los medios de establecer el instituto en sus diócesis, como lo hicieron los de Paula, Paterno, Spezzia y otros de Sicilia. Pero no fueron solamente los príncipes de la Iglesia los que distinguieron con tales honores al varón de Dios: fué el mismo Pontífice romano Sixto IV, quien, advertido por la voz de la fama de las grandes maravillas que Dios obraba por la mano de aquel gran siervo suyo, llámale á su corte de Roma, y en presencia de aquellos eminentísimos Prelados mándale sentarse á su lado, mientras el santo Ermitaño, confundido con tales y tan extrañas honras, no sabe hacer otra cosa que postrarse en la presencia del Vicario de Cristo y suplicarle con lágrimas se digne dejarle en el humilde estado de laico en que se encuentra, y no elevarle, como el Papa deseaba, á la alta dignidad del sacerdocio. Á competencia con los príncipes de la Iglesia le honraron los grandes de la tierra y hasta los mayores monarcas de su tiempo. Fernando de Nápoles oye de los labios del nuevo profeta graves palabras de reprensión por los abusos y violencias que comete con su pueblo, y llega á quedar aterrado y anonadado con un estupendo milagro que obra el Santo, cual fué el exprimir sangre de una moneda, como símbolo de la opresión que ejercía aquel soberano sobre sus pobres súbditos. Y ¡admiraos, fieles del siglo XIX! Las reprensiones

de Francisco fueron bien recibidas y acatadas por el cristiano monarca del siglo XV: ¡tanta era la religiosidad de aquella época, y tanta la veneración y el respeto que imponía un hombre santo aun á las testas coronadas! Y no sólo el rey de Nápoles prodiga honores inauditos al varón de Dios que le corrige y le vaticina también venturosos sucesos, sino el poderoso monarca de Francia, Luis XI, le recibe en su corte con extraordinarias muestras de acatamiento y reverencia, nada menos que como á un taumaturgo de quien se promete la salud y la vida. Aquel gran rey, dice un orador sagrado, especie de deidad sobre la tierra, infatuado con la gloria del trono, en nada pensaba menos que en la muerte que le iba á los alcances¹. Habiendo intentado sin provecho todos los remedios que la medicina podía ofrecer á un rey tan poderoso, acudió á Sixto IV, para que con su autoridad suprema obligase á Francisco de Paula á pasar á Francia á visitarle. ¡Qué honor ciertamente para el hombre del pueblo que á tan larga distancia llama la atención y es objeto de la solicitud de un soberano! Rehusáralo Francisco si no mediara la obediencia del Pontífice. Pero no va á la corte de Francia como ángel de salud, sino como profeta de verdad. Cual otro Isaías dice con libertad al regio enfermo: *Dispone domui tuæ, quia morieris*²—«No es voluntad de Dios que recobréis la salud; tened paciencia y conformaos con su santísima voluntad. Disponéos para bien morir y dar á Dios cuenta de vos y vuestro reino.» ¡Admirable entereza apostólica! ¡qué bien se hermana con la humildad! Mas ¡oh prodigio de la gracia derramada en los labios de Francisco! El rey se humilla y se somete á los decretos de Dios; y desde aquel momento sólo piensa en seguir los caritativos consejos del médico de su alma y

¹ Fr. Vicente Hernández, Sermón de S. Franc. de P.

² Is. 38, 1.

prepararse á un tránsito feliz. Francisco no le desampara, y el monarca obtiene la venturosa suerte de expirar entre las manos del siervo de Dios.

10. Nada diré de su espíritu profético ni de tantos otros dones con que plugo al Señor ensalzar á su humilde siervo para cumplir su promesa: *Qui se humiliat exaltabitur*; pero ¿qué don mayor pudiera Dios hacerle, que el don de los dones, el espíritu de caridad que inflamó su corazón con tan ardientes llamas que lo transfiguró en serafín humano? ¡Ah! ¿no habéis visto escrito sobre su corazón este lema divino: *Caritas?*—Caridad, amor de Dios respira su endiosado semblante: caridad, amor del prójimo, predicán todas sus acciones: la caridad que le vivifica parece comunicarse á cuantos le contemplan. De él se ha dicho como del gran legislador Moisés: *Dilectus Deo et hominibus*—«Fué amado de Dios y de los hombres»¹; pero también debe decirse: amó á Dios y á los hombres, porque supo corresponder á la predilección de Dios. ¿Cómo no había de amar ardentísimamente á aquel Dios que le colmaba de tan singulares favores? ¿cómo no había de amar á los hombres quien tantos beneficios iba haciendo por doquiera que pasaba, quien no vivía para sí, ocupado todo en glorificar á su Dios y en procurar el bien á sus hermanos? Por eso fué dichoso hasta en las circunstancias accidentales de su muerte. Después de una vida de más de noventa años, consagrada á servir á su Criador y edificar á su Iglesia, habiendo dado la bendición á sus hijos, un día de viernes santo abrazado con una cruz y diciendo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, dió su espíritu al Señor, á la misma hora que Jesús había dado el suyo al Padre en el ara de la cruz. Quedó su cuerpo muchos días tan entero y fresco como si estuviera vivo, despidiendo de sí una celestial

¹ Eccli. 45, 1.

fragancia, símbolo de la que exhalan hasta hoy por todo el mundo sus admirables virtudes. ¡Oh fragancia suavísima, la de la humildad! ¡oh exquisito aroma, el de la caridad! Corramos, hermanos carísimos, tras la huella luminosa que nos dejó trazada el humilde y caritativo Francisco de Paula: á su ejemplo humillémonos, como nos aconseja el apóstol San Pedro, bajo la poderosa mano de Dios, para que nos ensalce en el tiempo de la visitación¹, en el día de la eterna recompensa. Así sea.

De San Isidro Labrador.

(Predicado en Costa Rica, 1878.)

El modelo del obrero cristiano².

Ecce homo agricola iste fuit... ad servendum Deo viventi.

Sec. Zach. 13, 5.

1. El hombre cuya dulce imagen veis allí, católicos oyentes, cuyo nombre, grato y venerable para todo corazón cristiano, es para vosotros objeto de singular cariño, respeto y veneración sin límites, no es un grande de la tierra, no es un sabio ni un célebre estadista, es pura y simplemente un santo agricultor, un pobre jornalero que supo santificarse en el trabajo y adquirir alta gloria en el cielo y renombre imperecedero en la cristiandad. Es vuestro glorioso Patrono, y Patrono de la capital de España, San Isidro Labrador. Es lo que dice la Iglesia aplicando el texto de la sagrada Escritura que acabáis de oír: *Ecce homo agricola iste fuit...* «He aquí un hombre que no pasó de

¹ 1 Petr. 5, 6.

² Aprovechamos la ocasión que nos brinda la fiesta de un santo agricultor para divulgar la doctrina cristiana acerca del trabajo, magistralmente expuesta por el P. Félix S. J. en el tomo 11.º de sus Conferencias de Nuestra Señora de París.

prepararse á un tránsito feliz. Francisco no le desampara, y el monarca obtiene la venturosa suerte de expirar entre las manos del siervo de Dios.

10. Nada diré de su espíritu profético ni de tantos otros dones con que plugo al Señor ensalzar á su humilde siervo para cumplir su promesa: *Qui se humiliat exaltabitur*; pero ¿qué don mayor pudiera Dios hacerle, que el don de los dones, el espíritu de caridad que inflamó su corazón con tan ardientes llamas que lo transfiguró en serafín humano? ¡Ah! ¿no habéis visto escrito sobre su corazón este lema divino: *Caritas?*—Caridad, amor de Dios respira su endiosado semblante: caridad, amor del prójimo, predicán todas sus acciones: la caridad que le vivifica parece comunicarse á cuantos le contemplan. De él se ha dicho como del gran legislador Moisés: *Dilectus Deo et hominibus*—«Fué amado de Dios y de los hombres»¹; pero también debe decirse: amó á Dios y á los hombres, porque supo corresponder á la predilección de Dios. ¿Cómo no había de amar ardentísimamente á aquel Dios que le colmaba de tan singulares favores? ¿cómo no había de amar á los hombres quien tantos beneficios iba haciendo por doquiera que pasaba, quien no vivía para sí, ocupado todo en glorificar á su Dios y en procurar el bien á sus hermanos? Por eso fué dichoso hasta en las circunstancias accidentales de su muerte. Después de una vida de más de noventa años, consagrada á servir á su Criador y edificar á su Iglesia, habiendo dado la bendición á sus hijos, un día de viernes santo abrazado con una cruz y diciendo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, dió su espíritu al Señor, á la misma hora que Jesús había dado el suyo al Padre en el ara de la cruz. Quedó su cuerpo muchos días tan entero y fresco como si estuviera vivo, despidiendo de sí una celestial

¹ Eccli. 45, 1.

fragancia, símbolo de la que exhalan hasta hoy por todo el mundo sus admirables virtudes. ¡Oh fragancia suavísima, la de la humildad! ¡oh exquisito aroma, el de la caridad! Corramos, hermanos carísimos, tras la huella luminosa que nos dejó trazada el humilde y caritativo Francisco de Paula: á su ejemplo humillémonos, como nos aconseja el apóstol San Pedro, bajo la poderosa mano de Dios, para que nos ensalce en el tiempo de la visitación¹, en el día de la eterna recompensa. Así sea.

De San Isidro Labrador.

(Predicado en Costa Rica, 1878.)

El modelo del obrero cristiano².

Ecce homo agricola iste fuit... ad servendum Deo viventi.

Sec. Zach. 13, 5.

1. El hombre cuya dulce imagen veis allí, católicos oyentes, cuyo nombre, grato y venerable para todo corazón cristiano, es para vosotros objeto de singular cariño, respeto y veneración sin límites, no es un grande de la tierra, no es un sabio ni un célebre estadista, es pura y simplemente un santo agricultor, un pobre jornalero que supo santificarse en el trabajo y adquirir alta gloria en el cielo y renombre imperecedero en la cristiandad. Es vuestro glorioso Patrono, y Patrono de la capital de España, San Isidro Labrador. Es lo que dice la Iglesia aplicando el texto de la sagrada Escritura que acabáis de oír: *Ecce homo agricola iste fuit...* «He aquí un hombre que no pasó de

¹ 1 Petr. 5, 6.

² Aprovechamos la ocasión que nos brinda la fiesta de un santo agricultor para divulgar la doctrina cristiana acerca del trabajo, magistralmente expuesta por el P. Félix S. J. en el tomo 11.º de sus Conferencias de Nuestra Señora de París.

ser un obrero, un trabajador del campo.» Y sin embargo ¡allí le veis, llevado en hombros de todo un pueblo sencillo, pero sano, culto y religioso que le aclama por Patrono; allí le tenéis en el altar recibiendo los humildes y fervientes homenajes de toda la sociedad cristiana que le cuenta entre los grandes del cielo, á quien se encomienda en sus necesidades, de quien espera protección y favores. ¿Cómo se explica un hecho tan maravilloso, aunque nada extraordinario en la Iglesia católica? Fácilmente, como lo vais á ver. San Isidro fué un simple agricultor: *Ecce homo agricola iste fuit*; verdad es, pero con una circunstancia que consigna el texto aplicado por la Iglesia á nuestro Santo, y es lo que significan las palabras en que debéis fijar bien la atención: *Ad serviendum Deo viventi* — «Para servir al Dios vivo.» Aquí está, amadísimos hermanos, la clave de todo el misterio de la grandeza de nuestro héroe. ¿Es cosa grande y de gran mérito el trabajo? Yo diré: puede serlo, pero también puede ser una cosa bien trivial y despreciable. ¿Es glorioso el trabajar? Sí, puede ceñir de honor la frente del obrero; pero también, y lo vemos de ordinario, puede envolverlo en el polvo del desprecio general. ¿En qué está la diferencia de efectos de una causa al parecer idéntica? Es lo que debéis notar bien, especialmente vosotros, hombres del trabajo y del trabajo físico y material: es lo que debéis aprender de vuestro esclarecido modelo. Hay una idea y una práctica del trabajo cristiano, tal y como veréis que lo practicó San Isidro; pero hay también otra idea y otra práctica del trabajo que, en vez de ennoblecer, envilece al hombre, y es la del trabajo pagano, idea y práctica que arrojan esas modernas teorías de la economía materialista y atea que hoy se venden por únicas verdaderas en el mundo de los sabios.

2. ¡Trabajadores cristianos! — y todos debemos serlo más ó menos, en una ú otra forma — vais á ver y aprender en el modelo que tenéis delante *las condiciones* del trabajo

que engrandece, que le da no sólo merecimientos para la vida eterna, sino hasta un valor económico de orden natural, que no pueden darle todos los esfuerzos de la ciencia, de esa ciencia que prescinde sistemáticamente de la doctrina religiosa y cristiana. ¡Ojalá que la atenta consideración de la vida y del carácter de este santo Obrero fuese parte á persuadirnos de que la religión de Cristo no sólo nos encamina derechamente á la felicidad del cielo, sino que contribuye eficazmente á labrar nuestra felicidad de la tierra! ¡Cuánto valdría esta persuasión para movernos á la imitación de los santos! Dénos el Señor su gracia para tratar debidamente este delicado asunto. Al efecto saludemos á María con el fervor con que la saludaba San Isidro. *Ave María.*

I.

3. Aquel Dios providentísimo que distribuye las suertes de los hombres y á unos hace nacer en dorado palacio y á otros en miserable choza, dispuso que su gran siervo San Isidro, á quien había de colmar de gracias tan extraordinarias, naciese en la pobreza y desabrigo que suelen ser el ornato de las casas de los jornaleros. No perteneció á la aristocracia de Madrid sino á la clase del pueblo, cuyos hijos no tienen otro patrimonio ni más porvenir que el trabajo. Púsose á servir con humildad á un caballero, de cuya hacienda se hizo cargo por un sueldo convenido. Era, pues, un simple proletario, condenado á ganar el pan para sí y su familia con el sudor de su rostro, labrando toda la vida los campos y heredades de sus amos. ¡Condición infeliz, según el mundo! ¡profesión voluntariamente elegida por Isidro! ¿Acaso, aunque pobre, no podía haber optado por otra manera de vivir menos penosa? Sin duda; pero nuestro Santo tuvo por dicha á sí la sentencia pronunciada contra Adán arrojado del paraíso: *In sudore vultus tui vesceris pane* — «Comerás el pan con el sudor de

tu rostro»¹; y esto fué lo que le decidió á no buscar otra industria para vivir que el rudo trabajo de agricultor. Amó, pues, el trabajo, lejos de aborrecerlo y excusarlo como hacen los hijos del siglo, quienes á duras penas se sujetan á él por la ley imperiosa de la necesidad. Isidro recordaba la sentencia del patriarca Job: «Como el ave nace para volar, el hombre nace para trabajar.»² Y sabía muy bien que aun en el estado primitivo de la inocencia en que crió Dios al hombre, el trabajo era como la condición de su felicidad, supuesto que el Hacedor puso á Adán en el paraíso de los deleites, *ut operaretur et custodiret illum* — «para que trabajase y de esta suerte lo guardase»³. Pero después que por la desobediencia al mandamiento del Señor, perdió el primer hombre el paraíso y fué arrojado fuera de aquella deliciosa morada para llevar una vida de penalidades que había de terminar con la muerte; ¡oh! entonces la ley del trabajo se convirtió en anatema y castigo en virtud de estas terribles palabras: «Maldita la tierra que cultives: sólo á fuerza de fatigas le arrancarás el fruto con que te alimentarás por todos los días de tu vida, y comerás el pan con el sudor de tu rostro.»⁴ Desde este momento el trabajo y el dolor, como compañeros inseparables de viaje, vienen persiguiendo de espacio en espacio y de siglo en siglo á la humanidad prevaricadora en la mansión de su destierro y á través del valle de sus lágrimas. La noción del trabajo debe formarse á la luz de esta gran verdad histórica y religiosa: la caída del hombre y la perturbación del orden primitivo. Una vez aceptada esta doctrina, el cristiano está dispuesto á soportar las duras pruebas de la vida con resignación, con tranquilidad y hasta con amor⁵. El cristiano comprende que el trabajo es un esfuerzo por lo mismo que

¹ Gen. 3, 19. ² Job 5, 7. ³ Gen. 2, 5.

⁴ Gen. 3, 17. 18. 19. ⁵ P. Félix, op. cit.

es una pena y un castigo. Trabajar es tanto como vencer una dificultad, soportar una fatiga, sufrir un dolor. Por eso veréis á San Isidro agobiado bajo la carga de trigo que lleva sobre sus hombros al molino, y la frente bañada en sudor cuando empuja el arado en los duros campos de Castilla. Y esto un día y otro día sin rendirse jamás, sin murmurar de su suerte, sumiso siempre á la voluntad del Señor. Esa idea del trabajo suave y atractivo, del trabajo sin trabajo, no puede menos de ser una idea peregrina, utópica, propia de un siglo naturalista y soñador como el nuestro, en el que se han forjado tantas quimeras y abordado tantos planes absurdos de felicidad terrena. Tomemos, carísimos hermanos, el trabajo como es en realidad, como lo tomó el obrero cristiano San Isidro. Y así nos santificará.

4. En efecto, el hombre de fe á quien Dios ha condenado á vivir de su trabajo, sabe que trabajando cumple con un deber general impuesto por el Criador, se somete á una pena fulminada contra la humanidad en masa, y por este camino progresa hasta alcanzar su perfección moral. Sí, cristianos; la ley del trabajo es una ley de progreso y perfección: función tan necesaria es el trabajo y deber tan radical que no puede hombre alguno sustraerse á él sino degradándose. . . . «El trabajo», dice el sabio orador que nos guía, «da esplendor á la inteligencia, elasticidad al cuerpo, energía á la voluntad, corona real á la actividad.» Tal es el fin legítimo del trabajo, tal debe ser su noble aspiración. No son éstas, por desgracia, las ideas del vulgo de los trabajadores. Ellos trabajan por adquirir riquezas con que procurarse comodidades y placeres, y salir, si les fuese posible, de su modesta posición social para figurar en otra esfera de mayor lucimiento y mundano esplendor. Pero es preciso confesar que no pensaba de esta manera el hombre á quien hoy veneramos en los altares; y cierto, si tal hubiese sido su modo de pensar,

no hubiera llegado jamás á la cumbre del honor en que hoy le vemos. Habría sido á lo más uno de tantos que se dicen favoritos de la fortuna, cuyo nombre hubiera desaparecido con su efímera existencia. Habría sido uno de aquellos de que dice el Profeta: *Quorum non es memor amplius, et ipsi de manu tua repulsi sunt*—«De quienes no se acuerda más Dios, y á quienes rechaza de su mano.»¹ Para un trabajador como San Isidro el ideal de la vida no es ese ideal vulgar, con que sueñan los amadores del oro, los famélicos del goce, *trabajar para gozar*, acumular para consumir, hacer una fortuna en pocos años para pasar después la vida entera en una estéril ociosidad. Por eso le vemos trabajar toda la vida hasta la edad más avanzada; y ¿qué goza entre tanto? Por cierto ninguna de las comodidades de la vida humana: jamás sale de la humilde y penosa condición de jornalero. Varía de amos, pero él permanece siempre obrero asalariado. No tiene aspiraciones terrenas. Dios bendice por su medio las posesiones de sus afortunados señores: el trigo se multiplica por milagro entre sus manos. Pero Isidro no toma, no quiere nada para sí. Su vida es un modelo de sencillez y mortificación. Él sí que podía afirmar como el Apóstol: *Habentes alimenta et quibus tegamur, his contenti sumus*—«Teniendo un pedazo de pan con que alimentarnos y un modesto vestido con que cubrirnos, con eso estamos contentos.»² Si Dios hubiera centuplicado los frutos de su trabajo y colmádole de riquezas, Isidro no las habría consumido en goces ignobles y degradantes: habríales dado una aplicación digna y noble, habríalas destinado sin duda al culto del Señor y al alivio de las miserias ajenas. Porque, como lo vais á ver, el trabajo cristiano se mueve por un resorte celestial, la caridad.

¹ Ps. 88, 6.² 1 Tim. 6, 8.

II.

5. No, carísimos hermanos, no es el egoísmo el móvil del trabajador cristiano, aunque á primera vista parezca que nadie trabaja sino por interés propio, por ventajas puramente personales. Para el materialista, ciertamente, el egoísmo frío y personal tiene que ser la única fuerza motriz del trabajo. Pero ¡qué odioso, qué abominable es este monstruo! El egoísmo en último análisis viene á ser el despotismo. «Es un tirano feroz por naturaleza, que, lejos de pensar en nutrir á los demás con su substancia, sólo piensa en nutrirse á sí con la substancia de los demás. Es una bestia fiera que, dominada por la codicia ó por el hambre de riquezas, se forma en medio de la soledad un festín salvaje, á cuya participación no admite á ningún ser viviente, aunque éste fuese un padre ó un hermano.»¹ Tal vez os parezca exagerada esta pintura. ¡Ah! no lo creáis. Por desgracia no faltan tristes ejemplos que la justifiquen. Hablo del egoísmo en sí mismo. Si no os parece tal, es porque, á Dios gracias, no lo conocéis, porque no se deja ver esa odiosa figura entre nosotros, porque en las costumbres sociales de nuestro pueblo se conserva todavía la savia de generosos sentimientos que la religión de Jesucristo ha infiltrado en sus venas. En efecto, ved lo que hace la escuela del cristianismo con respecto á la naturaleza del trabajo. Hácelo expansivo, generoso y fraternal, en lugar de exclusivo y positivista; y eso por la acción combinada de tres elementos religiosos, á saber: la reparación, el sacrificio y la solidaridad, elementos que en el fondo vienen á constituir la verdadera caridad cristiana. Demos alguna ampliación á estas ideas; ellas nos servirán de base para comprender la grandeza de la caridad del santo Labrador, virtud que fué en él

¹ P. Félix, op. cit.

característica. ¡Qué hermosa es la idea de la reparación aplicada al trabajo! ¡Cuántas veces acudiría á la mente de San Isidro! El Señor, diríase á sí mismo, cuando más grande sentía el peso de sus faenas, el Señor acepta mi trabajo como una reparación de mis pecados y de los pecados de mis hermanos; soy, pues, un redentor y con el sudor de mi frente, como los anacoretas con su penitencia, puedo rescatar de la esclavitud del demonio las almas de tantos pobres pecadores. ¿No pensaría algo de esto aquel piadoso Labrador cuando viese los desórdenes que se cometían en el mundo, que ciertamente no escaseaban en su tiempo? Pues y la idea del sacrificio ¿no hace del trabajo un acto heroico de caridad? Á la luz del Calvario, yo, discípulo de Jesucristo, dice el trabajador cristiano, lo abrazo como un holocausto ofrecido á Dios, como un acto de inmólacion, en bien de la humanidad. Sobre todo, sabiendo como sé que en la gran familia humana hay tantos hambrientos y necesitados que son hermanos míos por naturaleza y por la gracia de adopción, yo trabajaré gustoso cuanto pueda, no para enriquecerme, sino para socorrer á esos pobres hermanos míos por naturaleza y por la gracia de adopción, solidarios conmigo en las miserias y trabajos del destierro. ¡He aquí la caridad! En Jesucristo y por Jesucristo todos formamos un cuerpo, como enseña el Apóstol¹, cuyos miembros están todos unidos por la comunidad del padecimiento. Un padecimiento más para mí es un padecimiento menos para mis hermanos: mi trabajo va á llevar el consuelo á los afligidos ó el rescate á los cautivos.

6. Tales sentimientos no podían menos de hallar amplia cabida en un corazón tan bondadoso como el de San Isidro, abrasado por otra parte en el amor á Jesucristo. ¿Sabéis cuál era su única ambición? El poder socorrer á

¹ Rom, 12, 5.

los pobres, á los desvalidos que carecían de pan. Para esto trabajaba, ó mejor dicho, redoblaba el trabajo; con ellos dividía su corto salario, más aún, su pobre comida, llegando á privarse enteramente de ella para dársela á los más necesitados que él. ¡Oh, qué entrañas tan tiernas las del santo Labrador! No podía ver hambrientos ni á los pajarillos del cielo. Para sustentarlos, para sustentar á las viles hormigas, gastaba buena cantidad de grano. Y ¡cómo se manifestaba complacido de esta caridad de su siervo el Dios de las misericordias! Innumerables milagros lo pusieron bien de manifiesto así á los ojos de los admiradores como á los de los detractores de la conducta del Santo. Oíd algunos, referidos con la sencillez de los antiguos biógrafos: «Un sábado, habiendo dado á los pobres todo lo que tenía de comer, vino un peregrino de nuevo á pedirle limosna, y no teniendo ya qué darle, ni sabiendo qué hacerse, dijo con gran confianza y humildad á su mujer: 'Ruégote por Dios, hermana, que, si sobra algo de la olla, des limosna á este pobre.' Ella, con estar cierta que no había sobrado nada, fué á la cocina para mostrar la olla vacía á su marido; mas hallóla toda llena como estaba antes que comiesen ni diesen limosna á los pobres, con lo cual dió de comer á aquel peregrino y á otros muchos que acudieron luego.»¹ ¿No veis aquí renovado por la fe y la caridad de San Isidro el gran milagro de la multiplicación de los panes en el desierto? ¿Qué tiene de extraño suponer que aquel pobre peregrino fuese un ángel ó el mismo Cristo, por cuya virtud se multiplicó el alimento? ¡Oh poder el de la misericordia! ¿Á quién no alentarán estos ejemplos á practicarla con mano pródiga y corazón generoso? San Isidro, amados fieles, no se contentaba con dar lo que buenamente podía: daba más de lo que podía humanamente, como

¹ Rivadeneyra, Flos Sanct.

acabáis de ver, porque contaba con los tesoros de la Providencia. Todos los sábados, en honor de la Virgen santísima, de quien era devotísimo, hacía comida aparte para los pobres, y así quiso Dios con el milagro referido, manifestarle lo que le agradaba aquella devoción. Pero esto de multiplicarse los bienes milagrosamente en las manos de Isidro fué cosa que le aconteció muchas veces; ¡tanta era la bondad divina y tan complaciente con su humilde siervo! Si los costales en que llevaba el trigo se menguaban por lo que daba en el camino á los pobres y á las avecillas, llegado al molino se hallaban enteros y llenos, quedando admirados los que lo veían. Si la cantidad de trigo que molía era poca por haber dado limosna abundante á los pobres, acontecióle resultar de aquello poco tanta harina que no cupo en el costal. Ni fué esto todo, porque habiéndolo advertido los molineros y sospechando que Isidro la hubiese hurtado en el molino, le preguntaron cómo, habiendo traído tan poco trigo llevaba tanta harina; á lo que respondió el Santo con inaudita paciencia: «Yo no soy ladrón; pero si creéis que la he hurtado, quedaos con la harina, volviéndome otro tanto de trigo como traje.» Hízose así; y en tornando á moler aquella poca cantidad, salió tanta harina como de antes. Con tan estupendas maravillas, volvía Dios por la honra del inocente calumniado, al mismo tiempo que aprobaba sus obras de misericordia. Interminable se haría este discurso si quisiéramos demostrar con hechos la insigne caridad del santo Labrador. Recordad solamente y grabad en vuestro corazón aquella máxima de Tobías que Isidro tenía por regla de conducta: «Si tuvieres mucho, da abundantemente; si poco, de aquello poco préciate de dar algo de buena gana.»¹ Y veamos ya cómo el trabajador cristiano, formado por el modelo de San Isidro, se presenta á la faz

¹ Tob. 4, 9.

del mundo entero con la aureola gloriosa de la dignidad y del honor.

III.

7. ¡Qué diferencia, amados fieles, la que media entre la dignidad cristiana y el orgullo! Acabáis de oír la respuesta de Isidro, el verdadero hombre de bien, á los injustos detractores de su honra, á los que le creían ladrón. ¡Qué dignidad la que brilla en las palabras y más aún en la severa actitud con que las pronuncia el varón santo! ¡Cómo recuerdan al divino Redentor cuando respondió con calma al que le afrentaba delante de Anás: «Si he hablado mal, muéstrame en qué; y si bien ¿por qué me hieres?»¹ ¡Qué habría hecho el orgullo humano, es decir, la falsa dignidad en semejante caso? Ya podéis imaginarlo. Esto os hará comprender cuán perfectamente se armonizan la virtud de la humildad, ó sea, el amor de las humillaciones, y la dignidad, ó sea el sentimiento legítimo de su propia grandeza, el respeto de sí mismo y la conciencia de sus derechos respecto á los demás. Y ¡cuán necesaria es esta dignidad para el hombre de profesión humilde como el pobre jornalero! Ella es el resorte capaz de levantar á un hombre cuya vida no tiene al parecer otro objeto que el de enriquecer á otro hombre y satisfacer apenas sus propias necesidades; es decir, gastar su cuerpo en crear la opulencia y obtener en cambio la facultad de no morir de hambre. Para contrapesar esta humillante posición, el cristianismo, rehabilitando el trabajo, restituye al obrero su dignidad, le imprime cierta majestad, le ciñe una aureola, le teje una corona con sus manos divinas. ¿Es éste un sueño ó una dulce realidad? Juzgadlo por lo que voy á decir: El obrero cristiano es el hombre que por su trabajo y su pobreza se asemeja más

¹ Io 18, 23.

á Jesucristo trabajador. ¿Puede imaginarse mayor gloria? Aun sin esto y sólo en vista de las consideraciones que nos ha sugerido la figura del glorioso San Isidro, la condición del obrero resulta revestida de verdadera nobleza y dignidad: ¡cuánto más resplandecerá en virtud de los divinos reflejos que proyecta sobre la faz del obrero la luz del Verbo encarnado hecho obrero en Nazaret!

8. De esta suerte el trabajo cristiano adquiere su verdadera armonía y recibe su legítima medida. El hombre, á la verdad, y diga lo que quiera una economía degradante, no ha nacido para consumirse y agotarse en un trabajo puramente material porque de él también se ha dicho: *Non in solo pane vivit homo*—«No sólo de pan material vive el hombre.»¹ Él tiene otras funciones más nobles que llenar, tiene trabajos más importantes en que entender. Quien quiera que sea, aunque pobre y rústico labriego, debe cultivar un campo más hermoso, el campo de su espíritu, y por fruto de este cultivo se promete algo más que la felicidad presente, la felicidad eterna. De esta labor ha dicho Dios á todos los hombres: *Negotiamini dum venio*—«Trabajad hasta mi vuelta.»² El primer negocio del trabajador cristiano, como de otro hombre cualquiera, llámese señor ó propietario, ha de ser el de la salvación de su alma, y por consiguiente, el del cumplimiento de sus deberes religiosos y morales. ¡Qué insensatez sería la del que sacrificase su salvación eterna al bienestar temporal propio ó ajeno! *Quam commutationem dabit homo pro anima sua?* decía el Salvador:—«¿Cómo podrá compensarse la pérdida del alma?»³ Por tanto su primer cuidado de cada día ha de ser, dedicar algunos momentos siquiera á la adoración del Criador, á la contemplación del cielo. ¡Qué ejemplar tan acabado de religiosidad tenéis en San Isidro, oh trabajadores cristianos!

¹ Matth. 4, 4.² Luc. 19, 13.³ Matth. 16, 26.

Escuchad algunos rasgos de su vida que os servirán de edificación, contribuyendo al mismo tiempo á la mayor gloria del santo Labrador. No contento con cumplir con el precepto de santificar las fiestas, madrugaba todos los días para oír no una sino todas las Misas que podía, visitando varias iglesias de Madrid, y fuera de esto empleaba gran parte del día en oración. Y ¿pensáis, amados fieles, que por darse á estos ejercicios de devoción faltaba Isidro á su obligación de trabajar, con menoscabo de la fortuna del amo á quien servía? ¡Ah! no creáis tal, porque no sólo sabía compensar con su propia diligencia el tiempo que daba á Dios, resultando al cabo del día que había hecho tanto y más que los otros trabajadores, sino que Dios mismo trabajaba por él con estupendos milagros como el de que arasen los bueyes por sí solos, sin regirlos nadie, y que los mismos ángeles del cielo le ayudasen á arar, como lo vió su amo con indescriptible asombro. Y preguntado el varón de Dios sobre este caso, respondió con encantadora sencillez: «Ningún hombre me ha ayudado sino Dios, que me ayuda siempre, y á quien invoco, y nunca me falta su misericordia y amparo.» ¡Oh bendita simplicidad la de aquel hombre, que le mereció tener á Dios por auxiliar de su trabajo! ¡Cuán confundidos quedaron, cuando esto vieron, los envidiosos detractores de la devoción de Isidro! ¡Cuán satisfecho su amo viendo en qué manos tan seguras había puesto sus heredades! ¿Qué más? Ved aquí otro favor extraordinario concedido por Dios á su siervo en prueba de lo que le agradaba su piedad fervorosa. No habiendo podido oír Misa cierto día de trabajo, sintiéndolo mucho el Santo, y á la tarde, vuelto del campo á Madrid donde vivía, fuése á la Iglesia de San Andrés, y hallándola cerrada hincóse de rodillas á la puerta para orar. ¿Qué pasó entonces? Que arrebatado en éxtasis fué llevado al cielo y vió celebraban los bienaventurados una Misa con gran solemnidad, la cual oída,

volvió á recobrar sus sentidos con inmenso consuelo de su espíritu. ¡Cómo se redoblaría su devoción en adelante! ¡Cómo se aumentaría la nuestra, carísimos hermanos, si supiésemos apreciar el valor infinito del santo Sacrificio! ¿Qué otra cosa es la Misa sino un remedo de la gloria?

9. Importa mucho insistir sobre la necesidad de armonizar el trabajo con el deber religioso, hasta para el bienestar económico de la sociedad. En efecto, ese deber, cumplido puntualmente, es el que proporciona el descanso necesario de alma y cuerpo al obrero fatigado con el trabajo de seis días continuos. ¿Por qué no respetar, como es debido, la gran ley intimada á la humanidad entera desde las cumbres inflamadas del Sinaí: «Seis días trabajarás, y el séptimo descansarás, porque ese día es mío, es el sábado ó descanso del Señor»? ¿Por qué no cumplir con esta ley ratificada por el soberano Legislador del mundo, Jesucristo, y promulgada constantemente por su representante sobre la tierra, la Iglesia católica? ¡Desgraciados los individuos y las naciones que violan por vergonzosas codicias y especulaciones sacrílegas esa ley de armonía entre el trabajo y el descanso! Ellos retrocederán paso á paso, forzados por la codicia ó por el egoísmo, hasta el oprobio de las antiguas servidumbres. . . . ¡Los rayos y truenos del Sinaí parecen figurar las tempestades sociales que más tarde ó más temprano, habrán de estallar sobre la cabeza de los violadores de la gran ley del domingo! . . . Por el contrario ¡qué puro y radiante sol se ve brillar sobre la frente del pueblo sometido á la ley providencial y protectora del obrero! Después de las fatigas y dolores del cuerpo viene á disfrutar, en medio de la luz y del incienso, todas las dulzuras y alegrías del espíritu. Después de las penalidades de la tierra, viene á respirar un poco de aire del cielo. . . . Al día siguiente volverá con nuevo vigor y nuevas fuerzas á emprender el trabajo interrumpido por la oración y fecundado por el reposo; y

la economía misma recogerá en aumento de producción, prosperidad y riqueza lo que ese pueblo recoge de su reposo bendito, en aumento de alegría, bienestar y felicidad ¹.

10. Concluyamos. Habéis visto, hermanos míos, en la noble figura de San Isidro el hermoso ideal del trabajador cristiano, del varón sencillo, caritativo y humilde que supo elevarse á la cumbre de la santidad entre las diarias faenas del campo. Grande debe de ser su mérito ante Dios y ante los hombres, pues si Dios le glorifica haciendo por su intercesión innumerables milagros, como atestigua la historia, la Iglesia le decreta los honores de los grandes santos, y los reyes de España le erigen por Patrono de su corte. ¿Qué haremos nosotros, humildes devotos del santo Labrador? Pues inclinarnos reverentes ante su sagrada imagen y poner bajo su amparo nuestros bienes y personas, suplicándole nos alcance la gracia de imitar sus virtudes para tener algún día la dicha de ir á compartir su gloria en la bienaventuranza. Así sea.

Del Beato Juan Eudes, fundador de la Congregación de Jesús y María.

(Predicado en las fiestas de la Beatificación, Cartagena, Agosto de 1909.)

El Apóstol de Normandía en el siglo XVII.

Existimo enim nihil me minus fecisse a magnis apostolis. ² Cor. 11, 5.

1. Un nuevo astro, un luminar celeste, y no de pequeña magnitud, se ve rutilar en el firmamento de la Iglesia: todos los ojos se tornan hacia él, todos los fieles lo miran de hito en hito con admiración y encanto: su luz irradia hoy sobre la tierra de Colón, y Cartagena, la ciudad de San Pedro Claver, se ve favorecida con sus vívidos

¹ P. Félix, op. cit.

CÁCERES, El Púlpito americano. IV.

volvió á recobrar sus sentidos con inmenso consuelo de su espíritu. ¡Cómo se redoblaría su devoción en adelante! ¡Cómo se aumentaría la nuestra, carísimos hermanos, si supiésemos apreciar el valor infinito del santo Sacrificio! ¿Qué otra cosa es la Misa sino un remedo de la gloria?

9. Importa mucho insistir sobre la necesidad de armonizar el trabajo con el deber religioso, hasta para el bienestar económico de la sociedad. En efecto, ese deber, cumplido puntualmente, es el que proporciona el descanso necesario de alma y cuerpo al obrero fatigado con el trabajo de seis días continuos. ¿Por qué no respetar, como es debido, la gran ley intimada á la humanidad entera desde las cumbres inflamadas del Sinaí: «Seis días trabajarás, y el séptimo descansarás, porque ese día es mío, es el sábado ó descanso del Señor»? ¿Por qué no cumplir con esta ley ratificada por el soberano Legislador del mundo, Jesucristo, y promulgada constantemente por su representante sobre la tierra, la Iglesia católica? ¡Desgraciados los individuos y las naciones que violan por vergonzosas codicias y especulaciones sacrílegas esa ley de armonía entre el trabajo y el descanso! Ellos retrocederán paso á paso, forzados por la codicia ó por el egoísmo, hasta el oprobio de las antiguas servidumbres. . . . ¡Los rayos y truenos del Sinaí parecen figurar las tempestades sociales que más tarde ó más temprano, habrán de estallar sobre la cabeza de los violadores de la gran ley del domingo! . . . Por el contrario ¡qué puro y radiante sol se ve brillar sobre la frente del pueblo sometido á la ley providencial y protectora del obrero! Después de las fatigas y dolores del cuerpo viene á disfrutar, en medio de la luz y del incienso, todas las dulzuras y alegrías del espíritu. Después de las penalidades de la tierra, viene á respirar un poco de aire del cielo. . . . Al día siguiente volverá con nuevo vigor y nuevas fuerzas á emprender el trabajo interrumpido por la oración y fecundado por el reposo; y

la economía misma recogerá en aumento de producción, prosperidad y riqueza lo que ese pueblo recoge de su reposo bendito, en aumento de alegría, bienestar y felicidad ¹.

10. Concluyamos. Habéis visto, hermanos míos, en la noble figura de San Isidro el hermoso ideal del trabajador cristiano, del varón sencillo, caritativo y humilde que supo elevarse á la cumbre de la santidad entre las diarias faenas del campo. Grande debe de ser su mérito ante Dios y ante los hombres, pues si Dios le glorifica haciendo por su intercesión innumerables milagros, como atestigua la historia, la Iglesia le decreta los honores de los grandes santos, y los reyes de España le erigen por Patrono de su corte. ¿Qué haremos nosotros, humildes devotos del santo Labrador? Pues inclinarnos reverentes ante su sagrada imagen y poner bajo su amparo nuestros bienes y personas, suplicándole nos alcance la gracia de imitar sus virtudes para tener algún día la dicha de ir á compartir su gloria en la bienaventuranza. Así sea.

Del Beato Juan Eudes, fundador de la Congregación de Jesús y María.

(Predicado en las fiestas de la Beatificación, Cartagena, Agosto de 1909.)

El Apóstol de Normandía en el siglo XVII.

Existimo enim nihil me minus fecisse a magnis apostolis. ² Cor. 11, 5.

1. Un nuevo astro, un luminar celeste, y no de pequeña magnitud, se ve rutilar en el firmamento de la Iglesia: todos los ojos se tornan hacia él, todos los fieles lo miran de hito en hito con admiración y encanto: su luz irradia hoy sobre la tierra de Colón, y Cartagena, la ciudad de San Pedro Claver, se ve favorecida con sus vívidos

¹ P. Félix, op. cit.

CÁCERES, El Púlpito americano. IV.

fulgores... Juan Eudes, sacerdote francés del siglo XVII, ha sido sublimado por el Papa Pío X, con el título de Beato, al honor de los altares. Roma y Europa entera le han tributado los supremos homenajes reservados para los héroes de la religión: Cartagena de Colombia, haciéndose eco, aunque débil, de la cristiandad, viene, se agolpa en este templo para rendirle en estos días el tributo de su cristiana piedad, aplaudiendo las virtudes del Siervo de Dios y elevando sus plegarias hasta el trono del Santo.

Y henos aquí, carísimos hermanos en nuestro Señor Jesucristo, en el solemne triduo con que los hijos del bienaventurado Juan Eudes, Directores de este seminario, han acordado celebrar la gran festividad de la Beatificación de su amadísimo Padre, tantos años anhelada y en buena hora decretada por el supremo Jerarca de la Iglesia con aplauso de todo el orbe católico. Y aquí me tenéis también, por el voto de persona respetable, de persona á quien debo complacer, no menos que por mi propio anhelo de contribuir con el modesto contingente de mi palabra á la glorificación del gran amigo de Jesús y de su Compañía, empeñado en hacer el panegírico del bienaventurado Confesor de Cristo, gloria de la Iglesia de Francia y uno de los más ilustres, aunque menos conocidos personajes de aquel siglo de oro de la literatura francesa, tan fecundo en santos como en sabios, guerreros y hombres públicos. ¡Empeño difícil ciertamente, aunque facilitado en gran parte por el conocimiento que de mi héroe ha adquirido este auditorio, mediante la sencilla y amena exposición que de la vida del Beato Eudes ha escuchado de labios de uno de sus hijos!

2. ¿Facilitado he dicho, amadísimos oyentes? Pero si ya le conocéis perfectamente ¿qué más puedo yo decir en su alabanza? Referir los hechos de su vida, desde la cuna hasta el sepulcro, ¿no es hacer su más brillante panegírico? ¿no es presentarlo de cuerpo entero á vuestra admi-

ración? Permitidme, sin embargo, que, aunque absorto en la contemplación del conjunto de este cuadro portentoso de la vida del varón santo, me detenga á contemplarlo en detalle, ó mejor dicho, fije la mirada en la gran figura que sobre ese fondo de azul y nácar se destaca coronada con nimbos de gloria celestial. Á la verdad sería temerario intento el querer abarcar el asunto en toda su amplitud, siendo tantos los títulos que ofrece nuestro héroe á la admiración y á la alabanza, de los que sólo citaré los de misionero apostólico, fundador de seminarios, institutor de varias órdenes religiosas, escritor ascético de primera nota, promotor, en fin, de la devoción á los sagrados Corazones de Jesús y María, y autor del culto litúrgico de los mismos. ¿Cómo podría yo abrazar en los estrechos límites de un discurso lo que esos títulos encierran, siendo cada uno de ellos bastante para dar celebridad á un hombre? Contentaréme, pues, con el primero, con el que, á mi juicio, caracteriza mejor al Beato Eudes, al varón apostólico cuya voz de trueno removía los abismos de las conciencias y de las sociedades en masa, obrando maravillas semejantes á las de los mayores apóstoles de la Iglesia de Cristo. Bien pueden ponerse en los labios del Apóstol de Normandía en el siglo XVII, las palabras que con no menor humildad que sinceridad decía de sí el Apóstol por excelencia: *Existimo*... «Pienso no haber hecho menos que cualquiera de los grandes apóstoles.»¹ En efecto, hermanos carísimos, ahí están los hechos que arrojan luz clarísima sobre la grandeza de su apostolado. Y esos hechos presuponen, como causa adecuada, un cúmulo de dotes naturales y sobrenaturales, cuales corresponden á un verdadero apóstol de Jesucristo, del tipo de aquellos que plantaron la Iglesia con sus sudores y su sangre. En dos palabras: hazañas apostólicas; dotes apostólicas del Beato

¹ 2 Cor. 11, 5.

Eudes; he aquí el asunto de vuestra atención y de mi discurso.

I.

3. La predicación es sin duda el ministerio apostólico por excelencia. Jesucristo, el primer apóstol, como enviado por el Eterno Padre á negociar la salvación del mundo¹, iba por todas partes predicando el Evangelio del reino y curando enfermos². Los apóstoles fueron enviados á predicar á todas las naciones la buena nueva³. Y ellos fueron y predicaron en toda la tierra, cooperando con ellos el Señor con signos y milagros⁴. Saulo, acabado de convertir en Pablo, predicaba á Jesús en las sinagogas⁵. De ahí en adelante no hizo más que predicar á Jesucristo crucificado⁶. Y aseguraba á los fieles de Corinto que su misión no era la de bautizar sino la de predicar el Evangelio⁷. Y á la verdad, ¿cómo habrían podido los apóstoles enseñar á los hombres la ley de Jesucristo, según la orden recibida: *docete*, si no hubiesen echado mano de la predicación? ¿Cómo podría haberse establecido el imperio de la fe en el universo sino por medio de la palabra divina que, oída, despierta la fe en los corazones, según aquello del Apóstol: *Fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi*⁸. Y lo que él mismo añade: ¿cómo oirán si no se les predica? Ahora bien, para predicar es preciso ser enviado: *Quomodo prædicabunt, nisi mittantur?*⁹ Luego la misión apostólica tiene por objeto primario y fin directo la predicación. «Id... y predicad.»¹⁰ He aquí la gran función apostólica desempeñada á maravilla por el bienaventurado Juan Eudes: la de pregonero de la divina palabra. He aquí la ocupación principal, si no única, de

¹ Io. 3, 17.² Matth. 4, 23.³ Marc. 16, 13.⁴ Ibid. 16, 20.⁵ Act. 9, 20.⁶ 1 Cor. 1, 23.⁷ Ibid. 1, 17.⁸ Rom. 10, 17.⁹ Ibid. 10, 14.¹⁰ Marc. 16, 15.

aquella larga vida de cerca de ochenta años, más de cincuenta de los cuales fueron consagrados á la predicación. En más de cien grandes misiones, fuera de otros muchos retiros, cuaresmas y advientos, dejó oír su palabra evangélica dentro y fuera de los templos, en una multitud de ciudades y pueblos de Francia.

Nuestro Bienaventurado, cuya vida conocéis lo bastante, á lo menos en sus principales rasgos, había recibido indudablemente la misión de predicar á los pueblos de Francia en el siglo XVII. Llevábale á los púlpitos la voz de la naturaleza; impulsábale á hablar la inspiración de la gracia. Como á Isaías parece le hubiera dicho Dios: *Clama, ne cesses*—«Grita sin descanso: haz resonar tu voz á manera de trompeta, y declara á mi pueblo sus maldades y á los hijos de Israel sus pecados.»¹ Ó, para hablar con más exactitud, así como en el siglo XIII escogió Dios á aquel gran vocero de su palabra, Vicente Ferrer, para que llamase á esos mismos pueblos de Francia á penitencia y salvación, amedrentándolos con la venida del supremo Juez el día del juicio final; así también en pleno siglo decimoséptimo, destinó á Juan Eudes á recorrer las provincias de Bretaña y Normandía llamando á los pueblos que extraviaron la herejía de Calvino y las guerras civiles, á retornar á la verdadera fe y reformar las costumbres estragadas. Juan Eudes, sacerdote piísimo, en quien brillaban las más puras virtudes, sobresaliendo entre todas una caridad heroica de que acababa de dar brillantes pruebas asistiendo día y noche á los apestados de Caen, sintióse llamado por Dios al arduo ministerio de la predicación en aquel género de ejercicios de piedad llamado *misiones*, en que la predicación dirigida á las muchedumbres se prolonga por semanas y aun meses enteros.

¹ Is. 58, 1.

4. Fiel á la voz del Señor y apoyado en la bendición de los prelados, conságrase de lleno á este sublime ministerio, para el cual se asocia á otros sacerdotes que él mismo acaba de perfeccionar con sus lecciones y ejemplos. ¡Oh! y ¡cuánto necesitaban aquellos aciagos tiempos de la acción apostólica de nuestro misionero! Contestes los historiadores atestiguan el estado lastimoso de corrupción moral en que habían caído muchos pueblos. «Difícilmente se alcanzaría hoy», dice un respetable historiador, «á tener idea de la ignorancia y libertinaje de aquella época. El clero mismo, olvidado de sus deberes, dejaba á los fieles sin socorros espirituales, sin instrucción y á menudo sin sacramentos. El pueblo, principalmente de los campos, ignoraba las verdades fundamentales de la religión, y se dejaba arrastrar á los vicios, al perjurio, al homicidio.»¹ Era, pues, urgente la necesidad de que resonara la palabra divina en los labios del predicador de Cristo, pero con la fuerza del trueno que azota el desierto y despedaza los cedros gigantes: *Vox Domini concutientis desertum, confringentis cedros*²; con una vehemencia capaz de conmover hasta el fondo las apiñadas muchedumbres y de rendir á penitencia los más duros y rebeldes pecadores. Preciso era, para remediar aquellos males extremos, que se dejara oír la voz inspirada de un verdadero apóstol de Jesucristo. Y que tal fuese en efecto el esclarecido Fundador de la Congregación de Jesús y María, dicenlo á voces los maravillosos resultados obtenidos dondequiera que dejó oír su voz el santo Misionero.

5. Incalculables, copiosísimos fueron los frutos de aquellas gloriosas expediciones sagradas. De una de esas misiones predicada en París escribía el incomparable San Vicente de Paúl, abonadísimo testigo: «Algunos sacerdotes de Normandía, dirigidos por el Padre Eudes, han

¹ *Martine*, Vida del B. Juan Eudes.

² Ps. 28, 5.

venido á predicar en París una misión que ha producido admirables resultados.» Es un santo el que así habla. Y añade un historiador que el Papa Alejandro VII fué informado de que «París jamás había visto nada comparable á los frutos de esta misión». Mucho decir parece eso, hermanos carísimos; más no debe creerse exagerado. ¿Quién no admira desde luego la enorme multitud de gentes que se agolpaban alrededor de la cátedra del Orador sagrado? Lo habéis oído: quince mil, veinte y hasta treinta y cuarenta mil personas formaban á veces su auditorio, que los templos más espaciosos no bastaban á contener. Compréndese el hambre de verdad religiosa que sentían aquellos pueblos, católicos en el fondo, aunque por el momento descarriados. Mas ¿quién no advierte lo que esas numerosas concurrencias dicen del renombre alcanzado por el célebre Predicador? Y no se crea que fuesen solamente las gentes rústicas ó campesinas las que acudían desaladas á alimentarse del pan de la palabra del Beato Eudes; oíanle personas de todas condiciones, jóvenes y ancianos, doctos é ignorantes, magistrados y artesanos, y no sólo nobles caballeros y damas de la corte sino hasta prelados y personas reales. Vierais asistir en París y seguir el curso de los ejercicios á la reina madre acompañada de las damas de su servicio. Vierais al gran rey Luis XIV escuchando con religiosa compostura al humilde Misionero. Pero ¿qué decir del fruto espiritual cosechado en aquellas concurridísimas misiones? No resonaban los ámbitos con vanos aplausos; pero se oían por todo el concurso los ayes de los pecadores compungidos, veíanse correr las lágrimas de los penitentes y alguna vez se alzaba formidable el grito de «¡misericordia!» Hacíanse procesiones de penitencia, los confesonarios estaban asediados de tal suerte que no bastaron cincuenta sacerdotes para satisfacer el deseo de los que acudían al santo tribunal, por lo que se hacía necesario prolongar hasta dos y tres meses la misión.

Á las confesiones seguían las comuniones llamadas generales por lo numerosas, distribuidas los jueves y domingos, acompañadas de fervorosos actos de preparación y acción de gracias. ¡Qué espectáculos ofrecían estas comuniones, no vistas durante largos años en muchas de aquellas poblaciones inficionadas de vicios y herejías, ó por lo menos aletargadas en profunda indiferencia religiosa! ¡Con qué júbilo contemplaban los pastores celosos la vuelta de las ovejas al redil? Tras esto venían naturalmente la enmienda de costumbres, la reparación de agravios é injusticias, la restitución de bienes mal habidos, la paz de las conciencias, el bienestar general. ¿Quién no saludaría en el Apóstol de Cristo al bienhechor de la sociedad, no menos que al salvador de las almas? Fruto especial del poderoso ascendiente ejercido por la palabra del Beato Eudes sobre las masas, fué el haber desarraigado inveterados desórdenes y costumbres licenciosas que personas de mucha autoridad no habían podido destruir, y, lo que más es, cambiar aquellos abusos en piadosos ejercicios de devoción á la Madre de Dios.

6. Pero mirad al león de la cátedra sagrada transformado en manso cordero, al vehemente fustigador de los vicios en el púlpito, trocado en amoroso pastor en el santo tribunal de la penitencia. Para desempeñar cumplidamente las funciones de apóstol, para obrar esas grandes y portentosas conversiones de las almas, no basta la predicación general que mueve los corazones en común á detestar el pecado y á separarse del camino de la perdición; es necesaria también la predicación individual, la exhortación privada que acaba de rendir al pecador arrepentido y le fija de una vez para siempre en el propósito de entrar por nueva senda de virtud y salvación. En el confesonario es propiamente donde se recoge el fruto sembrado en la predicación. Si ésta no impele eficazmente á los pecadores á arrojarse á los pies de Jesucristo, representado en su

ministro, para declarar sus faltas é implorar la absolución, apenas puede llamarse predicación fecunda y apostólica. En el sacramento humilde pero admirable de la penitencia es donde se celebra la reconciliación del mal hijo con su Padre celestial, y, por consiguiente es allí donde queda asegurada la salud del alma, objeto final de todas las fatigas del apóstol. De aquí la necesidad no sólo de confesores en gran número en esas grandes avenidas de fieles, sino de buenos y excelentes confesores. Éralo en sumo grado el bienaventurado Padre Eudes, tanto que, en sentir de sus biógrafos, no es fácil decidir en cuál de los dos ministerios, si en el del púlpito ó en el del confesonario, fué más eminente, dudándose con razón por cuál de esas funciones ganó más almas para Dios. Era el confesor prudente, tan apartado de la severidad extremada como de la excesiva complacencia. No era de esos confesores duros y severos (dice un biógrafo) que no guardan ningún miramiento á la humana flaqueza, ni tienen compasión de la debilidad de los pobres pecadores; directores rigoristas, más bien que rígidos, que hacen tan difícil y tan arduo el camino del cielo, que apenas hay quien tenga valor para emprenderlo. Tales eran los sacerdotes contaminados de la herejía jansenista muy extendida en aquella época. No era tampoco de esos otros directores flojos que, condescendiendo con las pasiones de los pecadores, los lisonjean y entretienen en el desorden. Igualmente alejado de los dos extremos, no transigía jamás con el pecado, pero trataba con entrañas de padre al pecador. Miradle, amados fieles, sentado en el confesonario y rodeado de una multitud de penitentes que se renueva sin cesar, porque todos anhelan recibir de su mano la absolución sacramental. Entre ellos hay grandes pecadores, envejecidos en el crimen, pero tocados ya de la gracia y dispuestos sinceramente á convertirse á Dios. Á éstos es á quienes con más cariño acoge nuestro Apóstol, los

brazos abiertos, y el crucifijo en la mano, rebosándole de amor el corazón, inspirado en los sentimientos del divino Corazón de Jesús. Dulzura, paciencia, prudencia y longanidad: de todas estas virtudes se arma para lograr el anhelado fruto de su celo, la conversión de aquellas almas que se han puesto bajo su dirección. Y lo consigue, porque, á fuer de buen samaritano, sabe derramar óleo y vino sobre las heridas mortales que el pecado ha hecho en aquellas almas desgraciadas.

7. Admirad, hermanos carísimos, el arte maravilloso con que ayuda á los pecadores á desenmarañar la conciencia, haciéndoles recordar sus faltas por medio de discretas preguntas con que suple diestramente el defecto de examen, para muchos difícil en extremo. Era tal el método y la práctica que en este ministerio tenía el santo Misionero, que en menos tiempo del que los penitentes se figuraban quedaba terminada su confesión general, aunque fuese de muchos años y llena de dificultades. Pero sobre todo, ¡qué gracia le había comunicado el Señor para excitar en los más duros y fríos corazones el sentimiento de la compunción! ¡Tan penetrado estaba él mismo de este piadoso sentimiento, que no le era posible en muchas ocasiones reprimir las lágrimas! ¡Qué sentiría, pues, el penitente viendo á su confesor tan compungido! *Si vis me flere, decia un antiguo preceptista, dolendum est tibi primum.* En efecto, es imposible no ablandarse el corazón á la vista de las lágrimas, y más cuando esas lágrimas se vierten por el amor y la compasión de nuestros propios males. ¡Él llora por mí! y ¿yo no he de llorar? Con la vista clavada en aquel crucifijo que no soltaba de la mano mientras confesaba, lloraba amargamente nuestro Bienaventurado por los cruelísimos tormentos que el pecado había costado al Redentor, y al mismo tiempo la compasión que le inspiraba el deplorable estado de los pecadores ponía en sus labios palabras tan conmovedoras, frases tan

ardientes que los hacían derretirse en llanto. ¡Qué espectáculo tan grato al Redentor, el ver correr á una las lágrimas del hijo pródigo con las del padre misericordioso! ¡Afortunados penitentes á quienes concedió el cielo tan santo confesor! Ya no me admira que todos se disputasen la dicha de postrarse á sus pies. Y ¿cómo no había de quedar asegurada después de esto la perseverancia de aquellas almas en el bien? Y no eran sólo los grandes pecadores los que acudían al confesonario del bienaventurado Juan: era toda clase de personas la que le buscaba, ya para pedir consejos en sus dudas, ya para poner en manos del siervo de Dios sus diferencias, ya, en fin, para consultarle en sus negocios, no sólo espirituales sino aun temporales. ¡Tanta era la fe que en él tenían! ¡Oh! ¡cuántas reconciliaciones de encarnizados enemigos no efectuó, merced al don singular que para este objeto le concediera el Señor!

El templo, sin embargo, no era el único teatro donde se ejercía la caridad inagotable de este varón apostólico: éranlo también las casas religiosas, las cárceles, los hospitales, los sitios todos donde podía hacer el bien. Á todas partes llevaba consuelos y socorros; y en todas se mostraba idéntico á sí mismo, siempre afable, accesible á cuantos le necesitaban, pronto á prestarles gustoso sus servicios. Lo único que le apenaba, que le desgarraba, diré mejor, el corazón, era no poder satisfacer por sí ni por sus colaboradores á las infinitas necesidades de los fieles, mayormente de los pobres que veía alejarse sin consuelo. ®

II.

8. Á cualquiera se le alcanza, hermanos carísimos, que tan portentosos trabajos apostólicos suponían necesariamente extraordinarias dotes apostólicas en el bienaventurado Juan Eudes, y tales eran sin duda alguna las que Dios, como autor de la naturaleza y de la gracia le

había otorgado á manos llenas para promover su mayor gloria. Estas dotes debemos conocer á fondo para glorificar á Dios en su gran siervo. Ni sería posible formar idea adecuada del carácter de nuestro héroe á menos de reconocer y admirar en él un cúmulo de talentos extraordinarios para el ministerio de la predicación. Conociéronlo sus superiores, quienes, apenas ordenado de sacerdote, le destinaron casi exclusivamente al ministerio de las misiones. Su facilidad para hablar en la cátedra sagrada, aun sin preparación inmediata, era pasmosa; pero no lo era menos su fecundidad de ideas y la claridad y precisión con que las exponía. Su expresión era fuerte y llena de vehemencia, semejante á la de los profetas, la más adaptada para fulminar contra los vicios y aterrorizar á los más impertérritos pecadores, con lo que lograba á cada paso aquellos gloriosos triunfos de la elocuencia sagrada que consisten, no en recoger aplausos de la multitud sino en doblegar los espíritus rebeldes á la gracia. Oyéndole otros afamados predicadores, que los tuvo de primer orden aquel siglo, como el gran Bossuet, veíanse obligados á exclamar: «Así, así es como nosotros debiéramos predicar.»¹ Á este fuego en el decir, á esta energía apostólica ayudaba en gran manera aquella voz vibrante, sonora, persuasiva con que dominaba los inmensos auditorios, que, como hemos visto, no cabían en los más espaciosos templos. Todo esto es admirable ciertamente; mas ¿de qué le habrían servido al varón santo tan ricas facultades, si él no hubiese sabido corresponder al Dador de ellas con la generosidad del siervo bueno y fiel?

9. Y ¿en qué os parece, hermanos míos, que se mostró acendrada la fidelidad del bienaventurado Juan? Desde luego, como salta á la vista, en no haberse atribuído á sí mismo aquellos dones, como se los arrogaba el impío

¹ Martine, op. cit.

orgullosa que decía: *Labia nostra a nobis sunt; quis noster Dominus est?* — «Somos dueños de nuestros labios: ¿quién es nuestro Señor?»¹ No es pequeña virtud, aunque tal parezca, el solo no apropiarse los dones de Dios. Esta virtud es la santa humildad que canta á todas horas el himno de la gloria de Dios: *Soli Deo honor et gloria*², y no sabe engalanarse con atavíos ajenos, como si de sí misma los hubiera ó con su propia industria los hubiese allegado. Para conservar el sentimiento íntimo de su propia nada, aunque se vea el hombre enriquecido con muchos y grandes dones del cielo, es preciso contrariar vigorosamente la tendencia natural que nos arrastra á obrar como dueños absolutos de lo que no somos más que usufructuarios ó dispensadores: es preciso, pues, sobreponernos á nosotros mismos. Y ¿quién más humilde que Juan Eudes? ¿quién tuvo más bajo concepto de sí, creyendo que nada era, ni nada valía, ni tenía de suyo más que el pecado? Éstos eran sus sinceros sentimientos. De allí aquel horror que le inspiraban los aplausos del mundo; de allí aquel su apego de corazón á las humillaciones. Esta sólida virtud fué precisamente la que le granjeó tanta estima y veneración de parte de los buenos que admiraban en él al varón santo, al hombre de Dios, digno de ocupar los más elevados puestos de la jerarquía.

Mas no contento con atribuir á Dios los talentos recibidos, aplicóse el siervo fiel á negociar con el caudal de su Señor para tener la dicha de volvérselo centuplicado. Operario incansable, consagró la vida entera á las rudas tareas del apostolado, sin desaliento ni descanso, pudiendo afirmar como el Apóstol, que había trabajado más copiosamente que todos, aunque no él, sino la gracia de Dios, que le asistía³. Y á la verdad podía asegurarlo sin temor

¹ Ps. 11, 15.

² Rom. 16, 17.

³ 2 Cor. 12, 12.

de ser desmentido. Su actividad, como sabéis, fué prodigiosa y no es menester insistir más en la enumeración de los grandes trabajos apostólicos y empresas colosales llevadas por él á cabo para gloria de Dios, honor de la Iglesia y beneficio de la sociedad.

10. En lo que sí me place fijar más detenidamente la mirada de la consideración, amados oyentes, es en aquellas grandes virtudes que tanta eficacia comunicaron á la palabra del Predicador evangélico, y fueron, por decirlo así, las señales inequívocas de su apostolado. Á semejanza del Apóstol de las gentes, podía afirmar: «Yo os he dado claras señales ó pruebas evidentes de mi apostolado con manifestar una paciencia heroica, con prodigios y milagros y obras extraordinarias del poder divino.»¹ Prodigios fueron ciertamente en el orden moral aquellas conversiones de pecadores, verdaderos milagros de la gracia; mas no lo fueron menos aquel celo ardentísimo de la salvación de las almas que devoraba el corazón del Bienaventurado, aquel desinterés sublime y, por abreviar, aquella paciencia á toda prueba que le sirvió de escudo contra los tiros de sus perseguidores.

¿No os arrebatara, hermanos míos, aquel celo, virtud sacerdotal y eminentemente apostólica, sin cuyo fuego la palabra del orador, por muy brillante que sea, es fría y estéril, la acción carece de vigor y acierto, y el éxito resulta completamente nulo? Los sentimientos del sacerdote Juan Eudes eran los mismos que manifestaba San Pablo á sus hijos de Corinto cuando les escribía: «Yo me sacrificaré gustosísimo y me consumiré todo por el bien de vuestras almas, aunque no correspondáis á la grandeza del amor que os tengo.»² ¿Por ventura no se sacrificaba de todo corazón el Apóstol de Normandía por puro amor de las almas, sin más halago que el de la salvación de sus

¹ 2 Cor. 12, 12.

² Ibid. 12, 15.

hermanos? Como amaba tanto á Dios, amaba también á los hombres creados para gloria de Dios y trabajaba siempre *corde magno et animo volenti*—«con un corazón grande y generoso», según sus propias expresiones. Y por dar gloria á Jesús y salvar almas que tanto costaron al Salvador, sentíase dispuesto no sólo á darlo todo sino aun á sacrificar la propia vida. Empapado como estaba en el espíritu del Corazón de Jesús, amaba entrañablemente á los pecadores, cuya perdición lloraba y por cuya felicidad eterna se desvivía. Como Jesús, podía decir en sus misiones: «No he venido á llamar á los justos sino á los pecadores»¹; y á éstos era á quienes acogía con mayor agrado. Los pobres y menospreciados del mundo formaban el objeto de su predilección: *Pauperes evangelizantur*².

Mas ¿de dónde sacaba ese ardor sagrado que inflamaba su mismo semblante, sino de la fragua de la oración, á cuyo ejercicio se entregaba antes de dar principio á sus expediciones apostólicas, digo mal, á cuya práctica vivía constantemente entregado, orando sin interrupción, como aconseja el Apóstol?³ ¿Su presencia de Dios no era continua? Bien podía decir como el Profeta: *In meditatione mea exardescet ignis*⁴, porque éste era el horno en que se encendía más y más la llama de su apostólico celo.

11. Éste era puro como el oro acendrado en el crisol de la divina caridad. Y así tenía que ser, porque si no amaba más que á Dios y por amor á Jesús á los hombres redimidos con la sangre de Jesús, ¿cómo había de buscar mezquinos intereses en sus penosas faenas? ¿Quién pudo decir con más verdad lo que San Pablo á los de Corinto: «No busco vuestros bienes, sino á vosotros?»⁵ y á los de Mileto: «Bien sabéis que no he codiciado la plata ni el

¹ Math. 9, 13.

² Ibid. 11, 5.

³ 1 Thess. 5, 17.

⁴ Ps. 38, 4.

⁵ 2 Cor. 12, 14.

oro ni el rico vestido de ninguno.»¹ Y nada más á propósito que este desinterés para conciliarse el aprecio, la veneración y la confianza tan necesarios para el éxito de los trabajos apostólicos, como sea bien conocido de toda clase de personas. Nada por el contrario tan perjudicial para el misionero, predicador ó confesor, como la idea infundida, con fundamento ó sin él, en la mente de los fieles, de que el ministro de Dios no busca puramente el fruto espiritual, sino también, y quizás de preferencia, el propio lucro temporal. Lo mismo en los pueblos cristianos que entre los infieles, la menor sospecha de avaricia en los obreros evangélicos es bastante para impedir todo el fruto que debiera esperarse de la predicación. Por desgracia en aquella época, no mejor que la nuestra, había cundido entre los pueblos la idea ó persuasión de que el sacerdote en las funciones de su alto ministerio buscaba más sus intereses pecuniarios que el interés espiritual de las almas por quienes trabajaba. Mas ¿quién pudiera imaginarse algo semejante tratándose del santo Misionero de Normandía, cuyo desprendimiento perfectísimo era tan evidente á todo el mundo como la luz meridiana? En vano la vil calumnia intentó herirle así á él como á sus compañeros: su profundo desprecio no sólo de las riquezas sino aun de las comodidades ordinarias de la vida confundió á sus procaces enemigos. Su vida era un espejo clarísimo de austeridad y penitencia. Y este espíritu logró infundir en sus consocios, llegando su circunspección hasta negarse á aceptar las dádivas ó limosnas espontáneamente ofrecidas por los fieles, fuera de lo puramente necesario para el sostenimiento de las misiones. Su norma era el consejo del divino Salvador á sus discípulos: «Dad gratis lo que gratuitamente recibisteis.»²

¹ Act. 20, 20.² Matth. 10, 8.

12. La paciencia á toda prueba fué siempre carácter distintivo de los verdaderos apóstoles de Cristo. *In multa patientia*, decía el Apóstol¹. Porque siendo esta virtud la que da la última perfección á las obras: *Patientia opus perfectum habet*², ¿cómo podría llevarse á cabo la magna obra de la salvación de las almas sino á fuerza de paciencia? Á Timoteo exhorta San Pablo que arguya, ruegue, reprenda, pero con toda paciencia y doctrina³. Y ¿qué campo como el apostolado para brotar espinas de contrariedades y persecuciones? Recordad, hermanos carísimos, las que padeció el Apóstol de las gentes, de las que hizo participante á su amado discípulo Timoteo, lo mismo que de su doctrina, institución y fe⁴. ¡Oh! y ¡cuántas no padeció también este otro imitador y émulo de los varones apostólicos, el bienaventurado Juan Eudes! Persiguiéronle encarnizadamente, como era de ley, los enemigos declarados de la fe ortodoxa, calvinistas y sectarios de Jansenio; persiguiéronle también los enemigos de la virtud, libertinos seculares y aun sacerdotes relajados; persiguiéronle ¿quién tal creyera? los mismos buenos, obcecados por la calumniosa información de los malos. Porque ¡cuántas y cuán negras calumnias no tuvo que afrontar! ¡qué de obstáculos no se le suscitaron á cada paso! ¡qué de dificultades no se opusieron á sus obras! Respecto á las misiones ¡qué de prevenciones y cábalas! Ocasión hubo, escribe un biógrafo, en que todo el pueblo donde iba á darse la misión estaba tan mal prevenido contra los misioneros, que no encontraban quien los alojase. Tanto los habían desacreditado que, al llegar, fueron recibidos con burlas y escarnios por toda la población. El mismo bienaventurado Padre escribe que se le trataba de anticristo, seductor y hechicero. ¡Cuántos esfuerzos no haría el

¹ 2 Cor. 12, 12.² Iac. 1, 4.³ 2 Tim. 4, 2.⁴ Ibid. 3, 11.

demonio para no perder la posesión de tantas almas! Y entre tanto ¿qué hacía el verdadero Apóstol? Conservar la invariable serenidad de su espíritu, perdonar á sus pobres enemigos, no responder á sus injurias sino trabajando con mayor empeño, si cabía, y dejar á Dios su defensa con absoluta confianza. Aun más: bendecía á Dios y, como el Apóstol, se gloriaba en la tribulación. «La gracia de las gracias», decía, «es la multitud de cruces que mi adorable Crucificado me da. Deseo que por ello sea alabado y glorificado eternamente.»

13. Demos también nosotros, carísimos oyentes, gracias infinitas al Dios de las misericordias por haber dado al mundo en el bienaventurado Juan Eudes tan insigne apóstol, digno émulo de los mayores que han ilustrado á la Iglesia. Sí, á nosotros también nos corresponde dar gracias, porque los frutos de su largo y glorioso apostolado no se limitaron al siglo XVII ni á la Francia solamente. Hoy todavía, después de dos siglos de haberse apagado aquella antorcha de la cristiana civilización, goza de ellos el mundo entero y nosotros mismos los estamos saboreando. No sólo porque la luz de sus ejemplos y enseñanzas y el celestial perfume de sus virtudes ha llegado hasta nosotros, traspasando los mares, y durará tanto cuanto dure la Iglesia de Jesucristo, sino porque en sus preclaros hijos y herederos de su espíritu nos ha dejado los continuadores de sus obras, los sacerdotes que él deseaba para todos los pueblos, doctos y virtuosos, obreros infatigables, hábiles directores de la educación del clero, objeto del amor y de la estimación de los buenos católicos, como también blanco de los tiros inicuos de los encarnizados perseguidores de la fe de Cristo y de su Iglesia.

Felicitémonos al mismo tiempo, venturosos habitantes de la Heroica, por tener entre nosotros, gracias á los esfuerzos de nuestros dignísimos Prelados, á tan dignos obreros de la viña del Señor, y pidamos hoy con doble

fervor al Beato Juan Eudes que bendiga á sus buenos hijos y haga prosperar cada día más y más sus establecimientos para gran dicha de la Iglesia colombiana y en especial de la diócesis de Cartagena.

Para vosotros, Reverendos Padres y Carísimos Hermanos de la familia Eudista, reservo esta última palabra, que es palabra de soberano aliento, máxime en las presentes calamitosas circunstancias que os rodean en Europa: *Beati estis cum maledixerint vobis homines et persecuti vos fuerint. . . . Gaudete et exsultate, quoniam merces vestra copiosa est in caelis*¹.

De Santa Eduvigis viuda.

(Predicado en Cartago de Costa Rica, 1879.)

Date ei de fructu manuum suarum, et laudent eam in portis opera eius.

Prov. 31, 31.

1. Laudable pensamiento es sin duda, amados hermanos en nuestro Señor Jesucristo, el que preside á la solemne festividad de este día en que la Iglesia celebra á la bienaventurada Santa Eduvigis. Brillan en el cielo de la Iglesia tantas estrellas luminosas de santidad, tantas constelaciones brillantísimas de mártires, confesores y vírgenes, de doctores, ermitaños y viudas, que su misma muchedumbre no permite á nuestra vista, abismada con el espectáculo de tantas maravillas, detenerse á contemplar uno por uno esos astros á cual más sorprendentes, aunque de varias magnitudes. Por eso, cuando alguna circunstancia favorable ó cualquier motivo especial nos obliga á fijar los ojos de la consideración en alguno de esos celestes lumineros de la santidad cristiana, parécenos tan grande su esplendor y hermosura, que nos sentimos inclinados á creerlo superior

¹ Matth. 2, 12.

demonio para no perder la posesión de tantas almas! Y entre tanto ¿qué hacía el verdadero Apóstol? Conservar la invariable serenidad de su espíritu, perdonar á sus pobres enemigos, no responder á sus injurias sino trabajando con mayor empeño, si cabía, y dejar á Dios su defensa con absoluta confianza. Aun más: bendecía á Dios y, como el Apóstol, se gloriaba en la tribulación. «La gracia de las gracias», decía, «es la multitud de cruces que mi adorable Crucificado me da. Deseo que por ello sea alabado y glorificado eternamente.»

13. Demos también nosotros, carísimos oyentes, gracias infinitas al Dios de las misericordias por haber dado al mundo en el bienaventurado Juan Eudes tan insigne apóstol, digno émulo de los mayores que han ilustrado á la Iglesia. Sí, á nosotros también nos corresponde dar gracias, porque los frutos de su largo y glorioso apostolado no se limitaron al siglo XVII ni á la Francia solamente. Hoy todavía, después de dos siglos de haberse apagado aquella antorcha de la cristiana civilización, goza de ellos el mundo entero y nosotros mismos los estamos saboreando. No sólo porque la luz de sus ejemplos y enseñanzas y el celestial perfume de sus virtudes ha llegado hasta nosotros, traspasando los mares, y durará tanto cuanto dure la Iglesia de Jesucristo, sino porque en sus preclaros hijos y herederos de su espíritu nos ha dejado los continuadores de sus obras, los sacerdotes que él deseaba para todos los pueblos, doctos y virtuosos, obreros infatigables, hábiles directores de la educación del clero, objeto del amor y de la estimación de los buenos católicos, como también blanco de los tiros inicuos de los encarnizados perseguidores de la fe de Cristo y de su Iglesia.

Felicitémonos al mismo tiempo, venturosos habitantes de la Heroica, por tener entre nosotros, gracias á los esfuerzos de nuestros dignísimos Prelados, á tan dignos obreros de la viña del Señor, y pidamos hoy con doble

fervor al Beato Juan Eudes que bendiga á sus buenos hijos y haga prosperar cada día más y más sus establecimientos para gran dicha de la Iglesia colombiana y en especial de la diócesis de Cartagena.

Para vosotros, Reverendos Padres y Carísimos Hermanos de la familia Eudista, reservo esta última palabra, que es palabra de soberano aliento, máxime en las presentes calamitosas circunstancias que os rodean en Europa: *Beati estis cum maledixerint vobis homines et persecuti vos fuerint. . . . Gaudete et exsultate, quoniam merces vestra copiosa est in caelis*¹.

De Santa Eduvigis viuda.

(Predicado en Cartago de Costa Rica, 1879.)

Date ei de fructu manuum suarum, et laudent eam in portis opera eius.

Prov. 31, 31.

1. Laudable pensamiento es sin duda, amados hermanos en nuestro Señor Jesucristo, el que preside á la solemne festividad de este día en que la Iglesia celebra á la bienaventurada Santa Eduvigis. Brillan en el cielo de la Iglesia tantas estrellas luminosas de santidad, tantas constelaciones brillantísimas de mártires, confesores y vírgenes, de doctores, ermitaños y viudas, que su misma muchedumbre no permite á nuestra vista, abismada con el espectáculo de tantas maravillas, detenerse á contemplar uno por uno esos astros á cual más sorprendentes, aunque de varias magnitudes. Por eso, cuando alguna circunstancia favorable ó cualquier motivo especial nos obliga á fijar los ojos de la consideración en alguno de esos celestes luminares de la santidad cristiana, parécenos tan grande su esplendor y hermosura, que nos sentimos inclinados á creerlo superior

¹ Matth. 2, 12.

á todos los demás, cuya luz apenas hiere vagamente nuestra vista. Y ¡cómo se eleva el alma y se dilata el corazón en la contemplación de esas obras maravillosas del Criador! ¡Ah! si los objetos sensibles de que está poblada la tierra y que por todas partes nos asedian, ejerciendo una violenta sugestión sobre nuestros sentidos, nos permitieran levantar los ojos con más frecuencia y fijarlos de hito en hito en ese hermoso firmamento, ¡cuánta satisfacción no experimentarían nuestras almas fatigadas con las terrenas pesadumbres! Pero desgraciadamente seducidos por el brillo pasajero de las flores de este suelo, su belleza infinitamente menor que la de las estrellas, nos atrae y deslumbra de tal modo que acaba por hacernos casi insensibles al atractivo sereno, puro y casi espiritual de las flores que rutilan en el cielo. ¡Miserable condición humana, esclava de los sentidos, cuando serlo debiera de la razón! Así pues, no puedo menos de aplaudir la ocasión que se nos ofrece el día de hoy de contemplar un gran modelo de perfección cristiana, ya que la piedad de algunos fieles para con Santa Eduvigis procura realzar el esplendor de su culto en esta devota ciudad, convidándonos á regocijarnos con la consideración de sus esclarecidos ejemplos de virtud. ¡Oh! y ¡qué saludable pensamiento el vuestro, católicos devotos de la santa Duquesa de Polonia, de promover en todos los atribulados por las vicisitudes de la vida, la confianza en tan poderosa patrona y abogada!

2. Veréis, pues, en la gloriosa Santa Eduvigis aquella mujer fuerte de que nos hablan los Proverbios, aquella matrona más ilustre que por la nobleza de la sangre, por la excelencia de las virtudes, aquella heroína de la religión, para decirlo en breve, cuya imagen nos presenta hoy la Iglesia como objeto digno de nuestro culto al par que de nuestra imitación. Santa Eduvigis, modelo de la caridad que abraza todas las virtudes, objeto de nuestra imitación; Santa Eduvigis, fiel reflejo de la Providencia en el alivio

de las humanas miserias, aliento de nuestra confianza: he aquí, hermanos carísimos, todo el asunto de este discurso. Imploremos las luces del Espíritu Santo por intercesión de María. *Ave María.*

I.

3. Ya que la hermosa figura de la Santa á quien hoy rendimos nuestros cultos se nos presenta revestida con el magnífico ropaje de la caridad, que no otro la caracteriza, procuremos, carísimos oyentes, formarnos un concepto digno y adecuado de esa virtud sublime, con razón aclamada reina de todas las virtudes. ¡La caridad! nada más bello, nada más grande en el orden moral alcanza á concebir la mente del filósofo y del teólogo. ¿Quién hay que la conozca siquiera de nombre y no le rinda el tributo de su admiración y simpatía? Entre las virtudes teológicas ó divinas, dice el Apóstol que la caridad es la mayor: *Maior autem harum est caritas*¹. Y en realidad es la más divina entre todas las divinas virtudes, no sólo por su objeto primario ó propio y formal, que no puede ser sino Dios, sino también por ser, ya que no una virtud (que allí ninguna cabe), un atributo esencial de la Divinidad, asegurando el apóstol San Juan que Dios es caridad: *Deus caritas est*². ¡Ah! sí, la caridad de que hablo, la verdadera y genuina caridad cristiana, no es otra que la que el Apóstol llama *caritas Dei* — caridad de Dios, difundida por el Espíritu Santo en nuestros corazones³, fuego divino, que, encendido allá en el cielo, en la región más alta que puede concebir la humana razón, ó mejor dicho, que la razón no es capaz de concebir, bajó á la tierra en las manos ó en el corazón del Verbo divino, hecho carne para purificar la carne, para hermosear y abrillantar la tierra y trasformarla en morada digna de Dios, en trasunto del cielo. Así lo significó el mismo Cristo

¹ 1 Cor. 13, 13.² 1 Io. 4, 9.³ Rom 5, 5.

cuando dijo: «Fuego he venido á arrojar en la tierra, y ¿qué quiero sino que ésta se encienda?»¹ Tal es, cristianos oyentes, la caridad como vosotros y yo la entendemos, como lo entiende la doctrina del cristianismo; virtud que no debe confundirse, que los católicos no confundiremos jamás, aunque parezcan iguales sus efectos, con la decantada filantropía, amor del hombre por razón del hombre, amor que, bien analizado, no alcanza siquiera á la talla de las verdaderas virtudes, que todas deben tener por razón formal la rectitud absoluta y por fin último el sumo Bien.

4. Cuando esta llama divina se apodera de un noble corazón, hácele despreciar como vil escoria todos los bienes de la tierra, abrazarse con la cruz de Jesucristo y seguir resueltamente las huellas del Redentor por el áspero camino real de la mortificación de la carne. Así preparada y robustecida para el ejercicio de las más heroicas obras de misericordia, llega á ejecutar prodigios de caridad en favor de sus hermanos, los menesterosos, en quienes contempla siempre la imagen del Crucificado. Y ahí tenéis una alma transformada en Cristo, divinizada por la caridad. Tal fué la admirable mujer á quien hoy tributamos nuestros religiosos homenajes. Desde la niñez manifestaba Eduvigis un ánimo lleno de moderación en medio de las grandezas y opulencias de la casa en que había nacido. Princesa por nacimiento, llevaba dentro del pecho un corazón de reina que le hacía mirar como indignas de su estimación y afecto las brillantes pequenezes de que tanto se pagan las almas vulgares. ¡Ah! ¡cómo le habría complacido abandonar el mundo desde sus primeros años y seguir al Esposo celestial en compañía de las vírgenes consagradas en cuerpo y alma al divino servicio! Mas llevábala el Señor por otra senda que no era de flores sino de espinas, y Eduvigis optó

¹ Luc. 12, 49.

por cumplir, con la voluntad de sus padres, los designios de Dios, ligándose con los vínculos del santo matrimonio. Era sin duda que la Providencia la destinaba, lo mismo que á otra ilustre descendiente suya, la santa reina de Portugal, Isabel, á servir de modelo de virtud en los tres grados de su vida, habiendo recorrido, como dice la Iglesia, con pie seguro y firme el estado virginal, el conyugal y el de viuda. Estados son éstos de varia perfección, pero perfeccionables todos en la unidad del espíritu de la vida cristiana, pues, como discurre el Padre San Ambrosio¹, aunque de diversa clase, los tres son frutos de un mismo campo, del fértil campo de la Iglesia, no menos decorado con la blancura de los lirios que con las doradas espigas de las mieses. Santa y encantadora es la virginidad, principalmente como estado de plena consagración á Jesucristo, pero también es santa y venerable la castidad conyugal, fruto precioso de la bendición de Dios impartida á los esposos cristianos; y añadamos que no es menos digna de veneración y alabanza la piedad y recogimiento de las viudas á quienes manda el Apóstol honrar: *Viduas honora que vere viduæ sunt*²—Honra á las viudas que, desprendidas de los lazos terrenos que las sujetaron temporalmente á las obligaciones de la familia y de la sociedad, consagran voluntariamente el resto de sus días al cuidado de su santificación, el amor de su Criador, por medio del retiro, la penitencia y la oración.

5. Eduvigis fué modelo de casadas, como esposa y como madre. Y todo por la admirable influencia y eficacia de la caridad. Acaso en ninguna otra parte son tan maravillosos los efectos de esa energía divina, de esa virtud superior, cuya naturaleza acabamos de trazar, como en el corazón del ser más débil, en el corazón por otra parte nobilísimo de la mujer; y más todavía en el

¹ S. Amb., De vid., prope fin.

² 1 Tim. 5, 3

corazón tierno y magnánimo de la madre cristiana. Oíd á Salomón, al cantor de la caridad extática de la Esposa de los Cantares, cómo nos pinta con pincel dirigido por el Espíritu Santo, á la *mujer fuerte*, esto es, á la esposa y madre revestida de la caridad en el recinto del hogar doméstico¹. No es posible omitir este hermoso cuadro con que la Iglesia adorna la liturgia de nuestra Santa: «Es un tesoro inestimable traído de muy lejos, de los últimos confines de la tierra. . . . En su corazón descansa confiado y tranquilo el corazón de su afortunado esposo. . . . Y ella le paga cumplidamente su confianza, colmándolo de bienes y alejándole los males por todos los días de su vida. ¡Qué solicitud la que despliega por los intereses de su familia y el bienestar de su esposo! No se desdena de tejer ella misma con la destreza de sus manos la lana y el lino que ha buscado diligentemente. Semejante á una nave cargada de ricas mercancías, trae á sus hijos la abundancia y el contento. Nadie en su casa siente la escasez, porque ella reparte sus ricas provisiones y hasta sus regalos entre sus domésticos y esclavas. Vió un campo de labor y lo compró para plantar una viña con el fruto de su trabajo, con el producto de sus economías y de su industria. Es una mujer ceñida de fortaleza á quien nada asusta, nada parece imposible. Y no contenta con hacer la felicidad de su casa, tiene abierta siempre su mano para el desvalido y tiende sus brazos al menesteroso. Bien se merece vestidos de seda y púrpura la que reina sobre tantos corazones, menos por el brillo de una hermosura falaz y pasajera, que por la caridad, el temor de Dios y la sabiduría, verdaderas riquezas en que ninguna otra mujer ha podido aventajarla. Sus hijos se levantan para bendecirla, su esposo la colma de alabanzas, en medio de los grandes de su pueblo, y

¹ Prov. 31, 10 et sqq.

todo el mundo exclama á una voz: Dejad que disfrute de su felicidad y que sus obras pregonen por todas partes, por calles y plazas, sus virtudes, porque falsa es la gracia del rostro y vana la hermosura corporal: *Mulier timens Dominum, ipsa laudabitur*—Sólo la mujer temerosa del Señor será alabada.»¹ Así nos describe el Sabio á la esposa modelo, á la madre formada en la escuela de la caridad. Y sin embargo, oyentes míos, por muy bella que sea esta pintura, es todavía inferior, lo digo con seguridad, al dechado de perfección que aquí tenemos á la vista en la persona de Santa Eduvigis. El ideal de la santidad de la antigua ley no igualaba con mucho al ideal tantas veces realizado de la santidad del Evangelio. Así es que la mujer fuerte del viejo Testamento no llegaba á la altura de la mujer cristiana. Santa Eduvigis no sólo hacía felices á su esposo Enrique de Polonia, y á sus seis afortunados hijos, procurándoles toda suerte de bienes espirituales, sino que los levantaba con sus lecciones y ejemplos á una perfección superior á todo lo natural y humano. Bastará para probarlo saber á cuán alto grado de virtud subieron el piadoso consorte y la familia de Eduvigis. Aquél, después de vivir algunos años con toda la continencia y honestidad que corresponde á los esposos cristianos, dándose á la oración más retirada en ciertos días, resolvió de acuerdo con su santa esposa y con la bendición de su obispo, guardar por todo el resto de su vida castidad perfecta, adornada de otras muchas excelentes virtudes, como la piedad, la caridad y la paciencia en las adversidades. Á Gertrudis su hija la consagró al Señor en un monasterio de la orden cisterciense que ella y su virtuoso esposo habían edificado y dotado con cuantiosas rentas, no sólo para el sustento de las religiosas sino para el socorro de millares de pobres.

¹ Ibid. 31, 30.

6. Así pasaron los días felices de su vida conyugal en el ejercicio de las virtudes propias de este estado. Pero llegaron ¡ay! los amargos días de luto por la muerte de su querido y santificado esposo, y, sin descuidar un punto los deberes maternos, llegados sus hijos á mayor edad y siempre dignos de tan santa madre, Eduvigis se entrega de lleno á la santificación de su viudez tomando el hábito en el monasterio de que era fundadora. ¡Ah! pero ¡con qué fervor, con cuánto anhelo se consagra la santa viuda, ya esposa de Cristo, á la práctica de la perfección evangélica! No sabe ya contentarse con el ejercicio de las virtudes ordinarias, aspira á las virtudes heroicas, á la imitación perfectísima del divino modelo, á la santidad de los grandes discípulos de la escuela de Cristo. Purificado enteramente su corazón de cuanto en él pudiera albergarse de imperfección humana por medio de una asidua contemplación de las perfecciones divinas, acrisolado y robustecido su espíritu con la maceración de la carne, sus virtudes se elevan á la altura de la verdadera mujer fuerte, según el nuevo ideal del Evangelio, según el tipo de María; pero sobre todo su caridad se agiganta y se dilata con una fuerza de expansión extraordinaria. No es ya Eduvigis la dama aristocrática que alarga con mano generosa un pan al pordiosero sentado á las puertas de su palacio, es la heroína que todo lo arrostra por el bien de sus hermanos los pobres, sin distinción de clases ni de razas, es la amable consejera, la maestra cariñosa, la abnegada servidora del mendigo, la enfermera que sirve de rodillas á los leprosos y les cura las llagas con sus besos, es, en fin, la madre de los desgraciados, el ángel de la caridad sobre la tierra. ¡Qué espejo de sobrehumanas virtudes! ¡Qué fortaleza de heroína cristiana! Detengámonos, hermanos carísimos, á saborear con la consideración algunos pormenores de la caridad de Eduvigis.

7. Gustoso cedo aquí la palabra á un piadoso y elocuente biógrafo que se expresa en los siguientes términos: «¿Quién podrá explicar el fervor, continuación y perseverancia de su oración, y aquella ternura y devoción con que de noche y de día se entregaba á su Amado y se abrazaba con Él, y le tenía apretado, y no le dejaba hasta que le diese su bendición? Y Él se la daba tan copiosa que muchas veces, estando orando, fué vista levantada en el aire, rodeada de clarísima luz, con un rostro angelical, y algunas arrobada y trasportada en Dios, sin sentido, como muerta. Oía misa, vísperas y maitines en la iglesia y con música y solemnidad, y por muchos lodos ó nieves que hubiese, no dejaba de ir á la iglesia, aunque estuviese lejos, y cuando los oía (si no era cosa forzosa) no consentía que ninguno le hablase en la iglesia, porque decía que aquella era casa de Dios y de oración. Oía todas las misas que podía, y procuraba que hubiese muchos sacerdotes, y hacía venir de otras partes para oír muchas. . . . Cuando había de comulgar eran tantas las lágrimas que derramaba, tanto el cuidado de aparecerse, arrodillarse, postrarse y pedir favor al Señor, que no podía dejar de pegar devoción y reverencia del Santísimo Sacramento á cualquier persona que la miraba.»¹ Y ¿qué diré de su devoción á la Santísima Virgen, con quien tenía dulce trato y suavísimos coloquios, y cuya imagen llevaba consigo en la mano, tan apretada que ni cuando murió se la pudieron quitar? ¿Qué de la piedad con que meditaba en la pasión y cruz de Cristo nuestro Redentor, que era todo su regalo, venerando con suma devoción cualquier cosa que representara aquel misterio? No es de maravillar que á tanta piedad y amor de Eduvigis correspondiese el benignísimo Señor con favores extraordinarios, como el desprender una vez la mano derecha

¹ Rivadeneyra, Flos Sanct., Vida de Santa Eduv.

el Crucifijo, echarle su bendición y decirle: «Yo he oído tu oración, tú alcanzarás lo que me has pedido.» Ni me admiro tampoco de que Dios le revelase grandes secretos y hasta le descubriese los ocultos pensamientos de algunas personas, y le comunicase el don de profecía y el de hacer milagros en vida y en muerte.

8. Pero ¿á qué precio, hermanos carísimos, os parece que compraba Eduvigis estos insignes favores? ¡Ah! á precio de sangre generosamente derramada por imitar á Aquel que, con mayor razón que Moisés puede llamarse Esposo de sangre¹. La que para los otros, dice su biógrafo, era tan blanda, benigna y piadosa, para consigo era rigurosa, y de una vida tan áspera que apenas se puede creer. ¡Qué ayunos, qué abstinencias prolongadas por años enteros, mejor dijéramos por toda la vida! En la cuaresma, adviento y otras épocas del año su alimento era pan y agua, con tanto agrado del Señor que, para manifestarlo, renovó con esta santa mujer el milagro de las bodas de Caná, convirtiendo el agua en exquisito vino. Andaba con los pies descalzos por hielos y nieves en aquellos climas intolerables de Polonia; mas era tanto el fuego del amor divino que ardía en su corazón, que redundaba en todo el cuerpo y daba calor á las huellas que dejaba, como lo experimentó su doméstica. ¿Qué decir de sus otras asperezas, más propias para la admiración que para la imitación? Ásperos cilicios á raíz de las carnes, cintas de muchos nudos tan apretadas que se hundían y entraban en el cuerpo con agudos dolores de la Santa, vigiliadas de casi toda la noche, disciplinas de sangre que mejor podrían llamarse carnicerías que hacía de sí á fuerza de crueles azotes descargados no sólo por manos propias sino por ajenas y hasta por manos de los demonios, permitiéndolo así Dios para mayor corona y merecimientos de

¹ Ex. 4, 26.

su sierva. . . . ¿Quién es capaz de describir tantos rigores? Nuestra sensibilidad, mejor diré, nuestra sensualidad se asusta y estremece á la sola idea de la maceración del cuerpo, y, cierto, no es tan delicado ni tan acostumbrado al regalo como podía serlo el de una princesa de regia estirpe, criada y educada en las mejores cortes de Europa. ¿Qué esperanza tenemos, amados oyentes, de arribar á la cumbre de la perfección evangélica cuando tanto horror y repugancia nos inspira la mortificación de Cristo? ¿hay otro camino para la santidad fuera del camino real de la santa cruz? Estemos persuadidos de que sin abrazarnos con ella no llegaremos á ejecutar nada grande, nada heroico en género de obras de misericordia, como las que ejecutó la admirable Santa á quien podemos considerar como uno de los grandes modelos de caridad que han florecido en la Iglesia.

9. Aunque ajustada en un todo á las reglas de la vida monástica, optó por conservar el dominio y la administración de sus cuantiosos bienes; y ¿sabéis por qué motivo? Impulsada por la caridad, por el deseo de hacer mayor bien á los pobres de sus Estados y acudir mejor al remedio de sus necesidades. Ella que nada gastaba en su persona, rehusando hasta el vestido nuevo aunque modestísimo, todos sus caudales los derramaba á manos llenas entre los hambrientos y necesitados. Ni se desdeñaba de sentarse á la misma mesa con los pobres, antes bien ellos habían de comer primero sirviéndoles ella de rodillas, y no gustaba de beber sino en el mismo vaso que lo hubiera hecho el más miserable de sus comensales. En reverencia de Cristo y sus apóstoles, tenía siempre consigo y llevaba á dondequiera que fuese, trece pobres de los más necesitados, á quienes regalaba con mayor esmero y cuidaba de dar posada y servía por sí misma, quitándose de la boca el bocadillo más rico para que ellos lo gustasen. ¡Oh caridad sublime y verdaderamente maternal! ¡Cuán

desemejantes á éstos son los actos de caridad al estilo del día! ¡cuán lejos estamos de la caridad de los santos! Y no contenta con socorrer de esta manera á los mendigos, la compasión de esta magnánima princesa se extendía al socorro y consuelo de todo género de personas afligidas y desconsoladas. Lo diré con las hermosas palabras del escritor antes citado: Era madre de los huérfanos, amparo de las viudas, albergue de los peregrinos, libertadora de los presos, rescatadora de los cautivos, remediadora de los adeudados, refugio y puerto seguro de los que padecían alguna tormenta ó habían dado al través. Su tierno y amoroso corazón no le permitía ver llorar á nadie sin que ella derramase muchas lágrimas, pudiendo asegurar como el Apóstol: *Quis infirmatur et ego non infirmor?*—«¿Quién hay que padezca, que no me haga padecer á mí?»¹ Después de esto ¿quién no ve cuán sólido cimiento tiene la confianza de los devotos en la protección de tan gran Santa? Es lo que vamos á considerar brevemente para infundir nuevos alientos en el angustiado corazón de los que pone á prueba la desgracia, como acontece á tantos en el mundo.

II.

10. Imagen viva de la Providencia, Santa Eduvigis, á su paso por la tierra, hoy ese astro refulgente, colocado en el lugar del firmamento que corresponde á sus insignes virtudes, yo no dudo que irradiará los más benéficos destellos sobre los seres predilectos de su corazón, sobre los que el mundo apellida desgraciados. Ella que amó tanto á los pobres, cuando moraba en la tierra, ¿no los amará también ahora que reina en el cielo? ¿Habrà mudado tanto su condición? No es posible, carísimos hermanos. Ó ¿será por ventura que no conoce ya nuestras

¹ 2 Cor. 11, 29.

miserias, en aquella región de perfecta bienaventuranza, donde no hay lugar á pena ni dolor aun por las desventuras ajenas? Mas no es preciso que sufra ningún género de pesar para que se apiade de los necesitados que la invocan y hacen llegar hasta ella sus clamores. Bien pudiera la ilustre Santa dirigirnos aquellas palabras con que el Salvador tranquilizaba á sus apóstoles: *Creditis in Deum, et in me credite*¹—«Si creéis en la Providencia, creed también en mí que soy su instrumento favorito. Lo fui durante mi peregrinación terrestre, y ¿no lo seré en la patria donde tengo inmensos tesoros para socorrer á mis queridos clientes?» En efecto, cristianos, nunca estuvieron los santos en mejores condiciones para favorecernos que allá donde ven claramente en la esencia divina nuestras necesidades y disponen de la omnipotencia del ruego para procurarles remedio. Abracemos con amor el delicioso dogma de la eficacia de la intercesión de los santos, sobre todo de los que están cerca de Dios en posesión de la bienaventuranza. ¿Qué dogma puede haber más razonable? Siendo la providencia divina el gobierno del mundo en los dos órdenes, natural y sobrenatural, podríamos dicurrir de esta manera: Así como el Criador no se desdeña de emplear la cooperación de las causas segundas, esto es, de las mismas criaturas, para producir los magníficos efectos que admiramos en la naturaleza, así tampoco tendrá por indigno de su poder y sabiduría infinita valerse del concurso de los seres racionales para dispensar sus favores y manifestar su bondad en el orden moral y en el mundo de la gracia. En una palabra, Dios se vale de la actividad del hombre para beneficio del hombre. Los santos, los escogidos de Dios son los depositarios y dispensadores de sus gracias. Si las estrellas del cielo ejercen bienhechor influjo en nuestro planeta², los

¹ Io. 14, 1.

² Gen. 1, 17.

bienaventurados que pueblan las mansiones de la gloria intervienen sin duda en la suerte de los hombres, ayudándoles á recorrer sin tropiezo el camino de su felicidad. *Omnes sancti et sancte Dei, intercedite pro nobis*, exclama la Iglesia—«¡Oh santos y santas de Dios, interceded por nosotros!» Y nosotros, los hijos de la Iglesia, invocamos el auxilio de los santos con tanta y mayor confianza que imploramos el auxilio de los hombres que pueden y quieren darnos la mano en nuestras dificultades.

II. Pero hay otra razón que nos persuade y mueve poderosamente á valernos de la intercesión de los santos, y es la propia gloria con que Dios los corona y recompensa. Nosotros creemos razonablemente que hacer el bien es una dicha, una gran parte de la felicidad no sólo de los viadores sino también de los bienaventurados comprensos, y de éstos con mayor razón porque están en la mansión de la dicha, participando de la misma felicidad de Dios, de quien es hacer bienes á manos llenas. Y tratándose especialmente de corazones tan nobles, de almas tan caritativas como la gloriosa Santa Eduvigis, ¿cómo dudar de que su felicidad no estaría completa, si no fuese, desde el cielo, dueña de derramar los tesoros de su bondad sobre los pobres y afligidos? Y ¿no lo prueban así con irresistible evidencia los innumerables favores dispensados, aun con virtud milagrosa, por nuestra Santa á sus devotos? ¡Qué de milagros no se obraron á la vista del féretro y antes de colocar el sagrado cadáver en el sepulcro! El mismo Pontífice Clemente IV que la elevó á los altares fué testigo de una curación milagrosa, la de una niña ciega, á quien la Santa restituyó la vista repentinamente. Dadle, pues, ¡oh afligidos devotos de Santa Eduvigis! ocasión favorable de acrecentar su gloria accidental, deponiendo á sus reales plantas vuestras angustias y necesidades, con tanta mayor confianza cuanto fueren más apremiantes y difíciles de hallar remedio en

lo humano. *Date ei de fructu manuum suarum*, os diré con el Sabio—«Dejad que goce del fruto de sus manos, que son sus beneficios»; *et laudent eam in portis opera eius*—«y que sus obras admirables proclamen por doquiera la grandeza de sus merecimientos.»¹ Y sobre todo, que el Señor nos conceda por la intercesión de su sierva despreciar las delicias perecederas del mundo, y abrazados á la cruz de Jesucristo, ascender á la mansión de la dicha verdadera, al reino de la bienaventuranza. Así sea.

De Santa Teresa de Jesús, Virgen.

(Predicado en Colombia, 1894.)

Vita vestra est abscondita cum Christo in Deo.

Col. 3, 3.

Vivo sin vivir en mí.

Santa Teresa.

I. No sin viva satisfacción de mi alma, aunque mezclada de temor y desaliento, me atrevo, Reverendas Madres, á dirigiros la palabra desde esta cátedra sagrada en la solemne festividad de vuestra ilustre Madre y Fundadora, Santa Teresa de Jesús. Demasiado sé que el nombre de esta mujer extraordinaria, verdadero prodigio de su sexo, llena el mundo de la fe y también el de la ciencia y de la literatura; que ella ocupa un lugar preeminente en el templo de la historia y que es objeto de universal simpatía y admiración, no sólo para nosotros los que nos honramos con llamarla nuestra por la religión y por la raza, sino también para los extraños, para los que sólo la miran desde el punto de vista natural y humano. Sé también que se han pronunciado en su alabanza cien discursos elocuentísimos, brillantes, por la voz de innumerables oradores sagrados y aun profanos, no sólo en la lengua de Cervantes

¹ Prov. 31, 31.

bienaventurados que pueblan las mansiones de la gloria intervienen sin duda en la suerte de los hombres, ayudándoles á recorrer sin tropiezo el camino de su felicidad. *Omnes sancti et sancte Dei, intercedite pro nobis*, exclama la Iglesia—«¡Oh santos y santas de Dios, interceded por nosotros!» Y nosotros, los hijos de la Iglesia, invocamos el auxilio de los santos con tanta y mayor confianza que imploramos el auxilio de los hombres que pueden y quieren darnos la mano en nuestras dificultades.

II. Pero hay otra razón que nos persuade y mueve poderosamente á valernos de la intercesión de los santos, y es la propia gloria con que Dios los corona y recompensa. Nosotros creemos razonablemente que hacer el bien es una dicha, una gran parte de la felicidad no sólo de los viadores sino también de los bienaventurados comprensos, y de éstos con mayor razón porque están en la mansión de la dicha, participando de la misma felicidad de Dios, de quien es hacer bienes á manos llenas. Y tratándose especialmente de corazones tan nobles, de almas tan caritativas como la gloriosa Santa Eduvigis, ¿cómo dudar de que su felicidad no estaría completa, si no fuese, desde el cielo, dueña de derramar los tesoros de su bondad sobre los pobres y afligidos? Y ¿no lo prueban así con irresistible evidencia los innumerables favores dispensados, aun con virtud milagrosa, por nuestra Santa á sus devotos? ¡Qué de milagros no se obraron á la vista del féretro y antes de colocar el sagrado cadáver en el sepulcro! El mismo Pontífice Clemente IV que la elevó á los altares fué testigo de una curación milagrosa, la de una niña ciega, á quien la Santa restituyó la vista repentinamente. Dadle, pues, ¡oh afligidos devotos de Santa Eduvigis! ocasión favorable de acrecentar su gloria accidental, deponiendo á sus reales plantas vuestras angustias y necesidades, con tanta mayor confianza cuanto fueren más apremiantes y difíciles de hallar remedio en

lo humano. *Date ei de fructu manuum suarum*, os diré con el Sabio—«Dejad que goce del fruto de sus manos, que son sus beneficios»; *et laudent eam in portis opera eius*—«y que sus obras admirables proclamen por doquiera la grandeza de sus merecimientos.»¹ Y sobre todo, que el Señor nos conceda por la intercesión de su sierva despreciar las delicias perecederas del mundo, y abrazados á la cruz de Jesucristo, ascender á la mansión de la dicha verdadera, al reino de la bienaventuranza. Así sea.

De Santa Teresa de Jesús, Virgen.

(Predicado en Colombia, 1894.)

Vita vestra est abscondita cum Christo in Deo.

Col. 3, 3.

Vivo sin vivir en mí.

Santa Teresa.

I. No sin viva satisfacción de mi alma, aunque mezclada de temor y desaliento, me atrevo, Reverendas Madres, á dirigiros la palabra desde esta cátedra sagrada en la solemne festividad de vuestra ilustre Madre y Fundadora, Santa Teresa de Jesús. Demasiado sé que el nombre de esta mujer extraordinaria, verdadero prodigio de su sexo, llena el mundo de la fe y también el de la ciencia y de la literatura; que ella ocupa un lugar preeminente en el templo de la historia y que es objeto de universal simpatía y admiración, no sólo para nosotros los que nos honramos con llamarla nuestra por la religión y por la raza, sino también para los extraños, para los que sólo la miran desde el punto de vista natural y humano. Sé también que se han pronunciado en su alabanza cien discursos elocuentísimos, brillantes, por la voz de innumerables oradores sagrados y aun profanos, no sólo en la lengua de Cervantes

¹ Prov. 31, 31.

sino en todas las lenguas de los países cultos, concurriendo en magnífico certamen todos los ingenios á tejerle una corona de gloria incomparable, cual quizás no se haya tejido á otra mujer alguna fuera de la Virgen Madre. Y me he dicho con sinceridad y cierto desaliento: ¿Quién soy yo para añadir una flor siquiera á esa corona de alabanzas que ciñe las gloriosas sienas de la Virgen de Ávila? Guárdeme Dios de pretender tomar parte en un certamen á que no tengo ningún derecho para concurrir; séame sin embargo permitido deponer al pie de esta ilustre heroína, de esta esposa inmaculada del Cordero, una pobre y ajada flor, la de mi antigua y acendrada devoción. Ella me da osadía para discurrir por algunos momentos, y eso superficialmente, pues no tengo caudal para más, sobre el carácter de la santidad de la que aquí considero no como la doctora de las academias sabias, sino como la *Doctora mística* de la Iglesia católica. Temo, á la verdad, deslustrar tan bello asunto, pero confiado primero en la gracia de Dios que se complace en la glorificación de su Esposa, y luego en vuestra caritativa indulgencia que mirará, á través de la desgrenada forma, el fondo brillantísimo de la santidad de su Madre para edificarse y ensalzarla, propóngome presentaros á Teresa como el modelo acabado de aquel grande y sublime misticismo que, si los necios é ignorantes desprecian y escarnecen, los sabios é ilustrados pensadores de todas las escuelas admiran y enaltecen como la última etapa de la humana perfección en esta mortal y miserable vida.

2. En efecto, Reverendas Madres y hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, el misticismo, quinta esencia, por decirlo así, del espíritu cristiano, sólo es posible para el alma en el estado de la perfección. Pero ¿qué es, en definitiva, el misticismo? Vosotros lo sabéis mejor que yo, almas avezadas á correr por esos caminos de santidad extraordinarios. Á mí me bastará decir, para la inteligencia

del común de los fieles, que es la vida de unión íntima con Dios, la vida escondida con Cristo, de que habla el Apóstol á los fieles de Colosos, la vida con apariencias de muerte que expresaba la mística Doctora cuando decía: «Vivo sin vivir en mí; muero porque no muero.» Me bastará recordaros las dos formas de la vida unitiva de que hablan los autores, activa y pasiva: ésta es propiamente el ápice del misticismo ó vida mística, más del cielo que de esta baja tierra. De ella decía el Apóstol: *Nostra conversatio in caelis est*¹. Vida de anonadamiento en Cristo, tal fué la de Santa Teresa, quien no sólo tuvo el don de enseñarla sino también el mérito de practicarla.

Veréis, enefecto, cómo nuestra santa Virgen aniquila primero su poderosa vitalidad intelectual, en la contemplación; segundo, su ardorosa afectividad, en el amor de Dios; y tercero, su prodigiosa energía, en la sumisión de su voluntad á la divina. Así vive sin vivir en sí. Imploremos las luces del Espíritu Santo por intercesión de María. *Ave María.*

I.

3. Tendría que empezar, carísimos hermanos, por ponerlos delante la poderosa intelectualidad de Santa Teresa, si la altura de su ingenio, lo mismo que la extensión y profundidad de su doctrina no fuese de todo el mundo conocida y admirada. Por lo demás bastaría para formarse de ella un elevadísimo concepto la más ligera inspección de sus múltiples y variados escritos. Sólo sus cartas, en número de más de trescientas, dirigidas á toda clase de personas, aunque otra cosa no le debiéramos, harían á Teresa acreedora á la gratitud universal del orbe cristiano y del mundo literario. Creo inútil detenerme á hacer el recuento de sus obras, también por todas conocidas, traducidas á todas

¹ Phil. 3, 20.

las lenguas modernas, y estimadas, al par de las mejores, por los sabios no menos que por el pueblo cristiano. De su autobiografía se ha dicho por pluma autorizada que después de las Confesiones de San Agustín no hay nada más grande ni más excelente en este género, pudiendo llamarse á Teresa por este motivo «el Agustín del sexo femenino». ¿Qué más pudiera decirse para dar una idea adecuada de la agudeza de entendimiento de nuestra escritora, que compararla en algún modo con el sol de los ingenios, el portentoso San Agustín? En la obra intitulada: *Modo de visitar los conventos* revela además las altas dotes de consejo, prudencia y gobierno de que estaba enriquecida la magnánima reformadora del Carmelo. Por lo que hace á sus demás escritos, prescindiendo de lo que en ellos hay de sobrenatural, ¿quién no admira lo encantador de la forma de aquel estilo propio y original, lo mismo que el lenguaje que maneja con la maestría de los grandes escritores de la lengua? Pero en cuanto al fondo de esos admirables libros, ¿cuánta sabiduría! ¿cuánta variedad de materias! Según el eminente filósofo y virtuoso presbítero Don Jaime Balmes, Santa Teresa no es sólo la gran Doctora de la teología mística, sino la gran maestra de la filosofía verdaderamente cristiana. Y en este juicio ya habían precedido al filósofo español los que opinaron que la doctrina de la Santa no es sólo teológica sino profundamente psicológica y moral. «Se la puede aparear», dice el historiador Darras, «con Descartes y Bacon, á quienes, por otra parte es muy superior.» El filósofo protestante Leibnitz le profesa alta estimación. Y, lo que vale más que todas las autoridades humanas, la Iglesia católica la cuenta en el número de sus Doctores. De las inagotables fuentes de sus obras han bebido innumerables discípulos que á su vez fueron insignes maestros.

4. Mas no se crea que en las maravillosas obras de la Santa, ó digamos, en su carrera intelectual, brillan en primera

línea los arranques de una potente fuerza de intuición ó de razonamiento, como ni los esfuerzos del arte en su dicción. Lo que allí brilla de lleno es la sabiduría del cielo, es la luz de lo alto: su doctrina, como afirma la Iglesia, es celestial. Ella pudiera decir como el Apóstol de las gentes: «No aprendí de ningún maestro, ni recibí esta doctrina de algún hombre, sino por revelación de Jesucristo»¹, y aun como el mismo Salvador: *Mea doctrina non est mea*². Lo que Teresa escribe por obediencia ó celo de la salvación de las almas, no es á modo de tratado didáctico de materias espirituales, como las obras de los teólogos, moralistas y doctores ascéticos, sino una exposición, lo más fiel que le es posible, de lo que ha aprendido en el trato íntimo con Dios, una revelación de las mercedes con que el Señor la ha favorecido y de las luces sobrenaturales que ha adquirido en la escuela de la propia experiencia. Por eso se ha dicho de una de sus obras, *Las Moradas*,—y pudiera decirse de todas las demás con cierta proporción,—que en su redacción no puso Teresa más que la mano y la pluma; todo lo demás es de Dios, hasta la forma y el título. Cuando escribía este sublime tratado, dice Fray Diego de Yepes, el rostro de la Santa se inflamaba despidiendo rayos de luz, viéndosela estática con la pluma en la mano por espacio de una hora. Muchas veces, estando escribiendo estos libros, dice otro historiador³, se quedaba en arrobamiento, y cuando volvía de él hallaba algunas cosas escritas de su letra, pero no por su mano. ¿No me autoriza todo esto, hermanos carísimos, para asegurar que la intelectualidad de Teresa, aunque tan vigorosa, desaparece y se pierde en la luz de la contemplación? ¡Oh, pero qué pérdida tan ventajosa! ¿Qué es la luz de la más despejada inteligencia humana comparada con la que directamente viene del rostro

¹ Gal. 1, 12.

² Io. 7, 16.

³ Rivadeneyra.

de la Divinidad? *In lumine tuo videbimus lumen*, decía el Profeta¹, y esto no sólo en la gloria de los bienaventurados, sino también en la alborada de la visión beatífica, en las comunicaciones inefables del Criador con sus criaturas escogidas. De ahí depende la oscuridad de estas sublimes doctrinas para los profanos, ó sea, para los no favorecidos con luces especiales para penetrarlas, y de ahí también la dificultad de explicarlas en lenguaje humano, experimentada por los mismos á quienes se revelan. Éstas son aquellas palabras secretas, *arcana verba*, del Apóstol², que no es dado á lengua de hombre traducir.

5. Pero donde se extingue, por decirlo así, aunque sólo para brillar mejor, la luz intelectual de nuestra mística Doctora, es en las alturas mismas de la contemplación. ¿Quién tendrá alas de águila para seguir á la cándida paloma á través de esas regiones suprasiderales, de esas *moradas* misteriosas por donde se sube á la cima del *castillo del alma*, la perfecta unión con Dios? Mientras no se pasa de las primeras, de los grados inferiores de la oración, el entendimiento parece que ayuda con sus discursos: más arriba será preciso que la voz de la razón no se deje percibir para no estorbar el oído de la voz de Dios. Aquí sólo habla el que sabe hacerlo sin estrépito de razonamientos ni ruido de palabras, el que habla en el silencio profundo de todas las potencias, adormecidas en el sueño místico de la contemplación. ¿No es esto la quietud, no es esto el vuelo, el arrobamiento, la suspensión, el éxtasis? ¿Y no es ésta la vida interior, la vida habitual de Teresa? ¡Ah! ¡qué lejos estamos nosotros, pobres aprendices del arte de orar, de comprender la necesidad de este aniquilamiento misterioso de las mismas potencias intelectuales del alma! Parécenos que todo el secreto de bien orar se cifra en tejer bellos y bien hilados discursos,

¹ Ps. 35, 10.

² 2 Cor. 12, 4.

en ahondar, con la fuerza del talento y las luces de la ciencia humana, en los abismos de la verdad insondable. ¡Cuán fuera de camino andamos! La verdad es que no sólo los sentidos interiores y exteriores deben callar para que el alma goce del dulce sueño de la oración, como la Esposa que decía: *Ego dormio*¹, sino también el entendimiento no menos vocinglero que la lengua.

Y se comprende, hermanos carísimos, que así debe ser. Porque la contemplación es un vuelo del alma que arranca de la fe, y en ésta el entendimiento no tiene más que una función secundaria. La voluntad es el agente principal, y aun el asenso del entendimiento que constituye el acto de creer, es debido á la virtud infusa que asiste y da fuerza al entendimiento del hombre para afirmar lo que no ve, sostenido por la palabra de Dios contra su natural inclinación. Tal es el carácter sobrenatural de la fe divina. No es el resultado del razonamiento, sino el fruto de la virtud del Verbo de Dios que habla dentro de nosotros, es escuchado y creído por una manera de intuición, esto es, de fijeza del ojo del espíritu en la verdad que se descubre allá en los arcanos de la mente. Pues si tal es la fe ordinaria y común al vulgo de los creyentes, decidme: ¿qué deberá de ser la contemplación mística, la elevación del alma hasta quedar absorta en la vista del ser y las perfecciones de Dios? Teresa, á quien le eran casi familiares estos fenómenos sobrenaturales, se explica en estos ó semejantes términos: «En esa oración, que llaman de quietud, es donde el alma recibe las divinas operaciones antes que ella misma obre, donde el entendimiento se ilustra, la razón se transforma, la inteligencia se renueva, la mente huye de sí misma, la afición se embriaga, el alma se harta...» Así sube el alma del desierto de este mundo, «apoyada sobre su Amado» — *innixa super Dilectum suum*².

¹ Cant. 5, 2.

² Ibid. 8, 5.

6. Á esas tinieblas en que parece envuelta y anegada la humana razón, suceden, ó mejor dicho, acompañan claridades magníficas, semejantes al crepúsculo del día de la eternidad. ¿Quién dirá lo que es el éxtasis, la visión intelectual? Es, dicen los Doctores místicos, aquella misteriosa oscuridad más resplandeciente que todas las luces de la humana razón, en la que el alma se hunde toda con altísima luz en la incomprendibilidad de la esencia divina, que conoce tanto mejor cuanto más claramente entiende que no la puede conocer, quedando dentro de ella totalmente absorta y perdida de admiración y asombro¹. Pero díganlo mejor los conceptos altísimos de que están cuajados los libros de nuestra seráfica Doctora, la abundancia y variedad de tesoros de sabiduría divina con que, enriquecida ella misma, enriquece á todos cuantos llegan á beber en los raudales de su magisterio. *Profert de thesauro suo nova et vetera*²; pues, como ha dicho oportunamente un elocuente orador³, «Teresa ha enseñado lo que los demás Doctores y lo que ninguno, á lo menos con más esplendor, con más tino y claridad que todos.» ¡Qué idea nos da en el libro de *Las Moradas*, de aquella omnipotencia cuyos efectos experimenta en sí! ¡Qué pintura nos hace de la inmensidad de la sabiduría y de la misericordia de Dios! Con Agustín habla Teresa de la gracia, con San León Magno explica la Encarnación del Verbo. . . . «Como la luz de la aurora al nacer el sol, brilla rutilante en un cielo sin nubes»⁴, Teresa bebe la luz en su misma fuente cuando, trasportada al cielo, se encontró en medio de los bienaventurados. Bienaventurada ella también, se ve revestida de claridad, y rodeada de gloria. Allí descubre los más altos misterios y las verdades más impenetrables. Pudiera decirse que la luz que la inunda es un rayo de aquel *lumen gloriae* de los bienaventurados. *O altitudo!*⁵

¹ Álvarez de Paz.² Matth. 13, 52.³ García.⁴ 2 Reg. 23, 4.⁵ Rom. 11, 33.

Habéis visto, carísimos hermanos, el aniquilamiento de la poderosa intelectualidad de nuestra mística Doctora; veamos cómo se aniquila también su ardiente afectividad natural en el amor divino, asunto de la segunda parte.

II.

7. No sin razón se detienen los biógrafos á ponderar la singular hermosura corporal de nuestra Santa, á quien como á Esposa que había de ser del Altísimo, no quiso el Señor que le faltase nada de cuanto podía contribuir á hacerla perfecta en alma y cuerpo. En todo su semblante, dicen¹, era tan amable y apacible, que á todas las personas que la miraban agradaba en extremo. De los ojos y frente parecía algunas veces que le salían como rayos de resplandor y luz, que la hacían al mismo tiempo venerable. Mas ¿qué decir de la grandeza de su corazón? Dióle Dios un corazón capaz de amar sin límites. El egoísmo es el límite del amor. El amor de las criaturas, esencialmente limitadas, no puede menos de ser un amor también limitado y mezquino como su objeto. ¿Quién no sabe que el objeto del amor es el que especifica y aquilata este afecto, lo eleva ó lo abate, lo santifica ó lo profana, lo ensancha ó lo estrecha? Tal es la naturaleza del amor que, uniendo, identifica el alma con el bien amado. ¡Desgraciada Teresa, si desde su niñez no hubiese amado á Dios! ¿Qué habría sido de aquel corazón que, como emblema é instrumento de la más encendida caridad, quiso Dios guardar incorrupto hasta nuestros días colocado en precioso relicario sobre el marmóreo altar que guarda el cuerpo virginal? Pero la seráfica Virgen, muerta ya á los veinte años para el mundo y sus vanos atractivos, en la sagrada soledad del Carmelo, muere también á sí misma y á todo afecto de criaturas por el aniquilamiento glorioso de la afectividad

¹ Rivadeneyra.

natural, y vive solamente á Dios, á quien ama con llamas de amor divino, con un corazón transverberado por el dardo de fuego con que lo atraviesa un serafín. ¡Oh! ¿quién podrá medir la longitud, la latitud y la sublimidad del amor de Teresa, la seráfica, la amante por excelencia, la que mereció de Jesús el nombre y los regalos de esposa? Si nada enciende tanto el fuego del amor divino como la contemplación, según lo experimentaba el real Profeta: *In meditatione mea exardescet ignis*¹; ¿cuáles debieron de ser los incendios del corazón de aquella Virgen abismada de continuo en una visión como intuitiva de la infinita bondad? ¿Cómo se inflamaría contemplando de hito en hito, cual águila generosa del desierto, aquel sol de hermosura soberana?

8. Oigamos á un ilustre escritor contemporáneo, gloria del episcopado francés²: «Dios y su Cristo, Dios en sí mismo y en Jesús, fué la grande, la suprema, la única pasión de Santa Teresa. Increíble era la fuerza y el ardor con que sabía amar. Háblala dotado ricamente en este sentido la naturaleza, y la gracia no hizo más que acrecentar inmensamente estas dotes, que todas se refundieron en una pasión divina. (Séanos lícito emplear esta expresión para explicar la vehemencia y el imperio de la caridad en el corazón de nuestra Santa.) Ella no pensaba más que en Dios, no buscaba ni quería más que á Dios, no hallaba descanso sino en Dios, fuera de Él no sentía contentamiento ni placer; en fin, el amor de Dios la poseía toda, vivía sumergida en el amor. Aun cuando, dócil á la voluntad de su Señor, se entregaba sin vacilar á todos sus deberes exteriores, sin embargo, cuanto la estorbaba entretenerse con su Dios, cuanto ponía trabas á su oración, era para ella un verdadero suplicio. Las atenciones de la vida le parecían un peso intolerable, que sólo á fuerza de

¹ Ps. 38, 4.

² Mons. Gay, Tercer Centenario de Santa Teresa.

violencia podía soportar. Ella amaba á Dios con ese noble y generoso amor que los teólogos llaman de *complacencia*; amábalo no menos con ese otro amor purísimo que apellidamos de *benevolencia*. Y en cuanto al amor de *deseo*, fuente de aquellas vivas ansias que sentía de ver á Dios, eso es cosa inenarrable. De este modo se estableció aquella unión continua, aquel trato íntimo entre Dios y Teresa. ¡Qué condescendencia de una parte! ¡qué filial y tierna confianza por otra! ¡qué amor por uno y otro lado! Hasta aquí el piadoso obispo.

9. La mística heroína no hubiera podido subir á estas alturas del monte del Señor, á no haber sido antes mártir y verdugo de su corazón. Si por la caridad vive, por la mortificación está muerta. «Vivo sin vivir en mí.» De sus cenizas, decía la Santa, empleando una comparación que le era familiar, debía renacer, como de las del fénix, una nueva criatura de que podría ella hacer un sacrificio para agradar á su Esposo. Desde los primeros pasos en la senda de la perfección religiosa comprendió Teresa la necesidad de la mortificación interior. Aprendió esta celestial doctrina de la boca de los que Dios le dió por directores extraordinarios, como el humilde San Francisco de Borja y el extático varón Padre Baltasar Álvarez, discípulos ambos de aquel gran maestro del vencimiento propio, San Ignacio de Loyola, que al frente de sus admirables Ejercicios estampó este título que revela su carácter: «Ejercicios espirituales para vencerse el hombre á sí mismo.» Penetrada de este espíritu, la que antes practicaba con ardor la oración y la penitencia corporal, dióse con todas veras al ejercicio más arduo de la mortificación interior. Entonces se efectuó lo que pudiera llamarse su conversión definitiva. Pero ¿sabéis, hermanos carísimos, lo que fué la conversión de Teresa? No fué sino la aplicación del cuchillo de la mortificación á ciertas inclinaciones, no malas sino puramente naturales, que Dios quería reprimiese, fué la privación

voluntaria de ciertos pasatiempos que era preciso cercenar para fomentar el recogimiento del espíritu, fué, en fin, la represión de ciertos afectos demasiado suaves, aunque puros, que podían desviar su corazón del único centro hacia donde debía gravitar este hermoso luminar del firmamento. He aquí la circuncisión del corazón, la muerte mística, necesaria para arder como los serafines en las llamas del amor divino. Con afectos de la tierra no se amalgama el puro amor de Dios. Dios quiere ser amado como se lo merece, con todas las fuerzas del alma¹, porque Él solo es el Bien sumo, incommutable. Todo amor inferior debe morir para que sobreviva aquél eternamente, como lámpara inextinguible en el santuario del Eterno. Comprendiólo Santa Teresa cuando dijo: «Solo Dios basta.»

Pero ella debía también sacrificar lo que le era tan conatural y característico, su prodigiosa actividad, en aras del querer divino. Y así lo hizo, según veremos en la tercera parte.

III.

10. Cuando contempláis á la gran reformadora del Carmelo, cuando la admiráis ideando y realizando tantas y tan grandiosas empresas para gloria de Dios y bien de los hombres, ¡ah! no os imaginéis ver en ella los prodigios de una energía varonil, superior á su sexo, ó las maravillas que es capaz de producir el genio ó el carácter. No, carísimos hermanos, no es eso lo que debe suspendernos de asombro ante las obras gigantescas que coronan de gloria á la humilde Virgen de Ávila transformada en la imagen de la mujer fuerte. Todo eso, aunque tan extraordinario, no argüiría, en último análisis, más que una exuberancia de dotes naturales, bastante para ceñir las sienes de una heroína con los laureles de la inmortalidad, pero no para coronar con aureola de gloria la frente de una santa. En

¹ Luc. 10, 27.

Teresa, la mística Doctora, se transparenta la virtud del Altísimo de que está poseída: Las altas prendas que la colocan en el rango de las más ilustres mujeres que han figurado sobre la tierra, no son más que el pedestal de su gloria sobrehumana. De ella pudiera decirse lo que de la Iglesia: *Omnia gloria eius . . . ab intus*¹. Y es porque su vitalidad poderosa de mujer está muerta en Cristo, como su inteligencia y su corazón; pero es para reaparecer revestida con el vigor y la eficacia de la vitalidad divina. De acuerdo con su propia doctrina, la seráfica Virgen cifra lo sumo de la perfección, no en hacer grandes obras exteriores, ni en recibir favores extraordinarios del cielo, sino — oídlo bien, almas que aspiráis á la santidad — en la abnegación total de la propia voluntad, perfectamente sometida á la voluntad divina, abnegación que debe manifestarse en todas las acciones de la vida. Teresa no tiene ya voluntad propia, porque la ha refundido en el querer de Dios. No quiere más ni menos que lo que su Esposo quiere. Su mismo celo, por ardiente que sea, está sujeto á las condiciones que le impone la voluntad de su Señor. ¿No es del agrado de Dios que pase al África para convertir aquellos bárbaros sectarios de Mahoma, ó mezclar su sangre con la de tantos mártires que allí la derramaron en testimonio de su fe? Pues Teresa acepta desde luego otro martirio tal vez menos cruel, pero más largo, el del amor, y se consagra á otro género de apostolado, el de la oración y el ejemplo. ¿Entiende el deseo que Dios tiene de que restaure las ruinas del templo, decorando el santuario de María del Carmen con nuevas galas de austeridad y observancia regular? Pues eso quiere también Teresa de Jesús, aunque comprende la enormidad de las dificultades de una empresa que pide fuerzas de gigante. *Domine, quid me vis facere?* dice con Saulo², y el Señor le responde:

¹ Ps. 44, 14.

² Act. 9, 6.

Deinceps ut vera sponsa, meum zelabis honorem—«Serás mi esposa desde hoy: de aquí en adelante mirarás por mi honra como verdadera esposa mía.»² Y la Esposa de Cristo siéntese revestida de la fortaleza de Dios, aunque anonadada en su propia bajeza.

11. La obra de la reforma del Carmelo, orden religiosa célebre, antiquísima, rica en varones ilustres, era ciertamente una obra magna, colosal. Y ¿podrá llevarla á cabo una mujer, una enclaustrada religiosa, atada de pies y manos á la obediencia de sus superiores? No se explica cómo pudiera suceder esto en el curso natural de las cosas humanas. Explícase perfectamente en el orden del poder divino. ¡Qué energía imprime el Todopoderoso en las almas que escoge para instrumentos de sus designios! ¡Qué fuerza incontrastable, qué temple apostólico el de Teresa de Jesús! En vano se conjuran contra la obra, que por obedecer á Dios emprende, todos los poderes del siglo, impulsados sin duda por el poder de las tinieblas. «Dios lo quiere», y Teresa también, y nada será parte á impedir que la obra se realice. Toda una tempestad se desencadena contra la osada reformadora: murmuraciones, calumnias, irrisiones, oposición abierta, cárceles, cadenas. . . . Pero la obra no se desbarata, ni el espíritu de la fundadora decae. Ni se altera un punto su grande alma, según su máxima sublime: «Nada te turbe, nada te espante.» Aguarda, trabaja y calla. Al fin suena la hora del triunfo en el reloj de la Providencia, y los vientos amainan, y los hombres ceden, y la voluntad de Dios se cumple en la fundación de los carmelitas descalzos. El Papa Gregorio XIII pone el sello á la obra con su fallo supremo. Las fundaciones de nuevos monasterios se multiplican en breve espacio. Treinta y dos conventos de religiosos reformados de uno y otro sexo, son la recompensa visible del sacrificio de Teresa de Jesús.

¹ In vita eius.

¡Qué gloria la de nuestra Santa! Bien pudiera compararse, pero con ventaja, á la de aquella otra mujer célebre por el mismo tiempo, Isabel la Católica. Porque si esta gloriosa reina arrebatada con las armas de Castilla y Aragón plazas fuertes á los mahometanos, Teresa conquista fortalezas al genio del mal, edificando conventos y altares, mientras que la herejía se empeña en acabar con la vida monástica, arrasando monasterios y asesinando religiosos.

12. La muerte no es más que el epílogo perfecto de la vida de nuestra mística Doctora, Teresa muere como ha vivido, abismada en la contemplación, abrasada de amor, cumpliendo exactísimamente la voluntad de su Dueño. Un éxtasis de catorce horas es el preludio de aquellas delicias eternas en que va á introducirla su Amado. Al apagarse la última centella de la vida terrenal, brilla en todo su esplendor la vida divina, la vida de Cristo en su inocente esposa, que en forma de cándida paloma, vuela al huerto del Esposo celestial entre coro de ángeles y vírgenes. ¡Oh bendita vida mística, germen de transfiguración para el alma que te abraza! ¡cuán poderosa es tu virtud para santificar y divinizar al hombre! Vosotras, hijas afortunadas de tan santa Madre, lo entendéis perfectamente. Habéis vuelto las espaldas al mundo en la edad en que más sonrisas podía ofrecer, para sepultaros en la soledad del claustro, olvidadas totalmente de sus pompas efímeras y necias vanidades. Y no contentas con llevar una vida oculta á los ojos de los hombres, queréis olvidaros de vosotras mismas, despojándoos de la vestidura del hombre viejo para revestiros con la librea del nuevo, abrazadas con la cruz, la abnegación, la muerte mística. *Mortui enim estis, et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo*¹. Esperad, que ya vendrá el día en que reaparezca vuestra vida entre los esplendores de Cristo—

¹ Col. 3, 3.

*Cum Christus apparuerit . . .*¹ Entre tanto ya gustáis las delicias anticipadas del paraíso en el dulce ejercicio de la contemplación, en los deliquios del amor divino, en las obras de caridad y hasta en los rigores de la mortificación y en el sacrificio de vuestra propia voluntad. Desde el fondo de vuestro retiro pedid al Esposo de vuestras almas lo que fué el anhelo de vuestra santa Madre, la conversión de los pecadores, la vuelta de los herejes al gremio de la verdadera Iglesia, la conservación floreciente de la fe en los países católicos y finalmente la prosperidad del Vicario de Cristo, del clero y del pueblo cristiano.

¡Teresa de Jesús, objeto de nuestra devoción, modelo de nuestra vida, apoyo de nuestra esperanza! alcánzanos á todos la gracia de imitarte en vida y de participar de tu gloria ante el trono de Dios y del Cordero. Así sea.

De la Virgen Santa Gertrudis la Magna.

(Predicado en la villa de Envigado, Colombia, 1888.)

Ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus.

Jo. 14, 23.

I. Al presentarme por vez primera ante vosotros, católicos habitantes de esta villa, para tomar parte en vuestra gran festividad patronal, permitidme que os exprese y manifieste, con la sinceridad que cumple á mi carácter, las gratas y dulces impresiones que he experimentado al sólo acercarme á esta simpática, culta y piadosa población, una de las más importantes del hermoso cañón de Medellín. ¡Qué belleza de paisaje, tan justamente admirado del extranjero que cruza vuestros valles, contemplando á cada

¹ Col. 3, 4.

paso las magnificencias de una naturaleza pródiga de maravillas! Pero si tan risueño es el aspecto físico que presenta vuestro suelo, ¿cuánto más hermoso es el cuadro que ofrece la situación religiosa y moral de un pueblo que, así por los lazos de la sangre como por los de la caridad, no es más que una grande y numerosa familia, cuya sencillez patriarcal de costumbres, laboriosidad y piedad acreditada en los monumentos del culto, son bien conocidos y celebrados en el Departamento de Antioquia y aun en toda la República? ¿Cómo no ha de impresionar favorablemente al que os visita la vista de ese hermoso y magnífico templo, uno de los mejores del país, levantado con el sudor de vuestras frentes, decorado con preciosos altares y artísticas imágenes, entre las que descuella por su belleza extraordinaria la de vuestra esclarecida Patrona, la Virgen Santa Gertrudis la Magna? ¡Ah, cristianos oyentes! Al pronunciar este nombre tan querido para vosotros como ilustre en los fastos de la Iglesia, me explico perfectamente el secreto de la felicidad de un pueblo que rebosa de contento en todas sus clases y hasta en el semblante de todos sus individuos. Como quiera que todos los bienes, en el orden natural y sobrenatural establecido por la Providencia, dimanen, como limpios y alegres arroyuelos, de la fuente del Bien sumo, mediante la intercesión de los santos, á quienes Dios ha confiado la protección de los pueblos cristianos; no puede menos de reconocerse en tan singular cúmulo de prosperidades la mano poderosa de un ser sobremano querido del Altísimo, á cuyo benigno influjo debe esta población su bienandanza. Y ese ser privilegiado no es otro que la incomparable esposa de Jesucristo, la Virgen Santa Gertrudis, la Patrona de Envigado. Gertrudis, la más célebre entre todas las vírgenes que llevaron este nombre, la gran Santa en cuyo corazón moró Jesús como en un trono regio y delicioso, ¿qué favores no podrá alcanzar de su celestial Esposo para un pueblo que tanto

*Cum Christus apparuerit . . .*¹ Entre tanto ya gustáis las delicias anticipadas del paraíso en el dulce ejercicio de la contemplación, en los deliquios del amor divino, en las obras de caridad y hasta en los rigores de la mortificación y en el sacrificio de vuestra propia voluntad. Desde el fondo de vuestro retiro pedid al Esposo de vuestras almas lo que fué el anhelo de vuestra santa Madre, la conversión de los pecadores, la vuelta de los herejes al gremio de la verdadera Iglesia, la conservación floreciente de la fe en los países católicos y finalmente la prosperidad del Vicario de Cristo, del clero y del pueblo cristiano.

¡Teresa de Jesús, objeto de nuestra devoción, modelo de nuestra vida, apoyo de nuestra esperanza! alcánzanos á todos la gracia de imitarte en vida y de participar de tu gloria ante el trono de Dios y del Cordero. Así sea.

De la Virgen Santa Gertrudis la Magna.

(Predicado en la villa de Envigado, Colombia, 1888.)

Ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus.

Jo. 14, 23.

I. Al presentarme por vez primera ante vosotros, católicos habitantes de esta villa, para tomar parte en vuestra gran festividad patronal, permitidme que os exprese y manifieste, con la sinceridad que cumple á mi carácter, las gratas y dulces impresiones que he experimentado al sólo acercarme á esta simpática, culta y piadosa población, una de las más importantes del hermoso cañón de Medellín. ¡Qué belleza de paisaje, tan justamente admirado del extranjero que cruza vuestros valles, contemplando á cada

¹ Col. 3, 4.

paso las magnificencias de una naturaleza pródiga de maravillas! Pero si tan risueño es el aspecto físico que presenta vuestro suelo, ¿cuánto más hermoso es el cuadro que ofrece la situación religiosa y moral de un pueblo que, así por los lazos de la sangre como por los de la caridad, no es más que una grande y numerosa familia, cuya sencillez patriarcal de costumbres, laboriosidad y piedad acreditada en los monumentos del culto, son bien conocidos y celebrados en el Departamento de Antioquia y aun en toda la República? ¿Cómo no ha de impresionar favorablemente al que os visita la vista de ese hermoso y magnífico templo, uno de los mejores del país, levantado con el sudor de vuestras frentes, decorado con preciosos altares y artísticas imágenes, entre las que descuella por su belleza extraordinaria la de vuestra esclarecida Patrona, la Virgen Santa Gertrudis la Magna? ¡Ah, cristianos oyentes! Al pronunciar este nombre tan querido para vosotros como ilustre en los fastos de la Iglesia, me explico perfectamente el secreto de la felicidad de un pueblo que rebosa de contento en todas sus clases y hasta en el semblante de todos sus individuos. Como quiera que todos los bienes, en el orden natural y sobrenatural establecido por la Providencia, dimanen, como limpios y alegres arroyuelos, de la fuente del Bien sumo, mediante la intercesión de los santos, á quienes Dios ha confiado la protección de los pueblos cristianos; no puede menos de reconocerse en tan singular cúmulo de prosperidades la mano poderosa de un ser sobremano querido del Altísimo, á cuyo benigno influjo debe esta población su bienandanza. Y ese ser privilegiado no es otro que la incomparable esposa de Jesucristo, la Virgen Santa Gertrudis, la Patrona de Envigado. Gertrudis, la más célebre entre todas las vírgenes que llevaron este nombre, la gran Santa en cuyo corazón moró Jesús como en un trono regio y delicioso, ¿qué favores no podrá alcanzar de su celestial Esposo para un pueblo que tanto

la ama y con tan fervientes cultos la festeja? Así lo creo; y bien quisiera yo que al hacer su panegírico en este día que la Iglesia le consagra, mi voz no fuese nota discordante en el gran concierto de alabanzas que le forman vuestros corazones. Ensayaré, pues, tejer su elogio, no ya para acrecentar vuestra devoción, sino para glorificar al Señor, admirando las perfecciones de esa obra maestra de sus manos.

2. La Iglesia, única competente apreciadora del mérito de los santos, nos suministra el argumento de este discurso en aquellas palabras que dirige á Jesucristo en la colecta de la Misa: *In corde beatæ Gertrudis iucundam tibi mansionem præparasti*— «Preparaste para ti una deliciosa morada en el corazón de la bienaventurada Gertrudis», conforme á la promesa hecha por el mismo Señor al que le ama: «Mi Padre y yo vendremos á él, y habitaremos en él.»¹ Veréis, pues, cómo prepara Jesús el corazón de Gertrudis para morar allí, y como hace de esa morada el lugar de sus delicias. Y ¡cuánta parte no tuvo María en esta obra de Jesús! Por eso apresurémonos á invocarla saludándola con las palabras del Ángel: *Ave María*.

I.

3. Al pensar, hermanos míos muy amados, en la singular prerrogativa de Gertrudis, de haber sido su corazón objeto de especialísimos cuidados por parte de Jesús para prepararse en él una mansión deliciosa, asáltame una idea altamente honrosa para nuestra Santa, y es la de que participa en esto del raro privilegio de la Virgen santísima, de haber sido preparada en alma y cuerpo por el Espíritu Santo, para ser digno tabernáculo del Verbo encarnado, como canta con admiración la Iglesia². Comprendo

¹ Io. 14, 23.

² *Spiritu Sancto cooperante præparasti*. (Ecl. in orat.)

perfectamente la enorme diferencia entre la Señora y la sierva, la Madre de Dios y la hija singularmente querida y favorecida. María había de ser templo y habitación corporal de la persona real y física del Verbo humanado; Gertrudis había de ser morada espiritual de Cristo por la caridad. Pero así y todo, ¡qué honor para la humilde Gertrudis llevar tan lejos la semejanza con la gran Madre de Dios! ¡qué dicha tan grande la de haber merecido como Ella una preparación especial para obtener la gracia de una como mística encarnación del Verbo, si no en sus entrañas, en su corazón, en su alma! ¿De cuál otra virgen, de cuál otro de los santos más ilustres ha consignado la Iglesia en su liturgia, y en lo más augusto de ella, el santo Sacrificio, que Jesús había hecho del corazón de alguno de ellos una morada de recreo: *Iucundam tibi mansionem præparasti*? Porque esta manera de hablar está indicando claramente un género de habitación especialísimo, bien distinto del modo común con que Dios habita por gracia en el alma de sus santos, una especie de *presencia real*, si me es lícito decirlo, solamente parecida á la de Jesús en la sagrada Eucaristía. Y al expresarme así, sabed, carísimos oyentes, que me fundo en comunicaciones íntimas del mismo Jesucristo con alguno de sus siervos á quien se dignó hacer confidente de su amor á Gertrudis. Con razón ha habido quien, en su entusiasmo por nuestra querida Santa, ha llegado á creer á la Virgen de Sajonia la mujer más grande y perfecta después de la incomparable María, la mujer por excelencia. Y un moderno orador sagrado no puede menos de decir: «Cuántas veces oigo pronunciar el nombre de esta heroína insigne, cuantas registro su portentosa historia, un no sé qué de grandioso y admirable arrebatada de tal modo mis potencias que, olvidado de cuantas prerrogativas brillan en las demás heroínas cristianas, me digo á mí mismo en aquellos momentos de entusiasmo: ¡He aquí la gran mujer, esposa del

Cordero!»¹ Ciertamente que quizás de ninguna otra, con haberlas habido tan prodigiosas, ha dicho el mismo Dios cosas tan grandes, tan extraordinarias que parecerían increíbles, si no las apoyara la autoridad histórico-crítica más respetable.

4. He aquí por qué, para dar la idea más sublime de la Santa que hoy celebramos, no creo necesario acudir á otra fuente de argumentos que al pensamiento capital de este discurso resumido en las siguientes palabras de Nuestro Señor á otra eminente sierva suya que, como la Esposa de los Cantares, preguntaba á su Amado dónde podría encontrarle: *Hallarásme*, dijole Jesús, *en el corazón de Gertrudis*. Decidme, amados fieles: ¿qué género de virtud tan excelente, qué tesoros de gracias y carismas, qué alteza de perfección moral no dan á entender estas palabras salidas de la boca de Dios? Convengo en que, mirada por este aspecto la santidad de Gertrudis, más bien parece la obra maravillosa del divino Artífice que se ha complacido en modelar un ideal de santidad, que no el resultado del esfuerzo propio de una criatura que labra en sí misma con el martillo del vencimiento heroico la imagen acabada del Santo de los santos. Pero ¿acaso disminuye por esto y se rebaja el mérito de la obra cuya belleza admiramos? De un modo ú otro, por caminos ordinarios ó vías extraordinarias ¿no resultan hechuras de Dios todos los santos? *Mirabilis Deus in sanctis suis*². ¿No es siempre Dios el que en todos ellos se nos ofrece admirable? Así lo reconocen todos ellos con el apóstol San Pablo: *Gratia Dei sum id quod sum* — «Todo lo que soy, lo soy por la gracia de Dios.»³ Por otra parte, bien considerada la virtud humana, el resultado de la energía varonil, ¿tiene acaso otro valor que el relativo? ¿No hay otra virtud de carácter absoluto, de más subidos quilates, que no es fruto del

¹ Troncoso, Disc. de Santa Gertrudis.

² Ps. 67, 36.

³ 1. Cor. 15, 10.

vencimiento porque no hay nada que vencer en una naturaleza perfecta? ¿No es de esta condición la virtud de María Santísima, copia la más acabada de la virtud ó perfección de Dios? No pretendo por esto — y me apresuro á declararlo, para que no se crea que me ciega la admiración que profeso á nuestra Santa — que la virtud de Gertrudis, criatura humana, no haya tenido el carácter de magnífica victoria obtenida en constantes luchas, multiplicadas hasta lo infinito en una carrera de setenta años de vida y de vida racional y sobrenatural. No tardaremos en verla triunfar desde la edad más tierna hasta la última vejez de todos los enemigos de la gracia en el débil corazón humano. Pero entre tanto me complazco en descubrir y contemplar en esa perfección casi inimitable los primores de una mano superior que la pule y abrillanta. Parece ver á Dios mismo regalándose en su obra primorosa, como el venturoso artista que ha rayado en los confines del ideal, y exclamando, como en el día de la creación: «¡Qué bella obra! ¡qué perfecta y acabada!» — *Vidit Deus quod esset bonum*¹.

5. En efecto, ved cómo Dios empieza á preparar el corazón de Gertrudis desde el mismo instante en que le dió el ser, adornándolo con las dotes más preciosas en el orden de la naturaleza: una inteligencia privilegiada y un nobilísimo corazón. Que si quisiéramos hacer mención, para gloria del Criador, de aquellas prendas naturales que el ojo del hombre más estima y que en realidad valen infinitamente menos, podríamos asegurar bajo la fe de sus biógrafos que con Gertrudis «nació una de las más agraciadas criaturas que conoció su edad, en todo perfectísima, como fabricada por las manos del Altísimo para esposa suya.» ¿Qué esfuerzos del arte cristiano bastarán á expresar en el lienzo ó en el leño aquella peregrina hermosura? De

¹ Gen. 1, 10.

su pronta y vivaz inteligencia dan claro testimonio los brillantes progresos hechos por nuestra heroína en los ramos de la literatura sagrada y profana: de las dotes de su corazón, realzadas por la gracia, son prueba incontestable las acciones de toda su vida. Pero nada es todo esto en comparación de los dones sobrenaturales que recibió Gertrudis desde la cuna. Su primera mirada en la pila bautismal fué á una imagen del Salvador que pendía del altar, mirada amorosa, reflexiva, que á manera de dardo fué á herir el corazón de su Amado. «Desde su niñez», dijo el Señor á una sierva suya, «la traje en mis brazos, y le di fuerzas para hacer obras heroicas de virtud.» ¿Quién no admira este prodigio? ¡Hacer obras heroicas de virtud en la niñez! Heroicas fueron, en efecto, las que desde aquella edad resplandecieron en Gertrudis, descollando entre todas, según consta de una revelación del cielo, su pureza de lirio inmaculado, su generosidad de espíritu y su profundísima humildad. Detengámonos por un momento á contemplarlas y aspirar su perfume celestial.

6. Su castidad virginal fué de ángel más que de humana criatura. Si tal no fuera, ¿cómo la hubiera llamado el Esposo divino «su esposa, su cándida paloma, su azucena», Él que se apacienta entre los lirios?¹ No descubriréis, pues, en esta purísima virgen, un lunar que la afee, una sombra de mancha que empañe su candor, una acción menos compuesta, una mirada que no fuese tan pura como el agua de fuente cristalina; pues tal era su pureza que no sólo robaba el corazón de Dios, sino que derramaba efluvios de inocencia en cuantos tenían la dicha de rodearla. Sus mismas alhajas y modestísimos vestidos eran antídotos contra los halagos de la carne. Guarda fiel y vigilante de este delicioso huerto fué siempre la mortificación de los sentidos en que fué extremadísima la esposa de Cristo cru-

¹ Cant. 2, 16.

cificado. Dotada de un alma de artista, evitó con el mayor cuidado cuanto pudiera impresionar su fantasía con imágenes seductoras para el corazón de la mujer. Sus ojos no se fijaron jamás en rostro de varón. ¿Qué diré de la mortificación interior del afecto? «Los afectos», dice San Agustín, «son los pies con que el alma camina»; pero ¿acaso el alma de Gertrudis caminaba por la tierra, estando siempre encumbrada en las alturas de la Divinidad? Afable y benigna con toda clase de personas, jamás se impuso cadenas de afición á las criaturas que pudiesen aprisionar su espíritu, libre, como el águila real para volar á su Dios en los espacios celestiales. Pero ¿qué criatura podía interesar á un alma que desde los primeros albores de la razón, y, como dice un orador, aun entre las fajas de la infancia, buscaba ya por todas partes á su único Amado, clamando en pos de él con voz sentida y tierna: «¿En dónde te hallaré, oh Esposo castísimo de mi corazón? ¡Tuyos son, Jesús amabilísimo, todos mis afectos; á ti solo pertenece todo mi ser!»

7. Alma tan pura no podía menos de ser generosa para con su Dios. Apenas oye á la edad de cinco años la voz de su Amado que la llama al huerto de la religión con aquel dulcísimo reclamo: «Ven á mi huerto, esposa, hermana mía»¹, cuando corre á sepultarse en el claustro, á la sombra del gran Patriarca San Benito, en el monasterio Rodardense, y allí se entrega sin reserva á los duros ejercicios de la vida religiosa, anciana en la prudencia, tierna niña en la edad. ¿Qué sacrificios no llevaba consigo este acto heroico de consagrarse plenamente al servicio del Señor! ¿Con que así abandonaba Gertrudis la casa paterna, los cuidados de una madre, la dulce compañía de la familia, los mimos y recreos de la infancia, por no hablar de las esperanzas lisonjeras que el mundo le brindaba, de

¹ Cant. 5, 1.

La otra, mezquina en su concepto y menguada en sus obras, no da más resultado que engañarse á sí mismo miserablemente, como se engañaba el apóstol San Pedro creyendo que en la visión del Tabor consistía la bienaventuranza final y exclamaba satisfecho: *Bonum est nos hic esse.*¹ «No sabía lo que decía», observa el evangelista, deslumbrado y absorto por aquel mar de luz y de belleza de la sagrada humanidad. Oigamos dócilmente á Aquel á quien el Padre nos manda escuchar y creer, y no nos equivocaremos en punto de tamaña trascendencia como es *la religiosidad.*

CUARTA CONFERENCIA.

La Religión y la Sociedad.

Omnes autem vos fratres estis. . . . Unus est Pater vester qui in caelis est.
Matth. 23, 8 9.

1. Imposible parece, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, que haya hombres que blasfemen de la religión, y más en el seno de las sociedades cristianas, de estas sociedades que todo se lo deben á ella, civilización, leyes y costumbres. ¿Á qué causas puede atribuirse este hecho inconcebible y sin embargo demasiado real? Sea la primera la ignorancia, pudiéndose aplicar á este propósito lo que afirma el apóstol San Judas: *Hi quidem quod ignorant, blasphemant* — «Estos desgraciados blasfeman de lo que no conocen.»² ¿Cómo han de conocer lo que se obstinan en no ver ni saber? Odian por mera preocupación lo que, si conocieran, no podrían menos de amar y respetar. No así aquellos que, felizmente, llegan algún día á deponer su ignorancia junto con sus odios sectarios. La religión, por muy amable que sea para quien

¹ Marc. 9, 4.

² Iudæ 10.

la práctica, es un freno y un yugo para las pasiones criminales, y esta clase de hombres que la insultan son, como advierte el mismo apóstol, de aquellos que «manchan su carne en tanto que desprecian toda autoridad y blasfeman de la majestad»¹. Nada extraño, pues, que miren de reojo y lancen injurias contra la religión. ¡Oh, si arrojada la venda de sus ojos reflexionaran alguna vez sobre lo que es y lo que vale ese tesoro del cielo!

Pero no es todo ignorancia, también entra por mucho la perversidad, la mala fe. Hay muchos que confunden, obcecados voluntariamente, la falsa religiosidad con la buena y verdadera, y abusando de la confusión, se deshacen en injurias, burlas é improperios contra la religión misma, cuando debieran lanzarlos contra la religiosidad falsificada y contrahecha. Fórjanse un fantasma de religión para convertirlo en blanco de sus tiros, y, desgraciadamente, engañan á muchos ignorantes é ilusos, mientras escandalizan y contristan á las almas buenas. «Dejadlos», decía el Salvador, «ciegos son, y guías de otros ciegos.»² ¿Podremos impedir que haya escándalos en el mundo?³ No, ciertamente. Apliquémonos más bien á robustecer nuestro espíritu con la sana doctrina, y bendigamos al que nos hizo ver la luz⁴.

2. Hemos visto la necesidad de ese elemento divino en la vida individual, sin cuyo concurso el hombre sería un ser desgraciado, pues estaría divorciado de Dios, rota la cadena de amor que une con su Criador á la criatura. Dando un paso más, discurriremos hoy, hermanos míos, sobre la necesidad de la religión en la vida social, ya doméstica, ya civil, apoyándonos en la naturaleza misma de la sociedad y fijando luego la mirada sobre la familia y la sociedad sin religión. Tales son los dos puntos que abrazará la presente conferencia. Plegue al Señor asistirnos con sus luces.

¹ Ibid. 8.

² Matth. 15, 14.

³ Lúe. 17, 1.

⁴ 1 Petr. 2, 9.

I.

3. Ante todo, ¿qué es la sociedad humana, hablando en general? ¿Es por ventura algo substancialmente distinto del hombre, ó es el hombre mismo colectivamente considerado, ó, mejor dicho, viviendo en comunidad con sus semejantes? Pues si así es, afirmo que tan necesaria es la religión para la sociedad como para el individuo. En efecto, hemos deducido la necesidad de la religión de la naturaleza misma del hombre, necesidad que arranca de la tendencia de todas las facultades del ser inteligente y libre á unirse con Dios, Ser infinito, para conseguir su perfección. Ahora bien, la sociedad ó la vida social no altera en nada la naturaleza de esas tendencias ó facultades por las cuales el hombre se eleva al conocimiento y al amor del sumo Bien; luego tan religioso debe ser dentro como fuera de la sociedad, en el seno de la familia y en medio de la ciudad como en el retiro íntimo del propio corazón. Solo ó en consorcio de sus semejantes, el hombre tiene necesidad de Dios, y esta necesidad no debe, no puede ocultarla. Su culto, pues, debe ser público, lo mismo que privado, ora individual, ora social. ¿Por qué habría de ocultar á la vista de sus iguales lo que practica en secreto? ¿qué razón habría para proceder de ese modo? ¿acaso porque la sociedad le estorba la práctica de sus deberes religiosos? Pero esto no es verdad ni puede serlo. Al contrario. Nada más natural que el que seres de una misma especie, que sienten todos una misma necesidad moral, que están ligados por una misma ley, se reúnan para darle cumplimiento, para elevar al unísono sus voces de alabanza al Criador, para formar el gran concierto de la religión de la humanidad. ¿Acaso no se reúnen para llenar otros fines menos importantes de la vida humana? ¿Si la asociación de fuerzas es tan natural, tan necesaria al hombre, como vemos y palpamos, para

el desarrollo de la industria y del comercio, de la ciencia y del arte, no lo será también para el ejercicio de la religión y la práctica de la moral? Locura sería negar los hechos que están á nuestra vista, la existencia de asociaciones religiosas, lo mismo que de sociedades de cualquier otra especie, subordinadas todas al fin general de la humana sociedad. De la existencia de esas sociedades religiosas particulares infero la necesidad de la sociedad religiosa universal. Lo que es posible y real en pequeño, ¿no lo ha de ser en grande escala?

4. Sí, carísimos hermanos, la sociedad, así doméstica como civil, debe ser religiosa, porque sin este elemento luchará en vano por alcanzar la felicidad á que aspira. Me objetaréis tal vez que no siendo la sociedad, como tal, un ser destinado á la inmortalidad, pues su condición la restringe á los límites del tiempo y del espacio, tampoco necesita de la unión con Dios, como el individuo, para obtener su perfección definitiva. Verdad es que la sociedad, entidad puramente moral, no es capaz de aquella unión perfectísima con el sumo Bien que se consuma fuera de los lindes de lo temporal y caduco; eso no obstante, ella también, como institución humana, subordinada á la consecución del fin último, debe unirse con Dios en el tiempo, mediante los actos propios de la vida presente, como son el reconocimiento y el amor. No importa que su fin directo y próximo sea la prosperidad de la vida temporal y no la bienandanza eterna: de todas maneras, lo temporal debe subordinarse á lo eterno, lo material á lo espiritual, lo útil á lo honesto, so pena de trastornar el orden esencial de las cosas. Dios, y solo Él, es el fin último y la bienaventuranza del hombre; todo lo que al hombre atañe, y aun lo que con él se relaciona, debe encaminarse á ese fin; la sociedad temporal, la nación y la familia, no son más que etapas del camino para arribar á aquella suprema felicidad de ultratumba; luego

no pueden prescindir de Dios, luego no pueden sustraerse al deber de enlazarse á Él por medio de la religión. ¡Cuán monstruosa y absurda no parece una sociedad irreligiosa, esto es, prácticamente atea, una sociedad sin Dios! Es nada menos que una sociedad que se erige ella misma en Dios, pues soñándose absoluta y autónoma, dueña de sí misma, entregada exclusivamente á la consecución de la felicidad en el tiempo, como si otra no existiese para el hombre, se constituye en bien absoluto, infinito, es decir, se diviniza. Y ¿podría en este caso llenar los fines de su institución? ¿podría ser grande, próspera y feliz? Así se lo imaginan los ilusos adoradores de sí mismos, los sectarios de la moderna antropolatría, así también se lo debió de figurar Lucifer cuando intentó sentarse al lado de la divinidad sobre un trono de estrellas; mas ¿cuál fué el resultado? El que tienen todas las locas pretensiones del orgullo: el abatimiento, la pérdida total del bien á que estaba destinado, si hubiese respetado el orden. La sociedad que gira fuera de sus quicios, la sociedad desordenada, por más brillo que ostente á lo exterior, no puede ser feliz. Más tarde ó más temprano palidecerá ese brillo postizo, se derrumbará bajo el peso de su propia corrupción.

5. Insistamos algo más en este punto. De que la sociedad humana — no hablo de la sobrenatural, la Iglesia — no tenga por blanco el bien eterno sino el temporal del hombre, no se infiere legítimamente que no deba tener cuentas con la religión, que deba obrar como si Dios no existiese. ¿Sabéis por qué? Porque el bien temporal del hombre no es sólo el bien físico, sino también el intelectual y moral, y éste principalmente como el más propio del hombre racional. Por eso la sociedad que comprende toda la extensión de sus deberes, no se contenta con promover lo que llaman progreso material, comodidades para la vida, placeres de los sentidos; antes bien procura la

ilustración de las inteligencias, el cultivo de las buenas costumbres, la moralidad pública y privada, de donde resultan el honor, la tranquilidad y el bienestar general. Y ¿podrá existir moralidad sin religión? ¿qué clase de moralidad sería ésta? Demasiado lo sabemos hasta por la experiencia, una moralidad externa, como la que puede lograr la vigilancia de la policía, una moralidad de conveniencia, apenas superior á la higiene, una moralidad sin base estable y firme, elástica y acomodaticia. Y ¿podrá haber instrucción sólida sin la idea religiosa? ¿qué ciencia puede darse sin la noción del *Dios de las ciencias*?¹ ¡Vano empeño el de eliminar á Dios del entendimiento y de la conciencia humana! La ciencia atea, ó llámese laica, será siempre insubstancial, y la moral sin Dios, una moral deficiente y absurda. Está visto, pues, que la sociedad, si ha de cumplir con su misión, no puede sustraerse al deber religioso.

6. Á esta misma conclusión llegaríamos, y quizás más fácilmente discurriendo de la siguiente manera, como suelen hacerlo los filósofos moralistas cuando tratan de demostrar la necesidad del culto social. La sociedad debe su origen á Dios, como autor de la naturaleza. Ésta es una verdad incontestable para todo el que admite un Dios creador y ordenador. Debe, pues, reconocerlo así, como toda criatura racional, y rendirle vasallaje, ó sea, culto religioso. Y ahondando más en esta consideración veríamos que de Dios ha recibido y tiene la sociedad los elementos de que consta esencialmente, la multitud y la unidad, la materia y la forma, la masa social y la autoridad, sin los cuales la sociedad no se concibe, como es evidente y de sentido común. Luego á Dios debe retornar la sociedad estos dones en forma de adoración y acción de gracias. Debe además reconocer la Providencia que vela sobre las naciones como sobre los individuos, las colma de

¹ Reg. 2, 3.

bienes, las defiende y ampara de sus enemigos, las dirige á su fin y perfección por caminos ocultos, pero siempre derechos. Sólo una sociedad atea rehusará reconocer y adorar la mano de la Providencia. Y ¿no sería una odiosa ingratitud no hacerlo así? ¿cómo puede justificarse ante el tribunal de la recta razón una sociedad irreligiosa? ¿no son frívolos y vanos los argumentos que alega para defender su impiedad? Pareceme, hermanos carísimos, que la causa de la impiedad social está perdida. Y sin embargo cuenta con muchos partidarios. Tal es la confusión de ideas que ha sembrado el filosofismo.

7. Oigamos la voz de la revelación que nos habla el mismo lenguaje de la razón, pero más claro y con la autoridad de la razón divina. Dios que ha creado al hombre en el paraíso ha creado la familia, fundando el matrimonio en la división de los sexos¹. Él ha dado á esta familia el carácter de sociedad estable para el bien de la prole, y el hombre no tiene el poder de romper la unión formada por la mano de Dios². Él es quien ha comunicado al tronco de la humanidad y á todos los que se formaren después del primero, el don precioso de la fecundidad: *Crescite et multiplicamini*³; y al decir en seguida: *Replete terram*, ha significado que de la sociedad doméstica saldría la sociedad civil por la multiplicación indefinida de las familias que llegarían á cubrir la tierra. Con razón, pues, cantó con celeste inspiración el real Profeta: «Del Señor es la tierra y toda su plenitud, el orbe de las tierras y todos cuantos en él habitan.»⁴ Y aquel Dios que formó las multitudes y las esparció por la superficie del globo, cuando la dispersión de las tribus, no quiso que vagaran descarriadas como rebaños sin pastor, sino que les dió jefes que las gobernasen, inspirándoles á

¹ Matth. 19, 4.² Ibid. 6.³ Gen. 1, 28.⁴ Ps. 23, 1.

unos el instinto de la legislación, á otros el de la sumisión á las leyes. De otra suerte, ¿qué habría sido del linaje humano? ¿habría podido sobrevivir al choque feroz de las pasiones brutales? Por eso, aunque de un modo natural, providencialmente proveyó Dios á las muchedumbres de medios de conservación y desarrollo en el seno de la sociedad organizada. Los príncipes ó jefes de los pueblos son, según la doctrina de San Pablo, ministros de Dios para el bien de sus súbditos, y, al cumplir con sus deberes de administrar justicia, no hacen más que servir al mismo Dios¹. Todo ciudadano debe estar sometido á las potestades más elevadas, porque no hay potestad que no venga de Dios y las que existen, por Dios son ordenadas. Luego el que resiste al poder supremo, resiste á la ordenación divina, y se adquiere la condenación. Es, por tanto, una obligación de conciencia obedecer á la autoridad y lo mismo pagar los tributos á los administradores de la cosa pública: son deudas que deben pagarse el tributo, el respeto, el honor á quienes por voluntad de Dios les pertenecen. ¿Qué más se necesita para demostrar por las sagradas Letras que Dios es el autor de la humana sociedad? La consecuencia es ineludible: luego la sociedad debe ser religiosa, y, como la sociedad es de carácter público, el culto que tribute á su Criador debe serlo también. Á esto exhortaba David, el rey santo, á las naciones: *Laudate Dominum omnes gentes, laudate eum omnes populi*². . . . *Principes et omnes iudices terræ*³—«Príncipes y pueblos, alabad al Señor.» Pero pasemos á la segunda parte.

II.

8. ¿Qué acontece, hermanos carísimos, en la familia y en la sociedad que desconocen sistemáticamente sus deberes religiosos? Lo que se ha visto siempre, y hoy mismo

¹ Rom. 13, per totum.² Ps. 116, 1.³ Ps. 148, 11.

tenemos el dolor de contemplar, abusos arriba y desórdenes abajo. Ni hay dignidad en los padres ni obediencia en los hijos, ni respeto á los mayores ni amor entre los iguales. ¡Cuadro triste que desgarrar el corazón! No hay duda que sin religión práctica la sociedad no solamente caerá en la desgracia sino en el abismo de la perdición. Observemos lo que pasa en el hogar donde la religión no se practica, donde no se oye el nombre santo de Dios sino acaso para blasfemarle. En lugar de ser lo que significa ese dulce nombre, «centro bendito de todas las afecciones», como lo ha llamado un escritor poco sospechoso¹, reflejo de la casa de Nazaret, como lo considera el buen cristiano, viene á ser una imagen del infierno, cuando menos un desierto para el corazón; porque en vez de padre hay un déspota caprichoso y brutal, quizás un ser degradado por la embriaguez; en lugar de esposa y reina, una esclava infeliz, víctima del capricho ó del desprecio y aun del odio del tirano, y finalmente, en lugar de hijos cariñosos, pobres seres abandonados á sí mismos, muchas veces hambrientos y desnudos, ignorantes y viciosos. Pluguiera á Dios que este cuadro toscamente bosquejado, no fuera más que imaginario. Pero vosotros sabéis bien que es demasiado real en nuestros días. Y su realidad no puede reconocer otra causa, á lo menos principal, sino la ausencia de Dios en la familia. No hay plegaria en común, no hay asistencia á los templos, ni instrucción religiosa, ni temor de Dios, ni respeto á sus ministros. . . . Pues ¿qué ha de suceder? Porque es innegable que, arrojado Dios de la familia, pierde su prestigio sagrado la autoridad paterna, no le queda á la madre otro sentimiento que el que también tienen las fieras para con sus pequeñuelos, sentimiento vulgar, insuficiente para infundir en los hijos la verdadera piedad filial, y á éstos no los ligan con los autores de su

¹ Julio Simón.

existencia más vínculos que la necesidad, la conveniencia ó la costumbre, vínculos que se rompen con la mayor facilidad. De aquí las escenas lamentables de que son teatro esos hogares: la infidelidad de los consortes, la discordia permanente, las riñas escandalosas, la miseria, la desmoralización, el abandono de los hijos, la desobediencia de éstos á sus padres, los disgustos de cada momento entre los hermanos, y después de todo la perdición eterna de esa infortunada familia que, alejada voluntariamente de Dios durante la vida, tendrá que ser, naturalmente, excluída del reino de los cielos, del reino de la justicia y de la bienaventuranza.

9. Para proporcionaros, hermanos míos, un momento de solaz, quiero confirmar todo lo expuesto con respecto á la familia, con una página brillante del insigne orador sagrado de Nuestra Señora de París, el Padre Lacordaire. «Oigamos á nuestro primer padre hablando á su raza en nombre de Dios. *He aquí, dice, el hueso de mis huesos, la carne de mi carne, ésta se llamará varona, porque ha sido sacada del varón; por ella el hombre abandonará á su padre y á su madre y se unirá á su esposa, y serán dos en una misma carne*¹. Tal es la ley de la familia, de la sociedad y de la civilización, tal el oráculo que arreglará perpetuamente la suerte de la humanidad. Todo legislador que desprecie este mandamiento, no fundará sino la barbarie; todo pueblo que se separe de él, no alcanzará la era de la justicia y de las buenas costumbres. De la constitución de la familia dependerá en todas las edades el progreso ó la decadencia de la sociedad, y la constitución de la familia, firmada por Dios, está escrita en la Carta cuya promulgación acabáis de oír. La mujer no será esclava del hombre, sino hermana suya, *hueso de sus huesos y carne de su carne*. En dondequiera que se la degrade de este

¹ Gcn. 2, 23 24.

rango, el hombre mismo quedará degradado y no conocerá los puros goces del verdadero amor. . . . Pero la mujer no será solamente la hermana del hombre, en virtud de la comunidad de origen, será también su esposa. . . . Serán dos y no más, serán dos hasta no ser más que una carne, y como la muerte disuelve la unidad de la carne, sólo la muerte destruirá la unidad del matrimonio, manantial de la vida. . . . Así, alianza fraternal del hombre y la mujer, alianza exclusiva é indisoluble, en que el hombre ejerce sin embargo la principal autoridad, porque de él ha sido tomada su compañera, y porque le ha sido dada por Dios como un *auxilio semejante á él*¹, tal es la constitución regular de la familia, fuera de la cual no hay más que opresión de la mujer y del niño, debilitación del sentido moral, sustitución del amor por la voluptuosidad, de la adhesión por el egoísmo, y finalmente barbarie ó decadencia. . . .» Hasta aquí el valiente defensor de las ideas cristianas en pleno siglo XIX.

10. Cuán felices serían las familias si se conformasen en un todo con la ordenación divina. Mas ¿cómo han de conformarse si alejaron de su corazón el pensamiento de Dios y de su ley? ¿si viven en olvido habitual de sus deberes religiosos ó sea, en práctico ateísmo? Otro tanto acontece el día de hoy en la sociedad civil, en las naciones que nacieron y crecieron al calor de la fe cristiana y hoy se han vuelto al paganismo, á la incredulidad. La suerte de estos desgraciados pueblos no puede ser más funesta. Para convencernos del paradero final de las naciones que rehusan por sistema profesar y practicar la religión, valga por el mejor razonamiento, el testimonio de algunos célebres corifeos del filosofismo que, por una feliz consecuencia, se expresaron en los términos que vais á oír. El autor de «El espíritu de las leyes»² dijo: «Roma se arrui-

¹ Gen. 2, 18.

² Montesquieu.

nó tan pronto como empezó á despreciar á los dioses.» De suerte que es preferible una falsa religión como la idolatría, á la falta de toda religión. El corrompido inventor del «Contrato social»¹ no vaciló en escribir: «No puede fundarse un Estado si la religión no le sirve de base.» Más explícito fué el llamado patriarca de la impiedad en el siglo XVIII, el malaventurado Voltaire: «No quisiera yo tener cuentas con un soberano ateo que tuviese interés en degollarme, porque de seguro me degollaría, y, si yo fuese el soberano, no querría tener súbditos ateos á quienes les conviniese envenenarme: tendría que tomar contraveneno todos los días por precaución.» Habla como acostumbra, en estilo burlesco, mas revistiéndose de filosófica gravedad, concluye así: «Es menester que la idea de un Ser supremo, Criador, Gobernador y Remunerador, esté perfectamente grabada en el espíritu de todos, pueblos y reyes», entiéndase, para que la sociedad pueda subsistir. Oíd en fin á un filósofo francés de nuestros días²: «Quitad el pensamiento de Dios de en medio de un pueblo, y no queda reunido en cuerpo de nación sino en fuerza del interés ó del temor. La ley civil no es para él sino un contrato desigual donde él da, no recibe. . . . Lo que pomposamente se apellida sentimiento de la fraternidad ó «religión del patriotismo», no es para el pueblo sin Dios más que palabra vacía y sin sentido. Porque allí los ciudadanos no son más que *asociados*, no *hermanos*. Jamás la abnegación y el sacrificio tendrán lugar en un Estado ateo, ni será mirado como indisoluble para el que padece, un lazo social fundado sobre tales bases. . . . Es preciso que el nombre de *patria* despierte ideas religiosas, que las leyes se apoyen, no sobre la balanza de los intereses, sino sobre el eterno ideal de la justicia, etc.» Así habla el buen sentido hasta por la boca de nuestros

¹ J. J. Rousseau.

² Julio Simón.

enemigos. Así se impone la verdad á los espíritus desapasionados.

11. Recojamos de la boca misma de los que no sienten con nosotros las preciosas ideas que nos podrán servir para poner en evidencia la verdad que venimos defendiendo. La sociedad atea, ó divorciada de la religión, lleva en su seno gérmenes de muerte que acabarán por disolverla. Tales son el desprestigio de la autoridad y la relajación de los vínculos sociales. Sin la idea de Dios, sin el respeto á su Majestad, públicamente demostrado por la nación en cuerpo, no queda al poder público otra base, otra razón de ser que la conveniencia, la utilidad, ó bien, cuando el poder se extralimita, cuando abusa de su posición, la posesión de la fuerza, el *quia sum fortis* del león de la fábula. Manda y se le obedece por necesidad ó por temor. Y ¿os parecen, hermanos míos, bastante sólidas y duraderas estas bases de la autoridad? y ¿no podrían ser conmovidas y derrocadas por la ola furiosa de la revolución? y ¿no ha sucedido esto ya más de una vez, y no está amenazando volver á suceder? El cataclismo social ¿no está pendiente, como la espada de Damocles, sobre la cabeza de los gobiernos ateos? ¿Cómo se sostiene hoy el orden público, cómo se mantienen en pie las instituciones sino por la fuerza material? y ¿es el derecho el que ejerce primacía hoy en las naciones? ¿no es la fuerza de los cañones, ó más bien, el oro, que todo lo puede?

Y ¿qué pensar del porvenir de unas naciones en que el vínculo social se ha relajado por la incredulidad ó el indiferentismo hasta el extremo de que ya apenas se miran los hombres como hermanos, á pesar de ser hijos de una misma madre, la patria, otro tiempo tan grande y tan amada? Míranse como meros asociados, ¿que digo? como enemigos unos de otros, como víctimas y verdugos, opresores y oprimidos. ¡He aquí en lo que ha venido á parar la decantada fraternidad de la escuela revolucionaria: en

odiarse mutuamente las clases sociales, los ricos y los pobres, los que ocupan las alturas del poder y los que se arrastran por el suelo! ¿Dónde están los hermosos sentimientos de amor patrio, de beneficencia social, de confraternidad entre los miembros de una misma agrupación política? Todo falta necesariamente donde falta la fe en Dios, el culto de la divinidad, el espíritu religioso, donde el Estado hace profesión de ateísmo y con su ejemplo arrastra las generaciones al abismo de la irreligión, si ya no lo hace con leyes positivas de enseñanza atea y decretos contra el culto católico, oprimiendo las conciencias y atropellando los derechos de los ciudadanos.

12. ¿Dónde encontrar el remedio de estos males gravísimos, de esta situación social insostenible, aterradora? ¿Dónde? en ninguna parte sino en la vuelta del individuo y de la sociedad á su principio, al orden, al reconocimiento y á la adoración del Dios á quien, en mala hora, ha vuelto las espaldas. Es preciso apostrofar á las naciones modernas, como el profeta á la antigua Jerusalén: *Hierusalem, Hierusalem, convertere ad Dominum Deum tuum!* El trastorno de la sociedad no puede ser más radical: radical debe ser el remedio. Esperemos, hermanos carísimos, en la misericordia de Dios que hizo sanables á las naciones¹.

QUINTA CONFERENCIA.

El Dogma.

Dum lucem habetis, credite in lucem, ut filii lucis sitis.

Io. 12, 36.

1. ¡Qué contrasentido, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, oponer á la luz del cielo las luces de la tierra, á la luz increada las luces menguadas de la humana razón! Pero ¿qué es lo que digo? ¿por ventura puede

¹ Sap. 1, 14.

las comodidades y atractivos del siglo, de todo lo que la vida social ofrece de más halagüeño para el corazón? ¡Ah! nada es todo eso para un alma que ha gustado con la leche de la infancia las dulzuras de la comunicación con Dios, para un alma enseñada con luces superiores del Espíritu Santo á desdenar todos los afectos terrenales y mundanos placeres. ¡Oh prodigio de generosidad de Gertrudis! Pero no fué todo, hermanos carísimos, el haber entrado resueltamente á los cinco años por la puerta estrecha de una casa religiosa: faltábale ajustar la vida entera á las ásperas prescripciones de la Regla, macerar su cuerpecito virginal con ayunos prolongados por dos y tres días, con cilicios y puntas aceradas, con vigiliias nocturnas y lecho que no era de descanso sino de tortura, en fin, con todo género de martirios voluntarios; y todo esto lo ejecuta nuestra generosa Virgencita con exactitud y perfección que asombra á las más perfectas religiosas. Restábale aún, para consumir el holocausto, el rendir totalmente su voluntad á la divina, y lo hizo Gertrudis tan pronto como Dios se lo exigió. «Dame la llave de tu alma», le dijo Jesucristo. «¿Cuál es la llave de mi alma?» repuso la piadosa niña. Y Cristo replicó: «Tu albedrío y voluntad.» Esto bastó para que Gertrudis repitiese trescientas sesenta veces estas palabras: *Non mea voluntas, sed tua fiat* — «No se haga mi voluntad, sino la tuya.» ¡Qué prodigios de virtud no hace la gracia en un alma tan dócil y generosa! De allí dimana aquella admirable cualidad de los hijos de Dios que se llama *libertad de espíritu*, del todo diversa de la libertad de la carne, que profesan y practican los hijos del siglo. Preguntado el Señor por un gran siervo suyo á quien concedía la merced de hablarle familiarmente, sobre la virtud que más le agradaba en su esposa Gertrudis, respondió con bondad inefable, que la libertad de corazón, añadiendo que ésta es medianera para toda perfección y aparejo para recibir mayores dones de la divina liberalidad.

Con esto queda dicho cuánta era la rectitud con que obraba en todo nuestra amable heroína.

8. Mas ¿quién será capaz de retratarnos su humildad? Preciso era que fuese profunda y sincerísima para que mereciese la íntima familiaridad de que había de gozar en el trato con Aquel que tiene su conversación con los humildes y sencillos — *cum simplicibus sermocinatio eius*¹. Y á la verdad, ¿qué humildad más grande que la que supo juntar tanta alteza de virtud y tanta abundancia de dones celestiales con tanto desprecio y desestima de sí misma? ¿No es éste el grado más alto á que puede llegar esta virtud? Reconociendo las grandezas del Señor en ella, pudiendo cantar, guardada la debida proporción, como María: *Fecit mihi magna qui potens est*², no atribuirse á sí más que imperfecciones y miserias, no llamarse esposa sino esclava, no valiéndose de aquellas gracias extraordinarias, sino para hundirse más y más en el abismo de su propia nada. ¡Oh! ¡qué humildad tan profunda y admirable! Pero ¡oh prodigio de bondad por parte del Señor! Cuanto más se abatía la humilde Gertrudis, tanto más la ensalzaba y enriquecía el Esposo divino que se complace en hacer mercedes á los humildes de corazón³. Era la joya más preciosa que Dios tenía en el mundo, y ella creíase indigna de pisar la tierra: aguardábanla los ángeles en el cielo, y ella se estimaba merecedora del infierno. ¡Oh humildad digna del gran Apóstol de las gentes!

Preparado con tan rico aparato de virtudes el corazón de nuestra Virgen, pasemos á contemplar cómo se recrea y regala el dulcísimo Amador de las almas en morar de asiento en ese precioso tabernáculo: *Mansionem apud cum faciemus*.

II.

9. Al intentar, hermanos carísimos, daros alguna idea de las delicias que halló Jesús en la morada del corazón

¹ Prov. 3, 32.

² Luc. 1, 49.

³ Iac. 4, 6.

de Gertrudis, confieso que me siento sobrecogido de espanto, ó mejor dicho, anonadado por la grandeza del asunto, que excede verdaderamente á todo alcance y á todo lenguaje, como aquellos arcanos celestiales de que dice el Apóstol «que no es al hombre permitido expresar»¹. Abismo es éste de las comunicaciones divinas en que navega sin norte el pobre pensamiento humano. Cosas son tan altas y reconditas que más se prestan á la muda admiración que al elocuente discurso. «¡Cómo pudiéramos», os diré con un panegirista, «reducir á los estrechos límites de una oración lo que ha dado materia á muchas sabias plumas para escribir libros enteros en elogio de esta Virgen portentosa?»² Por dicha nuestra podemos valernos de los escritos que con mano guiada por inspiración de lo Alto trazó la misma favorecida del Altísimo en los cinco maravillosos libros intitulados *Insimuación de la piedad divina*, tenidos en suma veneración por la Iglesia católica. Ellos nos ponen de manifiesto en primer lugar con cuánta ternura de afecto amó Jesús á su esposa Gertrudis. «Ven á mí, querida mía», decíale Jesús, «porque amándote yo como á esposa de mi corazón, deseo que estés siempre delante de mí.» ¡Qué ternura, qué vehemencia de amor no denotan aquellas otras expresiones con que Jesucristo la instaba á que le diese el corazón, y dándosele Gertrudis, el Señor se lo aplicaba á su propio corazón divino! Pero ¡hasta dónde no llega la amorosa complacencia del divino Amante con su sierva fidelísima que, hablando con Santa Matilde le hace esta asombrosa declaración: «Yo soy todo suyo: á ella me he entregado como cautivo de su pureza y santidad!» ¡Oh portentosa fuerza del amor que llega á cautivar á todo un Dios! Y ¿no llegará á aprisionar todavía nuestro duro y frío corazón? Y ¿nos resistiremos á rendirnos al amor de un Dios que tanto ama á

¹ 2. Cor. 12, 4.² Troncoso, op. cit.

sus criaturas? ¿Qué es sino acibar toda la dulzura del amor terreno, comparada con la suavidad de estas divinas comunicaciones? ¡Oh mil veces dichosas las almas que saben gustarlas! Y las gustarán sin duda los que supieren merecerlas. Efecto de este amor de Jesús á Gertrudis fué aquel lazo estrechísimo de unión que con ella mantuvo. La unión de Jesucristo con su sierva fué tan íntima que imposible parece pudiera ser mayor. Decía el mismo Señor: «El amor de la divinidad la ha unido tan inseparablemente á mi corazón, que la ha hecho una misma cosa conmigo, bien así como el oro y la plata fundiéndose en la fragua se mezclan no formando más que un solo metal.»¹ Y explicando el significado de una misteriosa cadena de oro que traía al cuello nuestra Santa, dijo el divino Amante: «No hay persona hoy más unida conmigo que Gertrudis.» ¡Oh qué unión tan venturosa! De suerte que, como la santa Virgen tenía sus pensamientos y sus afectos concentrados totalmente en su Amado, siendo toda de Él — *ego Dilecto meo*; así Jesús parecía no vivir sino para su esposa, como si ésta fuese el centro de sus complacencias — *ad me conversio eius*².

10. Alma tan unida con su Dios ¿cómo no había de estar siempre en altísima contemplación? La contemplación, hermanos carísimos, es un estado tan alto, tan superior á la miserable condición humana, que es, entre los mismos dones sobrenaturales, un don de valor y precio inestimables. Por ella el hombre se levanta sobre sí³; ¿qué digo? se eleva sobre todas esferas celestiales hasta llegar al trono mismo de la Divinidad, donde, mezclado con los serafines permanece extático en inefable adoración. Don es éste á pocas almas concedido, y no sino al cabo de muchos años de vida ejercitada en las obras más perfectas. Pues

¹ Vida de Santa Gertrudis por Fr. Juan de Castañiza.² Cant. 7, 10.³ Thren. 3, 28.

bien, pasmaos, carísimos oyentes: desde la edad de cinco años, esto es, desde que se consagró al Señor, fué levantada nuestra Virgen al grado más alto de la contemplación. En esos vuelos del espíritu penetraba Gertrudis hasta en los más íntimos secretos de Dios, quedaba absorta y extática, y su voluntad encendida en llamas de amor, como la Esposa de los Cantares. Ni sus ocupaciones ni el mismo sueño bastaban á interrumpir el ejercicio de orar que era su vida y su respiración, de suerte que podía decir que «mientras dormía, su corazón estaba en vela» — *ego dormio et cor meum vigilat*¹. «Si velaba, si dormía», dice el historiador de su vida, «si trabajaba ó descansaba, orando siempre, en todo lugar hallábase embriagada del amor de su dulce Esposo.» Y ¿cuál era la escala mística por donde, como Jacob, subía al cielo de los divinos atributos, sino la sagrada pasión de Jesucristo, en cuya contemplación se engolfaba su espíritu, bañándose en dulces lágrimas su semblante de ángel? Y ¿cuáles eran sus deliquios al pie del sacramento de la Eucaristía donde veía á Jesús mostrándole el corazón como ardentísima fragua del amor divino? ¿No fué Gertrudis la ilustre precursora de la bienaventurada Margarita María en experimentar los encantos de la devoción al Corazón de Jesús? De allí nacían aquellas ardientes palabras con que hablaba de los misterios de Cristo, anhelando inflamar en el amor de Jesús á todos los hombres, no suspirando sino por la gloria de Dios y la salvación de las almas, por las cuales quisiera padecer mil muertes y millares de martirios. Así es que con los goces inefables de la contemplación iban mezclados, como sucedía á Teresa de Jesús y Magdalena de Pazzis, los dolores acerbísimos que causan las heridas del amor divino, el pesar de no padecer más, la pena de no acabar de consumirse en las llamas del místico holocausto, de no morir para consumir la eterna unión con el Amado.

¹ Cant. 5, 2.

II. ¡Qué deliciosamente moraba Jesús en el sagrario del corazón de Gertrudis! Prueba de ello, carísimos hermanos, son los prodigios y verdaderamente extraordinarios favores con que la regalaba á porfía. Entre ellos figuran aquellas visiones imaginarias é intelectuales, y aquellas revelaciones tan auténticas y veneradas como las de mayor crédito en la Iglesia católica. «Has hablado en visiones á tus santos»¹, decía á Dios el real Profeta. Y Joel profetizó que vendría tiempo en que hasta los jóvenes verían visiones celestiales, tiempo cumplido en los días de la redención²; principalmente en almas escogidas como el gran Apóstol de las gentes, elevado al tercer cielo, y allí testigo de los arcanos de la Divinidad. «Hablaré», pues, «de las visiones» maravillosas de Gertrudis, «y de las revelaciones de Dios»³, pero nada más que una palabra, pues sería perdernos en un océano de inconmensurable anchura el discurrir sobre ellas ó siquiera enumerarlas detenidamente. Basta saber que conversaba familiarmente con los ángeles y los bienaventurados confesores; que era visitada y enseñada de la misma Madre de Dios, á quien Jesús se la había recomendado especialmente; que llamada mil veces de Dios por su propio nombre, como el profeta Samuel, le era revelado y descubierto el estado de muchas almas cautivas de la culpa, para que cuidase de remediarlas; y, por acabar, que hasta las pobres almas del purgatorio venían á implorar los sufragios de Gertrudis, como quienes sabían el valimiento que tenía con Dios para alcanzar el alivio de sus penas ó la libertad de su cárcel expiatoria. Pero no era esto todo, ni aun quizás lo principal de las gracias y favores con que demostró Jesús su predilección por su amada Gertrudis. Comunicóle el don de leer los acontecimientos á gran distancia de su realización, ó sea, la visión profética del porvenir: hízola

¹ Ps. 88, 20.

² Act. 2, 17.

³ 2 Cor. 12, 1.

participante de su omnipotencia concediéndole el poder de hacer milagros; pero para distinguirla aun más entre todos sus santos, otorgóle lo que á muy pocos habrá sido concedido, la transverberación del pecho virginal y la impresión espiritual de sus llagas en el corazón. Sí, cristianos; de un modo misterioso pero real, aunque para nosotros incomprendible, Jesús la acariciaba, hiriendo con dardos de amor, caldeados en el fuego de su Corazón, el corazón de su esposa, y luego, para satisfacer el ansia de padecer que abrasaba á la generosa Virgen, imprimíale en el seno los caracteres todos de su pasión santísima, haciéndola sentir el dolor de sus heridas. ¡Oh caricias verdaderamente inefables! ¡cómo nos revelan cuán deliciosa morada halló Jesús en el corazón de esta Virgen fidelísima!

12. ¿Qué haremos nosotros, carísimos hermanos, en presencia de semejantes portentos de la gracia del Señor? ¡Ah! no nos queda más que venerarlos en muda, pero entusiasta admiración, aspirar á merecer alguna parte, aunque mínima, de las mercedes que otorga Dios á los que le aman, y acogernos con plenísima confianza á la protección de la grande y poderosa Patrona que en hora feliz nos ha dado la amorosa Providencia. Pero ¿no deberemos también esforzarnos por imitar de algún modo sus eminentes virtudes? ¿Seríamos dignos de tan excelso patronato si no procurásemos disponer nuestro corazón con el arreo de la pureza, de la humildad y de la caridad, á ser digna morada de Jesús? Hagámoslo así, amados fieles, para que por nuestra fidelidad y la intercesión de la incomparable Virgen Santa Gertrudis, merezcamos algún día ser admitidos en las eternas mansiones de la gloria. Así sea.

De Santa Rosa de Lima, Patrona de América.

(Predicado en Bogotá, 1900.)

Santa Rosa, Esposa de Cristo.

Vulnerasti cor meum, soror mea, sponsa.
Cant. 4, 9.

I. Generosa y munífica como en ninguna otra parte se ostentó la mano del Criador en el vasto continente americano. ¡Qué riquísimos tesoros no depositó en su seno! Allí la plata en fabulosa abundancia, allí el oro en inagotables veneros, el platino y todos los más codiciados metales; allí las piedras preciosas, el rubí, el diamante, la esmeralda, robando las codiciosas miradas de los que aventuraron la vida por apoderarse de ellos. Y en el fértil suelo ¡qué variedad y hermosura de plantas y de flores! ¡qué gallardía de árboles gigantes, desafiadores de los siglos! ¡qué riqueza de producciones vegetales que atrajeron en masa á los moradores del viejo continente, quienes en cambio vinieron á plantar en nuestro rico suelo el árbol majestuoso y benéfico de la cristiana civilización! Pero si tan pródigo se mostró el Señor con el nuevo mundo en el orden natural ¿por ventura lo fué menos en ese otro sobrenatural de la gracia? No por cierto, y por ello debemos los hijos de América tributar fervorosas acciones de gracias á la bondad del Todopoderoso. Porque es un hecho que apenas plantada y arraigada la fe de Jesucristo en la tierra americana, así en el norte como en el sur, viéronse brotar lozanos tallos de virtudes, que, creciendo y desarrollándose como las plantas en el suelo tropical, no tardaron en cubrirle de flores y frutos de la más heroica santidad. Rosa, la querida hija de Lima, bastaría para demostrarlo. Rosa, la primera flor de la América meridional, difundió desde la ciudad de los Reyes hasta los últimos confines del orbe católico la fragancia de sus

participante de su omnipotencia concediéndole el poder de hacer milagros; pero para distinguirla aun más entre todos sus santos, otorgóle lo que á muy pocos habrá sido concedido, la transverberación del pecho virginal y la impresión espiritual de sus llagas en el corazón. Sí, cristianos; de un modo misterioso pero real, aunque para nosotros incomprendible, Jesús la acariciaba, hiriendo con dardos de amor, caldeados en el fuego de su Corazón, el corazón de su esposa, y luego, para satisfacer el ansia de padecer que abrasaba á la generosa Virgen, imprimíale en el seno los caracteres todos de su pasión santísima, haciéndola sentir el dolor de sus heridas. ¡Oh caricias verdaderamente inefables! ¡cómo nos revelan cuán deliciosa morada halló Jesús en el corazón de esta Virgen fidelísima!

12. ¿Qué haremos nosotros, carísimos hermanos, en presencia de semejantes portentos de la gracia del Señor? ¡Ah! no nos queda más que venerarlos en muda, pero entusiasta admiración, aspirar á merecer alguna parte, aunque mínima, de las mercedes que otorga Dios á los que le aman, y acogernos con plenísima confianza á la protección de la grande y poderosa Patrona que en hora feliz nos ha dado la amorosa Providencia. Pero ¿no deberemos también esforzarnos por imitar de algún modo sus eminentes virtudes? ¿Seríamos dignos de tan excelso patronato si no procurásemos disponer nuestro corazón con el arreo de la pureza, de la humildad y de la caridad, á ser digna morada de Jesús? Hagámoslo así, amados fieles, para que por nuestra fidelidad y la intercesión de la incomparable Virgen Santa Gertrudis, merezcamos algún día ser admitidos en las eternas mansiones de la gloria. Así sea.

De Santa Rosa de Lima, Patrona de América.

(Predicado en Bogotá, 1900.)

Santa Rosa, Esposa de Cristo.

Vulnerasti cor meum, soror mea, sponsa.
Cant. 4, 9.

I. Generosa y munífica como en ninguna otra parte se ostentó la mano del Criador en el vasto continente americano. ¡Qué riquísimos tesoros no depositó en su seno! Allí la plata en fabulosa abundancia, allí el oro en inagotables veneros, el platino y todos los más codiciados metales; allí las piedras preciosas, el rubí, el diamante, la esmeralda, robando las codiciosas miradas de los que aventuraron la vida por apoderarse de ellos. Y en el fértil suelo ¡qué variedad y hermosura de plantas y de flores! ¡qué gallardía de árboles gigantes, desafiadores de los siglos! ¡qué riqueza de producciones vegetales que atrajeron en masa á los moradores del viejo continente, quienes en cambio vinieron á plantar en nuestro rico suelo el árbol majestuoso y benéfico de la cristiana civilización! Pero si tan pródigo se mostró el Señor con el nuevo mundo en el orden natural ¿por ventura lo fué menos en ese otro sobrenatural de la gracia? No por cierto, y por ello debemos los hijos de América tributar fervorosas acciones de gracias á la bondad del Todopoderoso. Porque es un hecho que apenas plantada y arraigada la fe de Jesucristo en la tierra americana, así en el norte como en el sur, viéronse brotar lozanos tallos de virtudes, que, creciendo y desarrollándose como las plantas en el suelo tropical, no tardaron en cubrirle de flores y frutos de la más heroica santidad. Rosa, la querida hija de Lima, bastaría para demostrarlo. Rosa, la primera flor de la América meridional, difundió desde la ciudad de los Reyes hasta los últimos confines del orbe católico la fragancia de sus

virtudes y asombró al mundo y regocijó á la Iglesia con los portentos de su santidad. ¡Oh! ¡qué reconocimiento debe á Dios el Perú y la América entera por el honor altísimo que les dispensó concediéndoles en Rosa una virgen admirable, no inferior á las más célebres doncellas que florecieron en Asia y Europa por la heroicidad de las virtudes ó el poder de los milagros! Á la verdad, bien podemos gloriarnos como justamente se glorían con sus Águedas, Catalinas, Teresas y Gertrudis, Italia, Egipto, España y Alemania. Pero «¡no, no á nosotros, Señor, sino sólo á tu nombre sea la gloria!»¹

2. Á nosotros, carísimos hermanos en nuestro Señor Jesucristo, nos corresponde sí, con justísima razón, glorificar al Señor en su amadísima esposa, la Virgen de Lima, y juntamente venerarla y honrarla, como á tan gran Patrona dada por la Providencia á toda la Iglesia americana. ¡Cuán justo y razonable no parece amar y festejar con magníficos cultos á una santa nacida y criada en nuestro mismo suelo! Y Colombia, la República cristiana, ligada con tan estrechos vínculos de sangre y de historia á la antigua monarquía de los Incas, ¿no se distinguirá por el fervor y la esplendidez de su culto á la amable Rosa de Santa María? ¡Oh! y ¡cómo quisiera yo, el menor de sus devotos, ver su culto propagado en todos los pueblos de Colombia y América, colocada su imagen en todos nuestros templos, mirada con especial afecto de devoción por las personas de su sexo y de su estado, imitada por todos, hombres y mujeres, sus virtudes! Consuélame algún tanto ver el día de hoy á las socias de la Congregación de Hijas de María, erigida en este templo de San Ignacio, de Bogotá, afanarse por honrar con solemne fiesta á su segunda Patrona, agruparse ante su altar y complacerse en escuchar su elogio para ver de edificarse y aprovechar en el divino

¹ Ps. 113, 1.

servicio con la consideración de sus ejemplos. Para cooperar á este objeto, me concretaré á proponeros á Santa Rosa de Lima como la verdadera esposa de Cristo, digna de que así la apellidara el Esposo de las almas castas, así por su virginal pureza, como por su encendido amor á Jesús, amor acrisolado en el fuego de la mortificación. Saludemos primero á María Inmaculada, de quien mereció Rosa de Santa María tan señalados favores. *Ave María.*

I.

3. Yo no desconozco, hermanos carísimos, el mérito de aquellas ilustres santas del cristianismo, que, llamadas primero por divina vocación al estado común del matrimonio y á la dignidad de madres cristianas, lo fueron más tarde al místico desposorio con Cristo y á una maternidad espiritual más elevada. La Iglesia, al ponerlas en los altares, las ha creído dignas de compartir los honores con las que no conocieron otro esposo que á Jesucristo y le consagraron su alma y cuerpo desde la misma infancia. Al lado de una Teresa de Jesús ha levantado la Iglesia un trono á la santa madre Juana Francisca de Chantal; y, cierto, no lo ha hecho sin el consejo del Espíritu Santo que preside á sus definiciones. Pero esto no impide en manera alguna que crea y conozca, como lo enseña el Apóstol, que la virginidad, profesada como estado, sea en sí más perfecta que la castidad conyugal, y que, por tanto, sea también la condición ordinaria de las esposas del Cordero inmaculado, de Aquel que se apacienta entre los lirios de una pureza sin mancilla¹. Las mismas santas matronas, elevadas á muy alta perfección, han envidiado la dicha de las vírgenes. María, la más santa de las criaturas, hubiera preferido, en sentir de los Doctores, la gloria de la virginidad á la dignidad de Madre de Dios, si con ésta

¹ Cant. 2, 16

hubiera sido aquella condición incompatible. ¡Oh! ¡qué bello, qué sublime es el estado de las vírgenes consagradas al Señor! Con razón la Iglesia, virgen también, las ama como las niñas de sus ojos. En verdad, éstas son por excelencia y como por propio derecho, las esposas de Jesucristo, porque con la pureza absoluta del corazón y de la carne se han hecho dignas de unirse tan estrechamente con el Santo de los santos. Él mismo ha escogido á la Iglesia por esposa, pero haciéndola para este fin inmaculada y exenta de toda arruga de culpa, como escribe el Apóstol¹. ¿Cómo no ha de querer el divino Amador la mayor hermosura en sus esposas? Y ¿no es la pureza perfecta, la de las vírgenes cristianas, el primer elemento de esa hermosura espiritual que debe lucir en las almas admitidas al tálamo del Rey de la gloria? Este desposorio divino produce como efecto propio y natural el acrecentamiento de esa pureza, que las bodas carnales, por muy honorables que sean, no pueden dejar de mancillar. Por eso decía aquella Virgen Santa Inés: «Amo á Cristo que con su amor me hace casta, con su contacto me purifica, y con su unión redobla mi virginidad.»² ¡Oh dignidad inefable de las vírgenes! ¡Oh! ¡si ellas mismas supiesen estimarla en lo que vale, como las vírgenes prudentes del Evangelio! ¡Cuántas criaturas de adorable inocencia, hermanas de los ángeles, no optarían por consagrarse enteramente á Dios, menospreciando las más seductoras proposiciones del mundo! Así lo comprendió con precoz discreción nuestra Rosa, que á la edad de sólo cinco años se desposa con Cristo haciendo voto de no aceptar otro esposo hasta la muerte.

4. En efecto, dotada la niña Rosa de singular hermosura de alma y cuerpo, amable carácter, fresco y sonrosado rostro, cabellos de oro, gracias todas que le merecían el

Eph. 5, 27.

² Ecclesia in offic.

nombre que llevaba, nada de esto la envanecía ni deslumbra, todo lo quiere para su amado Jesús, á quien le ha entregado el corazón apenas ha podido conocerle, diciendo con la Esposa de los Cantares: «Mi amado es para mí y yo soy para él.»¹ Y ¡con cuánto placer ha aceptado Jesús esta total consagración! Y ¡cómo se le da todo á su vez, queriendo ser de Rosa! ¿No recordáis, amados oyentes, aquellas dulcísimas palabras que le dirige el buen Jesús: *Rosa cordis mei, tu mihi sponsa esto* — «Rosa de mi corazón, sé tú mi esposa»? Y no contento con tan singular favor, Jesús le da á su Madre, queriendo que se llame: Rosa de Santa María. ¿Podía la pura doncella anhelar mayor felicidad? ¿podía suspirar por las falaces delicias de la tierra? Así es que decía y afirmaba, como la otra virgen de la primitiva Iglesia: *Nullum præter eum amatorem admittam* — «¡Oh! yo no admitiré jamás otro amante fuera de Jesús.» Y bien lo experimentaron los muchos que pretendieron su mano. Entre ellos el hijo de una noble y rica viuda que la amaba locamente. Agradaba, como era natural, á la madre de Rosa tan ventajoso partido y de tanta conveniencia para su casa, y ya tenía muy adelantado el negocio sin contar con lo primero, que era la voluntad de su hija. ¿Cómo había de imaginarse que no abrazaría Rosa con los brazos abiertos la fortuna que se le entraba por las puertas de su casa? Á juzgar con el criterio de la prudencia humana ¿no era una locura despreciar tan envidiable enlace? ¡Ah! pero las almas escogidas juzgan de otra manera que el vulgo de las gentes. Rosa, al saber lo que trama su madre, se apresura á manifestarle que ella ha escogido ya á otro esposo, á Jesucristo, á quien no dejaría por otro hombre de la tierra, aunque fuera un monarca, pues no era justo dejar á Dios por el hombre y al Criador por la criatura. El razonamiento no

¹ Cant. 2, 16.

podía ser más lógico, pero no hay lógica para el corazón de las madres que quieren dar á sus hijas una buena colocación en el mundo. Aquí del enojo de sus padres y parientes, aquí de los malos tratamientos de obra y de palabra con que la abrumaron su madre y todos los de casa. Nada empero fué capaz de vencerla. Duró mucho tiempo la porfía porque tomase estado de matrimonio, y duraron también mucho las injurias y baldones, llamándola embustera, hipócrita, alumbrada, y padeciendo la piadosa niña este cruel martirio por amor á la virginidad y por guardar la fe jurada al celestial Esposo, hasta que vencida la madre hubo de desistir de su intento.

5. Lo que más halagaba al Dios de la pureza era la inocencia del corazón de Rosa, verdadera rosa sin espinas de culpa. ¡Oh alma inocentísima! Sus confesores se hallaban atajados sin saber de qué absolverla en el santo tribunal de la penitencia por más que recurriese á la vida pasada, pues como Santa Catalina de Sena, su modelo, no llegó á mancillar la inocencia bautismal. Hermana terciaria de Santo Domingo, se entregaba á los ejercicios de la llamada expresamente «Tercera orden de penitencia», como si fuera una gran pecadora convertida y como tal lloraba amargamente sus levisimos defectos, que no culpas. El temor del pecado, tanto más intenso cuanto más pura es la conciencia, la hacía repetir aun en sueños: «Jesús sea conmigo, Jesús sea bendito. Amén.» Temía extraordinariamente la vanagloria, á causa de la estimación del mundo que le merecían sus virtudes, que no podían dejar de ser vistas á pesar del empeño que ponía en ocultarlas. Una alma obediente cantará victorias¹, y la obediencia de Rosa á sus padres y á todos sus superiores fué perfectísima. ¡Qué difícil es no faltar ni en un ápice á esta virtud, especialmente en la vida doméstica! ¡Cuánta abnegación,

¹ Prov. 21, 28.

cuántas victorias del amor propio y de la propia voluntad no supone una vida de familia santificada por la continua obediencia! Rosa obedecía con aquella santa simplicidad y ceguedad discreta con que saben obedecer los varones de Dios, dejando no raras veces espantada á su misma madre. Eso no la impedía, sin embargo, oponer razones y súplicas á órdenes evidentemente perjudiciales á su espíritu, como la de que usase adornos postizos, de que aderezase su persona á la usanza de las demás jóvenes de su clase, de que dejase sus ayunos por la mesa común, frecuentase inútiles visitas y otros mandatos semejantes. Oponiéndose nuestra humilde Virgen á tales prescripciones, hacía que su madre obedeciese á la voluntad del Señor que había escogido á Rosa para sí, segregándola de la compañía de los pecadores. La discreción espiritual no se opone á la simplicidad columbina del verdadero obediente.

6. ¿Puede un alma conservar la tersura del traje nupcial en el trato del mundo, donde tanto abundan las ocasiones de empañarlo y aun de mancharlo con la culpa? Por eso las almas puras é inocentes, como solitarias tórtolas, se recatan cuanto pueden del trato social, absteniéndose de la humana conversación todo cuanto les permite la caridad y la necesidad. Pero el amor de la soledad y el retiro es característico en las almas llamadas á la contemplación de las cosas celestiales. Extraordinaria fué en esto la imitadora de Santa Catalina de Sena, nuestra Virgen de Lima. Era todavía muy niña y ya se recogía á orar en algún lugar, aunque estuviera oscuro y sucio, mientras sus compañeritas se entregaban al juego; y á quien la convidaba á divertirse con las otras niñas, respondía con una discreción superior á sus años: «Déjame estar aquí á solas con mi Dios, porque yo sé que está conmigo, y no sé si gustará Él de estar donde están jugando.» ¿No es verdad, hermanos míos, que sentimientos tan altos no podía sugerírselos sino el Espíritu de Dios que la llevaba á la soledad

para hablarle al corazón?¹ Á la soledad la llevó, en efecto, no la del claustro sino la de una celdilla que se hizo construir en la huerta de su casa. Aquí dilataba su espíritu cuanto se estrechaba su cuerpo: aquí, en una celdilla de cinco pies de largo por cuatro de ancho, estaba Rosa como en su cielo porque aquí gustaba las caricias de su Amado. «Padre», decía con donaire al confesor, «aunque parece estrecha la celda, muy bien cabemos en ella mi Esposo y yo.» ¿Qué necesitaba ver fuera de ella en las calles y paseos de la gran ciudad de los Reyes? «Harto mejor me fuera á mi cegar», decía, «que tener ojos para ver tantas vanidades como hay en el mundo.» Mas no creáis que de tal manera se daba á la oración solitaria, que no soportase también, por dar gusto á su Dios, las rudas faenas del trabajo material. Decaída su familia de la antigua opulencia, Rosa se consideraba en el deber de trabajar en las labores propias de su sexo diez horas al día y tal vez hasta la media noche, por socorrer y sustentar á sus padres, á pesar de hallarse enferma y casi imposibilitada para el trabajo. Pero ¡oh modelo de piedad filial! «Yo no puedo», decía, «faltar al socorro de mis padres en sus necesidades sin grave escrúpulo de conciencia, aunque me esté muriendo.» Mas ¿de qué sacrificios no es capaz un alma esforzada por la caridad de Dios? Hemos visto cómo mereció nuestra Virgen ser admitida en el tálamo del divino Esposo por la pureza de su corazón: veamos ahora el amor ardentísimo que tuvo á Jesús la esposa inmaculada de Cristo.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

7. Aquí se ensancha, hermanos carísimos, prodigiosamente el horizonte de nuestro asunto, pues nos hallamos en el verdadero terreno en que se desarrolló la admirable

¹ Os. 2, 14.

santidad de nuestra compatriota. Habremos de contentarnos con presentar á vuestra admiración alguno que otro rasgo de los muchos que han logrado recoger sus biógrafos. ¡Cómo ardía el corazón de aquella que necesitaba desahogar la vehemencia de su afecto por medio de amorosos requiebros y saetas encendidas que lanzaba al cielo! «Señor», solía exclamar; «¿quién hay que no te ame? Mas, ¿cuándo empezaré yo á amarte como debo? ¿para qué es mi corazón, Dios mío, si no se deshace en cenizas en el fuego de tu amor?» No sabía hablar sino de Dios: todo su afán era persuadir su amor, convidando á todos á amarle, aun á las criaturas insensibles. «¡Cielos, ángeles, hombres, brutos, plantas y elementos», decía, «amemos todos á Dios! ¡Amor á Dios, amor á Dios!» No satisfecha con estos desahogos de su corazón inflamado, escribió algunos versos amorosos á su Esposo, los cuales cantaba dulcemente, acompañando ella misma el canto con la vihuela, que tocaba sin haber aprendido el arte de la música. Y las avecillas ¿acaso no cantaban también con ella correspondiendo á quien las invitaba á alabar á su Criador? ¡Oh! y ¡cómo traspasaba su corazón un cuchillo de dolor al ver las ofensas que hacían á su Dios los pecadores! Como á quien le tocaba de derecho, como á Teresa de Jesús, mirar por la honra de su Esposo, lloraba y se afligía por las culpas de los hombres, y procuraba estorbarlas en la manera que podía. Ella, que no sabía llorar, ni aun siendo tierna niña, por los más crueles dolores, decía una vez á su madre que lloraba: «¿Qué hacéis, madre? ¿no sabéis que las lágrimas sólo se han de derramar para lavar culpas, y eso por amor de Dios?» Deseaba ardientemente que se predicase el Evangelio á los infieles y la penitencia á los pecadores, porque el celo de la gloria de Dios abrasaba su corazón. «Vaya, Padre mío», decía á un misionero, «vaya á convertir á esos infieles, y mire que el mayor servicio que pueden los hombres hacer á Dios es convertirle las almas, y ésta es obra

de apóstoles.» ¡Oh, si le fuera permitido, ella misma se anduviera predicando la fe de un reino en otro hasta convertir á todos los infieles! ¿Sabéis á qué extremos la llevaba su celo? Pues á salir por las calles de Lima con un crucifijo en la mano, en hábito de penitente, dando voces para despertar y mover á penitencia á los aletargados pecadores. Y ¿creéis, hermanos míos, que quedaba defraudado su celo en aquella sociedad entonces tan llena de fe y religiosidad? ¡Oh! no, que muchos pecadores eran vencidos por la divina elocuencia con que la santa predicadora les persuadía el amor de la virtud y el aborrecimiento del vicio. Así convirtió á un caballero que locamente se le había aficionado.

8. Y ¿cómo no había de encenderse su amor á Cristo, si desde tierna niña de cuatro años empezó á contemplarle en su dolorosísima pasión? Es el Crucifijo la escuela del amor, y del amor paciente, abnegado, pronto á la inmolación y al sacrificio, como el de la heroica Virgen á quien hoy tributamos nuestros cultos. ¡Cómo anhelaba padecer por Cristo! Ya en la infancia rogaba á una criada que en un retrete de la casa la pisotease, escupiese y diese golpes para imitar al Redentor escarnecido y abofeteado; y cargada la inocente criatura con un gran peso ó un madero, andaba por un huertecillo cayendo muchas veces agobiada con la carga, gozosa de imitar á Jesús con la cruz á cuestas. Y éstos no eran juegos piadosos, como los de otros niños, sino actos serios de amor y devoción. De allí nació sin duda aquella fortaleza varonil con que se mostró siempre como insensible al dolor físico. ¿Cómo explicar de otro modo los asombrosos rigores de su penitencia? En memoria de la hiel y vinagre que dieron á Cristo, tomaba todos los viernes una buena cantidad de una bebida de verbena amarguísima, y no se acostaba sin gustar la hiel de una redoma que tenía á la cabecera de la cama. ¡Ah! pero lo que más al vivo la hacía representar á Jesús era

la corona, si no de espinas, de pequeños clavos, que ceñida á la cabeza, le atravesaba las sienas virginales con el dolor agudísimo que puede imaginarse. ¡Mirad, si podéis, sin estremeceros, esa plancha angosta que en forma de corona le atormenta la desnuda cabeza, con noventa y nueve clavos! Así, así corona el amor á la verdadera esposa de Cristo crucificado. Mas ¿qué ardores no levantaba en su pecho el Sacramento del amor por excelencia? ¿Cómo no se derretiría allí su corazón al sentir las palpitations del corazón de su Amado? Desde niña sintió el atractivo celestial de la divina Eucaristía, que despertaba en ella una hambre insaciable de recibirla. Y recibíala con la mayor frecuencia que era permitida entonces á las almas más perfectas; pero ¡con qué sentimientos de devoción como si cada una fuera la última de sus comuniones! Ella misma carecía de palabras para explicar los regalos, las dulzuras y transportes que causaba en su alma este divino manjar. Mas ¿á qué las palabras cuando se manifestaban los interiores afectos en los efectos exteriores que producía la comunión en el cuerpo trasfigurado, en el rostro lleno de resplandores celestiales? Y ¡qué agilidad no le infundía el Pan divino, cuando, después de recibirlo, volvía á casa con tanta ligereza que su madre no podía seguirla! Y ¡qué fe en la presencia real de Jesucristo, que la hacía querer sellar con su propia sangre la confesión de este misterio!

9. Pero el amor de Jesús, hermanos carísimos, tiene también sus delicias inefables, incomprensibles para los profanos. «Mis delicias», dice el divino Esposo, «son estar con los hijos de los hombres»¹, que por eso se hizo hombre y aun niño, tomando esta forma, la más bella y amable de la tierra. ¿Quién gustó de estas delicias del trato familiar con Jesús Niño con mayor abundancia que la bienaventurada Rosa? Increíbles, inverosímiles nos parecerían los

¹ Prov. 8, 31.

favores que se refieren en su vida, si, aparte de la veracidad del relato, no supiéramos hasta dónde llega la benignidad del buen Jesús, el amante Esposo de las almas puras. Oíd algunas de esas extraordinarias mercedes concedidas á la favorecida Rosa¹. Cuando estaba haciendo labor, muchas veces se le aparecía Cristo en figura de un niño pequeño y se sentaba sobre la almohadilla; otras veces, cuando leía, veía al Niño Jesús pasearse por la plana del libro. Jugaba con ella el Niño-Dios, y ganaba la mano ó se dejaba ganar de su sierva. «¡Admirable dignación!» como exclama á otro propósito la Iglesia². Celoso de su amor, el Esposo divino le arrancó en una ocasión una mata de albahacas á que Rosa parecía tener afición, para enseñarla á poner en él todo su amor y no partirle con ninguna criatura. ¡Tanta es la pureza de corazón que exige de las almas escogidas! Pero ¡qué bien le recompensaba estos pequeños sacrificios! Arrojada un día la santa Virgen en su celdilla, vió el suelo sembrado todo de rosas. Apareciósele entonces la Virgen María con su Hijo en los brazos, y el Niño Jesús le dijo que cogiese aquellas rosas. Cogiólas y ofrecióselas al Niño, pero él no quiso tomar más de una diciendo á la Santa: «Esta rosa eres tú; de ésta tomo yo por mi cuenta el cuidar; de las demás dispón tú como quieras.» Hizo con ellas una corona la doncella, púsola al Niño en la cabeza, y él mirando á la Santa y sonriendo le echó su bendición y desapareció. Así lo refiere con amable candor un piadoso cronista. Cómo suceden estos prodigios sobrenaturales, no sabré yo decíroslo; pero creo no menos en la bondad que en el poder de Aquel que es maravilloso en sus santos—*Mirabilis Deus in sanctis suis*³.

10. Faltábale á Rosa la mayor de las pruebas á que puede estar sujeto el verdadero amor de Dios, la fidelidad en la tribulación, y en la tribulación más amarga

¹ Rivadeneyra, Flos Sanct.

² Ecclesia in offic.

³ Ps. 67, 36.

como es el desamparo de Dios. Hízola el Señor beber el cáliz amarguísimo de su pasión, como á la otra sierva suya, Catalina de Sena, y lo más penoso de él para las almas amantes, como son los desvíos, desamparos, soledades y oscuridades interiores con que Dios sabe probar á los que mucho ama. Tan grandes fueron los que padeció nuestra Virgen que ella misma no hallaba palabras para declararlos. Sentíase como encerrada en una oscura y tenebrosa cárcel, sin un rayo de luz, rodeada de tinieblas, desmayos y desconuelos. Sus potencias parecían embotadas para Dios... Al querer acercarse á Él, parecía que le pusiese grillos para que no lo hiciese, despidiéndola y arrojándola de su presencia. ¡Qué tormento, qué martirio tan cruel cual nunca lo inventaron los tiranos! Y este martirio se renovó por espacio de quince años continuos, una ó dos horas cada día, pasadas las cuales, es verdad, se hallaba de repente como en otra región de claridad y gozos inexplicables en que se anegaba su alma en el amor de Dios. ¡Cuál no fué entre tanto su constancia, su conformidad con la voluntad del que así la atormentaba! ¡Cuántas veces no repetía con ánimo esforzado las palabras de Cristo: *Fiat voluntas tua!* Nada diré de otra clase de tribulaciones con que plugo á Dios probar á su amante sierva, como fueron las violentas y porfiadas persecuciones del infernal enemigo, que, permitiéndolo el Señor, como en los tiempos de Job, la maltrataba y afligía de mil extraños modos, envidioso sin duda de tanta santidad, y deseoso de derribarla de las alturas del favor divino. Pero en vano, porque nuestra heroína, aunque fatigada en la lucha, hacía correr avergonzado y vencido. Aun tuvo la Santa otras batallas más peligrosas que la hicieron quejarse amorosamente á su Esposo, mezclando con sus lágrimas la sangre de sus disciplinas; pero entonces mereció escuchar estas dulces palabras de Cristo que tranquilizaron su angustiado espíritu: «Rosa, ¿parécete que hubieras conseguido la victoria, si

yo no estuviera contigo?» Ahí tenéis, amadísimos oyentes, bosquejado á grandes rasgos el ardiente amor de Rosa al Esposo de su corazón. Tratemos de diseñar á la ligera el asombroso cuadro de sus inauditas mortificaciones voluntarias.

III.

II. Los estrechos límites á que me propongo ceñir este importante elogio de nuestra gran Santa americana, no me dejarán extenderme en un punto en que debería hacerlo para daros la verdadera imagen de esta Virgen, prodigio de penitencia, comparable con los modelos más maravillosos que nos presentan los fastos de la Iglesia. Algo dejamos ya apuntado, y lo poco que ahora añadiremos bastará para llenarnos de asombro. ¡Qué milagros de fortaleza, en medio de la natural debilidad del sexo, no es capaz de efectuar el amor apasionado de Jesús! ¡Qué sed de torturar su inocente carne no inspiró á Rosa el anhelo de asemejarse á Cristo! Ayunos rigurosos, cilicios asperísimos, disciplinas de sangre, maceraciones inauditas, todo le parecía poco para apagar la sed de padecer que la devoraba, como devora á los mundanos la sed de gozar! Á los seis años ayunaba á pan y agua varios días á la semana. Á los quince hizo voto de no comer carne en los días de su vida si no fuese por obediencia. Y cuán acepta fuese á Dios esta abstinencia lo demostró con señales inequívocas. Una aparición del mismo Cristo la fortaleció en su santo propósito, combatido vivamente por los que no miraban sino por su bienestar corporal. Y si Rosa había de tomar algún alimento para conservar la vida, aunque evidentemente sostenida por milagro, había de ser mezclado con la hiel de la mortificación. He dicho que la vida de nuestra admirable Virgen se sostenía milagrosamente, y no podía ser de otra manera, puesto caso que llegó á reducir todo su alimento á una cantidad insuficiente para sostenerla, á unas pocas onzas

de pan durante toda una semana, y unos pocos gajos de naranja, alimentándose largas temporadas con la sagrada Comunión. ¿No había aquí un evidente milagro? Imposible fuera negarlo. Y ¿cómo pudiera, sin la intervención sobrenatural, tener fuerzas para trabajar y orar y practicar otras terribles penitencias?

12. Confieso, hermanos carísimos, que temo desarrollar á vuestra vista el cuadro de esas austeridades inauditas que pusieran admiración y quizás acobardaran á los más valerosos campeones de la penitencia. ¡Es tanta nuestra delicadeza que hasta el nombre de maceración de la carne nos asusta y horroriza! ¡Á tal extremo nos ha traído la molicie de las costumbres del siglo! Y entre tanto ¿no estamos hoy como siempre sujetos á ser víctimas indefensas del dolor? Padecemos, y llenos están los hogares de agudos padecimientos; mas no queremos aceptar esta dura ley, rehuimos cuanto podemos el dolor, y no tenemos valor para ser verdugos de nosotros mismos ni aun para dar á la justicia divina alguna satisfacción por nuestras culpas. Rosa se crucificaba voluntariamente por amor á su Dios crucificado, despedazaba su cuerpo con agudos azotes por amor á sus prójimos los pecadores, se ofrecía en holocausto por la gloria del Criador y la salvación de sus hermanos. Si tomaba algún descanso por la noche era sobre un lecho semejante al leño de la cruz, un verdadero potro de tormento que la hacía temblar naturalmente; si velaba en oración durante largas horas de la noche, valiase de ingeniosas trazas para vencer el sueño que reclamaba la pobre naturaleza maltratada pero no vencida; su vida entera era un martirio voluntario. ¡Oh portentosa heroína de la cruz! ¡Oh esposa verdadera de Cristo crucificado! ¡Cuán grande debe ser tu gloria en la patria de las recompensas, en el reino donde habitan las vírgenes inmaculadas siguiendo al Cordero sin mancha por aquellos prados amenísimos de la bienaventuranza!

13. ¡Hijas de María Inmaculada! Si no os sentís con fuerzas suficientes para seguir á Rosa, la incomparable Virgen de Lima, por esos caminos extraordinarios por donde quiso llevarla á las cumbres de la santidad el Señor de las virtudes, seguidla á lo menos, pero constantes y animosas, por ese otro camino llano que habéis emprendido de la pureza de corazón y de sentidos, del ferviente amor á Jesucristo y á María vuestra tierna Madre, y también de la mortificación cristiana, que es el camino real de la salvación. Así honraréis debidamente á vuestra amable Patrona y podréis esperar de ella favores singulares y gracias abundantes para vuestra santificación. ¿Cómo no ha de distinguir con especial cariño á sus hermanas en Cristo? ¿Cómo no ha de cuidar con esmero de este precioso huertecillo de María? ¿No habrá también aquí algunas rosas y azucenas que atraigan sus miradas y que ella recoja para ofrecerlas á Jesús? Alzad, pues, hasta su trono vuestras sentidas plegarias y decidle: «Benedicidnos á todos, ¡oh gloria del continente americano! Benedicidnos ¡oh fulgentísima estrella del Perú! ¡Alcanzadnos á todos los que celebramos vuestras glorias, gracias copiosas y eficaces con que podamos conquistar la del cielo! Así sea.

De Santa Catalina Virgen y Mártir, con ocasión de celebrar su primera Misa un neo-sacerdote.

(Predicado en Cartagena, 1909.)

Santa Catalina, modelo del sacerdote católico.

Inspice, et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est.

Ex. 25, 40.

1. ¡Hermoso espectáculo, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, el que nos presenta el día de hoy esta santa iglesia metropolitana! Vemos á un joven levita, á

un nuevo ministro del Altísimo presentándose en el altar á ofrecer por vez primera con la solemnidad de las augustas ceremonias de la liturgia católica el santo sacrificio de la Misa; y vemos al mismo tiempo al clero y al pueblo de Cartagena congregados bajo las bóvedas de esta majestuosa basilica para celebrar con la pompa de rito á la gloriosa Patrona de la Arquidiócesis, la Virgen y Mártir Santa Catalina. No sin acertado consejo se ha querido reunir estas dos festividades para que mutuamente se comuniquen el esplendor y la solemnidad que á cada una de ellas corresponde. ¡Qué bien concuerdan, en efecto, los sentimientos del nuevo sacerdote en esta hora solemne, con los que debe inspirarle la festividad de la santa Virgen de Alejandría! Ya me parece escuchar en los latidos del corazón del que se ve sublimado á la dignidad del sacerdocio aquel himno de acción de gracias que palpitaba en los labios del Profeta Rey cuando decía: *Quid retribuam Domino pro omnibus que retribuit mihi? Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo*¹— «¿Cómo podré retribuir al Señor la multitud de beneficios que este solo beneficio encierra y significa? ¿Cómo darle las debidas gracias por el cúmulo de bendiciones con que me previno y la cariñosa ternura con que dispuso y enlazó las circunstancias todas que me han elevado hasta el ápice de la dignidad sacerdotal en que hoy me encuentro colocado?» *Quid retribuam Domino? Tibi sacrificabo hostiam laudis*². ¡Ah! la Hostia sacrosanta que voy á ofrecer en este instante será el sacrificio de alabanza con que podré satisfacer la inmensa deuda de gratitud que he contraído con mi Dios. Ésta es toda mi esperanza, éste el anhelo de mi corazón. Mas al mirar la imagen de la gloriosa Virgen en cuyo honor va á celebrar su primera Misa solemne, no podrá menos de implorar su valimiento para con el

¹ Ps. 115, 12. 13.

² Ibid. 17.

13. ¡Hijas de María Inmaculada! Si no os sentís con fuerzas suficientes para seguir á Rosa, la incomparable Virgen de Lima, por esos caminos extraordinarios por donde quiso llevarla á las cumbres de la santidad el Señor de las virtudes, seguidla á lo menos, pero constantes y animosas, por ese otro camino llano que habéis emprendido de la pureza de corazón y de sentidos, del ferviente amor á Jesucristo y á María vuestra tierna Madre, y también de la mortificación cristiana, que es el camino real de la salvación. Así honraréis debidamente á vuestra amable Patrona y podréis esperar de ella favores singulares y gracias abundantes para vuestra santificación. ¿Cómo no ha de distinguir con especial cariño á sus hermanas en Cristo? ¿Cómo no ha de cuidar con esmero de este precioso huertecillo de María? ¿No habrá también aquí algunas rosas y azucenas que atraigan sus miradas y que ella recoja para ofrecerlas á Jesús? Alzad, pues, hasta su trono vuestras sentidas plegarias y decidle: «Benedicidnos á todos, ¡oh gloria del continente americano! Benedicidnos ¡oh fulgentísima estrella del Perú! ¡Alcanzadnos á todos los que celebramos vuestras glorias, gracias copiosas y eficaces con que podamos conquistar la del cielo! Así sea.

De Santa Catalina Virgen y Mártir, con ocasión de celebrar su primera Misa un neo-sacerdote.

(Predicado en Cartagena, 1909.)

Santa Catalina, modelo del sacerdote católico.

Inspice, et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est.

Ex. 25, 40.

1. ¡Hermoso espectáculo, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, el que nos presenta el día de hoy esta santa iglesia metropolitana! Vemos á un joven levita, á

un nuevo ministro del Altísimo presentándose en el altar á ofrecer por vez primera con la solemnidad de las augustas ceremonias de la liturgia católica el santo sacrificio de la Misa; y vemos al mismo tiempo al clero y al pueblo de Cartagena congregados bajo las bóvedas de esta majestuosa basilica para celebrar con la pompa de rito á la gloriosa Patrona de la Arquidiócesis, la Virgen y Mártir Santa Catalina. No sin acertado consejo se ha querido reunir estas dos festividades para que mutuamente se comuniquen el esplendor y la solemnidad que á cada una de ellas corresponde. ¡Qué bien concuerdan, en efecto, los sentimientos del nuevo sacerdote en esta hora solemne, con los que debe inspirarle la festividad de la santa Virgen de Alejandría! Ya me parece escuchar en los latidos del corazón del que se ve sublimado á la dignidad del sacerdocio aquel himno de acción de gracias que palpitaba en los labios del Profeta Rey cuando decía: *Quid retribuam Domino pro omnibus que retribuit mihi? Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo*¹— «¿Cómo podré retribuir al Señor la multitud de beneficios que este solo beneficio encierra y significa? ¿Cómo darle las debidas gracias por el cúmulo de bendiciones con que me previno y la cariñosa ternura con que dispuso y enlazó las circunstancias todas que me han elevado hasta el ápice de la dignidad sacerdotal en que hoy me encuentro colocado?» *Quid retribuam Domino? Tibi sacrificabo hostiam laudis*². ¡Ah! la Hostia sacrosanta que voy á ofrecer en este instante será el sacrificio de alabanza con que podré satisfacer la inmensa deuda de gratitud que he contraído con mi Dios. Ésta es toda mi esperanza, éste el anhelo de mi corazón. Mas al mirar la imagen de la gloriosa Virgen en cuyo honor va á celebrar su primera Misa solemne, no podrá menos de implorar su valimiento para con el

¹ Ps. 115, 12. 13.

² Ibid. 17.

Todopoderoso, y reflexionando un momento sobre la alteza de santidad y la profundidad de sabiduría celestial de la admirable esposa de Jesucristo, comprenderá desde luego que debe tomarla no sólo por Patrona sino también por modelo y ejemplar clarísimo de la perfección de la vida sacerdotal.

2. Por su parte el ministro de la palabra, encargado de hacer hoy el panegirico de la bendita Patrona de la Iglesia cartagenera, después de elevar á Dios sus preces en unión de los votos del nuevo sacerdote, y de dar á este escogido del Señor los más cordiales parabienes, considera de su deber no tanto ensalzar la sublime dignidad del sacerdocio cristiano, como poner de manifiesto sus altísimos deberes y encarecer las virtudes más que ordinarias de que debe revestirse; y al hacerlo en este día bien puede proponerle por modelo de la vida y virtudes sacerdotales á la ínclita Patrona de los filósofos cristianos y gloriosa mártir Santa Catalina. Porque, en efecto, ¿quién más versado que esta santa Virgen en las ciencias sagradas? ¿quién más ilustre por la santidad que la invicta mártir de Alejandría? Y no os asombre, carísimos oyentes, que proponga á una mujer, á una doncella de dieciocho años por modelo del venerable estado sacerdotal, porque nadie ignora aquella misteriosa economía con que suele Dios escoger las cosas pequeñas y débiles para confundir á las grandes y fuertes. *Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia*¹. Por lo demás, aunque no condecorada con la aureola del ministerio eclesiástico, bien puede apellidarse grande, considerada en su fisonomía moral, la esclarecida Virgen, objeto de muchos cultos y honor y gloria del pueblo cristiano. Ciencia, no solamente sagrada sino también profana, puesta al servicio de la religión; santidad que abraza virtudes eminentes y heroicas, son las prendas que hoy más

¹ 1 Cor. I, 27.

que nunca, por razón de la malicia de los tiempos, deben adornar al ministro de la Iglesia, al sacerdote del Altísimo; y ciencia sublime, vasta y profundísima, y santidad de primer orden fueron las dotes que, como vais á ver, resplandecieron en la frente purísima de la gloriosa Catalina. Apresurémonos, empero, amados hermanos míos, á implorar los auxilios de lo Alto para tratar dignamente tan hermoso asunto, valiéndonos de la poderosa intercesión de la Virgen de las vírgenes, á quien saludaremos con el Ángel: *Ave María*.

I.

3. Grande, extraordinaria debió de ser la ciencia de la Virgen alejandrina cuando pudo llamar la atención de sus contemporáneos en aquel siglo de los Doctores de la Iglesia y en un emporio de las ciencias como la Alejandría del siglo tercero de la era cristiana; grande, cuando la tradición y la historia eclesiástica lo atestiguan unánimemente proclamándola Patrona de los filósofos; grande, en fin, cuando fué capaz de confundir ella sola y convertir al cristianismo á cincuenta afamados filósofos paganos convocados de todas partes para disputar con ella y reducirla al silencio. Y grande fué sin duda y más que humana, porque no tanto fué fruto del ingenio y del estudio como de la superior ilustración divina. Así lo reconocieron y confesaron aquellos vencidos sabios del paganismo, diciendo á Maximino: «Tened entendido, oh emperador, que ninguno ha podido hasta hoy tomar la palabra en presencia nuestra sin verse al punto confundido. Pero esta Virgen en quien habla el Espíritu de Dios nos ha causado tal admiración que no sabemos decir nada contra Jesucristo. . . . Dispuestos estamos todos á convertirnos al Dios de Catalina.»

El talento de la Santa sólo puede compararse con su peregrina hermosura, cuyo brillo cautivó á cuantos la contemplaron cuando, saliendo de su magnífico palacio, fué

á presentarse en el templo de los ídolos delante del emperador, y enfrentándose con aquella divinidad de la tierra, le apostrofó con tanta valentía y dignidad como modestia y donosura. La viveza de su ingenio hízola capaz de adquirir todo género de conocimientos, pero aplicóse de preferencia al estudio de las sagradas Letras, llegando á ser teóloga consumada y apologista invencible de la religión. ¡Con qué fuerza de razonamientos defendió delante de la multitud el dogma de la unidad de Dios, asestando golpe de muerte al politeísmo! Como San Pablo, la joven filósofa deducía lógicamente de la contemplación de las criaturas la existencia y los atributos del Criador. «Considera», decía á Maximino, «el adorno de los cielos: mira el sol, la luna y las estrellas: mira el servicio que prestan y cómo día y noche giran del oriente al occidente sin fatigarse jamás. Y después de esto entra en ti mismo y pregúntate cuál es el ser más poderoso que ellos, que les ha dado existencia y los conserva y dirige; y cuando lo hayas hallado adórale y glorifícale porque Él es el Dios de los dioses y el Señor de los señores.» Y continúa hablando de Dios cosas sublimes que dejan asombrados á cuantos la escuchan. Con no menor sabiduría discurre y perora sobre los misterios de la Encarnación del Verbo y la Redención por Cristo crucificado, á quien ha tomado por Esposo inmortal y en quien ha depositado toda su esperanza y todo el afecto de su corazón virginal. Es decir que, como habla el Apóstol¹, posee Catalina la supereminente ciencia de Cristo Jesús, y la posee no sólo en teoría y especulación, sino con una luz práctica que la hace verdaderamente sabia con sabiduría del cielo, santificando y ennobleciendo su espíritu. ¡Oh! y ¡cómo se expresa cuando trata de las alegrías de la gloria celeste, con cuya animada pintura convierte á la emperatriz, animándola

¹ Phil. 3, 81.

á despreciar por ella las coronas frágiles y perecederas de la tierra! Pero ¿qué verdad, qué misterio de la religión no penetraba con lumbre clarísima aquella privilegiada inteligencia, mejor dicho, aquel corazón purísimo tan bien dispuesto para ver á Dios?

4. He aquí, carísimos hermanos, el modelo del sacerdote católico, colocado por la mano de Dios en el pináculo de la dignidad eclesiástica para alumbrar al mundo con la luz de la verdad religiosa, según la palabra de Jesucristo: *Luceat lux vestra coram hominibus*¹, y el antiguo oráculo: *Labia sacerdotis custodient scientiam*². Verdad es que han florecido en la Iglesia maestros insignes de religión y apologistas seculares: nuestra misma Santa es prueba de ello; y hoy es el día en que valientes plumas salen á defender en la palestra de la prensa nuestros sagrados dogmas contra los ataques de la impiedad que presume de científica. Mas ¿quién duda que es á los custodios del santuario á quienes por deber de su estado les incumbe enseñar y vindicar la religión de Cristo, habiendo dicho el Salvador á sus Apóstoles, y en ellos, á los sacerdotes: *Docete omnes gentes*³. Bien se ve, pues, la obligación que éstos tienen de adquirir una vasta y sólida instrucción en todos los ramos de la ciencia sagrada, Escritura, Teología, Moral, Derecho canónico, Historia eclesiástica, Liturgia y otros muchos. De la ilustración del clero depende en gran parte la conservación y el florecimiento de la fe cristiana en los pueblos, la honra de la Iglesia y el verdadero bienestar de la sociedad. Los sacerdotes son la luz del mundo y la sal de la tierra⁴. Las circunstancias peculiares de nuestra época, buenas y malas, como son la general difusión de las luces, el progreso científico, la impiedad y el indiferentismo religioso, exigen, quizás como en ninguna

¹ Matth. 5, 16.

² Mal. 2, 7.

³ Matth. 28, 19.

⁴ Ibid. 5, 13. 14.

otra, esa ciencia profunda de la religión, capaz de exponerla, vindicarla y hacerla salir triunfante en los espíritus no obcecados por la corrupción ó la perversidad. ¿Quién no conoce, siquiera de nombre, las grandes herejías contemporáneas, el racionalismo en sus diversas formas y el modernismo de los últimos días? Y ¿á cuántas almas no ha logrado seducir el falso brillo de una ciencia de relumbrón, revestida de aparato filosófico-crítico? En las mismas filas del clero ¡cuántas víctimas no tenemos que lamentar, como bien lo sabéis; víctimas ciertamente dignas de lástima por sus dotes no comunes de inteligencia y laboriosidad! ¡Desgraciados! Estos sabios según el mundo no poseían la verdadera ciencia de Dios, por más que hubiesen acumulado vastos conocimientos que sólo les sirvieron para henchirse de orgullo y vanidad. La ciencia del sacerdote debe ser, como la de Santa Catalina, más que humana, sobrenatural, vivificada por la caridad y cimentada en la humildad cristiana.

Para alcanzar esta ciencia, que vale más que los títulos universitarios, no presta pequeño auxilio la formación en el seminario, donde junto con la educación moral del joven levita, se imparte á los aspirantes al sacerdocio la conveniente instrucción en todos los ramos de la ciencia eclesiástica. ¡Precioso tiempo que el joven llamado por Dios al ministerio del santuario debe aprovechar sin perder un momento! ¡Con cuánta sabiduría ha dispuesto la Iglesia la fundación de seminarios! ¡Felices las diócesis que los poseen perfectamente organizados! ¡Y no menos feliz el joven que supo aprovechar la educación del seminario! Mas no creáis por esto, jóvenes alumnos que me escucháis, que basta el tiempo de los estudios para adquirir todo el caudal de ciencia de que debe estar provisto el sacerdote. Bien sabe éste que no le es lícito dejar los libros de la mano, que debe estudiar toda la vida, como lo hacen el médico y el jurisconsulto que quieren

cumplir á conciencia los deberes de su profesión. El sacerdote modelo ama el estudio y la sana lectura; pero da constante preferencia á los estudios propios de su estado y vocación. Mas no desdeña en ningún caso el ejercicio de la oración para obtener del Padre de las luces el espíritu de inteligencia de los divinos misterios.

5. También cultiva, hasta donde le es posible, las ciencias que llamamos profanas. Ninguna le es inútil y muchas pueden serle necesarias. Por eso vemos que el clero católico ha descollado siempre en todo género de disciplinas. No podríamos, sin embargo, exigir á todos los miembros del clero una ilustración universal, bastando para el honor de la Iglesia que algunos la posean ó que no sean pocos los sacerdotes eminentes en todas las ciencias, aun las naturales. La que sí es indispensable á todos es la filosofía, pero la filosofía digna de este nombre, no la bastarda y presumida de independiente de la fe, sino la gran filosofía cristiana de que Santo Tomás fué el portaestandarte y maestro. Nuestra amable Virgen Catalina—¿quién tal creyera, si la tradición y la historia no lo atestiguaran?—fué insigne en esta ciencia, llegando á merecer el título de Patrona de los que se consagran á ese estudio. Y ¡no había de serlo la que pudo confundir y vencer con sus argumentos á cincuenta de los más renombrados filósofos de aquella edad? El mismo emperador Maximino lo reconoció cuando dijo á la Santa: «Bien veo que quieres sorprenderme aduciéndome la autoridad de los filósofos.» Era porque Catalina había alegado en sus discursos sentencias de los sabios antiguos, tan prudentes como éstas: «La cólera no conviene al espíritu del sabio. . . . Si gobierna en ti el espíritu, eres rey; si el cuerpo, no eres más que un esclavo.»

Catalina apoyaba sus conclusiones teológicas no sólo en la Escritura y en la palabra revelada, sino también en los principios de la razón, como lo hacen los teólogos católicos, haciendo servir la filosofía á la defensa de la verdadera

religión. Y tal fué el método seguido constantemente por los sabios de la escuela cristiana, principalmente desde los tiempos medioevales. Así han sabido combatir y vencer á los enemigos de la fe con las mismas armas con que ellos creyeron poder atacarla y destruirla. Así levantaron á la gloria de la religión de Jesucristo el más grandioso monumento, armonizando por maravillosa manera los fueros de la razón y la fe. Obra es ésta de colosal magnitud á que concurren la dialéctica con sus acerados filos hiriendo de muerte al sofisma, la metafísica con sus grandes ideas fundamentales, base de todo humano conocimiento, la cosmología y la antropología con sus estudios sobre el hombre y el universo, y hasta las ciencias morales y jurídicas con sus doctrinas sobre la moral y el derecho, allegadas con la simple luz de la razón.

6. Pero la ilustre Virgen á quien, por su pericia en las ciencias sagradas y profanas, hemos propuesto por modelo del sacerdote, no fué menos versada en la literatura, elocuencia y poesía clásicas; y no menos supo valerse de ellas para hacer triunfar la religión de Cristo en aquel emporio del saber humano, la gran ciudad de Alejandría. Ella, como bien sabéis, tuvo que hablar al pueblo congregado en el lugar del sacrificio, apostrofó al emperador romano, disputó con los filósofos. ¡Qué elocuencia no desplegó en todas estas ocasiones! Ahí están sus palabras que claramente lo atestiguan. Ni fué menos admirable por la forma y manera de expresar sus ideas y sentimientos, que por la sublimidad de su doctrina y agudeza de sus argumentaciones. En cuanto al sacerdote, es evidente que debe poseer igual destreza para enseñar y persuadir á la muchedumbre desde el púlpito, que para dictar lecciones de religión desde la cátedra. La predicación es el gran ministerio sacerdotal; y, sean cuales fueren las dotes oratorias con que le haya favorecido la Providencia, él debe procurar hacerse con los recursos del arte, aprendiendo no sólo en

los grandes modelos del cristianismo, sino aun en los inmortales maestros del bien decir que nos legó la sabia antigüedad. Por eso debe aplicarse con empeño al estudio de la elocuencia, sagrada y profana, como consta que lo hicieron los más insignes Padres y Doctores de la Iglesia, los Leones, los Ambrosios, los Bernardos, cuyas huellas han seguido los célebres oradores sagrados de que justamente se glorían las naciones católicas, mayormente Italia, España y Francia.

Es innegable, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, que el sacerdote en estos tiempos de lucha está obligado á dirigir la palabra á las masas ignorantes y á las corporaciones sabias, á todas las clases sociales y á veces también á los que presumen de reyes del pensamiento. Y no sólo es el púlpito el teatro adecuado de la elocuencia sacerdotal, sino también el libro y el periódico, ya que las condiciones actuales de la sociedad han hecho necesario el magisterio de la prensa. ¡La prensa, la gran prensa católica! ¿podrá quedar entregada enteramente á la pluma del católico seglar? ¿no deberá tomar parte en ella, cuando no la dirección, el escritor eclesiástico? No cabe dudar de la necesidad que tiene de escribir para el público el clero católico, por más que no todos sus miembros hayan de consagrar su talento y su tiempo á la tarea de escritores, ocupación no siempre compatible con otros ministerios sacerdotales más urgentes.

Y esto baste, carísimos hermanos, por lo que toca á la ciencia del sacerdote, cuyo modelo hemos visto en la gloriosa Virgen Santa Catalina. Pasemos á considerar á nuestra heroína por otro aspecto, aun más interesante, como ejemplar perfectísimo de la santidad sacerdotal.

II.

7. Admirable es ciertamente una sabiduría tan precoz como vasta y profunda, tanto que llenó de asombro á sus

mismos enemigos. Mas ¿qué diremos de su santidad? ¿es menos maravillosa la santidad en una doncella que no cuenta cuatro lustros? ¿Qué confusión para los ancianos y más aún para los sacerdotes que se encuentran muy lejos de aquellas alturas de virtud á que en tan corto tiempo supo remontarse Catalina! Porque ¿á quién con mayor razón que al sacerdote le está impuesto el precepto de ser santo? *Sancti estote quia ego sanctus sum*¹. Cuanto más elevada es la dignidad de una persona, y más sublime el orden á que pertenece, tanto más obligada está á la perfección cristiana, según la doctrina de todos los Padres y Doctores, fundada en las sagradas Letras. «Mucho se exigirá», dice el Espíritu Santo, «de aquel á quien mucho se ha dado.»² Por eso dice San Gregorio hablando del prelado y puede entenderse dicho del sacerdote: «Así como adquiere tantas coronas cuantas almas gana para Dios; así se hace digno de tantas muertes como ejemplos de perdición da á sus súbditos.»³ Como luz del mundo, debe iluminar á todos con su doctrina y más con su vida ejemplar; como sal de la tierra, debe preservar á todos de la corrupción del pecado; como padre y maestro de los fieles, debe mostrar en sí lo que ellos pueden imitar. Mas entre los caracteres de la santidad de la Virgen alejandrina, dos son los que descuellan con mayor brillo, y son precisamente las virtudes en que más debe esmerarse el sacerdote: *la pureza* de la virgen, y *la fortaleza* de la mártir.

8. *Sicut lilium inter spinas*⁴: Catalina brilló con el candor del lirio rodeado de espinas. Espectáculo hermosísimo ofrecieron al mundo las vírgenes cristianas de los primeros siglos de la Iglesia, las Ineses, Cecílias, Águedas, Lucías . . . , entre las cuales figura la noble Catalina de Alejandría. Nacidas generalmente en la opulencia, algunas,

¹ Lev. II, 44.

² Luc. 12, 48.

³ Apud *Avancini*, Medit.

⁴ Cant. 2, 2.

como Catalina, de estirpe real, dotadas de hermosura peregrina, en la flor de la edad, en medio de los mayores centros de la civilización pagana, en las mismas cortes de los emperadores, es decir, rodeadas de la más fastuosa y refinada corrupción, florecieron aquellos lirios de purísima blancura entre las espinas de todos los vicios, purificando el ambiente infecto de aquella sociedad con el perfume de la virtud más celestial, la virginidad, émula de la pureza angélica. Catalina escogió desde su niñez á Jesús por único Esposo; á Él solo, como á su único Dueño, consagró los afectos de su ardiente corazón; no tuvo un suspiro siquiera para el mundo y sus placeres, vivió vida celestial y divina. Oídla como habla al emperador que le promete el segundo puesto después de la emperatriz, y los mayores honores á que puede aspirar la mujer más ambiciosa: «Soy esposa de Cristo», le contesta con la majestad de una reina; «Él es mi gloria, mi amor, mi dulzura y mi bien. Ni la lisonja ni los tormentos podrán arrancar su amor de mi corazón.» Y á las nuevas instancias del falaz tirano que le ofrece un trono replícale la generosa heroína: «¿Á quién debo escoger de preferencia, á un Esposo omnipotente, eterno, glorioso y resplandeciente de belleza, ó á un hombre débil, mortal, falto de nobleza y de hermosura?» Con tan soberano desprecio miraba Catalina todas las que el mundo llama grandezas, atractivos, el amor, la opulencia, la gloria. ¿Cómo había de mancharse un alma tan completamente desasida del amor de lo terreno? Aquel cuerpo virginal, vaso precioso de un espíritu tan puro, bien mereció, siendo ya cadáver, ser llevado por manos de ángeles al santo monte Sinaí, donde halló la más honrosa sepultura.

9. Y ¿cuál debe ser la puridad de alma y cuerpo que adorne al sacerdote de Dios? Bien lo sabes, nuevo ministro del altar. «Aunque tuvieras la pureza de un ángel y la santidad de San Juan Bautista», te dice un venerable escritor, «no serías digno de recibir y manejar el cuerpo del

Señor.»¹ Pureza sobrehumana y sobreangélica pide la santidad infinita del Dios de la Eucaristía, si de todos los fieles que le reciben, ¿cuánto más del que le trae en sus manos y le da y reparte á los demás después de recibirlo? Pureza exigen los demás sacramentos de la Iglesia que el sacerdote ha de administrar continuamente, porque en todos ellos corre y baña las almas la sangre del Cordero immaculado. Pureza piden la palabra divina que el sacerdote debe tomar en sus labios y todas las demás funciones sagradas que debe ejercer el ministro de Dios para la santificación de las almas. ¿Qué más? Hasta la ciencia que debe poseer el sacerdote exige pureza de corazón y de sentidos porque escrito está que: *In animam malevolam non introibit sapientia*²; y confirmado por el mismo Cristo: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt*³. Para ver á Dios no sólo con la visión beatífica del cielo sino aun con la claridad que es posible en la tierra, es condición necesaria la pureza de corazón. Y así también por una ley de reciprocidad, la aplicación seria y constante del espíritu á la contemplación de las cosas divinas contribuye poderosamente á conservar limpio el corazón de las feas manchas de la sensualidad.

Nada empero tan eficaz para triunfar de la flaqueza de la carne como alimentar y fortalecer el espíritu con la oración humilde, perseverante y fervorosa. Humildad y piedad son las virtudes auxiliares y compañeras de la santa pureza. Humildad y piedad deben adornar al sacerdote que quiera preservarse del contagio de inmoralidad que aflige al soberbio y voluptuoso siglo en que vivimos. El mundo mismo se reconoce impotente para formar hombres castos, por más que alardee de probidad y alteza de carácter; y he aquí por qué se ha dado á la tarea de disimular la fealdad moral del vicio cubriéndole con el velo de una

¹ *Imit.*, l. 4, c. 5.² *Sap.* 1, 4.³ *Matth.* 5, 8.

culpable indulgencia. ¿Qué hará en esta triste situación social el vocero del Evangelio, el sacerdote católico? Pues confundir al necio mundo dándole, junto con la doctrina, el ejemplo de la castidad perfecta, anatematizando el vicio degradante con toda la severidad de la ley evangélica, como siempre lo ha anatematizado y condenado la verdadera Iglesia.

10. Mas para seguir esta conducta bien se ve cuán necesaria sea la *fortaleza* de espíritu, pues se trata de empeñar lucha abierta contra el mundo y sus aliados, el demonio y la carne. Esta lucha podrá costarle al sacerdote la vida que había de sacrificar como la sacrificó la ilustre heroína de Alejandría luchando hasta la muerte por la doble causa de la virginidad y de la fe.

Aquí tienes, pues, oh neo-sacerdote del Altísimo, un modelo perfectísimo de fortaleza cristiana y sacerdotal que debes esforzarte á imitar ayudado de la gracia de Aquel que hizo invencible á Catalina. ¡Qué intrepidez no demostró la heroica Virgen cuando, oyendo desde lo interior de su palacio los mugidos de las víctimas que se ofrecían á los ídolos y los cantos de los sacerdotes paganos y los aplausos de la multitud congregada en el lugar del sacrificio, no pudiendo contener el ímpetu del celo por la gloria de Dios que la impelía, lanzóse á la calle seguida de su servidumbre y no paró hasta llegar á la presencia del feroz Maximino y apostrofarle en estos términos: «¿Qué haces, oh emperador? ¿por qué haces correr inútilmente á todo este pueblo para rendir á falsos dioses un culto insensato?» Y hablaba así, carísimos oyentes, delante de un pueblo fanático que pudiera despedazarla en un acceso de furor y á la vista de una multitud de cristianos cobardes que habían renegado de Jesucristo por temor de los suplicios. ¡Qué contraste el de la cobardía de los hombres con el valor de la delicada doncella! Conducida al palacio imperial ¡qué peligros no amenazan su constancia! Lejos de

ocultar su nombre y su calidad, los declara sin ambages: «Soy Catalina», dice, «hija única del rey Costa. Nacida en la púrpura y educada en el estudio de las letras, lo he despreciado todo por seguir á Jesucristo. En cuanto á los dioses que tú adoras, ningún favor pueden prestarte á ti ni á nadie, pues son vanos simulacros.» Y no tiembla la que así se expresa, y no palidece su semblante al ver el rostro del tirano encendido por la cólera y al oír sus terribles amenazas. Más irritado todavía por la derrota de los sabios del imperio, convertidos á la fe por la argumentación de Catalina, y despechado por la invencible resistencia de la Virgen á sus pérfidos halagos, conviértese en feroz verdugo y mándala azotar cruelmente y encerrarla en una oscura prisión y allí dejarla por espacio de doce días, privada de todo alimento, es decir, entregada á los horrores de la agonía, condenada á morir de hambre. Nada es capaz de intimidar á Catalina, confiada en el poder de aquel Dios á quien ama, el cual efectivamente la sustenta y conforta con manjares celestiales, y no contento con esto, se le deja ver rodeado de ángeles y vírgenes, y la alienta diciéndole: «Reconoce, hija mía, á tu Criador por quien has sostenido tan rudos combates. Permanece firme, que yo estoy contigo.» He aquí, carísimos hermanos míos, el secreto de la fortaleza de nuestra heroína y de todos los mártires: la compañía que les hace Jesucristo. Es que Dios está con ellos, Dios los reviste de fortaleza inquebrantable. Contra ellos se estrellarán, como las olas contra la dura roca, todas las furias infernales, todos los golpes de la tiranía, todos los dardos de la persecución.

II. Llega, en fin, para Catalina la hora suprema del combate. Vista la inutilidad de cuantos medios ha puesto en juego la astucia y la malicia del perseguidor de los cristianos para arrancar del corazón de la Virgen alejandrina la fe y el amor á Jesucristo, no piensa Maximino más que en saciar su furor condenando á la invencible Mártir á sufrir

los más horrosos suplicios. Sométela al tormento de la rueda armada toda de cuchillos para despedazar el delicado cuerpo; mas Dios, burlando los cálculos del malvado, envía un ángel para destruir aquel instrumento de tortura, el cual, hecho pedazos, hiere y mata á los verdugos. Catalina entonces es conducida al lugar del sacrificio: va á serle cortada la cabeza. La heroína cristiana no trepida al ver la espada desenvainada en manos del gladiador. Ofrece el blanco cuello después de elevar al cielo su última plegaria, y corre de la herida, en vez de sangre, leche purísima con asombro universal. El triunfo está completo. Catalina ha sido fiel al consejo del divino Maestro: *Nolite timere eos qui occidunt corpus* — «No temáis á los que dan muerte al cuerpo, pero no pueden matar el alma.»¹ Su espíritu inmortal ha volado á unirse eternamente con el Esposo de las vírgenes, en tanto que sus despojos mortales son trasportados por los ángeles al monte Sinaí, al monte de la antigua Alianza.

¡Qué dechado, carísimos hermanos, para los que tenemos que luchar, hoy como nunca, con los encarnizados enemigos de Dios y de su Cristo? Pero ¿quién más que el sacerdote? El clero ó *el clericalismo* — término inventado por los enemigos de la religión para embaucar á los incautos — ése es el enemigo, según frase revolucionaria que ha pasado á la posteridad². Bien sabéis lo que significa la revolución, esa hidra de siete cabezas que parece de rabia por devorar á la Iglesia de Dios. La revolución contemporánea se propone destruir, aniquilar el cristianismo, ni más ni menos que lo intentaron, aunque sin éxito, los emperadores de Roma, desde el feroz Nerón hasta el terrible Diocleciano. Si hoy por hoy no puede llevarlo todo á sangre y fuego, ya ha hecho á lo menos el ensayo en nuestros días, á nuestros mismos ojos, á la vista de Europa consternada, en los incendios de iglesias y conventos,

¹ Matth. 10, 28.

² Gambetta.

en los bárbaros asesinatos y sacrilegios perpetrados en una gran ciudad de la católica España, en la infortunada Barcelona, como ya lo había hecho también, no hace medio siglo, en las orgías sangrientas de la Comuna de París. Y ¿contra quiénes directamente ha asestado sus tiros la horda revolucionaria sino contra sacerdotes y religiosos? ¡Ah! no hay que dudarlo. El sacerdote, el clero, regular ó secular, es el objeto preferido de la persecución satánica de los jurados enemigos de la religión. Por eso, ya que no pueden quitarlo de en medio, tratan de vejarlo, calumniarlo, cubrirlo de ignominia y anularlo ante la sociedad; y, como si esto no bastara, se valen de la fuerza para oprimirlo, maniatarlo y reducirlo á la miseria, como sabéis lo estan haciendo en la desventurada Francia. Y ¡cosa bien triste y lamentable! el espíritu de odio y animadversión al clero ha llegado á penetrar hasta en el seno de la sociedad católica, como no puede negarse que sucede en muchas partes. Prueba de ello, la falta casi total de vocaciones eclesiásticas. ¿Por qué no aspira nadie el día de hoy al nobilísimo estado del sacerdocio, sino porque, al revés de lo que acontecía en otras épocas, el clero está hoy vilipendiado, desconceptuado injustamente á los ojos del mundo, muy poco amado y venerado aun de los mismos fieles, salvo honrosas excepciones personales? ¡Qué fortaleza, pues, no se necesita el día de hoy para sobreponerse á las vanas preocupaciones del siglo indiferente y seguir la escabrosa senda que conduce al santuario! Y después, en el ejercicio del sagrado ministerio, ¡qué dificultades á cada paso para hacer el bien, para llenar la misión confiada al sacerdote, dificultades que serían insuperables sin el auxilio de una fortaleza semejante á la de los confesores de Cristo! Si, como ha dicho el Apóstol, *omnes qui pie volunt vivere in Christo Iesu persecutionem patientur*¹,

¹ 2 Tim. 3, 12.

¡cuánto más perseguido no ha de ser el verdadero ministro de Dios que se afana por despertar la piedad en los pueblos adormecidos por la indiferencia y restaurar la honestidad de costumbres en poblaciones gangrenadas por el vicio! *Si me persecuti sunt*, decía el Salvador á sus Apóstoles, *et vos persequentur*¹; y el sacerdote es el continuador obligado de la misión apostólica, el discípulo de Cristo que predica la doctrina del Maestro, doctrina odiosa para los pecadores repletos de orgullo, sensualidad y avaricia.

12. Dispónte, pues, oh nuevo ministro del Altísimo, á sufrir persecución por la justicia, esto es, por la causa justísima de Cristo y de su Iglesia. La carrera que has emprendido y que hoy felizmente coronas, no es otra que la vía dolorosa, el camino del Calvario. Mas no temas: Jesucristo, que te ha escogido para enviado suyo, te alienta con estas palabras: *Confidite, ego vici mundum*². Y el Apóstol te asegura que «todo lo puede en aquel que lo conforta.»³ Así que, armado con las armas de la sagrada milicia, prepárate para pelear el buen combate, para llevar á cabo la honrosísima misión que hoy te confía el Señor, de promover su gloria entre los hombres y llevar al cielo en pos de ti millares de almas.

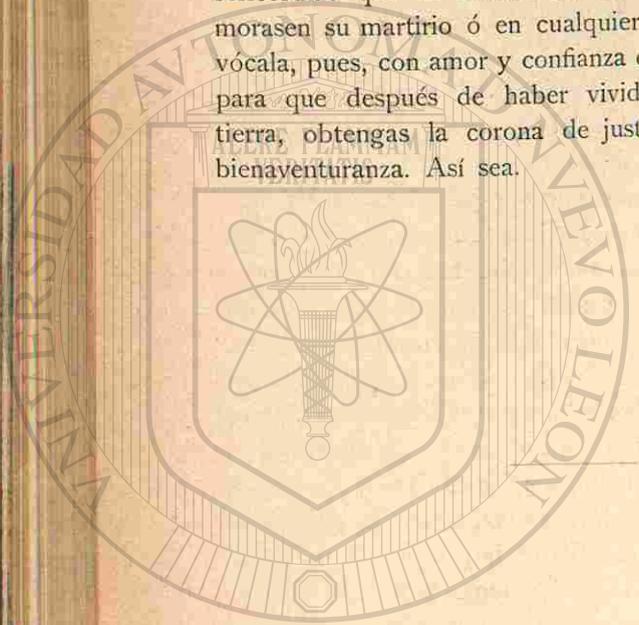
En el santo sacrificio que celebrarás diariamente con el mismo fervor y devoción con que hoy procuras celebrarlo, hallarás una fuente inagotable de virtud y fortaleza para no desmayar jamás en la empresa comenzada. De la mesa del altar sacaban los mártires aquel valor sobrehumano con que desafiaban los más crueles suplicios. Inflamados en el fuego del amor divino, parecían insensibles al dolor del fuego material. No pierdas de vista esos gloriosos modelos. *Inspice et fac secundum exemplar*.... Mira con especial atención ese dechado admirable de pureza y de constancia que tienes á la vista en la Virgen y Mártir

¹ Io. 15, 20.

² Io. 16, 33.

³ Phil. 4, 13.

Catalina, bajo cuyo amparo ha querido Dios poner tu carrera sacerdotal. Y ten presente que antes de consumir su sacrificio pidió la Esposa de Cristo al Dios de las misericordias que la tuviese de todos aquellos que conmemorasen su martirio ó en cualquier hora la invocasen. Invócala, pues, con amor y confianza como á especial Patrona, para que después de haber vivido santamente sobre la tierra, obtengas la corona de justicia en la patria de la bienaventuranza. Así sea.



DISCURSO RELIGIOSO

escrito para la fiesta de la Independencia de Cartagena, 1903.

Entre las múltiples manifestaciones de entusiasmo patriótico que forman el variado programa de las fiestas con que *la Heroica* se ha propuesto celebrar el presente año la fecha memorable del *11 de noviembre de 1811*, figura —y no en último lugar— la solemne función religiosa que aquí reúne á las autoridades y al pueblo de Cartagena con el nobilísimo objeto de ofrecer al Todopoderoso, Dios y Señor de las naciones, el profundo homenaje de su adoración y hacimiento de gracias. ¡Loor á la distinguida Comisión que tuvo tan feliz como acertado acuerdo!

Ni era posible que las cosas pasaran de otro modo. ¿Pues qué? ¿habríase de excluir del cuadro de los festejos públicos la expresión del sentimiento cristiano de un pueblo que, luchando de buena fe por la causa de su independencia, tuvo fijos los ojos en el cielo, implorando de él la fuerza que necesitaba para llevar á cabo la magna obra de su nacimiento á la vida de nación? ¿No fué Cartagena, no fué Colombia entera siempre profundamente religiosa? ¿no invocó mil veces con viva fe y ardor cristiano al Dios de los ejércitos? Y durante el ya largo curso de las vicisitudes que agitaron su existencia ¿no ha guardado en su pecho el tesoro de su religión con tanto y aun mayor cariño que el de su libertad? ¿no ha marchado casi siempre — con más ó menos acierto — tras el ideal de la república cristiana? ¿cabe en fin separar en Colombia la

Catalina, bajo cuyo amparo ha querido Dios poner tu carrera sacerdotal. Y ten presente que antes de consumir su sacrificio pidió la Esposa de Cristo al Dios de las misericordias que la tuviese de todos aquellos que conmemorasen su martirio ó en cualquier hora la invocasen. Invócala, pues, con amor y confianza como á especial Patrona, para que después de haber vivido santamente sobre la tierra, obtengas la corona de justicia en la patria de la bienaventuranza. Así sea.

DISCURSO RELIGIOSO

escrito para la fiesta de la Independencia de Cartagena, 1903.

Entre las múltiples manifestaciones de entusiasmo patriótico que forman el variado programa de las fiestas con que *la Heroica* se ha propuesto celebrar el presente año la fecha memorable del *11 de noviembre de 1811*, figura —y no en último lugar— la solemne función religiosa que aquí reúne á las autoridades y al pueblo de Cartagena con el nobilísimo objeto de ofrecer al Todopoderoso, Dios y Señor de las naciones, el profundo homenaje de su adoración y hacimiento de gracias. ¡Loor á la distinguida Comisión que tuvo tan feliz como acertado acuerdo!

Ni era posible que las cosas pasaran de otro modo. ¿Pues qué? ¿habríase de excluir del cuadro de los festejos públicos la expresión del sentimiento cristiano de un pueblo que, luchando de buena fe por la causa de su independencia, tuvo fijos los ojos en el cielo, implorando de él la fuerza que necesitaba para llevar á cabo la magna obra de su nacimiento á la vida de nación? ¿No fué Cartagena, no fué Colombia entera siempre profundamente religiosa? ¿no invocó mil veces con viva fe y ardor cristiano al Dios de los ejércitos? Y durante el ya largo curso de las vicisitudes que agitaron su existencia ¿no ha guardado en su pecho el tesoro de su religión con tanto y aun mayor cariño que el de su libertad? ¿no ha marchado casi siempre — con más ó menos acierto — tras el ideal de la república cristiana? ¿cabe en fin separar en Colombia la

adhesión á las instituciones católicas del apego á las instituciones democráticas, dos nobles afecciones que, en síntesis, forman el sublime amor de la patria?

No es dable, pues, excluir los actos religiosos de la celebración del fausto aniversario de aquel día en que fué llamado el país á vida independiente y soberana. Antes bien, la religión debe aquí, como en todas partes, ocupar el lugar preferente, el lugar que le toca de derecho como á madre espiritual de las humanas sociedades, y, por modo especialísimo, de la nación colombiana.

Sí, señores; madre es la Iglesia católica de las sociedades civiles, aunque esta aseveración parezca á primera vista extraña. Y no sólo madre adoptiva, sino, en cierto modo, propia y verdadera. Registrad la historia de los tiempos modernos y hallaréis comprobada con hechos esta importante verdad. En efecto, más de una de esas orgullosas naciones que hoy acaso miran de reojo y con marcado sentimiento de aversión á la Iglesia, ha debido á esa misma Iglesia los principales elementos de su formación y desarrollo. Á la caída del carcomido imperio romano, derramados los pueblos bárbaros por toda la haz de la Europa medio idólatra, medio cristiana, ¿cómo hubieran podido surgir de aquel caos político y social las cristianas monarquías de los francos, godos y lombardos, si la Iglesia no les diera la mano, prestándoles ideas de orden y justicia, suavizando las costumbres públicas, apoyando los poderes civiles con toda la fuerza de su autoridad moral? Ved, en prueba de ello, lo que acontece con el más famoso imperio de los tiempos medioevales, el del ilustre patricio romano, Carlomagno. Para quedar definitivamente constituido, no es bastante el genio del grande hombre, aunque ilustrado por la Iglesia en el arte del gobierno; no lo son tampoco las numerosas victorias del héroe ni la multitud de pueblos que le reconocen por su sobeano: es menester que el romano Pontífice León III,

en la fiesta de la Natividad de 800, le coloque sobre la cabeza la corona imperial y le consagre con el óleo santo, para que, aclamado por el gran pueblo de Roma, al grito atronador de «¡Vida y victoria á Carlos Augusto, pacífico emperador romano!» descansa sobre bases incontrastables el poderoso imperio, que hubo de civilizar á media Europa y tener á raya los ímpetus de la barbarie musulmana.

He aquí cómo el grande imperio de Occidente, que por muchos siglos se perpetuó con el nombre de Sacro Romano Imperio, sirviendo de centro y baluarte de la civilización, fué creación de la Iglesia católica.¹ También lo fueron otros Estados de mayor ó menor importancia en el cuadro de las naciones modernas.

Pero aunque no todas las agrupaciones políticas hayan debido su existencia al influjo directo de la Iglesia, nacidas, como era natural, del concurso, al parecer fortuito, de diferentes circunstancias históricas, es indudable que á todas las ha acogido en su regazo la Iglesia de Cristo, las ha educado con cariñosa solicitud de madre, ha velado por su bienestar sin distinción de razas, como sin preferencia de formas constitutivas ni de organización política. Á todas, en fin, ha tratado de guiarlas, como maestra sabia y experimentada, por los caminos de la felicidad. ¡Oh, si todas hubieran acogido con igual cariño y docilidad filial sus prudentísimas lecciones! ¡Oh, si al menos la hubiesen escuchado, libres de prevenciones injustas y de gratuitas malquerencias! Por desgracia para ellas y para la causa de la verdadera civilización, no ha sido así en diversas épocas antiguas y modernas. Al escuchar nosotros atentamente las saludables enseñanzas de esta madre común, no podremos dejar de reconocer que ellas son el pan de la sabiduría con que han debido alimentarse las sociedades humanas para alcanzar su perfeccionamiento y gloria.

¹ Vide *Hergenröther*, *Hist. ecles.* t. 2.

«Hijas mías», díceles la Iglesia por boca de sus Doctores y Pontífices, «venid y prestadme atento oído, que voy á enseñaros ante todo la doctrina del temor de Dios»—*Venite, filii, audite me; timorem Domini docebo vos*¹. Sí, señores, ésta es la doctrina fundamental de la Iglesia; y lo propio que á los individuos, á los pueblos y naciones no vacila ella en enseñarles que temor y amor de Dios son el principio y la base de toda prosperidad, eterna y temporal. *Bienaventurado el pueblo que tiene á Dios por su Señor y Soberano*². Y el temor y el amor de Dios reducidos á la práctica, no son otra cosa que la religión, cuya forma única verdadera es la cristiana y católica, de que la Iglesia romana es fiel depositaria é infalible maestra.

Y bien, señores; ¿quién duda que la religión santa profesada por Colombia (según declaración oficial) es *esencial elemento del orden social*, por manera que sin ella sería imposible fundar y mantener el orden en la sociedad, y, por ende, peligraría sin ella hasta la existencia del cuerpo civil? En efecto, sin el apoyo de la verdadera religión la sociedad se hundiría presto en el abismo. ¿Cómo, pues, se me objetará, viven y aun florecen sociedades destituidas de religión, ó donde el culto tributado á la Divinidad es falso, ridículo y monstruoso? ¿Cómo viven? replicaré yo: con una vida miserable y enfermiza, más semejante á lenta y mortal agonía que á verdadera vida racional, puesto caso que no puede llamarse así la que se arrastra en un medio tenebroso como el ateísmo y la superstición. Allí no se vive propiamente, se vegeta penosamente entre angustias de espíritu y sombras de muerte. Así vivieron y aun aparentemente florecieron las sociedades antiguas; levantadas por algunos momentos (que momentos son los siglos ante la eternidad) hasta la cumbre de grandeza y poderío, no tardaron en desmoronarse, corroidas por el

¹ Ps. 33, 12.² *Ibid.* 143, 15.

gusano de la corrupción, nacida de su misma impiedad, hasta acabar por sucumbir y ser borradas del cuadro de las naciones. Sobre sus famosas ruinas canta el vate cristiano:

«Ya no existís, naciones poderosas,
Vuestra gloria acabó . . . »¹

¡Temblad, pueblos, que hoy día os creéis fuertes, inmortales! Si elimináis de vuestro pensamiento á Dios, si le borráis de vuestro código, si perseguís su culto y sólo os apoyáis en vuestra flaca pujanza, en vuestra industria y ciencia, correréis la misma suerte que corrieron la soberbia Nínive, el portentoso Egipto, la sabia Grecia y la opulenta Roma; la misma que en los tiempos modernos ha corrido el un día invencible y hoy moribundo imperio musulmán. ¡Ah, si nosotros, en nuestra modesta posición, contamos todavía con poderosos elementos de vida, présagos de un brillante porvenir, confesemos ser deudores de ellos, á lo menos en gran parte, á esa Iglesia que nos ha dado y conserva en nuestras almas con indecible solicitud la verdad religiosa!

Inmensa, incalculable sería nuestra deuda de gratitud á la Iglesia de Cristo por el solo título de haber inoculado en las venas de la nación la religión verdadera, la única que en todas partes ha sabido enarbolar el estandarte de la verdadera civilización. Pero hay más, porque junto con el bien de la verdad, que ilustra la inteligencia, le ha prestado el beneficio de la sana moral que endereza los senderos de la voluntad. Sí, de la voluntad, no sólo individual sino también colectiva y social. Porque la voluntad de la muchedumbre más aún que la del individuo, necesita ser enderezada hacia el bien obrar. Pues ¿qué sería de una sociedad desmoralizada? Vendría á ser una agrupación informe, no de hombres sino de fieras. Pero en

¹ Fernández de Moratín.

hecho de verdad, ¿ha exhibido alguna vez la sociedad un cuadro de tan repugnante colorido? ¡Pluguiera á Dios que no! Y ¿no lo están exhibiendo hoy mismo, á la faz de la avanzada civilización cristiana, esos desgraciados pueblos situados en el corazón del Asia? ¿qué otro espectáculo presentan los excesos de los *Bóxers* en el vasto imperio chino? ¡Oh, sí, señores! La sociedad será siempre y en todas partes lo que ha sido destituida del influjo sobrenatural del cristianismo, lo que no puede menos de ser, dada la condición de decadencia moral de la raza humana. La sociedad pagana de los siglos anteriores á Jesucristo sabemos bien lo que era, lo que valía moralmente, por más que aparezca acá ó allá sembrada su historia de rasgos hermosos y aun heroicos. Eso, que algunos muestran empeño en abultar, no era más que lo anormal, lo deslumbrante, como el relámpago en la oscuridad del horizonte: lo regular, lo universal era el cieno de la más asquerosa corrupción, eran los miasmas de la voluptuosidad triunfante, del egoísmo sin freno, del orgullo insultante en los grandes, de la abyección en los pequeños, de la tiranía entronizada en el palacio y el hogar. Eso eran no sólo la Tracia y la Escitia, sino la culta Grecia y la orgullosa Roma.

La Iglesia fué quien purificó poco á poco la atmósfera social, así en Europa como en Asia y África, y siglos más tarde en esta nuestra desconocida América. Con las luces de la fe brillaron para nuestras tribus salvajes los esplendores de la más pura moral, y vióse por encanto transformado el erial de vicios en jardín vistoso de todas las virtudes. En lugar de espinas brotaron rosas y azucenas. Así se formaron bajo la tutela de la Madre Iglesia, los pueblos que algún día habían de ser brillante pléyade de Repúblicas latino-americanas. Y así también se han conservado los hábitos virtuosos, las tradicionales costumbres que sirven de ornato y salvaguardia á nuestras sociedades,

moderando y enfrenando, mejor que la acción externa de la ley civil, las tendencias malsanas de la ignara muchedumbre, falta en gran parte del elemento moralizador de la instrucción. Bendigamos á la Iglesia, maestra casi exclusiva entre nosotros, de los sanos principios, y guardiana diligente de las sabias máximas que contienen, aun en medio de nuestras luctuosas contiendas, el desbordamiento de las ciegas pasiones populares.

Mas pasemos ya á otro terreno donde veremos campear la acción bienhechora de la Iglesia católica en favor de las naciones que la acatan como madre. Hablo, señores, del terreno de las enseñanzas sociales y políticas, por manera directa enlazadas con el bienestar universal de los Estados. Campo vastísimo se nos presenta, que apenas podremos recorrer á grandes pasos. ¿Queréis ver trazadas en breve cuadro las doctrinas sociales de la Iglesia? Pues no tenéis más que pasar los ojos por las luminosas páginas de la admirable Encíclica del preclaro Pontífice León XIII (q. s. g. h.), donde se trata «de la constitución cristiana de la sociedad». Su primera palabra es esta hermosa afirmación: «La Iglesia es la obra inmortal del Dios de las misericordias.» Allí veréis desde luego la confirmación explícita de lo que dejamos sentado acerca del influjo moralizador de esa inmortal institución de Jesucristo. «Dondequiera», dice el Papa, «que puso el pie la Iglesia, hizo al punto cambiar la faz de las cosas; informó las costumbres con virtudes antes no conocidas, é implantó en la sociedad civil una nueva cultura que engrandeció á los pueblos que la recibieron, haciéndolos sobresalir entre los demás por la moderación, la equidad y la gloria de las empresas.»

La primera y fundamental verdad proclamada por la voz del oráculo infalible sobre esta delicada materia, es la que hace remontar hasta Dios el origen de la comunidad política. No, no es el capricho del hombre ni el convenio ó pacto de muchos hombres el vínculo que los une en

sociedad: es la naturaleza misma de sus facultades ordenadas al trato común, no menos que la mancomunidad de intereses y destinos y hasta la necesidad indeclinable de buscar en la unión los elementos de perfección natural y moral que en vano buscaría en el aislamiento de sus semejantes. Emanan, pues, del Autor de la naturaleza la institución de la sociedad, no sólo doméstica, sino civil y perfecta.

«Mas como quiera que ninguna sociedad», prosigue el gran Pontífice, «puede subsistir ni permanecer sin un primer motor que mueva á todos los asociados con un mismo impulso eficaz y enderezado al bien común, síguese ser necesaria á toda humana sociedad una autoridad que la rija; autoridad que, como salta á la vista, trae su origen del soberano Autor de la naturaleza.» ¡Admirable doctrina, tan sublime como sencilla, tan importante como sólida y perfectamente establecida! He aquí la tan famosa teoría del *derecho divino* de los poderes supremos, objeto de escándalo para los que se dicen partidarios de las instituciones libres, y sin embargo teoría no sólo verdadera sino también altamente civilizadora. «Examinad el derecho divino», os diré con el ilustre Balmes¹, «y estoy seguro que no podréis menos de aceptarlo como muy conforme á las luces de una sana filosofía.» En efecto ¿qué ventajas no reporta la sociedad del imperio de estos saludables principios? «¿Queréis», prosigue el citado filósofo, «que los legisladores no se vean en la triste necesidad de fingir revelaciones que no han recibido, y que á cada paso no sea menester hacer intervenir á Dios de una manera extraordinaria en los negocios humanos? Asentad el principio general de que toda potestad legítima viene de Dios, que el Autor de la naturaleza es también el Autor de la sociedad, que la existencia de ésta es un precepto impuesto

¹ El Protestantismo, t. 2. pág. 183.

al linaje humano para su propia conservación; haced que el orgullo no se sienta herido por la sumisión y la obediencia; presentad al que manda como investido de una autoridad superior, de suerte que el sujetarse á ella no traiga ninguna mengua; en una palabra, estableced la doctrina católica, y entonces, sean cuales fueren las formas de gobierno, hallaréis siempre sólidos cimientos sobre que fundar el respeto debido á las autoridades, y tendréis asentado el edificio social sobre base por cierto más estable que las convenciones humanas.»¹ Sociedad que no se rija por estas benéficas doctrinas viene á caer, por ineludible necesidad, en la esclavitud ó la anarquía, ó, lo que es idéntico, á sucumbir bajo el imperio de la fuerza. Superfluo sería demostrarlo, cuando ya lo han hecho hasta la saciedad, nuestros grandes pensadores y eminentes publicistas, siendo verdad demasiado evidente á quien contempla con serenidad la naturaleza de las cosas.

Asegurado ese gran fundamento doctrinal de la humana sociedad, prosigue la Iglesia en su tarea de ilustrar con rayos de celestial doctrina otros puntos importantísimos de la ciencia social y política. Uno de ellos se refiere á las diversas formas de gobierno que pueden adoptar las naciones. «Entre ellas», habla León XIII, «ninguna hay que sea en sí misma reprobable, como que nada contiene que repugne á la doctrina católica; antes bien, puestas en práctica discreta y justamente, pueden todas ellas mantener el Estado en perfecto orden.» No se calumnie, pues, á la Iglesia proclamándola enemiga sistemática de la forma republicana, que con mucha prudencia adoptaron las nuevas sociedades formadas de las antiguas colonias españolas, ya que de modo tan explícito y terminante afirma el supremo Doctor de la Iglesia, que nada contiene esa forma de gobierno que sea contrario á la verdad católica.

¹ Ibid. t. 2. c. 50.

Y ¿qué piensa y enseña la Iglesia acerca de la libertad? Lo mismo que enseña y piensa la verdadera ciencia sociológica: reprueba la falsa, pero acepta la libertad buena y legítima. No es, pues, enemiga sistemática de la libertad. Y ¿cómo había de serlo quien de tantas maneras y tan constantemente ha luchado por romper toda clase de yugos y cadenas con que la tiranía ha querido oprimir á la pobre humanidad? Por el contrario, nadie más acreedora que la Iglesia al hermoso dictado de Redentora de cautivos, como elocuentemente lo demuestra su luminosa historia. No reprueba, pues, ni censura que el pueblo sea más ó menos participante en la gestión de las cosas públicas, antes bien reconoce que, dadas ciertas circunstancias, y establecida cierta legislación determinada, la intervención del pueblo en los negocios puede ser no sólo conveniente sino necesaria¹. Aun va más lejos la enseñanza de la Iglesia en orden á las libertades si no autorizadas, á lo menos tolerables en la sociedad. «Verdad es», añade el citado documento pontificio, «que la Iglesia juzga no ser lícito el que las diversas clases ó formas de culto divino gocen del mismo derecho que la religión verdadera; mas no por eso condena á los encargados del gobierno que, ya sea por conseguir algún bien importante, ya por evitar algún grave mal, toleran en la práctica la existencia de dichos cultos en el Estado. No parece pueda llevarse más allá el espíritu de conciliación y prudencia de la Iglesia de Cristo. Pero es evidente que tampoco ha de exigirse de ella que apruebe aquellas otras libertades que San Agustín llama de *perdición*, como son las que tienden directamente al desprecio y violación de las leyes santísimas de Dios, y á negar la obediencia debida á la autoridad legítima. Ésa más bien que libertad es *licencia* y aun verdadera *servidumbre*, como contraria á la razón y al Evangelio. El Verbo

¹ Encicl. cit.

dijo: «En verdad os digo, que todo el que obra mal es esclavo del pecado.»¹

Dadme, empero, una libertad de tal índole que, mirada en lo que se refiere á su acción pública, sirva para gobernar sabiamente á los pueblos, fomentar el progreso y las comodidades de la vida humana, y defender la administración del Estado de toda arbitrariedad, y veréis como «la Iglesia, más que nadie, la aprueba y se esfuerza por conservarla incólume é íntegra en los pueblos». Dígolo sobre la palabra autorizada de León XIII. Y con él mismo sostengo que «á la Iglesia católica se ha debido en todos los tiempos ora la invención, ora el planteamiento, ora la conservación de todas aquellas instituciones que pueden contribuir al bienestar común, cuales son, por ejemplo, las que tienden á coartar la tiranía de los príncipes y malos gobernantes, las que impiden que el poder supremo del Estado invada indebidamente la órbita del municipio ó de la familia, y, en fin, las dirigidas á mirar por el honor, la vida y la igualdad de derechos de los ciudadanos. Consecuente siempre consigo misma, si por una parte rechaza la libertad excesiva que lleva á los individuos y á los pueblos al desenfreno y á la servidumbre, por otra abraza de buen grado los adelantos que trae consigo el tiempo, cuando en realidad contribuyen al bienestar de la vida presente, que no es más que una carrera que conduce á la vida perdurable.»²

Tales son, á la ligera bosquejadas, las principales enseñanzas de la Iglesia en orden á la constitución cristiana, y por ende verdadera, de las naciones, ora sean monárquicas, ora republicanas. Cuán eficaz haya de ser su influjo en la felicidad de las mismas, es cosa que no necesita demostrarse. Y sin embargo, por efecto de una aberración inconcebible y de un cúmulo de preocupaciones sectarias,

¹ Io. 8, 34.

² Encicl. cit.

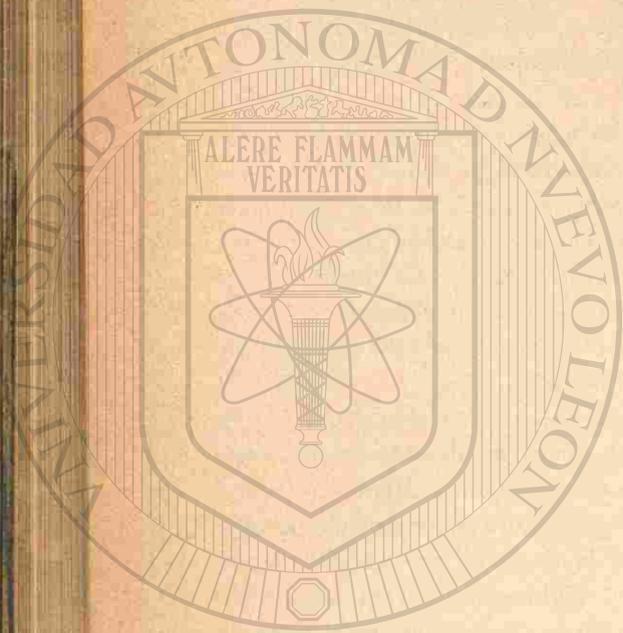
estas doctrinas, aunque sapientísimas, no son del agrado de muchos hombres públicos ni merecen la aceptación de muchos gobernantes. Bastantes pueblos las miran con recelo y es un hecho palpable que casi todos los Estados de Europa y América, lejos de conformarse con esas normas de sabiduría cristiana, propuestas por la cátedra apostólica, parece que se empeñan en alejarse de ellas más cada día. Y ¿qué hace la Iglesia de Cristo en presencia de tales desvíos? Llena de magnanimidad y dulzura, á guisa de madre infatigable en sus desvelos por esas mismas sociedades que la desdennan, aun apellidándose cristianas, persiste siempre en declarar la verdad desde lo alto del pináculo en que Dios la ha colocado para ser la luz de las naciones. Y al hacerlo con genuina y franca entereza y desinterés de miras, protesta una y mil veces que no pretende sofocar la verdadera libertad de los pueblos, ni rechazar los adelantos útiles y honestos de nuestra época, ni desentenderse de las justas exigencias de los tiempos modernos, sino únicamente enderezar los negocios públicos por caminos rectos y seguros, y darles fundamentos harto más firmes que los que pueden prestarles otras doctrinas de halagüena y seductora apariencia, pero destituidas de verdad y solidez, como ya bastante lo ha enseñado la elocuencia de los hechos. Y ¿rehusaremos nosotros escuchar esos dulces avisos maternos? Pero nunca fué dichoso el hijo que desoyó los consejos de su madre.

Y aquí tenéis trazada á grandes rasgos la acción bienhechora de la Iglesia en orden á la vida y prosperidad de las sociedades civiles; acción, como se echa de ver, de incomparable trascendencia y eficacia moral y cuyos felices resultados podemos atestiguar nosotros mismos. ¿No bastará este motivo para asociarla en nuestros festivales de acción de gracias al Todopoderoso, que en día memorable nos dotó de independencia política, poniendo en nuestras manos la suerte y los destinos de la patria? ¿No

deberemos mezclar con los himnos de alabanza al Dios de las naciones un acento de gratitud á esa misma Iglesia, fiel representante de la bondad divina, madre cariñosa de la América española, leal y verdadera amiga de Colombia, distinguida por ella entre sus hermanas del continente con singulares muestras de predilección? ¡Ah! ¿cómo no ha de ser justo consagrar el día de hoy un grato recuerdo á esa grande y divina institución que desde el momento de la aparición de esta República en el mapa de las naciones hasta el día presente no ha cesado de mostrarle su benevolencia, prodigándole cuantos bienes y favores estaban á su alcance, tomando parte activa en sus quebrantos y regocijándose en sus prosperidades, contribuyendo eficazmente á su engrandecimiento moral y velando siempre solícita por la ventura de sus hijos?

Bien conocidos son para vosotros los hechos en que se apoyan estas aseveraciones, como que de ellos están llenas las páginas de la historia patria. Omito, pues, enumerarlos, y concluyo excitando vuestro patriótico celo á que elevéis, en nombre de los hijos de la Heroica, fervorosos votos al cielo pidiendo se digne continuar su misericordiosa protección á esta patria querida, rodeada siempre de dificultades y peligros, y todavía insegura de su porvenir. Aclamad también, antes que á los padres de la patria, á la Iglesia de Cristo, madre universal de las naciones, y por especiales títulos, madre cariñosa de la República que se gloria de llevar sobre su frente el nombre de hija de Colón. ®

He dicho.



SINOPSIS DE LOS SERMONES.

CONFERENCIAS CUADRAGESIMALES.

La Religión práctica.

PRIMERA CONFERENCIA.

1. Al exponer la divina palabra no debemos apartar los ojos de los cuadros evangélicos ni cerrar los oídos á las enseñanzas del divino Maestro propuestas á sus hijos por la Iglesia. Acompañaremos, pues, á Jesucristo en el desierto y aprenderemos de él á vencer las tentaciones. — 2. Ley de la adoración de Dios, intimada por Jesús al tentador. Cumpliéndola, profesaremos la religión práctica, cuya necesidad dimana de la naturaleza misma de la religión, siendo ella solamente la que proporciona al hombre las ventajas de la religión verdadera. — 3. La religión es ley. Comparación del concepto de religión con el primer mandamiento del Decálogo. Con la práctica de la religión se cumplirían todos los preceptos. — 4. La religión abraza al hombre todo entero y en todas las situaciones de su vida. Escuela modernista condenada por el consentimiento universal. La unión del hombre con Dios abraza todas las potencias del ser humano. Luego no basta que la religión ilustre el entendimiento. — 5. Del conocimiento de Dios fluye el de nuestros deberes para con Él, ya como causa primera, ya como soberano bienhechor, ya como fin último. Fluye pues la adoración, el amor, el temor, etc. — 6. Sin la práctica de la religión seríamos inconsecuentes y rebeldes. El conocimiento de nuestros deberes no cumplidos nos haría doblemente culpables. Sentencia del Salvador. — 7. Males que acarrea la religión conocida y no practicada; en la vida futura; en la presente. — 8. Bienes que proporciona al hombre la religión práctica. La bienaventuranza de la tierra. — 9. La felicidad completa, que consiste en la posesión de Dios, sólo puede darla la religión práctica. — 10. Ilusión de los falsos cristianos, de los que no practican la religión ó la practican á medias. Exhortación á practicarla tal cual es, como la enseña la Iglesia católica.

SEGUNDA CONFERENCIA.

1. La religión cristiana, fundada por Cristo, no puede ser reemplazada por ninguna otra. Luego mucho menos por otra cosa cualquiera que

no sea religión.— 2. Pretensión de ciertos espíritus de pasar sin religión, ó de substituir ésta con la probidad, la ilustración, el decoro, etc. Para combatir esta falsa doctrina basta considerar á la religión en el orden de la salvación y en el de la vida presente. En ambos es irremplazable.— 3. Para el católico no puede caber duda sobre la necesidad absoluta de la religión para salvarse. Los que otra cosa piensan, ¿creen de veras en la salvación eterna? ¿no son más bien racionalistas ó positivistas disfrazados?— 4. Es evidente la relación de la religión con la vida eterna, como de medio para conseguir el fin. Todo en aquélla se ordena á la consecución de la bienaventuranza. Doctrina de las sagradas Escrituras.— 5. El fin de la religión es el mismo de la encarnación del Verbo. El Hijo del hombre no ha venido para juzgar, sino para salvar al mundo. El reino de Dios en el tiempo y en la eternidad.— 6. Los Apóstoles predicaron la religión como medio necesario para la salvación de las almas. La Iglesia no ha predicado otra doctrina en el transcurso de los siglos. El interés de la religión no es el bien de la vida presente, sino el de la vida eterna. *Sursum corda*, es su grito constante.— 7. La religión es también irremplazable en la vida presente. No puede ser substituída por la probidad ú honradez. Esta, valga lo que valga, no es la religión, no es la virtud que da á Dios el culto que le es debido: no llena, pues, el gran deber del hombre.— 8. No todos los hombres honrados que parecen ímpios lo son en realidad: hay quienes ocultan un fondo de religiosidad que adquirieron desde la niñez. Causas frecuentes de la irreligión: el respeto humano, la soberbia, etc., que no arrancan de raíz los gérmenes religiosos sembrados en el corazón.— 9. Falsa probidad. La honradez á carta cabal. Ésta no reemplaza á la religión, sino la hace practicar.— 10. La verdadera honradez no existe, por regla general, separada de la religión. Sin auxilios sobrenaturales, que sólo da la religión, no es dado al hombre ser sólidamente virtuoso. Sin la gracia, es moralmente imposible resistir á las pasiones en todo el curso de la vida. Luego la honradez ó probidad natural no puede reemplazar á la religión.— 11. Tampoco lo podrá la ilustración. Lo que suele entenderse por esta palabra. La sociedad ilustrada sin la religión sería una sociedad atea. Y una escuela de moral atea es absurda.— 12. Qué se entiende por dignidad, decoro personal, etc. Este sentimiento, separado de la religión, no engendra verdaderas virtudes. Vanos pensamientos de los hombres contra la obra de Dios.

TERCERA CONFERENCIA.

1. Importancia de la verdad en todas las esferas de la vida humana: en la ciencia, en el arte, en la moral.— 2. La adoración religiosa debe ser en espíritu y en verdad. Enlace de estas ideas. Es preciso estudiar

los caracteres de la falsa y de la verdadera religiosidad.— 3. La falsa religiosidad mutila los deberes religiosos y falsea el concepto mismo de la religión. La primero en dos maneras: ora suprimiendo el culto externo, ora pagándose exclusivamente de los actos exteriores de la religión y descuidando su espíritu. Necesidad del culto externo sumariamente demostrada. No basta adorar á Dios en el santuario del corazón.— 4. Extremo contrario: el formalismo ó la rutina religiosa. El fariseísmo condenado por Jesucristo. Oración sin devoción. Asistencia al sacrificio de la Misa puramente corporal. Festejos profanos en ciertas festividades religiosas de los pueblos.— 5. Mutilación del dogma y de la moral cristiana, debida á la ignorancia. Hay quienes, creyéndose religiosos, no admiten todos los dogmas de la religión ni todos los preceptos de la moral evangélica.— 6. La falsa religiosidad desnaturaliza el concepto de la religión, mirándola como efecto de la sensibilidad, buscando siempre en ella el lado estético. La piedad sentimental no produce los verdaderos frutos de la religiosidad.— 7. Pintura del varón verdaderamente religioso. Consecuente consigo mismo, es modelo de todas las virtudes.— 8. Descripción que de él trazó la pluma de San Gregorio Nacianceno, pintando al filósofo cristiano.— 9. El heroísmo de los santos es efecto de la religiosidad perfecta. Paralelo del hombre verdaderamente religioso y del que solamente lo es en apariencia.— 10. Efectos de la verdadera religiosidad: el temor de Dios, la oración en la casa y en el templo, la resignación á las disposiciones de la Providencia, las buenas obras.— 11. Otros caracteres distintivos de la religiosidad de buena ley: poner freno á la lengua y no dejar seducir el corazón por las pasiones; pureza de costumbres y obras de misericordia.— 12. Epílogo. Alusión al Evangelio del día. Oíd á Cristo y no os dejaréis engañar en punto tan importante como la religiosidad.

CUARTA CONFERENCIA.

1. Causas del odio y de la blasfemia contra la religión: la ignorancia, según lo observa San Judas, y la perversidad y mala fe. La religión es un freno para las malas pasiones; confúndese además la falsa religiosidad con la verdadera.— 2. Necesidad de la religión en la vida social. Dedúcese de la naturaleza de la sociedad. La familia y la sociedad sin religión, materia de la presente conferencia.— 3. El hecho de vivir el hombre en comunidad con sus semejantes no altera su naturaleza esencialmente religiosa: de aquí fluye la necesidad del culto público y social. La condición de vida social, lejos de estorbar la práctica de la religión, la estimula y promueve por la comunidad de ideas y sentimientos humanos. La asociación y el desarrollo de la actividad humana.— 4. Sin la religión la sociedad no alcanzaría la felicidad á que aspira. Fin de la sociedad,

subordinado al fin último del hombre. Una sociedad impía es una sociedad monstruosa, porque se diviniza á sí misma. Tal sociedad, girando fuera de sus quicios, no puede subsistir. — 5. El bien temporal, fin de la sociedad, no es sólo el físico, sino el intelectual y moral. La ciencia sin Dios. La moral atea. Deducciones en favor de la religión. — 6. La sociedad es obra de Dios, como autor de la naturaleza. Debe, pues, á Dios culto de gratitud y adoración. Dios ordenador dirige la sociedad con admirable providencia. Luego... — 7. Confírmalo la voz autorizada de la revelación. Dios, autor del matrimonio y de la familia, lo es también de la sociedad civil. Él mismo proveyó á la muchedumbre del género humano de medios de conservación en el seno de una sociedad organizada, creando la autoridad para el bien de los ciudadanos. Doctrina de San Pablo. Consecuencia ineludible. — 8. Lo que pasa en la familia y en la sociedad donde la religión no se practica. Cuadro del hogar sin religión: el padre, la madre, los hijos... Lamentables escenas que tienen lugar en esos hogares. — 9. Pasaje del P. Lacordaire sobre la institución divina de la familia. — 10. Funesta suerte de las naciones que se alejaron de Dios. Testimonios de los corifeos del filosofismo. — 11. Gérmenes de muerte que lleva en su seno la sociedad atea: desprestigio de la autoridad y relajación de los vínculos sociales. Porvenir de las naciones impías. — 12. Reflexión final. El trastorno de la sociedad es radical: radical debe ser el remedio. *Hierusalem, Hierusalem, convertete*, etc.

QUINTA CONFERENCIA.

1. Pretendida oposición ó conflicto entre la razón y la fe. Verdadera oposición de las tinieblas y la luz. Negación del dogma, no sólo por los incrédulos, sino también por quienes blasonan de católicos pero que no gustan de los dogmas de la fe. Necesidad de creer. El entendimiento aborrece el vacío. — 2. La fe cristiana. ¿Qué es el dogma? ¿qué deberes nos impone? Materia de la presente conferencia. — 3. El dogma religioso: su base. Realidad de la revelación sobrenatural. Revelación primitiva hecha á nuestros primeros padres y conservada á través de los siglos en el seno de la humanidad. — 4. El hecho auténtico de la revelación, tan evidente como la existencia del cristianismo que descansa sobre ella. Doctrina de San Pablo en su carta á los hebreos. Testimonio del pueblo judío. Revelación evangélica. Conversión del mundo por la palabra de Dios. — 5. Pruebas *a priori* de la verdad de la revelación sacadas de la paternidad de Dios. Su omnipotencia y su bondad desvanecen todas las dificultades. Motivo principal de la revelación indicado por el Apóstol. — 6. Objeto del dogma revelado: ilustrar la humana razón. Dos clases de verdades reveladas. Pasaje de Augusto Nicolás. Palabras del filósofo Leibnitz. — 7. Conducta de los hombres con relación al dogma, aborrecido

por unos, desdeñado, temido por otros, amado y abrazado por los fieles. Verdades incomprensibles por el entendimiento humano. Rebelión del entendimiento infatuado por el orgullo contra la autoridad de la palabra divina. El misterio de fe no es misterio de ignorancia ni de error, sino verdad impenetrable. — 8. Deberes que nos impone el dogma revelado. Deber de estudiarlo seriamente. No hacerlo así argüiría culpable indiferencia en orden á la salvación y desprecio del divino Maestro. — 9. Causas ordinarias de la ignorancia religiosa. Figura en primer lugar la negligencia de los padres de familia. Injusto é irracional menosprecio de las verdades religiosas, las más bellas y sublimes. Palabras del Salmista. — 10. Deber de creer ó dar asenso al dogma: es el fin de la revelación. Palabras de Jesucristo. No hay libertad de creencias propiamente dicha, esto es, derecho para creer ó no creer. Lo único que la razón tiene derecho de exigir son los motivos de credibilidad. Gravedad del pecado de la incredulidad. Mal entendida tolerancia. — 11. Conclusión: amor al dogma, guía de nuestras acciones.

SEXTA CONFERENCIA.

1. La moral, compañera inseparable de la religión. El culto se refleja en las costumbres. Costumbres paganas y cristianas. La moral en las Epístolas y en el Evangelio. — 2. Fin del dogma, la mejora moral del hombre. Excelencia de la moral cristiana. Cuán lejos están de ella las costumbres del siglo. — 3. «El amor dicta las leyes y el amor las ejecuta.» La ley evangélica dictada por el amor del Corazón de Jesús. La moral cristiana comprende la ley de justicia y la de caridad. — 4. La justicia en su más lata acepción. Jesucristo, el Justo por antonomasia. Innumerables hombres, de toda condición, han merecido el renombre de justos. Reflexión de Augusto Nicolás. — 5. La sinceridad, carácter de la santidad cristiana. El corazón, en manos de la moral cristiana, teatro de las virtudes más heroicas. — 6. Cuadro de las virtudes cristianas. Rasgos prominentes de las principales virtudes. Cuán encantadora es la *humildad*. Es el triunfo sobre el orgullo y sobre el mundo, que se alimenta de la vanidad. Conceptos de Lacordaire sobre la excelencia de esta virtud exclusivamente cristiana. — 7. La *abnegación* contiene lo más heroico de la perfección, y sin embargo es virtud de todo el que quiere seguir á Jesucristo. Doctrina del Salvador sobre la abnegación. Cómo la hace practicable el amor de Jesucristo. Fruto de la mortificación es la virtud de la castidad, triunfo sobre los instintos de la sensualidad. Sólo el cristianismo la ha hecho florecer en el mundo. Pasaje del P. Lacordaire. — 8. La *justicia* en su sentido estricto, enseñada por la moral cristiana. Deberes filiales practicados en la sociedad cristiana. El respeto á todos los derechos inculcado por la moral católica. La civilización en su más

elevado concepto, efflorescencia del espíritu cristiano. Cita de Augusto Nicolás. Vaticinio de David. Palabras del Apóstol.—9. Hermosura de la *caridad*, precepto propio de Jesucristo. Cómo ha sido practicada en el seno de la Iglesia católica. Homenaje tributado por Voltaire á la caridad en la persona de San Luis IX de Francia.—10. La moral del siglo ateo y libertario es más bien la inmoralidad erigida en sistema. Aparato científico con que se disfrazan tan descabelladas doctrinas y seducen á muchos espíritus débiles.—11. Examen del valor de la moral independiente. Base que le asigna la escuela racionalista. Punto de partida de las escuelas materialistas. La moral atea es la destrucción del orden moral.—12. Influjo de esas doctrinas disolventes en las costumbres. Vicios escandalosos de que adolece la sociedad. Fuentes de corrupción.—13. Testimonios elocuentes de la inmoralidad reinante, los ataques á la sociedad y á sus esenciales elementos, la autoridad, la propiedad, etc. Recuento de crímenes consumados en nuestros días, frutos de la moral sin Dios.—12. Exhortación á la reforma de las costumbres por medio de los sacramentos.

SÉPTIMA CONFERENCIA.

1. El culto, parte esencial de la religión, la cual abraza lo bello, lo verdadero y lo bueno que forman un todo indivisible. La falta de culto, síntoma de incredulidad ó indiferencia religiosa. Las ciudades modernas.—2. Valor etimológico de la palabra. Necesidad é importancia del culto social y modo de practicarlo.—3. La sociedad no puede llenar sus deberes religiosos sin el culto público. En éste debe estar representada la sociedad por sus elementos ó partes integrantes, principalmente si es católica en su inmensa mayoría.—4. Unión de la Iglesia y el Estado. Espectáculo de una nación católica en las grandes solemnidades religiosas y patrióticas. Impresión desconsoladora de otros pueblos, sordos á las voces unísonas de la Iglesia y de la Patria, que dejan vacíos los templos aun en los días clásicos.—5. Ventajas de culto social, no sólo en el orden espiritual, sino aun en el temporal y político. Sentimientos morales que engendra en el pueblo. La falta del culto ahonda la división de los espíritus y exacerba la discordia entre los ciudadanos.—6. Sin el culto público la religión se amortigua. Testimonio sacado de las sectas protestantes. Pensamiento de Augusto Nicolás. La propaganda irreligiosa en los pueblos católicos, qué frutos ha producido.—7. Objetos que abraza el culto público. Necesidad de los templos. Magnificencia que exigen. El templo salomónico.—8. El templo, casa de Dios. Sentimientos que inspira este concepto. Desventura de las almas alejadas de los templos. Audacia de sus profanadores. Remedio de estos desórdenes.—9. Ceremonias sagradas. Su necesidad y utilidad. Palabras de Moisés al pueblo

de Israel. Las ceremonias de la nueva Ley.—10. Belleza incomparable del culto católico. Lo que son los ritos á las verdades religiosas. Efectos que producen en el ánimo.—11. El sacerdote ó ministro del culto, en la antigua Ley y en el nuevo Testamento. La plenitud del sacerdocio en Cristo Jesús. Texto de San Pablo.—12. Amor, veneración y respeto debidos al sacerdote católico. Pruebas históricas. La clerofobia. Epílogo y exhortación.

OCTAVA CONFERENCIA.

1. El santo sacrificio de la Misa, el acto más excelente del culto cristiano, privado y público. Es la gloria de nuestros templos, el encanto de las almas piadosas. Con él se celebran todas las festividades, aun las cívicas, en las naciones católicas.—2. El sacrificio desde los tiempos más remotos. Cuán agradable ha sido siempre á Dios. Materia de esta conferencia: la excelencia del sacrificio de la Misa y la obligación de asistir á él que tienen los hijos de la Iglesia.—3. El sacrificio eucarístico figurado en los antiguos sacrificios. Reseña histórica de los principales. Los himnos del Oficio de Corpus.—4. Tres títulos del sacrificio de la Misa por donde podemos rastrear su excelencia. Es el primero la calidad de la víctima, ó sea, la materia de este sacrificio, el cuerpo y la sangre de Cristo. Materia de los antiguos sacrificios. Por qué se sacrificaban á Dios seres vivientes. Valor infinito del sacrificio de la Misa.—5. Realidad de la presencia de Cristo bajo las especies sacramentales. No es pues el pan ni el vino lo que allí se ofrece, sino el verdadero cuerpo y la sangre de Jesucristo.—6. Excelencia del sacrificio de la Misa por razón del sacerdote, que es el mismo Cristo, Sacerdote eterno. Doctrina de San Pablo.—7. Identidad substancial del sacrificio del altar y el del Calvario. Grandeza del sacrificio de la cruz. Pruebas de la identidad de ambos sacrificios. El de la Misa durará tanto como la Iglesia militante.—8. El sacrificio del altar no puede ofrecerse más que á Dios, aunque se celebra en honor de los santos.—9. Gravedad del precepto de asistir á la Misa los domingos y días festivos. No es sólo precepto eclesiástico sino divino. Santificación del día del Señor. Significación especial del domingo para los cristianos.—10. La ley de la Iglesia obliga gravemente en esta materia. Inconsecuencia de los que acatan la autoridad de la Iglesia y quebrantan sus preceptos. Lamentable situación religiosa de los pueblos donde no se oye Misa. Exhortación.

Sobre la educación.

PRIMERA CONFERENCIA.

1. La cuestión de educación, no impropia del púlpito. Necesidad de tratarla, especialmente en presencia de los padres de familia.—2. La educación moral, de competencia de la religión. Su importancia primordial.

Ideas fundamentales sobre educación, objeto de esta conferencia. — 3. Concepto completo de la educación. El corazón debe ser su punto de partida y su término. Pasaje del P. Félix. La educación debe ser moral y religiosa. — 4. Importancia de la educación, demostrada por el interés con que ha sido mirada siempre por el Estado y por la Iglesia. Celo desplegado por ésta en favor de la niñez. — 5. Escuelas fundadas por la Iglesia. Las catedrales y los monasterios. Célebres universidades de la edad media. — 6. Escuelas y colegios de los tiempos modernos. Monumentos de celo de la Iglesia en España y Colombia. Órdenes religiosos docentes. Inspección y vigilancia de la Iglesia en los centros de instrucción. Los pedagogos eclesiásticos. — 7. Importancia concedida á la educación por el Estado moderno. Errores y abusos de la escuela instrucionista. La educación, cuestión de vida ó muerte para la sociedad. La importancia de la educación es de sentido común. — 8. El porvenir de la sociedad está en manos de la educación. Es cuestión que á todos debe preocupar. Se identifica con la cuestión del progreso. Pasaje del P. Félix. — 9. Factores de la educación, los padres de familia. Descuido de muchos en este punto. Alerta á los padres de familia. Otros colaboradores en la obra de la educación. San Luis IX, modelo de padres de familia. — 10. Factores de su propia educación son los hijos. Deben educarse sin perder de vista su dignidad personal. — 11. Plan de las conferencias sobre educación.

SEGUNDA CONFERENCIA.

1. El matrimonio cristiano, base de la educación. No así el pagano ni el llamado matrimonio civil. — 2. Relaciones del matrimonio y la educación. Frutos de uniones ilegítimas difícilmente gozan del beneficio de una educación completa. Tres títulos del matrimonio cristiano en que se funda la educación. — 3. La indisolubilidad. La educación es obra lenta y laboriosa. Pensamiento del P. Monsabré. Doctrina de Santo Tomás. Necesidad de la unión indisoluble para desarrollar y perfeccionar la vida humana. — 4. La unidad del matrimonio, según su divina institución, asegura á la educación base firme y energía suficiente. Resultados funestos de la ruptura de los lazos conyugales. Con el divorcio, la educación se arruinaría. — 5. Ni valdrían para salvarla todas las precauciones de la ley. Situación de los hijos de padres divorciados, funesta para la educación. — 6. No menos afianza la educación la santidad del matrimonio. Elevación de éste por Jesucristo. Doctrina de Santo Tomás sobre el carácter sagrado del matrimonio. Enseñanzas de León XIII. Definición del Concilio de Trento. — 7. Influencia de la santidad en la educación de la prole. Reflexión del cardenal Donnet. Virtudes domésticas, primera escuela del niño. Desórdenes domésticos. — 8. El hogar santificado,

atmósfera propicia para la primera educación moral. El niño desarrollado en medio de una familia tal como la describe David en el Salmo 127. — 9. La acción armónica del padre y de la madre en el desarrollo moral de la familia. Razonamiento de un docto prelado. Concierto de la acción del padre y la de la madre. — 10. Importancia de la acción materna. Pruebas históricas: la madre de los Macabeos; la madre de San Agustín, y otras. — 11. La acción paterna, no menos necesaria para reprimir las malas tendencias del niño. Epílogo. Optación.

TERCERA CONFERENCIA.

1. La paternidad, fuente primordial de la educación. El efecto debe su perfección á su causa. El hombre se perfecciona por la educación. El agente principal de ésta debe ser el padre. Dignidad de la paternidad; responsabilidad y deberes consiguientes, asunto de la conferencia. — 2. Grandeza moral de la paternidad, según la idea cristiana. Paternidad divina. Honor debido á los padres. Razonamiento de la madre de los Macabeos. — 3. El padre, ayo y tutor de los hijos de Dios. La madre de Moisés. Palabras de San Juan Crisóstomo. La paternidad, tipo de las más altas funciones, como el sacerdocio y la soberanía. — 4. Responsabilidad de los padres, proporcionada á su dignidad. Responsabilidad ante Dios. Amenazas de Dios á un profeta. Cuenta que deben dar á Dios por sí y por sus hijos. — 5. Responsabilidad ante la sociedad. Derechos de la Iglesia y de la Patria sobre todo hombre que nace en su seno. Esperanzas de una y otra. Pasaje de un orador sagrado. — 6. Los padres juzgados por sus propios hijos. Enseñanzas de la sagrada Escritura sobre esta materia. — 7. Para salvar esta responsabilidad ha dotado Dios á los padres de cualidades y gracias propias de su condición. El amor y la ternura paternal. Abuso de este sentimiento. Amor mal entendido. Cargo de los padres que no procuran la salvación de sus hijos. — 8. Deber primero de los padres es dar buen ejemplo á sus hijos. El ejemplo es el medio más eficaz para la educación. Fuerza del ejemplo en los niños. — 9. Eficacia especial del ejemplo de los padres en el espíritu de los hijos. Son los guías naturales de aquellos á quienes dieron el ser. La experiencia. — 10. Incalculables daños del mal ejemplo de los padres. Actos con que suele escandalizarse á los hijos en el seno de la familia. Conminaciones de Jesucristo á los escandalosos, aplicables con mayor razón á los malos padres. — 11. El mal ejemplo destruye todo el valor de la buena enseñanza. Conducta farisaica de no pocos padres de familia. Espíritu de observación y de imitación de los niños. Dicho de la antigua filosofía. — 12. Epílogo y reflexión final.

CUARTA CONFERENCIA.

1. El primer medio de educación es el principio religioso. La escuela laica ó atea. — 2. La casa paterna es el campo principal donde debe sembrarse la enseñanza religiosa, ya por ser ella una especie de santuario, ya porque nadie mejor que los padres puede inculcar la religión en el niño, cuya edad es la más adecuada para aprenderla. — 3. Carácter sacerdotal de la paternidad. Lo es más que la magistratura. Los padres, representantes de Dios; su ministerio, la salvación de la prole; su fin, la gloria del Criador. — 4. El sacerdocio cristiano fundado en el sacramento del Orden. Paralelismo del Orden y el Matrimonio cristiano. — 5. El sacerdocio vinculado en la paternidad en la edad patriarcal. Melquisedec, Abrahán, Job. El hogar cristiano. — 6. Condiciones de los padres para enseñar la religión á sus hijos. Su autoridad doctrinal. El instinto natural del hijo. Los padres deben, por derecho natural y positivo divino, enseñar á los hijos la ley de Dios. Religiosidad de los padres de familia. La enseñanza del ejemplo. — 7. La condición de la vida de familia, circunstancia favorable á la enseñanza religiosa. El padre no debe abandonar este cuidado totalmente á la madre. Las costumbres modernas. El club y el casino. Desmoralización de la familia. Cuadro lastimoso de muchos hogares. — 8. Industrias de que debe valerse el padre para infundir en los hijos pequeños las nociones religiosas; para darles idea de Dios, de la distinción de alma y cuerpo, de la vida eterna, del cielo, de la virtud y el vicio. Importancia de estos detalles. — 9. La niñez, edad la más apta para adquirir sentimientos religiosos. El poder de las primeras impresiones de la vida. Ejemplo de Tobías. Palabras de David. Hombres falsos desde la infancia. — 10. Sofística teoría de la filosofía del siglo XVIII sobre retardar hasta el desarrollo de la razón la enseñanza religiosa. Vanos argumentos en que se apoya. El verdadero fin de esta doctrina. Dificultad de adquirir la religiosidad en la edad de las pasiones. Exhortación á los padres de familia.

QUINTA CONFERENCIA.

1. La autoridad paterna, medio principal de educación. No hay sociedad sin autoridad concreta. Sin ésta no puede florecer la sociedad doméstica. — 2. Primitivo origen de la autoridad civil. Necesidad de la autoridad paterna para la educación. Su empleo racional y sus aplicaciones, objeto de la conferencia. — 3. Concepto de la autoridad. Toda autoridad emana de Dios. Autoridad del padre sobre la familia. Absurda teoría de la igualdad. Ejemplos bíblicos. — 4. Atribuciones de la autoridad paterna. Derecho de mandar y gobernar. Precepto de obedecer impuesto á los hijos. Desórdenes que acarrea en la familia el desgoberno. —

5. Corrección y castigo. Pasajes de los Libros santos que lo enseñan. Doctrina de los santos y doctores. Distintivo de la autoridad paterna. — 6. Su necesidad para la obra de la educación, probada por la razón y la experiencia. Palabras del cardenal Donnet. Consecuencias de la falta de autoridad. Historia de Helí. — 7. Otros resultados inmediatos y remotos. — 8. Uso discreto de la autoridad. No debe ésta confundirse con la aspereza de carácter. Consejo del Apóstol á los padres. El respeto filial no es el temor servil. El exceso de rigor no aprovecha para la educación. — 9. Prudencia necesaria para la corrección. La corrección debe ser justa, lo mismo que el castigo. Debe ser proporcionada á la gravedad de la falta y á las circunstancias. — 10. Aplicaciones de la autoridad paterna á la edad de la niñez y á la de la juventud. Defectos ordinarios de los niños. Labor de la autoridad de los padres. Incalificable conducta de muchos. — 11. Necesidad de la autoridad paterna para dirigir la juventud. Peligros de ésta en el mundo.

SEXTA CONFERENCIA.

1. La libertad concurre á la obra de la educación. Armonía de las obras de Dios. El orden moral, la perfección. Dios que nos ha dado la ley, nos dió la libertad para cumplirla. — 2. La libertad, prudentemente dirigida y restringida por la autoridad, es elemento necesario para la educación. — 3. Noción verdadera de la libertad humana, según la sana filosofía. Cómo nace de la razón. Funesta escuela del determinismo. — 4. La libertad dignifica al hombre. Por ella triunfa de las bajas pasiones y alcanza la corona de la virtud. — 5. Sin ella no se concibe la educación. Dos cosas que ésta requiere con relación á la libertad del educando: valerse de ella misma y enseñarle á usar de ella rectamente; educar al niño como ser inteligente y libre y hacer que adquiera la verdadera noción del bien obrar. — 6. Formación del carácter por obra de la educación, especialmente la primera ó doméstica. El carácter no se impone. La firmeza no excluye la suavidad. Fórmula salesiana. — 7. Necesidad de coartar prudentemente la libertad del niño y del joven. Conducta desatentada de ciertos padres. Peligros á que expone á los niños el exceso de libertad. — 8. Deber de vigilancia. Á qué debe extenderse para la buena educación. La conservación de la inocencia, más difícil que nunca en nuestros tiempos. Las prácticas religiosas. — 9. Aplicaciones principales de la vigilancia paterna. Las compañías. Buenos y malos amigos. Expresiones de la sagrada Escritura. Centros de diversión. — 10. Las lecturas. Inclinação de los niños á leer. Veneno de los malos libros. Grave responsabilidad de los padres. Libros impíos y de falsas doctrinas. — 11. Resumen.

SÉPTIMA CONFERENCIA.

1. Cuadro risueño de una familia donde se cosechan los frutos de la educación. Pintura que hace de ella el profeta David. El reverso del cuadro. — 2. Parte que en esta felicidad ha puesto el hijo, sujeto de la educación, mediante el amor y la obediencia. — 3. Cómo nace y se desarrolla el amor filial. Filosofía bastarda del siglo XVIII. Cuán hondamente ha grabado el Criador en el corazón humano el amor á los padres. — 4. La reflexión y la mano de la educación. Consejo de Tobías á su hijo. El amor filial hace apto al niño para recibir la forma de la educación. — 5. La religión, hablando por boca de sus ministros, inculca al hijo el cuarto mandamiento del decálogo. Cuánto eleva la religión el sentimiento del amor filial. Los padres, imágenes de Dios. Ilusión de ciertos padres recelosos de la piedad de sus hijos. Lo que dice la experiencia. Tristes resultados de la escuela moderna sin Dios. — 6. Verdadero carácter del amor filial, según la religión. El joven Tobías abrazando á su padre. Extensión del amor filial. — 7. Eficacia del amor en la obra de la educación. El buen pedagogo. — 8. La docilidad en el hijo, como en el discípulo. La obediencia inculcada á los hijos por los Libros sagrados. Necesidad de la obediencia para la educación. — 9. Cómo la enseña la naturaleza. Cómo debe reprimirse la desobediencia en el niño. Consecuencias funestas de la debilidad de los padres. Recursos que ofrece la religión para infundir el espíritu de obediencia en los niños. — 10. El ejemplo de Jesús obediente propuesto á los adolescentes. La autoridad paterna pone á cubierto al hombre de los peligros de la juventud. Debe acatarse el consejo de los padres en toda edad y situación de la vida. — 11. Castigo de la desobediencia y recompensas de la piedad filial, propuestas á los niños.

OCTAVA CONFERENCIA.

1. Si el padre fuese capaz de educar por sí solo á sus hijos, no habría necesidad de auxiliares para esta obra. De ordinario carecen de las condiciones necesarias, tiempo, etc. De aquí la necesidad del magisterio profesional. Casas religiosas de educación. Importancia del magisterio. — 2. Su dignidad demostrada por la antigüedad, la razón y la religión. Testimonios de la antigüedad pagana. — 3. El magisterio participa de las prerrogativas de la paternidad, constituye una paternidad más elevada que la natural. Consejo del emperador Basilio á su hijo. Superior educación de que aquí tratamos. Es la que debe dar el maestro cristiano y la escuela cristiana. No es ésta el ideal de muchos padres de familia ni de la sociedad actual. — 4. El magisterio tiene algo de divino. Alteza de la sabiduría. Gloriosa tarea, la de dilatar su imperio en las almas.

Dios, primer maestro del hombre. — 5. La religión enalteciendo el magisterio. Enseñar es una obra de misericordia. Cristo tomó el título de maestro. La Iglesia es escuela. Los Apóstoles y los Padres y Doctores. San Gregorio Nacianceno y San Jerónimo. — 6. La sociedad civil atestigüa la dignidad del profesorado, especialmente en los tiempos modernos. Mal gravísimo acarrearía el vilipendio de la escuela y del magisterio. — 7. Deberes y responsabilidad del magisterio: Calidad de los maestros, su influjo en los discípulos. Pruebas de la historia eclesiástica y profana. Juliano Apóstata. El filosofismo del siglo XVIII. Resultado de los trabajos de la revolución para envenenar las escuelas. — 8. Graves trastornos del siglo XIX causados por la corrupción de la enseñanza pública. Nuestra propia experiencia. Consigna de la secta masónica en nuestros días. La escuela sin Dios. — 9. Garantías que deben los padres exigir de los maestros. Moralidad y ortodoxia de que deben éstos estar revestidos. — 10. Virtudes que deben adornar el magisterio. Situación lamentable de la enseñanza oficial. Inminente peligro para la sociedad. Las escuelas católicas privadas. Supremos arbitrios para salvar la juventud. Optación final.

Soberanía social de Jesucristo.

PRIMERA CONFERENCIA.

1. Ojeada sobre el liberalismo. Cómo se ha exhibido en los países católicos como Colombia. Liberales ilusos. La voz de los Pastores en nuestros días. Oportunidad de tratar esta materia en el púlpito. — 2. Ignorancia de la doctrina liberal. El liberalismo trata de echar por tierra la soberanía social de Jesucristo. Así lo han declarado los corifeos de la secta estableciendo por canon la separación del Estado y la Iglesia. Vamos á examinar los fundamentos de la soberanía social de Jesucristo en la persona misma de Nuestro Señor y en la naturaleza de la sociedad. — 3. La divinidad de Jesucristo importa su real soberanía. El reino de Jesucristo apoyado en las sagradas Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento. La profecía de Daniel del quinto imperio. — 4. El imperio de Jesucristo descrito en los salmos. Exposición del salmo 2 y del salmo 71. El profeta mesiánico por excelencia, Isaías, cómo pinta el advenimiento del gran Rey. — 5. El Nuevo Testamento, El Evangelio de San Mateo. La vida de Jesucristo, su pasión y resurrección. — 6. La soberanía conquistada por Jesucristo en cuanto hombre. Testimonio de los Apóstoles. Pasaje de San Pablo. Idem de San Juan en el Apocalipsis. — 7. Solución de la dificultad nacida de las palabras del mismo Jesucristo: «Mi reino no es de este mundo.» Explicación de estas palabras. — 8. La sociedad civil, por su mismo origen y naturaleza, debe reconocer la soberanía de Dios. Doctrina de León XIII. La autoridad civil viene de Dios. — 9. La

sociedad civil cristiana, porque lo son sus miembros, debe reconocer á Jesucristo por Rey y Soberano. Por consiguiente, debe reconocer también á la Iglesia, y no puede vivir emancipada de ella. De aquí la monstruosidad de la doctrina liberal de la separación de la Iglesia y el Estado.

SEGUNDA CONFERENCIA.

1. En qué consiste la soberanía de Jesucristo en la sociedad. Es un reino espiritual sobre las almas, que para nada ataca la soberanía temporal.—2. La sociedad debe ser cristiana, esto es, creer en Jesucristo y someterse á su ley, como todo ser inteligente y libre. El error liberal sostiene que la sociedad no debe profesar ninguna religión y debe mirarla á todas como iguales en derechos.—3. Es ineludible para todo ser racional la obligación de creer en Jesucristo, como lo es la de creer en Dios. Palabras de Jesucristo. El Salvador envió á sus Apóstoles á enseñar á las naciones, no sólo á los individuos. San Pablo, recordando la profecía de Isaías, llamaba á los pueblos á reconocer á Jesucristo. Si la sociedad no creyera en Jesucristo, no podría decirse que él era la luz de las naciones, el sol de la humanidad.—4. Refutación de la doctrina liberal que pretende separar el Estado de la sociedad en cuestión religiosa. La cabeza no debe separarse de los miembros: si los de la sociedad son cristianos, también debe serlo aquella. Paralelo entre la familia y la sociedad. La historia de las naciones cristianas. La sociedad civil en el orden sobrenatural ó el Estado cristiano.—5. La sociedad civil no puede dejar de conocer el hecho de la revelación cristiana, ni puede prescindir de él como si nada le importara. Doctrina de León XIII. De que el fin de la sociedad civil sea el bien temporal de los hombres, no se deduce que no deba reconocer á Jesucristo—Dios, sino al contrario.—6. Discusión de la objeción principal del liberalismo: «El Estado no es juez competente en cuestión religiosa.»—7. Resultados de la indiferencia del Estado en materia de religión. Decadencia profunda de la sociedad. Testimonio de un escritor protestante. El liberalismo arruina las naciones.—8. La sociedad debe obedecer á Jesucristo como á soberano legislador. Misión de los Apóstoles ante los reyes y las naciones. Crimen del liberalismo. Enseñanzas del papa León XIII. Pugna irreconciliable entre el liberalismo y el catolicismo.—9. La sociedad moderna no puede apartarse de la ley de Jesucristo sin retrogradar hasta el paganismo. Debe basarse en la única moral verdadera, que es la del Evangelio y de la Iglesia.—10. Desconocimiento práctico de la soberanía de Jesucristo en que incurren los que no guardan sus preceptos. Palabras del Prelado de Bogotá. El espíritu de independencia de toda autoridad, fruto del liberalismo. Conclusión.

TERCERA CONFERENCIA.

1. La historia del mundo cristiano, desde la conversión del Imperio romano hasta nuestros días, demuestra el hecho de haberse sometido la sociedad humana á la soberanía de Jesucristo. El sacro romano Imperio. Relaciones de la Iglesia y el Estado.—2. Para fijarlas consideraremos en esta conferencia la naturaleza del Estado y la de la Iglesia.—3. Concepto del Estado. Su formación progresiva no es obra exclusiva del hombre sino también de la Providencia. Como formación viva y orgánica es parte integrante del orden moral, cuya primera ley es la glorificación del Criador.—4. Aunque el fin del Estado es la cultura, ésta no es su fin supremo y absoluto, porque el Estado no es fin de sí mismo. Falsa teoría racionalista y liberal. El cesarismo según Mons. de Ségur.—5. Medios de que dispone el Estado para conseguir su fin propio y natural. La religión los aprueba y bendice.—6. Naturaleza de la Iglesia. Doctrina de León XIII. Sus propiedades como sociedad de hombres fundada por Dios.—7. Es sociedad perfecta y autónoma. Enseñanzas de Pío IX y León XIII. Error del liberalismo. La Iglesia es superior á cualquier otra sociedad.—8. Medios de que dispone la Iglesia para la consecución de su fin. Magisterio y ministerio de salvación. Ningún poder humano puede coartarlos. Atropellos del Estado liberal contra la Iglesia. Libertad eclesiástica. Jerarquía católica.—9. Conflictos entre la Iglesia y el Estado. No pueden ser verdaderos. La Iglesia acata la soberanía temporal, pero protesta contra sus abusos. El Estado cristiano reconoce también los derechos de la Iglesia.—10. Armonía en que deben vivir las dos potestades supremas. Doctrina del Pontífice León XIII. Ideal del Estado cristiano.—11. Subordinación natural del Estado á la Iglesia, que en nada perjudica las prerrogativas del poder civil. Pasaje de Mons. Ségur. Libertad verdadera y justicia social. Citas de San Agustín y de Ivón de Chartres. Con esto queda refutada la teoría liberal de la separación de la Iglesia y el Estado.

CUARTA CONFERENCIA.

1. Licencia ó libertinaje de que habla el apóstol San Judas. La libertad de las criaturas debe estar siempre sometida á Dios. La libertad según Mons. de Ségur. Quinta esencia del liberalismo. Falsas libertades alegadas como derechos del hombre y conquistas de la civilización. Libertad de cultos, de pensamiento, de imprenta, etc.—2. La doctrina que enseña la libertad de cultos es falsa en su mismo fundamento. Es injuriosa á Dios y perniciosa para la sociedad. Supuesta imposibilidad de discernir la verdadera religión. Escepticismo religioso. Falso catolicismo. Palabras del Oráculo infalible. Refutación de la objeción liberal.—

3. El Estado, debiendo profesar la verdadera religión, no debe conceder iguales derechos á todos los cultos. Palabras del papa Pío VII. El bien social de la unidad religiosa. Tolerancia de cultos. Doctrina de la Iglesia sobre este punto. Acusación de intolerancia hecha á la Iglesia católica. — 4. Daños que acarrea, según León XIII, la libertad de pensar y hablar. Confirma esta verdad la experiencia. — 5. Razonamiento fundado en la ley del entendimiento, que es juzgar de las cosas como son, no como se quiere que sean. El entendimiento no es regla de la verdad, sino al contrario. El entendimiento sólo está sujeto á la voluntad en cuanto al ejercicio, y en todo caso está sometido á la ley moral. — 6. Tampoco tiene el hombre libertad moral para hablar todo lo que quiera. Es falsa también la libertad de enseñar cualquier doctrina. Palabras de León XIII. Resultados prácticos de la libertad de enseñanza. — 7. La libertad absoluta de la prensa, reprobada, antes que por Pío IX y León XIII, por Gregorio XVI en gravísimas palabras. Males ocasionados por la mala prensa. — 8. Libertad de conciencia en sentido liberal, ó sea, el derecho, protegido por el Estado, de profesar la religión que á cada uno le parezca verdadera. Falsedad de esta tesis, que supone la autonomía de la razón y su independencia de toda autoridad. La Iglesia, órgano de la ley divina. La libertad civil no es verdadera libertad moral. Proposición 15 del Syllabus. — 9. Verdadera y legítima libertad de conciencia, la de profesar la verdad religiosa sin obstáculo por parte del poder civil. Diferencia enorme de esta libertad y la que defiende el liberalismo. Pasaje de Mons. Ségur. — 10. Epílogo. Falso progreso. Frutos de las falsas libertades. El socialismo amenazando á la sociedad.

CONFERENCIAS FAMILIARES

sobre las tribulaciones.

PRIMERA CONFERENCIA.

1. Acaso no hay cosa de que tanto se hable en las sagradas Letras como la tribulación. Gran cosa debe de ser y muy digna de la consideración del hombre y del cristiano. — 2. La tribulación, patrimonio universal de la familia humana, aflige á buenos y malos. Encierra grandes misterios. Es preciso investigarlos, y juntamente sus excelencias y los remedios oportunos para conjurarlas y sobrellevarlas con mérito. El misterio de la tribulación, asunto de la primera conferencia. — 3. Importa trazar el cuadro de las humanas tribulaciones para armarnos de fortaleza y orar con más fervor. Tribulaciones particulares, provenientes de lo pasado, lo presente y lo porvenir. Tribulaciones interiores y exteriores. — 4. Trabajos corporales: enfermedades y muerte; pobreza y miseria; padecimientos de los ricos. —

5. Tribulaciones generales de la sociedad. Padecimientos de la familia y de los amigos. Tribulaciones de Job. — 6. Calamidades que se llaman públicas: pestes, guerras, terremotos. Tribulaciones de la Iglesia y su cabeza visible. Infortunios de la Patria. — 7. El por qué de la tribulación. Ésta es un mal necesario en ambos órdenes, natural y sobrenatural. — 8. El problema de la tribulación viene á ser el problema del mal. Éste en el orden físico es inherente á las cosas finitas, y en el orden moral depende de la condición del ser libre en cuanto es capaz de abuso. Los que llamamos males físicos no lo son sino relativamente, siendo bienes en sí mismos. Son males hipotéticamente necesarios. Tenemos pues que resignarnos á sufrirlos, como lo hacía el santo Job. — 9. El mal moral depende del abuso del libre albedrío, abuso no sólo posible, sino moralmente inevitable y por consiguiente necesario, como lo es el escándalo de que habla Jesucristo. De las pasiones nacen la mayor parte de las tribulaciones humanas. Sentencia de San Pablo. — 10. En el orden sobrenatural hay que buscar la razón última de la tribulación. Es la que dice el Apóstol: *Per multas tribulationes oportet nos introire in regnum Dei*. Economía divina de la redención. El camino de la cruz. Condición de la bienaventuranza. Vocación cristiana á padecer. Palabras del Apóstol. Las tribulaciones, preñados de gracia y de gloria.

SEGUNDA CONFERENCIA.

1. La tribulación, si bien se considera, es un bien apetecible, es una bienaventuranza: *Beati qui lugent*. Es preciso considerar las ventajas que nos proporciona. Ella nos acerca á Dios. Según las palabras de Santiago, es una prueba gloriosa y glorificadora: *Beatus vir qui suffert tentationem*. — 2. La prueba es ocasión de mérito, y éste la razón del premio. Pensamiento de San Ambrosio. La tribulación es la prueba decisiva. Sentencias de la sagrada Escritura. Tentaciones que vienen de Dios. — 3. Las dos grandes virtudes, la fidelidad y la fortaleza, exigen la prueba de la tribulación. Ejemplos: Abrahán, los mártires, Mártires ocultos. Auxilio divino en la tribulación. — 4. El atribulado tiene por auxiliar á Dios. Textos de las sagradas Letras. La causa del atribulado es la de Dios, como la del tentado que lucha con la tentación. La tribulación es una tentación gravísima. — 5. Pasaje de Séneca el Filósofo sobre las tribulaciones. — 6. Doctrina evangélica sobre las bienaventuranzas. Amenaza del Apóstol. La tribulación, escuela de virtudes. — 7. La tribulación sirve para purificar el alma. Ésta suele mancharse con la culpa en medio de la prosperidad. Ejemplos. Efectos de la tribulación. — 8. El hombre convertido por la virtud de la tribulación. — 9. Ejercicio de virtudes á que da lugar la tribulación. Tobías. Razonamiento de un piadoso escritor. — 10. La tribulación nos perfecciona y santifica. Sentencias de los santos.

3. El Estado, debiendo profesar la verdadera religión, no debe conceder iguales derechos á todos los cultos. Palabras del papa Pío VII. El bien social de la unidad religiosa. Tolerancia de cultos. Doctrina de la Iglesia sobre este punto. Acusación de intolerancia hecha á la Iglesia católica. — 4. Daños que acarrea, según León XIII, la libertad de pensar y hablar. Confirma esta verdad la experiencia. — 5. Razonamiento fundado en la ley del entendimiento, que es juzgar de las cosas como son, no como se quiere que sean. El entendimiento no es regla de la verdad, sino al contrario. El entendimiento sólo está sujeto á la voluntad en cuanto al ejercicio, y en todo caso está sometido á la ley moral. — 6. Tampoco tiene el hombre libertad moral para hablar todo lo que quiera. Es falsa también la libertad de enseñar cualquier doctrina. Palabras de León XIII. Resultados prácticos de la libertad de enseñanza. — 7. La libertad absoluta de la prensa, reprobada, antes que por Pío IX y León XIII, por Gregorio XVI en gravísimas palabras. Males ocasionados por la mala prensa. — 8. Libertad de conciencia en sentido liberal, ó sea, el derecho, protegido por el Estado, de profesar la religión que á cada uno le parezca verdadera. Falsedad de esta tesis, que supone la autonomía de la razón y su independencia de toda autoridad. La Iglesia, órgano de la ley divina. La libertad civil no es verdadera libertad moral. Proposición 15 del Syllabus. — 9. Verdadera y legítima libertad de conciencia, la de profesar la verdad religiosa sin obstáculo por parte del poder civil. Diferencia enorme de esta libertad y la que defiende el liberalismo. Pasaje de Mons. Ségur. — 10. Epílogo. Falso progreso. Frutos de las falsas libertades. El socialismo amenazando á la sociedad.

CONFERENCIAS FAMILIARES

sobre las tribulaciones.

PRIMERA CONFERENCIA.

1. Acaso no hay cosa de que tanto se hable en las sagradas Letras como la tribulación. Gran cosa debe de ser y muy digna de la consideración del hombre y del cristiano. — 2. La tribulación, patrimonio universal de la familia humana, aflige á buenos y malos. Encierra grandes misterios. Es preciso investigarlos, y juntamente sus excelencias y los remedios oportunos para conjurarlas y sobrellevarlas con mérito. El misterio de la tribulación, asunto de la primera conferencia. — 3. Importa trazar el cuadro de las humanas tribulaciones para armarnos de fortaleza y orar con más fervor. Tribulaciones particulares, provenientes de lo pasado, lo presente y lo porvenir. Tribulaciones interiores y exteriores. — 4. Trabajos corporales: enfermedades y muerte; pobreza y miseria; padecimientos de los ricos. —

5. Tribulaciones generales de la sociedad. Padecimientos de la familia y de los amigos. Tribulaciones de Job. — 6. Calamidades que se llaman públicas: pestes, guerras, terremotos. Tribulaciones de la Iglesia y su cabeza visible. Infortunios de la Patria. — 7. El por qué de la tribulación. Ésta es un mal necesario en ambos órdenes, natural y sobrenatural. — 8. El problema de la tribulación viene á ser el problema del mal. Éste en el orden físico es inherente á las cosas finitas, y en el orden moral depende de la condición del ser libre en cuanto es capaz de abuso. Los que llamamos males físicos no lo son sino relativamente, siendo bienes en sí mismos. Son males hipotéticamente necesarios. Tenemos pues que resignarnos á sufrirlos, como lo hacía el santo Job. — 9. El mal moral depende del abuso del libre albedrío, abuso no sólo posible, sino moralmente inevitable y por consiguiente necesario, como lo es el escándalo de que habla Jesucristo. De las pasiones nacen la mayor parte de las tribulaciones humanas. Sentencia de San Pablo. — 10. En el orden sobrenatural hay que buscar la razón última de la tribulación. Es la que dice el Apóstol: *Per multas tribulationes oportet nos introire in regnum Dei*. Economía divina de la redención. El camino de la cruz. Condición de la bienaventuranza. Vocación cristiana á padecer. Palabras del Apóstol. Las tribulaciones, prenuncios de gracia y de gloria.

SEGUNDA CONFERENCIA.

1. La tribulación, si bien se considera, es un bien apetecible, es una bienaventuranza: *Beati qui lugent*. Es preciso considerar las ventajas que nos proporciona. Ella nos acerca á Dios. Según las palabras de Santiago, es una prueba gloriosa y glorificadora: *Beatus vir qui suffert tentationem*. — 2. La prueba es ocasión de mérito, y éste la razón del premio. Pensamiento de San Ambrosio. La tribulación es la prueba decisiva. Sentencias de la sagrada Escritura. Tentaciones que vienen de Dios. — 3. Las dos grandes virtudes, la fidelidad y la fortaleza, exigen la prueba de la tribulación. Ejemplos: Abrahán, los mártires, Mártires ocultos. Auxilio divino en la tribulación. — 4. El atribulado tiene por auxiliar á Dios. Textos de las sagradas Letras. La causa del atribulado es la de Dios, como la del tentado que lucha con la tentación. La tribulación es una tentación gravísima. — 5. Pasaje de Séneca el Filósofo sobre las tribulaciones. — 6. Doctrina evangélica sobre las bienaventuranzas. Amenaza del Apóstol. La tribulación, escuela de virtudes. — 7. La tribulación sirve para purificar el alma. Ésta suele mancharse con la culpa en medio de la prosperidad. Ejemplos. Efectos de la tribulación. — 8. El hombre convertido por la virtud de la tribulación. — 9. Ejercicio de virtudes á que da lugar la tribulación. Tobías. Razonamiento de un piadoso escritor. — 10. La tribulación nos perfecciona y santifica. Sentencias de los santos.

La caridad es la bienaventuranza de la tierra. Consolaciones divinas en medio de la tribulación. — II. Epílogo. Bienaventurados los que lloran.

TERCERA CONFERENCIA.

1. No se nos veda procurar remedio á nuestras tribulaciones y menos acudir á Dios para librarnos de ellas. Importa por lo mismo averiguar las causas y los remedios de la tribulación. — 2. Las causas de la tribulación son Dios y el hombre pecador: Dios, del mal de pena; el pecador, del mal de culpa. Los remedios: la oración y la penitencia. — 3. Es verdad enseñada en la Escritura, que Dios es la causa primera de las tribulaciones. Lo fué de la de Abraham. Job fué atribulado por disposición de Dios. Tobías atribuyó á Dios sus trabajos. El mismo Dios lo dice por la boca de sus profetas. — 4. Esto mismo lo demuestra la razón, porque Dios es la causa de las causas y de los efectos de éstas. Palabras del Apóstol: *Operatur omnia in omnibus*. Pensamientos de San Agustín. — 5. El primer remedio de las tribulaciones es la oración. Numerosos textos de la Escritura que lo comprueban. Absurdas objeciones de la impiedad contra la oración. Para librarnos de la tribulación no necesita Dios hacer milagros. — 6. Eficacia de la oración fundada en las promesas divinas. Sentencias de los santos Padres. La oración de Ezequías. Conformidad unida á la oración. — 7. Las penalidades de la vida tienen carácter de pena, lo mismo que la muerte. El pecado, causa inmediata de la tribulación. Penas de los pecados actuales de los hombres. El día del juicio final será el de la gran tribulación. — 8. La tribulación, medicina del pecado. Pensamiento de San Agustín. La misericordia de Dios se manifiesta en la tribulación. — 9. Pecados que acarrean mayores castigos y tribulaciones. La soberbia. Pasajes de los profetas que lo confirman. — 10. La sensualidad, fuente de miserias y calamidades. Provoca á la divina justicia, como lo prueban el diluvio y el incendio de Sodoma. — 11. La irreligión descarada, causa de catástrofes sociales en todo tiempo. — 12. Remedio de las tribulaciones, la penitencia. Palabras de Jesucristo. Sentimientos de penitencia. La intercesión de María Santísima.

TRIDUO DE SERMONES PARA EL TIEMPO DEL JUBILEO.

PRIMER SERMÓN.

1. En gran número de fieles la fe está muerta ó aletargada. Es preciso reavivar la fe mediante el santo jubileo. — 2. Hay que investigar primero las causas de esa dolencia universal. Descuido de muchos en

esta parte. Las causas pueden reducirse á dos: ignorancia religiosa y corrupción del corazón. — 3. La ignorancia religiosa es una plaga social. Necesidad de la instrucción, si bien el acto de creer, como sobrenatural, no es fruto de la ciencia religiosa. Para ejecutar este acto se necesita el auxilio de la gracia que ilumina y mueve la voluntad á creer. No basta la razón ilustrada para tener fe. Pasajes del Evangelio que lo prueban. — 4. Es preciso, sin embargo, oír á los maestros de la fe. Hay que conocer á fondo el objeto ó materia de la fe, los dogmas revelados. Verdades que deben creerse con necesidad de medio y precepto. Para llevar vida cristiana hay que saber la doctrina del cristianismo, dogma, sacramentos, etc. — 5. Efectos fatales de la ignorancia religiosa. Para evitarlos es necesario entender las verdades de la religión. Hastío que sienten los que no las comprenden. Alejamiento de los sacramentos y prácticas religiosas, efectos de la ignorancia. — 6. Ignorancia general de la doctrina cristiana en el pueblo. Se explica fácilmente. Negligencia de los padres de familia. La catequesis parroquial. — 7. Ignorancia, aun más lamentable, de las clases altas de la sociedad. Deficiencia de la instrucción religiosa en las escuelas y colegios. Ataques á la religión por la moderna legislación escolar. Disputas de religión por personas incompetentes. Aprendizaje de irreligión en los libros impíos y en el trato con librepensadores é incrédulos. — 8. La corrupción del corazón. Testimonio de la experiencia. Hombre sin fe, hombre de malas costumbres. Luego también, hombre corrompido, hombre descreído. La vida licenciosa lleva á la incredulidad y de allí á la impenitencia final. Palabras del Apóstol. — 9. Diametral oposición entre la fe y la corrupción. — 10. Aversión que tienen los pecadores á las cosas de Dios. Caída de Salomón por la lujuria. Alejamiento de los caminos de la salvación. Hijos ingratos que desprecian la voz de la Iglesia. Conminación á los pecadores de fe muerta y sin obras. — 11. Amenazas de Jesucristo á los judíos incrédulos é impenitentes, aplicables á los pecadores. Peroración.

SEGUNDO SERMÓN.

1. La corrupción del corazón, causa del amortiguamiento de la fe, nace del imperio que sobre él adquieren las pasiones que San Juan llama concupiscencias. El hombre debiera regirlas y refrenarlas, como lo hacen los santos y procuran hacerlo los verdaderos cristianos. Horror que deben inspirarnos las tres malditas concupiscencias, según se verá en la conferencia. — 2. Y primero, la concupiscencia de la carne. Naturaleza del compuesto humano. El hombre apetece naturalmente el placer sensible. Por el desorden primitivo, rota la armonía de la razón y el sentido, sobrevino la lucha dentro del hombre mismo. Palabras del Apóstol. Nuestra actual situación. — 3. Los que no sienten la lucha están

vencidos, dominados por la carne. Horrorosa situación. Casi universal por desgracia. Falsa idea de la civilización. Circunstancias actuales que favorecen el desborde de la vil concupiscencia.— 4. De cuántos vicios es fuente. Obras de la carne que llama San Pablo. La inmoralidad. Cuán vil y abominable sea la lujuria, según el juicio de los santos Padres.— 5. Mil otros desórdenes emanados, de la concupiscencia de la carne. Daños que acarrea en el orden temporal.— 6. La concupiscencia de los ojos, ó sea, la codicia. Palabras del Eclesiástico. Cuán vasto sea su dominio entre los hombres. Doctrinas de la filosofía anticristiana. Elocuentes palabras de un orador sagrado.— 7. La codicia, raíz de todos los males, según San Pablo. Amplificación por enumeración. Traición de Judas. Insenátez del avaro. Sacrilegios, revoluciones, etc.— 8. Males que acarrea la codicia. Pérdida de la fe. Remedio: escuchar la palabra de Dios.— 9. La soberbia ó concupiscencia de honores, principio de todo pecado, según el Eclesiástico. Excede en malicia á todas las demás pasiones. Sus estragos.— 10. Pecados que de ella nacen. El mundo está lleno de soberbia. Espíritu de la sociedad moderna. Exhortación final.

TERCER SERMÓN.

1. Es preciso juzgar al mundo para arrojar del corazón el pecado. Hay que aprovechar la luz que nos ofrece el santo Jubileo. Es preciso extirpar en nosotros las tres fatales concupiscencias. Conviene desenmascarar al mundo que nos engaña con sus falsos dictámenes. En esta conferencia exhibiremos sus perversos juicios acerca de la sensualidad, de la codicia y de la soberbia.— 2. El mundo dice: El fin de la vida es gozar. Sensualismo y positivismo. Modo de pensar de los mundanos.— 3. Pruebas de que estas máximas son corrientes en el mundo moderno. Los suicidios. La literatura y la ciencia.— 4. Modo práctico de pensar de muchos creyentes. Aspiraciones del niño, del joven, del comerciante, del hombre de carrera, del trabajador, etc.— 5. Consecuencias de esos juicios mundanos. La justificación de los pecados de la carne. El libre amor. El divorcio. La inmoralidad al uso del día.— 6. Dictamen del mundo sobre los bienes temporales, la riqueza. Adoración universal del becerro de oro. Conducta del mundo con los ricos. Valor que se atribuye á la riqueza.— 7. Consecuencias de estos juicios, contrarios á la moral y al bien de la sociedad. Crímenes á que arrastra la codicia. Malestar social. Falta de establecimientos de caridad fundados por los particulares.— 8. Contraste de las máximas mundanas con la doctrina de Cristo. Parábola del rico avariento. Sentencia del Salvador sobre la salvación de los ricos. Peligros de la riqueza en orden á la salvación.— 9. Los falsos juicios del mundo sobre los honores. Estimación del gran nombre. Lenguaje corriente.

Confusión de la dignidad con el orgullo. La voz del Profeta.— 10. Otros juicios nacidos de la soberbia. Respeto humano. Vanidad del mundo. El juicio final. Verdad de las divinas enseñanzas.

PANEGÍRICOS.

Del purísimo Corazón de María.

1. Ocasión de la fiesta, una gracia obtenida por la intercesión del inmaculado Corazón de María. El Corazón de María frente al de Jesús. Perfecciones de aquel Corazón.— 2. Descuella entre todas la misericordia, cuyos motivos y caracteres formarán la materia de este panegírico.— 3. Por el aspecto de la misericordia para con los pecadores ha querido revelarse en nuestros días el Corazón de María. Pruébalo la historia de esta devoción. Ningún otro aspecto más hermoso ni más interesante para nosotros. Sus móviles son su misma bondad y la grandeza de nuestras miserias.— 4. Bondad del Corazón de María. Imagen de Dios, refleja el atributo más resplandeciente de Dios, que es bueno y la bondad misma, según la Escritura y la razón. Dios es bueno con todo género de bienes. Es infinitamente comunicativo de sus dones.— 5. María, la criatura más perfecta, es la más buena en sí y para nosotros. Nos ha dado al sumo Bien, á Jesús. ¡Y con cuánto amor! Nos dispensa todas las gracias de Dios.— 6. María es madre nuestra: luego su bondad no tiene límites. Su semejanza con Dios Padre. Razonamiento de un teólogo católico. Palabras de San Agustín y San Bernardo.— 7. Es madre de misericordia. Segundo móvil de su caridad, la grandeza de nuestras miserias. La mayor de todas, el pecado. Amplificación por enumeración de varios géneros de pecadores. Palabras de Isaías. Extinción de la luz de la fe en los pecadores. Exhortación á confiar en María.— 8. Caracteres de la misericordia de María: su grandeza y universalidad. Palabras de San Bernardo.— 9. Actividad, solicitud, eficacia de la misericordia de María. Dificultad de la conversión del pecador. Modo maravilloso con que María convirtió á Alfonso de Ratisbona y á otros.— 10. Atracción que ejerce en las almas devotas la misericordia del Corazón de María, haciéndolas misericordiosas. Fruto de la devoción á este Corazón inmaculado. Exhortación.

De Nuestra Señora de Lourdes.

1. La nueva fiesta, de carácter universal, en honra de Nuestra Señora de Lourdes. Apóstrofe á María. Albricias á las socias de la Congregación.— 2. Plan del panegírico. La realidad del hecho está apoyada en la palabra de Roma. La misma aparición ha dado á conocer su nombre.— 3. Nuestra Señora de Lourdes y la Inmaculada Concepción, ó sea, la

Inmaculada Concepción reflejada en las rocas de Massabielle para la salvación del mundo en pleno siglo XIX. Paralelo entre la Concepción real y su reflejo. — 4. La aparición de la Virgen parece anunciar una nueva encarnación en las almas. La plenitud de los tiempos. La aurora de la salvación. Realización de las divinas promesas en la creación de la Madre futura del Verbo. *Diffusa est gratia in conceptione eius*. La nueva Eva. La gracia de María. — 5. La Encarnación del Verbo, última razón de la Concepción inmaculada. La nueva encarnación ó vida de Cristo en nuestro tiempo, razón suficiente de la aparición de Lourdes. Realidad de la nueva encarnación de Cristo en las almas. Cuadro de la primera mitad del siglo XIX. Densas tinieblas eclipsaban al Sol del mundo moral, Jesucristo. Aparición del arco iris de María. — 6. Jesucristo vuelve á ser conocido y amado de los hombres. Reacción religiosa á partir de la aparición de Lourdes. Lo sobrenatural se impone. Lo que pasa en Lourdes. El protestantismo. El racionalismo. Hermosura de la aparición: *Speciosa apparuit*. Descripción de la Virgen. — 7. La gracia de la Virgen inmaculada fué fruto anticipado de la Redención. María fué redimida de un modo singular, por preservación. Hay hombres y naciones que rehusan aprovecharse de la Redención. Hay quienes la niegan. Sin embargo la atestiguan la corrupción creciente. Los milagros de Lourdes la comprueban. María predica la penitencia. — 8. Y el mundo empieza á convertirse, peregrinando á Lourdes. Ha llegado la Redención. Prodigios de santidad semejantes á los de los primeros siglos. Progresos realizados por la Iglesia en la segunda mitad del siglo XIX. Propagación del Evangelio. La educación y María Inmaculada. Las Hijas de María del Colegio de Regla. Conclusión.

De San José.

1. La gloria de los santos es su misma santidad ó el heroísmo de su virtud. Per eso merecen ser propuestos como modelos á toda clase de personas. Después de Jesús y María, José es el más excelente modelo de la vida cristiana. Dos estados de perfección en la Iglesia. San José, modelo de entrambos. Esposo-virgen de una Madre-virgen. La virginidad de ambos esposos, condición necesaria del matrimonio de María y José. —
2. Paternidad, autoridad y santidad de José, considerado como modelo del estado matrimonial. Unión con Dios, dominio perfecto de sí, agilidad para el bien obrar, dotes de San José modelo de la santa virginidad. —
3. Excelencias de la paternidad humana, emanación de la divina. La paternidad de San José, más que humana, como padre del Verbo encarnado. Resuélvese la objeción de que San José no engendró á Cristo. —
4. Prosigue el mismo asunto. Por qué títulos es José verdadero padre de Jesucristo. Amor paternal de San José á Jesús. Felicidad de José.

Pensamiento de San Ligorio. — 5. Autoridad de los padres, la más respetable de todas. Autoridad de San José sobre la sacra Familia. Grandeza de San José. Pensamiento de San Bernardino de Sena. — 6. Carácter del matrimonio cristiano, la santidad. Palabras del Apóstol. Reflexión del joven Tobías. Santidad del Esposo de María. Su humildad profunda. Palabras del ángel á José. La santidad de José comparada con la de los demás santos. — 7. La virginidad de María. La virginidad perpetua de José. Sentencias de los doctores católicos. Gloria de las vírgenes. — 8. Altísima perfección de San José. Su unión íntima con Dios. Intimidad de José con Jesús y María. Su contemplación. — 9. Desasimiento de todas las criaturas. Palabras de Santa Brígida. Vida celestial de José en medio del trabajo y la pobreza. — 10. Ejercicio de virtudes activas. San José, modelo de la vida activa. Necesidad de la acción social en nuestra época. San José, patrono del apostolado de la caridad. Exhortación.

De San Nicolás de Tolentino.

1. San Nicolás de Tolentino, humilde religioso, pero gran taumaturgo. Su valimiento cerca de Dios. Dos clases de ciencia, humana y divina. San Nicolás poseyó la verdadera ciencia. — 2. En qué consiste ésta. San Nicolás conoció á Dios y al mundo. — 3. Su vocación al estado perfecto. Virtudes de su niñez: piedad, mortificación, prudencia. — 4. Nicolás en el estado eclesiástico. Huye del mundo á la soledad de la vida religiosa. Sutileza del espíritu del mundo. — 5. Nicolás contempla el mundo desde la soledad de su retiro. Sus virtudes religiosas. Su apostolado. — 6. Guerra que declara á la concupiscencia. Su espantosa austeridad. Campaña contra la soberbia y la ambición. Peligros para su humildad. — 7. Sus luchas con el demonio. Su constancia coronada con la victoria. — 8. Conocimiento de Dios estudiando á Jesucristo. Oración altísima de San Nicolás. — 9. Conocimiento práctico de Dios que alcanzó nuestro Santo. Sus deseos del cielo. Circunstancias que precedieron y rodearon su tránsito. Entrega su alma á Dios. — 10. Dones extraordinarios con que fué favorecido. Devoción que le profesa el pueblo cristiano. Exhortación á la imitación de sus virtudes.

De San Roque, Confesor.

1. En San Roque aparece cumplida la promesa de Cristo de glorificar á sus siervos. Cuadro histórico de la situación de Constanza á la aparición de la peste á principios del siglo XV. Aclamación de San Roque por todo el Concilio. — 2. Gloria del Santo abogado contra la peste; fundamento de esta gloria: dos puntos que abrazará el panegírico. — 3. Primer monumento erigido á la gloria de San Roque después de su muerte. Devoción universal que suscitan sus milagros. — 4. Naciones que

se distinguen por el culto de nuestro Santo. Hechos que manifiestan la devoción popular. — 5. Honores que se le tributaron en vida. Hechos culminantes de su historia. Fué glorificado en medio de sus enfermedades. — 6. Como el Apóstol pudo decir: *Gloriabor in infirmitatibus meis*. Fundamento de la gloria de San Roque: sus propias enfermedades y las ajenas. Cómo se santifica en las primeras. Paralelo con el santo Job. Su paciencia en sus peregrinaciones. — 7. Otras tribulaciones más graves. Vuelta a la patria. Sus últimos años. Es desconocido de los suyos, tenido por espía y sepultado en un calabozo. Virtudes que allí ejerció San Roque. — 8. La cárcel convertida en escuela de heroísmo. Consuelos celestiales de que disfrutaba. — 9. Caridad de San Roque con los apesados. Cuadro de la peste. San Roque á la cabecera de los enfermos. — 10. San Roque declarado por el cielo patrono contra la epidemia. Confianza universal de los fieles apoyada por innumerables prodigios. Exhortación á proseguir promoviendo la devoción al Santo.

De San Francisco de Paula.

1. Devoción universal profesada á San Francisco de Paula: sus causas. Cúmplase en él la promesa divina: *Qui se humiliat*, etc. — 2. De acuerdo con el sentir de la Iglesia en su liturgia, la humildad fué la causa de su gloria. Tema del panegírico. — 3. La soberbia de los hijos del siglo contrastada con la humildad de los hijos de Dios. — 4. San Francisco de Paula, tipo de humildad. Tesoros que trae al mundo. Sus primeros frutos de santidad. Su primera escuela, el claustro. — 5. La soledad adonde va á ocultarse. Su aspereza de vida. Fama de santidad que adquiere. — 6. Salida del yermo. Vuelta á su patria. Su humildad en medio de sus fundaciones. La orden de los Mínimos. — 7. Ejercicios de humildad del santo Fundador. Su conducta opuesta á las máximas del mundo. — 8. Gloria de San Francisco de Paula como insigne taumaturgo. — 9. Honras que le prodigan los pueblos y los grandes. Su presencia en la corte de Luis XI. — 10. Su don de profecía. Su espíritu de caridad. Su muerte. Exhortación á la humildad.

De San Isidro Labrador.

1. ¿Quién es San Isidro? ¿Cómo se explican los honores que se le tributan? Diferencia del trabajo cristiano y el pagano. — 2. Condiciones del trabajo que engrandece, estudiadas en la vida y el carácter del santo Agricultor. — 3. Nacimiento y profesión de San Isidro. Su amor al trabajo, ley de la humanidad. Á qué luz debe formarse la verdadera noción del trabajo. Es un esfuerzo y una pena. — 4. La ley del trabajo es una ley de perfección. Sus ventajas en todo sentido. Ideas vulgares y erróneas. Cómo concebía el trabajo nuestro Santo. — 5. El móvil del trabajador

cristiano, la caridad. El trabajador egoísta. Cómo la escuela del cristianismo santifica el trabajo. Cómo lo tomaba San Isidro. — 6. Caridad del santo Labrador. Milagros obrados por su caridad. — 7. Dignidad y orgullo. La primera no pugna con la humildad. Dignidad necesaria al obrero. El divino Obrero de Nazaret. — 8. Armonía y medida del trabajo cristiano. El trabajo espiritual. Ejemplar de religiosidad, San Isidro. Rasgos de su vida. — 9. El deber religioso y el bienestar económico de la sociedad. Violación de la gran ley del domingo. — 10. Conclusión. Gloria de San Isidro. Los devotos del santo Labrador.

Del Beato Juan Eudes, Fundador.

1. La beatificación del Venerable: festividades en su honor. Cartagena de Colombia y el triduo celebrado por los hijos del Bienaventurado. — 2. Plan del panegírico: El Beato Juan Eudes, apóstol de Normandía en el siglo XVII; 1ª parte: Hazañas apostólicas; 2ª parte: Dotes apostólicas del Bienaventurado. — 3. La predicación, ministerio apostólico por excelencia. Fué la ocupación principal de nuestro Beato. Vocación que recibió del cielo para las santas misiones. — 4. Lastimoso estado de los pueblos de Francia por aquellos tiempos. Necesidad de la aparición de un verdadero apóstol. — 5. Incalculables frutos de las misiones predicadas por el Beato Eudes en muchas ciudades de Francia. Comuniones generales. Reforma de costumbres. — 6. El confesonario y las misiones. El Beato Eudes como confesor. Dotes que le adornaban. — 7. Arte divino con que ayudaba á los pecadores á hacer una buena confesión. El consejero universal dentro y fuera del templo. — 8. Dotes singulares del Beato Juan para el ministerio del púlpito. Opinión del gran Bossuet. — 9. Fidelidad del siervo de Dios en corresponder á las gracias recibidas. Su humildad y actividad en el trabajo. — 10. Las señales maravillosas de su apostolado. El celo apostólico. Espíritu del Corazón de Jesús que le animaba. El ejercicio de la oración. — 11. Desinterés sublime del varón apostólico. — 12. Su admirable paciencia en las persecuciones de que fué blanco por parte de toda clase de personas. Su amor á la cruz de Cristo. — 13. Acción de gracias y felicitaciones. Apóstrofe á los miembros de la familia eudista.

De Santa Eduvigis, Viuda.

1. Laudable y oportuno pensamiento el de los devotos de Santa Eduvigis. La festividad de la Santa nos permite fijar la vista en sus virtudes, y es motivo para aumentar nuestra confianza en la intercesión de esta abogada de los pobres atribulados. — 2. Santa Eduvigis, objeto de imitación por su caridad, aliento de nuestra confianza por su valimiento en el cielo. — 3. La caridad: su verdadero concepto, muy distinto del de filantropía. — 4. Sus efectos. La transformación del alma en Cristo.

Infancia de Eduvigis. Su vocación al matrimonio. Santidad del estado conyugal. Santidad de las viudas cristianas. — 5. Santa Eduvigis, modelo de esposas y madres. Aplicación del elogio de la mujer fuerte á Santa Eduvigis. — 6. Eduvigis santifica su viudez en el claustro. Sus ejercicios de caridad. — 7. Pormenores edificantes de su vida. Su piedad. Su devoción á la Virgen. Favores extraordinarios de Jesucristo. — 8. Su penitencia rigurosisima. — 9. Sus obras de misericordia. Limosnas y socorros á toda suerte de necesitados. — 10. Protección de Santa Eduvigis, desde el cielo, á los menesterosos. El dogma de la intercesión de los santos. — 11. Gloria accidental de los santos cifrada en hacer beneficios á los hombres. Milagros de la Santa en favor de sus devotos. Exhortación á los fieles.

De Santa Teresa de Jesús.

1. Motivos de temor que tiene el orador sagrado para hablar de Santa Teresa de Jesús. Su propósito é intención. Carácter de la santidad de la Mística Doctora. — 2. El misticismo ó la vida escondida en Cristo. Tal fué la vida de Santa Teresa. Anonadamiento de sus potencias en la contemplación, en el amor y en la acción. — 3. Poderosa intelectualidad de nuestra Santa. La multitud y sabiduría de sus escritos. El Agustín del sexo femenino. Su estilo y lenguaje. Juicio de célebres pensadores sobre las obras de la santa Doctora. — 4. Sabiduría del cielo que brilla en las obras de Santa Teresa, según el juicio de la Iglesia. Escribe lo que ha aprendido en el trato con Dios. El libro de «Las Moradas». La intelectualidad de Teresa se pierde en la claridad de la contemplación. — 5. Las alturas de la contemplación. Cómo habla Dios sin estrépito de voces. Silencio de los sentidos y del entendimiento mismo. La contemplación arranca de la fe, y en ésta el entendimiento no obra sino en virtud de la gracia. Términos en que se explica la Santa. — 6. El éxtasis, según los místicos. Conceptos de la Santa. Teresa transportada al cielo. — 7. El corazón de Santa Teresa. Muerte mística por el amor de Dios. — 8. Palabras de un elocuente obispo francés á propósito de la caridad de la Santa. — 9. Su mortificación interior. Victoria de sí misma. «Solo Dios basta.» — 10. Sacrificio de su natural actividad en aras del querer divino. Su prodigiosa vitalidad, muerta en Cristo y transformada en vitalidad divina. Sumisión total de su voluntad á la de su Señor. — 11. La reforma del Carmelo. Fortaleza sobrehumana con que la lleva á cabo nuestra Santa. Muerte de Santa Teresa, epílogo de su vida. La vida mística, germen de transformación celestial. Apóstrofe á las religiosas. Invocación á la Santa.

De Santa Gertrudis, Virgen.

1. Favorable impresión que produce en el ánimo del viajero el aspecto físico y moral de la villa de Envigado (Colombia). El patronato de

Santa Gertrudis explica la felicidad de este pueblo. — 2. Jesús se preparó en el corazón de Gertrudis una agradable morada: tal es el asunto del panegírico. — 3. Gertrudis participa del singular privilegio de María de haber sido preparado su corazón para habitación de Jesús. Sentido especial de esta expresión. Grandeza de Gertrudis, objeto de admiración de quien la contempla. — 4. Dios se complace en bosquejar en Gertrudis un ideal de santidad. La santidad tiene un valor absoluto, distinto del que le confiere el vencimiento propio. En Gertrudis se admiran uno y otro. — 5. Dotes de toda clase con que la adornó el Criador. Favores sobrenaturales que recibió desde la cuna. — 6. Su castidad angélica. Su mortificación de sentidos y afectos. — 7. Pruebas de su generosidad para con Dios. Separación de la familia á los cinco años. Su vida ajustada en todo á la austeridad de la regla. Rendimiento de su voluntad á la divina. — 8. Su profundísima humildad. — 9. Delicias que halló Jesús en la morada del corazón de Santa Gertrudis. Los libros intitulados «Insinuación de la piedad divina» nos ponen de manifiesto cuánto amó Jesucristo á su esposa. Portentos del amor divino. Unión de Jesucristo con su sierva. — 10. Contemplación altísima de Gertrudis. Poseyó este don inestimable desde la niñez. Poseyólo sin interrupción toda la vida. La Pasión y la Eucaristía. La precursora de la Beata Margarita María. — 11. Favores extraordinarios con que la regaló Jesús. Visiones y revelaciones. Espíritu profético. Don de milagros. Impresión misteriosa de las llagas de Cristo. — 12. Conclusión. Exhortación final.

De la Virgen Santa Rosa de Lima.

1. Riquezas naturales del Nuevo Continente. Beneficios recibidos de Dios por la América en el orden sobrenatural. Santos que florecieron en su suelo desde que se plantó la fe cristiana. Rosa de Lima, primera flor de santidad. — 2. Santa Rosa, Patrona de América, debiera ser objeto de especial devoción para todos los hijos de la Iglesia americana. Las Hijas de María de Bogotá. Proposición del discurso. — 3. Pureza virginal de la Esposa de Cristo. La virginidad profesada como estado, más perfecta que la castidad conyugal, es la condición ordinaria de las esposas del Cordero. Excelencias de la virginidad. Palabras de Santa Inés. — 4. Rosa hace voto de castidad á los cinco años. Hermosura de que estaba adornada. Su consagración á Jesús, quien la acepta por esposa. Sus luchas por conservar su estado. Cómo desprecia los mejores partidos del mundo. — 5. Inocencia del corazón de Rosa. Su pureza de conciencia. Sus virtudes de niña cristiana. — 6. Su apartamiento del siglo. Contemplación subida de la Santa. La vida que hizo en la soledad de su celdilla. Su extremada laboriosidad y amor filial. — 7. Amor ardentísimo que tuvo á Jesús. Saetas amorosas con que se desahogaba su corazón. Su dolor por las

ofensas de los pecadores. Su celo por la gloria de Dios. Extremos á que la llevó su celo. — 8. Medita desde niña en la pasión de Cristo y trata de imitarle padeciendo. Su corona de espinas. Amor que le inspira la sagrada Eucaristía. — 9. Delicias inefables del amor divino que experimentó Santa Rosa. Cristo se le aparece en figura de niño y se entretiene con ella. Arrobamientos de la Santa. — 10. Fidelidad de la Santa en las terribles tribulaciones con que Dios la prueba por espacio de quince años. — 11. La Virgen de Lima, portento de mortificación y penitencia. — 12. Sus maceraciones inauditas. — 13. Exhortación á las Hijas de María. Deprecación.

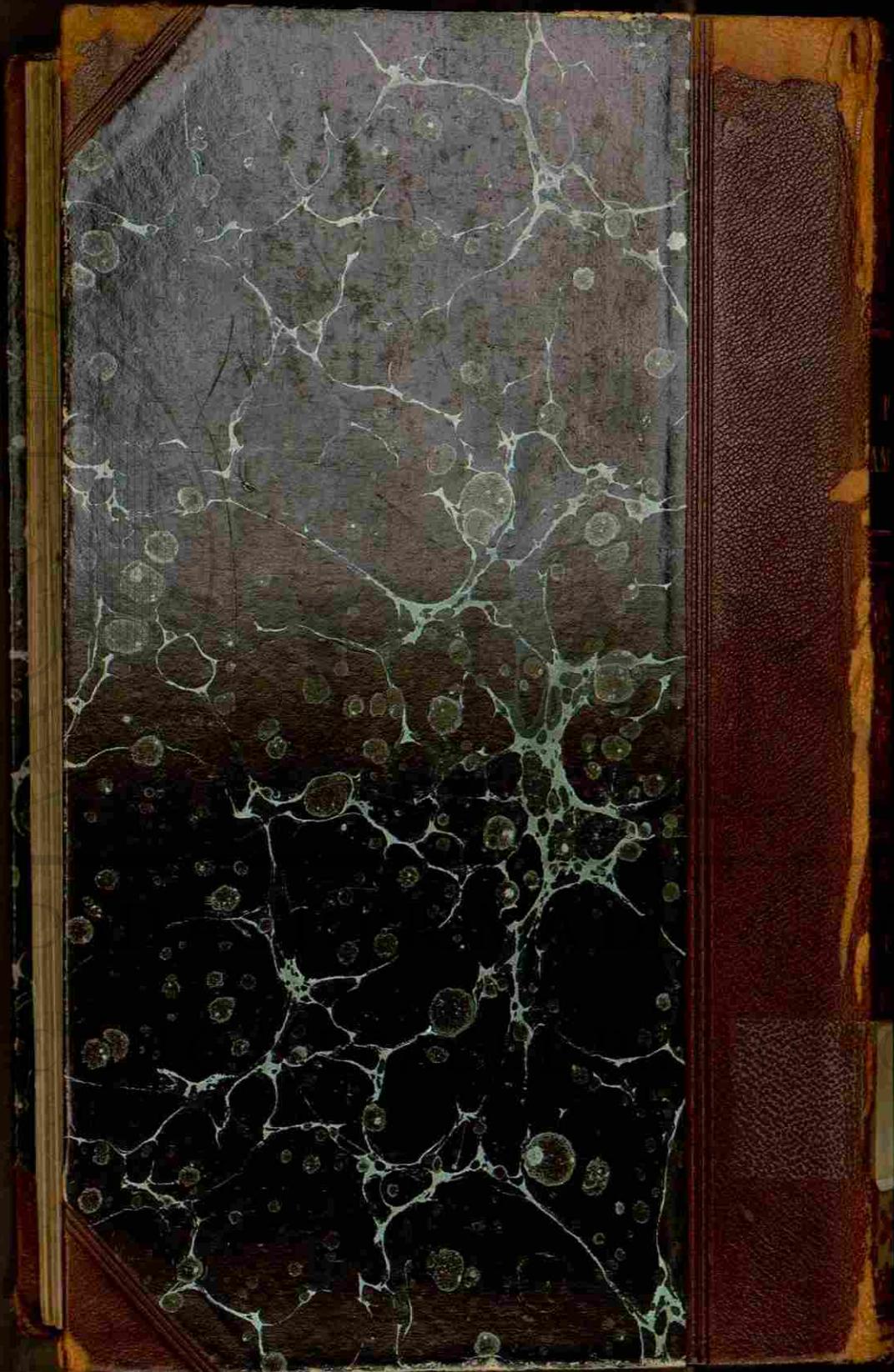
De Santa Catalina Virgen y Mártir.

1. Armonía de la fiesta de la primera Misa de un neo-sacerdote con la de Santa Catalina Virgen y Mártir, Patrona de la arquidiócesis. Sentimientos del corazón del nuevo ministro del altar. La vista de la Santa en cuyo honor va á celebrar. — 2. Plan del discurso. Santa Catalina, modelo de las virtudes sacerdotales, 1.º por su ciencia de la religión; 2.º por su eminente santidad. — 3. Grandeza de la ciencia de la Virgen alejandrina. Talento de la Santa. Sus profundos conocimientos en las sagradas Letras. — 4. El sacerdote, luz del mundo. Circunstancias especiales de nuestra época, que exigen vasta ilustración en el clero. Para alcanzarla ayuda mucho la formación del seminarario. — 5. Ciencias profanas, auxiliares de la religiosa. Filosofía cristiana y escolástica. Santa Catalina celebrada como patrona de los filósofos católicos. — 6. Fué también muy versada en la literatura. Necesidad que de ésta tiene el sacerdote, como orador sagrado, escritor, etc. — 7. Santidad de Catalina. Ídem del sacerdote. Virtudes sobresalientes: pureza y fortaleza. — 8. Pureza virginal de nuestra Santa. Las vírgenes cristianas de los primeros siglos de la Iglesia. Rasgos de la vida de Catalina que acreditan su angélica pureza. — 9. Cuál debe ser la puridad del sacerdote. La piden los sacramentos que administra. Humildad y piedad, auxiliares de la santa pureza. El sacerdote en medio de la corrupción del mundo. — 10. Fortaleza que le es necesaria y cuyo modelo encuentra en la santa mártir Catalina. Rasgos de la vida de la Santa. — 11. El martirio. Descripción. Aplicaciones al sacerdote. La revolución declarando guerra á muerte al cristianismo. El sacerdocio, blanco principal de la persecución anticristiana. Dificultades del ministerio sacerdotal. — 12. Exhortación al neo-sacerdote. Consejos, etc.

DISCURSO RELIGIOSO

PARA LA FIESTA DE LA INDEPENDENCIA DE CARTAGENA.

Loor á la Comisión de festejos de la independencia que dispuso la función religiosa oficial. Así cuadraba á un pueblo tan religioso como el de Colombia, que ha marchado casi siempre tras el ideal de la república cristiana. Lugar que corresponde á la religión, como á madre de las sociedades cristianas, en la conmemoración de la fecha de la Independencia de Cartagena. La historia de las naciones modernas demuestra que la Iglesia ha sido su madre. Reseña histórica de la edad media. Fundación del sacro romano Imperio. La Iglesia ha acogido en su regazo á todas las agrupaciones políticas, las ha educado guiándolas por los caminos de la felicidad. Lecciones dadas por la Iglesia á las naciones. La religión católica, esencial elemento del orden social, según declaración oficial. Lánguida existencia que arrastran las naciones no cristianas. Apparente grandeza de los pueblos ateos. Caída de los antiguos imperios. Á la religión de Cristo debe Colombia la verdad religiosa y la sana moral. La sociedad pagana en los tiempos antiguos y modernos. La obra civilizadora de la Iglesia. Los pueblos de América bajo la tutela de la Iglesia católica. Enseñanzas sociales de la Iglesia. La Encíclica de León XIII sobre la constitución cristiana del Estado. Origen divino de la sociedad y de la autoridad civil. El ilustre Balmes confirmando esta doctrina. Diversas formas de gobierno aprobadas por la Iglesia. Doctrina de la misma sobre la libertad, conforme con la ciencia sociológica. Espíritu de conciliación y prudencia de la Iglesia de Cristo. Reprueba la licencia, pero bendice las instituciones favorables al progreso de las naciones libres. Así León XIII. Aberración inconcebible de muchos políticos del día, que rechazan las doctrinas de la Iglesia. Solicitud de esta madre en guiar por la senda de la verdad á los pueblos alucinados con doctrinas erróneas. Nosotros que la hemos sabido escuchar, ¿no la asociaremos á nuestros festivales? Gratitud que le debemos como á madre de la América española y leal amiga de Colombia, á quien ha distinguido con muestras de predilección. Exhortación á elevar votos al cielo por la Patria y por la Iglesia.



enemigos. Así se impone la verdad á los espíritus desapasionados.

11. Recojamos de la boca misma de los que no sienten con nosotros las preciosas ideas que nos podrán servir para poner en evidencia la verdad que venimos defendiendo. La sociedad atea, ó divorciada de la religión, lleva en su seno gérmenes de muerte que acabarán por disolverla. Tales son el desprestigio de la autoridad y la relajación de los vínculos sociales. Sin la idea de Dios, sin el respeto á su Majestad, públicamente demostrado por la nación en cuerpo, no queda al poder público otra base, otra razón de ser que la conveniencia, la utilidad, ó bien, cuando el poder se extralimita, cuando abusa de su posición, la posesión de la fuerza, el *quia sum fortis* del león de la fábula. Manda y se le obedece por necesidad ó por temor. Y ¿os parecen, hermanos míos, bastante sólidas y duraderas estas bases de la autoridad? y ¿no podrían ser conmovidas y derrocadas por la ola furiosa de la revolución? y ¿no ha sucedido esto ya más de una vez, y no está amenazando volver á suceder? El cataclismo social ¿no está pendiente, como la espada de Damocles, sobre la cabeza de los gobiernos ateos? ¿Cómo se sostiene hoy el orden público, cómo se mantienen en pie las instituciones sino por la fuerza material? y ¿es el derecho el que ejerce primacía hoy en las naciones? ¿no es la fuerza de los cañones, ó más bien, el oro, que todo lo puede?

Y ¿qué pensar del porvenir de unas naciones en que el vínculo social se ha relajado por la incredulidad ó el indiferentismo hasta el extremo de que ya apenas se miran los hombres como hermanos, á pesar de ser hijos de una misma madre, la patria, otro tiempo tan grande y tan amada? Míranse como meros asociados, ¿que digo? como enemigos unos de otros, como víctimas y verdugos, opresores y oprimidos. ¡He aquí en lo que ha venido á parar la decantada fraternidad de la escuela revolucionaria: en

odiarse mutuamente las clases sociales, los ricos y los pobres, los que ocupan las alturas del poder y los que se arrastran por el suelo! ¿Dónde están los hermosos sentimientos de amor patrio, de beneficencia social, de confraternidad entre los miembros de una misma agrupación política? Todo falta necesariamente donde falta la fe en Dios, el culto de la divinidad, el espíritu religioso, donde el Estado hace profesión de ateísmo y con su ejemplo arrastra las generaciones al abismo de la irreligión, si ya no lo hace con leyes positivas de enseñanza atea y decretos contra el culto católico, oprimiendo las conciencias y atropellando los derechos de los ciudadanos.

12. ¿Dónde encontrar el remedio de estos males gravísimos, de esta situación social insostenible, aterradora? ¿Dónde? en ninguna parte sino en la vuelta del individuo y de la sociedad á su principio, al orden, al reconocimiento y á la adoración del Dios á quien, en mala hora, ha vuelto las espaldas. Es preciso apostrofar á las naciones modernas, como el profeta á la antigua Jerusalén: *Hierusalem, Hierusalem, convertere ad Dominum Deum tuum!* El trastorno de la sociedad no puede ser más radical: radical debe ser el remedio. Esperemos, hermanos carísimos, en la misericordia de Dios que hizo sanables á las naciones¹.

QUINTA CONFERENCIA.

El Dogma.

Dum lucem habetis, credite in lucem, ut filii lucis sitis.

Io. 12, 36.

1. ¡Qué contrasentido, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, oponer á la luz del cielo las luces de la tierra, á la luz increada las luces menguadas de la humana razón! Pero ¿qué es lo que digo? ¿por ventura puede

¹ Sap. 1, 14.

haber oposición entre luz y luz, siquiera sea una infinita y otra infinitésima? De ninguna manera; luego la pretendida oposición, la pugna verdadera tiene que ser entre las tinieblas que se ensañan y revuelven contra la luz, y la luz que las disipa. Así es en efecto, porque, bien visto y averiguado este fenómeno moral, no es la razón sino la preocupación, la pasión del hombre carnal la que forcejea por destruir, por apagar la refulgente antorcha de la fe. Pero el fenómeno subsiste por desgracia, ó mejor dicho, para vergüenza y confusión del hombre que, como de los judíos profetizó Isaías, «tiene ojos y no ve, inteligencia y no conoce»¹. Sí, cristianos; hay no sólo entre los incrédulos confesos, sino entre los que blasonan de católicos quienes, si no rechazan absolutamente el dogma, lo miran de reojo, quisieran que no se predicase, que no fuese necesario someter á él la razón, que bastase una fe vaga en la divinidad y la práctica de la moral para satisfacer el deber de profesar la religión. Pretensión intolerable y absurda, porque ¿cuándo se ha visto religión sin dogma? En algo hay que creer, porque el entendimiento tiene necesidad de conocer la verdad religiosa, tiene hambre de misterios, y si no logra satisfacerla con verdades positivas, tendrá que devorar absurdos, pero no podrá quedar tranquilo en el vacío, en la incredulidad. Y por lo que hace á la religión verdadera, tiene un símbolo completo, un catálogo de verdades que la razón debe aceptar y creer para perfeccionar su unión racional con la suma Verdad, para ser iluminada con la luz misma de Dios. Oíd á Jesucristo que abiertamente se proclama «Luz»: *Ego lux veni in mundum*², diciendo que fuera de Él no hay más que tinieblas. «Aprovechad la luz para caminar, no sea que os cojan las tinieblas, y el que anda á oscuras no sabe adónde va.»³

¹ Io. 12, 40.² Ibid. 12, 46.³ Ibid. 12, 35.

2. Es preciso, pues, hablar del dogma, ya que hemos emprendido la tarea no infecunda de desarrollar la materia de la religión práctica, uno de cuyos deberes imprescindibles es la fe, ó el asentimiento á las verdades reveladas por Dios, cuyo conjunto constituye el dogma. Depongamos toda preocupación contra él; por el contrario mirémoslo como una fuente de verdad y de luz que no podrá menos de satisfacer la inteligencia al par que el corazón. ¿Qué es el dogma? ¿de dónde viene? ¿cuáles son sus frutos? ¿qué deberes nos impone? Tales son los puntos principales que ocuparán nuestra atención, después de haber implorado humildemente los auxilios del Padre de las luces. La materia es tan ardua como interesante, pero me anima hoy como siempre, vuestra benévola indulgencia.

I.

3. El dogma, hermanos carísimos, es la afirmación, así como el escepticismo es la negación, la duda. Pero tratándose de dogma religioso, es la afirmación de las verdades relativas al Ser divino y á nuestras relaciones con él, conocidas no ya con la luz de la razón natural sino con la superior luz de la revelación. Y ¿por qué afirmar estas verdades? Por la certeza que de ellas tenemos, fundadas en la autoridad, superior á cualquier otro fundamento de certeza, de la palabra del mismo Dios que se ha dignado descubrírnoslas. Dios ha rasgado el velo de tinieblas que encubría á nuestra inteligencia esas maravillas del mundo sobrenatural, y nos ha bañado con un rayo de su luz. «Honor á vosotros, los creyentes», decía el apóstol San Pedro, «á quienes Dios ha llamado del seno de las tinieblas á la región de la luz, para que proclaméis á la faz del mundo la divinidad de aquel que os eligió para sí.»¹ No contento el Criador con aquella doble revelación

¹ I Petr. 2, 9.

natural, si así puede llamarse, de la inteligencia, luz de Dios reflejada en el espejo del espíritu humano, y de los sentidos con que se nos descubren las huellas de la omnipotencia, bondad y sabiduría del Autor del universo en la contemplación de la naturaleza, quiso Dios comunicarse directamente con nosotros dirigiéndonos la palabra, conversando con su criatura racional desde el principio de los tiempos. «Es un punto fundamental de la doctrina católica», diré con el sabio Padre Lacordaire, «que en el principio del mundo fué derramada una palabra de Dios sobre la humanidad, y que aquella palabra no ha dejado de vivir en ella y de difundirse, ya pura, ya alterada, como un eco inmortal de la verdad. Tradiciones comunes á todos los pueblos y á todos los siglos atestiguan esta revelación oral hecha primitivamente al género humano. . . . Hechos y descubrimientos confirman la página de la Escritura que nos muestra á Dios hablando con el hombre, y acabando por la efusión de la luz oral lo que había comenzado por el don de la luz inteligible y de la luz sensible.»¹

4. El hecho de la revelación es tan claro como la luz del día. No es sólo un hecho histórico, el más auténtico de la historia, sino una realidad viviente, palpitante, como la luz que nos alumbra y el aire que respiramos. Pues ¿qué otra cosa es la vida de la Iglesia, el cristianismo todo, sino el testimonio vivo, constante de la revelación? ¿cómo pudiera existir aquella si la revelación no fuese real? Tan imposible sería eso como edificar en el aire un magnífico y sólido palacio. La Iglesia, como sabéis, está fundada sobre el cimiento de aquella palabra inmortal: *Tu es Petrus, et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam.*² Yo te digo que tú eres la piedra y que sobre tu confesión edificaré mi Iglesia. La confesión de San Pedro fué la de la divinidad de Cristo, el dogma cardinal del cristia-

¹ Lacordaire, Confer. 49.

² Matth. 16, 18.

nismo; y esta gran verdad asegura el mismo Cristo que le fué revelada á Pedro por el Padre celestial¹. Ahí tenéis la revelación tan actual, tan evidente como la misma Iglesia que descansa sobre ella. Y así como los poderes del infierno no han prevalecido hasta hoy contra la obra de Jesucristo, así tampoco los sofismas del racionalismo podrán desmentir jamás la verdad de la revelación. «En mil ocasiones y de mil maneras habló Dios á nuestros Padres», escribía el apóstol San Pablo á los hebreos, «y en estos últimos días nos ha hablado á nosotros por la boca de su Hijo á quien hizo heredero universal, y por quien fueron hechos los siglos.»² Alude el Apóstol á las comunicaciones de los profetas con Dios por el ministerio de los ángeles, comunicaciones cuya realidad está comprobada por el testimonio de un pueblo entero, testigo ocular durante una larga serie de siglos, del cumplimiento de los vaticinios proféticos; más aún, testigo y actor en los acontecimientos maravillosos de que está llena su historia. Negar, pues, la existencia de la revelación en el antiguo Testamento equivaldría á negar ó tener por fabulosa la existencia del pueblo judío, cosa á todas luces imposible. Por eso observa el Apóstol de las gentes que la palabra divina transmitida á los hombres por los ángeles adquirió una firmeza incontrastable y sus prescripciones fueron guardadas tan escrupulosamente que no quedó su transgresión sin severo castigo³. Hoy mismo las dispersas reliquias de ese pueblo formado por la palabra de Dios y destruido por la incredulidad á esa misma palabra, son una prueba irrecusable de la verdad de la revelación en los antiguos tiempos. Por lo que toca á los tiempos nuevos, al nuevo Testamento de Jesucristo, lo he dicho antes, la existencia de la Iglesia está pregonando á voz en cuello la realidad de la revelación en los días novísimos que alcanzamos. ¿Es

¹ Matth. 16, 17.

² Hebr. 1, 17.

³ Hebr. 2, 2.

posible, hermanos carísimos, negar el Evangelio? ¿y la predicación de los apóstoles? ¿y las cartas apostólicas? ¿y los milagros y portentos, de que habla el mismo San Pablo como de hechos públicos y notorios á todos los judíos, y las virtudes sobrenaturales de que aparecieron revestidos los fieles en aquellos primeros albores del cristianismo, y los dones del Espíritu Santo distribuidos á toda clase de personas á voluntad del Señor? Y ¿qué si contemplamos toda la tierra sometida por encanto á la autoridad de esa misma palabra y al imperio del Redentor? ¿Será, pues, razonable poner en duda la verdad de la revelación? Luego es preciso, debemos concluir con el citado apóstol, aceptar con más respeto y veneración que los antiguos, la doctrina que ha llegado á nuestros oídos, el dogma de salvación, no sea que perezamos por incrédulos¹.

5. Bastaría para convencernos de que Dios ha hablado personalmente á los hombres el saber que Dios es padre, y ¡qué padre! el más amoroso y solícito de la felicidad de sus hijos. ¿No es oficio natural del padre adoctrinar á aquellos á quienes dió el ser y da el sustento corporal? «¿Tienes hijos?» dice el mismo Dios por el Eclesiástico, «pues enséñalos y edúcalos desde su niñez»². Y aunque no fuese por deber de la paternidad, ¿no bastaría el amor de padre para obligarle á conversar familiarmente con los hijos de sus entrañas? Ciertamente no debemos creer que Dios es menos padre con el hombre, que cualquier otro que de Dios ha recibido la dicha de poder llamar á otro hombre con el dulce nombre de hijo. Ni se diga que Dios no puede hablar con su criatura, ni hacerse entender de ella, porque tales conceptos serían injuriosos á la omnipotencia y á la sabiduría del Criador. Ya decía el profeta David: «¿Por ventura no oirá el que fabricó el oído? ¿ó no verá el artífice del ojo humano?»³ Lo mismo podríamos

¹ Hebr. 2, 1.² Eccl. 7, 25.³ Ps. 93, 9.

decir. ¿No hablará el que dió al hombre la preciosa facultad de hablar? Con razón rogaba, al Señor otro profeta diciendo: «Habla, Señor, que tu siervo te oye.»¹ Sí, carísimos hermanos, tan cierto es que Dios puede dirigir al hombre su palabra, como que éste puede oírla y entenderla. Nada encuentra en esto la razón que desdiga de los atributos ó de la majestad del Ser infinito; muy al contrario, nada parece más conforme á su naturaleza y más en armonía con su misericordia.

He aquí, pues, manifiesto el motivo principal de la revelación: la bondad divina, su adorable providencia. Así nos lo enseña el gran Doctor de las naciones, refiriéndose á la última y principal revelación, la del Verbo encarnado. «Apareció», dice, «la gracia de Dios Salvador nuestro, para todos los hombres, enseñándonos á vivir en la templanza, justicia y santidad sobre la tierra, renunciando á la impiedad y á los deseos mundanales con la esperanza de la bienaventuranza á la llegada gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo.»² Nada resplandece tanto en el antiguo y en el nuevo Testamento, como ese carácter paternal de Dios que habla á sus criaturas racionales, ora para enseñarlas, ora para reprenderlas amorosa y tiernamente, como á hijos muy amados de su corazón. Y ¿habrá quien diga que ese buen Dios, maestro y consejero del hombre, ha querido, al proponernos el dogma, imponer cadenas al pensamiento, derramar tinieblas en el espíritu humano, abrumarle bajo el yugo de su tremenda autoridad?

¿Qué pensar de unas preocupaciones tan ajenas al verdadero carácter de la revelación? Sí, hermanos míos, preocupaciones, nada más, son éstas, nacidas de la irreflexión y del orgullo sublevado contra lo que humilla en apariencias.

6. Nada menos que eso en realidad. El dogma, lejos de abatir á la razón humana, la enaltece, la sublima, y

¹ 1 Reg. 3, 9 10.² Tit. 2, 11.

si es que humilla al orgullo, enhorabuena, ¿por ventura no deben abatirse las pasiones? Y el orgullo ¿no es precisamente lo que más oscurece la razón? ¿Qué es lo que hace el dogma revelado? Disipar nuestra ignorancia en materia religiosa, darnos á conocer verdades que la inteligencia del hombre no habría jamás alcanzado á conocer, en una palabra, satisfacer esa gran necesidad moral que sólo Dios pudiera satisfacer con su palabra dotada de infalible autoridad. Oigamos á un profundo filósofo cristiano que ha estudiado concienzudamente el cristianismo, siguiendo las huellas luminosas de los grandes teólogos católicos. «Después de haber facilitado á la razón de la multitud el conocimiento de las verdades fundamentales, y reconducido al estado de certidumbre para todos los hombres aquellas prenociones y conjeturas que constituían el tormento de las más elevadas inteligencias¹, el cristianismo (el dogma) reveló además verdades que hubieran estado para siempre fuera del alcance del espíritu humano. La Trinidad de personas en Dios, la Encarnación del Verbo, la Redención de la humanidad, la caída del primer hombre, la rehabilitación en el Hombre-Dios, y todo ese magnífico conjunto de verdades que pertenecen á la teología propiamente dicha, suponen y agrandan aquellas otras verdades más sencillas que pertenecen á la teología natural, de la misma manera que corresponden éstas á los más puros instintos de la razón. Descubriéndonoslas, no hizo más el cristianismo (la revelación) que desarrollar una perspectiva cuyo punto visual está en la razón y cuyo fondo refleja luminosamente sobre todo lo que precede, y todo lo alumbraba en derredor nuestro y dentro de nosotros mismos.»² Nada más sólido ni más claro que esta exposición

¹ Pintado admirablemente por Jouffroy (Del problema del destino del hombre).

² Aug. Nicolás, Estud. filos. sobre el Cristianismo, 3ª p., c. 7.

de nuestro dogma. Y yo pregunto á los espíritus imparciales que me escuchan, ¿dónde está aquí la humillación de la inteligencia, las tinieblas, la esclavitud, el aprisionamiento de la verdad, la muerte de la ciencia? El imperio del dogma no empieza sino donde acaban los dominios de la ciencia. La fe, como se ha repetido mil veces, se asemeja al telescopio que agranda el horizonte de la inteligencia y le permite descubrir nuevos astros en el cielo del pensamiento y de la verdad¹.

7. ¿Qué encierra, pues, el dogma tan aborrecido por unos, tan desdeñado por otros, tan temido por algunos? ¿Qué ha de encerrar sino verdades, y verdades de suma importancia que á todos les es preciso conocer? Esto mismo explica la conducta de los hombres con relación al dogma. Hay verdades que despiertan el odio en los corazones viciados²; las hay que por su naturaleza espiritual no interesan al hombre del siglo, al que vive esclavizado á la sensualidad y á la codicia de los bienes materiales; hay otras, finalmente, que estremecen con sólo que se enuncien, como las que predicó San Pablo al procónsul Félix³. De todas maneras son verdades nuestros dogmas, porque aquel que los ha revelado es veraz é infalible, es la Verdad misma⁴, el raudal de toda verdad, como de todo ser. De estas verdades no todas son de orden sobrenatural en sí mismas, como ya dejamos insinuado; las más, sin embargo, son de este género, *arcana verba*, que decía el Apóstol⁵, verdades por consiguiente incomprensibles como que exceden á todo el alcance del humano entendimiento. Nada pueden aquí el talento, el genio mismo, la más vasta ilustración, la ciencia más encumbrada. Jesucristo bendecía al Padre celestial porque «había ocultado estas verdades á los sabios y las había dado á conocer á los párvulos, á los ignorantes»⁶.

¹ Leibnitz cit. por Aug. Nicolás ibid. ² *Veritas odium parit.*

³ Act. 24, 25. ⁴ Rom. 3, 4. ⁵ 2 Cor. 12, 4. ⁶ Luc. 10, 21.

Calle, pues, la gárrula sabiduría de los académicos, enmudezca la voz de la ciencia, y humíllese la soberbia humana ante la sabiduría de Dios. Pero ¿qué ha de humillarse la arrogante presunción del hombre? En vez de hacerlo así, se rebela contra la autoridad que le enseña, la rechaza, lanza voces de protesta, se burla del maestro y de los discípulos, se declara infalible, dueño absoluto de la verdad, la verdad misma, proclamando la soberanía de la razón. Y nosotros, hermanos carísimos, ¿qué partido tomaremos entre el racionalismo y la revelación? ¡Ah! nosotros, sin vacilar, sin asustarnos por la apostasía de la ciencia, sin dejarnos halucinar por sus sofismas, diremos hoy y siempre como San Pedro á Jesucristo: *Domine, ad quem ibimus? Verba vitæ æternæ habes.*¹ No nos arredra la verdad, aunque se nos presente envuelta en las sombras del misterio. ¡El misterio! He ahí la piedra de escándalo de las almas débiles. ¡Lo incomprensible! eso no puede aceptarlo la razón. Y ¿por qué no? ¿acaso la razón humana es capaz de comprenderlo todo? ¡Qué presunción! ¡qué locura! Y ¿cuánto es lo que comprende en realidad? Pues ¿no confesaba un sabio de la Grecia, en nombre de todos los sabios, su ignorancia?² ¿No está para nosotros llena de misterios la naturaleza? Dejando para ocasión más favorable el tratar de los misterios de la religión, bastaría observar con el filósofo francés antes citado, que el misterio es precisamente el distintivo de lo infinito con respecto á lo finito. Ó no existe lo infinito, ó hay misterio para la inteligencia limitada. Es evidente. Y el misterio de la fe no es misterio de ignorancia de lo que el hombre naturalmente podía saber y aun comprender, y mucho menos de error, como tantos en que incurre á cada paso el hombre; es simplemente misterio de fe, es decir, verdad necesariamente impenetrable á la razón por ser de orden superior,

¹ Io. 6, 69.² *Hoc unum scio, me nihil scire.*

de orden divino. Y ¿*quis novit sensum Domini?*¹ ¿puede el hombre conocer lo que Dios piensa, lo que hace dentro y fuera de su ser? Solamente el Unigénito de Dios, consubstancial con el Padre, lo ha visto y se ha dignado revelárnoslo², mas no ha podido, no ha debido hacérselo comprender. He ahí todo, carísimos hermanos. En materia de religión nada más razonable que el misterio. Lo único que la razón tiene derecho de exigir son las credenciales de la revelación. Averiguada ésta, puede reposar tranquila en la posesión de la verdad. Según esto ¿cuáles son los deberes que el dogma nos impone? Es lo que vamos á ver en la segunda parte.

II.

8. Los grandes beneficios aparejan para quien los recibe grandes obligaciones. El descubrimiento de la verdad religiosa hecho por Dios al hombre, la creación de nuestro dogma, es un beneficio inmenso, un don extraordinario y puramente gratuito, como salta á la vista, fruto espontáneo de la bondad del Criador³. Estámosle, pues, muy obligados, no podemos menos de reconocerlo, y aceptamos gustosos los deberes que nos impone el dogma. Y en primer lugar comprendemos la necesidad de estudiarlo. La ignorancia voluntaria de las grandes verdades que Dios se ha servido enseñarnos, que Dios quiere que sepamos clara y distintamente, argüiría, á no dudarlo, menosprecio del mismo soberano maestro, lo cual sería un agravio, una ofensa intolerable, y por otra parte daría bien claro á entender el poco ó ningún interés que nos inspira nuestra propia salvación. ¿Cómo, hermanos carísimos, no prestar atento oído á las lecciones del divino Maestro de quien se dijo: «*Nunquam sic locutus est homo*»⁴—Jamás hombre

¹ Rom 11, 34.² Io. 1, 18.³ 1 Petr. 1, 3.⁴ Io. 7, 46.

alguno habló de esta manera»; del Maestro *único*¹, cuyas palabras son espíritu y vida², venido del cielo³, desprendido, por decirlo así, del seno del Eterno Padre para adoctrinarnos é instruirnos? ¿No se recogen con avidez de los labios de un afamado maestro las doctrinas de la ciencia? ¿no se le oye como á oráculo? ¿no se le tributan pomposas ovaciones? Y ¿quiénes son ellos al lado de Jesucristo? *Ecce plus quam Salomon hic.*⁴ ¡Menosprecio incomprensible, el de los hombres á la palabra de Dios! Y ¡de cuán funestos resultados! No acaba el hombre de entender la necesidad que tiene de esta ciencia divina, condición indispensable para la salvación. Hay quien dice con una tranquilidad que asombra: «No me ocupo de religión. No tengo tiempo para atender á esas cosas.» Pero ¿y qué? ¿es potestativo del hombre, en las condiciones presentes, ocuparse ó no ocuparse en el estudio de estas verdades, ó llámense siquiera, cuestiones de vida ó muerte? ¿No sabemos que sin la fe es imposible agradar á Dios?⁵ Y ¿cómo adquirir esa fe si no se escucha la palabra del que propone lo que se debe creer, la materia misma de la fe? ¿*Quomodo credent ei quem non audierunt?* decía el Apóstol⁶. Y ¿por qué no oyeron, siendo así que la palabra de Dios, la de la Iglesia, su representante, ha resonado y resuena por toda la tierra⁷, sino porque cerraron los oídos, porque volvieron las espaldas al predicador del Evangelio? Es, pues, inexcusable, pero también responsable, su ignorancia. No puede, por tanto, hermanos míos, prescindirse del estudio, y del estudio serio y concienzudo, de la parte dogmática de la religión. Es lastimoso error creer lo contrario. Y sin embargo ¡hay tantos que así piensan!

9. Las causas de tan funesta ignorancia suelen ser, y es bien que las conozcamos para ver de ponerles remedio,

¹ Matth. 23, 8.

² Io. 6, 64.

³ Io. 3, 2.

⁴ Matth. 12, 42.

⁵ Hebr. 11, 6.

⁶ Rom. 10, 14.

⁷ Ibid. 10, 18.

primeramente la negligencia punible de los padres de familia que no cuidan de instruir por sí ó por otros, á sus hijos en la doctrina cristiana. Deber es éste gravísimo de quienes deben mirar, de preferencia á otros bienes, por el bien espiritual y eterno de la prole que engendraron. «El padre que ama á su hijo», dicen los libros santos, «le enseña con empeño»¹. La escuela cristiana, donde se da instrucción religiosa por maestros competentes y celosos del cumplimiento de su deber, la catequesis establecida en las parroquias en los días festivos, deberían ser objeto de atención por parte de los padres que no miran con odiosa indiferencia la educación moral de aquellos cuya suerte ha confiado Dios á sus cuidados. Excuso insistir en este punto, aunque tan importante y práctico, por ser demasiado evidente la verdad que trato de inculcaros. Contribuye por demás á la ignorancia religiosa, tan generalizada entre las clases inferiores y aun entre las más elevadas de la sociedad, el injusto é irracional menosprecio de que hacíamos mención, respecto de las verdades altísimas á cuyo conocimiento y meditación estaría bien consagrada la vida entera del hombre, como lo ha estado la de muchos sabios y santos del catolicismo. No hablemos ya de su importancia y de su necesidad en orden á la salvación; su naturaleza misma, su belleza hacen de esas verdades el objeto más digno de la humana inteligencia, el más dulce y delicioso de los manjares del alma, la materia más adecuada á los vuelos del espíritu y á los goces purísimos del corazón. Dígalo aquel vate sublime que exclamaba: «La meditación mía es tu ley... Si así no fuera, tal vez habría perecido mi alma... Tu ley es mi felicidad, yo la estimo más que montones de oro y plata... Es más dulce á mi paladar que la miel más exquisita.»² ¡Qué idea tan mezquina nos hacen concebir

¹ Prov. 13, 24.

² Ps. 118 passim.

de su valor moral aquellos hombres que desdeñan, como cosa de ningún momento, el aprendizaje de la religión! Lástima nos inspira su desdén. Añadamos que las consecuencias de esa ignorancia, mayormente cuando se generaliza en los pueblos, no pueden ser otras sino la pérdida del sentimiento religioso en las masas y hasta en las altas esferas sociales, con su natural cortejo de desórdenes y crímenes, y honda perturbación de la misma sociedad.

10. Mas ¿á qué blanco se endereza el conocimiento del dogma si no es al acto de la fe, que consiste en el asentimiento racional y libre á las verdades reveladas? He aquí, pues, carísimos hermanos, el primero y principal deber del hombre con respecto á la palabra de Dios: creerla. «*Dum lucem habetis, credite in lucem, ut filii lucis sitis* — Mientras tenéis luz, creed en la luz, á fin de que seáis hijos de la luz», decía Jesucristo¹. Palabras que contienen un formal precepto y una admirable enseñanza. Se nos intima la obligación de dar crédito á la luz de la verdad que se nos entra por los ojos del alma, so pena de quedar en tinieblas, y se nos halaga con la dulce esperanza de ser hijos de la luz, de la luz increada, de la luz que creó la luz con su palabra omnipotente, *Fiat*. ¡Qué de veces exigió Jesucristo la fe á cuantos le escuchaban! «Haced penitencia y creed en el Evangelio.»² «Si á mí no queréis creerme, creed en mis obras.»³ «El que creyere y fuere bautizado, será salvo, mas el que no creyere se condenará.»⁴ No es, pues, potestativo del hombre, supuesto el conocimiento de la palabra de Dios, el creer ó no creer; y cuando se habla de libertad de creencias, entiéndese de la libertad física, pero en ninguna manera de la libertad moral, esto es, del derecho á prestar ó rehusar el asenso á la verdad claramente revelada. Y la claridad que la razón tiene derecho

¹ Io. 12, 35.

² Marc. 1, 15.

³ Io. 10, 38.

⁴ Marc. 16, 16.

de exigir para dar su consentimiento á la verdad de fe, se refiere á los motivos que llaman de credibilidad, esto es, á las razones que hacen creíble una aserción. Una vez conocidos esos motivos racionales, la voluntad debe inclinarse al entendimiento á prestar asenso á la proposición que se le presenta por el órgano de promulgación de los dogmas revelados, los apóstoles, la Iglesia de Cristo. Resistirse á creer, en estas condiciones, constituye un pecado de enorme gravedad, como que es nada menos que la rebelión del espíritu humano á la soberana autoridad docente del que es la Verdad misma y la norma suprema de toda verdad. Ya véis, hermanos míos, cuánta es la malicia que encierra la incredulidad, el racionalismo, la herejía. No lo juzgan así muchos católicos, cegados lastimosamente por un sentimiento de mal entendida tolerancia. Tolérese enhorabuena al hereje, al racionalista, al incrédulo, ya que no es posible que todos sean lo que debieran ser, creyentes; pero no se proclame una libertad inmoral, como sería la de creer ó no creer, equivalente á obrar bien ó mal, á obedecer ó desobedecer á Dios. No rara vez se oye decir á los que hablan sin medir el alcance de sus expresiones: «Cada hombre puede creer lo que á bien tenga, las creencias no se imponen, la conciencia es libre.» No, carísimos hermanos, esto no es exacto, á lo menos tal como suenan las palabras. El hombre no puede creer lo que le dicta su capricho; debe rendir culto á la verdad. El hombre ciertamente no tiene autoridad para imponer á otro tales ó cuales creencias, pero Dios sí puede obligarle á creer lo que le revela, los dogmas. La conciencia es libre mientras no se conoce la verdad, y aun en este caso debe seguir los dictámenes de la razón, debe inquirir la verdad para abrazarla, y una vez descubierta, adherirse á ella sin vacilación.

11. Y no creo preciso añadir más para llegar al término que nos habíamos propuesto: exponer la naturaleza del

dogma y examinar los deberes que nos impone, todo con el fin de amarlo más y más, adherirnos á él de todo corazón y tomarlo por base de nuestras creencias y guía de nuestras acciones. ¡Bendito sea el día en que del cielo descendió á la tierra aquel torrente de luz que iluminó á tantas almas sumergidas en las sombras de la superstición y del escepticismo! Un rayo de esa luz ha llegado felizmente hasta nosotros al cabo de diecinueve siglos: recojámoslo, guardémoslo con amor para no extraviarnos en el camino de la felicidad, escabroso y oscuro. La luz del dogma nos conducirá al reino de la luz eterna, de aquella que irradia en la frente de los bienaventurados.

SEXTA CONFERENCIA.

La Moral.

Non veni solvere (legem), sed adimplere.
Matth. 5, 17.

1. No hay compañeras más unidas, más inseparables, que la religión y la moral. Díjérase que eran dos hermanas gemelas, ó más bien, madre é hija que no saben estar la una sin la otra. Así lo vemos en la historia de todos los pueblos, y es vano empeño querer arrancar de los brazos de la religión la moral y darle otro origen, como se ha pretendido hacer en nuestros tiempos, queriendo fundar la llamada moral independiente. Y es porque no hay religión, verdadera ó falsa, que no se crea con derecho, con deber de dirigir al hombre en su conducta moral, en nombre y con autoridad de Dios. De allí mismo nace la diferencia entre moral y moral, la que emana de la religión verdadera, pura y santa, y la que se deriva de las falsas religiones, extraviada y corrompida. Es un hecho que las costumbres abominables de los paganos de todos los tiempos y naciones han traído su origen de

los inmundos altares de los ídolos, bajando cual cenagosas corrientes de una fuente envenenada y pútrida. El hombre tiende por instinto natural á imitar lo que adora; el culto se refleja en las costumbres públicas y privadas. Cuando aquél se purificó en el mundo, cuando sobre el altar erigido al verdadero Dios, se ofreció la Hostia pura, santa é inmaculada del Calvario, las costumbres adquirieron tal grado de pureza y santidad que hicieron de la tierra un maravilloso trasunto del cielo. ¡Espectáculo hermoso, sorprendente, que ofreció el cristianismo desde los primeros días de su existencia! La transformación moral de la sociedad fué el efecto inmediato, necesario de la transformación religiosa. Si habéis leído con la debida atención las epístolas de los apóstoles á los fieles de las nuevas iglesias, habréis observado al primer golpe de vista la insistencia con que allí se inculcan los preceptos de la moral cristiana, de tal suerte que parece resaltar menos la enseñanza dogmática que la moral. Y en el Evangelio mismo, ¿no es la moral la que llena la mayor parte de sus páginas? ¿no es doctrina moral la que desarrolló el divino Maestro en sus grandes sermones y parábolas? ¡Tan grande es la importancia de la moral en la religión de Jesucristo! Al prudente joven que le preguntaba lo que debía hacer para alcanzar la vida eterna, respondió Jesús: «*Hoc fac, et vives*—Guarda los mandamientos de la ley, y tendrás la vida.»¹

2. Y es cierto, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, que de poco ó nada nos aprovecharía creer en todos los artículos del dogma revelado, si no ajustáramos nuestra conducta á la verdad de la fe, siendo fe muerta la que no se manifiesta en las obras². Por lo cual el gran Doctor de la Iglesia San Gregorio hacía la siguiente observación: «Si alguno de los fieles dijera para sí: Yo creo,

¹ Luc. 10, 28.

² Jac. 2, 17.